La infiel
Jane Feather



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Prólogo

Londres, 1750

-En este momento, no tengo una asÍ, Su Gracia.

-No pensé, que la tuviera, señora. Pero supongo que podrá conseguirme una.

Tarquin, tercer duque de Redmayne, se inclinó e inhaló el perfume de una rosa que había en un hondo tazón, sobre una mesa junto a él.

-No será fácil cubrir exigencias tan específicas -reflexionó la señora Dennison, desde detrás de su abanico pintado.

Por el rostro delgado del duque pasó una fugaz sonrisa.

-Usted y el señor Dennison comprobar n que la recompensa hace que el esfuerzo valga la pena, Elizabeth.

Su anfitriona lo miró por encima del abanico, con ojos chispeantes.

-Caramba, duque, usted sí que sabe cómo aludir a términos... tan vulgares.

-Muy vulgares -admitió él, amable-. Insisto, éste debe ser un artículo genuino, señora. No tengo interés en una virginidad fingida, por fresca que pueda parecer la mercadería.

Elizabeth Dennison adoptó una expresión dolida.

-¿Cómo puede insinuar algo semejante, Su Gracia?

La sonrisa del duque se hizo más ancha, pero negó levemente con su cabeza y extrajo del profundo bolsillo de su abrigo de terciopelo, de faldones amplios, una caja de rapé de lapizlázuli. Se hizo silencio en el soleado recibidor mientras él tomaba una pizca, cerraba la caja, la guardaba y se sacudía la nariz con un pañuelo bordeado de encajes.

-Su Gracia, ¿podría preguntarle si la mercadería es para su propio uso? -preguntó la dama, con cierta vacilación.

Con el duque de Redmayne nunca podía saberse dónde estaba la línea que separaba la curiosidad de la impertinencia.

-Cuando usted emprenda la búsqueda, deberá hacerlo pensando en que será para mi uso exclusivo -el duque se puso de pie-. De ese modo tendremos la certeza de que ella satisfará los más exigentes requerimientos.

-Confio en que comprobará usted que todas nuestras damas satisfacen los más exigentes requerimientos -había una nota de reproche en la voz de la señora Dennison, que se levantó produciendo un susurro de sedas-. Mi esposo y yo nos enorgullecemos de la calidad de nuestro establecimiento.

Tiró de la cuerda de la campanilla.

-Si yo hubiese pensado lo contrario, Elizabeth, no habría recurrido a su ayuda -replicó el duque con gentileza, recogiendo sus guantes y su bastón.

La señora Dennison se aplacó un tanto.

-Me pondré de inmediato a la búsqueda, Su Gracia.

-Manténgame informado acerca de sus progresos. Le deseo buenos días, señora.

El visitante hizo una cortés reverencia y, sin embargo, en sus entrecerrados ojos grises apareció un destello que produjo cierta inquietud a su anfitriona, mientras lo saludaba con otra amable reverencia. Era una sensación conocida cuando trataba con el duque de Redmayne, y ella no era la única en percibirla.

Con aire de confianza, se dirigió al lacayo que respondió a la llamada de la campanilla.

-Su Gracia se marcha.

-Señora, su más obediente... -murmuró el duque, practicando otra profunda reverencia.

Salió del salón detrás del criado. El silencio se apoderó de toda la casa a esa hora de la soleada mañana; las criadas se escurrían con sigilo cumpliendo sus tareas, como temerosas de perturbar el sueño de las que dormían en la planta alta... las que desempeñaban su trabajo por la noche y tomaban su bien ganado descanso durante las horas del día.

En cuanto la puerta se cerró tras el visitante de la señora Dennison, en su semblante se desvaneció la sonrisa. El encargo del duque no seria fácil de cumplir. Una joven que aún fuera virgen, y a quien se pudiese obligar a que obedeciera las órdenes del duque...

Era fácil encontrar vírgenes: inocentes muchachas campesinas que llegaban a la gran ciudad sin amigos y sin una moneda. Pero una que tuviese un motivo para aceptar los términos del duque...

Y tampoco se trataba de las exigencias corrientes para esta clase de contrato, como el duque se había empeñado en establecer. Él no quería una prostituta cualquiera, porque le daría el uso más insólito posible. No había aclarado de qué se trataba.

Elizabeth Dennison se alzó de hombros, unos rollizos y blancos hombros. Explicaría la situación a Richard. Ella podía contar con que su esposo y socio pensaría en un plan adecuado. Y con que ese plan no defraudase a un cliente tan rico y poderoso como Tarquin, duque de Redmayne.

1

Juliana se sofocaba. Su esposo no hacía el menor esfuerzo por protegerla del impacto pleno de su peso, y seguía bufando y resoplando, con su rostro enrojecido y sus ojos inyectados en sangre a causa de las libaciones de la boda. Aunque ella estaba por entero resignada a esta consumación y, por cierto, en buena disposición hacia sir John, pese a su edad avanzada y a su corpulencia física, se le ocurrió pensar que si no le hacia notar de algún modo el aprieto en que se hallaba, moriría aplastada por él.

La nariz de juliana estaba hundida contra ese pecho monumental y se le constreñía la garganta. No podía pensar con la suficiente lucidez como para deducir qué estaba sucediéndole al resto de su cuerpo pero, a juzgar por las maldiciones y los forcejeos de John, las cosas no iban del todo bien. Juliana empezó a ver manchas negras que bailoteaban ante sus ojos, y su pecho se hinchaba en la desesperación por llenar de aire sus pulmones. Ya presa del pánico, agitó los brazos a los lados de su cuerpo aprisionado; entonces su mano asió el asa de bronce del calentador.

Impulsada por la desesperación del instinto, alzó el objeto y golpeó entre los hombros a su marido. No fue un golpe fuerte; su única intención consistía en hacerle recuperar la conciencia de la situación pero, al parecer, surtió el efecto contrario.

Los ojos vidriosos de sir John se dilataron y parecieron mirar más allá de la cabeza de Juliana; sus jadeos cesaron y su boca se abrió; luego, tras un extraño suspiro que sonó como el aire escapándose de un globo, se desplomó sobre ella.

Si hasta entonces le había resultado pesado, ahora era un peso muerto; Juliana empujó una y otra vez, llamándolo por su nombre, tratando de hacerlo volver en si.

Antes, se había dejado dominar por el pánico: ahora, en cambio, estaba aterrorizada. Trató de gritar, pero el cuerpo del hombre y las espesas cortinas de brocado del baldaquino ahogaban su voz. Nadie podría oírla del otro lado de la puerta de roble, cerrada con pestillo. Los habitantes de la casa estaban dormidos, y George habría perdido el sentido

después de su tercera botella de oporto y estaría durmiendo la mona en el sofá de la biblioteca. Y por añadidura, ella no habría soportado que su detestable hijastro la viese en esa mortificante situación.

Juliana se retorció como una anguila sintiendo que su cuerpo estaba cubierto de sudor, resbaladizo por el esfuerzo; por fin, logró alzar las rodillas y obtuvo el ángulo suficiente como para librar sus piernas. Clavó sus talones en la cama, se impulsó hacia arriba con brazos y hombros, y John rodó hacia un lado, dejándole bastante espacio para que ella saliera, reptando, de debajo de él, que volvió a caer.

La muchacha se incorporó lentamente y contempló al hombre, tapándose la boca con la mano, los ojos agrandados de horror. Se inclinó sobre él:

-¿John? -con gesto inseguro, le tocó el hombro y lo sacudió un poco-. ¿John?

No hubo respuesta; la cara del hombre estaba hundida en la almohada. Juliana le volvió la cabeza y se encontró con sus ojos que la miraban, ciegos.

-¡Dulce Jesús, ten piedad! -susurró Juliana, retrocediendo, alejándose del cadáver.

¡Había matado a su marido!

Aturdida, incrédula, se quedó de pie junto a la cama, aguzando el oído tratando de percibir los ruidos de la casa: el tictac de los relojes, el crujido de las tablas del suelo, el tamborileo que producía el viento en los marcos de las ventanas abiertas. No se oían ruidos producidos por seres humanos.

¡Dios querido; otra vez había sufrido la maldición de su torpeza!

¿Por qué, oh, por qué todo lo que hacía terminaba mal?

Tendría que despertar a alguien. Pero, ¿qué diría? La marca redonda del calentador se destacaba en la nuca del hombre. Seguramente, lo habría golpeado más fuerte de lo que creía. Claro, era inevitable, teniendo en cuenta su naturaleza torpe, su tendencia a los

accidentes.

Horrorizada hasta la náusea, tocó el calentador y sintió que aún estaba muy caliente. Había golpeado y matado a su esposo con un objeto candente.

George no perdería tiempo. No prestaría oídos a razonamientos ni explicaciones. La acusaría públicamente, como ya lo había hecho esa mañana, en privado, tachándola de codiciosa. De haberse casado con un hombre tan viejo como para ser su abuelo solamente por su dinero. La acusaría de aprovechar el embobamiento amoroso de su padre para luego arreglar su muerte y así quedar libre y limpia, dueña de todo lo que había obtenido en el acuerdo matrimonial. Y George consideraba que esa propiedad sólo le pertenecía a él.

El hecho de que una mujer matara a su marido era considerado traición mayor, tal como sucedía cuando un sirviente mataba a su amo. Si la encontraban culpable, la quemarían en la hoguera.

Juliana se apartó aún más, corrió las cortinas de la cama y, fue veloz hasta la ventana. Se asomó e inhaló grandes bocanadas del aire tibio de la noche, matizado con la débil brisa marina que llegaba desde el Solent. La quemarían en la hoguera.

Ella lo había presenciado en una ocasión frente a la cárcel de Winchester. La señora Goadsby habla sido condenada por asesinar a su marido, que había caído por la escalera. Ella decía que él estaba ebrio, que la habla golpeado y que él había tropezado y caído. De pie en

el estrado, aún se veían los hematomas en su cara. Y, aun así, la habían atado al poste y encendido la hoguera.

En aquella época, Juliana era apenas una niña, y sin embargo, la imagen la había perseguido durante años... llevaba adherido a sus narices el olor de la carne quemada. Se sintió invadida por las náuseas y corrió a buscar la bacinilla que estaba debajo de la cama, la arrastró hacia ella y vomitó violentamente.

Tal vez, los jueces le creerían si decía que John había muerto de causa natural en mitad de sus esfuerzos por... pero ahí estaba la marca en su espalda. No era posible que él mismo se la hubiese hecho.

Y George la vería. Una madrastra que hubiese asesinado a su esposo no podría heredar. El convenio matrimonial sería anulado, y George tendría lo que quería.

Juliana no supo cuánto tiempo estuvo sentada en el suelo, encorvada sobre la taza de noche, pero llegó un momento en que se secó el sudor de la frente y se aclaró el cerebro.

Tenía que marcharse. No había nadie que la defendiera... que discutiera los hechos evidentes. Su tutor había negociado el acuerdo matrimonial; por supuesto, había cuidado de que también lo favoreciera a él. Después, había estado muy contento de librarse de la molesta carga que le pesaba desde el momento en que su sobrina huérfana, siendo una niña pequeña, había sido confiada a él. No había ninguna otra persona que tuviese el más remoto interés por ella.

Se levantó, empujó con el pie la taza de noche y se dispuso a analizar la situación. La diligencia a Londres hacia un alto en la posada *Rose and Crown*, en Winchester, a las cuatro de la mañana. Ella podría caminar los dieciséis kilómetros hasta Winchester cruzando el campo y llegar allí con tiempo de sobra. Cuando los habitantes de la casa despertaran y George saliera de su estupor, ella estaría lejos.

Claro que la perseguirían, pero ella no tendría dificultades para perderse en Londres. Sólo tenía que procurar no llamar la atención en *Rose and Crown*.

Juliana evitó mirar a la cama mientras iba hacia el armario que hacía muy poco tiempo habían llenado con su ajuar. Sin embargo, sólo sacó unos de pantalones de montar y una camisa de lino. Con ese atuendo había escapado de Forsett Towers en las frecuentes ocasiones en que la vida se había tornado más desagradable que de costumbre bajo la tutela de la esposa de su tutor. Nadie había descubierto su disfraz ni los diversos sitios por los que ella había vagabundeado. Desde luego, al regresar había pagado por ello, pero la vara de avellano de lady Forsett le había parecido poca cosa a cambio de esas preciadas horas de libertad.

Se vistió con rapidez, se puso calcetines y botas, recogió su flamígera melena en un rodete, en la coronilla y ocultó los traicioneros mechones dentro de una gorra de lana que se encasquetó hasta las orejas.

Necesitaba dinero. Sólo el necesario para el viaje y para pasar algunas noches en un alojamiento hasta que pudiera hallar trabajo. Con todo, no pensaba llevarse nada que pudiera ser echado de menos, nada que la marcara como ladrona además de asesina.

Juliana no entendía por qué se preocupaba de semejante minucia, solo sabía que su cerebro trabajaba por cuenta propia, adoptaba decisiones y descartaba posibilidades; todo ello con la eficiencia de un autómata.

Extrajo cuatro soberanos de un escondrijo en el cajón del tocador.

Había visto cuando John vaciaba sus bolsillos hacia horas... tenía la impresión, desde que los invitados se hablan marchado, por fin, del dormitorio, llevándose sus joviales obscenidades fuera de la casa y dejando solos a los recién casados.

John estaba demasiado ebrio para tenerse en pie. Aún le parecía estar viéndolo, balanceándose mientras volcaba el contenido de sus bolsillos en el cajón: sus ojos azules, inyectados en sangre y brillantes de excitación; su cara, habitualmente rubicunda, había adquirido un intenso color escarlata.

De repente, cuando se quitó del dedo el anillo de bodas al que todavía no había tenido tiempo de habituarse, el llanto le constriño la garganta. John siempre había sido bueno con ella, de un modo paternal, y ella se había sentido más que dispuesta a casarse con él, como un modo de escapar de la casa de su tutor. Muy dispuesta, hasta que comprendió

que debería vérselas con George...con el malicioso, celoso,lascivo George. Entonces, ya era demasiado tarde para retroceder. Dejó caer la sortija dentro del cajón, junto con las monedas que quedaban. El anillo de oro parecía hacerle guiños, brillando a través de sus lágrimas.

Resuelta, Juliana cerró el cajón y giró hacia el espejo de cuerpo entero para observar su apariencia. Su disfraz no estaba destinado a engañar a las personas que pudiesen verla de cerca; mientras se examinaba, supo que la camisa de lino no ocultaba, en absoluto, el volumen de sus pechos y los pantalones no hacían más que destacar la curva de sus caderas.

Sacó del guardarropas una gruesa capa de invierno y se envolvió con ella. Y si bien ocultaba sus redondeces, estaba lejos de satisfacerla como disfraz. Recordó que la luz seria pobre a esa hora de la madrugada; con un poco de suerte, habría otros pasajeros en el coche de modo que ella podría pasar inadvertida.

Fue de puntillas hasta la puerta del dormitorio y echó un vistazo a las cerradas cortinas de la cama. Sintió que debía algún tipo de reconocimiento al hombre muerto: no estaba bien huir de su lecho de muerte. Sin embargo, no se le ocurrió qué podría hacer. Pensó intensamente unos instantes en ese individuo al que hacía sólo tres meses que había conocido. Juliana recordó su bondad. Siguió pensando en él. John Ridge era un

hombre de sesenta y cinco años; había tenido tres esposas. Y había muerto de manera rápida, indolora... una muerte de la que ella había sido responsable.

Juliana salió de la habitación y caminó, sigilosa, por el corredor oscuro como boca de lobo, rozando las paredes con los dedos para orientarse. Se detuvo al llegar al comienzo de la escalera. Abajo, el vestíbulo estaba oscuro pero no tanto como el corredor que habla dejado atrás. La tenue luz de la luna se filtraba por los cristales romboidales de las ventanas.

Su mirada voló hacia la puerta de la biblioteca: estaba completamente cerrada. Bajó corriendo la escalera, fue de puntillas hacia la puerta y apoyó su oreja en ella. El corazón martilleaba en su pecho y no supo por qué se demoraba, por qué se quedaba escuchando los retumbantes ronquidos de borrachos que llegaban desde dentro. Tal vez, porque oyéndolos se sentía más segura.

Se volvió para marcharse y su pie tropezó con la orla de la gastada alfombra isabelina. Trastabilló, se aferró de la pata de la mesa para sujetarse, y cayó de rodillas: una jarra de cobre con flores de malva se tambaleó hacia el borde de la mesa que se sacudía, y cayó con estrépito sobre las losas de piedra del suelo.

Juliana permaneció como estaba, de rodillas, prestando atención al eco que resonaba en las vigas del techo, para esfumarse, luego, en la noche.

Había sido un ruido tan fuerte como para despertar a un muerto.

Pero no sucedió nada. No hubo gritos ni ruidos de pasos corriendo... y, lo más milagroso, no hubo cambio alguno en las sonoras respiraciones que llegaban desde la biblioteca.

Juliana se incorporó, maldiciendo por lo bajo: otra vez sus pies.

Por ser tan grandes, eran la cruz de su vida; daban la impresión de tener voluntad propia.

Con exagerado sigilo, fue hasta la zona posterior de la casa y salió por la puerta de la cocina. Fuera, todo estaba en silencio. A sus espaldas, la casa dormía. Esa casa que debería haber sido su hogar, su refugio contra las vueltas y vueltas de una vida que hasta entonces no le había brindado demasiada felicidad.

Juliana se alzó de hombros. Ella era como un gato que hubiese aprendido hacía mucho tiempo a andar sola; avizoró su futuro azaroso con entereza y resignación. Cruzó el patio trasero con rumbo a la huerta y el campo que estaba más allá; en ese momento, el reloj de la iglesia dio la medianoche.

Había acabado su decimoséptimo cumpleaños. Ese día que lo había comenzado como una novia a punto de casarse y lo terminaba como una viuda y una asesina.

-Te deseo buenos días, primo -dijo una voz, con pronunciación estropajosa, emergiendo de las profundidades del sofá, en el momento en que el duque de Redmayne entraba en la biblioteca de su casa, en la calle Albemarle.

-¿A qué debo el placer de tu visita, Lucien? -preguntó el duque en tono sereno, si bien una expresión fugaz de disgusto pasaba por su semblante-. ¿Estás huyendo de tus acreedores? ¿O sólo se trata de una visita de cortesía?

-Dios mío, qué sarcástico estás, primo -Lucien Courtney se puso de pie y observó con burlona indiferencia a su primo y al hombre que estaba detrás de él-. Bueno, bueno, pero si es nuestro querido reverendo Courtney.

Qué embrollo de parientes. Cómo estás, querido muchacho.

-Bastante bien -respondió el otro hombre con fluidez.

Él estaba enfundado en una sobria vestimenta gris, con un sencillo alzacuello blanco; hacía un sorprendente contraste con la chaqueta azul pavo real del duque, con sus botones dorados y sus puños bordados. Sin embargo, su semejanza física con el duque era asombrosa: la misma nariz aguileña, los mismos hundidos ojos grises, la misma boca

delgada, bien formada, el mismo hoyuelo en la barbilla. Mientras que Quentin Courtney contemplaba al mundo y a sus extravagancias con la suave y auténtica simpatía de un devoto clérigo, su medio hermano Tarquin, el duque de Redmayne, veía a sus congéneres a través de la mirada aguda y desilusionada de un cínico.

-Bueno, ¿qué te ha traído a este antro de placer? -preguntó Lucien con una mueca desdeñosa-. Yo creía que te habías convertido en un importante funcionario de la diócesis de algún obispo, en algún país.

-Canónigo de la catedral de Melchester -respondió Quentin con frialdad-. En este momento, estoy tratando el tema del obispado con el arzobispo de Canterbury.

-Ah, estamos llegando lejos, volviéndonos venerables a toda velocidad -comentó Lucien con un mohín despectivo.

Quentin lo ignoró.

-¿Puedo ofrecerte algún refresco, Lucien? -Tarquin fue hasta un armario donde estaban las botellas-. Ah, veo que ya te has servido tú mismo -añadió, al ver la copa de coñac en la mano de su primo menor-. ¿No te parece que es un poco temprano para coñac?

-Querido muchacho, yo aún no he ido a acostarme -dijo Lucien, tras un bostezo-. En lo que a mí respecta, ésta es la última copa de antes de ir a la cama -apoyó su copa en una mesa y fue hacia la puerta con paso inseguro-. ¿Tienes algún inconveniente en hospedarme unas noches?

-¿Como iba a tenerlo? -replicó Tarquin, dando a su semblante una expresión sardónica con una ceja arqueada.

-La cuestión es que mi casa se encuentra sitiada -declaró Lucien, apoyándose en la puerta y buscando, con torpeza, la caja de rapé en su bolsillo-. Los malditos acreedores y los alguaciles aporrean mi puerta a cualquier hora del día y de la noche. No se puede dormir tranquilo una noche completa.

-¿Qué vas a vender esta vez para apaciguarlos? -preguntó el duque, sirviendo vino de Madeira para él y para su hermano.

-Tendrá que ser Edgecombe -contestó Lucien, mientras tomaba una pulgarada. Lanzó un exagerado suspiro-. Es algo terrible pero, no sé qué podría hacer.. salvo que tú encuentres la forma de sacar a un pariente del aprieto.

Sus desvaídos ojos marrones, que ardían en sus hondas cuencas como las últimas ascuas de un fuego mortecino, se aguzaron de pronto y Lucien miró a su primo con perversa perspicacia. Sonrió al percibir el signo revelador de un músculo que se estremecía en la mandíbula de Tarquin, que se esforzaba por controlar su cólera.

-Bueno -dijo, en tono despreocupado-. Lo conversaremos más tarde... después de que yo haya dormido un poco. ¿Durante la cena, te parece?

-Sal de aquí -contestó Tarquin, volviéndole la espalda.

Cuando la puerta se cerró tras la partida de Lucien, su risilla contenida quedó flotando en el aire.

-No quedará mucho de Edgecombe para el pobre Godfrey -dijo Quentin, bebiendo un sorbo de vino-. Desde hace seis meses, nada más, cuando Lucien llegó a su mayoría de edad, ha dilapidado una fortuna que bastaría para que cualquier hombre se mantuviese toda la vida en medio del lujo.

-Yo no pienso hacerme a un lado y ver cómo él vende Edgecombe -afirmó Tarquin, casi sin expresión-. Y tampoco me quedaré tan fresco viendo cómo lo que queda pasa a manos del lamentable primo de Lucien.

-No veo cómo podrías impedirlo -dijo Quentin, con cierto asombro-. Si bien sé que el pobre Godfrey no tiene más inteligencia que un recién nacido, también sé que es el legítimo heredero de Lucien.

-Lo sería, si Lucien no dejara heredero propio -señaló el duque, hojeando al azar las páginas de la Gazette.

-Bueno, pero ya se sabe que eso es un imposible -declaró Quentin, hecho que, a su juicio, era inmutable-. Y ahora, Lucien esta libre de tu freno; no es mucho lo que puedes hacer para controlarlo.

-No sólo eso, sino que jamás deja de irritarme con eso -respondió Tarquin-. Pero, el día en que Lucien Courtney me supere, se habrá congelado el infierno.

Alzó la vista y su mirada se encontró con la de su medio hermano.

Esta afirmación, pronunciada en tono quedo, hizo correr un breve escalofrío por la espalda de Quentin. Conocía a Tarquin como nadie. Conocía el lado blando de un carácter aparentemente indoblegable; conocía la parte vulnerable de su hermano; sabia que esa fachada de duro cinismo con que Tarquin se presentaba ante el mundo era una forma de defensa aprendida en su juventud para protegerse de los que querían aprovechar la amistad

de un futuro duque para satisfacer sus propias ambiciones.

Quentin también sabia que no debía subestimar la forma implacable en que el duque de Redmayne obtenía lo que quería. Por eso, se limitó a preguntarle:

-¿Qué harás?

Tarquin apuró su copa. Sonrió, pero no había humor en su sonrisa.

-Ya es hora de que nuestro pequeño primo tome una esposa e inaugure el cuarto de los niños -dijo-. De ese modo, se resolvería la cuestión del heredero de Edgecombe.

Quentin lo miró como si se hubiese vuelto loco.

-Nadie se casaría con Lucien, aun suponiendo que él estuviese dispuesto a casarse. Tiene sífilis y las únicas mujeres que están en su agenda de placer son las prostitutas del arroyo que están preparadas para satisfacerlo.

-Es cierto. Sin embargo, ¿cuánto tiempo crees que podrá vivir? -preguntó Tarquin, como al azar-. Basta con mirarlo. Está arruinado por la disipación y la gonorrea. Yo le daría unos seis meses... un año, como máximo.

Quentin no dijo nada, y su mirada siguió fija en el semblante de su hermano.

-Él también lo sabe -continuó diciendo Tarquin-. Por eso está viviendo cada día como si fuese el último. Le importa un comino el destino de Edgecombe o la fortuna de los Courtney. ¿Por qué habría de importarle? En cambio, yo tengo la intención de asegurar de que Edgecombe, al menos, pase a manos competentes.

El semblante de Quentin reflejó su horror.

-¡Por piedad, Tarquin! No puedes condenar a una mujer a compartir su lecho, aun cuando él mismo la introduzca en él. Sería como una sentencia de muerte.

-Escúchame bien, querido hermano. Es muy sencillo.

2

Cuando la diligencia entró a los tumbos en el patio de la Campana, en la calle Wood de Cheapside, Juliana ya había olvidado, casi, que existía un mundo fuera del estrecho interior del vehículo y la compañía de los otros seis pasajeros. A razón de ocho kilómetros por hora, con una detención obligada al atardecer, porque ni el cochero ni los pasajeros se

arriesgarían a viajar por las carreteras después de oscurecer, habían tardado un día completo en hacer el trayecto de ciento doce kilómetros entre Winchester y Londres. Juliana, igual que los demás pasajeros, había permanecido sentada en el salón de la posada durante la parada nocturna. Pese a su dureza, los bancos de madera eran un grato cambio con respecto a los tambaleas y saltos que provocaban las ruedas de hierro sobre los caminos sin pavimentar.

Reanudaron el viaje poco después del amanecer, y habían dado las siete de la mañana cuando ella se apeó del coche por última vez. Permaneció en el patio de la Campana,

arqueando la cintura con las manos apoyadas debajo, para aliviar sus calambres. También acababa de llegar la diligencia proveniente de York, y estaba vomitando a sus parpadeantes,

extenuados pasajeros. El aire estival ya estaba tibio, cargado con los olores de la ciudad, y Juliana frunció la nariz al recibir ese penetrante hedor de basura podrida que provenía de los desagües y del estiércol amontonado en los estrechos callejones empedrados.

-¿Tienes una caja aquí, muchacho?

Juliana demoró unos instantes en comprender que la pregunta del cochero iba dirigida a ella. Todavía estaba arrebujada en la capa y tenía la gorra encasquetada hasta las orejas, como lo había estado durante todo el viaje. Dirigió su vista al hombre que estaba sobre el techo del vehículo, soltando las correas que sujetaban el equipaje de los pasajeros.

-No, no tengo nada, gracias.

-Es un viaje largo para hacerlo sin un bolso de mano, siquiera -comentó el hombre, con cierta curiosidad.

Juliana se limitó a asentir y se alejó hacia la entrada de la posada. No sólo tenía la sensación de haber hecho un viaje largo sino, mas bien, de haber entrado en otro mundo... en otra vida. Lo único de verdadera importancia era qué le traería consigo y qué haría ella con esa nueva vida.

Entró en el salón de la posada, recubierto de paneles de madera oscura, donde una mujer estaba echando agua con un cubo sobre las mugrientas baldosas. Juliana saltó sobre un sucio reguero que parecía ir a mojar sus pies, uno de ellos se enganchó en el borde del cubo, y ella tuvo que sujetarse del mostrador para no caer. Una vez recuperado el

equilibrio, saludó a la muchacha con un alegre gesto.

-Buenos días.

La muchacha sorbió por la nariz; a juzgar por su expresión, su día no presagiaba nada bueno. Era flaca y pálida, su pelo estaba tan tirante hacia atrás que daba la impresión de dolerle y se unía en una lánguida y grasienta coleta.

-¿Quiere algo de comer?

-Si fuera tan amable -respondió Juliana con indoblegable jovialidad.

Se encaramó sobre un alto taburete junto al mostrador y miró en derredor. No presentaba una comparación muy favorable con las tabernas campesinas a las que ella estaba habituada. En ellas, era común ver flores frescas, ramos de hierbas secas, bronces pulidos, madera encerada; en cambio, este sitio era oscuro, sucio y apestaba a cerveza rancia y a orines. Y las personas tenían una actitud desconfiada y hostil.

Tras el mostrador, en la penumbra, se irguió la figura del tabernero.

-¿Qué puedo servirle?

Aunque la pregunta era suficientemente cortés, su tono era agrio y sus ojos estaban inyectados en sangre.

-Huevos, tostadas y té, por favor, señor. Acabo de descender de la diligencia de York -respondió Juliana, ensayando una sonrisa.

En la semioscuridad, el hombre la miró con suspicacia y ella se envolvió más apretadamente en la capa.

-Antes, quiero ver sus monedas -dijo el sujeto.

Juliana metió su mano en el bolsillo y extrajo un chelín. Lo puso sobre el mostrador y miró al hombre con severidad, con sus ojos verdes echando súbitas chispas.

El posadero retrocedió, alejándose en forma involuntaria de esa cólera quemante. Palpó la moneda, lanzó a Juliana otra mirada escudriñadora y dijo, chasqueando los dedos, a la criada que seguía fregando el suelo:

-Ellie, ve a la cocina y trae al caballero unos huevos y unas tostadas.

La doncella dejó caer su lampazo dentro del cubo con irritada impaciencia, que hizo desbordar el agua y, suspirando con pesadez, pasó detrás del mostrador y fue hacia la cocina.

Los ojos del posadero, desteñidos, inyectados en sangre, se entornaron con expresión astuta:

-¿Un jarro de cerveza, joven señor?

-No, sólo té, gracias.

La mirada sagaz del hombre recorrió la envuelta figura.

-El té te enturbiará el estómago, muchacho. Es un brebaje que sólo beben las mujeres. ¿Nadie te ha enseñado a beber cerveza en el desayuno?

Juliana llegó a la conclusión de que, si bien su disfraz no era convincente, hasta ese momento había cumplido con su propósito. Estaba segura de que nadie la había mirado dos veces en la Rose and Crown, en Winchester, y en lo que al posadero concernía, ella acababa de apearse de la diligencia de York: casi tan lejos de Winchester como era posible, siempre que uno se mantuviese de este lado de la frontera escocesa.

-Estoy buscando alojamiento y trabajo -dijo la muchacha con tono despreocupado, confirmando por defecto la sospecha del hombre-. ¿Conoce usted a alguien por aquí?

Pensativo, el sujeto se rascó la barbilla.

-Bueno, quizá se me ocurra algo. Veamos qué hay debajo de esa gorra.

Juliana se alzó de hombros y se quitó la gorra.

-No entiendo qué tiene que ver mi pelo con el hecho de conseguir un trabajo.

En ese momento, Ellie regresaba de la cocina con el desayuno y se quedó con la boca abierta al ver esa llameante melena que, libre ya de la gorra, caía en cascada.

-Eh, ¿qué anda haciendo, vestido de muchacho?

Ellie depositó con un golpe el plato ante Juliana.

-De esta manera, se hace más fácil viajar -respondió juliana, mojando la tostada en el huevo- ¿Podría traerme el té, por favor?

-Ah, conque somos altaneras, ¿eh? -dijo Ellie-. Apuesto a que eres una buena pieza.

-Cierra la boca y ve a buscar el té, muchacha -le ordenó el posadero, amenazándole con el dorso de la mano.

Ellie se agachó, sorbió y corrió hacia la cocina.

-Muy bien, ¿qué está haciendo una dama, correteando por las calles vestida de varón? -preguntó el hombre con aparente despreocupación, mientras lustraba un sucio jarro de peltre con la manga.

Juliana, hambrienta, limpió lo que quedaba de yema con la tostada y dejó el tenedor.

-Como ya le he dicho, estoy buscando trabajo.

-Habla como una dama -insistió el sujeto-. Las damas no buscan trabajo por ahí.

-Alguna que hubiese sufrido un golpe desafortunado, tal vez sí.

Juliana se sirvió té de la tetera que Ellie había dejado junto a su codo, depositó de nuevo la tetera y, cuando movió el brazo, enganchó un pliegue de la capa en el pico. La tetera se tambaleó con ruido sobre el mostrador, pero ella logró librar la tela sin mayores desastres.

-Sí, supongo que debe de ser así -admitió el tabernero, observando su lucha con la tetera.

-¿Conoce usted a alguien?

-Es probable. Usted aguarde aquí un rato y yo veré qué es lo que puedo hacer.

-Gracias.

Juliana le dirigió una sonrisa radiante y él parpadeó con sus ojillos y luego enfiló, con su paso pesado, hacia regiones ignotas, dejando a la joven a solas con su té.

Ya en la cocina, el hombre llamó a un muchacho que fregaba sartenes engrasadas en una cuba de madera, junto a la puerta.

-Eh, tú, muchacho. Ve a la calle Russell, en Covent Garden. La casa del señor Dennison. Dile a la señora Dennison que Josh Bute, de Bell, tiene algo que podría interesarle. ¿Has entendido?

-Si, señor Bute -respondió el muchacho, haciendo un saludo con la mano mojada y engrasada-. De inmediato, señor.

Salió a la disparada, y el señor Bute se quedó unos instantes restregándose las manos. Los Dennison pagarían una suculenta comisión por una buena mercadería; en esa que estaba sentada en su taberna, había algo indefinible que convencía al tabernero de que había encontrado un artículo de lujo para una pareja muy exigente.

Cabeceando para si mismo, volvió al salón.

-Creo que puedo hacer algo por usted, señorita -dijo, con una sonrisa que él consideraba jovial pero que, a Juliana, le hizo pensar en un perro desdentado y rabioso.

-¿Qué clase de trabajo es? -preguntó ella.

-Oh, es un buen trabajo, limpio -aseguró él-. Bastará con que usted pueda conformar a la señora Dennison; se hallará perfectamente bien.

-¿Es un empleo con vivienda?

-Oh, sí, señorita, eso es -respondió él, sirviendo un jarro de cerveza para él mismo-. Un trabajo suave, con vivienda. Especial para una joven dama que se encuentra sola. La señora Dennison cuida de sus chicas.

Se enjugó la espuma de la boca con el dorso de la mano y repitió su sonrisa rabiosa.

Juliana frunció el entrecejo. Parecía demasiado conveniente, rápido y fácil. Demasiado. Pero se encogió de hombros. No perdería nada con esperar a ver a esta señora Dennison; si ella estaba buscando una doncella o, incluso, una fregona, Juliana tendría para empezar.

-¿Debo ir a verla?

-Oh, no; bendito sea. La señora Dennison vendrá aquí -repuso él, sirviéndose otro jarro de cerveza.

-En ese caso, me sentaré en el rincón de la chimenea -Juliana lanzó un prolongado bostezo-. Echaré una siesta mientras espero.

-Está muy bien -dijo el señor Bute, indiferente, aunque su mirada la siguió hasta que ella se acurrucó en el banco de madera del profundo rincón junto a la chimenea, apoyando la mejilla en la mano.

Los ojos de la muchacha se cerraron casi de inmediato.

El señor Bute se sorbió sus encías desdentadas con un chasquido de satisfacción. Esta joven no le causaría problemas hasta que llegara la señora Dennison. De todos modos, él se quedó en la taberna, vigilando a la durmiente con ojo atentó, hasta que oyó, dos horas

más tarde, el traqueteo de las ruedas en el patio del establo y el ajetreo de pasajeros afuera.

Se apresuró a salir de atrás del mostrador y saludó a su visitante con una profunda reverencia.

-¿Qué tiene para mí, Bute? -preguntó la dama, golpeteando con su zapato de tacón alto revestido de seda rosada y bordeado de encaje plateado-. Es una hora endemoniada para hacer visitas; espero que no se trate de una molestia inútil.

-Confío en que no lo será, madam -dijo el posadero, ejecutando otra reverencia, que le hizo tocarse las rodillas con la nariz, casi-. La muchacha dice que ha bajado de la diligencia de York.

-Bueno, ¿dónde está ella?

Elizabeth plegó su abanico y frunció la nariz al percibir el olor rancio y desagradable del ambiente, ahora condimentado con el de calabaza hirviendo.

-En la taberna, señora.

El tabernero abrió la puerta y la dama pasó junto a él, apartando con destreza la armazón de su falda de satén verde.

-En el rincón junto a la chimenea -dijo en voz baja el señor Bute, señalando.

La señora Dennison atravesó el salón con paso leve, y en sus ojos apareció un brillo especulativo. Contempló la figura de la durmiente, envuelta en su capa. Su mirada evaluativa recorrió la suntuosa cascada de su pelo flamígero, la blancura de crema de su piel, la forma de la boca plena, relajada, la salpicadura de pecas sobre el puente de una nariz de nítido contorno.

El ojo experto de la señora Dennison le reveló que ella no era una belleza. Tenía rasgos demasiado fuertes para ser una niña bonita. Pero su cabellera era espléndida. Y había numerosos caballeros que preferían algo fuera de lo común. ¿Qué haría vestida con esa ropa? ¿Qué tendría que ocultar? Porque era seguro que ocultaba algo. Y si resultaba ser virgen...

Los bellos ojos de Elizabeth se entornaron de golpe: una virgen, y con algo que ocultar...

Se inclinó sobre Juliana y la sacudió por el hombro.

-Es hora de que despiertes, mi querida.

Juliana emergió de las profundidades de su sueño sin sueños. Abrió los ojos y parpadeó al ver ese rostro cerniéndose sobre ella. Un rostro adorable: rojos labios sonrientes, bondadosos ojos azules. No conocía ese rostro; por un instante, se sintió por completo desconcertada.

La mujer volvió a tocarle el hombro.

-Querida mía, soy la señora Dennison.

Juliana recuperó de repente la memoria y se incorporó en el asiento, bajando las piernas al suelo. Junto a esta radiante criatura enfundada en suntuoso satén, con su recatada gorra de encaje encaramada sobre unos rizos castaño oscuro, ella se sentía torpe, toda codos y rodillas. Metió sus pies debajo del banco, albergando la esperanza de que no la metieran en líos, y se apresuró a recoger de nuevo su cabello con las hebillas.

-Mi anfitrión ha pensado que tal vez esté usted buscando una criada de salón, señora -comenzó a decir la muchacha.

-Perdóname, mi querida, pero no hablas como una persona acostumbrada al servicio -dijo la señora Dennison sin ambages, sentándose en una silla que el ansioso señor Bute había empujado hacia ella-. Tengo entendido que has llegado en la diligencia de York.

Juliana hizo un movimiento afirmativo, pero la mirada de Elizabeth se hizo más penetrante. Estaba demasiado familiarizada con las cosas de la vida como para que la engañase una mentirosa inexperta. Además, en el acento de esa muchacha no se percibía la menor traza de entonación de Yorkshire.

-¿Dónde esta tu casa?

Juliana colocó la última hebilla en el pelo.

-¿Es necesario que lo sepa usted, señora?

Elizabeth se inclinó hacia ella y apoyó su mano enguantada sobre la de Juliana.

-Si tú no quieres decírmelo, no, mi niña. Pero tendría que saber tu nombre y tu edad, ¿sí?

-Juliana ffi... Beresford -se corrigió rápidamente. Estarían buscando a Juliana Ridge-. Tengo diecisiete años, señora.

La dama asintió: no se le había pasado por alto el desliz.

-Bueno, ¿por qué no vienes conmigo, querida? Necesitas descansar, comer algo y vestirte.

Se levantó, provocando un susurro de satén, y le sonrió como para animarla.

-Pero... pero, ¿y ese trabajo que tendría usted para mi?

Juliana empezaba a inquietarse. Las cosas se sucedían con excesiva velocidad.

-Hablaremos de eso cuando hayas comido y descansado, niña -la señora Dennison la hizo ponerse de pie-. Mi coche espera afuera; el trayecto hasta mi casa es corto.

A Juliana le quedaba un solo soberano de su magra provisión.

Tendría que bastarle para su comida y alojamiento durante un día o dos.

Sin embargo, ella carecía por completo de experiencia en ese mundo alarmante de la ciudad; sería una tontería rechazar la protección y la hospitalidad de esta mujer encantadora, de mirada tan amable. Entonces, sonrió, indicándole que aceptaba, y siguió a su benefactora que salió de la taberna y subió a un carruaje ligero tirado por dos caballos pintos.

-Y ahora, mi querida -dijo la señora Dennison en tono de confianza-, ¿por qué no me lo cuentas? Te puedo asegurar que he oído todo lo que puedas imaginarte y que no hay muchas cosas en este mundo que puedan sorprenderme o escandalizarme.

Juliana reclinó su cabeza sobre los almohadones de terciopelo azul celeste y la mirada de sus ojos cansados vaciló cuando miró hacia ese rostro sonriente. En ese momento comprendió que la única persona, además de ésta, que la había mirado con tan bondadoso interés era sir John Ridge. Se le llenaron los ojos de lágrimas y parpadeó para librarse de ellas.

-Mi pobre chica, ¿qué te ha pasado? -dijo Elizabeth, echándose hacia delante para tomarla de las manos-. Puedes confiar en mí.

¿Por qué? La pregunta era una fruslería, haciendo eco en el fondo de la mente de Juliana. La tentación de volcar su confidencia en alguien, alguien que supiera cómo era la vida, fue abrumadora. Si no revelaba su identidad verdadera o el lugar de donde venía, podría reservar lo fundamental de su secreto, seguir protegida del largo brazo de la ley.

-Es una extraña historia, señora.

Si Su Gracia quiere hacerme el inmenso honor de visitarme esta noche, en la calle Russell, creo que tendré algo de interés para mostrarle.

Su obediente servidora,

Elizabeth Dennison

El duque de Redmayne leyó el mensaje con expresión impasible. Luego, levantó la vista y miró a su mayordomo.

-¿El mensajero aún esta aquí?

-Sí, Su Gracia. Debía esperar una respuesta.

Tarquin asintió, fue hasta su escritorio, y acercó una hoja de pergamino, sumergió una pluma en un tintero y garrapateó un par de líneas. Espolvoreó arena sobre la hoja y la plegó.

-Entregue esto al mensajero, Roberts.

Dejó caer la nota sobre la bandeja de plata que sostenía el mayordomo, y éste hizo una inclinación y se marchó.

-¿De qué se trataba? -preguntó Quentin, levantando la vista de su libro.

-Dudo de que quieras saberlo -dijo el duque con una semisonrisa-. Se refiere a una cuestión que no cuenta con tu aprobación, mi amigo.

-Ah -la expresión de Quentin, que solía ser benévola, se ensombreció-. No será esa cuestión de encontrar una esposa para Lucien, ¿eh?

-Precisamente, mi querido amigo. Precisamente. ¿Quieres un jerez?

Tarquin alzó el botellón y lo miró con una ceja arqueada en expresión interrogante.

-Gracias -Quentin dejó a un lado su libro y se levantó-. ¿De verdad, estás decidido a llevar a cabo este diabólico plan?

-Desde luego que si. Él duque entregó a su hermano una copa-. ¿Por qué lo calificas de diabólico, Quentin?

A sus ojos asomaba una luz ligeramente burlona y una curva divertida elevaba las comisuras de su boca.

-Porque lo es -repuso Quentin-. ¿Cómo piensas proteger a la muchacha si a Lucien se le ocurriese ejercer sus derechos maritales?

-Oh, puedes quedarte tranquilo con respecto a eso; confía en mí.

-No me agrada -dijo Quentin, contemplando el contenido de su copa con ceño adusto.

-Eso ya lo has expresado con toda claridad -Tarquin palmeó el hombro de su hermano y le sonrió-. En realidad, no te agrada casi ninguno de mis planes.

-No, y que el demonio me explique por qué me preocupo por ti -dijo su hermano, casi con amargura-. Eres un hereje, Tarquin. Mefistofélico, directamente.

Tarquin se sentó y cruzó sus pies calzados con elegancia. Con el ceño crispado, clavó su mirada en el brillo de los diamantes que adornaban las hebillas de sus zapatos y reflexionó:

-Pienso que, tal vez, las hebillas con gemas están quedando un poco fuera de moda. He notado que, la otra mañana, en la recepción, Stanhope llevaba unas muy elegantes, de simple plata... Creo que este tema tampoco debe de ser de tu interés, Quentin.

-No puedo decirte que lo sea -Quentin echó una mirada a sus propios zapatos de cuero negro, sólidos y con sencillas hebillas de metal-. Y no cambies de tema, Tarquin.

-Te pido perdón; creía que habíamos llegado a una amable conclusión -respondió Tarquin, bebiendo un sorbo de jerez.

-¿Desistirás de ese plan?

-No, hermano querido.

-En ese caso, no hay nada más que decir.

-Exacto. Como yo decía: hemos llevado el tema a una amable conclusión -con un solo movimiento grácil, el duque se puso de pie y dejó su copa sobre la mesa-. No te preocupes, Quentin, pues sólo lograrías llenar tu frente de arrugas.

-Y tú, no me trates como si fuera un tonto -exclamó Quentin, con más ardor del que solía manifestar-. Tus juegos no me engañan, Tarquin.

Su hermano se detuvo junto a la puerta, con una leve sonrisa en sus labios.

-No, gracias a Dios, no. Que nunca te engañen, si me amas, hermano.

La puerta se cerró tras el, y Quentin vació su vaso. Hacia treinta años que conocía a su medio hermano. Recordó la rabia y la desilusión que había sufrido Tarquin, siendo un muchacho de quince años, cuando lo traicionaron por no haber querido comprar la amistad de sus padres. Recordó su desesperación de uno o dos años después, cuando el joven descubrió que, a la mujer a la que había amado con tanto fervor, sólo le interesaba lo que podía ganar siendo la querida del duque de Redmayne.

Quentin sabía la vital importancia que tenía la herencia familiar para el tercer duque de Redmayne. Tarquin había sido educado como el hijo mayor y heredero de un antiguo título y de un vasto conjunto de propiedades; por eso sostendría el orgullo y el honor de la familia hasta el día de su muerte.

Y Lucien estaba haciendo peligrar ese orgullo. Desde que Tarquin era su tutor, el duque se las había ingeniado para sujetar sus riendas, pero ahora su voz no tenía peso para decidir de qué modo su primo llevaba adelante su vida o cómo manejaba su fortuna y sus propiedades. Quentin comprendía todo eso y, aun así, no podía aceptar el diabólico plan de Tarquin para salvar Edgecombe. Desde luego que Tarquin lo lograría, al costo que fuese.

Sin embargo, tenía que haber otra forma. Quentin reanudó la lectura de su libro, buscando consuelo en las Vidas Paralelas, de Plutarco. Deseaba que el arzobispo no estuviese demorando tanto la cuestión que había traído a Quentin a Londres. Alguien tenía que ejercer una influencia estabilizadora sobre los acontecimientos que sucedían en la casa de la calle Albemarle. En ocasiones, Tarquin prestaba oídos a Quentin y era posible persuadirlo de que modificara sus planes de largo alcance. Quentin amaba entrañablemente a su medio hermano. Lo había venerado como a un heroe desde que ambos eran niños. Pero no podía cerrar los ojos e ignorar el lado oscuro de la naturaleza de Tarquin.

-Ah, Su Gracia, ha venido usted.

Elizabeth se levantó e hizo una reverencia al duque, que entraba en su sala privada.

-Por supuesto, señora. Con semejante incentivo, ¿cómo podía no venir?

Sacó de su bolsillo una cajita esmaltada que contenía rapé y tomó una pizca. La señora Dennison no pudo menos que notar que la delicada decoración dorada y marfil de la caja coincidía exactamente con la chaqueta de seda, el chaleco y los pantalones de Su Gracia.

-¿Querría verla ahora, Su Gracia?

-Estoy impaciente, madame.

-Venga por aquí, señor.

Elizabeth condujo a su visitante fuera de la sala. Era de noche, y la casa estaba en plena actividad. Dos mujeres jóvenes, enfundadas en batas de encaje, andaban despreocupadamente por el corredor. Hicieron sendas reverencias a la dueña de casa quien, a su vez, las saludó con una sonrisa, y siguieron su camino.

Un criado que llevaba una bandeja con champán, dos copas y un plato con ostras, llamó a una puerta que había al final del pasillo.

-Esta velada comienza temprano -comentó el duque.

-Suele ser así, milord -dijo Elizabeth, en tono complaciente-. Tengo entendido que Su Alteza Real nos visitará próximamente.

-Ah, pobre Fred -murmuró el duque.

El torpe Frederick Louis, príncipe de Gales, cuya adicción a las mujeres era el hazmerreír de la sociedad, visitaba con regularidad el harén de los Dennison.

Elizabeth lo condujo por un estrecho tramo de escaleras hasta el fondo del corredor. Era un trayecto que el duque no conocía; arqueó una ceja en manifestación de asombro, mientras iba siguiendo la armada falda escarlata que lo precedía.

-Éste es un pasadizo privado, Su Gracia -explicó Elizabeth cuando giraron hacia un estrecho corredor-. En un instante comprenderá usted la razón de su existencia.

Ella se detuvo ante una puerta que había al final de ese pasillo y se hizo a un lado para dejar pasar al duque. Él entró tras ella en un reducido armario, sólo iluminado por la vela del soporte que estaba en el pasillo, a sus espaldas.

-En la pared, Su Gracia -susurró Elizabeth.

El duque hizo lo que ella le indicaba y los vio de inmediato: dos agujeros para espiar que estaban a la altura de los ojos.

El duque se preguntó si en todas las habitaciones del establecimiento de la señora Dennison habría esa facilidad para el voyeur mientras se acercaba a los agujeros. Escudriñó en la habitación iluminada por velas. Pudo ver una cama con baldaquino, cuyas colgaduras hacían juego con las cortinas ondulando ante la ventana abierta, un lavabo con

una jarra y una jofaina de porcelana floreadas. Era un dormitorio similar a muchos de los que había en la casa.

Salvo que en él había una muchacha. Estaba de pie ante la ventana abierta, cepillándose, distraída, el pelo. La luz de la vela se reflejaba en el brillo de sus resplandecientes mechones mientras ella le daba fuertes y largas pasadas rítmicas con el cepillo. Llevaba puesta una bata suelta que reveló estar abierta cuando ella se volvió hacia la habitación.

Él pudo ver unos pechos firmes y plenos, un vientre blanco, un atisbo de vello rojo por debajo. Después, ella se desplazó y quedó fuera de su vista. El duque aguardó, y sus ojos concentraron su mirada en la parte de la habitación que podía ver. Ella volvió a aparecer ante él. Con un lánguido movimiento, se quitó la bata y la arrojó sobre una otomana

que había a los pies de la cama.

El duque no se movió ni emitió ningún sonido. Tras él, Elizabeth aguardaba, ansiosa, con la esperanza de que a él agradara lo que estaba viendo.

Tarquin miró largo rato la alta figura y notó la curva de las generosas caderas, la plenitud de los pechos que la esbeltez de su torso acentuaba, la breve cintura. Notó, también, la blancura de su piel en contraste contra su cabellera de llama. La muchacha fue hacia la cama, y él pudo ver el ensanchamiento de las caderas, la redondez y tersura de las

nalgas, la larga extensión de los muslos.

Ella alzó una rodilla, la apoyó en la cama y, de repente, miró por encima del hombro. Por un instante, el duque tuvo la impresión de que lo miraba directamente a él, que sus miradas se encontraban. Esos ojos tenían el color del jade, intenso y resplandeciente, y estaban separados bajo la recta línea de sus cejas oscuras. Sus pestañas, tan negras y rectas como sus cejas, subieron y bajaron cuando ella parpadeó, fatigada. Luego, bostezó cubriéndose la boca con el dorso de la mano, y se subió a la cama.

La muchacha se inclinó y apagó la vela con un soplido.

El duque de Redmayne salió del armario y volvió al pasillo iluminado. Se dio vuelta y miró a la expectante señora Dennison.

-¿Es virgen?

-Estoy segura de eso, Su Gracia.

-¿Puede comprársela?

-Eso creo.

-Si es así, hablemos de las condiciones, Elizabeth.

3

Cuando Juliana despertó, se encontró con un radiante amanecer. Siempre había tenido el hábito de levantarse temprano; ahora despertó sin la menor somnolencia y se sentó de inmediato, mirando a su alrededor. Era una habitación pequeña pero cómoda, bien amueblada, aunque sin lujos. Las cortinas de la cama y de las ventanas eran de cotonía almidonada; sencillos tapetes tejidos a mano estaban distribuidos en el suelo de roble encerado y alegres cojines de cretona se amontonaban sobre la chaise longue.

Daba una sensación de confort y familiaridad, como sucedía con su habitación en Forsett Towers. Pero los sonidos que llegaban desde la calle no tenían la menor semejanza con los agudos chillidos de los pavos que vagaban por los prados de la mansión ni con la llamada de clarín de los gallos de la granja familiar.

Apartó las mantas y se levantó, estirándose con un suspiro de placer, y fue descalza hasta la ventana. Corrió las cortinas y miró hacia abajo, donde vio un estrecho callejón, atestado de carretas y carretones cargados con los productos del campo. Vocingleros muchachos tiraban de carretillas abriéndose paso entre el gentío, con rumbo a Covent Garden, que estaba al final de la calle. Dos hombres jóvenes, enfundados en desordenada ropa de noche, salían a los tumbos de una taberna que había al otro lado de la calle y se detenían, parpadeando, a la luz del día. Una mujer de llamativo fustán rojo con puntillas rotas y sucias en el cuello, se alzó la falda para mostrar sus pantorrillas y, con sonrisa insinuante, se bajó el escote para descubrir sus pechos.

Uno de los jóvenes, lanzó una fuerte carcajada y la asió, apretando su boca contra la de ella y sujetándola con brutalidad por la cabeza. Luego, la apartó de él con un empujón y, todavía riendo, los dos se fueron, con paso vacilante, hacia el Strand. La prostituta se levantó de la zanja maldiciendo y agitando el puño. Se acomodó nuevamente el sucio cuello de encaje, se sacudió la falda y enfiló rumbo al mercado.

Juliana contemplaba, fascinada, la escena. En Winchester, ni los días de mercado eran tan animados.

La curiosidad y la excitación la colmaron de energía, y Juliana fue hasta el armario. Sacó un sencillo vestido de muselina y unas enaguas de algodón que su benefactora le había hecho aceptar cuando llegaron a la casa, la mañana anterior. Juliana había aceptado esa ropa, precisamente, por lo sencilla que era. El vestido era de los que usaría una doncella bien tratada, para su descanso dominical.

Se pasó la enagua por la cabeza, el vestido por los pies, lo abrochó y se colocó un discreto fichú de muselina en el cuello. Se calzó con un par de sandalias de cuero que también le habían sido provistas por la señora Dennison, se lavó la cara, se cepilló el pelo y lo sujetó en la coronilla con un moño; ya estaba lista. Salió de la habitación y bajó corriendo la amplia escalinata hacia el vestíbulo, diez minutos después de haberse despertado.

La puerta principal, que daba a la calle estaba abierta; una criada estaba en cuclillas lustrando el parquet. Juliana no había visto gran cosa de la casa el día anterior. Después de haberse cambiado de ropa, había pasado el resto del tiempo con la señora Dennison, en su sala privada. Había cenado allí, sola, y se había ido a acostar temprano, abrumada por lo extraño del ambiente y por la excitación del día, tras la fatiga del viaje, y ya sin fuerzas para observar con demasiada atención lo que la rodeaba.

Ahora, en cambio, estaba descansada y con la cabeza despejada, y miró en su derredor con interés. Unas puertas dobles se abrían a la derecha del vestíbulo, a un largo y elegante salón. Por lo que podía ver, el amueblamiento era todo de madera delicadamente dorada y tallada, salvo unos hondos sofás que invitaban a sentarse y unas mullidas otomanas, había alfombras ricamente bordadas, y las cortinas y tapizados eran de terciopelo verde esmeralda. Había en el ambiente olor a tabaco y a alcohol compitiendo con el perfume de las rosas frescas y la fragancia de los popurrís que había en cuencos distribuidos en todas las superficies.

Juliana vio que un lacayo y una criada lustraban los muebles del salón pero, fuera de esa actividad, la casa estaba sumida en un curioso silencio. Se le ocurrió que se asemejaba a un escenario teatral. Todo preparado para la entrada de los actores. No era como el ambiente de una casa familiar sino, más bien, como el de un hotel.

Con el entrecejo levemente fruncido, se encaminó hacia la criada que lustraba el suelo pero, antes de que pudiese llegar a ella, una voz le dijo, en tono suave pero autoritario:

-¿Dónde va, señorita?

Juliana giró sobresaltada, pues no había oído los pasos detrás de ella. Un hombre robusto, embutido en una librea roja, y con peluca empolvada, impresionante trencilla y entorchados dorados en la chaqueta y una pesada cadena de oro de reloj cruzándole el amplio pecho, la contemplaba con los brazos en jarras.

-Estaba por salir a dar un paseo -dijo juliana, sin advertir que alzaba el mentón en gesto de desafío. Eso, si fuera asunto suyo.

La criada, que seguía lustrando el suelo a cuatro patas, emitió un extraño sonido en sordina. Juliana la miró, pero la muchacha tenía la cabeza baja y dio la impresión de estar esforzándose más aún en su tarea. Juliana se volvió otra vez hacia el mayordomo de librea... o al menos eso suponía ella.

El individuo la miraba con expresión incrédula.

-Al parecer, tiene usted mucho que aprender acerca de este establecimiento, señorita -afirmó el sujeto-. Aquí va la lección número uno: mi nombre es Garston. Señor Garston para usted o simplemente señor. Y efectivamente, señorita, todo lo que usted haga es asunto mío.

Los ojos de Juliana, despidiendo chispas verdes, lo miraron.

-La única persona que tiene derecho a cuestionar mis movimientos, en esta casa, es la señora Dennison, mi buen hombre. Y ahora, si me disculpa, saldré a caminar.

Trató de pasar junto a él, hacia la puerta, pero el hombre desplazó su corpulenta anatomía y le impidió el paso.

-La puerta está cerrada, señorita.

El desafío de la muchacha parecía divertirlo más que irritarlo.

-¡No lo están! -declaró ella-. La puerta está abierta de par en par, a la calle.

-La puerta está cerrada para las damas de la casa hasta que yo diga lo contrario, señorita -repitió él, impasible, cruzándose de brazos y contemplándola con expresión divertida.

¿Qué significaba esto? Juliana lo miró, azorada y sintiéndose derrotada, por el momento. Mientras intentaba ordenar sus ideas, llegó una explosión de risas desde la puerta abierta y dos mujeres entraron en el vestíbulo, seguidas por un lacayo. Iban vestidas de fiesta, con disfraces sobre sus vestidos con miriñaque y antifaces negros sobre sus ojos.

-Señor, ¡qué noche! -dijo una de ellas, cerrando con vigor su abanico-. ¡Te digo que esos dos eran un par de espadachines, Lilly!

La otra mujer respondió con otro estallido de risa y se quitó el antifaz.

-Te juro que ese lord Bingley habría seguido dando estocadas otra hora más si yo no hubiese estado al borde del desmayo de tan extenuada... Oh, señor Garston, ¿tendría la bondad de hacerme enviar un baño de sales a mi habitación? Lo necesito con urgencia.

-De inmediato, señorita Lilly -el hombre se inclinó-. Deduzco que usted y la señorita Emma han tenido una buena noche. El señor y la señora Dennison se sentirán complacidos cuando lo sepan.

-Ya lo creo que ha sido buena, señor Garston -la señorita Emma bostezó-. Y no me vendría nada mal una jarra de ponche de leche.

-Lo pediré enseguida, señorita.

La actitud del señor Garston era totalmente paternal en ese momento y miraba con rostro iluminado a las dos jóvenes.

Juliana las observaba con indisimulada curiosidad. Las dos eran muy bonitas e iban vestidas con la mayor elegancia, tenían complicados peinados, pero su maquillaje era tan espeso y su cabellera tan empolvada que era difícil adivinar sus edades. Sin duda, eran jóvenes, pero ella no hubiese podido determinar hasta qué punto lo eran.

-Señor, ¿qué tenemos aquí? -dijo la señorita Lilly, detectando la presencia de Juliana tras la estólida silueta del señor Garston. La observó con Interés, sin dejar de notar lo sencillo del vestido y el pelo recogido de cualquier manera-. ¿Una nueva sirvienta?

-No lo creo, señorita -dijo Garston, haciendo un gesto cargado de significado-. Sin embargo, la señora Dennison no me ha explicado con claridad qué planes tiene con respecto a la joven dama.

-¿Ah, no? -la señorita Emma examinó a Juliana con una ceja arqueada y luego se alzó de hombros-. Bueno, yo diría que pronto lo sabremos. Ven, Lilly, estoy cayéndome de cansancio.

Las dos muchachas enfilaron hacia la escalera arrastrando los pies y charlando como cotorras; Juliana se quedó incómoda, enfadada y, sobre todo, intrigada.

- Y usted, señorita, vaya a su dormitorio -dijo el señor Garston-. Si toca la campanilla, la criada acudirá. Ella le traerá lo que usted quiera.

Yo creo que la señora Dennison la verá a usted cuando se levante.

-¿Y a qué hora será eso?

Juliana estaba tratando de decidir si podría esquivarlo y llegar a la puerta antes de que él pudiese atraparla.

-Al mediodía -respondió él-. A esa hora ella recibe visitas en su habitación, mientras está vistiéndose. Pero no la recibirá a usted mucho antes de comer.

Como si le hubiese adivinado los pensamientos, se volvió hacia la puerta abierta y la cerró de un golpe.

Juliana frunció el entrecejo. Al parecer, era una prisionera. Además, ¿qué clase de mujer era ésa que recibía visitas en su habitación, mientras estaba vistiéndose para comenzar la jornada?.

Como, de cualquier forma, no podía hacer nada por el momento, regreso a la planta alta, a la paz de su habitación, a reflexionar sobre su situación. No podrían retenerla por tiempo indefinido contra su voluntad, y la señora Dennison no había dado ningún indicio de querer hacerlo.

La doncella que acudió al llamado de la campanilla daba la impresión de estar cohibida, de sólo ser capaz de hacer una pequeña reverencia y murmurar: "Si, señorita", a todas las frases destinadas a entablar conversación. Sin duda, no podía o no quería responder a las preguntas directas relacionadas con el establecimiento, de la señora Dennison; cuando se marchó, Juliana descubrió que sus ganas de dar cuenta de la bandeja con el desayuno habían disminuido en gran medida, al compás de su creciente inquietud. Unos pocos minutos después, cuando oyó girar la llave en la cerradura, se levantó de su silla de un salto, atravesó

corriendo la habitación y al probar la puerta, la halló cerrada. Golpeó durante diez minutos y gritó a todo pulmón, pero no pudo oír nada en el pasillo de afuera.

Corrió a la ventana y miró hacia la calle, tres plantas más abajo. No había asideros posibles en la pared de ladrillos, ni glicinas ni nada donde pudiera sujetarse. Las ventanas de la planta inmediatamente más abajo tenían pequeños balcones de hierro forjado, pero Juliana no estaba segura de poder saltar y caer sana y salva sobre uno de ellos, desde el angosto alféizar de su habitación. Consideró la posibilidad de llamar a algún transeúnte pero, ¿qué podría decirle? ¿Que estaba prisionera? ¿Quién le haría algún caso? Darían por sentado que ella seria una criada fugitiva que estaba encerrada allí por alguna falta. Nadie se entrometía en los asuntos domésticos de las casas ajenas.

Juliana se derrumbó en la chaise longue mordiéndose las uñas, las cejas unidas en un ceño profundo. La culpa era de ella misma, por confiar en una persona sólo porque tenía un rostro bondadoso. Como siempre, había tropezado con sus propios pies y caído de cabeza en una situación retorcida. Aun así, no podía hacer nada hasta que alguien decidiera explicarle las cosas y ella comprendiera cabalmente en qué lío estaba metida.

La mañana transcurrió con lentitud y llegaron las primeras horas de la tarde cuando la llave volvió a girar en la cerradura y la puerta se abrió para dar paso a la pequeña doncella.

-La señora está esperándola en el salón pequeño, señorita -la chica hizo una reverencia-. Si tiene usted la bondad de seguirme...

-Ya era hora -dijo Juliana, pasando junto a la muchacha, que se escabulló tras ella y luego se le adelantó, para precederla por el corredor, bajando un tramo de escalera hasta unas puertas dobles, en el comienzo de la escalinata principal.

La muchacha abrió las puertas y anunció, en voz aguda:

-La señorita está aquí, señora.

La señora Dennison, sonriente, se levantó de su silla:

-Mi querida, te ruego me disculpes por haber hecho cerrar la puerta con llave -le dijo, adelantándose con las manos extendidas, para tomar las de Juliana-. Lo que sucede es que, después de tu pequeña escapada de esta mañana, tenía mucho temor de que huyeras antes de que yo hubiese tenido ocasión de explicarte las cosas. Bueno, dime que me perdonas.

Aferró las manos de la joven y le sonrió, persuasiva.

Juliana no fue capaz de detectar la traición en los grandes ojos azules ni percibir un matiz retorcido en la voz tersa y suave. De todos modos, retiró sus manos con firmeza aunque sin descortesía, y dijo:

-Señora, me cuesta perdonar algo que no entiendo. Si me hubiese pedido usted que permaneciera dentro, después de la bondad que usted me ha demostrado ayer, yo la habría obedecido.

Elizabeth la miró con expresión interrogante.

-¿En serio? Entonces, asintió-. Si, creo que lo habría hecho. Me temo que vivir en la ciudad la vuelve a una suspicaz. Una se olvida de la ingenuidad de una muchacha de campo.

Se sentó sobre una chaise longue de terciopelo e indicó, dando una palmada en el asiento, que la joven se sentara junto a ella.

-Siéntese, mi querida. Quiero hacerle una proposición.

-¿Una proposición? -Juliana se sentó-. Estoy dispuesta a trabajar, señora, como he dicho ayer. Si tiene usted trabajo para mí, le estaré muy agradecida.

-Bueno, no sé si usted describiría mi proposición precisamente como un trabajo -prosiguió la dama, crispando un poco la frente, como quien se esfuerza por ser juicioso-. Pero, se podría decir que es una especie de trabajo.

Juliana observó el ambiente. Era una habitación más pequeña e intima que el salón de la planta baja; su amueblamiento lujoso y elegante parecía invitar a los placeres y la holganza.

-Señora, ¿acaso este establecimiento es una casa de mala fama?

La joven formulaba una pregunta a la que ya había hallado respuesta durante sus prolongadas horas de meditación.

-Por cierto que no -la señora Dennison se irguió en el asiento, en actitud ofendida-. En nuestros salones sólo recibimos la más selecta compañía y nuestras jóvenes ocupan lugares en los círculos más elevados de la sociedad.

-Ya comprendo -repuso Juliana con sequedad-. Una casa de mala fama, de elevada categoría.

El semblante de la señora Dennison perdió buena parte de su sonriente buen humor.

-Vamos, no sea tonta y remilgada, niña. Prácticamente no tiene un penique. Está siendo

perseguida por el asesinato de su esposo. Ha venido a dar a la ciudad sin amigos ni fortuna. Y yo le ofrezco tanto amistad como los medios de hacer fortuna.

-No tengo interés en la prostitución, señora -Juliana se levantó de la poltrona-. Si me

devuelve usted mi ropa, me marcharé de aquí tal como he venido. Le agradezco su hospitalidad; estoy dispuesta a pagar lo que hizo por mí trabajando en la cocina, si usted lo desea.

-¡No sea ridícula! -la señora Dennison observó las manos de Juliana, los largos dedos, la piel suave-. Apostaría cualquier cosa a que usted no ha hecho trabajos manuales un solo día de su vida.

-Estoy en perfectas condiciones de empezar ahora -soltó sus manos con gesto exasperado-. No soy una floja, señora Dennison. Y no tengo ningún interés en convertirme en ramera. Por lo tanto, si me disculpa...

-Quizá yo pueda ser un poco más persuasivo.

Juliana giró en redondo al oír esa voz suave y ese hablar cadencioso. Un hombre traspuso el vano cubierto por una cortina de terciopelo escarlata que había en el extremo de la habitación, y ella alcanzó a ver una pequeña recámara detrás de él. Él llevaba unos pantalones de montar y una chaqueta negra de grandes puños vueltos, bordeados de encaje plateado. Un diamante relucía entre los pliegues de su cuello con gorguera, blanco y almidonado.

El individuo quedó de pie con la cortina detrás, tomando con ademán negligente una pulgada de rapé. Sus ojos grises no se apartaban del rostro de la muchacha; Juliana tuvo la incómoda impresión de que él estaba escudriñándole el alma, estaba viendo mucho más de lo que ella le había revelado jamás a alguien.

-¿Quién es usted? -preguntó ella, en voz ronca.

Ella carraspeó y dio un paso atrás, hacia la puerta doble que estaba a sus espaldas.

-No huya -dijo con suavidad el recién llegado. Guardó la caja de rapé de plata en su bolsillo-. No tiene por qué alarmarse, como se lo confirmará la señora Dennison.

-No, por cierto que no, mi querida. Éste es Su Gracia, el duque de Redmayne -dijo Elizabeth, posando su mano sobre el brazo de Juliana, como para detenerla-. Él tiene algo que proponerle.

-Ya le he dicho que no tengo el menor interés en sus proposiciones -aseveró Juliana, en voz trémula de ira. Apartó de sí la mano de la señora Dennison-. Y me da lo mismo que provenga de un duque o de un recolectador de basura.

Giró sobre sus talones y enfiló hacia la puerta, sin ver la expresión asombrada en el semblante de Su Gracia.

Cruzaron la superficie de esos fríos ojos grises, primero la estupefacción y luego el enfado, para ser sustituidos por una renuente admiración. Al duque, habituado a una abyecta obsequiosidad, lo divirtió ese valeroso desprecio de su rango. Sin embargo, su reacción no se reflejó en su voz.

-Creo que la pena por asesinar al esposo es la muerte en la hoguera.

Las palabras del duque, parsimonioso y suavemente pronunciadas, hicieron que Juliana se detuviese. La mano que ella había apoyado en el marco de la puerta se tornó resbaladiza por el sudor, y la sangre palpitó en sus sienes. Se dio vuelta con lentitud, hacia la habitación, y sus grandes ojos verdes, destacándose como brasas en la lividez de su rostro, se clavaron, acusadores, sobre la señora Dennison:

-Usted ha traicionada mi confianza.

-Es por tu bien, mi querida -dijo Elizabeth-. Ya verás qué magnífica oportunidad es ésta, cuando aceptes escuchar a Su Gracia. Sé de cientos de chicas que darían sus ojos por una oportunidad semejante. Una vida de lujo, de...

-Permítame que yo le exponga los beneficios y las recompensas de la propuesta, señora -el duque hablaba ahora con franca ironía, que se revelaba en el hoyuelo de su barbilla, más pronunciado, en sus labios que temblaban, conteniendo una sonrisa-. Tengo la impresión de que será necesaria una buena dosis de persuasión con esta damisela.

-Persuasión... chantaje, querrá decir -replicó Juliana-. ¿Usted colgaría esa espada de Damocles sobre mi cabeza?

-Si debo hacerlo, lo haré, querida mía -dijo el duque, en un tono que pretendía ser la suma de la sensatez-. Pero confío en que aceptará mi proposición por la simple razón de que es la solución de sus problemas, no le resultará arduo cumplirla y resolver una gran dificultad para mi.

Juliana hizo girar el tirador de porcelana de la puerta. Hubiese bastado con que tirase de él, cruzara corriendo el vestíbulo y saliera a la calle. Pero, si salía de la casa con la ropa que le había dado la señora Dennison, la que hasta el momento había sido su benefactora, podría muy bien elevar un gran clamor y acusarla de robo. Y cuando fuese lanzada la acusación, Juliana no podría llegar muy lejos. La colgarían por ladrona. La quemarían por baja traición.

-Elizabeth, ¿quiere dejarnos solos, por favor?

El tono suave, cortés del duque irrumpió en el torbellino desesperado de los pensamientos de Juliana.

La mano con que asía el tirador se aflojó. Estaba presa en la trampa que ella misma había preparado el día anterior, en un estúpido arranque de confianza. No ganaría nada, a esa altura, debatiéndose contra esa trampa. Igual que una liebre atrapada, ella no haría otra cosa que morderse su propia pata.

Se alejó de la puerta al mismo tiempo que Elizabeth atravesaba la habitación en medio de un revuelo de faldas.

-Preste atención a Su Gracia, querida -le recomendó la señora Dennison, palmeándole la mejilla-. Y no ponga esa cara tan larga. Por Dios, hija, debería estar saltando de alegría. Cuando pienso en lo que se le ha ofrecido...

-Gracias, señora -la interrumpió el duque con un toque de hielo en su voz.

En la tersa mejilla de Elizabeth, un rubor natural aumentó el efecto de su maquillaje.

La señora hizo una reverencia al duque, lanzó a Juliana otra mirada que era, a medias una advertencia, a medias un intento de animarla, y ladeó con movimiento experto su miriñaque para que pasara por la puerta.

-Ciérrala.

Juliana se sorprendió a sí misma obedeciendo la tersa orden. Luego, se volvió lentamente de cara a la habitación. El duque de Redmayne se había desplazado y ahora estaba junto a una de las ventanas con balcón que daban a la calle. Un rayo de sol arrancaba un destello de caoba a su pelo, recogido en la nuca con una cinta de plata.

-Ven acá, niña -dijo, reforzando la orden con el gesto de un dedo blanco y largo.

-No soy una niña.

Juliana se quedó donde estaba, la espalda contra la puerta, sus manos detrás, todavía aferradas al tirador de la puerta como si fuera un salvavidas.

-Desde la perspectiva de los treinta y dos, diecisiete años dan una fuerte impresión de juventud -dijo él, sonriendo de pronto.

La sonrisa transformó su semblante, iluminó sus ojos grises, suavizó sus nítidas facciones, exhibió ante la joven una dentadura blanca y perfecta.

-¿Qué más sabe usted de mi, sir? -preguntó ella, sin responder a la sonrisa, sin moverse de su posición.

-Sé que te haces llamar Juliana Beresford... aunque supongo que debe de ser un nombre falso -agreg¢ él, pensativo-. ¿No es verdad?

-Si lo fuera, no esperará usted que yo se lo diga -respondió ella.

-No, eso es verdad -admitió él, tirando del cordón de la campanilla que se encontraba sobre el hogar-. ¿Te gustaría beber resoli?

-No -respondió Juliana sin rodeos: decidió que había llegado la hora de tomar la iniciativa-. Lo detesto.

El duque rió entre dientes.

-¿Jerez, quizá?

-Sólo bebo champán -afirmó Juliana con un despreocupado encogimiento de hombros.

Se sacudió la falda con un ademán de altivo desdén, y rozó con sus dedos una delicada figulina de porcelana que estaba sobre una mesilla, haciéndola caer a la alfombra.

-¡Maldita sea! -exclamó, arrodillándose, olvidada por el momento de nada que no fuera ese posible desastre, que tan familiar le resultaba-. Ruego a Dios no haberla roto... Ah, no, está intacta... afortunadamente.

Alzó la figulina contra la luz y sus dedos la recorrieron.

-Me atrevería a decir que es una pieza monstruosamente cara. Si no fuese así, no la habría volteado.

Depositó de nuevo la figura sobre la mesa y se alejó rápidamente de la zona de peligro.

El duque observaba estas maniobras con cierta estupefacción.

-¿Tienes la costumbre de destrozar objetos caros?

-Es por mi malhadada torpeza -explicó Juliana, lanzando un suspiro, y observando la figura con prevención, para estar segura de que no volvería a caerse.

Cualquiera hubiese sido la respuesta de su acompañante, quedó en suspenso por la llegada del señor Garston, en respuesta a la campanilla.

-Champán para la dama, Garston -ordenó el duque con cortesía-. Clarete, para mí. Del cuarenta y tres, si lo tiene.

-Creo que si, Su Gracia.

Garston hizo una reverencia y se marchó.

Juliana guardó silencio, exasperada porque su torpeza la había distraído en el preciso momento en que sentía que estaba recuperando cierto grado de seguridad en si misma en esta temible situación. El duque, en cambio, parecía estar perfectamente a gusto con ese estado de cosas. Fue hasta una estantería con libros y concentró buena parte de su atención en los dorados lomos de los volúmenes que allí había, hasta que Garston volvió con los vinos.

-Déjemelos a mi, Garston -con un ademán, despidió al criado y quitó diestramente, el corcho de la botella de champán-. Confío en que esto le agrade, señora.

Sirvió una copa y se la alcanzó a Juliana, que seguía inmóvil, junto a la mesa.

Juliana había probado el champán una sola vez, y eso había sido el día de su boda. Estaba acostumbrada a la cerveza liviana y a beber de vez en cuando una copa de clarete. Pero, como ya había fanfarroneado, aceptó la copa, bebió e hizo un gesto de aprobación con la cabeza.

El duque se sirvió una copa de clarete y dijo con gentileza:

-Si se sentara usted, señora, yo podría hacer lo mismo.

Era una cortesía tan inesperada, dadas las circunstancias, que Juliana se sentó sin pensarlo siquiera. El duque hizo una inclinación y se sentó en una silla frente a ella.

Tarquin aspiró la fragancia del vino y contempló la figura inmóvil de la muchacha. Le recordaba a una liebre acechada: irradiaba una especie de desesperado valor, que no dejaba de reconocer lo sombrío de su situación. La mirada de Juliana soportó su escrutinio sin parpadear, el mentón de líneas firmes levantado, tensa la boca ancha y llena. Había algo de intransigente en Juliana Beresford, que se manifestaba desde la coronilla de su flamígera cabeza hasta los dedos de sus largos pies. Sin que él lo quisiera, asomó en su mente la imagen del cuerpo desnudo de la muchacha. Sus ojos se entornaron y dejó deslizar sobre ella su mirada lánguida, evocando la voluptuosidad de su cuerpo desnudo, la tersura de la blanca piel, en asombroso contraste con su refulgente cabellera.

-Milord duque, si va a insistir en esa proposición, quisiera que lo haga ya.

Juliana habló de pronto, quebrando la intensidad de un silencio que había ejercido un extraño efecto sobre ella. Toda su piel cosquilleaba, sus pezones empujaban su corpiño de

encaje; tuvo que esforzarse por no apartar su mirada de la de él, lánguida y, al mismo tiempo, penetrante.

-Con todo gusto -dijo él, bebiendo un sorbo de vino-. Pero antes debo hacerte una pregunta: ¿eres virgen aún?

El color se esfumó del rostro de Juliana y clavó, incrédula, la vista en el rostro de él.

-¿Qué le importa a usted eso?

-Me importa mucho -respondió el duque sin alterarse-. De tu respuesta depende que te haga o no la proposición.

-No responderé a semejante pregunta -dijo Juliana, ya indignada, además de enfadada.

-Tienes que hacerlo, mi querida, si es que quieres ahorrarte la molestia de una revisión -repuso él, manteniendo el tono sereno-. Si no me lo dices a mi, la señora Dennison descubrirá la respuesta por su cuenta.

Juliana sacudió la cabeza: se había quedado sin palabras.

Él se puso de pie y atravesó el pequeño espacio que los separaba. Se inclino sobre la muchacha, le sujetó la barbilla entre el índice y el pulgar, y la obligó a enfrentar su mirada firme:

-Juliana, tú le dijiste a la señora Dennison que tu esposo había muerto antes de que el matrimonio se hubiese consumado. ¿Es verdad eso?

-¿Por qué habría de decirlo si no lo fuese?

Juliana se las arregló para que su voz siguiera sonando irreductible aun cuando le había respondido sabiendo que no le quedaba otra alternativa.

Él retuvo su barbilla largo rato mientras ella lo miraba, ceñudo, deseando tener un puñal. Se imaginó clavándoselo en el pecho ahí mismo, donde estaba, tan cerca de ella que podía oler el aroma de su piel y un dejo de la lavanda seca que había sido esparcida sobre su camisa limpia.

Entonces, él la soltó e hizo un breve cabeceo de afirmación.

-Te creo.

-Oh, es un gran honor para mi, sir -dijo ella, con voz trémula de furia.

Se levantó de un salto y le asestó un puñetazo en el estómago con toda la fuerza que pudo.

Él se dobló, lanzando un jadeo de dolor pero, cuando ella se dio la vuelta para huir, la sujetó y la retuvo, incluso mientras aún se esforzaba por recuperar la respiración.

Juliana forcejeó para soltar su muñeca de ese apretón que parecía una manilla de acero. Alzó una pierna para darle un puntapié; él se movió de lado y el pie de la muchacha le dio en el muslo.

-¡Quédate quieta! -jadeó el duque, entre dientes-. ¡Por todos los diablos, muchacha!

Dio un fuerte tirón a la muñeca de la joven y, por fin, ella dejó de debatirse.

Tarquin se irguió poco a poco, a medida que el dolor disminuía y él podía respirar otra vez.

-Supongo que con ese color de pelo como el de las llamas del infierno, debes tener un carácter endemoniado -dijo él y, para estupefacción de Juliana, su boca esbozó una sonrisa torcida, aun cuando seguía sujetándole con fuerza la muñeca-. Es preciso que tenga eso en

cuenta con vistas al futuro.

-¿Qué quiere de mi? -preguntó Juliana.

Empezó a inundarla una abrumadora sensación de impotencia, disipando su desafío y su jactancia, aunque mientras intentaba combatirla, reconoció la inutilidad de su esfuerzo.

-Es muy sencillo, hija: quiero que te cases con mi primo, el vizconde de Edgecombe.

Él soltó la muñeca mientras lo decía, y se alisó con calma su chaqueta y los desarreglados volantes de sus puños.

-¿Qué quiere que haga?

-Creo que me has oído -se alejó de ella para volver a llenar su copa-. ¿Quieres más champán?

Juliana negó con la cabeza: casi no habla tocado el que habla en su copa.

-No entiendo.

El duque se volvió hacia ella y dio un sorbo a su vino con aire pensativo.

-Necesito una esposa para mi primo, Lucien. Una esposa que conciba un hijo, un heredero de la propiedad y el título de Edgecombe.

El actual heredero es, para decirlo con suavidad, un poco retardado. Por cierto, es un alma buena, aunque no es capaz de sacar a Edgecombe del pantano en que lo ha sumido Lucien, como tampoco lo sería de leer una página de Livy. Lucien está destruyendo Edgecombe, y yo tengo la intención de pararle los pies. Y, también, tengo la intención de que su heredero esté bajo mi guarda.

Él sonrió, aunque esta sonrisa no tenía la grata expresión de las anteriores.

-De ese modo, contaré con veintiún años para levantar Edgecombe otra vez... para reparar el daño causado por Lucien quien, según creo, lo ha hecho sobre todo para fastidiarme.

-¿Por qué no busca él mismo una esposa? -preguntó ella, mirándolo con escepticismo.

-Bueno, me temo que le resultaría difícil -dijo el duque, mientras hacia girar, pensativo, su anillo de sello en su dedo-. Lucien no es un hombre agradable. Ninguna mujer común, de buena familia, lo aceptaría como esposo.

Juliana pensó que estaría volviéndose loca. Al menos, había caído en medio de un hato de lunáticos. Además de lunáticos, crueles y retorcidos.

-¡Usted... usted quiere una yegua de cría! -exclamó la muchacha-. -Está dispuesto a chantajearme para que yo ceda mi cuerpo y usted tenga una progenie de su primo, porque ninguna mujer que se respete a si misma aceptaría ese cometido! Usted... usted está tratándome como si yo fuese una perra para su perro de raza.

Tarquin frunció el entrecejo.

-Lo expresas con palabras muy poco elegantes, querida mía. Estoy ofreciéndote un matrimonio que va acompañado de un titulo y de lo que queda de una sólida fortuna. A mi primo no le queda mucho tiempo de vida y, en consecuencia, la solución de este dilema es urgente. Como sea, estoy seguro de que tú te verías librada de su poco deseable compañía en el término de un año. Por supuesto, te aseguro que, tras tu viudez, quedarás en buena posición. Y, desde luego, no se divulgará una palabra de tu infortunada historia.

Bebió un sorbo de vino. Como ella seguía mirándolo atónita, él continuó:

-Tu secreto quedaría sepultado conmigo y con los Dennison.

Nadie relacionaría jamás a lady Edgecombe con Juliana... quien quiera seas -su mano trazó un despreocupado ademán en el aire-. Estarás segura, tendrás fortuna y quedarás establecida de por vida.

Juliana vació su copa de champán y, a continuación, arrojó su copa al fuego. Su cara estaba exangüe, sus ojos parecían piedras de jade, su voz sonaba baja y amarga como el acabar.

-Y, para obtener semejante seguridad... semejantes ventajas... no tengo que hacer otra cosa que concebir un hijo con un indeseable enfermo, que está con un pie en la...

-Ah, no, no exactamente -el duque levantó una mano, interrumpiéndola en mitad de la frase-. No concebirías un hijo de Lucien, mi querida Juliana. Concebirías un hijo mío.

4

-No tengo idea de cómo podríamos ayudarle, sir George -decía sir Brian Forsett, dedicando a su visitante una helada sonrisa-. Juliana ha dejado de ser nuestra responsabilidad en cuanto quedó bajo el control legal de su esposo. La infortunada muerte del padre de usted la ha dejado viuda, dueña de sí misma, puesto que no figura ninguna indicación en contrario en el testamento de sir John.

-Y a usted, señor, lo deja en fideicomiso del usufructo vitalicio que correspondería a la viuda, de las propiedades que ha dejado mi padre -dijo George Ridge.

El joven Ridge era un hombre que aún no tenía treinta años, corpulento, semblante encendido y manos como jamones. No había heredado el carácter de su padre, pero sí su aspecto físico que era la desesperación de los sastres; éstos reconocían que no alcanzaban su habilidad y todo el dinero de su cliente para que él tuviera una silueta elegante.

-Así es -respondió sir Brian con su habitual tono sobrio.

Su colérico visitante comenzó a pasearse por la biblioteca, desde la ventana al escritorio, al ver que su anfitrión no añadía explicaciones, y a murmurar para sí, secándose con el pañuelo los arroyuelos de transpiración que manaban sobre el cuello de su camisa.

-Pero es inicuo que sea así -afirmó, al fin-. Su pupila ha asesinado a mi padre. Ella huye y, por añadidura, usted retiene el fideicomiso desu usufructo... parte sustancial de la herencia, se lo aseguro, sir. ¡Le repito, señor, que ella es una asesina!.

-Yo diría que ésa es una cuestión que debe resolver la justicia -repuso sir Brian, y su nariz se estremeció un poco de disgusto.

El calor estival comenzaba a causar un efecto pestilente sobre su visitante.

-¡Insisto, señor, ella es una asesina! -repitió sir George, con las aletas de la nariz trémulas-. Yo he visto la marca en la espalda de mi padre. Si ella no era responsable de su muerte, ¿por qué habría de huir?

Sir Brian se encogió de hombros.

-Mi estimado señor, Juliana ha sido siempre un misterio. Sin embargo, mientras no sea hallada, no podemos hacer nada para modificar la presente situación.

-Una asesina no puede heredar la propiedad de su víctima -declaró sir George, estrellando el puño sobre el escritorio, ante lo cual su anfitrión retrocedió arqueando una ceja.

-Sus hijos, en cambio, sí -recordó al iracundo joven-. Ella podría estar embarazada, sir. Y su esposo murió en circunstancias tales que permiten suponer... -se interrumpió, tomó una pulgarada de rapé y concluyó con delicadeza-: Como para suponer que el matrimonio habría sido consumado.

Su visitante lo miró consternado.

-No puede ser -replicó, aunque sin convicción.

-¿Por qué no? -preguntó con suavidad su interlocutor-. Después de todo, usted es la prueba viviente de que su padre no era impotente. Claro que nunca sabremos qué sucedía con Juliana, en ese sentido. Para averiguarlo, tendríamos que encontrarla.

-Y si no la encontrásemos, pasarían siete años hasta que pudiese ser declarada legalmente muerta. Y, durante esos siete años, usted retendría el fideicomiso de su usufructo, y yo no podría tomar posesión de mi parte de la tierra.

Sir Brian se limitó a alzar una ceja. El había acordado el arreglo conyugal de su pupila con el frío y calculado placer de un hombre que jamás había sido superado en una negociación. El bondadoso y fanfarrón sir John Ridge, que había entrado en su edad provecta profundamente enamorado de Juliana, una muchacha de dieciséis años, no había tenido la menor oportunidad de enfrentar con éxito la aguda astucia de su codicioso oponente. El bien de Juliana había sido una cuestión colateral para sir Brian en medio del placer que le brindaba ir encerrando al lento y obsesionado Ridge.

-Bueno, ¿qué haremos para encontrarla?

Con expresión ceñuda, sir George se dejó caer en un sofá.

-Yo sugiero que dejemos eso en manos de los alguaciles -afirmó sir Brian.

-¿Hasta qué punto cree usted que ese hatajo de sifilíticos holgazanes se molestaría?

Sir Brian volvió a alzarse de hombros.

-Si a usted se le ocurre una idea mejor...

-¡Oh, desde luego que sí! -sir George se levantó de un salto, lanzando una maldición-. Yo mismo saldré a buscar a esa malhadada chica. Y la traeré para que se presente ante el magistrado, aunque sea lo último que haga.

-Encomio su resolución, sir -sir Brian se puso de pie y enfiló hacia la puerta, invitando delicadamente a su huésped a marcharse-. Le ruego que me mantenga informado sobre sus progresos.

Sir George lo miró hoscamente. En el tono de sir Brian Forsett, la cortesía era sólo formal. Cuanto más tiempo permaneciera Juliana oculta, tanto más dispondría Forsett para administrar el usufructo como se le diera la gana. No hacía falta mucha imaginación para comprender que él demostraría ser un experto en el arte de extraer ganancias del fideicomiso y derivarlas hacia sus propios bolsillos.

-Oh, sir George... le ruego que acepte mis condolencias... Qué terrible tragedia.

El áspero acento de lady Amelia Forsett llegó antes que la propia dama, que entró en la biblioteca por la puerta abierta hacia la terraza.

Mujer alta, de semblante altivo, hizo una escueta reverencia.

George, intimidado aún a pesar de su cólera, la retribuyó con amplitud. Los pálidos ojos azules de lady Forsett lo escudriñaron, y su conclusión no fue muy alentadora. Una helada sonrisa elevó las comisuras de su boca.

-Espero no haber interrumpido el asunto que estaba tratando con mi marido.

-En absoluto, mi querida -aseguró sir Brian-. Sir George estaba a punto de marcharse.

Tiró de la cuerda de la campanilla.

Amelia repitió la inclinación y George, viéndose despedido, se encontró saliendo de espaldas de la biblioteca, guiado por un lacayo que, al parecer, se había materializado como por arte de magia.

-¿Qué quería ese patán desclasado? -en cuanto la puerta se hubo cerrado tras el visitante, Amelia no demoró en preguntar.

-Hasta donde yo puedo entender, él quiere entregar a Juliana al verdugo lo antes posible, para poder tomar posesión de la parte de la herencia que formaba parte del usufructo de ella.

-Caramba -murmuró lady Forsett-. Qué prisa tan vulgar.

Hace apenas tres días que su padre está en la tumba.

-Todo este asunto es repugnante -dijo su esposo-. Una completa farsa...

-Característico de Juliana -interrumpió su esposa, apretando los delgados labios-Qué criatura tan torpe, tan desconsiderada.

-Sí, pero, ¿dónde estará ella? -interrumpió, a su vez, sir Brian, con su conocido matiz de irritación-. ¿Por qué habría de huir? Es imposible que ella haya sido responsable de la muerte de ese hombre -echó una mirada inquisitiva a su esposa-. ¿No crees?

-¿Quién podría afirmarlo? -lady Forsett movió su cabeza-. Siempre ha sido una muchacha alocada y turbulenta.

-Con un carácter rebelde-aportó su esposo, ceñudo-. Sin embargo, me cuesta creer que ella pueda haberlo hecho, deliberadamente...

-No, no digo que haya tenido esa intención -cortó lady Forsett-. Pero ya sabes que ella es tan torpe que comete los actos más inconvenientes y desconsiderados. Y si se le escapó el asa de...

-Muy probable -aún ceñudo, sir Brian se mordió el labio inferior-. Toda esta historia promete convertirse en el escándalo de la década en este condado. Si llegara al tribunal, sería una situación odiosa.

-Esperemos que ella no sea hallada -dijo su esposa sin ambages-. Así, el escándalo se esfumaría pronto. Si nosotros no nos afanamos por buscarla, ¿quién otro se molestaría?

-George Ridge.

-Ahhh... por supuesto.

Lady Forsett acomodó una pila de libros encuadernados en cuero que había sobre una mesa baja, y que parecían a punto de caerse.

-Sin embargo, yo dudo de que él tenga la inteligencia suficiente para lograrlo -dijo su marido-. El no es más inteligente que el tosco de su padre.

-Juliana, por otra parte...

-Ella es de ingenio rápido como el que más -concluyó sir Brian por ella, acompañando la frase con una seca sonrisa-. Si ella no desea ser hallada, apuesto que hará falta alguien más astuto que George Ridge para atraparla.

George iba ceñudo al salir con su caballo del patio del establo de Forsett Towers. Montaba un tordo huesudo, de tan mal carácter como su amo; el animal sacudió con violencia la cabeza y apretó los labios en respuesta al cruel tirón en el freno. Cuando el jinete le azotó el flanco con la fusta, el caballo echó atrás la cabeza, lanzó un agudo relincho y saltó, arrancando por el irregular sendero de grava como perseguido por

los diablos de Lucifer enarbolando sus tridentes.

George había recibido de los Forsett un trato aun menos satisfactorio de lo que esperaba. Maldijo a sir Brian, calificándolo de entrometido, arrogante, altivo, un sujeto que no había tenido la decencia siquiera de ayudarlo en la búsqueda de su ingobernable y asesina pupila fugitiva.

Juliana. George tiró de las riendas haciendo al caballo trasponer el portón, saliendo al prado. Juliana. Su imagen llenó la visión interna de George, encendiéndolo con una caliente oleada de lascivia. Se pasó la lengua por los labios. La había deseado desde el momento mismo en que la había visto por primera vez del brazo de su enamorado y babeante progenitor. Junto a la corpulencia de su padre, ella parecía menuda al caminar a su lado, pero ni siquiera así pasaba inadvertida la voluptuosa prominencia de su pecho bajo el recatado corpino, ni la curva de sus caderas bajo el sencillo vestido campesino que lady Forsett le había impuesto.

El pelo de la muchacha lo había excitado tanto como el atisbo de las curvas de su cuerpo. Era una ardiente masa de rizos rebeldes que prometía una naturaleza desinhibida y apasionada. Al principio, ella había estado amistosa y cordial con él, y sus ojos verdes lo habían mirado con calidez, pero él había cometido el error de ceder al influjo de los sueños eróticos que poblaban sus noches. Había intentado besarla, y ella casi le había arrancado los ojos con las uñas. Desde ese momento, la mirada de ella había sido fría y suspicaz, y su voz había perdido ese rico matiz de alegría, se había vuelto remota y despectiva.

La lascivia de George no había disminuido sino que por el contrario la ira y el resentimiento le habían proporcionado un combustible malévolo. Y ahora, él veía a la viuda de su padre como a una usurpadora.

Una perra, retorcida y manipuladora, que había hechizado a sir John Ridge en su edad madura, utilizando para ello las promesas de su cuerpo juvenil. Y, a cambio de sus promesas, había recibido ura casa de viuda a perpetuidad, más de ochocientas hectáreas de las mejores tierras y todas las ganancias que rindiesen los espesos bosques y las granjas arrendadas.

George había escuchado las ponderadas explicaciones que le había dado su padre para justificar el hecho de despojarlo de su herencia. Y él había protestado, pero en vano. Sir Brian Forsett había sido terminante al afirmar que sólo bajo esas condiciones él accedería a que su pupila se convirtiese en lady Ridge. Y sir John hubiese accedido a cualquier cosa con tal de tener a ese dulce cuerpo joven en su cama.

Su padre había logrado lo que deseaba, y eso lo había matado.

George espoleó con salvajismo los flancos de su caballo. Juliana había desaparecido, dejando a su antiguo tutor en posesión de su usufructo. Y a George sólo le había quedado la parte de la herencia que le correspondía por derecho.

Pero si él pudiera hallarla, su crimen impediría que ella tomase posesión de la herencia, a menos que estuviese embarazada. Si ella alegaba que llevaba un hijo en su vientre, no habría sentencia de muerte. Y su hijo heredaría el usufructo. Por otra parte, si ella se casara con sir George Ridge, es decir, la doliente viuda casada con el hijo de su difunto esposo, ya no tendría importancia que estuviese preñada o no. Todo volvería a la familia Ridge, y él, George, tendría a Juliana en su cama.

¿Aceptaría ella? Espoleó a su caballo haciéndolo saltar un alto cerco de zarzas. El caballo se elevó, desnudando sus dientes amarillos, con los ojos en blanco, y aterrizó del otro lado con una sacudida.

George maldijo la torpeza del animal y volvió a dar un tirón a las riendas. Juliana aceptaría, porque no tendría otra alternativa. En compensación, él juraría que su padre había

muerto por accidente. Nadie cuestionaría la interpretación de George Ridge en tan espinoso asunto.

La historia sería el hazmerreír del condado durante meses, y todos comprenderían que un hombre viejo, gordo, que había bebido en su fiesta de bodas, no podía seguir a una fresca moza de apenas diecisiete años en su noche de bodas.

Juliana aceptaría. Pero antes él tendría que hallarla.

Hizo girar a su caballo a la derecha y enfiló hacia Winchester. Lo más probable era que ella hubiese dejado la región. Y el único modo de hacerlo era en coche o a caballo. Del establo de Ridge nadie había sacado un caballo. Pero las diligencias partían de Winchester muy temprano cada mañana. Él preguntaría en la Rose and Crown y pondría anuncios en toda la ciudad, por si el conductor de alguna carreta o carro hubiese recogido a una mujer sola, en mitad de la noche.

Juliana pasó los tres días siguientes en la casa de la calle Russell en relativo aislamiento, hablando solo con Bella, la doncella que la atendía y le llevaba sus comidas. Tenía un vago recuerdo de los momentos transcurridos en el salón, inmediatamente después de la infame proposición del duque. La indignación la había dejado devastada y sin habla; como no confiaba en sus reacciones si permanecía junto a él, había huido del salón. Nadie había ido tras ella y nadie había vuelto a mencionar la cuestión. La puerta de su habitación ya no se cerraba con llave pero, cuando ella se aventuró por el vestíbulo, en una ocasión, el señor Garston había salido desde quién sabe dónde y le había pedido que regresara a su habitación, en un tono que no invitaba a la discusión. Le habían dado todo lo que ella había pedido: libros, elementos para escribir y para dibujar. Sin embargo, era indudable que seguía siendo una prisionera en ese establecimiento tan extraño, donde todos dormían durante el día y despertaban al llegar la noche.

Ella permanecía despierta, en su cama, durante las noches, oyendo las ráfagas de música que provenían de los salones, los estallidos de risas femeninas, las sonoras voces masculinas en la escalera, el tintineo de la loza y el cristal. Suculentos aromas llegaban desde la cocina, penetrando por debajo de su puerta, y ella se entretenía intentando identificar cuáles serían las delicias de las que brotaban. A ella le servían los mismos platos sencillos y abundantes que, según suponía, comían en la cocina, pero era evidente que la cena de los clientes y las mujeres que trabajaban era bien diferente.

Juliana caía en una liviana somnolencia durante la noche y, por lo general, se quedaba profundamente dormida al alba, cuando el llamador de la puerta, por fin, dejaba de sonar y se disipaban los ruidos de la juerga. A medida que el cielo se aclaraba, ella oía las voces afuera, en el corredor, quedas y fatigadas voces femeninas y, en una ocasión, unos sollozos que partían el corazón. La que lloraba había sido consolada por el murmullo de otras mujeres, y luego, la voz de la señora Dennison había irrumpido en medio de los susurros, bondadosa pero firme. Juliana la había escuchado cuando despachaba a las demás mujeres y se llevaba a la llorona con ella.

Además de sus temores, que Juliana se esforzaba por mantener bajo control, su mayor problema era el aburrimiento. Ella estaba acostumbrada a una existencia activa; hacia el tercer día, estaba haciéndosele insoportable permanecer confinada en su habitación. No había formulado preguntas, no había exigido su libertad, pues su empecinado orgullo la instaba a no dar a sus secuestradores la satisfacción de verla ceder.

Les demostraría que podía ser más paciente que ellos; cuando ellos vieran que se mantenía firme, la dejarían libre.

Sin embargo, en las primeras horas de la tarde del cuarto día, las cosas cambiaron. Apareció la pequeña doncella en la habitación de Juliana con los brazos cargados de sedas y encajes.

-Tiene que cenar abajo, señorita -dijo la muchacha, contemplando con expresión luminosa la colorida y ligera brazada_. Y luego, será presentada en la sala -abrió los brazos y el contenido cayó sobre la cama-. Vea qué bonito vestido ha hecho hacer la señora Dennison para usted.

Sacudió los pliegues de una seda verde jade y la sostuvo en alto para que Juliana la viese.

-Llévatela, Bella -le dijo Juliana.

Le saltaba el corazón en el pecho, si bien supuso que su voz había sonado cortante y firme.

-Eh, señorita, no puedo hacer eso -Bella interrumpió la admiración del vestido que tenía en sus manos y miró de hito en hito a Juliana-. La señora Dennison lo ha hecho hacer especialmente para usted.

Como no estuvo terminado hasta esta mañana, usted debió permanecer aquí. Pero ahora, ya está listo -entusiasta, se volvió hacia el montón de tela que había sobre la cama-. Vea: muda limpia, dos enaguas, medias de seda; mire estas preciosas sandalias. Las hebillas son de plata, de verdad, ¡le juro, señorita! La señora Dennison sólo admite lo mejor para sus chicas.

Sostuvo un par de delicadas zapatillas de seda verde manzana con tacones altos.

Como si estuviese en trance. Juliana las tomó y midió el tacón con su dedo. Sus pies ya eran lo bastante indóciles cuando estaban posados sobre el suelo; no se atrevía a pensar, siquiera, qué sucedería si usara ese calzado.

Los dejó caer al suelo.

-Te ruego informes a la señora Dennison que no tengo intención de usar esta ropa ni de ser presentada... en realidad, de nada de esto.

Bella pareció consternada.

-Pero, señorita...

-Pero, nada -la cortó Juliana con brusquedad-. Y ahora, ve a transmitir mi mensaje... y llévate contigo estas ropas indecentes.

Señaló hacia la cama con gesto desdeñoso.

-Oh, señorita, no debo.

Bella hizo una reverencia y se deslizó fuera de la habitación.

Juliana se sentó junto a la ventana sin hacer caso de su palpitante corazón, enlazó sus manos sobre el regazo y aguardó el desarrollo de los acontecimientos.

Lo primero fue la aparición de ambos Dennison, diez minutos después. Elizabeth, resplandeciente con un traje de seda de color albaricoque, sobre un fustán azul cielo, pareció entrar navegando en la habitación, seguida por un caballero alto, enfundado en un traje de tafetas amarillo canario con el pelo empolvado y rizado.

Juliana pensó que no tenía nada que perder si demostraba cortesía, y se levantó e hizo una reverencia, pero su mirada se posó en los recién llegados con suspicacia. Aún no había conocido a Richard Dennison, y adivinó su identidad gracias a las escripciones de Bella.

-Bueno, ¿qué insensatez es ésta, hija? -exclamó Elizabeth, yendo al meollo de la cuestión con tono colérico.

-Yo podría preguntarle a usted lo mismo, señora -dijo Juliana sin alterarse.

Estaba pensando a toda velocidad. ¿Podrían ellos obligarla a prostituirse? ¿Podrían hacer que la violasen, de modo que ya no tuviese nada que perder? Tenía la piel húmeda y fría pero su voz se mantuvo firme y su mirada fija en los Dennison.

-No hay motivos para ser descortés, mi querida -la voz de Richard Dennison, baja y moderada, tenía un tono que desmentía la mirada aguda y penetrante de sus ojos. Dio un paso hacia la cama-. ¿Tienes algo que decir sobre el vestido... o la lencería?

-Son prendas de prostituta, sir. Y yo no lo soy.

-¡Oh, muchacha, por el amor de dios! -exclamó Elizabeth-. Este vestido es el último grito de la moda en la corte. Aquí, todo es de la mejor calidad y del mejor diseño.

-Le agradezco su bondad, señora, pero no acepto su caridad.

-Este regalo no es mío, hija, pero...

Se interrumpió de golpe cuando oyó toser a su marido, cubriéndose la boca con la mano, y vio que sus ojos le lanzaban una advertencia.

Juliana se mordió el labio. Si la ropa no era obsequio de los Dennison, había una sola explicación.

-Os suplico que informéis a Su Gracia, el duque de Redmayne, que tampoco necesito su caridad.

-¿Por qué sigues hablando de caridad, hija? -preguntó Richard-. Se te está pidiendo que brindes un servicio a cambio de nuestra hospitalidad y de la generosidad de Su Gracia.

-Un servicio que no prestaré -afirmó ella, atónita al oír la firmeza de su voz, en contraste con sus rodillas que temblaban como un flan y de sus manos, resbaladizas de sudor-. No soy una prostituta.

-Según tengo entendido, Su Gracia ha ofrecido convertirte en vizcondesa... y eso está muy lejos de ser una prostituta -comentó el señor Dennison con sequedad.

-Aquí hay un vendedor y un comprador, sir. No veo dónde está la diferencia.

-Ingrata y obstinada -afirmó la señora Dennison-. Su Gracia ha insistido en que le diéramos tiempo para reconsiderar su oferta sin tener que recurrir a la persuasión, pero...

-¡Señora! -interrumpió Juliana, vehemente-. Sólo pido que me permitáis salir de esta casa sin ser molestada. Si me devolvéis mi ropa, me iré como he venido y no os causaré la menor dificultad. ¿Por qué habéis de retenerme aquí contra mi voluntad?

-Porque es nuestra ponderada opinión que usted no sabe lo que es bueno para usted, mi niña -dijo Richard-. ¿Cuánto tiempo cree que duraría en las calles? No tiene idea de cómo son las cosas en Londres. No tiene dinero, amigos ni protección de ninguna clase. En esta casa se le ha ofrecido eso y mucho más. A cambio, sólo le pedimos que se

ponga esa ropa y baje a cenar.

Juliana sintió que perdía parte de su confianza, que no pisaba terreno firme. Todo lo que le decían era cierto. Había visto lo suficiente desde su ventana como para saber que una vida protegida en el seno de la aristocracia rural, no la había preparado para la vida de una muchacha indigente en Londres.

-Bella ha dicho que yo sería presentada en la sala -dijo ella-. Creo que sé lo que eso significa.

-Y yo creo que no -replicó Richard con acritud-. No se le exigirá otra cosa que su compañía. No se le pedirá que amenice la velada a nadie, sólo tocar algo de música y conversar, como en cualquier otra sala de una casa civilizada.

-¿Y el duque de Redmayne? -preguntó ella, titubeando.

El señor Dennison se alzó de hombros.

-Querida mía, el asunto del duque no nos concierne. Queda en usted, y él negociará directamente con usted. La señora Dennison y yo sólo le pedimos que cene con los otros habitantes de la casa y tome el té en la sala.

-¿Y si me negara?

Cruzó el semblante del señor Dennison una expresión exasperada, aunque levantó una mano al ver que su esposa estaba a punto de regañarla.

-En mi opinión, creo que usted sabe que no le conviene -dijo el hombre-. Usted necesita un refugio seguro y sabe que lo tiene aquí.

Me parece razonable pedirle que obedezca las reglas de la casa.

Juliana se dio vuelta derrotada: la amenaza había sido bastante clara. A los jueces no les llevaría mucho tiempo descubrir su verdadera identidad una vez que supieran su historia. El patrón de la Bell, en la calle Wood, recordaría que la diligencia de Winchester había llegado al mismo tiempo que la de York. A partir de ese dato, el resto sería fácil.

-Venga, querida -dijo la señora Dennison en voz acariciadora, halagüeña, y posó con suavidad su mano sobre el brazo de Juliana-.

Llamaré a Bella para que la ayude a vestirse. Le aseguro que el vestido destacará a la perfección sus ojos y su pelo.

-En estas circunstancias, eso no me parece un incentivo, señora -replicó Juliana con sequedad, volviéndose de cara a la habitación-.

Si están ustedes decididos a apoderarse de mi virginidad, no es mucho lo que yo puedo hacer para impedirlo.

-No sea tan suspicaz -la reconvino Elizabeth, palmeándole el brazo-. Mi esposo y yo no la obligaremos a nada. Su trato será con el duque de Redmayne; puede negociar con él como le plazca.

Juliana entrecerró los ojos.

-¿Acaso quiere hacerme creer que ustedes no tienen ningún interés financiero o de otro tipo en los planes que el duque tiene para mí?

Perdóneme, señora, pero lo dudo. Estoy segura de que una intermediaria espera recibir su paga.

-¡Hay que ver qué muchacha terca y de mal carácter es! -exclamó Elizabeth, dirigiéndose a su marido-. Espero que Su Gracia la disfrute.

Disgustada, echó hacia atrás su cabeza engalanada con un complicado arreglo, y salió del cuarto seguida por Richard.

Juliana esbozó una amarga mueca, pensando que quizá no fuese muy prudente enajenarse la buena voluntad de las personas de quienes, en el presente, dependían su confort y su seguridad. Fue hasta la cama y empezó a observar las prendas. Había un fustán acolchado, verde manzana, que armonizaba con el vestido verde jade, una camisa de lino bordado, medias y ligas de seda, un par de engageantes con volantes para pasar por sus antebrazos, y esos absurdos zapatos.

Se sentó sobre la cama y metió uno de sus pies, enfundado en un calcetín de algodón, en un zapato: le calzaba a la perfección. Lo más probable era que hubiesen usado sus botas para conocer la medida. Sus pies eran tan grandes que le resultaba imposible creer que hubiesen acertado la medida con tanta exactitud. Extendió su pie y estudió el zapato con la cabeza inclinada. Le daba a su pie un aspecto insólitamente elegante pero, ¿podría caminar calzada con él? Con movimientos vivaces, dio un paso y se tambaleó. Los zapatos le apretaban de una manera espantosa y le hacían doler los arcos interiores.

-Oh, señorita, ¿no son bonitos? -exclamó Bella desde la puerta, al tiempo que entraba portando una jarra de agua caliente que humeaba-. ¿Le agradaría darse un baño antes de cenar? Puedo hacer que un lacayo suba una bañera.

Juliana volvió a sentarse y se sacó los zapatos a puntapiés. El último baño que había tomado había sido la mañana de su boda. Tal vez le conviniera prepararse para lo que le trajera la velada, fuera lo que fuese... como una virgen destinada al sacrificio, pensó con un chispazo de humor. Hasta entonces, con frecuencia, su sentido del humor era mal interpretado y le acarreaba tantos problemas como sus indóciles pies. Pero, en las actuales circunstancias, era difícil que ella lograra empeorar las cosas.

-Sí, Bella, por favor.

-Yo podría preparar un enjuague con henna para su pelo, si quiere -continuó Bella-. Eso le dará un fuerte brillo. La señorita Deborah lo usa cuando tiene una velada con lord Bridgeworth. Y eso que el pelo de ella no es tan hermoso como el suyo. Comparado con el de usted, es bastante opaco -concluyó, con expresión radiante, como si la superioridad de Juliana en ese terreno la llenara de orgullo.

-En mi casa, acostumbro a usar vinagre -dijo Juliana.

-Ah, pero la henna es muchísimo mejor para su color, señorita.

"Da lo mismo por un penique que por una libra", pensó.

-Está bien. Lo que te parezca mejor. Bella.

Con aire de gran contento, Bella salió del cuarto y Juliana concentró de nuevo su atención a las prendas que había sobre la cama. Era verdad: su elegancia era de primera clase. Lady Forsett acostumbraba hojear los periódicos donde había diseños de modas londinenses y hacía hacer toda su ropa en Winchester, de acuerdo con los últimos detalles; sin embargo, Juliana deducía que como esas publicaciones tenían seis Meses de antigüedad cuando llegaban a Winchester, lo más probable era que estuviesen atrasados con respecto a las exigencias de la corte. Pero ella se guardaba bien de expresarle su opinión a la esposa de su tutor.

Lady Forsett se había mostrado firme, insistiendo en que Juliana usara sólo la ropa más sencilla posible en ese ambiente rural, apta para una escolar que no tenía por qué asomar por la sala. Sólo se había suavizado cuando se trató de elegir el vestido y el ajuar de novia, si bien Juliana sabía que las prendas se habían hecho, en forma deliberada, de acuerdo con patrones pasados de moda. Lady Forsett había dicho que Juliana, casada con sir John Ridge, no tendría ninguna necesidad de un guardarropa realmente a la moda. Por cierto, si bien él era un hombre de fortuna, no era lo suficientemente refinado como para ser recibido por los más conspicuos miembros de la sociedad del condado.

Y ella había abandonado ese guardarropa con su marido muerto.

Sus pantalones y su camisa habían desaparecido. La única ropa que poseía era la que la cubría en ese momento y, ahora, esos lujosos, ondulantes, susurrantes sedas y linos. Juliana no podía menos que dejarse seducir por una adorable imagen de sí misma, ataviada con semejantes telas.

Bella regresó con un lacayo y con el lustrabotas que cargaban con esfuerzo jarras de cobre llenas de agua hirviendo y una bañera de asiento, de madera. El lacayo y el muchacho saludaron a Juliana con una respetuosa reverencia cuando se fueron; ella comenzó a percibir que su posición en la casa había sufrido un insidioso cambio.

-Todos están muy expectantes al saber que usted va a reunirse con las señoras esta noche, señorita -le confió Bella, al tiempo que vertía agua en la bañera-. El señor Garston dice que usted ya ha sido prometida a un gran cliente. Todos tienen mucha curiosidad por conocerla.

Mientras se desvestía. Juliana pensó que, en tanto ella se mantenía aislada en la planta alta, todos los habitantes de la casa habían quedado en libertad para especular con respecto a su posición. Y ella había supuesto que su falta de interés por ellos era recíproca: al parecer, se había equivocado.

Sin embargo nada dijo y se limitó a meterse en la bañera y sumergirse en el agua humeante exhalando un suspiro de placer. No estaba habituada a que la atendiese una doncella, puesto que lady Forsett las consideraba innecesarias; pronto descubrió que Bella era tan experta como entusiasta. Quince minutos después. Juliana estaba sentada sobre la otomana y Bella le secaba vigorosamente el pelo, después de haberle dado un enjuague con henna.

-Ahí tiene, señorita, ¿qué le he dicho? -Bella sostuvo un espejo de mano y quitó la toalla de la cabeza de Juliana-. Reluce como un atardecer.

Juliana se pasó las manos por entre los húmedos y flexibles mechones, dejándolos dispuestos en torno a su cabeza como una explosión de sol.

-Sí, pero, ¿qué haremos ahora con él, Bella? -preguntó, sonriendo-. Siempre me ha resultado imposible manejarlo después de lavado.

-El señor Dennison ha dicho que debemos dejarlo suelto, señorita. Debo atarlo con una cinta de terciopelo.

Juliana frunció el entrecejo: sin duda, la voz del señor Dennison penetraba hasta en los rincones más íntimos de los dormitorios de sus pupilas. Llegó a la conclusión de que no la ofendían las instrucciones de la señora Dennison, referidas a su atuendo, pero con su esposo era una cuestión bien distinta. Si le obedecía, estaría obedeciendo a las órdenes de un chulo de putas. Aunque, tal vez fuesen órdenes del duque de Redmayne, transmitidas a través del señor Dennison. Si fuese así, se sentía menos inclinada aún a obedecerlas.

-Yo misma lo recogeré -afirmó, sacando la toalla de las manos laxas de Bella.

Sin hacer caso de las protestas de la doncella, terminó de secar sus mojados rizos.

-Señorita, el señor Dennison fue muy terminante en este tema -dijo Bella, retorciendo en su delantal sus manos ásperas por el trabajo.

-No es asunto de su incumbencia el modo en que yo arregle mi pelo... más aun, es asunto sólo mío.

Arrojó la toalla al suelo y sacudió con vehemencia la cabeza, como un perro saliendo del agua.

-Y ahora, si lo cepillo con esmero y uso suficiente cantidad de hebillas, tal vez pueda someterlo.

Aún con expresión desdichada, Bella le alcanzó la camisa nueva y desenrolló con cuidado las medias. Juliana se las puso y luego se puso la prenda que iba debajo del fustán. Se miró en el espejo de cuerpo entero y vio que sus rizos, locamente desordenados, parecían las serpientes de la Medusa. Quizá debería dejarlo tal como estaba: sin cepillar y sin recoger. Podría ser suficiente para lograr que el duque de Redmayne desistiera de sus propósitos.

Miró con desagrado el corsé de brocado que Bella sostenía, pero se dio vuelta para que la doncella pudiera atarlo. Esa prenda le recordaba los largos y desdichados días en que lady Forsett había decretado que debía ceñírselo tanto como pudiera soportarlo. Se suponía que aquella prenda estaba destinada a mejorar su postura y su conducta; sólo había logrado volverla aún más rebelde.

Con las manos en su apretada cintura, se miró en el espejo mientras Bella ataba las cintas del ancho miriñaque con ballenas. Hasta entonces, Juliana sólo había usado los miriñaques más simples. Y ahora, al dar un paso, vio cómo se balanceaba en torno de sus caderas. Era muy incómodo y la perspectiva de maniobrar con él, encaramada a esos tacones tan altos se le antojaba risueña.

Se introdujo en el fustán acolchado, y Bella le pasó el vestido verde jade por encima de la cabeza, abrochándolo en la espalda. Juliana pasó los engageantes con volantes por las manos, los subió hasta los codos y allí se toparon con los que bordeaban las ajustadas mangas del vestido. Se calzó los zapatos y dio un paso vacilante.

Dio otro paso y se miró en el espejo. Sus ojos se abrieron, asombrados. Salvo por el pelo revuelto, no parecía ella misma. El corsé empujaba sus pechos hacia arriba de tal modo que desbordaban sobre el escote del vestido, y el amplio miriñaque enfatizaba la pequeñez de su cintura.

El traje daba a su silueta un aire de tentadora madurez que la dejaba muy desconcertada; al mismo tiempo, ella percibía un cosquilleo de excitación debajo de esa inquietud.

¿Parecería una ramera? Inclinó la cabeza y reflexionó. La respuesta era negativa, decididamente. Más bien, parecía una mujer a la moda. El vestido tenía algo indefinible que lo diferenciaba de las imitaciones de la moda londinense encargadas por lady Forsett; un toque de elegancia en el corte o en el estilo, que no se podría imitar.

-Oh, señorita, está encantadora -dijo Bella, atareándose alrededor de ella, tironeando de los volantes, acomodando la abertura del vestido sobre el fustán-. Y ahora, si me permitiese arreglarle el pelo... -agregó, dudosa, tomando una cinta de terciopelo verde del mismo tono del vestido.

-No, gracias, Bella. Yo lo haré.

Juliana recogió el cepillo del tocador. Fue pasándolo por sus enredados rizos hasta que logró verlos caer en cierta semblanza de orden sobre sus hombros, luego lo retorció formando un moño en la coronilla y sujetó con hebillas la flamígera masa, con liberal generosidad. Al terminar, se sentía como un erizo; aun así, algunos mechones finos se escapaban del nudo. Ella sabía que, cinco minutos más tarde, toda la construcción caería por su propio peso, y que ella se pasaría la noche acomodando las hebillas en un desesperado intento por mantenerlo en su lugar; pero se empecinó y decidió que prefería eso a obedecer las indicaciones de Richard Dennison o del duque.

-¿Quiere usar la cinta como collar, señorita? -dijo Bella, que aún tenía en la mano la cinta de terciopelo-. De ese modo, se destacaría el escote del vestido.

Juliana accedió, y la doncella se sintió un poco más dichosa mientras aseguraba la cinta en torno del cuello de Juliana. El intenso verde acentuaba la blancura de su piel, la esbeltez de su cuello y atraía la vista hacia la protuberancia de sus pechos.

-Aquí tiene su abanico, señorita.

Bella le presentó un abanico de los llamados de "piel de pollo".

Juliana lo abrió y observó el delicado dibujo de hojas verde manzana pintadas en él: alguien se había tomado la molestia de reunir todo ese atuendo.

-La conduciré al comedor, señorita -Bella corrió a abrir la puerta de par en par-. La cena es a las cuatro, y ya casi son las cuatro y cinco.

Juliana cerró de golpe el abanico y ensayó un paso. De inmediato, comprendió que su acostumbrada zancada, que partía desde la cadera, era imposible, con ese miriñaque y esos zapatos. Se veía obligada a dar pequeños pasos melindrosos, haciendo que el miriñaque se balanceara con gracia a su alrededor. Podría arreglárselas con los pequeños pasos, siempre que no se balanceara y cayese, hecha un lío, con la falda levantada por encima de la cabeza. Y no sería la primera vez.

-Estoy lista -anunció, con aire torvo-. Precédeme, Bella.

5

Bella iba delante de ella haciendo cabriolas, mientras bajaban la curva escalinata que conducía al vestíbulo del frente. Juliana avanzaba con lentitud mucho mayor, una mano apoyada con aparente negligencia en la balaustrada aunque en realidad sus dedos la aferraban como si fuese un salvavidas.

El señor Garston se adelantó con paso firme, cuando ella llegó al final de la escalera. Para su asombro, él le hizo una reverencia.

-Qué grato verla en la planta baja, señorita. Tenga la bondad de seguirme.

No cabía duda de que la situación de Juliana se había alterado de manera drástica en las últimas horas. Ella se limitó a inclinar la cabeza y siguió al hombre hasta unas puertas dobles, al fondo del vestíbulo. El las abrió y anunció, con acento resonante:

-La señorita Juliana.

-Ah, mí querida, bienvenida -Elizabeth Dennison era toda afabilidad, como si el altercado en el dormitorio de Juliana no hubiese tenido lugar-. Oh, sí, qué sentador es ese vestido. El color es perfecto, ¿no es cierto, señoras? -se acercó a ella extendiendo las manos a modo de bienvenida-. Permítame presentarle a nuestra pequeña familia.

Tomó la mano de Juliana con calidez y la acercó a la mesa ovalada ante la cual se sentaban diez muchachas jóvenes. Reconoció a Lilly y a Emma, del encuentro en el vestíbulo, el primer día. En la rapidez de la presentación, a Juliana se le mezclaron nombres y rostros pero logró retener el de Deborah y prestó atención a su pelo. Bella había tenido razón al decir que no tenía la luminosa vitalidad del suyo y, por alguna razón, la comparación la complació. Empezó a extrañarse de lo que estaba ocurriéndole. Pocas veces concedía más que un pensamiento fugaz a su apariencia; sin embargo, ahí estaba, comparándose con las otras jóvenes como si, en cierto modo, fuesen sus rivales. ¿Rivales en qué?

¡Señor del infierno! Comenzaba a pensar como una ramera. Sin duda, debía de ser algo que había en el ambiente de la casa.

Dedicó una cortés inclinación a cada una de las mujeres y recibió un saludo similar en respuesta; supo que estaban observándola con tanta agudeza como ella estaba haciéndolo con ellas.

-Siéntense, queridas mías -dijo Elizabeth, señalando la mesa con un ademán en redondo-. Y ahora, que ya estamos todas reunidas, no es preciso que nos atengamos a formalidades. Juliana, siéntese junto al señor Dennison.

¿Sería el sitio de honor? Juliana se sentó a la derecha de Richard.

Él le retiró la silla y se inclinó como si, en verdad, ella fuese la invitada de honor.

Un lacayo fue pasando alrededor de la mesa llenando las copas de vino.

-¿Quiere probar las perdices, Juliana? -preguntó Lilly, mientras trinchaba con habilidad la pechuga de un ave en su plato.

Juliana vio que casi todas las muchachas estaban ocupadas con alguna de las fuentes, cortando unos pescados rociados en crema de perejil, trinchando patos, pichones y perdices.

-¿Tiene usted habilidad para trinchar, Juliana? -preguntó Richard-. Nosotros consideramos que es necesario que una dama de buena educación conozca esta arte doméstica.

"¿Una prostituta?", tuvo ganas de preguntar ella, pero se contuvo.

No era correcto ofender a los otros comensales, aun cuando estuviese en conflicto con sus guardianes.

-La esposa de mi tutor también lo considera necesario -dijo, tratando de ser neutral.

Y no venía al caso que no fuese capaz de cortar un ave con elegancia, como tampoco coser una costura derecha. Juliana conocía la parte teórica de ambos saberes pero era demasiado torpe con sus manos para poder hacerlo con destreza.

Bebió un sorbo de vino y se concentró en la conversación. Las mujeres enfundadas en sus vestidos de colores vivos asemejaban otras tantas aves de colorido plumaje. Daba la impresión de que todas ellas estuviesen de excelente humor, pues hacían bromas, comentarios relacionados con sus clientes, como también con respecto a las mujeres que se habían marchado de la casa para establecerse con algún miembro de la nobleza.

Juliana no dijo nada y nadie intentó hacerla participar de la conversación, aunque percibía las miradas de soslayo que le lanzaban mientras conversaban, como si estuviesen evaluando sus reacciones. Se preguntó si ese despliegue de cordialidad era una escena preparada para ella... como si vivieran de un modo encantador y divertido bajo el techo de los Dennison y tuvieran ante sí futuros luminosos y nada que temer.

Si ello fuera cierto, de todos modos no hacía mella en los prejuicios de Juliana ni aliviaba en medida alguna sus sospechas y sus temores.

Richard Dennison tampoco habló mucho y dejó que su esposa llevase adelante la conversación. Juliana notó que los ojos del hombre no perdían detalle y que algunas de las chicas titubeaban en mitad de una frase si sentían que él las miraba. Era evidente que el dueño del burdel ejercía una fuerte influencia.

Aunque lo hubiese querido. Juliana no pudo hallar defectos en la cena. El primer plato fue seguido por un segundo; huevos de chorlito, codorniz, tartas picantes, crema renana, un cesto con pastas y una bebida preparada con leche, vino y azúcar. Por el momento. Juliana decidió reprimir sus recelos y comió con saludable apetito recordando los momentos que había pasado en su habitación, tratando de identificar los diversos, tentadores aromas que llegaban flotando desde la cocina. Si bien la carne vacuna hervida, preparada en forma de budín, el pastel de carne y riñon y el pescado estofado cumplían bien su función de llenar la tripa no estimulaban el paladar.

En un momento dado, la señora Dennison se puso de pie.

-Venid, señoras, vamos a retirarnos. Pronto llegarán nuestros amigos. Lilly, querida, debes retocar tu lápiz de labios. Mary, tienes una pequeña mancha de salsa en la manga. Ve a pedir a tu doncella que te la quite. Nada hay más desalentador para un caballero que un aspecto descuidado.

Sin quererlo, Juliana alzó las manos hacia el pelo que escapaba de sus hebillas, tal como ella había previsto que sucedería.

-¿Bella no le ha dicho que queríamos que se dejara el pelo suelto? -preguntó Richard, todavía sentado a la mesa aunque las damas estuviesen levantándose.

Sirvió oporto en su copa y levantó la vista hacia Juliana.

-Sí, pero yo lo prefiero así -respondió ella sin alterarse.

En el comedor se oyó una exclamación contenida.

-Debe usted aprender a someterse a nuestras preferencias en cuestiones referidas a los caballeros, mi querida -dijo Elizabeth con suavidad-. Fuimos muy específicos en cuanto al pedido de que lo dejara suelto esta noche.

-Mis preferencias tienen más peso que las de cualquier otra persona, señora -replicó Juliana, sintiendo que se le apretaba la garganta y que su corazón retumbaba en los oídos.

No se sometería sin luchar.

Para su asombro, Elizabeth no hizo más que sonreír.

-Yo diría que eso va a cambiar muy pronto. Venga.

Juliana salió tras ellas del comedor y entró en un largo salón, el mismo al que se había asomado aquella primera mañana de su llegada.

Estaba alumbrado con altas velas de cera aunque todavía entraba el sol del atardecer por las ventanas. Había flores por todas partes y el aire olía a lavanda y cera de abejas. En un gran aparador había botellones, botellas y copas; sobre una mesa baja, ante un sofá, había té y café; allí fue donde se sentó, de inmediato, la señora Dennison. Las muchachas la rodearon, tomaron cada una su taza de té y luego se sentaron. Pendía en el ambiente un clima de expectativa.

Juliana rechazó el té y se acercó a una ventana que daba a la calle.

A sus espaldas, el rumor de las voces y risas en sordina vibraban en el aire. Oyó que regresaban Lilly y Mary y que la señora Dennison aprobaba las correcciones que habían realizado. Alguien comenzó a tocar el clavicordio.

Vio que por la calle llegaban dos caballeros que se acercaban a la casa. Iban balanceando sus bastones mientras hablaban y, bajo sus chaquetas de terciopelo de amplios faldones, asomaban las empuñaduras de sus espadas. Cuando llegaron a la casa, giraron hacia los peldaños de entrada. Sonó el aldabón de la puerta principal, y un susurro tenso recorrió el salón. La muchacha que tocaba el clavicordio siguió haciéndolo, y las otras se removieron en

sus sillas, volvieron a arreglarse las faldas, abrieron sus abanicos, echaron miradas de fingido desinterés hacia la puerta y aguardaron a ver quiénes serían los primeros visitantes.

-Lord Bridgeworth y sir Ambrose Belton -anunció el señor Garston.

La señora Dennison se levantó e hizo una reverencia; las otras mujeres la imitaron, salvo Juliana, que retrocedió, hasta quedar adosada a las cortinas de damasco bordado. Deborah y una muchacha pálida y rubia que, según sabía ella, se llamaba Rosamund, se acercaron, revoloteando, a los caballeros. Juliana recordaba la información de Bella, acerca de que lord Bridgeworth iba, especialmente, por la primera. Dedujo que algo similar debía de suceder entre sir Ambrose y Rosamund.

El llamador sonó de nuevo y fue anunciado un grupo de seis caballeros. Juliana retrocedió un poco más hacia las sombras y observó la escena mientras recogía, nerviosa, sus rizos sueltos con las hebillas. Uno de los recién llegados se fijó en ella y se inclinó para decir algo a la señora Dennison. Juliana oyó con claridad nombrar a "Su Gracia de Redmayne" en medio de la réplica de Elizabeth. A continuación, ésta se dio la vuelta y la llamó, sonriendo.

-Juliana, el vizconde Amberstock quiere conocerla.

Era obvio que ella no tenía demasiadas alternativas. A desgana, Juliana salió de su refugio tras las cortinas y atravesó el salón con pasos pequeños, sintiéndose insegura sobre esos altos tacones, como una recién nacida que estuviese aprendiendo a caminar.

-Redmayne es un maldito afortunado -tronó el vizconde, tomando la mano de la muchacha y llevándosela a los labios, al mismo tiempo que hacía una ampulosa reverencia. Juliana la retribuyó en silencio, apartando su mirada-. Por Dios, señora, ¿acaso esta muchacha es tan tímida que no habla? -exclamó el vizconde, dirigiéndose a su anfitriona.

-Lejos de ello -respondió Elizabeth con calma-. Cuando le apetece. Juliana tiene una lengua muy ágil.

-Que pertenece a Redmayne, ¿no es así? -el vizconde rió alegremente su atrevido retruécano-. Bueno, los demás deberemos padecer.

Soltó la mano de Juliana, que ejecutó una decorosa reverencia y regresó a su lugar junto a la ventana.

-Si te mantienes así apartada harás enfadar a la señora Dennison -le dijo Emma con suavidad, acercándose como al azar a Juliana, en medio de una nube de gasa rosada.

-A mi juicio, ése es un asunto que carece de importancia.

-No pensarías lo mismo cuando ellos se enfaden realmente contigo -dijo Emma, con expresión ceñuda-. Los amos nos cuidan mucho; a cambio, esperan que cooperemos. A mí me parece razonable.

La de Juliana se encontró con la mirada de los ojos castaños de Emma, en la que encontró curiosidad y deseo de ayudarla.

-Mira; yo estoy aquí en contra de mi voluntad -explicó ella. -No veo por qué debería cooperar. Lo único que deseo es que me dejen marcharme.

-¡Pero, querida, tú no sabes lo que estás diciendo! -repuso Emma-. Hay regentes de burdel y alcahuetes que son capaces de sacarte hasta la última moneda que ganes y, a cambio, te permiten anunciar tu comercio en un albergue, el Piazza. Te cobran cinco chelines por un vestido usado y un chai, y te sacan hasta la última gota de sangre en pago por el vino y los licores que debes servir a los clientes.

Si te niegas o no puedes pagar, te mandan a Fleet o a Marshalsea y jamás te sueltan.

Juliana se quedó mirándola, tan horrorizada como fascinada.

-Pero yo no tengo intenciones de convertirme en una puta -dijo, al fin-. Ni aquí ni en ningún otro sitio.

El ceño de Emma se hizo más pronunciado.

-¿Y qué crees que sería de nosotras? -indicó con un gesto a las personas que había en el salón-. Vivimos en medio del lujo. Nuestros clientes son hombres nobles, de buen gusto,

considerados... en su mayoría -añadió-. Y si juegas bien tus cartas, puedes encontrar un amante que te trate bien y que asegure tu futuro.

-Pero yo no estoy aquí porque quiera estar -insistió Juliana.

Emma se alzó de hombros:

-¿Acaso alguna de nosotras lo quiere, querida? Sin embargo, damos las gracias por nuestras bendiciones. Y tú deberías hacer lo mismo pues, de lo contrario, terminarás acostándote en la espesura del parque St. James, todas las noches. Créeme, que yo sé lo que te digo... Oh, aquí está lord Farquar.

Emma lanzó un breve gritito de deleite... que tal vez fuera fingido o tal vez no; cruzó de prisa el salón en dirección a un caballero de cierta edad embutido en una chaqueta escarlata salpicada de rapé.

Cinco minutos más tarde Garston anunció al duque de Redmayne.

Juliana sintió que se le iba el estómago a los pies y se volvió de espaldas a la habitación para dejar vagar su mirada por la calle Russell, donde ya oscurecía.

Tarquín se detuvo un instante en la entrada y, sin prisa, tomó una pulgarada de rapé. Su mirada recorrió el salón y se posó sobre la figura de verde que estaba junto a la ventana. Su pelo parecía llamear, tocado por un rayo del sol poniente. Y, aunque no podía verle la cara, notaba la rigidez de los caídos hombros blancos. Bajo su mirada, un rizo se soltó del peinado y cayó en cascada por la esbelta columna de su cuello. La muchacha permaneció inmóvil.

Él cruzó el salón, enfilando hacia la dueña de casa.

-Elizabeth, tan encantadora como siempre -se inclinó sobre la mano de la mujer- Y las damas... un jardín de delicias.

Levantó su impertinente y contempló a las damiselas, que lo saludaban con una reverencia a medida que su mirada pasaba de una a otra.

Elizabeth hizo una señal por encima del hombro en dirección a Juliana y luego alzó una ceja con expresión interrogante. Su Gracia negó con la cabeza y se sentó junto a ella, en el sofá.

-De momento, déjela.

-Está tan obstinada como siempre. Su Gracia -dijo Elizabeth en voz baja, al mismo tiempo que le entregaba una taza de té.

-Con todo, veo que ha conseguido que se vista y baje.

-Lo logré con dificultad.

-Ahá -el duque bebió su té-. ¿Debió usted obligarla?

-Yo diría que debí hacerle notar sus realidades, más bien.

El duque hizo un gesto afirmativo.

-Bueno, me alegra saber que no es tan tonta como para negar esas realidades.

-Oh, creo que Juliana no tiene absolutamente nada de tonta -declaró la señora Dennison-. Tiene una lengua muy afilada.

El duque sonrió y dejó su taza sobre la mesa.

-Si me disculpa, señora, iré a saludar.

Se levantó y fue hacia la ventana.

Juliana lo sintió aproximarse y sintió un escozor en la espalda. Un grueso mechón de pelo se soltó de su moño y se deslizó, fatal, por su cuello. Hizo un gesto automático con las manos para sujetarlo.

-Permítame -la voz de él junto a su hombro sonó tan grave y profunda que, si bien ella estaba esperándolo, se sobresaltó de manera visible-. ¿La he asustado? -preguntó él con suavidad-. Qué extraño... hubiese jurado que usted sabía que yo estaba aquí.

Apartó con sus manos las de ella y se puso a trabajar con el pelo de la joven. Juliana demoró unos instantes en reparar que él estaba quitándole las hebillas que sostenían el peinado.

-¡No! -exclamó ella, tocando las manos de él-. No lo dejaré suelto.

-Al parecer, su pelo no opina lo mismo -comentó él, atrapándole ambas muñecas en una sola mano-. En realidad, tiene voluntad propia, mi querida Juliana -su mano libre continuó la tarea, y la ígnea cabellera cayó sobre los hombros de la muchacha-. Ya está, así me parece mucho más deseable.

-No tengo el menor interés en saber qué es lo que usted encuentra deseable. Su Gracia.

Forcejeó para liberar sus muñecas, y él las soltó de inmediato.

-Bueno, yo albergo la esperanza de cambiar eso -respondió él, sonriendo, mientras la tomaba de los hombros para hacerla girar hacia él-. ¡Parece usted a punto de clavarme una daga en el corazón!

-¡Me gustaría hacer girar un sacacorchos en sus tripas! -afirmó ella con acento feroz, y por lo bajo-. ¡Podría grabarle mis iniciales en el estómago y verlo colgar, destripado y descuartizado! Y me reiría de sus sufrimientos.

Se frotó las manos en el aire, como quien da por concluida una tarea, imaginando que asestaba el golpe de gracia, con los ojos echando chispas de triunfo como si, en verdad, hubiese dado cuenta de él de un modo tan satisfactorio.

Tarquín se echó a reír.

-Que niña feroz eres, mignonne.

-¡No soy ninguna niña! -dijo ella, entre dientes, soltándose de su apretón-. ¡Si usted cree que yo soy sólo una tonta inexperta y que podrá manejarme a su antojo, como si fuese una brizna de paja, le digo, señor, que está muy equivocado!

-Me temo que estamos atrayendo la atención -dijo él-. Ven, vamos a algún sitio privado, así podrás denostarme a gusto y placer.

Juliana percibió que se había generado un extraño silencio en el salón y miró en derredor. De inmediato, las miradas se desviaron y el murmullo de conversaciones volvió a sonar.

-Ven -repitió él, ofreciéndole su brazo.

-No iré a ninguna parte con usted.

-Ven -insistió él, y en sus ojos grises, profundos, apareció una veta de piedra. Al ver que ella aún titubeaba, le asió la mano y se la metió en el hueco de su codo, advirtiéndole en voz queda-: Querida mía, no tienes nada que perder comportándote con elegancia, y sí mucho que ganar.

Juliana no vio escapatoria posible. A su alrededor veía hombres cuyos semblantes revelaban la lasciva codicia de los que ansían carne.

Bien era cierto que podría echarse a gritar y armar una escena, pero sabía que no encontraría apoyo ni de los que compraban ni de los que vendían en ese burdel disfrazado de salón elegante, suavemente iluminado.

Nadie demostraría la menor simpatía hacia una ramera renuente.

¿Podría soltarse y huir? Aun en el caso de que pudiese esquivar a Garston y a los fornidos lacayos del vestíbulo, ¿adonde iría? Así como iba vestida, no podría perderse en los estrechos y retorcidos callejones que rodeaban Covent Garden.

Su única alternativa consistía en apelar a lo mejor de la naturaleza del duque de Redmayne... suponiendo que hubiese algún rasgo noble en su persona. Ponerse a malas con él no le serviría para nada.

Sin hablar, Juliana se dejó llevar afuera del salón. Los siguieron disimuladas miradas de reojo. Richard Dennison estaba cruzando el vestíbulo hacia el salón cuando ellos traspusieron las puertas dobles.

-Su Gracia -lo saludó el dueño de casa, haciendo una profunda reverencia. Su mirada recorrió a Juliana e hizo un gesto de aprobación al ver que ella llevaba el pelo suelto. Le sonrió-: Harás que Su Gracia conozca la hospitalidad de la casa.

-Si yo fuera habitante regular de la casa, señor, me sentiría obligada a hacerlo -replicó Juliana.

La boca de Richard se apretó, manifestando enfado. Tarquín, por su parte, rió entre dientes pensando que pocas veces había conocido a una persona con tanto valor.

-Tenga usted buenas noches, Dennison.

Condujo a Juliana escalera arriba, hasta la pequeña sala donde ella lo había conocido.

Cuando estuvieron dentro, él le soltó el brazo, cerró la puerta y tiró del cordón de la campanilla.

-Si mal no recuerdo, tú sólo bebes champán.

Juliana negó con la cabeza: aquélla había sido una mentira que ya no tenía sentido.

-En realidad, no.

-Ah -exclamó él, asintiendo-. Yo diría que estabas intentando ponerme en mi lugar.

-¿Acaso eso es posible?

Esa réplica le hizo reír de nuevo.

-No, querida mía, lo dudo. ¿Qué pido al lacayo para ti?

-Nada, gracias.

-Como gustes.

Tarquín pidió clarete al criado y luego se quedó de pie, detrás de un sofá, con una de sus largas manos blancas apoyada en el respaldo, su mirada clavada en Juliana. Ella estaba ante el hogar, la vista fija en la rejilla vacía.

Había en ella cierta cualidad que conmovía a Tarquín. Una especie de vulnerabilidad que iba acompañada de una vehemente decisión de sostener su posición contra cualquier vicisitud. Él pensaba que ella no era, precisamente, hermosa. Tenía una peculiar rebeldía, una actitud desmañada que contrariaba a la belleza convencional. Sin embargo, al recordar su cuerpo desnudo, el recuerdo lo excitaba sobremanera. No, no era bella, pero un hombre tenía que ser la mitad de un hombre para no desearla. Ese mismo rasgo la mantendría a salvo de Lucien. Poseía un cuerpo demasiado voluptuoso para atraerlo.

De pronto, ella se dejó caer en una silla y se quitó los zapatos a puntapiés, con tanto vigor que uno de ellos aterrizó sobre una consola.

El impacto sacudió con violencia un candelabro, y la cera derretida salpicó sobre la pulida superficie.

-¡Malditas sean estas condenadas cosas! -Juliana gimió y se inclinó para masajearse los pies-. ¿Cómo es posible que alguien use estos instrumentos de tortura?

-La mayoría de las mujeres los usan sin la menor dificultad -comentó él, divertido ante este brusco cambio de la actitud de ella.

Y aunque el pelo le ocultaba la expresión, él no tuvo inconvenientes en imaginar la mueca de disgusto que curvaba sus labios, el relámpago de irritación en sus ojos. Tarquín pensó que era extraño, que después de sólo dos encuentros, él pudiese imaginar las reacciones de ella con semejante precisión.

Ella levantó la vista y se apartó el pelo de la cara; entonces, él comprobó que había adivinado.

-¡Me importa un rábano lo que otras mujeres hagan sin dificultad! A mí me resultan insoportables.

Extendió un pie y lo flexionó, para aliviar la contracción del arco.

-El hábito de usarlos acostumbra el pie -dijo Tarquín, recogiendo el zapato abandonado sobre la consola. Recogió el otro, que había ido a parar a la cesta del carbón. Sopló para quitar el polvo de carbón de la pálida seda y murmuró-: Qué trato despreocupado hacia un par de zapatos que ha costado cincuenta guineas.

De modo que, en efecto, él había pagado los zapatos. Juliana se reclinó en la silla y dijo, despreocupada:

-Estoy segura de que no se desperdiciarán. Su Gracia. Sin duda, más de una puta los aceptará, ansiosa.

-Eso sería posible -concedió él, sensato- si fuera fácil hallar mujeres con este tamaño de pies.

El regreso del criado con el vino dio ocasión a Juliana de morderse la lengua para evitar un retruécano poco digno. Cuando el hombre se hubo retirado, ella ya estaba dispuesta a lanzarse a su discurso, apelando a los más elevados sentimientos del duque.

-Mi señor duque -comenzó la muchacha, poniéndose de pie, muy recta y quieta-. Debo rogarle que acabe con esta persecución. Yo no puedo hacer lo que usted pide. Es absurdo, es una barbaridad que usted pida algo semejante a una persona que carece de protección y de amigos, usted lo sabe. Debe de haber mujeres que estarían deseosas... incluso ansiosas... de aceptar un contrato de ese tipo. Pero yo no me encuentro entre ellas. Por favor, se lo ruego, permítame salir de aquí sin ser molestada.

En la situación de Juliana, casi cualquiera de las mujeres que Tarquín conocía se hubiesen abalanzado sobre un ofrecimiento como el que él hacía: riqueza, posición, seguridad. O bien esta muchacha era una tonta o muy fuera de lo común. Pero se reservó sus pensamientos para sí y comentó:

-No sé por qué, tengo la impresión de que rogar es contrario a tu naturaleza, mignonne -Bebió un sorbo de clarete-. A ese breve discurso le faltó cierto grado de convicción.

-¡Oh, maldita sea; es usted un bribón, un Judas! -exclamó Juliana-. ¡Un degenerado hijo puta! Un pestilente desecho de albañal.

¡Si cree que puede doblegarme a su voluntad, le aseguro, que nunca, en toda su desviada existencia, ha estado más equivocado!

Atravesó de un salto el espacio que los separaba, tropezó con el dobladillo de su vestido, se aferró de una silla para enderezarse, y se volvió hacia él sacándose el pelo de los ojos, con sus dedos curvados en forma de garras, mostrando los dientes, sus ojos echando chispas de odio.

Tarquín se apresuró a dar un paso atrás y de golpe se le fue el deseo de reír. La señorita Juliana no tomaba a bien que se burlasen de ella.

-Está bien. -Tarquín levantó las manos como para apaciguarla- Te pido perdón por haber sido tan petulante. Vuelve a sentarte y empezaremos de nuevo.

Juliana se detuvo. Un feo sonrojo moteó sus mejillas, habitualmente pálidas, y su pecho subía y bajaba con un ritmo agitado mientras ella se esforzaba por controlarse.

-Usted es un hijo de perra de albañal -dijo, en voz baja y con acento feroz.

Tarquín arqueó las cejas. Ya era demasiado. No dijo nada hasta que vio que el sonrojo se había esfumado y la respiración entrecortada se había regularizado. Entonces, preguntó con frialdad:

-¿Has terminado de insultarme?

-Ningún insulto que yo pueda proferir podrá hacerle tanto daño como la violencia que usted quiere infligirme.

-No tengo intenciones de abusar de ti. Siéntate, antes de que esta habitación termine desintegrada en tu ciclón, y bebe una copa de clarete.

El tono, deliberadamente aburrido, abatió las ínfulas de Juliana.

Se sentó y aceptó la copa de vino que él le había acercado. La explosión la había dejado vacía, al borde de la desesperanza.

-¿Por qué no busca a otra? -preguntó, desanimada.

Tarquín se sentó enfrente de ella.

-Porque tú eres perfecta, mi querida -empezó a llevar la cuenta con los dedos-. Tienes la crianza que hace falta para ocupar el lugar de esposa de Lucien sin provocar comentarios. Y tienes el buen origen y ciertas cualidades que te convertirán en buena madre para mi hijo. Y,

por último, tú necesitas lo que yo te ofrezco en compensación. Seguridad, una buena posición, estabilidad económica. Y, por encima de todo, independencia, Juliana.

-¿Independencia? -Juliana arqueó una ceja, expresando su incredulidad-. ¿Cómo se conjuga eso con una yegua de cría?

Tarquín se levantó y fue a llenar de nuevo su copa. Esta muchacha no era tonta; sin embargo, él comenzaba a pensar si valdría la pena el tiempo que estaba invirtiendo y las molestias que le causaba, fuese o no una persona fuera de lo común. Existían otras mujeres, como bien lo había señalado ella. Mujeres que se abalanzarían sobre su propuesta. Se volvió y la observó en silencio, mientras bebía su clarete y reflexionaba.

Ella estaba sentada con los ojos cerrados, su pelo como un vivo fuego en torno de su rostro pálido. Atrajo su vista la profunda hendedura entre sus pechos. Esta mujer tenía algo que lo intrigaba, algo fuera de lo habitual. Su resistencia era un desafío tan novedoso que le resultaba irresistible. El deseaba saber qué la hacía tan imprevisible, tan fuera de lo común. ¿En qué suelo había crecido? Era probable que él estuviese haciendo el tonto, pero su sangre vibraba con la convicción de que la señorita Juliana bien valía la pena el tiempo y el esfuerzo para persuadirla.

Dejó su copa y se acercó a ella. Se inclinó, la tomó de las manos y la hizo levantarse.

-Déjame mostrarte algo.

Juliana abrió la boca para protestar, y a continuación contuvo una exhalación cuando la boca del hombre cayó sobre la suya. Las manos de Tarquín en su pelo le sujetaban la cabeza con fuerza, y sentía los labios de él firmes y flexibles sobre los suyos. El le pasó la lengua por los labios y la lanzó hacia las comisuras en un cálido jugueteo que le cortó la respiración por un instante. Se sentía envuelta en una roja penumbra, y todos sus sentidos estaban concentrados en su boca, en el sabor y la sensación de la de él. La delicada presión que él ejercía la impulsó a entreabrir los labios, y la lengua de él se metió dentro moviéndose, sinuosa, explorando el interior de su boca, llenándola de dulzura, provocándole ardientes ramalazos de anhelo que la confundían, que la atravesaban de la cabeza a los pies.

Él se retiró lentamente y le sonrió, contemplando su semblante asombrado, sin que sus dedos abandonaran el pelo de ella.

-Eso era lo que yo quería mostrarte.

-¡Usted... usted me ha violado!

Tarquín rompió a reír, echando su cabeza atrás.

-No tanto, mignonne. Te he hecho una promesa.

Con una mano ahuecada le encerró la mejilla, y con el pulgar acarició la boca enrojecida de Juliana.

Ella se quedó mirándola, dejándolo ver la confusión, el azoramiento y la excitación que se reflejaban en sus ojos.

-Te he prometido que lo que ocurra entre nosotros sólo te brindará placer. Nada sucederá entre nosotros que tú no hayas aceptado de todo corazón, Juliana.

-Si eso es verdad, déjeme ir -rogó ella, reconociendo, con callada desesperación, que si la obligaban a quedarse el duque de Redmayne la derrotaría.

Ella se había rendido a su beso. No lo había rechazado. Por todos los cielos... ¡había abierto su boca para permitirle acceso a la lengua de él, sin titubear un instante!

-No, debes permanecer en esta casa... insisto en eso.

Juliana cruzó lentamente la habitación y recogió sus zapatos abandonados. Se sentó y se calzó. Sabía que él lo interpretaría como un simbólico gesto de aceptación y, por el momento, estaba demasiado desanimada para seguir luchando.

Se levantó, con la misma lentitud, y enfiló hacia la puerta.

-Le doy las buenas noches, milord duque; pido permiso para retirarme -dijo en voz baja y carente de expresión, después hizo una reverencia formal.

-Puedes retirarte -respondió él con una sonrisa-. Mañana comenzaremos de nuevo.

6

-¡Quieres que yo tome una esposa! -exclamó Lucien, echando la cabeza atrás y lanzando una carcajada despectiva, que acabó en un violento ataque de tos.

Impasible, Tarquin esperó a que su primo luchara con su respiración sollozante y su pecho ruidoso; una película de transpiración cubrió su piel pálida y macilenta.

-¡Por Dios, Tarquín, estoy convencido de que, al final, has perdido el juicio! -logró decir, al fin, Lucien, reclinándose de nuevo en el espaldo de su silla.

Era evidente que estaba exhausto, pero aún sonreía, con un malévolo brillo de interés en las oscuras órbitas de sus ojos ardientes.

-Lo dudo -replicó el duque con calma.

Tarquin llenó una copa de coñac y se la dio a su primo. Lucien la apuró de un trago y suspiró.

-Así está mejor. Afloja la tirantez -se palmoteo el pecho y extendió su copa-. Otra, querido amigo, por favor.

Tarquin echó un vistazo al reloj que estaba sobre la repisa: eran las diez de la mañana. Entonces, se encogió de hombros y volvió a llenar la copa del vizconde.

-¿Ya estás en condiciones de escucharme?

-Con todo gusto... con todo gusto -aseguró Lucien, sonriendo aún-. ¿Por qué crees que acudí tan pronto a tu llamado? Diviérteme, mi querido muchacho. Necesito divertirme urgentemente.

Tarquin se sentó y contempló a su primo en silencio durante un minuto. Su expresión era impasible, en ella no había indicios del profundo disgusto que él sentía por esa ruina de joven que había arrojado por la borda, voluntariamente, todas sus ventajas de nacimiento, educación y fortuna, siguiendo un camino de autodestrucción y depravación, en el que no existía placer o actividad que se considerase repugnante.

En ocasiones, Tarquin se preguntaba por qué Lucien se había convertido en lo que era. A veces, también pensaba que él, quizá, como tutor del muchacho, tendría alguna responsabilidad. Había intentado ser como un hermano mayor para Lucien, de brindarle comprensión y una influencia serena a su vida, pero Lucien siempre se las había arreglado para no hacerle caso. Siempre había sido desagradable; incluso había logrado derrotar la insistencia de Quentin en ver sus rasgos positivos.

-Tu pasión por los niños pequeños se ha convertido en una especie de impedimento para la vida familiar -afirmó Tarquin, sacando de su bolsillo una caja de rapé de Sevres-. Esa

historia perversa con el hijo de los Dalton se ha convertido en la comidilla de todos, según parece.

Lucien ya no parecía divertido: su expresión, ahora, era enfurruñada y recelosa.

-Toda la historia quedó silenciada de manera satisfactoria.

Tarquin negó con la cabeza.

-Al parecer, no -tomó una pizca de rapé, guardó la caja de nuevo y continuó-. Si deseas conservar tu estilo de vida en Londres, deberás protegerte de ulteriores murmuraciones. Si se presentara una acusación contra ti, será inevitable que tengas que exiliarte... salvo que estés dispuesto a ser ahorcado por seguir tus preferencias, claro.

Lucien se puso ceñudo.

-Estás convirtiendo un grano de arena en una montaña, primo. -¿En serio? -el duque arqueó una ceja-. Lee esto -sacó una página doble del bolsillo de su chaleco y se la arrojó al otro-. Esta historia, en primera Plana, ha servido de entretenido chisme en todos los cafés de la ciudad. En mi opinión, el retrato es de una semejanza notable. El artista tiene talento para la caricatura.

Lucien leyó el relato, y su ceño fue haciéndose más hondo. La caricatura que el dibujante había hecho de su cara era tan procaz y sugerente como la descripción de un incidente en la Lady Chapel, que se refería a un noble y a un monaguillo de la catedral de St. Paul.

-¿Quién ha escrito esto? -arrojó la hoja al suelo-. Haré que lo cuelguen por las orejas.

-Ah, desde luego, si tú quieres que todos sepan quién eres... -repuso el duque, inclinándose para recoger la hoja. Sacudió la cabeza, maravillado-. En verdad, la semejanza del retrato es notable. Una demostración de genio.

Lucien se mordió la uña del pulgar.

-¡Maldita sea! Espera a que descubra quién es; me lo cargaré.

-Confío en que no sea por la espalda dijo Tarquin en tono mesurado pero con los ojos desbordantes de desprecio.

Lucien se cubrió de unas oscuras manchas rojas.

-Eso jamás ha sucedido.

-Claro que no -replicó Tarquin en tono sedoso-. Que no se diga que un Edgecombe ha clavado su espada en la espalda de un hombre.

Lucien se levantó de un salto.

-Si vuelves a acusarme de eso te citaré en Barnes Common.

-No, creo que no -respondió Tarquin, haciendo una mueca-. No tengo intenciones de cometer asesinato.

-¿Tú crees que puedes ... ?

-¡SI! -lo interrumpió el duque, ya con voz aguda y penetrante- Si, Lucien, te mataría, tanto con espada como con pistola, y tú lo sabes. Y ahora, deja de hacer el tonto conmigo y siéntate.

Lucien se derrumbó en la silla otra vez y escupió un fragmento de uña sobre la alfombra.

-Ya hace tiempo que he perdido las ganas de persuadirte de que lleves otro tipo de vida -dijo Tarquin-. Admito que eres un réprobo vicioso, un pederasta, pero no permitiré que acarrees deshonor al apellido de la familia. Y eso sucederá si el padre de algún otro monaguillo decide presentar acusaciones en contra de ti. Por eso te digo que tomes esposa y que seas discreto. De ese modo, los rumores y los escándalos morirán de inmediato.

Acompañó sus palabras con un golpeteo de su dedo sobre la hoja.

Lucien entrecerró los ojos.

A mí no me engañas Redmayne. Te importaría un comino que me colgaran, excepto porque sería un baldón para el escudo familiar.

Sonrió, como quien estuviese muy complacido consigo mismo, como si hubiese acabado de ejercitar un complicado proceso intelectual.

-¿Y? -preguntó Tarquin, enarcando una ceja.

-Y.. ¿qué motivo tendría yo para hacer lo que tú quieres?

-Yo haré que valga la pena.

Un brillo codicioso asomó a los ojos castaño claro de Lucien.

-Ah , ¿Sí? por favor, prosigue, querido muchacho.

-Te quitaré de encima a tus acreedores dijo el duque-. Y te mantendré provisto de fondos. A cambio, tú te casarás con la mujer que yo elija y vivirás con ella bajo este mismo techo. Eso no deberá ser inconveniente para ti puesto que, en el presente, la casa Edgecombe se encuentra en un estado tan ruinoso que para ti será un alivio librarte de la carga de mantener una casa en funcionamiento.

-¡Una mujer elegida por ti! -Lucien lo miró de hito en hito.

-¿Por qué no puedo elegirla yo?

-Porque ninguna que fuese minimamente adecuada, te aceptaría. Lucien frunció de nuevo el entrecejo.

¿Y a quién tendrás en mente? Sin duda, será una vieja que funcione como antídoto. Una solterona, dispuesta a aceptar a cualquiera.

-Te sobrestimas -repuso el duque con sequedad-. Ninguna mujer, por desesperada que estuviera, aceptaría de buena gana quedar amarrada a ti, Edgecombe. La mujer que tengo en mente hará lo que yo le pida: es así de sencillo. No tienes por qué preocuparse por ella. Vivirán en habitaciones separadas y tú la dejarás en paz de manera escrupulosa, en privado. Por supuesto, en público dejarás ver que tienes una esposa joven, de buena familia. Eso te brindará una fachada pública decente.

Lucien lo miró fijo.

-¡Hacer lo que tú le pidas! Por Dios, Tarquin, ¿qué clase de demonio eres tú? ¿Qué sabes de esa mujer, como para obligarla hasta ese punto?

-Eso no es de tu incumbencia.

Lucien se puso de pie, fue hasta el aparador y volvió a llenar su copa.

-¿Todos mis gastos... todas mis deudas ... ? -preguntó. -Todos.

-¿Y no estarás dándome sermones a cada momento?

-No me interesan tus asuntos.

-Bueno, bueno -dijo Lucien, bebiendo su coñac-. Jamás creí que vería el día en que el duque de Redmayne me rogara algo.

La expresión de Tarquin se mantuvo inmutable.

-Yo tengo hábitos muy costosos -reflexionó Lucien. Echó una astuta mirada al duque, que seguía sin reaccionar-. Muchos pueden informarte que he tirado diez mil guineas al faraón en una partida– la reacción siguió sin aparecer -. Claro que, ya se sabe: tú eres más rico que Creso. Me atrevería a decir que estás en condiciones de mantenerme. Yo no significaría tu bancarrota, primo – concluyó, sonriendo.

-No lo serias.

-Y, con respecto a esta mujer… ¿cuándo la vería yo?

En el altar.

-¡Oh, Tarquin, eso es llegar demasiado lejos! ¿Acaso esperas que yo recorra trotando el pasillo de la iglesia, como el proverbial cordero que va al matadero, sin echar un vistazo, siquiera, a la mujer?

-Sí.

-¿Y ella que opina, al respecto? ¿No quiere conocer al novio?

-Lo que ella quiera no tiene importancia.

Lucien dio una vuelta por la habitación. Aborrecía esas respuestas concisas de su primo, pues lo hacía sentirse como un niño. Sin embargo… la idea de que Tarquin sostuviese el estilo de vida de Lucien pese a su disimulado desprecio y aborrecimiento provocó una sonrisa que curvó los labios del vizconde. Era posible que Tarquin se retorciera cada vez que tuviese que firmar una orden de pago, pero no se echaría atrás e había dado su palabra. Por otra parte, no había puesto límite a los gastos de su primo.

Además, vivir ahí, en una casa lujosa y bien ordenada... La suya no funcionaba, prácticamente. Era rara la ocasión en que podía conservar a un criado más de un mes.

Siempre sucedía algo que les hacía salir corriendo sin pedir referencias, siquiera. Aquí, en cambio, podría vivir Como le placiese, vivir de manera tan libre y alocada como le diese la gana, y todo a expensas de su primo.

Era una idea encantadora. A cambio, sólo tenía que prestarse a desempeñar su papel en una ceremonia de bodas con una desconocida.

Y no tendría obligación de mantener una relación con ella. No tenia nada que perder, y si todo por ganar.

-Está bien, querido muchacho, creo que podría complacerte en esto.

-Me abrumas Edgecombe -dijo Tarquin, poniéndose de pie-.

Y ahora, si me disculpas, tengo otra cita.

-Ve a atenderla, mi querido amigo. Yo beberé un poco más de este excelente coñac -se restregó las manos-. Tienes una bodega tan espléndida que estoy impaciente por probarla... Ah, Quentin, mi querido... -se volvió hacia la puerta que se abría y saludó a su primo con una florida reverencia-. ¿A que no sabes? Tendré una esposa... sentaré cabeza y seré una persona respetable. ¿Qué te parece, eh?

En la mirada que Quentin dirigió a su medio hermano había más pena que rabia.

-De modo que sigues adelante con eso, Tarquin.

-Así es.

-Y la residencia de mi esposa será aquí, bajo el mismo techo que Tarquin

-continuó Lucien-. Es más apto para la joven dama... más cómodo. De modo que nos veremos con frecuencia, mi querido Quentin.

Quentin exhaló un fuerte suspiro.

-Qué agradable.

-Es poco cristiano de tu parte que te muestres tan dubitativo -reconvino Lucien, vaciando el botellón en su copa-. Parece que se acabó.

Tiró la cuerda de la campanilla.

-Buen día, Lucien -de repente, Tarquin fue hacia la puerta-.

Quentin, ¿tú querías verme?

-No -dijo su hermano-. Sólo sería una pérdida de tiempo.

-¡Mi pobre hermano! -Tarquin sonrió y le palmeó el hombro. No desesperes por mí. No resultará tan malo como tú piensas.

-Ojalá pudiese creerlo.

Quentin se volvió y siguió a Tarquin, que salía de la biblioteca. La risa de Lucien resonaba en sus oídos con una vibración ingrata.

-¿El viernes pasado, dijo?

Joshua Bute se tironeó la oreja izquierda, mirando a su cliente con una benévola atención, que disimulaba sus astutos y certeros cálculos.

-El viernes o, tal vez, el sábado -respondió George Ridge, alzando su jarro de cerveza y llevándoselo a los labios para beber un sediento trago-. En la diligencia de Winchester.

-Una joven... ¿sin compañía? -Joshua tironeó con más fuerza de su oreja-. No puedo asegurar que la haya visto, patrón. Tenga en cuenta que la diligencia de York llega al mismo tiempo. En esos momentos, hay mucho jaleo por aquí.

George se apoyó pesadamente sobre el manchado mostrador de la taberna. Puso una guinea sobre la tapa y el oro relució entre sus dedos.

-Quizás esto le refresque la memoria.

Joshua contempló la moneda con aire pensativo.

-Bueno, ¿podría usted describirme de nuevo a esa joven?

-Pelirroja, con ojos verdes -repitió George, impaciente-. Su pelo la hace inconfundible. Es como un incendio en un bosque, una llamarada en torno de su rostro. Cutis pálido... muy pálido... Ojos de un intenso color verde... alta, para ser mujer.

-Ah -Joshua asintió Y siguió pensando-. Iré a preguntar en la cocina. Es probable que alguno de los mozos haya visto a una muchacha asi apeándose del carruaje.

Fue andando, con su habitual torpeza, hacia la cocina y George maldijo por lo bajo. En la *Rose and Crown,* en Winchester, no le habían brindado ayuda. No recordaban quién iba en la diligencia, ni el viernes ni el sábado. La fregona creía recordar a un muchacho que había viajado en la del viernes; había soltado la información tras un incentivo de varias monedas de seis peniques, y George no podía estar seguro de que el recuerdo fuese certero. De todos modos, no se podría describir a la voluptuosa Juliana como un muchacho.

Se aflojó el primer botón del chaleco y se abanicó la cara con la mano. Un moscardón zumbó sobre unos chorreantes Stilton que había sobre el mostrador. Su única compañía era un viejo que estaba en el rincón, junto a la chimenea, fumando una larga pipa de barro, escupiendo, cada tanto, en el serrín que había en el suelo y soplando la espuma que coronaba su jarra de cerveza.

Por la puerta abierta entraban los ruidos de la ciudad, y también sus olores. Si bien George no desconocía los de una granja, la rancia pestilencia de vísceras en descomposición y de excrementos bajo el sol de mediodía bastaba para cortarle el apetito. Una carreta pasaba traqueteando sobre sus ruedas de hierro, y un muchacho voceaba su mercadería, que llevaba en una carretilla. Una mujer gritaba. Se oyó el desagradable ruido de un golpe brutal sobre la carne blanda. Un perro lanzó un agudo ladrido. Un niño lloró.

George reprimió su impulso campesino de taparse los oídos. El ruido y el ajetreo lo ponían nervioso e irritable, aunque sabia que debería acostumbrarse si quería encontrar a juliana. Estaba seguro de que debía de estar en algún punto de la ciudad. Era el único lugar lógico donde podía estar. En el campo no tenía ningún sitio donde pudiera esconderse y en Winchester, o en cualquier otra de las ciudades pequeñas, seria descubierta. A esa altura, su historia estaría en boca de todos.

-Bueno, parece que estamos de suerte, señor.

Joshua, radiante, salió de la cocina.

-¿Y bien? -apremió George, sin poder contener la impaciencia en su voz ni en su semblante.

-Al parecer, uno de los muchachos vio a una persona joven muy similar a la que usted ha descrito.

Los ojos de Joshua estaban clavados en la guinea que aún descansaba sobre el mostrador. George la empujó hacia él y el posadero se la embolsó.

-Él no sabe con seguridad de qué carruaje se apeó ella, patrón, pero es posible que fuera la diligencia de Winchester. -¿Y adónde fue?

Joshua se tironeó de la oreja.

-Él no lo sabe con certeza, Su Honorabilidad. Ella desapareció del patio junto con las demás personas.

Punto muerto. ¿O no? En esa taberna penumbrosa, que olía a polvo y a cerrado, George frunció el entrecejo. Por lo menos, ahora sabía que ella estaba en Londres y que había llegado a Cheapside. Alguien la recordaría. Hasta donde él sabía, ella no tenía dinero. Por lo visto, no se había llevado nada de la casa... hecho que había desconcertado a los alguaciles y a los jueces. ¿Por qué una asesina no había coronado el crimen con robo? No tenía sentido.

-¿Qué ropa llevaba?

Los ojillos de Joshua agudizaron su mirada.

-No lo sé, patrón. El mozo no sabría decirlo. Era en las primeras horas de la mañana, Y no había mucha luz. Y, a esa hora del día, el patio es un loquero. Siempre lo es.

El ceño de George se profundizó.

-Tráigame una botella de borgoña -pidió, de pronto-. Y supongo que podría prepararme una costilla de cordero.

-Si patrón. Una buena costilla, unas patatas hervidas y una ensalada verde, si usted desea -Joshua se mostró radiante-. Además, hay un buen Stilton. -Dio una palmada al moscardón, aplastándolo con la mano- Iré a buscar el borgoña.

Salió, y George fue hasta la Puerta abierta. Era un día caluroso y sofocante; se enjuago la frente con un pañuelo. Tendría que hallar alojamiento y, después, una imprenta. Metió la mano en el bolsillo y sacó una hoja de papel. La desplegó y leyó el mensaje crispando la frente con aire crítico. Tendría que dar resultado. Haría imprimir unos veinte; después podría contratar a un par de pilluelos de la calle para que pegaran los carteles en toda la zona. Una recompensa de cinco guineas activaría la memoria de alguien.

-Aquí tiene, señor. Mi mejor borgoña -anunció Joshua. Sacó el corcho y sirvió dos vasos-. ¿No le molesta si bebo con usted, patrón? A su salud señor.

Alzo su vaso y bebió: todo marchaba de manera satisfactoria. Tenía una guinea más en su bolsillo, que había salido del de este caballero y tendría otra, por lo menos, salida de la bolsa de la señora Dennison cuando ella recibiese su mensaje. Más aun: lo más probable era que, por ese lado, llegaran dos guineas. Era casi seguro que ella tendría interés en saber de la existencia de este caballero y de la curiosidad que manifestaba con respecto a su última adquisición. Para no hablar del hecho de que la muchacha no había bajado de la diligencia de York, como ella afirmaba, sino de la de Winchester. Era muy curioso. Y podía llegar a ser muy lucrativo.

Joshua volvió a llenar los vasos y mostró a su cliente un rostro radiante.

7

-Juliana, ¿quieres venir a caminar con nosotras? -preguntó la señorita Deborah asomando su cabeza por la puerta de la habitación de aquélla-.Lucy y yo vamos a ir a la tienda de mercería. Necesito encontrar algo que haga juego con una cinta rosada. Ven.

-Creo que no se me permite salir de la casa dijo Juliana.

Era el mediodía siguiente a la noche de su presentación en la sala, y ella no se había movido de su alcoba desde que se había despedido del duque Redmayne. La casa había estado tan tranquila como de costumbre, durante la mañana, pero en la última hora había vuelto a la vida, y Juliana seguía en su habitación, esperando que algo sucediera.

-Oh, pero si es la propia señora Dennison quien me dijo que te propusiera -dijo Deborah, con sincera sorpresa-. Ha dicho que tomar aire te vendría bien.

-Entiendo -dijo Juliana, levantándose. Los acontecimientos daban un giro inesperado. Después del modo en que se había comportado la noche anterior, esperaba que la dejaran confinada-. Qué amable de su parte. En ese caso, iré contigo.

Deborah examinó, un poco de reojo, el vestido de Juliana: era, otra vez, el sencillo vestido de muselina, como el de las criadas.

-¿No sería preferible que te cambiaras?

Juliana se encogió de hombros.

-Eso sería un poco difícil, ya que no tengo más vestidos que este que llevo puesto y el que usé anoche.

Deborah no supo qué decir y, además, antes de que pudiese hacerlo, Bella apareció junto a ella, en la entrada.

-La señora me ha enviado con este vestido, señorita, para que usted pueda salir a caminar. ¡Mire qué bonito! -sostuvo en el aire un vestido de seda color bronce-. Y hay un chal de seda hindú que va con él.

-Oh, es encantador -Deborah tocó el vestido con dedos expertos-. Esta seda es la más fina, Juliana -exhalo un suspiro de envidia-. Su Gracia debe de haber gastado bastante en él. Claro que Bridgeworth es considerablemente generoso, pero tengo que recordárselo con frecuencia. Y es bastante embarazoso tener que hacerlo, ¿no te parece?

Miró a Juliana con expresión inquisitiva, y ésta se vio en figurillas para hallar una respuesta que no ofendiese a Deborah y, a la vez, fuese verdadera.

-Todavía no me he visto en esa situación -dijo, mientras tomaba el vestido de manos de Bella.

La seda parecía correr entre sus manos como el agua. Echó una mirada por la ventana abierta, por la que entraba el sol a raudales. ¿Cuánto hacia que no salía fuera? Muchos días. Estaba en Londres y no había visto de la ciudad más que el patio de Bell, en Cheapside, y la calle que corría bajo esa ventana. Y si era preciso que aceptara el vestido del duque para salir de su prisión, pues, lo haría.

-Ayúdame, Bella.

Deborah se encaramó en el extremo de la cama mientras Bella, ansiosa, ayudaba a Juliana a ponerse el viso y el miriñaque que había usado la noche anterior, y le pasaba el vestido de seda color bronce por la cabeza.

-¿Cómo quiere que le arregle el pelo, señorita?

-Hoy está más dócil -dijo juliana, sin poder disimular lo mucho que la habla animado la idea de salir al sol-. Si lo sujetas con hebillas, se mantendrá así.

Bella hizo lo que le indicaba, luego le acomodó el chal de delicada seda color crema sobre los hombros de juliana. Retrocedió para verla mejor y asintió, aprobadora. Juliana se contempló en el espejo. Ese color era un astuto complemento de su propio colorido. Volvió a ocurrírsele que alguien sabía exactamente qué le sentaba mejor. ¿Acaso sería el duque de Redmayne quien tomaba las decisiones en ese sentido? ¿O él proporcionaba el dinero y dejaba la elección en manos de la señora Dennison?

El pánico se agito en su vientre, viéndose arrasada por una sensación de impotencia. La trampa se cerraba cada día más. Cada día, disminuía su confianza en su propia posibilidad de decidir su destino. Cada día se resignaba un poco más.

Un petirrojo trinaba ante la ventana abierta, y la tibieza del sol en su nuca hizo retroceder esa negra oleada de pesimismo. Iba a salir a caminar en una bella mañana estival, y nada sería capaz de destruir el placer de ese momento.

-Ven, Deborah, salgamos.

Salió con paso vivaz, contenta de que nadie hubiese puesto objeciones a las cómodas zapatillas de cuero que aún llevaba.

Lucy estaba aguardándolas en el vestíbulo.

-Qué bonito vestido -dijo, con cierta envidia, cuando vio a Juliana, bajar saltando, entusiasta, la escalera-. Ese plisado en la parte atrás es el último grito de la moda.

-Sí, y mira cómo cae la cola -dijo Deborah-. Es muy elegante. Pediré a Minnie que me haga uno del mismo estilo con ese corte de tafetán moaré de color púrpura.

Juliana estaba demasiado impaciente por llegar a la puerta y no prestó oídos a esta conversación. El señor Garston le abrió la puerta y la saludó con una reverencia y una sonrisa indulgente.

-Que disfrute con su paseo, señorita,

-Oh, eso pienso hacer -repuso ella pasando junto a él y levantando su cara hacia el sol, cerrando los ojos con un suspiro de placer.

-Ah, señorita Juliana, qué oportuno encuentro.

Al oír ese suave acento del duque de Redmayne ella abrió de golpe s ojos: él estaba al pie de la escalinata de entrada, con una mano enguantada apoyada sobre la baranda de hierro forjado y un brillo curioso en los ojos.

-¿Oportuno para qué?

Juliana estaba convencida de que el placer de la mañana se disiparía, pero no fue así. Más bien al contrario, sintió bullir la excitación en la boca de su estómago; también sintió

que le ardía la cara y le cosquilleaban los labios, como anticipándose al contacto de la boca de él con la suya.

-Yo venía para llevarte a dar un paseo en coche -dijo él-. Y descubro que estás lista para mí.

-Se equivoca, señor. Estoy comprometida con estas damas.

Hizo un ademán indicando a Lucy y a Deborah, que hicieron una reverencia al duque aunque la propia Juliana hubiese omitido ese saludo.

-Ellas te excusarán dijo Tarquin.

-Sí, desde luego, Juliana -se apresuró a decir Deborah.

-Es que yo no tengo deseos de ser excusada.

-Os doy los buenos días, señoras. Que disfruten vuestro paseo.

-Tarquin saludó con un cabeceo a Deborah y a Lucy y se hizo a un lado para dejarlas pasar por la acera. Juliana hizo ademán de seguirlas pero él le apoyó una mano en el brazo-. Te gustará mucho más pasear en coche conmigo, Juliana.

A Juliana le ardió la piel donde él la había tocado, y el burbujeo de excitación se esparció por todo su cuerpo, como si tuviese champán en las venas. Levantó la vista hacia el hombre, expresando con sus ojos una perturbada agitación. Tarquin sonrió, y luego le rozó fugazmente los labios con los suyos.

-Es muy satisfactorio vestirte, *mignonne.* No muchas mujeres; podrían usar un color como éste sin parecer cetrinas y opacas.

-¿De modo que fue usted quien lo eligió?

-Por cierto que si. Me he divertido mucho diseñando tu guardarropa. Confío en que, cuando lo veas, des tu aprobación.

Juliana lanzó miradas alocadas a un lado y otro de la calle, como si esperase ver algún modo de escapar, algún caballero de brillante armadura que acudiese a su rescate, pero sólo se encontró con las miradas indiferentes de mozos de cuadra, carreteros, pescaderas ocupados en sus tareas.

-Ven, que mis caballos se están poniendo inquietos.

El duque metió la mano de juliana en su brazo y la condujo con firmeza al otro lado de la calle, donde aguardaba un ligero faetón abierto, tirado por un par de estupendos zainos. Un caballerizo se apeó de un salto del asiento del conductor y bajó el escalón para que ellos pudiesen subir.

Juliana titubeó. El duque en cambio, puso las manos en su cintura, la levantó en el aire y la metió en el vehículo.

-Esta mañana pareces muy somnolienta -comentó, subiendo con agilidad tras ella-. ¿Es que has dormido mal? -Se sentó y tomó las riendas-. Grimes, tú puedes volver a la calle de Albemarle.

El mozo saludó tocándose el sombrero y se marchó a paso vivo por la calle, en dirección al Strand.

-Bueno, ¿adónde te gustaría ir? -preguntó el duque en tono afable-. ¿Te interesa, particularmente, algún sitio? ¿Westminster, tal vez? ¿El Parlamento? ¿Hyde Park? ¿Los leones del Exchange?

Juliana guardó un enfurruñado silencio, pero luego desechó esa actitud. Persistir en ella habría sido como escupir al cielo.

-Todos esos sitios - dijo, enseguida.

Tarquin asintió.

-Sus deseos son órdenes para mí, señora.

Juliana le lanzó una aguda mirada de reojo.

-No creí que fuese usted un mentiroso, milord duque.

Él se limitó a sonreír.

-Primero, iremos a dar una vuelta por Covent Garden. Estoy seguro de que será de tu interés.

Juliana comprendió a qué se refería apenas giraron en la esquina de la calle Russell y, por fin, ella pudo ver lo que quedaba fuera de la vista desde su ventana. El peristilo de la

Piazza bullía de hombres y mujeres de todas las clases y oficios. Había petimetres que holgazaneaban llevando del brazo pintarrajeadas prostitutas; mujeres ataviadas con elegancia, acompañadas por sus lacayos, que desfilaban sobre el empedrado, invitando a sus potenciales clientes de Manera tan obvia como sus hermanas menos afortunadas, que se reclinaban contra el marco de su puerta, en cubículos de madera y cafeterías, llamando con gestos de sus dedos sucios, alzando sus harapientas enaguas para exhibir una rodilla o un muslo regordete. Muchachos arrastrando carretillas y jornaleros cargando cestos con panes y pasteles sobre la cabeza se abrían paso entre los vendedores que voceaban sus mercancías.

Juliana contemplaba con fascinado disgusto, los impresos exhibidos en un quiosco en la esquina de la calle Russell. El duque siguió su mirada y observó, como al pasar:

-La obscenidad se vende bien en el Garden. Obscenidad y carne –agrego- . Ambas cosas suelen ir juntas -hizo un gesto con su fusta-. Las casas de baños que hay más allá son un negocio floreciente, que comercia con vapor y sudor... y carne, desde luego.

Juliana no sabía qué decir. Siguió paseando su mirada alrededor, fascinada y repugnada al mismo tiempo por la escena.

-Las jóvenes de la casa Dennison no frecuentan la Piazza. Es más probable que las veas en la Corte que aquí -continuó diciendo el duque.

Juliana contempló a una pareja que estaba junto a la pared de uno de los baños. Y, de pronto, con las mejillas intensamente encendidas, apartó la mirada.

-Así es: la intimidad no es una comodidad muy valorada por aquí -comentó su acompañante-. Podrías ver lo mismo en el parque St. James, al oscurecer.. bajo cada uno de los arbustos, en cada árbol.

Juliana recordó la advertencia de Emma con respecto a yacer bajo los arbustos en el parque St. James. Se le erizó la piel. Tuvo ganas de pedirle que la sacara de allí, pero supo que él tenía una razón para haberla llevado y no quiso darle la satisfacción de que presenciara su consternación.

Doblaron hacia Long Acre y, a medida que se aproximaban a St. Martin-in-the Fields, el duque hizo aminorar la marcha de los caballos. Un grupo de chiquillos harapientos estaba congregado alrededor de la escalinata de la iglesia. Tres mujeres mayores caminaban entre ellos examinándolos; prestaban especial atención a las niñas pequeñas. A algunas, las descartaban con un gesto; a otras, les hacían señales de ponerse de pie, aparte.

-¿Qué están haciendo? -preguntó Juliana, sin poder contenerse.

-A los niños se los alquila... a algunos de ellos, se los vende -le explicó su compañero, afectando despreocupación-. Las alcahuetas están eligiendo a aquellos que, según creen, satisfarán determinadas fantasías de sus clientes.

Juliana apretó con fuerza las manos en su regazo y dirigió la vista al frente.

-Si los alquilan, obtendrán una comida decente y ganarán unos pocos chelines -siguió diciendo el duque, en el mismo tono-. Claro que, la mayor parte de sus ganancias, irán a manos de quien los haya alquilado, en primer lugar.

-Qué interesante, milord duque -logró decir juliana pues, al fin, había comprendido el motivo de esta pequeña gira por las zonas más infames de Londres.

A menos que mucho se equivocara, el duque de Redmayne quería demostrarle cómo era la vida para los que carecian de protección.

Tarquin hizo girar el faetón hacia el Strand. Siguió informando detenidamente mientras guiaba los caballos a través del parque St. James y a lo largo de Piccadilly; pronto Juliana se dejó seducir por otras imágenes de Londres: los lujosos escaparates de las tiendas, los coches, los jinetes, las sillas de paseo. Se veían damas llevando en brazos a perros pequeños, paseando por la ancha calle, saludando a sus conocidos con breves chillidos de deleite e intercambiando cortesías y besos. Eran seguidas por lacayos de pelucas empolvadas, enfundados en complicadas libreas y también, en casi todos los casos, por pequeños pajes, también ataviados con libreas, y que eran los encargados de llevar cajas y paquetes.

Juliana empezó a aflojarse. Las calles, en esta zona de Londres, estaban más limpias, los desagües no eran tan pestilentes, los edificios eran altos y elegantes, los cristales de las ventanas brillaban al sol, los llamadores de bronce resplandecían, los peldaños eran blancos y

de nítidos bordes. Ése era el Londres que ella había imaginado desde su protegido hogar de Hampshire. Impresionante, rico, lleno de personas elegantes.

El duque detuvo el coche ante una mansión cuyo frente era doble, y daba a la calle Albemarle. La puerta principal se abrió de inmediato y bajó corriendo los escalones el mismo mozo que él había enviado de regreso en Covent Garden. El duque se apeó y ofreció su mano a Juliana.

-Sin duda, querrás algún refrigerio -dijo, en tono agradable.

Juliana permaneció donde estaba.

-¿Qué sitio es éste? -preguntó.

-Mi casa. Dame el placer de apearte.

El tono agradable estaba mezclado con un toque de dureza que Juliana ya había detectado antes. Juliana miró calle arriba, luego al mozo, que dirigía la vista adelante, impasible. ¿Qué alternativa le quedaba?

Dio la mano al duque y bajó del carruaje.

-Buena chica -dijo él, aprobando con una sonrisa que le provocó a ella deseos de darle un puntapié.

Pero no lo hizo, y se conformó con sacar su mano de la de él y apresurarse a subir los peldaños de la puerta principal, dejando que él la siguiera.

Un lacayo le hizo una reverencia cuando ella pasó junto a él para entrar en el vestíbulo con suelo de mármol. Por un momento, mientras miraba a su alrededor, Juliana olvidó su enfado y sus recelos, contemplando las delicadas molduras de yeso del alto cielo raso, las imponentes arañas de luces, los muebles dorados, la graciosa curva de la escalinata en forma de herradura. Forsett Towers, el lugar donde ella había crecido, era la sólida residencia de un caballero, pero esta casa pertenecía a una clase por completo diferente.

-Lleve refrescos a la sala de desayuno -ordenó el duque por encima del hombro, deslizando un brazo alrededor de la cintura de juliana y conduciéndola hacia la escalera-. Té, limonada, pasteles para la dama. Jerez para mí.

-Me imagino que sus criados estarán acostumbrados a que usted reciba a damas solas -dijo juliana en tono helado, mientras él la llevaba a la planta alta a tal velocidad que sus pies apenas rozaban el suelo.

-No tengo idea si lo están o no -respondió el duque-. Yo les pago para que obedezcan mis órdenes; eso es todo lo que me importa -abrió una puerta que daba a una pequeña sala, soleada y alegre, con sus paredes revestidas de papel de seda amarillo y una alfombra Aubusson-. Tengo pensado que ésta sea tu sala particular. ¿Crees que te agradará eso?

Con su mano apoyada en la parte baja de la espalda de la muchacha, él la empujó hacia el interior, mientras ella se preguntaba si habría oído bien.

-Es agradable y tranquila; da al jardín del fondo -prosiguió él, haciendo un gesto hacia la ventana-. Si quisieras cambiar la decoración, desde luego, puedes hacer lo que gustes.

Juliana se dijo que estaría soñando... una fantasmal, una retorcida pesadilla que desaparecería en un instante, como un rompecabezas desarmado. Sin embargo, él giró hacia ella, sonriente, la tomó de las manos y la atrajo hacia él. La mirada de ella se clavó en su boca, fina y de bellos contornos. En sus hundidos ojos grises distinguió humor, comprensión y algo más: una chispa de deseo que encendió otra vez su sangre. Y entonces, ella se sumió en la calidez y la fragancia de su piel, y su boca se apoderó de la de ella sin vacilaciones, con actitud afirmativa. Y ella le respondió del mismo modo, sin voluntad consciente, sin pensar. Con la boca de él aún en la suya, él recorrió con un dedo la protuberancia de sus pechos sobre el escote. Ella gimió entre los labios de él y, cuando su dedo se introdujo en el profundo hueco entre sus pechos, se le contrajo violentamente el estómago, provocándole un deseo salvaje al que no acertaba a nombrar. Se apretó contra él, sintiendo que la atravesaba una primitiva corriente de triunfo al sentir su erección empujando en su vientre.

Un llamado en la puerta quebró ese círculo encantado, y Juliana se apartó de un salto, lanzando un breve grito de alarma. Se volvió, ruborizado, cubriéndose con la mano los labios que cosquilleaban, mientras un criado colocaba una bandeja sobre el aparador y preguntaba al duque si necesitaba algo más. Tarquin respondió con tanta frialdad como si nada insólito

hubiese ocurrido hacía escasos minutos. Juliana, que conservaba el vívido recuerdo de su erección, no entendía cómo hacía para parecer tan compuesto. Y si bien ella no tenía grandes conocimientos acerca de la anatomía masculina, esa manifestación no podía ser ignorada sin conmoción alguna.

La mano de él le tocó el hombro y ella se sobresaltó. Giró en redondo y vio que en la habitación ya no había nadie más. Tarquin se echó a reír al ver su expresión asustada.

-*Mignonne,* eres deliciosa -le acarició la boca con un dedo-. Estoy seguro de que vamos a disfrutar.

-¡No!- exclamó ella, recuperando la voz, al fin-. No. No quiero que me hagas esto.

Se apartó de él en el preciso momento en que la puerta se abría sin previo aviso.

-El criado me dijo que estarías aquí, Tarquin, y yo quería... Oh, les pido perdón -Quentin dirigió hacia juliana una mirada que la abarcaba y la evaluaba de una sola vez-. No sabía que estabas acompañado -dijo, sin vacilar-. Catlett debería habérmelo dicho.

-Permíteme presentarte a la señorita Juliana Beresford, como ella prefiere ser conocida. -Tarquin la tomó de la mano y la hizo adelantarse-. Juliana, éste es mi medio hermano, lord Quentin Courtney. Estoy seguro de que se llevarán muy bien.

Como juliana estaba demasiado avergonzada, durante un momento sólo pudo clavar la vista en el recién llegado. Entonces, notó que él estaba dedicándole una inclinación de cabeza y se apresuró a devolver el saludo.

-Le doy los buenos días, milord.

Quentin la observó con aire grave, y ella sintió que su sonrojo aumentaba. Se preguntó si sus labios exhibirían la marca del beso del duque y si este hombre podría detectar algo en ella, algo que traicionara la desvergonzada excitación que aún palpitaba en su vientre. ¿Existiría un aura? ¿Un olor, quizá? Sin poder soportar más tiempo su mirada, se volvió.

-Tarquin, ¿te parece correcto traer aquí a la pobre muchacha, sin acompañante? -la voz de Quentin sonó dura y cargada de reproche-. Si ella ha sido vista en la calle, su reputación quedará comprometida.

En la mente confusa de juliana brotó una chispa de esperanza. Tal vez, había hallado un protector en este mundo enloquecido.

-Milord, Su Gracia no considera que yo tenga una reputación que pueda resultar comprometida -dijo, en voz baja y quejumbroso. Se dio vuelta con lentitud y alzó la vista hacia el hombre vestido de colores oscuros, notando la gran semejanza física entre los dos hermanos-. ¿Es usted acaso un prelado? -preguntó, deduciéndolo de su chaqueta oscura, de discreto corte y de su sencillo alzacuello almidonado.

-Si, hija -Quentin avanzó hacia ella pero, de pronto, ella se arrojó al suelo, a sus pies, aferrándose a sus rodillas y sollozando.

-Oh, señor, sálveme. Por favor, se lo suplico, no deje que el duque logre concretar conmigo sus perversas intenciones.

Sin hacer caso del extraño sonido estrangulado que brotó de la garganta del duque, estalló en sollozos lastimeros.

-Oh, calma hija. Calma. Por favor, no te pongas así -Quentin se inclinó para levantarla-. ¡Tarquin, esto tiene que parar! No permitiré que des un paso más -acarició la cabeza abatida de juliana y le dio su pañuelo de mano-. Sécate los ojos, querida mía. No tienes nada que temer en esta casa.

Juliana tomó el pañuelo, farfullando algo, y hundió su cara en los almidonados pliegues, sintiendo todos sus músculos tensos ante la expectativa de ver cómo reaccionaría el duque.

-Tarquin -dijo Quentin-. Debes dejar que se marche.

-Desde luego.

Al oírlo, juliana levantó abruptamente su cabeza, pero se arrepintió de inmediato cuando el duque la tomó por el mentón y le hizo volver su cara hacia él.

-Ha sido una gran actuación, *mignonne,* te felicito. Y con lágrimas de verdad -esparció el rastro de una lágrima con un pulgar por la mejilla de ella-. No muchas, pero ha sido una demostración digna.

-¡Oh, eres odioso! -susurró ella, librando su cabeza-. Deja que me marche.

-Claro que sí -él fue hasta la puerta y la abrió-. Eres libre de ir a donde te plazca menos... a la calle Russell, por supuesto. La señora Dennison ya no tiene motivos suficientes para darte su hospitalidad.

Juliana se quedó mirándolo, sin comprender. ¿Realmente, él pensaba permitirle que saliera de su casa, después de todo lo que había dicho?

-Puedes quedarte, con la ropa que llevas, puesto que las que traías a tu llegada parecen haberse perdido -prosiguió él con una afable sonrisa que no revelaba, ni por asomo, su incertidumbre interna.

¿Descubriría ella su disparo a ciegas? ¿O acaso él la había juzgado correctamente como impulsiva pero nada irracional? Empecinada, desafiante, pero lúcida e inteligente.

Juliana miró su vestido de seda color bronce, el fleco de su chal de seda. ¿Adónde podría ir con semejante atuendo? Así vestida, no podría presentarse como criada.

-Perdóname -dijo él con gentileza-, pero estoy cansándome de mantener la puerta abierta para ti.

Juliana pasó junto a él apartando la falda. Bajó la escalera. El lacayo le abrió la puerta y ella salió a la calle.

En la sala de desayunar Quentin se volvió hacia su medio hermano con sus ojos echando relámpagos de enfado, como rara vez sucedía.

-¿Cómo te atreves a tratarla así?

-Ella es libre. No puedo retenerla contra su voluntad. ¿Quieres beber un jerez?

-No -respondió Quentin, cortante-. ¿Qué hará ella, ahora?

-En realidad, no lo sé -Tarquin se sirvió un jerez-. Supongo que tendría un plan cuando llegó a la ciudad. Y que ahora lo pondrá en marcha.

Inquieto, Quentin fue hasta la ventana, pero como ésta daba hacia el fondo de la casa, no pudo ver nada de lo que sucedía en la calle.

-Iré en su busca -dijo-. Le ofreceré dinero, al menos. Es demasiado joven para estar sola en la ciudad.

-Yo pienso exactamente lo mismo, querido muchacho bebió un sorbo de jerez y miró a su hermano por debajo de sus entornados-. Demasiado joven... y demasiado inocente.

-Por Dios, Tarquin, eres un frío canalla- dijo Quentin, como si no hubiese pasado tres años en un seminario-. Si tú no haces nada por ella, yo lo haré.

Fue hacia la puerta en el preciso instante en que se abría de nuevo: ahí estaba Juliana. Su mirada fue hacia Tarquin.

-¿Dónde iré? -preguntó-. ¿Qué voy a hacer? -Adonde quieras; eres dueña de hacer lo que quieras -respondió él, aunque su voz había perdido su dureza.

-Tú sabes lo que me espera. Por eso me has mostrado todas esas cosas esta mañana, ¿no es así?

Su rostro estaba más pálido que nunca, lo que hacía que las pecas se destacaran en el puente de la nariz. Sus ojos ardían como un fuego verde.

-Mi querida muchacha, no tienes por qué preocuparse. Yo te daré algo de dinero y podrás volver a tu casa con tu familia -dijo Quentin, rebuscando en sus bolsillos.

Juliana negó con la cabeza.

-Gracias, milord. Es usted muy bondadoso, pero no tengo casa, como muy bien sabe el duque. También sabe que no tengo otra alternativa más que acceder a lo que él exige.

8

-La señora Dennison solicita a Su Gracia que le haga el honor de aguardarla -el señor Garston, después de una profunda reverencia, comunicó el mensaje al tiempo que el duque de Redmayne guiaba a Juliana hacia el vestíbulo de la casa de la calle Russell, media hora después-. Si pudiera usted disponer de tiempo, Su Gracia.

-Por cierto que sí -dijo Tarquin-. De cualquier modo, yo quería hablar con ella -se volvió hacia juliana-. Quédate adentro. Te llamarán muy pronto.

Subió la escalera sin echar ni una mirada atrás.

-Daría la impresión de que Su Gracia ha llegado a algún arreglo -comentó el señor Garston, con benévola sonrisa-. Muchacha afortunada. Su Gracia es un caballero recto y digno. Él cuidará de usted -.le pellizcó la mejilla-. Qué cara tan larga, señorita. No hay motivos para ello. Las otras muchachas se pondrán verdes de envidia, recuerde lo que le digo.

-Por mí se pueden quedar con mi lugar- dijo Juliana, desganada.

Inquieta, se volvió hacia la puerta principal, todavía abierta tras ella. -Vamos, vamos, señorita. Ya ha oído lo que dijo Su Gracia -el señor Garston desplazó su considerable humanidad con asombrosa rapidez para cerrar la puerta-. Debe usted quedarse dentro hasta que él la mande llamar.

Como una esclava obedeciendo a su amo, pensó Juliana, todavía estupefacta por la enormidad de lo que había aceptado hacer. Oyó la voz de Emma en la sala, luego una risilla y, a continuación, un coro de voces risueñas.

Daban la impresión de tener el corazón ligero. ¿Cómo era posible que aceptaran, tan alegremente, esta servidumbre degradante? Tal vez pudieran darle una valiosa lección de resignación. Juliana entró en la sala.

-Oh, Juliana, ven, siéntate -la saludo con calidez y entusiasmo, un trío de mujeres sentadas, con las cabezas juntas, en el sofá, hojeando una revista de modas-. Has estado paseando con el duque. ¿Ha formalizado ya su oferta?

-¿Qué es eso de... formalizar?

Juliana se sentó sobre el brazo de un sillón.

-Tiene que llegar a un acuerdo con los Dennison. Ellos redactan los contratos cuando alguien quiere a alguna de nosotras en forma exclusiva

-explicó Rosamund-. ¿Te quedarás aquí o el duque instalará una casa para ti? Creo que a mí no me gustaría eso: me sentiría muy solitaria.

Su bonito rostro regordete se iluminó de contento, al tiempo que ella oprimía el brazo de Emma, que estaba a su lado.

-Me casaré con el primo del duque, el vizconde de Edgecombe -dijo Juliana, sin inflexiones.

No se atrevió a contarles la otra mitad del acuerdo.

-¡Casamiento! -exclamó Emma-. Oh, mi querida Juliana. Eso es maravilloso para ti. Así resuelves toda tu vida.

-Sí, siempre que no sea una boda de Fleet -dijo Lilly, algo misteriosa-. ¿Recuerdan a Molly Petrie? Abandonó la casa de Mother Needham para casarse con lord Liverton, pero él la llevó a una "tienda' de bodas. Y cuando se hartó de ella, la echó con la ropa que llevaba y nada más. Y ella terminó durmiendo bajo los bancos de Covent Garden y aceptando a cualquiera que le diese un penique para ginebra.

-¿Qué es una boda de Fleet? -preguntó Juliana cuando, al fin, la curiosidad se abrió paso en medio de su estupefacción.

-Es cuando emplean a un predicador sin sotana para que ejecute la ceremonia. Hay tiendas matrimoniales por todo el Fleet -informó Lilly-. Y, aunque no sea un verdadero matrimonio, a veces la muchacha no lo sabe... como la pobre Molly.

-¡Eso es espantoso! -exclamó Juliana-. Malvado. Es una maldad engañar así a una mujer.

Emma se encogió de hombros.

-Desde luego, pero a los hombres no les importa. Ellos hacen lo que se les antoja. Y ninguna de nosotras puede hacer nada para impedirlo.

La frente de juliana se crispó en un ceño feroz y sus rectas cejas casi se unieron.

-Si vosotras os unierais y rechazarais ese maltrato, ellos tendrían que cambiar su comportamiento.

Lilly se echó a reír con indulgencia.

-Mi querida Juliana, no seas ingenua. Por cada una de nosotras que se negara a darles lo que desean, habría media docena ansiosas por ocupar esos lugares.

-Tratar mal a una ramera no es un crimen -señaló Rosamund-. Lo que quiero decir es que no puedes acudir a un juez y presentar una acusación o algo así.

-No, los jueces están muy atareados persiguiéndonos -declaró Emma, disgustada-. Si no estás en una casa respetable, te resulta muy difícil ganarte la vida. Las otras son registradas constantemente y las chicas terminan viajando en carro a Bridewell.

Ya fuera hombres o mujeres, trasladados en la parte trasera de un carro por las calles de Winchester, detenidos por vagancia o conducta desordenada, era algo bastante común de ver, pero Juliana nunca había imaginado vivir en un mundo en el que un castigo así fuera aceptado como un accidente de trabajo.

-Yo sigo pensando que si todos protestaran algo cambiaría.

-Tú hablas así porque eres nueva en este oficio, Juliana- dijo Lilly-. Espera seis meses y verás en qué queda tu valentía.

-Si ella termina casada, como es debido, con un vizconde, no tendrá necesidad de acostumbrarse -señaló Rosamund-. ¿Y por que el duque te pide para su primo? Es extraño.

-A ti te convendría descubrir si ese primo suyo quiere algo especial -dijo Emma-. Hay ocasiones en que nos buscan porque las mujeres respetables se niegan a hacer lo que ellos quieren. Es posible que quiera algo malo... que quiera hacerte daño**.** Es preferible que sepas bien en qué te metes.

Juliana no podía contar que estaban chantajeándola, y que se vería obligada a dar al primo del duque cualquier cosa que éste quisiera.

No podía decirles que todas sus valientes protestas con respecto a resistir y provocar un cambio en sus condiciones de servicio no eran más que una pose. Estaba tan atrapada como cualquiera de ellas; no tenía más posibilidad de modificar su destino, a esta altura, que una mariposa clavada a un tablero.

-Su Gracia manda que se reúna con él y con la señora Dennison en el salón pequeño, señorita Juliana -dijo el señor Garston desde la entrada.

"Manda, no pide." Juliana se levantó: no tenía más remedio que obedecer el mandato de Su Gracia.

Una vez ante la puerta del salón pequeño, titubeó. Debería llamar. Pero, al fin, haciendo un gesto de desafío con el mentón, Juliana decidió realizar un pequeño acto de rebeldía. Abrió la puerta y entró en la habitación.

-Ah, Juliana, estás ahí -dijo Elizabeth, sobresaltada.

-Supongo que no será una sorpresa, señora. Tengo entendido que usted había pedido verme.

Los labios de Tarquín temblaron: al parecer, la señorita Juliana había recuperado su temple. Se puso de pie y se acercó a ella.

-Ven a sentarte, *mignonne*.

Le tomó la mano, la rozó con sus labios y luego, en actitud deliberada, la besó suavemente en la boca.

Daba la impresión de ser un saludo casual, pero Juliana lo interpretó correctamente: era una afirmación pública de posesión. Un escalofrío le bajó por la espalda; apartó la vista.

-Mi querida, alguien ha estado preguntando por usted en la Bell -dijo la señora Dennison-. ¿Sabe usted quién podría ser?

Juliana sintió que se le congelaba la sangre: habían seguido su rastro hasta Londres. Negó con la cabeza.

-Este caballero está convencido de que has llegado con el coche de Winchester, no el de York -dijo el duque con gentileza-. Te ha descrito con bastante precisión, aunque es posible que tengas alguna gemela por ahí.

-No juegue conmigo, milord duque -dijo Juliana, vehemente. -No tengo intenciones de negar que he llegado en la diligencia de Winchester. A esta altura, ¿qué sentido tendría que lo hiciera?

-Ninguno -concedió él, sentándose frente a ella-. Bueno, ¿quién podría estar buscándote, además de los alguaciles?

-Podría tratarse de mi tutor, sir Brian Forsett.

-Tengo entendido que se trataba de un hombre joven -apuntó Elizabeth-. Un tanto corpulento y un poco... bueno, un poco rústico, según el señor Bute.

-George -concluyó juliana, sin rodeos-. ¿Por qué habría de tomarse la molestia de buscarme? Yo habría pensado que él querría librarse de mí. Y todos los demás -añadió, casi por lo bajo.

La mirada de Tarquin, posada sobre el rostro de ella, se agudizó. Percibió el paso fugaz del dolor por los ojos de ella, el tenue temblor de la boca llena. Se quedó estupefacto al percibir su deseo de tomarla en sus brazos y consolarla.

Sólo había existido una mujer que le había provocado un impulso así: Pamela Cartwright. Qué halagado se había sentido cuando la bella Pamela lo había elegido, joven ingenuo, e ignorado a los sofisticados hombres de la ciudad, los ricos y disipados, los políticos poderosos, que se postraban a sus pies. Y cuánto tiempo había tardado hasta caer en la cuenta de que a ella sólo le interesaba su fortuna. Que él había comprado cada beso, cada caricia, y se había convencido de que, a cambio, ella le había dado amor. Le había confiado sus sentimientos más íntimos había desnudado su alma ante ella, y ella había pisoteado su pasión juvenil, su sensibilidad naciente.

Pero eso había quedado en el pasado, y él ya no era aquel joven tonto e idealista.

-Vamos -dijo con vivacidad-. No imaginarás que puedes desaparecer de la faz de la tierra sin que alguien de tu familia te busque.

-No veo por qué no -replicó Juliana-. Mi tutor y su esposa estaban encantados de poder deshacerse de mí. Ellos no tendrían ninguna urgencia por encontrarme, sobre todo teniendo en cuenta que soy una supuesta asesina. Lo más probable es que me deshereden.

Su tono era flemático, pero Tarquin vio que el dolor aún relampagueaba en sus ojos, que le provocaba, todavía, un leve temblor en los labios, y le permitió atisbar la imagen de la joven solitaria y carente de amor que ella había sido.

-Y este George -preguntó Elizabeth, haciendo volver, bruscamente, al duque al tema central-, ¿es miembro de su familia?

-El hijo de mi esposo -respondió Juliana-. Supongo que ahora, como John está muerto, será sir George. Es probable que esté buscándome para poder anular los acuerdos matrimoniales. Él estaba furioso por las condiciones de mi usufructo.

-Ahhh -exclamó Tarquin-. Dinero: ése era el poderoso motivo. En tu opinión, ¿es bastante inteligente él?

-Denso como un ladrillo -respondió Juliana-. Pero es terco como *un terrier* cuando se le mete una idea en la cabeza. No cederá.

-Bueno, yo diría que podemos hacer que pierda el rastro -afirmó el duque-. Como esposa del vizconde Edgecombe, estarás fuera del alcance de un rústico campesino.

-Pero no del duque de Redmayne -disparó ella.

Tarquin la miró con hosquedad, en silencio, durante unos instantes, mientras ella le devolvía la mirada resistiendo, sin bajar la vista. Luego, él se volvió hacia Elizabeth.

-Señora, si manda usted a llamar al señor Copplethwaite, podremos completar las formalidades. Cuanto antes quede establecida Juliana, tanto más segura estará.

-Establecida, ¿en calidad de qué, si se me permite preguntarlo -dijo Juliana, irritada al notar que le temblaba un poco la voz-. ¿ Acaso me casará un predicador sin sotana en una tienda matrimonial?

-¿Quién pudo haberte metido en la cabeza algo tan absurdo e insultante?- quiso saber Tarquin, sorprendido.

-Que criatura ingrata es- comentó Elizabeth, echando a Juliana una mirada de reproche-. Mostrarse tan desagradecida ante una oportunidad como ésta.

-¡Oh, resérvese sus piadosas hipocresías, señora! –exclamo Juliana, levantándose de un salto-. Estoy siendo forzada a entregar a la prostitución, así que, por favor, llamemos a las cosas por su nombre.

Giró sobre sus talones y fue a grandes pasos hacia la puerta. Por desgracia, el efecto dramático de su salida se vio empacado por su falda que quedó atrapada en la puerta cuando ella la cerró de un golpe al salir, accidente que la obligó a abrir otra vez para soltarla.

El duque de Redmayne tomó un pellizco de rapé.

-Preveo unos meses un tanto turbulentos -comentó él-. Sí embargo, espero que al menos me resulten interesantes -se puso pie-. Regresaré esta noche. No quiero que hoy Juliana esté en compañía de las otras muchachas. Creo que ella ha estado escuchando demasiados cuentos y habladurías. Es preferible que permanezca en su habitación el resto del día. Yo quiero hallarla sola cuando venga.

-¿Y el abogado, sir?

Elizabeth lo acompañó hasta la puerta.

-Dígale a Copplethwaite que vaya a verme a la calle Albemarle en cuanto haya sido redactado el contrato a su satisfacción -dijo él-. En ese momento, yo obtendré una licencia especial. El matrimonio deberá llevarse a cabo sin demora... Ah, y tranquilice a la chica con respecto al matrimonio, por favor. No quiero que crea que pretendo engañarla.

-No entiendo de dónde puede haber sacado semejante idea -dijo Elizabeth, al tiempo que hacía una reverencia ante la puerta.

-Tampoco yo -respondió él con sequedad-. Buen día, señora.

Se inclinó a modo de saludo y bajó la escalera rápidamente, mientras Elizabeth se quedaba arriba mirándolo, entre pensativa y enfadada, para luego darse vuelta y subir a la habitación de juliana.

Ella se había quitado el miriñaque y estaba forcejeando con los cordones del corsé cuando la señora Dennison entró.

-Debería haber llamado a Bella para que la ayudase -dijo Elizabeth.

-Yo estoy habituada a cuidar de mí misma -respondió Juliana girando, impaciente, mientras tironeaba de un nudo rebelde. Al fin, cedió y, exhalando un suspiro de alivio, se arrancó la prenda y la tiró sobre la cama-. ¿Quería usted hablar conmigo, señora?

-Su Gracia manda que no salga de su habitación -dijo Elizabeth. Juliana se sentó sobre la cama en enagua y camisa.

-¿Por qué?

-Porque Su Gracia quedó muy preocupado al saber que usted habla oído ese rumor sobre las tiendas matrimoniales -dijo la señora Dennison-. Él preferiría que no tuviera que volver a oír esas sandeces.

-Aha- Juliana arqueó una ceja-. De modo que son sandeces, ¿no es así, señora? ¿Ellas estaban inventándolo?

-No -respondió Elizabeth-. Es cierto que sucede, pero las muchachas que convienen un contrato en esta casa no corren el riesgo de sufrir semejante engaño. Y Su Gracia, el duque de Redmayne, es hombre de honor.

-¡Bah! -exclamó juliana, disgustada-. Lo que él me ha propuesto no es nada honorable, señora.

-Oh, muchacha, me doy por vencida con usted -exclamó Elizabeth, alzando las manos-. Ya no discutiré más. ¿Me da su palabra de que permanecerá en esta habitación hasta que Su Gracia regrese? ¿O debo recurrir a la llave?

-No saldré -dijo juliana, dejándose caer sobre la cama y cerrando los ojos-. Me da exactamente igual si cierra usted con llave o no. En cualquier caso, sigo siendo una prisionera.

Elizabeth lanzó un resoplido y salió, cerrando la puerta con cierta violencia.

Así, echada en la cama, juliana evocó la imagen del duque de Redmayne. Él era un hombre poderoso y sin duda estaba acostumbrado a hacer su voluntad en todo. Y, desde el principio, había dejado en claro que en esta cuestión estaba dispuesto a salirse con la suya.

Ella se preguntó cómo habría reaccionado si él hubiera hecho su propuesta de otra manera. Si él hubiera preguntado si ella estaba de acuerdo en lugar de amenazaría con un chantaje desde el principio.

Si se lo hubiesen presentado en forma diferente, ella lo habría encontrado tentador, incluso. Si le hubiesen sugerido que sería una sociedad que beneficiaría a ambos, ella lo habría visto con buenos ojos. No habría resultado un destino peor que compartir cada noche la cama de John Ridge y dar a luz a sus hijos...

En forma inconsciente, se llevó las manos al cuerpo, que se destacaba bajo la fina camisa. Otra vez, la recorría aquella extraña efervescencia, esa jubilosa, exultante sensación de expectativa. El duque de Redmayne era un tirano arrogante pero, cuando la tocaba, su cuerpo emprendía un fantástico vuelo de fantasía sobre el cual su mente no tenía el menor control. Si ella se decidía, podría disfrutarlo. Pero no era preciso que él se enterase de ello.

Una lenta sonrisa curvó su boca.

Después de la solitaria cena de Juliana, entró Bella con su habitual expresión radiante en su cara redonda.

-La señora le envía una bonita *robe de chambre,* señorita- desplegó la delicada batista blanca con encaje de la bata-. ¿Quiere ponérsela?

Juliana tomó la prenda. Era como una exquisita espuma de encajes y volantes, bordada con diminutas margaritas de color crema. ¿Otra inspiración del duque?

-Es para cuando la visite el duque -dijo Bella, confirmando su tácita deducción-. Yo debo ayudarla a prepararse para él.

-¿Ahora?

En contra de lo que había resuelto antes, la sangre de Juliana empezó a acelerarse y su corazón a martillear en su pecho. Era demasiado pronto, ella no estaba preparada.

-Su Gracia estará aquí después del té- dijo Bella-. La señora ha dicho que yo debía enseñarle a usted cómo perfumarse y qué colaciones agradan a los caballeros -apoyó una pequeña redoma sobre el tocador-. Sólo damos unos toques detrás de las orejas, en el hueco de las rodillas y entre los pechos. A algunos caballeros les agrada en otros sitios, además, pero yo diría que Su Gracia le informará qué es lo que él prefiere. Los hombres suelen hacerlo -la muchacha sonrió e hizo un gesto alentador-. La señorita Rosamund tuvo una vez a uno que le gustaba que se perfumara los dedos de los pies. Le gustaba chuparlos -Bella lanzó una risilla-. Ella cuenta que sentía terribles cosquillas, pero no podía reírse porque corría el riesgo de ofenderlo.

Con movimientos precisos, Bella empezó a quitar la camisa y la enagua a Juliana. Por el momento, ésta permanecía muda, absorbiendo la información que transmitía el parloteo de la doncella. Ella había oído conversaciones similares, que se referían al adorno de un cerdo que se remataría en una feria veraniega.

-Estoy pensando si le pondré un poco de rouge en los pezones -consideró Bella-. No sé si a Su Gracia le agradará. A muchos les encanta -echó agua caliente en una palangana y sumergió en ella una esponja-. La lavaré un poco, la refrescaré. La señora Dennison es muy escrupulosa con la limpieza en esta casa. Aquí no tenemos necesidad de tratamientos con mercurio ni de las píldoras del doctor Leakey.

-¿Para qué son? -preguntó juliana, saliendo de su atónito silencio.

-Para la gonorrea, por supuesto -respondió Bella, sorprendida-. ¿No sabe usted qué es la sífilis?

-Sólo una idea -repuso Juliana, seca-. Pero me imagino que tal vez sea una enfermedad profesional, así como el viaje en carro a Bridewell es un accidente de trabajo.

Bella no entendió el sarcasmo y se dedicó a pasar la esponja por el cuerpo desnudo de Juliana.

-Oh, nuestras chicas no se preocupan por eso, señorita -dijo-. Ésta es una casa respetable. Sólo se aceptan los mejores clientes, lo mejor de Londres. Nosotros no jugamos en el mercado. Aquí no sufrimos registros.

-Es un alivio para mí saber eso -dijo Juliana, entregándose a los cuidados de Bella.

Era evidente que la muchacha sabía lo que tenía que hacer cuando preparaba a una ramera para un cliente. Secó a juliana con palmoteos, le puso perfume detrás de las orejas, en la garganta, en las muñecas y detrás de las rodillas.

-¿Entonces, qué opina del rouge, señorita? -Bella abrió un pote de alabastro y metió un dedo en él-. Apenas un toque.

Acercó el dedo al pecho de juliana pero ésta saltó hacia atrás.

-No -dijo, asqueada-. Hay algunas cosas que podré soportar, pero ésta no es una de ellas.

Bella expresó su decepción y se limpió el dedo en el paño.

-¿Y si le pinto las uñas de los pies? A muchos caballeros les gusta.

-No -dijo Juliana-. Ni pintura, ni polvo ni rouge. Sólo dame la bata.

Bella fue de prisa a buscar la *robe de chambre* y la deslizó sobre los hombros de Juliana. Caía en suaves pliegues hasta los pies de la muchacha, acariciando su piel delicadamente perfumada. Bella le ató el cinturón bordado y rematado en borlas y acomodó el alto cuello de volantes.

-Oh, señorita, es una prenda tan recatada -dijo, maravillada-. No se le ve nada, en absoluto. Me pregunto cuál será la fantasía de Su Gracia, entonces. A algunos hombres les agrada que las chicas se vistan como colegialas... y a un tal lord Tarleton le gusta verlas vestidas como monjas -sacudió la cabeza con aire de sabiduría-. Nadie es tan extraño como estos caballeros.

Juliana se miró en el espejo. La bata no era precisamente recatada. La tela era tan fina que su piel emitía un resplandor rosado a través de ella y, cuando se movía, la bata revoloteaba alrededor de su cuerpo, destacando los contornos y las sombras de su cuerpo. Era una prenda muy seductora.

¡Por todos los diablos: estaba empezando a pensar como una puta! Dio unos pasos por el cuarto, percibiendo el roce sensual de la bata, inhalando la fragancia que emanaba de su piel a medida que entibiaba el perfume. En su vientre brotó un capullo de excitación y pequeños arroyuelos humedecieron su vagina.

-El pelo, señorita -Bella tomó el cepillo-. Yo se lo cepillaré. Juliana se sentó sobre la otomana y entregó su cabeza a las rítmicas pasadas de Bella. Su pelo restalló, desprendiéndose del cepillo como si tuviese vida propia. Daba la impresión de que llenaba el cuarto con su color. Ella se miró en el espejo y vio que la luz de la vela hacia destacar cada una de sus vibrantes hebras.

-¿Quiere que lo ate con una cinta?

Bella dejó el cepillo y tomó una cinta de seda color marfil. Juliana asintió. Esa noche no tenía deseos de realizar pequeños e inútiles gestos de rebelión. Dejaría que la preparasen para la cama del duque como mejor les pareciera. Ella tenía bastante con ocuparse de su preparación mental.

Observó que Bella sujetaba la cinta alrededor de su frente, de modo que el pelo quedara sujeto por arriba pero cayese como un río de fuego que enmarcara su rostro y se volcara sobre la blanca batista de la bata.

-Parezco una pastora virgen -murmuró.

Por alguna razón, esa idea le iluminó los ojos, reflejando la misma excitación que sentía en el vientre.

-La imagen de la inocencia -coincidió Bella-. Ojalá sea ésa la fantasía de Su Gracia esta noche.

-¿Acaso los caballeros siempre hacen conocer sus preferencias de antemano?

-No siempre -Bella se dispuso a ordenar el tocador-. En ocasiones, las muchachas deben cambiarse rápidamente, si un caballero cambia de antojo. En esos casos, yo las ayudo. Minnie y yo -recogió la palangana, la jarra y el paño-. Retiraré esto, señorita. Y luego, traeré la colación.

Una vez que la doncella hubo salido, juliana fue hasta la ventana. Estaba cayendo la noche y el bullicio llegaba desde la plaza con claridad, transportado por el aire cálido. Había música: se ola un pífano y tambores que se destacaban del estrépito general. Abajo, en la calle, había un arpista ciego sentado sobre una caja, pulsando melancólicamente las cuerdas, compitiendo con un lustrabotas que convocaba a posibles clientes con un agudo sonsonete.

Ella esperaba ver llegar al duque de Redmayne. Sin embargo, mientras aguardaba, se le ocurrió que tal vez él ya estuviese en la casa. El llamador había estado sonando durante la última hora y en el ambiente se percibía la acostumbrada excitación de cada noche. Pasos apresurados, risas disimuladas, susurros, que llegaban desde el otro lado de la puerta cuando las mujeres iban a sus habitaciones para hacer algún arreglo menor. Todavía no había oído ninguna voz masculina pero suponía que aún estarían bebiendo té y conversando en la sala, como si la mansión de la calle Russell fuese un elegante hogar convencional.

-Aquí estamos, pues.

Bella se tambaleaba bajo el peso de una bandeja cargada. La seguía un criado cargando otra bandeja con botellas y vasos. El hombre dejó la bandeja sobre una mesa baja, ante la chimenea vacía, poniendo gran cuidado en no mirar a juliana con su atavío seductor. Ella supuso que debía de ser una regla de la casa. Luego, él se volvió y salió, con la misma discreción, y Bella comenzó a disponer sobre la mesa las fuentes tapadas.

-A Su Gracia le gusta el clarete -informó-. Éste es del año apropiado: lo dice el señor Garston, de modo que eso ya no debe preocuparnos. Y aquí hay limonada para usted. Por lo general, las chicas no beben cuando están con un hombre. Pero aquí hay una copa de vino, por si el duque quiere que brinde con él -observó la mesa, golpeteando un dedo contra los dientes-. Veamos, están los pastelillos de langosta y un poco de ensalada de espárragos. A Su Gracia le encantan los espárragos, aliñados con un poco de aceite y vinagre.

A Juliana no le agradaban demasiado los espárragos y la langosta le hacía brotar manchas pero, por supuesto, sus deseos no tenían importancia. Además, había un tazón con fresas y una cesta con dulces que, en otras circunstancias, podrían haberla tentado, pero ahora estaba demasiado descompuesta a causa de los nervios como para pensar en comer.

-Veamos, ¿está todo? -Bella contó con los dedos mientras inspeccionaba la habitación en detalle-: Hay agua caliente limpia en la jarra, sobre el lavatorio. ¿Quiere que abra la cama o lo hará usted, señorita? Es difícil saber qué será mejor. A algunos caballeros les gusta sentir que están siendo seducidos y no quieren entrar en la habitación y ver que está todo listo. A otros, en cambio, no les agrada perder tiempo.

-Déjala como está.

Bella echó una última mirada a Juliana, dio un toque final al volante de la manga de la bata blanca y luego hizo una breve reverencia.

- Si necesitara algo, señorita, tire del cordón de la campanilla. Yo golpearé la puerta antes de entrar.

-Gracias, Bella -dijo juliana, logrando esbozar una sonrisa.

-Por supuesto, vendré en cuanto Su Gracia se haya marchado -la muchacha se detuvo con la mano en la puerta-. En ese momento, estoy segura de que usted, siendo virgen, querrá un baño de sales. Y, supongo, se alegrará de contar con una taza de leche caliente con ron.

Lanzó una sonrisa fugaz y salió como una exhalación, cerrando la puerta tras de sí.

Juliana permaneció de pie en el centro de la habitación con los brazos firmemente cruzados sobre el pecho. ¡Un baño de sales! ¡Y lo decía tan fresca! ¿A cuántas doncellas habría preparado Bella para la rotura del himen? Entonces, se le ocurrió pensar que perder la virginidad en un ambiente de personas conocedoras, confortable, que giraba en torno de la mujer, era preferible, con mucho, a acostarse con sir John Ridge, después de haber sido conducida a la cámara nupcial en medio de un coro de bromas obscenas, pronunciadas por los borrachos invitados a la boda y que la habían abandonado ante la puerta de la habitación. En aquel momento, ella sabía muy poco de lo que le aguardaba. Lady Forsett no había creído conveniente preparar a la pupila de su marido para su noche de bodas. Hoy día, sabía un poco más, aunque no mucho.

La puerta se abrió mientras ella aún estaba pensando. Juliana dejó caer las manos a los costados, sintiendo que el sudor le corría por la espalda. El duque de Redmayne cerró sigilosamente la puerta. Giró hacia Juliana. Sus ojos grises sostuvieron un instante la mirada de ella en medio de un denso silencio, luego fueron bajando lentamente por su cuerpo. Sonrió y avanzó hacia ella con paso desenvuelto.

9

- Que bien -dijo Tarquin-. Me alegra ver que no te has puesto pintura ni rouge. He olvidado decir a la señora Dennison que no me agrada el maquillaje... o, al menos -añadió luego-, no me gustaría verte maquillada a ti.

Se alejó un paso, sin soltarle las manos, para volver a estudiar su aspecto.

-Es usted muy escrupuloso en sus preferencias, milord duque -dijo Juliana, en voz baja y sin inflexiones, pues intentaba disimular el efecto de ese calor que transmitía su piel, bajo ese escrutinio de ojos entornados a que él la sometía.

-No más que la mayoría de los hombres -repuso él, despreocupado-. Mis preferencias cambian, cada tanto, ya lo veras.

-Confío en que pronto aprenderé cuáles son mis deberes para poder complacerle, milord duque.

Ella bajó los ojos, pues sabía que ardían de furia impotente.

Tarquin le tomó el mentón entre el índice y el pulgar y la forzó a alzar el rostro. Entonces, rió por lo bajo.

-Me da la impresión de que en realidad deseas que yo arda en los fuegos del infierno, *mignonne.*

-Por desgracia, no tengo tridente -soltó ella, sin poder contenerse.

-¿Acaso te he ofendido? Si es así, te pido perdón -dijo él, cambiando tan abruptamente de tono y de actitud que Juliana perdió el equilibrio.

Y, antes de que pudiese recuperarlo, él la había besado. Fue un delicado roce de los labios, leve como una pluma, que le provocó carne de gallina.

-A veces, soy un poco imperioso -dijo Tarquin con gravedad, acariciándole la mejilla con la yema de un dedo-. Me temo que eso se debe a mi educación. Y te concedo libertad para que me reconvengas en el momento oportuno.

-¿Y cuál sería ese momento?

-Ocasiones como ésta. Cuando estemos a solas, en... -arqueó una ceja, como buscando la palabra justa-. En conversación íntima.

Siguió acariciándole la mejilla y ella, sin advertirlo, comenzó a relajarse, se suavizaron las líneas de su cara, su boca se entreabrió, sus ojos perdieron su ferocidad.

Tarquin percibió el cambio en ella; entonces, sonrió y bajó la mano. La dejó en medio de la habitación y fue a servirse una copa de vino.

-¿Te gustaría beber una copa de clarete, Juliana? -Sí, por favor.

Quizá las mujeres del serrallo de los Dennison debían evitar el alcohol durante sus horas de trabajo, pero Juliana necesitaba del valor que le daría el vino. Recibió la copa que él le entregaba y la apuró de un trago.

Tarquin tomó la copa vacía, con la frente un poco crispada, y la dejó sobre la mesa.

-¿Estás asustada, *mignonne?*

-No.

Sin embargo, ella retorcía las manos, apretándolas de manera imposible sobre la falda de la bata.

Él se apoyó en la mesa y bebió un sorbo de vino, percibiendo su embarazo a pesar de la negativa de ella.

-Cuéntame qué sucedió en tu noche de bodas.

Juliana parpadeó.

-¿Quiere decir aparte de que haya estado a punto de ahogarme, y de que entonces, haya golpeado a mi esposo con un calentador y lo haya matado?

-Si, aparte de eso.

-¿Por qué quiere saberlo?

-Me gustaría entender ciertas cosas -respondió él-. ¿Te hizo tu marido caricias amorosas? ¿Te excitó de algún modo?

Juliana se limitó a negar con la cabeza. Sir John no había hecho otra cosa que voltearla sobre la cama.

-¿Estabais desnudos?

Juliana asintió.

-¿Entonces conoces la sensación de un cuerpo masculino? ¿Conoces el cuerpo del hombre?

El duque hacia sus preguntas con un desapego casi clínico.

-Conozco la sensación de estar a punto de asfixiarse -dijo ella.

A decir verdad, no podía recordar gran cosa de aquella espantosa media hora. El cuerpo de John había sido como una gran mole de carne sudorosa que la aplastaba contra la cama, y que se esforzaba y forcejeaba por hacer algo que no había logrado hacer; de eso estaba segura Juliana.

Tarquin asintió.

-Entonces, podemos concluir con que no sabes nada, en absoluto.

Dejó su copa y atrajo la otomana hacia él con un pie. Se sentó y le hizo señas de que se acercase.

Juliana se aproximó con cautela.

El duque la situó entre sus rodillas y, con un movimiento lánguido, desató la cinta que ceñía su cintura. La bata se abrió, y él apartó los costados para poder contemplar su cuerpo. Juliana se estremeció. Él le apoyó las manos encima: eran tibias, duras y firmes. Ella sentía

las rodillas de él apretándole los muslos, y su propia piel, a ratos caliente y a ratos helada, mientras las manos masculinas se movían en sus caderas; también, sentía su aliento cálido en el vientre. Las manos de Tarquin abarcaron su cintura, fueron subiendo por su torso, se ahuecaron con delicadeza sobre sus pechos.

Cuando él inclinó la cabeza y se apoderó con la boca de uno de los pezones de Juliana, el cuerpo de ella se convirtió en un campo de batalla entre diversas sensaciones: el impulso de rendirse al glorioso calor líquido que circulaba por sus venas, luchando contra un instintivo pánico que la inducía a no someterse pues hacerlo habría sido como perder una parte de si misma.

Su vista captó su reflejo en el espejo. Contempló su cuerpo blanco, la curva de sus pechos y de su vientre, enmarcadas por la delicada espuma de su bata. La luz de la vela arrancaba destellos caoba de la cabeza inclinada sobre la blancura de su pecho. Entonces, las manos de *él* se movieron sobre ella, se deslizaron lentamente, bajando por su vientre. Juliana vio, como en trance, que sus ojos se tornaban lánguidos y resplandecientes a la vez; su piel se sonrojaba; sus labios, húmedos y rosados, se abrían, exhalando un aliento rápido cuando él la tocaba, la abría. Era como si estuviese viendo a otra mujer, a otro hombre; veía que la mujer se fundía en ese placer exquisito que iba creciendo en el fondo de su estómago. Ella era la que observaba y al mismo tiempo era la que se fundía. De sus labios escapaban gemidos de éxtasis. Eran sus mismos ojos los que se dilataban, contemplándose, con sus iris oscurecidos y resplandecientes, en sus profundidades del color del jade; en un instante dado, su imagen en el espejo fue tragada por la avalancha de placer que colmó cada poro de su cuerpo, que la obligó a cerrar los ojos y aflojó sus rodillas como si estuviesen hechas de miel.

Cuando ella se dejó abandonar sobre él, Tarquin la atrajo a su regazo. La sostuvo sin apretarla, acariciándole el pelo. Entre sus piernas creció el deseo cuando ella se movió sobre su rodilla y él inhaló la delicada fragancia del perfume que ella usaba, mezclado con el intenso aroma de su placer.

-Ven.

Él la alzó en sus brazos, mientras pensaba, con cierta ironía, que nadie hubiese querido tener que cargar con ese cuerpo voluptuoso a través de una gran distancia. La dejó sobre la cama y se irguió, para contemplarla. Los ojos de ella aún estaban velados, su piel, sonrojada.

Juliana cerró los ojos de golpe. ¿Cómo había sucedido? ¿Cómo era posible que se hubiese perdido de manera tan completa?

-Abre los ojos, Juliana.

Ella obedeció la suave orden de modo casi involuntario. Tarquin se quitó la chaqueta y comenzó a desabotonarse el chaleco.

Juliana se incorporó y se dispuso a mirar, ya con cándida curiosidad, cómo él se quitaba la ropa con movimientos precisos y eficientes. A medida que se quitaba cada una de sus lujosas prendas la dejaba sobre la silla. Cuando se quitó la fina camisa de cambray, los ojos de la muchacha se agrandaron. Y no tuvo mucho tiempo para habituarse a la vista de su torso desnudo antes de que él se quitara los pantalones y los calzones.

A Juliana se le cortó el aliento cuando clavó su mirada en él y comprendió que estaba observándolo con tanta atención como él había hecho con ella cuando había abierto la bata.

La desnudez del duque de Redmayne mostraba un cuerpo esbelto y fibroso, con músculos que ondulaban bajo la piel tensa y suave. Sus caderas eran estrechas, sus hombros, anchos, y un vello oscuro formaba una línea que corría vientre abajo, hasta unirse a la hirsuta mata que había en el vértice de sus largos muslos. La mirada de Juliana se posó sobre su mástil de carne, y recordó cómo lo había sentido palpitar contra su vientre esa mañana, cuando él la había besado en la sala de desayuno, en la casa de la calle Albemarle.

-¿Entonces, señora? -preguntó él, sonriendo al ver la franca curiosidad y la excitación que mostraban sus ojos-. ¿Te agrado?

Ella hubiese querido hacerlo volverse para poder verlo de atrás, pero no se atrevió a pedírselo. Asintió sin hablar.

Y él, como si le hubiese leído el pensamiento, se volvió lentamente. Juliana, por su parte, cedió a un impulso y le tocó las nalgas. Bajo su caricia, los autos músculos se tensaron

y ella se irguió sobre sus rodillas y pasó un dedo desde la hendedura hacia arriba, donde una fina línea de vello subía por su espalda.

-Al tacto, eres muy diferente a mí.

-Gracias al Señor Misericordioso -dijo él, volviéndose otra vez hacia ella. Se inclinó, posó sus manos sobre los hombros de Juliana, bajo la bata abierta, y le quitó la prenda-. Y ahora, estamos iguales, *mignonne.*

Tironeó de la bata sacándola de abajo de ella y la tiró al suelo, para luego tenderse en la cama.

Pasó sus manos sobre ella en perezosa caricia, instándole a recostarse otra vez. Ella no sentía ningún temor y había olvidado todas las circunstancias que la habían llevado hasta allí. Impelida por su instinto, se estiró para tocar la erección del duque, aferrando la carne en su mano, al mismo tiempo que él se inclinaba sobre ella. Las acordonadas venas palpitaban en su palma, y su dedo encontró la húmeda punta. Tarquin murmuró algo, y Juliana supo que lo que estaba haciendo estaba bien. A medida que lo acariciaba, iba creciendo su propia excitación, sintiendo que el miembro corcoveaba y se endurecía en su -mano. Al mirarlo a la cara vio que él había entrado en una especie de trance, del mismo modo que le había sucedido a ella. Él estaba perdido en su propio placer, como ella se había visto en el espejo. Una vez más siguió a su instinto y fue aumentando la presión de las caricias hasta que, de repente, Tarquin le sujetó la muñeca y la apartó.

-Basta -pidió, con voz ronca. -¿Por qué? Estabas gozando.

-Aún te quedan algunas cosas por aprender, *mignonne.*

Rió con suavidad y, con su rodilla, le hizo separar las piernas.

Juliana abrió los muslos. Sus caderas se alzaron como si tuvieran voluntad propia, cuando él se deslizó en el interior húmedo de su cuerpo abierto. Por un instante, la sensación de su vagina invadida, tensa, fue casi insoportable. Con sus ojos muy abiertos, clavó la mirada en los ojos grises de él, que la sostenían.

-Trata de relajarte, Juliana. Bastará un instante para que se alivie.

Se retiró una fracción de milímetro y luego la penetró profundamente. Juliana sintió que su cuerpo se rasgaba y oyó su propio grito de dolor. Luego, todo fue suave y fácil, y su cuerpo empezó a responder a las fuertes y rítmicas embestidas de la carne masculina, y la tensión creciente era ahora de una maravillosa cualidad. Cuando estalló, Juliana se sintió disolver en una lluvia de estrellas errantes.

El cuerpo de él, pesado, se apoyó sobre el de ella, sus sudores se mezclaron. Juliana le acariciaba la espalda mientras regresaba flotando a la tierra y recuperaba su ser. Lo sentía aún dentro de ella, disminuyendo de tamaño, y la inundó una oleada de placer por la sensación de que él seguía formando parte de ella. El instinto la guió y apretó sus músculos internos en torno de él, sintiendo la breve reacción, en respuesta.

Tarquin la besó en el hueco de la garganta.

-Ten paciencia -dijo, lanzando una risa lánguida.

Se separó lentamente y giró, apartándose. Juliana emitió un quedo murmullo de protesta por el abandono y pegó su cuerpo al de él, acurrucándose en deliciosa languidez.

Tarquin pasó un brazo, de modo que la cabeza de ella quedara apoyada sobre su hombro. Le acarició el pecho, sintiendo que ella se deslizaba hacia un sueño ligero. Permaneció escuchando su respiración, hasta que sintió que sus propios párpados caían, bajo el resplandor de la vela. No había esperado una respuesta tan ardiente y confiada. Sí, sabía que la excitaría, pues pretendía hacer lo menos dolorosa posible para ella la pérdida de su virginidad. También esperaba gozar de ella tanto como había gozado de casi todas las mujeres. Lo que no esperaba era que ella lo conmoviese. Sin embargo, la fresca inocencia de Juliana, combinada con esa pasión intensa y sin inhibiciones, lo sacudieron. Ella tenía muchos motivos para desconfiar de él, para reservarse; aun así, se había entregado con maravillosa ingenuidad a la oleada de placer, brindándose a él y al disfrute sexual sin cortapisas.

Con ella en sus brazos, él tuvo la percepción de que había hallado algo que valía la pena atesorar. Era una idea extraña, caprichosa, y no sabía de dónde venia. Sí sabía que, una vez,

él se había entregado con la misma gozosa confianza y había sido traicionado. Juliana no experimentaría una traición semejante por culpa de él.

Juliana se movió y despertó. Se acurrucó contra él exhalando un breve murmullo de placer.

-¿Cuánto tiempo he dormido?

-Más o menos cinco minutos -le acarició la espalda y le palmeó el trasero, para luego desasirse y salir de la cama-. ¿Quieres vino, *mignonne*?

-Sí, por favor -Juliana se estiró y se sentó. La sangre manchaba todo su largo muslo blanco; al ver eso, ella saltó fuera de la cama lanzando una fugaz exclamación-. Deberíamos haber apartado el cobertor.

Tarquin volvió desde la mesa con una copa de vino y sonrió al ver la expresión de aflicción doméstica que crispaba su ceño mientras veía las manchas en la gruesa tela adamascada. Él dejó la copa y llenó la palangana del lavatorio con agua tibia de la jarra.

-Ven, permíteme que te ayude a sentirte más cómoda -propuso él, retorciendo el paño de lavar.

Atacada por una súbita timidez, juliana se acercó a él, vacilante. Extendió una mano para tomar el paño de su mano, pero él dijo:

-Déjame; yo lo haré.

Con dulzura, él le hizo separar los muslos y Juliana se entregó a sus diestros e íntimos cuidados, comprobando que su vergüenza se desvanecía al ver que él disfrutaba con lo que hacía. Había transformado una simple limpieza en una delicada ceremonia de iniciación sexual.

Los ojos de ella estaban lánguidos cuando él se enderezó y tiró el paño de lavar en la palangana.

-No fue tan malo, ¿no es así? -bromeó, besándola en la boca. -Me he sentido muy rara -confesó juliana, desapasionada-. Como si hubiese perdido contacto con la tierra.

-Es probable que una cena ligera te devuelva a la realidad -Tarquin abrió el armario y sacó una bata de hombre de terciopelo. Se la puso y recogió la de juliana del suelo-. Ponte esto otra vez, sólo un rato.

Juliana la aceptó: "un rato" sonaba como una promesa. Un tanto distraída, se preguntó cuánto tiempo haría que la bata de él estaría colgada en su ropero. Con la misma falta de concentración, pensó cómo habría hecho él para saber que estaría allí. Recibió la copa que él le entregaba.

Negó con la cabeza cuando él le ofreció langosta y espárragos, aunque mordisqueó una fruta acaramelado, mientras bebía vino y lo veía comer a él.

-Pienso que deberemos darnos prisa con la ceremonia de casamiento -dijo ella, después de un par de minutos-. Si he concebido a un niño, después sería incómodo explicar que ha sido un nacimiento prematuro.

Tarquin levantó la vista del plato con el entrecejo levemente fruncido.

-No hablemos de eso esta noche, Juliana.

-Pero, como es el propósito del ejercicio... -no sabía por qué lo había traído a colación. Y, en ese momento, su ruboroso resplandor se cubrió de un velo opaco. Aun así, no pudo detenerse-. Le ruego que me perdone, mi señor duque -esbozó una reverencia-. Fue una torpeza de mi parte el mencionarlo. Tal vez se deba a que soy inexperta en el arte de complacer a los hombres. Cuando me haya acostumbrado más a la vida en un burdel, no volveré a ofenderlo, estoy segura.

El duque se quedó mirándola fijamente un instante y luego se echó a reír entre dientes.

Que muchacha tan provocadora eres -le dijo-. Toma otro dulce.

Le pasó la cesta.

Juliana titubeó pero luego se encogió de hombros y tomó una almendra glaseada y fue a sentarse en la *chaise longue.*

Tarquin dio un breve cabeceo, indicando su aprobación, y volvió a concentrarse en su langosta.

-En realidad, yo también creo que deberemos realizar la ceremonia nupcial lo antes posible -comentó, secándose la boca con una servilleta-. En el bolsillo de mi chaleco encontrarás algo que tal vez te interese.

juliana fue hasta la silla donde aún estaban las ropas de él. Tanteó en el bolsillo del chaleco y extrajo una hoja de grueso papel plegado.

-¿Qué es esto?

-Échale un vistazo.

Él se reclinó en su silla, bebiendo su vino y observándola con atención mientras ella desplegaba el papel.

-¡Oh, soy yo!

-Yo he llegado a la misma conclusión.

Juliana clavó la vista en el anuncio. Era un retrato de ella, dibujado... un tanto tosco pero bastante preciso. Con todo, la descripción física era minuciosa e inconfundible, incluyendo sus pecas en la nariz. Se miró en el espejo, comparándose con el retrato y con la descripción. Los datos más reveladores eran el pelo y los ojos.

-¿Dónde has encontrado esto?

-Están pegados por toda la ciudad.

Escogió un espárrago con los dedos y se lo llevó a la boca.

Juliana leyó la descripción del crimen: "Buscada por el asesinato de su esposo: Juliana Ridge, de la ciudad de Ashford, en Hampshire. Se ofrece sustanciosa recompensa por cualquier información, por mínima que sea. Ponerse en contacto con sir George Ridge, en el Gardener's Arm, en Cheapside".

-Me pregunto cuánto estará ofreciendo -reflexionó la joven, sintiendo más curiosidad que alarma ante esta prueba de la persecución de George.

El duque movió la cabeza:

-Sea lo que fuese, no estarás a salvo fuera de esta casa mientras no te alejes de ese patán de campo. Por eso, en cuanto Copplethwaite haya redactado los contratos, yo conseguiré una licencia especial. Todo debería estar concluido hacia el fin de semana.

-Entiendo. ¿Qué crees que pensaré yo de tu primo?

Juliana seguía de pie junto a la silla, con el cartel todavía en su mano. -No me cabe duda de que te desagradará profundamente -él volvió a llenar su copa de vino-. Pero tú no tendrás nada que ver con él, al menos en privado. Ambos se alojarán en mi casa, en habitaciones separadas. Lucien tiene estrictas órdenes de dejarte en paz.

-Y, una vez que yo haya concebido, me imagino que eso se aplicará también a ti**,** mi señor duque, ¿no es así?

-Eso dependerá de ti -repuso él. Arrojó su servilleta sobre la mesa y se puso de pie, sin comprender por qué esa pregunta de ella lo había perturbado; después de todo, era una pregunta muy sensata-. No creo que sea imposible que yo te instale como mi querida, después de la muerte de Lucien. Será fácil hacerlo con discreción. La viuda de mi primo, con un hijo del cual seré tutor, tendrá legítimo derecho a mi atención y protección.

-Ah, ya veo: seré la querida estable de un duque. Seré la envidia de todas las cortesanas de la ciudad, milord.

-No seguiré conversando contigo.

Tras haberío dicho, él fue hasta la silla donde estaban sus ropas. -¡Pero, cómo es que no lo entiendes! -gritó Juliana, vehemente-. ¿Acaso no puedes intentar entender cómo me siento?

Tarquin interrumpió el proceso de vestirse y se volvió para contemplar su cara enrojecida, enmarcada por el llameante halo de su pelo, los ojos jade que expresaban una frustración desesperada.

-Creo que sí puedo -respondió, al fin-. Siempre que tú puedas intentar confiar en mí. No tengo intenciones de hacerte daño; al contrario.

Se vistió rápidamente, en medio del silencio causado por sus palabras, y luego se acercó a ella y la besó. Le besó los labios, la punta de la nariz y la frente.

-Esta noche, hubo unos pocos momentos en que no deseaste arrojarme al fuego del infierno, ¿no es cierto?

Juliana asintió.

-No te marches -dijo, de pronto, segura de una cosa, al menos. -Es mejor que me marche.

Juliana no añadió nada más, y él se marchó de inmediato. Bebió un sorbo de su abandonado vino. Empezaba a pensar que no debía provocar discusiones desagradables, emitir opiniones inquietantes o formular preguntas fastidiosas. Era evidente que a Su Gracia no le gustaba eso en una mujer. Si era verdad, había escogido a la mujer errónea para llevar a cabo sus planes; ella no pensaba doblegar su naturaleza para ajustarse a la imagen que el duque pudiese tener con respecto a una querida aceptable.

¡Por todos los diablos del infierno! ¡Amante de un duque! Por primera vez, sintió el impacto de la idea en su cabal dimensión. Se sentó repentinamente sobre la cama, consciente de cada centímetro de su piel sensibilizada, de la difusa irritación entre sus piernas, de la sensación de profundo placer en haber sido usada, colmada, satisfecha. ¿Las prostitutas disfrutarían de su trabajo? ¿Sentirían, al terminar cada mañana, esa maravillosa, dichosa languidez en su cuerpo? Por alguna razón, Juliana no creía que fuese así. ¿Lo sentirían las esposas? Ella estaba completamente convencida de que la esposa de John Ridge no lo habría sentido. Si John no hubiese muerto en medio de sus bufidos y resuellos, ella sería su mujer, seguiría acostándose con él y estaría condenada a no conocer las glorias que acababa de compartir con el duque de Redmayne.

¿Qué significaría todo eso? ¿Que debería aceptar, con el corazón contento, lo que el destino le había deparado? ¿Agradecer sus bendiciones y abrazar al duque lanzando gritos de alegría?

¡Oh, no! No sería así. Ella hallaría un modo de disfrutar los beneficios de esta unión y, al mismo tiempo, daría al duque lo que valía su dinero.

Juliana buscó el cordón de la campanilla para llamar a Bella, con su mente bullendo de energía, al contrario de la languidez que sentía en su cuerpo.

10

El abogado Copplethwaite era un hombre pequeño y rollizo, cuyo chaleco se estiraba sobre su prominente barriga. Tenía expresión de preocupado y llevaba la peluca torcidas exhibiendo un parche de lustrosa calva que rascaba nervioso.

-Señorita Ridge -saludó, inclinándose, a la mañana siguiente, cuando Juliana entró en la sala de la señora Dennison tras haber sido llamada.

La mirada del abogado se paseaba, inquieta, de un lado a otro de la habitación posándose en cualquier cosa para evitar mirarla directamente a ella. Peor aun, parecía muy incómodo. Daba la impresión de no frecuentar mucho un prostíbulo, al punto que Juliana dedujo que ese ambiente donde se hallaba estaría en el origen de su incomodidad.

Ella hizo una recatada reverencia al abogado y otra a Elizabeth, que estaba sentada sobre un sofá, junto a la ventana abierta, con un fajo de papeles sobre el regazo.

-Buenos días, *mígnonne.*

El duque, enfundado en un traje de seda rojo oscuro, bordeado de encaje plateado, se apartó de la repisa de la chimenea y se acercó a ella.

Juliana no estaba segura del modo en que debería saludarlo, después de la noche anterior. Al separarse, no estaban enemistados pero tampoco eran íntimos amantes. En ese momento, ella espió con disimulo su expresión y vio un atisbo de humor en sus ojos y un auténtico placer en su sonrisa, al verla.

Juliana hizo una profunda reverencia y, siguiendo un impulso malicioso, adoptó un aire de exagerada humildad. Tarquin le tomo la mano y, alzándola hacia él, la besó.

-Aunque yo sea un duque, querida mía, no merezco una inclinación tan profunda como la que harías a un príncipe real -le enseñó, con seriedad-. Aunque me deleite recibir un saludo tan sumiso y dulce.

El humor en sus ojos se intensificó y ella no pudo contener una sonrisa. Tendría que ser muy veloz para superar al duque de Redrnayne en estos jueguecillos.

-Espero que hayas dormido bien -dijo él, conduciéndola hacia el interior de la habitación.

-Jamás he tenido dificultad para dormir -dijo ella, dócil. *Él* se limitó a alzar una ceja y acercó una silla.

-Siéntate, por favor. El señor Copplethwaite procederá a leer la parte del contrato que te concierne.

El letrado se aclaró la voz: -Si me permite, madame.

-Sí, desde luego.

Elizabeth le entregó los papeles. Se hizo un silencio, sólo roto por el crujido de papeles producido por el abogado mientras buscaba el documento importante. Luego, él carraspeo y comenzó a leer.

Había una serie de cláusulas, todas muy sencillas, muy similares a lo que ya habían explicado a juliana. Ella escuchó con atención, en especial lo que concernía a su probable fracaso para concebir un hijo mientras viviera el actual vizconde de Edgecombe. El abogado se sonrojó al leer esa parte y se rascó la cabeza con tanto vigor que su peluca cayó hacia un costado y estuvo a punto de descubrir completamente la brillante superficie que cubría.

Juliana se esforzó por mantener una expresión impasible mientras escuchaba. Si ella no llegaba a concebir un hijo durante el término de la vida del vizconde, a la muerte de su marido ella recibirla una generosa pensión. Si ella daba a luz al hijo que el duque quería, entonces recibiría un cuantioso estipendio y ella y el niño se alojarían bajo el techo del duque hasta la mayoría de edad del pequeño. Su Gracia, el duque de Redrnayne, sería el único tutor del niño y único rector de su existencia.

Su madre ejercería todos los derechos naturales propios de la maternidad y sería consultada con respecto a todas las decisiones relacionadas con el niño, pero la palabra del duque seria siempre la definitiva.

Por supuesto, era perfectamente normal. Por ley, los hijos pertenecían a su padre y no a su madre. De todos modos, a Juliana no le agradaba la frialdad con que se exponía su carencia de derechos sobre la vida de este hijo putativo.

-¿Y *si es* una niña?

-Lo mismo -dijo el duque-. No hay exigencia legal de que sea varón. El título quedará para Godfrey, el primo de Lucien, pero nada impide que una hija herede la fortuna y la propiedad.

-Y, por supuesto, a ti te interesa la propiedad, ¿no es cierto?

-Precisamente.

Juliana se mordió el labio inferior y dijo al abogado: -¿Eso es todo, señor?

-Todo lo que a usted atañe.

-¿No puede decirme usted por cuánto me vendió la señora Dennison? -preguntó ella, con tal aire de inocencia, con sus ojos muy abiertos-. Me gustaría muchísimo saber cuánto valgo.

El abogado se ahogó, se aflojó el cuello y siguió ahogándose. Elizabeth, por su parte, dijo en tono reprobatorio:

-No hace falta que incomode al señor Copplethwaite, Juliana.

-Yo había creído que, a estas alturas, él debería estar acostumbrado a esta clase de preguntas -repuso Juliana-. Supongo que habrá redactado muchos contratos similares.

-Tres mil guineas -dijo el duque, como al pasar-. Una bonita suma; supongo que estarás de acuerdo.

Sus ojos se enfocaron en el rostro de ella, a través del cuarto, y luego, con deliberación, en su cuerpo.

Juliana volvió a hacer una reverencia.

-Me siento muy halagada, milord duque. Confío en que no se decepcionará por la inversión que ha hecho.

Tarquin sonrió.

-Creo que eso es muy poco probable, *mignonne.*

-No creo que George ofrezca una suma parecida -reflexionó Juliana-. Al parecer, usted me considera más valiosa que mi hijastro, sir. Desde luego, está claro que me quedaré con el mejor postor.

Tarquin le lanzó una advertencia con la mirada.

-Envaina tu espada, Juliana. Yo soy un espadachín más experimentado que tú.

-Si quisiera usted hacerme el favor de firmar los documentos, señorita Ridge... -dijo el abogado, interrumpiendo la incómoda situación.

-Daría la impresión de que no tiene importancia si yo quiero o no hacerlo, sir -dijo Juliana en tono acre, poniéndose de pie-. Aquí, los únicos deseos que tienen importancia son los de Su Gracia.

-Vamos, vamos, Juliana, no hay por qué ser impertinente -Elizabeth se levantó, en un remolino de seda clara y fue hasta el escritorio revoloteando-. Acérquese, señor Copplethwaite, ¿quiere traer los documentos, por favor? Gracias. La pluma es buena y está afilada -se la entregó a Juliana-. En el tintero doble hay tinta azul y negra. Elija la que usted prefiera.

Era obvio que la señora Dennison estaba impaciente por cerrar el negocio, que quedase firmado, sellado y entregado. Se inclinó sobre Juliana quien, con total deliberación, leyó cada cláusula antes de estampar su firma al pie de cada página. ¿Qué era lo que estaba firmando? ¿Su vida? ¿Su futuro? Estaba comprometiéndose a un destino que había sido depositado ante ella por medio de estos extraños, entre quienes ella había caído como maná del cielo.

Había una vela ya encendida para calentar la cera y sellar el documento. El abogado Copplethwaite hizo gotear cera al final de la página y apoyó en ella su anillo de sello, a modo de testimonio de la firma de Juliana.

-Ya está, madame. En mi opinión, es un documento tan válido como el que más - emparejó los bordes de las hojas, y su frente se crispó de ansiedad-. Si está usted satisfecho, Su Gracia.

-Perfectamente, gracias. De todos modos, tengo algo más para usted, Copplethwaite.

-Sí, Su Gracia - el ceño del hombre se hizo más pronunciado. Lo que usted quiera, desde ya.

-Quisiera que sea usted testigo de un matrimonio -dijo el duque, con la misma despreocupación con que hubiese propuesto una partida de bridge-. Será entre la señorita Ridge y el vizconde Edgecombe. Tendrá lugar en St. James, en Marleybone, dentro de dos horas. Puedo llevarlo en mi coche, si usted lo desea.

-¡Pero tú has dicho que sería al terminar la semanas -protestó Juliana, alarmada-. Dijiste que conseguirías una licencia después de que hubiesen sido firmados los contratos, y que eso sería el fin de semana.

-He podido acelerar las cosas -dijo él-. He pensado en lo mejor para ti... teniendo en cuenta las circunstancias. ¿Tienes alguna objeción?

Juliana inspiró profundamente.

-No, no tengo ninguna objeción. Días más o días menos; eso no cambia mucho las cosas.

-Yo sabía que eras una muchacha sensata -aprobó Elizabeth con vivacidad-. Vamos a tu habitación para prepararte. Su Gracia ha elegido un traje de novia muy bello.

¡Apenas hacia dos días que ella había aceptado esa proposición! Juliana empezaba a acostumbrarse a la habilidad que poseía el duque para que las cosas sucedieran más rápido de lo que parecía posible.

En realidad, era un hermoso traje. Un vestido de seda de color crema, abierto sobre un fustán blanco, bordado. Bella se afanó alrededor de ella durante media hora, tironeando y acomodando, bajo la perspicaz dirección de Elizabeth. Trenzó el pelo de juliana alrededor de su cabeza, formando una severa corona, luego le pasó por la cabeza un velo de espumoso encaje de gasa.

Juliana se contempló en el espejo a través del tenue velo y recordó el vestido de novia que lady Forsett había hecho hacer para ella. A la joven le había parecido hermoso pero, comparado con éste, resultaba una prenda insípida y pasada de moda; aquél no le ceñía bien la cintura y tenía un miriñaque insignificante. El velo era pesado y lo llevaba sujeto a su pelo con cientos de hebillas, tan tirante que le hacía daño.

Ella se habría casado dos veces en el término de diez días. La primera ceremonia también habla tenido aspectos farsescos, pero ésta era una comedia que desafiaba la razón. Juliana se acomodó el velo, dio un papirotazo a los volantes de encaje que llevaba en los codos y enfiló hacia la puerta.

-¿Me acompaña usted, madame? ¿O debo ir sola?

-Bella será la encargada de acompañarla hasta la iglesia, querida mía. Su Gracia estará esperándola allí, para entregarla.

Ante la solemnidad del tono que empleaba la señora Dennison, juliana sintió un impulso casi incontenible de estallar en carcajadas histéricas. No se podía decir que esta mujer no supiera la verdad acerca de la impostura de ese matrimonio y del papel del duque. Aun así, ella era capaz de hablar como si estuviese completamente convencida de la absurda distorsión de la verdad en la que participaba.

-Está maravillosa, señorita -dijo Bella, suspirando-. ¡Verla a usted casada, tan respetable... !

-Tan respetable -repitió Juliana, en un murmullo, al tiempo que abría la puerta-. Sí; en eso estaba pensando.

Con todo, no estaba preparada para recibir el excitado coro de muchachas que la aguardaban en el vestíbulo. Revolotearon a su alrededor observando su vestido, lanzando exclamaciones referidas a su buena suerte, con auténtica alegría. La buena suerte de una de ellas alimentarla sus esperanzas y ánimos, pensó Juliana. Si una de ellas tenía buena suerte, otra podría seguirla. Ella respondió con toda la calidez que pudo, dado que no se podía decir la verdad, pero fue un alivio cuando el señor Dennison, con gran ceremonia, le dio el brazo y la condujo fuera, hasta el coche de alquiler que la esperaba. Bella trepó tras ella y se afanó acomodando las faldas de Juliana, asegurándose de que no corriesen peligro de quedar enganchadas en la portezuela.

La iglesia estaba en un pequeño y apacible prado. Marleybone era casi en el campo; allí el aire era más limpio y se oía mejor el canto de los pájaros. Bella se apeó de un salto y Juliana recogió sus faldas rogando poder terminar la maniobra sin incurrir en ningún desastre. Si su suerte era la de siempre, su tacón se quedaría enganchado en el escalón y ella caería de cabeza al suelo.

Pero el duque apareció en la puerta abierta con aire grave y tendió su mano para ayudarla.

Juliana la tomó y consiguió salir, ella y sus faldas, por la estrecha abertura sin tropiezos.

-¿Dónde está tu primo?

-Esperando junto al altar.

Con un diestro tirón, él le enderezó el velo.

-Milord duque, ¿crees que pasaré la prueba? -dijo juliana, sin poder evitar que en su voz sonara la acritud, pero él se limitó a hacer un gesto.

-Tienes el aspecto que yo esperaba -mientras ella trataba de discernir si aquello era o no un cumplido, él había puesto la mano de ella sobre su brazo-. ¿Preparada?

"Como nunca en mi vida." juliana alzó la cabeza y enfrentó, altiva, la puerta abierta de la iglesia. Bella, que se daba grandes aires de importancia, se inclinó para enderezar las faldas de la novia y luego se apartó solemnemente y permaneció contemplando la escena,

enjugándose una lágrima cuando el duque de Redmayne y juliana desaparecieron por la puerta de la iglesia para ir a reunirse con el novio.

Lucien, de pie ante el altar con Quentin, echó una mirada impaciente hacia la puerta, removiendo sus pies sobre las losas frías. El abogado Copplethwaite, sentado en el primer banco, fijaba la vista en el altar, a media distancia. El anciano sacerdote pasó, nervioso, las páginas del libro de oraciones como si buscara la parte apropiada.

-No entiendo cómo es que no oficias tú mismo -musitó Lucien-. Así, todo quedaría en familia.

El rostro de Quentin parecía tallado en granito.

-Yo no sería capaz de cometer semejante sacrilegio -respondió él, en un seco susurro, preguntándose qué hacía él allí.

Sucedía que jamás había sido capaz de negar nada a su hermano. Además, sentía el impulso de apoyar a la muchacha. Ella necesitaba un amigo, por mucho que Tarquin jurase que no sufriría daño alguno... que, más bien, su participación en ese plan la dejaría en mejor situación.

Quentin giró hacia la puerta en el momento en que la pareja ingresaba en la penumbrosa nave: Juliana parecía envuelta en un resplandor blanco, en contraste con el traje rojo oscuro del duque.

-Es alta, ¿no? Como la Meg larga -observó Lucien, en voz queda-. Ojalá que además no sea una de esas mujeres de cara enjuta. No me gustaría ser el hazmerreír de la ciudad.

Quentin apretó la boca y sus dedos se cerraron sobre el sencillo anillo de oro que llevaba en el bolsillo. La novia, acompañada de, su escolta, llegó al altar y él dio un codazo a Lucien, instándole a dar un paso adelante. Juliana, todavía prendida del brazo del duque, se adelantó y se puso junto a él. Quentin no pudo detectar en ella el menor gesto de vacilación, pero no podía escudriñar su semblante debajo del velo.

A través de ese velo, Juliana espió al novio. Su primera impresión fue la de una silueta curiosamente encogida, encorvado y de pecho hundido. Ella se sintió muy alta y robusta, por comparación; eso le dio una reconfortante sensación de ventaja. Si bien no podía verle el rostro con claridad, le impresionó mucho su palidez, una blancura mortal, como la del vientre de un pez. Y sus ojos no eran más que órbitas, hundidos agujeros donde ardía un ascua, que la observaba sin curiosidad, cuando el sacerdote comenzó el servicio. Un leve cosquilleo de aprensión le erizó las raíces de los cabellos; sin conciencia de ello, se volvió hacia el duque, que estaba junto a ella, del otro lado. Él apoyó su mano sobre la de ella, que se apoyaba en su brazo, y le sonrió, tranquilizador.

Juliana se pasó la lengua por los labios, súbitamente resecos. ¿Cómo se sentiría en ese momento, si estuviese casándose con el duque de Redmayne? Por cierto, no sentiría aprensión. Se podría decir que ella ya sabía todo lo que necesitaba saber acerca de él.

Y si bien no estaba casándose con él, su vida estaba inextricablemente ligada a la de él. Él tenía la intención de ser el padre de su hijo. ¿Acaso dos personas podían tener un vínculo más íntimo? Era mucho más íntimo de lo que podría llegar a ser jamás un matrimonio fraguado. Ese pensamiento le dio valor, y percibió que daba sus respuestas en voz clara y firme.

Lord Quentin entregó el anillo a su primo. Sólo en ese momento el duque retiró a juliana el apoyo de su brazo. Ella extendió la mano. Y aunque no estaba demasiado firme, no temblaba tanto como habría podido ser. Los dedos del vizconde, en cambio, cuando quiso poner el anillo en su dedo, temblaban de manera incontrolable. Él lanzó una obscena maldición, mascullando que era una hora exageradamente temprana y que necesitaba un trago para estabilizarse. Aunque hablaba muy bajo, el sacerdote lo oyó y asintió nervioso, sonriendo, mientras observaba el ritual. Sin embargo, al ver que la torpeza persistía, adoptó una expresión escandalizada y emitió una débil protesta.

El duque se movió con rapidez. En un abrir y cerrar de ojos, había arrebatado la sortija a Lucien y la deslizaba en el dedo de la novia. El clérigo, todavía escandalizado, los declaró marido y mujer con voz trémula.

-Gracias a Dios, ha terminado -declaró Lucien en cuanto la voz del sacerdote se hubo perdido entre las sombras-. ¿Puedo echar un vistazo a esta esposa mía?

-Señor.. se lo ruego... ¿debe usted ... ?

Pero Lucien no hizo caso de sus farfulladas súplicas y levantó el velo de Juliana con unas manos que temblaban violentamente. Lo echó hacia atrás y luego se dedicó a observarla con aire crítico, en esa media luz.

-Es mejor de lo que yo esperaba -comentó-. Yo necesito un trago. La invito a que se una a mí en un brindis por este auspicioso evento, señora esposa.

Hizo una burlona reverencia y le ofreció el brazo.

Su atuendo, de brocado verde esmeralda y dorado, era impecable y espléndido; aun así, Juliana se estremeció al pensar en tocarlo. Daba la impresión de soltar cierta miasma, que emanaba de su pecho hundido y sus hombros flacos, de sus ojos ardientes y su piel, de un fantasmal tono blanco verdoso. A ella se le ocurrió que parecía un gusano de cementerio y sintió náuseas. Era un ser repugnante, una criatura para reptar entre las tumbas. ¿Qué tendría para estar tan consumido, qué era lo que producía ese hálito de corrupción, como si estuviese pudriéndose desde dentro?

Juliana vaciló y sus ojos, en desesperada súplica, se posaron en Quentin y luego en el duque.

-Me imagino que a todos nos vendría bien un refrigerio -dijo Quentin, antes de que Tarquin pudiera moverse-. Ven, querida.

Le tomó la mano, y la vizcondesa Edgecombe, después de su boda, desanduvo el pasillo del brazo del primo de su esposo. Éste iba detrás de ellos, aspirando rapé, y Tarquin fue hasta la sacristía con el sacerdote y el abogado Copplethwaite, a encargarse de la parte comercial de la ceremonia.

Una vez fuera, Juliana inspiró profundamente el aire sofocante y se obligó a mirar otra vez a su esposo. A la luz intensa del sol, su aspecto era peor aún. La piel verdosa se tensaba sobre su cráneo, revelando cada hueso y cada cavidad. Daba la impresión de ser tan viejo como Matusalén y tan joven como ella misma. De súbito, se dobló sobre si mismo, presa de un violento espasmo de tos, su pecho flaco resolló y su frente se cubrió de sudor. Compadecida y horrorizada a la vez, ella lo veía toser con tal violencia que parecía que fuese a vomitar los pulmones.

-¿No podríamos hacer algo? -dijo a Quentin, que estaba junto a ella, con su rostro tenso y furioso.

-No -dijo él sin rodeos-. Lo que él necesita es coñac. -¿Qué le pasa? -preguntó ella en un susurro-. El duque me había dicho que él está enfermo, pero... ¿de qué se trata?

-¿Él no te lo ha dicho?

Los ojos de Quentin relampaguearon de ira y, en ese instante, se pareció a su medio hermano de manera notable.

-¿Si no le he dicho qué cosa? -se oyó la voz de Tarquin, que llegaba desde la escalinata de la iglesia, detrás de ellos.

Él echó un vistazo a Lucien, que seguía presa de la convulsión y luego bajó el último peldaño.

-La muchacha no sabe qué padece su esposo -respondió Quentin con dureza-. ¡Qué vergüenza, Tarquin!

-Como Juliana no tendrá nada que ver con Lucien, ¿qué importancia tiene eso para ella? -dijo Tarquin, sacando su caja de rapé-. Tu esposo tiene sífilis, *mignonne.* Pero yo te prometo que no te pondrá un solo dedo encima.

Sin habla, Juliana clavó la vista en el duque quien, inmutable, tomaba un pellizco de rapé, volvía a guardar la caja en el bolsillo y daba una fuerte palmada a Lucien en la espalda.

-Ven, Edgecombe. Echaremos una copa de coñac por tu gaznate, y te pondrás bien en un segundo.

Lucien se irguió y hundió la cara húmeda en un pañuelo.

-¡Por todos los diablos! -graznó, cuando pudo recuperar el aliento-. Creí que no volvería a respirar -se limpió la nariz y la boca y metió el pañuelo otra vez en el bolsillo.

Luego, echó una mirada socarrona a su esposa-. Lo lamento, querida. No es una primera impresión particularmente favorable para una novia, ¿eh?

-No -repuso Juliana con tono desmayado-. ¿Es preciso que sigamos aquí en medio de la calle?

Dio una sacudida a su traje de novia, con una expresión de hondo disgusto. Qué payasada, estar vestida así para una farsa tan diabólica.

-Mi coche está aquí -Tarquin la tomó del brazo, guiándola al otro lado de la calle, donde aguardaba una ligera silla de paseo, con las armas de los Redmayne impresas en las puertas-. Quentin, ¿nos acompañas de regreso a la calle Albemarle?

Su hermano, aún enfadado, titubeó. Pero entonces, Juliana lo miró en silencioso ruego, y él hizo un breve gesto de asentimiento y cruzó la calle.

-No os importa si no voy con vosotros, ¿verdad? -Lucien asomó la cabeza por la ventana del carruaje-. Creo que tengo urgente necesidad de apagar mi sed. No puedo arriesgarme a sufrir otro ataque de tos. Hay una taberna en la esquina -concluyó, señalando con su sombrero.

-Por favor, hazlo -respondió Tarquin, amablemente.

-Sin embargo, estaré presente en el banquete nupcial... cuenten conmigo para eso.

Lucien se alejó, risueño, enfilando con paso decidido hacia la "Lamb and Flag", que estaba en la esquina.

-¿Banquete nupcial? -Juliana miró, con el entrecejo fruncido, a los dos hombres sentados frente a ella-. ¿Cuándo terminará esta absurda parodia, mi señor duque?

-Ésa es la noción que tiene Lucien de una broma -respondió Tarquin-. Yo no había pensado en algo semejante. Yo sólo había pensado en ir a ver una obra de teatro y después cenar en la rotonda de Ranelagh, si eso te complace, Juliana. ¿Te gustaría acompañarnos, Quentin?

-Si Juliana me permite acompañarlos -repuso su hermano, todavía con frialdad-. Pero, quizás ella prefiera retirarse a sus habitaciones para poder llorar.

-Oh, no creo que Juliana sea dada a esa clase de melodrama -respondió Tarquin.

Él tenía la esperanza de que sus palabras la ayudarían a no perder el valor. El instinto le decía que, si ella se quebraba ahora, en adelante todo sería mucho más difícil para ella.

-¿Cómo lo sabe usted, señor?

Juliana estaba acurrucada en un rincón, y sus ojos, de expresión ominosa, jamás se apartaban del rostro del duque.

-Es una suposición -dijo él-. Pero ahora, no vayas a enfurruñarse, hija. Lo que estoy proponiendo es una velada agradable. No verás a Lucien... más aun, es posible que no vuelvas a verlo hasta que hagas tu debut en sociedad. Ah, he enviado el anuncio de tu matrimonio al *Morning Post* y al *Times,* de modo que es probable que recibas visitas de recién casada durante la semana, me imagino.

-Sin el apoyo de mi esposo, supongo.

-No son cosas que suela atender Lucien. Pero Quentin y yo estaremos presentes y te brindaremos nuestro apoyo. ¿No es así, querido hermano?

-Por supuesto.

Quentin comprendió que estaba profundamente involucrado en el plan de su hermano, lo deseara o no. Juliana lo había reclutado con mucha más eficacia que Tarquin. Juliana, que no podía ser rival para Tarquin... tampoco para Lucien... y que necesitaría toda la amistad y la protección que él fuese capaz de brindarle. Sus ojos, que miraban por la ventanilla, estaban ensombrecidos, su boca tensa, sus manos, fuertemente apretadas sobre la falda.

Ella era muy joven, muy vulnerable, inocente. Pobre chica. Jamás se le habría ocurrido imaginar que quedaría atrapada en este retorcido plan urdido por el duque de Redmayne. A Tarquin siempre le había gustado acceder a sus metas por caminos indirectos; ésta era la más astuta e ingeniosa que hubiese pergeñado jamás. Con todo, era imperdonable que hubiese involucrado a una persona tan desprotegida e inexperta como Juliana.

Dirigió una mirada de reojo a la inmóvil figura de su hermano, que estaba a su lado. Tarquin estaba reclinado sobre los cojines con los brazos cruzados, sus ojos a medias

cerrados. Sin embargo, Quentin sabía que estaba mirando atentamente a Juliana. La boca de Tarquin había adoptado una leve curva, como si algo le resultara divertido o grato. Asombrado, Quentin percibió una extraña suavidad que emanaba de su hermano. Él siempre había podido interpretar el talante de Tarquin; esa habilidad había surgido en los años de intimidad, durante los cuales Quentin había venerado a su medio hermano y tratado de emularlo.

Ya no trataba de emularlo... ya no quería hacerlo. Quentin había hallado su propio camino, un camino distinto al de su hermano. Aun así, el lazo entre ambos seguía siendo tan fuerte como siempre. Y ahora, para asombro de Quentin, sentía en Tarquin cierta ternura... una especie de calidez que surgía de él cuando miraba a Juliana y que desmentía el desapegado cinismo de su actitud.

Quentin volvió a mirar a Juliana, que seguía tan silenciosa y tensa en su traje de novia, con el velo echado hacia atrás y con esa cabellera que parecía arder en la penumbra del coche. Si, de algún modo, Tarquin se sentía atraído por ella, tal vez las cosas no resultaran tan mal como Quentin temía.

La calesa aminoró la marcha y se detuvo. Juliana emergió de su ensueflo, amargo y colérico. Al mirar por la ventana, reconoció la casa de la calle Albemarle. La casa que sería su hogar en el futuro que podía avizorar. Y si lograba dar al duque el hijo que él deseaba, sería su hogar durante muchos, muchos años.

El lacayo abrió la puerta. Tarquin saltó ágilmente al suelo, desdeñando el escalón, y tendió su mano a Juliana.

-Bienvenida a tu nuevo hogar, lady Edgecombe.

Juliana apartó su rostro al tiempo que tomaba la mano que se le ofrecía y bajaba seguida por Quentin. Su ira era tan ardiente como el centro de la tierra. ¿Cómo era posible que la hubiese casado con esa ruina de hombre sin decirle a ella la verdad? A juicio de él, ella no era más que una adquisición costosa, sin derecho a ser informada ni a opinar. Él le había pedido su confianza pero, ¿cómo podía creer en su palabra si él le había ocultado semejante cosa?

Pero se vengaría. ¡Dios Querido, se vengarla cien veces! Tras haber llegado a esa resolución, pudo entrar en la casa con la cabeza alta; su dignidad no la abandonó ni siquiera cuando su tacón se enganchó en el umbral y ella tuvo que sujetarse del lacayo para no caer de rodillas.

Quentin se precipitó a ayudarla, poniéndole una mano bajo el codo.

-Gracias -dijo con rigidez, alejándose tanto de Quentin como del lacayo.

-Juliana tiene cierta tendencia a tropezar y caer -comentó Tarquin-. En determinadas circunstancias, es tan temible como un tifón.

-Qué galante, mi señor duque -dijo la aludida, arrancándose con brusquedad el velo de la cabeza y arrojándolo hacia una mesa de palo de rosa.

Falló, y el velo cayó al suelo de mármol como una nube resplandeciente.

-Bueno, no riñamos ante los criados -dijo Tarquín, sin alterarse-. Ven conmigo, que te mostraré tus aposentos.

Puso una mano ahuecada en el codo de ella, y la condujo hacia la escalera.

Quentin, que había quedado atrás, recogió el velo caído, lo puso con cuidado sobre la mesa y luego fue en dirección a la biblioteca, en busca del botellón de jerez.

Juliana y el duque llegaron a lo alto de la escalera en forma de herradura.

-Como ya te había dicho, pensé que tal vez te agradase usar la sala de desayunar como tu sala privada -dijo el duque con firme jovialidad, señalando en dirección al corredor, hacia la puerta que Juliana recordaba, en el primer rellano-. Allí podrás recibir a tus propios amigos en perfecta intimidad.

¿Qué amigos?", pensó Juliana, pero cerró la boca y callo la irónica pregunta.

-Tu dormitorio y tu *boudoir* están en la parte delantera de la casa, en la segunda planta -la guió hacia un segundo tramo de escalera, a la derecha del rellano-. Necesitarás contar con una doncella personal; para eso he contratado a una mujer que viene de mi propiedad. Es viuda; su esposo era uno de mis arrendatarios y ha muerto hace unos meses. Es una buena persona, muy respetable. Estoy seguro de que se llevarán bien.

Pero él no dijo que había llegado a la conclusión de que Juliana necesitaba a una mujer maternal que cuidase de ella en lugar de las habituales mujeres altivas que solían trabajar como doncellas de compañía de las damas del mundo elegante.

Juliana guardaba silencio. Tarquin abrió unas puertas dobles.

-Tu habitación. El *boudoir* está tras esa puerta, a la izquierda.

Él hizo un ademán, indicándole que entrase en una gran habitación luminosa, decorada con damasco dorado, con un cobertor de cambray blanco, bordado. Los muebles tenían delicadas patas ahusadas, y brazos y respaldos de graciosas curvas, la *chaise longue* y las sillas estaban tapizadas con brocado dorado y blanco. Perfumaban el aire cuencos con rosas amarillas y blancas. Cuando entró en la habitación, los pies de juliana se hundieron en la mullida alfombra de color crema, con dibujos de flores doradas.

-¡Oh, qué habitación tan elegante! -exclamó.

Su amarga cólera se esfumó al contemplar con deleite ese cuarto. La involuntaria comparación de este modelo de riqueza y buen gusto con la ambientación fea, pesada, gastada y desvaída de la casa de sir John Ridge era abismal.

Tarquin sonrió, complacido, y luego se preguntó por qué le importaba tanto la aprobación de esta joven. Juliana había entrado precipitadamente por la puerta del *boudoír, y* él oía sus exclamaciones de regocijo al ir descubriendo el pequeño recinto íntimo.

-Qué bonito es -salió de nuevo hacia el dormitorio con los ojos brillantes-. Jamás me habría imaginado viviendo en un ambiente tan elegante -confesó.

-Tú habrás de engalanarlo, mi querida -dijo Tarquin, conservando aún esa sonrisa involuntaria que le producía ser testigo del intenso placer de ella.

-Oh, es probable que dentro de diez minutos parecerá que un tifón ha arrasado esta habitación -replicó ella.

Tarquin alzó las manos:

-Vamos, hagamos una tregua. No quise ofenderte. En realidad, encuentro que tu... tu azarosa forma de moverte es muy atrayente.

Juliana le dirigió una mirada incrédula.

-No entiendo cómo es posible que alguien encuentre atrayente la torpeza.

-Hay algo profundamente seductor en ti, Juliana, ya sea que estés de cabeza o sobre tus pies.

De súbito, su voz se había convertido en una caricia, su sonrisa se había tornado sensual, y ahora era como una irresistible invitación.

Juliana avanzó hacia él, sintiendo que sus ojos lo atraían como la fuerza de gravedad. Él la tomó por los hombros y contempló su rostro vuelto hacia arriba.

-Mi dulzura, hay tantas cosas más gratas que podemos hacer en lugar de reñir.

Ella tuvo deseos de decirle que era un hijo de perra mentiroso. Quiso maldecirlo, atraer una peste sobre esa casa. En cambio, permaneció mirándolo, perdida en sus ojos, esperando que su bella boca poseyera la suya. Y, cuando lo hizo, ella se entregó a él lanzando un breve gemido de dulce satisfacción, abriendo sus labios a él, introduciendo su lengua en la boca de él, aspirando el aroma de su piel, pasando sus manos por entre el pelo de él, atrayendo la cara de él hacia ella, como si no se saciara jamás.

Él la llevó hasta la cama y ella se desplomó, en un revuelo de blanca gasa virginal. El rostro de Tarquin se cernió sobre el de ella, ya sin sonreír, expresando ahora un apetito hondo, primitivo, que provocaba ramalazos de reacción en el vientre de ella. Él alzaba ya sus faldas y fustanes, sin hacer caso del molesto impedimento del miriñaque. Tarquin se desabotonó los pantalones con la mano libre y luego la deslizó bajo el trasero de ella, alzándola en el hueco de su mano, al mismo tiempo que la penetraba.

Lo súbito de la penetración arrancó un jadeo a Juliana; al mismo tiempo, su cuerpo la recibió, dichoso, y sus caderas comenzaron a moverse como por propio designio y sus nalgas se pusieron tensas sobre la palma extendida del hombre. Él la sostenía con una mano mientras se movía dentro de ella con embestidas cortas y duras. Y, a cada embestida el vientre de ella se contraía y la espiral se ceñía, hasta que de sus labios brotó un grito y la inundaron sucesivas oleadas de placer. Tarquin echó la cabeza hacia atrás, con el cuello surcado de cordones por

el esfuerzo y sus ojos cerrados. Entonces, él pronunció su nombre con una extraña entonación maravillada y su simiente se derramó dentro de ella con cada latido palpitante de su carne; cuando ella creía que ya no podría soportar más, un torrente de la más exquisita dicha inundó cada célula y cada poro de su cuerpo.

-Qué embeleso -murmuro Tarquin, inclinándose sobre la húmeda protuberancia de sus pechos que escapaban por encima del escote.

Juliana yacía desmadejado debajo de él, incapaz de moverse o de hablar hasta que su corazón disminuyera un poco su alocado latir. Alzó la mano con esfuerzo y tocó la cara de él, dejándola caer de nuevo sobre el cobertor.

-Me perdí en algún sitio -murmuró ella.

Tarquin salió con delicadeza del cuerpo de ella.

-Es un paisaje maravilloso para vagar por él.

-Oh, sí- coincidió Juliana, acomodando sin fuerzas sus desarregladas faldas-. Y ni siquiera es indispensable desvestirse para el viaje -añadió ella con una risilla maliciosa, sintiéndose repentinamente vigorizada. Se sentó-. ¿Dónde están los aposentos de mi marido?

-Al otro lado de la casa, en el fondo.

El duque se incorporó, se abotonó los pantalones y contempló a juliana con ceño intrigado.

Ella se bajó de la cama, sacudiendo sus faldas. --Y dónde estaban tus apartamentos, señor?

-Junto a los tuyos.

-Qué conveniente -comentó Juliana, mientras comenzaba a soltarse el pelo.

-Permíteme que te muestre hasta qué punto es conveniente -se volvió hacia el armario que estaba en otro extremo de la habitación-. Ven, mira.

Juliana, todavía sacándose hebillas, lo siguió, movida por la curiosidad. Él abrió la puerta y ella contuvo una exclamación al contemplar la suntuosa masa de seda, satén, y tafetas que colgaba allí.

-¿Qué es esto?

-Ya te había dicho que me he ocupado mucho de tu guardarropa -respondió él-. Ahora quería mostrártelo.

Apartó las prendas y dio un paso atrás para que juliana pudiese ver el interior.

Ella vio que había una puerta en el fondo del armario.

-Ábrela -le dijo él, divertido con el desconcierto de ella.

Juliana lo hizo, y la estrecha puerta se abrió hacia otro dormitorio, bien diferente del suyo: nada de delicadezas femeninas. Éste estaba decorado con madera oscura y tapices, con sólidos muebles de roble, y sus suelos relucían de tan lustrados.

-Oh -exclamó ella.

-Es conveniente, ¿no te parece?

La diversión iluminaba los ojos de él.

-Mucho -respondió Juliana, dando un paso atrás y sacudiendo la cabeza para deshacer las trenzas-. ¿Lo has hecho instalar especialmente?

Él negó con la cabeza.

-No, fue instalado por el tercer duque que, según se decía, gustaba de hacer pequeñas tretas a su duquesa. De acuerdo con lo que cuentan, no era un hombre muy agradable. Yo me imagino que nosotros podremos darle un uso mejor.

-Si - Juliana estaba empezando a sentirse aturdida otra vez-. ¿Conoce alguien su existencia... el vizconde, por ejemplo?

-No. Muy pocas personas lo conocen. Y te garantizo que Lucien no es una de ellas. Él casi no conoce esta casa.

-¿Y lord Quentin?

-Sí, por supuesto: él la conoce.

-¿Del mismo modo que sabe todo con respecto a este plan?

Ella se pasó los dedos por el pelo, tratando de desenredarlo.

-Sí.

-¿Y qué opina de esto?

-Lo desaprueba por completo -dijo Tarquin sin hesitar-. Pero terminará por aceptarlo. Siempre lo hace -se volvió otra vez hacia el armario-. ¿Qué te parece si elegimos un vestido adecuado para vestir a lady Edgecombe para ir al teatro y a visitar Ranelagh?

"¿Por qué no?" Ese hombre era una especie de avalancha que arrasaba todos los obstáculos, imposible de detener. Y, por el momento, ella no quería que se detuviera, aunque comprenderlo la dejaba un tanto confundida.

11

George Ridge salió de los baños de Cross Keys en mitad de la tarde, sintiéndose más cosmopolita. Giró sobre sus talones, disfrutando del susurro que hacía su nueva chaqueta de faldones amplios, de brocado color gris pardusco. Su mano se posaba, con aires de importancia, sobre la empuñadura de una espada mientras él miraba hacía la calle Littie Russell, tratando de decidir si entraría en la cervecería Black Lion, a cenar o si regresaría a Gardeners Arm, para ver si sus anuncios habían dado frutos.

La mesa en el Gardener's Arm ofrecía una comida aceptable y los otros comensales solían ser grandes bebedores, aficionados a las conversaciones soeces y las bromas lascivas. En general, a George le venía bien pero, la noche anterior, una vez que la mesa común había sido despejada y dispuesta para el juego de azar, él había descubierto que sus compañeros de mesa jugaban muy fuerte. A medida que circulaban las botellas de oporto y la sala iba caldeándose, George se había vuelto más locuaz, alegre e imprudente, y sus ojos inyectados en sangre contemplaban con bohonomía los dados, mientras él iba arrojando guineas sobre la mesa con una despreocupación que más tarde lo sorprendió. Hasta el momento, no había tenido el valor de calcular sus pérdidas.

Su padre se habría puesto furioso, de haberlo sabido. Sin embargo, sir John había sido un viejo remilgado, salvo en su gusto por las mujeres jóvenes y había sido una persona muy cuidadosa de su riqueza.

George nunca había podido visitar Londres antes de esta ocasión. Su padre lo consideraba un sitio para derrochadores y vagos, habitado por mujeres perdidas y hombres dispuestos a cortarle a cualquiera el cuello por una insignificante moneda.

Esa tarde, en los baños, George había gozado con las mujeres perdidas. Con tres de ellas. Tres mujeres muy caras. Ahora, sus bolsillos estaban mucho más aligerados de lo que habían estado esa mañana, cuando él se marchó de Gardener's Arm. A pesar de todo, cada guinea había rendido su valor. Suponía que, en Londres, sería habitual que las rameras bebiesen champán. La sidra estaba muy bien para las busconas campesinas de rojas mejillas y caderas anchas que él volteaba en el cobertizo o tras una parva de heno, pero las pintarrajeadas mujeres con camisas de lino, con sábanas limpias en su cama, sin duda tenían expectativas más elevadas.

Sin embargo, a consecuencia de ello, él se sintió culpable al tomar conciencia de que había gastado, tal vez, en veinticuatro horas, tanto dinero como para pagar la factura anual de un veterinario.

Y, sí regresaba a Gardener's Arm, lo más probable era que luego se sintiese atraído otra vez por el juego de dados. Se convenció de que sin duda una cena modesta en la Black Lion y después una visita al garito sería lo más prudente para esa noche. Y, ya que el teatro Royal estaba a unos pasos nada más de la taberna donde preparaban tan buenas chuletas, tendría la certeza de llegar allí antes de las cinco de la tarde y conseguir una butaca decente en la platea.

Observó con orgullo el lazo plateado de su nuevo sombrero de tres picos y luego se lo encasquetó con cuidado en la cabeza, asegurándose de que las alas de paloma de su peluca de coleta no se desarreglasen. Golpeteó la empuñadura de su espada con el pulpejo de la mano y disparó en torno una mirada imperiosa, como si fuese a lanzar un desafío. Un zaparrastroso caballero, de torcida peluca, se apresuró a cruzar al otro lado de la calle, al acercarse a George y ver su pose beligerante. Londres estaba lleno de jóvenes ciudadanos agresivos, para quienes resultaba un grato deporte atormentar a vulnerables transeúntes.

George le dirigió una mirada altanera y se sacó de un ligero golpecillo una mota de rapé del ancho puño de la manga. En el campo, él no llevaba espada pero había entendido de inmediato que en la ciudad era la identificación de un caballero. Había comprado el arma que llevaba en una armería de la calle Erbury; el fabricante le había asegurado que no era un simple adorno: que en manos de un espadachín diestro como sin duda sería Su Honorabilidad, se convertiría en un arma mortal y constituiría una poderosa protección.

Dio un breve cabezazo de satisfacción y se echó a andar hacia la Black Lion. Después de haber experimentado los placeres de Londres, tomó la decisión de que todos los años pasaría algunas semanas en la ciudad, en el invierno, claro, cuando la tierra necesitaba menos de su atención.

Juliana sería para él una consorte más que satisfactoria. Ella había crecido en la propiedad de un caballero terrateniente, había sido educada en todos los aspectos que era preciso educar a una dama. Ella sabía cómo conducirse en el seno de lo mejor de la sociedad... mejor que él mismo, George no podía menos que admitirlo. Él era digno hijo de su padre. Hijo de un tosco terrateniente, de escasa educación, a quien le interesaban más sus cosechas y sus bosques, sus deportes, su cena y su botella que los libros y la música o la conversación cortés. Juliana, en cambio, era una dama.

Pero, en nombre de Lucifer, ¿dónde estaría ella? La satisfacción y el placer que George había experimentado ese día se evaporaron de golpe. Estaba muy bien aquello de hacer agradables planes, pero eran como castillos en el aire si no había una muchacha de carne y hueso para convertirlos en realidad. Él tenía que lograr que ella fuera su esposa. Quería tenerla en su cama. Quería ver cómo desaparecían de los ojos de ella la superioridad y el desprecio, al reconocerlo a él como su esposo y amo.

Juliana, con sus ojos tan fríos y tan verdes como lo más profundo del mar; Juliana, con su boca llena que era capaz de curvarse en una sonrisa desdeñosa como para amilanar a cualquier hombre; Juliana, con esa melena que era como un incendio en el bosque y sus largas piernas y sus pechos plenos, erguidos y orgullosos.

El tendría a esa Juliana, la tendría obediente y dócil en su casa y en su cama, de lo contrario, la vería quemarse en la hoguera.

George entró en la Black Lion y pidió una botella de borgoña. Él la encontraría aunque, para lograrlo, tuviese que pagar cien guineas.

Cuando los tres estuvieron sentados ante una mesa, a la hora de la cena, Quentin notó que Juliana estaba de un talante muy diferente. Las dos ocasiones anteriores en que la había visto ella había estado obviamente desasosegada y, además, esa mañana, presa de una intensa ira. Sin embargo, ahora sus ojos eran como luminosas gemas, su piel clara tenía un resplandor que parecía provenir de su interior. Estaba vivaz y burbujeante, de risa pronta e ingenio veloz, que revelaba um. mente bien informada. Arrojaba a Tarquín temerarios desafíos y, de vez en cuanto, le lanzaba una mirada que siempre hacía sonreír al duque.

A pesar de su vocación, Quentin no era un remilgado ni le resultaban extrañas las mujeres. No hacía falta ser un genio para deducir que lady Edgecombe había estado disfrutando de ciertos juegos eróticos esa tarde. El indulgente humor de su hermano y la inconfundible caricia que prodigaban sus ojos cuando se posaban sobre Juliana indicaban a las claras que, por grande que fuese el desacuerdo en ciertas cuestiones, entre el duque de Redmayne y la esposa de su primo, había una buena relación en la cama.

Quentin pensó que, tal vez, él no debería aprobar lo que sucedía, pero tampoco era un hipócrita. Había prestado su apoyo al abominable plan de Tarquín... y, si bien a desgana, aún seguía formando parte de él. Si Juliana obtenía placer haciendo el amor con el duque, se podía afirmar que al menos no estaba siendo forzada a cumplir con esa parte del arreglo.

Juliana, por su parte, no sabía bien si su sensación de goce embriagador en la cena tenía que ver con lo sucedido por la tarde o con la flamante posición en la que se encontraba. Como era la única mujer presente en la mesa, era el centro de la atención. En Forsett Towers, siempre había estado relegada a un rincón de la mesa, obligada a guardar silencio, a menos que se le dirigiese la palabra; en consecuencia, había padecido interminables cenas que habían sido las horas más tediosas de su vida. En esta mesa, en cambio, cada vez que ella abría la boca para hablar, tanto el duque como su hermano le prestaban la más vivaz y halagadora atención.

-¿Qué obra veremos?

Levantó su copa de vino, y un camarero se acercó a toda velocidad para retener la cascada de cubiertos que su manga flotante había puesto en movimiento.

-Macbeth, interpretado por Garrick -respondió Tarquín, con los labios trémulos por la tentación de reír, al ver que ella echaba una mirada ceñuda y mortificada, a la vez, a las errabundas mangas.

-Sin duda, también habrá una farsa-agregó Quentin-. Y como Garnck ha llamado a Thomas Ame como director musical, podemos estar seguros de que habrá buena música en los entreactos.

-Jamás he estado en una representación teatral -dijo Juliana, sujetando su manga para mantenerla bien lejos de la mesa mientras extendía la mano para alcanzar una cesta con dulces-. En mi pueblo, los mimos iban para Navidad y, de vez en cuando, durante la feria pero nunca hubo verdaderas representaciones teatrales.

-Confío en que lo disfrutarás.

A Tarquín le sorprendía encontrar tan encantador el entusiasta parloteo y la risa frecuente de la joven. Ésta era una Juliana que, hasta ese momento, sólo había entrevisto de manera fugaz. Además, ella tenía un saludable apetito. Tal vez nadie le hubiese dicho que no se consideraba digno de una dama satisfacer el apetito en público o, sencillamente, no hacía caso de tan estricta norma. Sonriendo para sí. Tarquín pensó

que lo más probable era que se tratase de lo segundo. La conversación de Juliana era divertida e inteligente, a la vez. Era obvio que sus tutores no habían descuidado su educación, por mucho que se hubiesen esforzado en ahogar su personalidad.

-Mi señor duque, ¿tengo, acaso, una mancha en la nariz? -preguntó Juliana, limpiándose la punta de la nariz con la yema de un dedo.

-Yo no veo ninguna.

-Tengo la impresión de que estás mirándome con especial intensidad -dijo ella-. Por eso, quería estar segura de que no había ningún defecto en mi arreglo.

-Ninguna que yo vea -él apartó la silla-. Querida mía, si has terminado, sugiero que vayamos a la sala a beber el té.

-Oh, sí -dijo Juliana, sonrojándose y poniéndose en pie de un salto, con lo cual envió la silla, resbalando por el suelo lustrado. -Debí haberlo sabido, y te pido perdón. Os dejaré para que bebáis vuestro oporto.

-No es necesario -dijo Tarquín, sujetando la silla para que ella pudiese pasar con facilidad rodeándola-. A Quentin y a mí no nos gusta demasiado quedarnos mucho tiempo de sobremesa. ¿No es así, hermano?

-De ninguna manera -admitió Quentin-. No veo por qué Juliana debería quedarse sola en la sala, mientras nosotros nos ponemos a gusto con el oporto.

-Claro que Lucien tendría un punto de vista muy diferente -comentó Tarquín.

Juliana le echó una rápida mirada por encima del hombro pero su expresión era tan desapegada como su tono. ¿Qué diferencia en el ambiente acarrearía la presencia de su marido? Supuso que sería una gran diferencia.

Ella no permitió que esos pensamientos arruinasen el placer de esa noche. Si había ido a caer en esta situación, bien podría disfrutar de sus beneficios.

Fueron hasta Covent Garden en la calesa del duque. Juliana miraba por la ventana, atraída por una Londres que se entregaba a la juerga nocturna. Era la primera vez que ella salía de noche desde que había bajado de la diligencia en Bell; cuando llegaron a Covent Garden, comprobó que la escena era muy diferente de la que se veía durante el día. Los vendedores de capones y de pescado habían desaparecido y los cobertizos ya estaban cerrados hasta el día siguiente. Ahora, el centro del paseo estaba atestado de damas acompañadas por sus lacayos, mujeres que hacían la calle, y muchachos que corrían entre la muchedumbre, proclamando los deleites que se podrían disfrutar en los burdeles especializados, disfrazados de cafeterías y chocolaterías.

Entre las columnatas de la Piazza se paseaba la gente elegante, examinando la escena con aire burlón mientras se dirigían al teatro Royal, cuyas puertas ya estaban abiertas. Faltaba poco para las seis; la multitud reunida ante las puertas ya era una masa bullente que peleaba y se empujaba, pugnando por abrirse paso para conseguir un asiento de último momento.

Juliana miró el amontonamiento de reojo y se preguntó cómo atravesaría la multitud con su ancho miriñaque. Estaba segura de que se rompería algo en el trayecto.

-¿Acaso la obra no comenzaba a las seis?

-En efecto -respondió Tarquín, ayudándola a posarse sobre los adoquines ante el teatro.

-Pero, si no tenemos asientos...

-Los tenemos, mi querida -la tranquilizó Quentin con una sonrisa-. El lacayo de Tarquín ha llegado a la puerta a las cuatro de la tarde, con tiempo de sobra para asegurarnos un palco.

De modo que así era como los privilegiados organizaban estas cosas. Juliana arqueó una ceja y llegó a la conclusión de que le gustaba ser una privilegiada. El duque y lord Quentin iban uno a cada lado de ella, y se aproximaban a la entrada ante la cual se agolpaba el gentío. No supo cómo había sucedido, pero lo cierto fue que se abrió un camino en medio de la multitud y, de repente, ella se halló dentro del teatro, con su vestido intacto y su miriñaque observando una conducta impecable. Tenía la vaga impresión de que sus dos acompañantes habían tocado un hombro aquí y allá, pronunciado una que otra palabra en voz baja, empujado a algún cuerpo a un lado. Como quiera que lo hubiesen hecho, estaban dentro.

Aunque la orquesta estaba tocando, el ruido y la charla de las personas que caminaban entre los asientos y se detenían a hablar con sus amigos o se llamaban por encima de las cabezas para atraer la atención de alguien hacia otras zonas de la platea, hacían casi imposible

escucharla. Por encima del estrépito, los gritos de los vendedores de naranjas tenían un tono agudo e imperioso.

-Por aquí.

Juliana fue conducida con destreza hasta un palco cercano al escenario, donde un lacayo enfundado en la librea de Redmayne saludó con una reverencia cuando ellos entraron. Tarquín no soltó el codo de Juliana hasta que ella no estuvo sentada en la parte delantera del palco.

-Y ahora, si no intentas explorar, estarás sana y salva -dijo él, sentándose junto a ella.

-No me han de faltar entretenimientos -Juliana se asomó sobre el antepecho del palco-. Si la obra es la mitad de apasionante que el espectáculo que hace el público, me daré por muy satisfecha. ¿Para qué están esas picas de hierro en el escenario?

-Para impedir que lo invada el público -la expresión arrobada de Juliana hizo sonreír a Tarquín-. ¿Ves aquellos hombres más bien corpulentos que están detrás? Ellos son una medida más de disuación.

Juliana se echó a reír.

-Me alegra mucho haber venido a Londres -entonces, se sonrojó y una sombra opacó lo vibrante de su expresión-. Más bien, me alegraría, de ser otras las circunstancias.

Quentin la tocó en el hombro en señal de simpatía. Tarquín, por su parte, prefirió ignorar el comentario. Se hizo un momento de incómodo silencio, pero entonces surgió un imperioso redoble desde la orquesta. Subió el telón, y David Garrick salió a escena para recitar el prólogo de la función de la noche.

La obra comenzó, y Juliana se concentró en ella, embelesada. El público seguía bisbiseando y cuchicheando, continuando con sus conversaciones mientras se representaba la obra, pero ella no percibía nada de lo que sucedía fuera del escenario. No se le cruzó por la cabeza, siquiera, lo extraño de que Macbeth se representara con vestimenta actual, con Garrick en el papel protagonice, vestido con todas las galas de un funcionario hanoveriano.

En el primer intervalo, se reclinó en su silla exhalando un suspiro de satisfacción.

-Qué mágico. Qué diferente es oír las palabras en lugar de leerlas, por más que uno lea en voz alta.

-Me alegra que te guste, mignonne -Tarquín se puso de pie-. Disculpadme un minuto, debo saludar a alguien.

Salió del palco y Juliana volvió a concentrar su atención en el gentío. Al parecer, en la primera fila había una discusión que estaba comenzando a agriarse y un hombre amenazaba con sacar su espada. Alguien vociferó jocosamente y arrojó un puñado de peladuras de naranja a los contendientes. Estallaron carcajadas y la tensión pasajera se disipó.

Juliana extendió su mirada más allá de la platea, a los palcos de enfrente. Vio al duque justo del lado opuesto, de pie tras la silla de una mujer vestida de gris oscuro, casi negro, con un fichú blanco en el cuello y el pelo recogido con severidad bajo una cofia blanca. Ella miraba a Tarquín mientras éste le hablaba.

-¿Quién es la persona con la que habla el duque?

Quentin no levantó los ojos; estaba observando a la multitud.

-Lady Lydia Melton, supongo. Es su prometida.

Su estudiado tono de desapego tenía algo de falso pero Juliana no lo pensó, demasiado estupefacta, como estaba, por su inteligencia.

-¿Su prometida? -no logró disimular la consternación que revelaba su voz, aunque lo intentó-. ¿Se va a casar?

-¿No te lo ha dicho?

Quentin seguía sin mirarla a ella ni al objeto en discusión.

-No... estoy comprobando que hay muchas cosas que él no me ha dicho.

Todo el placer de la noche se esfumó, y regresó a ella el amargo resentimiento de esa mañana.

-En mi opinión, quizás él creería que su compromiso no era algo importante para ti... ni para nadie -añadió con suavidad.

-Claro, no tiene importancia -dijo ella en tono ácido-. ¿Por qué habría de importarme?

-Bueno, de todos modos, transcurrirá un tiempo antes de que eso suceda -dijo Quentin, en tono llano-. La boda debería haber sido hace dos meses, pero como ha muerto el abuelo de Lydia, toda la familia se ha puesto luto. Y estarán de duelo durante dos años completos.

-Entonces, ¿qué hace ella en el teatro? -preguntó Juliana con sequedad-. No me parece una actividad propia de alguien que esté de luto.

-Es por Macbeth -señaló Quentin-. Se marcharán antes de la farsa.

-A mi juicio, es una actitud bastante hipócrita -Juliana entornó los ojos y enfocó su vista al otro lado del teatro, intentando ver mejor a lady Lydia Melton. A la luz parpadeante de las antorchas que iluminaban la escena y la platea, era difícil hacerse una idea-. ¿Cuántos años tiene ella?

-Veintiocho.

-Es una solterona -dijo Juliana.

-En tu lugar, yo me abstendría de formular juicios sin conocer los hechos -replicó Quentin con cierta aspereza-. Lydia y Tarquín han estado prometidos desde la cuna, pero la muerte de la madre de Tarquín, hace tres años, obligó a postergar el matrimonio. Y ahora, el fallecimiento del abuelo de Lydia ha provocado otra demora más.

-Ah, no era mi intención ser tan malévola -Juliana sonrió, demostrándole su arrepentimiento-. Es que estoy abatida.

La expresión de Quentin se suavizó.

-Sí, puedo imaginármelo.

Juliana volvió a mirar hacia el otro lado y, de súbito, notó que la dama también la miraba sin disimulo. Se hizo evidente que la propia Juliana era el tema de la conversación cuando Tarquín alzó una mano e hizo un ademán de reconocimiento y lady Lydia hizo una profunda reverencia. Juliana respondió de manera similar.

-Me pregunto qué estarán diciendo de mí.

-Me imagino que Tarquín está informándole que tú eres la flamante esposa de Lucien -aventuró Quentin-. De cualquier modo, los Melton se preguntarían qué hacíamos él y yo en un palco del teatro con una dama desconocida.

-¿Y no les resultará extraño que el vizconde no esté con nosotros, después de la boda?

-No -respondió Quentin, sin añadir detalles.

La orquesta inició otro redoble, y Tarquín desapareció del palco de los Melton. Unos minutos después, estaba junto a Juliana.

-No me habías dicho que estabas prometido -susurró ella en tono acusador, al tiempo que comenzaba el segundo acto.

-Tiene escasa importancia -replicó él-. Y ahora, calla y escucha.

A Juliana le resultó difícil concentrarse en el resto de la función. Se preguntaba cuándo pensaría Tarquín hablarle de su novia.

Se preguntaba qué sucedería con el arreglo entre ellos cuando la nueva duquesa se instalara en la casa. Era de suponer que la amante y su hijo se instalarían en un ala de la casa, y la duquesa y sus hijos en otra, y el duque se desplazaría entre sus dos familias del modo que se le antojara y cuando quisiera.

Quizá, sus actuales aposentos, tan encantadores, pertenecerían por derecho a la esposa del duque. No podía ser de otra manera, teniendo en cuenta la vecindad con los de él, por no hablar de la puerta secreta. Por lo tanto, era de suponer que ella tendría que abandonarlos cuando la nueva duquesa fijara allí su domicilio.

Juliana abrió y cerró su abanico con tal violencia que rompió una de las delicadas varillas pintadas. Sus acompañantes, sobresaltados, la miraron.

El duque, para calmarla, puso una mano sobre la de ella, que aún golpeteaba con el abanico sobre su regazo. Ella se volvió y lo miró, ceñuda, con tanta furia que él creyó escaldarse con las llamas que despedían sus ojos. Si había algo innegable en Juliana, pensó él con ironía, era que uno siempre sabía a qué atenerse con ella. Estaba tan cargada de toda clase de pasiones que era incapaz de disimular sus emociones.

-Si quieres reñir, hagámoslo más tarde -susurró él-. Y no en medio de un teatro lleno de gente, por favor, Juliana.

Juliana volvió los ojos a la escena, con gesto ostensible, la boca tensa, la espalda rígida como si tuviese una barra de acero adosada a ella.

Tarquín intercambió una mirada con su hermano pero no encontró en él expresión de simpatía alguna.

Tal como Quentin había predicho, el grupo de los Melton se marchó antes de la farsa. Lo hicieron con tanta discreción que Juliana no lo notó. Cuando se encendieron las antorchas y miró hacia el palco, comprobó que estaba vacío.

Tarquín se asomó y llamó a una de las vendedoras de naranjas.

Ella alzó la cara luciendo una graciosa sonrisa y le arrojó dos naranjas que él atrapó con destreza, tirando abajo, a su vez, una moneda de seis peniques. La mujer sonrió, hizo una inclinación y metió la moneda entre sus túrgidos pechos que sobresalían por el escote del vestido, que estaba cortado de modo que exhibiera pantorrillas y tobillos.

-¿Quiere bajar y recuperarla, sir? -exclamó, lanzándole un guiño lascivo-. No podrá usar las manos. Y si duplica el precio, nunca se sabe dónde podría terminar.

Risueño, Tarquín rechazó la propuesta. Sacó un pequeño cuchillo del bolsillo de su chaleco y comenzó a pelar una naranja. Arrancó un trozo y lo acercó a los labios de Juliana.

-Abre grande la boca, querida.

-No estoy de humor para bromas -respondió ella, apretando los labios.

Tomó el trozo de naranja con los dedos en lugar de abrir la boca para que él se lo pusiera y le dio las gracias con cortesía.

Tarquín le dio el resto de la naranja sin hacer más comentarios, peló la otra y la compartió con Quentin, quien estaba llegando a la conclusión de que Juliana, quizá, no fuese una víctima hasta el punto que él había creído que sería.

El regocijo que provocó la farsa en Juliana era tan contagioso que toda su tensión anterior desapareció. En circunstancias normales. Tarquín y Quentin, no se hubiesen quedado a presenciar esta tosca comedia, cuyo mérito mayor era la diversión histérica, pero Juliana estaba tan fascinada, le hacían reír tanto los comentarios más groseros, que permanecieron sentados y disfrutaron con el goce de ella.

Cuando bajó el telón, ella se enjugó las lágrimas con la yema de un dedo.

-No me reía así desde que vi a Punch y ajudy, esos personajes de títeres, en la feria de Winchester.

George Ridge también se había divertido mucho esa noche, pues prefería con mucho la farsa a los largos y pesados discursos de la tragedia, si bien lo habían impresionado mucho las peleas a espada, que habían dado una gran impresión de realismo. Y lady Macbeth había rociado sangre de pollo, y el fantasma de Banquo había sido ahorcado y asfixiado de un modo horrendo.

George salió de la sala, dejando que la marea humana lo arrastrase. En la puerta, un grupo de jóvenes se agolpaba en torno a una pintarrajeada señora con su colección de rameras. Ellos estaban regateando por las mujeres y a la vista aguda del ama, que subastaba a sus chicas, no se le escapaba nada. George titubeó, encaprichado con una moza de ojos audaces, enfundada en un vestido amarillo canario. En un momento dado, el ama gritó:

-Diez guineas al caballero del abrigo listado -y empujó a la chica hacia el hombre así descrito, quien le entregó las diez guineas, y la mujer las echó dentro de un saco pequeño de cuero que llevaba en la cintura.

George resolvió gastar en mujeres dinero suficiente para un día.

Regresaría a Gardeners Arm, cenaría y después, quizás, echaría los dados un par de veces.

Se abrió paso hacia el exterior del caluroso y atestado teatro e inspiró una profunda bocanada del más fresco aire de afuera. Estaría habituándose al hedor de Londres, puesto que ya no fastidiaba tanto. George estaba dudando entre tomar una calesa para regresar a Cheapside o ahorrarse ese gasto y caminar, teniendo en cuenta que era una noche preciosa.

Se quedó boquiabierto, sin poder creer lo que veían sus ojos, sintiendo que su corazón latía de manera desordenada. Al otro lado de la calle estaba Juliana, de cara a él. Ella estaba conversando animadamente con sus dos acompañantes, hombres vestidos de una forma que hizo sentirse a George, de inmediato, zaparrastroso y campesino. Era absolutamente inútil que hubiese ordenado su traje a un sastre de la calle Bond.

Comparado con esos hombres que estaban con Juliana, habría dado lo mismo que estuviera vestido con un mono de trabajador y llevara una horquilla.

¡Y Juliana! Nunca la había visto así. Más aun: si no hubiese sido por su pelo, por la expresión de su rostro y por su voluptuosa figura que él había estado anhelando durante semanas, habría creído que su obsesión había dominado a sus sentidos. Ella iba vestida con tanta elegancia como cualquiera de las damas que le hacían quedarse boquiabierto al mirarlas, cuando entraban en el palacio St. James o se paseaban por Hyde Park. En este caso, también tenían ese indefinible aire de elegancia y calidad en sus ropas y en el modo en que las llevaban; George volvía a sentirse relegado a la granja. Admitió que a lady Forsett la corroería la envidia si pudiese ver a su antigua pupila ataviada con tanto estilo. Con un miriñaque tan amplio y un escote escandalosamente profundo en su vestido de seda color lavanda.

George retrocedió hacia las sombras para que ella no lo viese en caso de que se le ocurriese mirar al otro lado de la calle. Allí, se detuvo y siguió observando al trío. ¿Quiénes serían esas personas que la acompañaban? ¿Se habría convertido en una ramera? Fue la única explicación que se le ocurrió: que, de algún modo, durante los días transcurridos desde que ella llegara a Londres, sola y sin amigos, hubiese logrado atrapar a un protector rico y con buenas conexiones. O, quizás, a dos. Ella reía y conversaba con sus acompañantes con una soltura y una informalidad que parecían indicar un largo conocimiento o cierto grado de intimidad.

Esa explicación tenía perfecto sentido para George. Sin querer, se pasó la lengua por los labios al imaginar en qué medida cambiaría a la altanera e inexperta muchacha criada en el campo, que él había conocido, el hecho de llevar la vida de una ramera. ¿Cómo reaccionaría ella ante la perspectiva de regresar a Hampshire en calidad de esposa de sir George Ridge, después de haber retozado en los campos de juego de la Londres elegante?

Una calesa se detuvo al otro lado de la calle, impidiendo a George la visión de las tres personas. Se adelantó unos pasos y alcanzó a ver que uno de los hombres ayudaba a Juliana a subir al coche. Los dos hombres subieron tras ella y se cerró la portezuela. George vio un escudo ducal pintado en ella. Si bien no pudo leer el lema en latín ni identificar las armas, supo que el carruaje pertenecía a un duque. Al parecer, Juliana había volado alto. Tal vez demasiado para un simple terrateniente, por rico que fuese.

Se abrió paso hasta un coche de alquiler que se había detenido junto a un grupo de borrachos que discutían cómo proseguir su velada.

George empujó con rudeza para pasar entre ellos y meterse en el coche, antes de que alguien pudiera advertir qué sucedía.

-Siga al coche que va delante. El negro y amarillo -gritó George al cochero, golpeando en el techo con el pomo de su espada.

El coche arrancó con una sacudida y sus descartados pasajeros se volvieron para expresar su sobresalto y su furia con gritos destemplados. Hicieron un débil intento de seguirlo, uno de ellos se colgó de las correas de la ventana a lo largo de unos metros, insultando a George de ser un escurridizo ladrón y luego cayó en la zanja.

George se asomó, ansioso, por la ventana esforzándose por no perder de vista el coche negro y amarillo que se bamboleaba girando en una esquina. Aparentemente, el cochero

estaba divirtiéndose con la persecución porque giró en la esquina sobre dos ruedas y George se vio lanzado sobre los cuarteados y manchados cojines de cuero. Se enderezó, lanzando una imprecación y volvió a asomarse por la ventana.

-Aquí estamos, patrón: Ranelagh Gardens -vociferó el cochero, deteniéndose ante las puertas de hierro forjado-. ¿Quiere que entre tras ellos?

-No, iré andando.

George saltó del coche, pagó al cochero y corrió hacia el interior del parque, pagando la media corona por su entrada, para después dirigirse hacia la rotonda, donde suponía que habría de hallarlos.

Durante el resto de la noche, siguió los pasos de Juliana, cuidando siempre de mantenerse fuera de su vista. Vio que ella cenaba en uno de los locales de la rotonda, acompañada por la orquesta que tocaba en el centro del lugar. Parecía animada pero él no pudo distinguir señales de relación física con ninguno de sus dos acompañantes. Si fuera cierto que ella estaba allí como la prostituta de ellos, él habría podido ver unos dedos que se rozaban, algún beso, un definido coqueteo; sin embargo, a pesar de la elegancia de su vestido, el grupo parecía ser una niña pequeña y sus dos tíos indulgentes que iban de paseo.

Muy intrigado, George los siguió cuando salían de los jardines, en algún momento cercano al alba. Tomó un nuevo coche de alquiler y ordenó seguir la calesa negra y amarilla; cuando el coche ducal se detuvo ante una casa de la calle Albemarle y sus tres pasajeros se apearon, él ordenó al cochero que no se detuviera. Fijó la casa en su memoria cuando vio que las tres personas desaparecían en el interior de su vestíbulo iluminado. Después, se reclinó y se dedicó a reflexionar en los dilemas que habían surgido esa noche.

Juliana había entrado en la casa con los dos hombres: eso sólo podía significar que había abrazado la profesión más antigua del mundo. Y lo había hecho en un elevado nivel de la escala. No por ello dejaba de ser la asesina de su padre. Por poderoso que fuese el protector de una ramera, ella no podía abrigar la esperanza de eludir una acusación.

El descubriría todo lo que pudiese acerca de esos dos hombres; y luego, esperaría su momento. Entonces, le sorprendería.

12

-Buen día, mi señora.

Juliana se desembarazó de las hilachas de un tibio y confuso sueño al ver que un sol radiante se derramaba sobre su cama. Parpadeó, y se incorporó sobre un codo.

Una mujer menuda, redonda como un buñuelo, de desteñidos ojos azules y pelo gris cubierto con una pulcra cofia blanca, estaba de pie junto a la cama; ella había corrido las cortinas de la cama para que entrara la luz del día. Hizo una reverencia.

-Buen día -contestó Juliana-. Usted debe ser...

-La señora Henley, milady. Pero la familia me llama Henny; por lo tanto, si usted quiere llamarme así, nos entenderemos muy bien.

-De acuerdo, Henny -Juliana se sentó y miró a su alrededor, contemplando la

hermosa habitación y recordando lo sucedido la noche anterior. Se ruborizó al posar la vista sobre un montón de ropa junto a la ventana. El duque había querido ser su doncella después de las horas pasadas en Ranelagh y no había tenido el menor reparo con las finas sedas y el delicado linón de sus prendas íntimas-. Le pido que me disculpe por haber dejado mí ropa en ese desorden -dijo.

-Por todos los cielos, milady, ¿para qué estoy yo? -respondió Henny, en tono

alegre-. Yo las recogeré en un abrir y cerrar de ojos, mientras usted toma su chocolate de la mañana.

Se volvió, levantó una bandeja y la apoyó sobre las rodillas de Juliana. Un rizo de

vapor se elevó del pico de una jarra de plata.

Ese lujo insólito provocó en Juliana una expresión de asombro. Según la rutina de Forsett Towers, ella debía estar vestida y desayunando a las siete en punto, todas las mañanas. Lady Forsett era una firme convencida de los peligros que acarreaba, para los jóvenes, llevar una vida de blanduras; en el invierno. Juliana tenía que romper el hielo de la jarra para poder lavarse.

Con mucho cuidado llenó de chocolate la taza ancha y poco profunda. La porcelana era fina como un papel, de alarmante fragilidad, y tenía una orla dorada. Ella se reclinó en las almohadas y bebió un sorbo, con cautela. Luego, envalentonada, tomó un bizcocho del plato que hacía juega y lo mojó en el chocolate. Un fragmento mojado cayó en la taza cuando ella se llevaba el bizcocho a los labios y salpicó unas gotas de chocolate sobre el cobertor.

-¿Tiene algún problema, milady? -preguntó Henny, que estaba sacudiendo el vestido de seda lavanda, al oír la exclamación mortificada de Juliana.

-He salpicado de chocolate toda la cama -dijo ella, mordiéndose él labio mientras frotaba las salpicaduras-. Estoy segura de que quedarán las manchas.

-La lavandera no se preocupará por un poco de chocolate -tranquilizó Henny, acercándose para examinar el daño-. Pero, por favor, si no es nada.

-Para mí, es una barbaridad -dijo Juliana, disgustada-. Quizá sea mejor que me siente en una silla.

Entregó la bandeja a Henny y se levantó de la cama de un salto.

-Te doy los buenos días, señora esposa.

Juliana giró hacia la puerta que se había abierto sin aviso, y Lucien entró en la habitación. Estaba completamente vestido pero tenía una apariencia desaliñada, como si hubiese dormido con la ropa puesta. Llevaba una copa de coñac y miraba a su esposa con una expresión satírica en sus ojos hundidos, inyectados en sangre.

-Milord.

Juliana se apresuró a retroceder y se enganchó el dobladillo del camisón con el talón.

-Por Dios, pareces sorprendida de verme, señora mía. Yo me he cerciorado de que

es costumbre que el esposo visite a su esposa a la mañana siguiente de su noche de bodas.

Bebió un trago de coñac, mirando con ojos burlones por encima del borde de su copa. Pero en su mirada había algo más que burla. Hubo un matiz de repulsión mientras observaba la forma del cuerpo de ella bajo la fina tela del camisón.

De repente, Juliana decidió volver a la cama.

-Me ha asustado, milord -dijo, con la mayor dignidad que pudo.

Se metió en la cama y se cubrió con las mantas hasta el cuello-. Henny, dame el chocolate.

La mujer le devolvió la bandeja e hizo una reverencia al vizconde.

-¿Quiere que salga, milord?

-No -se precipitó a decir Juliana-. No es necesario. Lucien se limitó a sonreír y a encogerse de hombros. Fue hasta la cama y se sentó en una esquina.

-Supongo que habrás pasado una velada agradable -dijo, para luego beber un sorbo de coñac.

Era preferible seguir el juego... comportarse como si ésta fuera una conversación completamente normal con un hombre que tenía todo el derecho de estar donde estaba.

-Sí, gracias, sír. Hemos ido al teatro y después a Ranelagh. Ella mojó otro bizcocho en la taza con lo que, esperaba, fuese un aire de despreocupación, y tuvo éxito en la maniobra, llevándoselo intacto a la boca.

-¡Insípido entretenimiento! -opinó Lucien, haciendo una mueca de desdén-. Si de verdad quiere conocer la ciudad, señora, debe ponerse en mis manos.

-Dudo de que Su Gracia apruebe una propuesta como ésa -respondió ella, respaldándose en las almohadas con los ojos entornados.

Lucien soltó una carcajada que acabó en uno de sus violentos espasmos de tos. Se dobló sobre la cama y su cuerpo consumido se sacudió mientras su pecho se convulsionaba y él trataba de tomar aire.

-Bueno, bueno, milord. Cálmese, vamos -Henny le quitó la copa de la mano y se quedó esperando a que los espasmos disminuyeran-. Beba, sir.

Le devolvió la copa con la expresión de quien conoce el remedio.

Era de suponer que, como antigua criada de la familia, conocía todos los esqueletos escondidos en los armarios.

Lucien vació su copa de un trago y suspiró aliviado.

-Perdóname, mi querida. Éste es un hábito difícil de soportar en un flamante marido.

El sonrió, y Juliana advirtió, por primera vez, que le faltaban cuatro dientes. Era difícil calcular su edad pero, hasta en la más generosa estimación, sabía que él era demasiado joven para haber perdido los dientes debido a la vejez.

-¿Qué dijiste que me hizo reír...? Ah, sí... Es muy cierto que a Tarquín no le caería bien que yo fuera tu guía para recorrer Londres.

Rió entre dientes pero esta vez tuvo cuidado.

Juliana asintió, pensativa. Era fácil imaginar al duque de Redmayne rechinando los dientes ante semejante propuesta. No sólo era fácil... más aún: era delicioso... una perspectiva sumamente grata.

-Buen día, lady Edgecombe... Ah, Lucien. Veo que estás haciendo una visita matinal a tu esposa.

El duque de Redmayne se había materializado a partir de los pensamientos de Juliana. Ésta, sobresaltada, se volvió hacia la puerta. Ahí estaba Tarquín, envuelto en su robe de chambre de brocado, apoyado en el marco de la puerta, pero la dura expresión de sus ojos desmentía su aire indolente.

Juliana observó que, por alguna razón desconocida para ella, a nadie en esa casa se le ocurría golpear su puerta antes de entrar.

-Le doy los buenos días, Su Gracia.

Bebió otro sorbo de chocolate, intentando dar la impresión de que estaba acostumbrada a recibir caballeros estando aún en cama, en camisón. Claro que era una presencia perfectamente legítima, tanto para un marido como para un amante, y ella tenía uno de cada. Un burbujeo de risa empezó a formarse en su interior. Se apresuró a apoyar la taza y a empujar la bandeja hacia un lugar seguro, el borde más alejado de la cama.

-Por lo que veo, te sientes muy libre en el dormitorio de mi señora, Tarquín -dijo Lucien con aire socarrón-. ¿No debería hacer yo una demostración de indignación marital?

-No seas imbécil -la pulla de su primo sólo parecía aburrir aTarquin, que entró en la habitación-. Supongo que aún no te has acostado.

-Supones bien, mi querido muchacho -Lucien sostuvo en alto, a la luz, su copa-. Caramba, está vacía otra vez. Juraría que el cristal debe de estar agujereado. ¿Siempre tienes una botella en tu cuarto, Redmayne?

-Vete ya, Lucien -indicó Tarquín en el mismo tono aburrido-. Tu valet te espera en tu cuarto; estoy seguro de que allí hallarás todo lo necesario para tu confort.

Lucien lanzó un gran bostezo y se levantó.

-Bueno, quizá tengas razón. Me siento desolado al ver que toca a su fin esta encantadora charla, mi querida esposa.

-La considero, simplemente, postergada, sir.

El aire de indolencia y aburrimiento de Tarquín se esfumó.

-¿Que dices, Juliana?

La sonrisa de Juliana era el paradigma de la inocencia.

-Sólo dije que estoy impaciente por continuar la conversación con mi esposo, sir. ¿He dicho algo malo?

Tarquín expresó tal perplejidad que Juliana tuvo dificultades para mantener un semblante serio.

-No se puede apartar a una esposa de su legítimo esposo, ¿sabes, Tarquín? -afirmó Lucien, mientras maniobraba torpemente con su caja de rapé.

Y aunque no tenía la menor idea del motivo que impulsaba a Juliana a aguijonear al duque, estaba más que dispuesto a unirse a la maldad.

Tarquín fue hasta la puerta y la abrió:

-Buenos días, Lucien.

Lucien adoptó una expresión herida.

-¿Me echas de la habitación de mi esposa, primo? Tengo entendido que soy yo quien tiene el derecho de echarte a ti, y no a la inversa.

-Vete.

Si bien la voz del duque era muy queda, en su sien latía el pulso y las aletas de su nariz estaban dilatadas y blancas.

Lucien echó una mirada a Juliana quien, tras haber decidido prudentemente, echarse atrás en la confrontación, evitó el contacto visual.

A ella no le agradaba el semblante que tenía el duque de Redmayne en ese momento y no estaba preparada para seguir provocándolo, demostrándole con claridad que se ponía del lado del vizconde. No lo haría hasta que hubiese urdido un plan coherente, al menos.

Lucien se encogió de hombros y fue hacia la puerta, sabiendo que, sin una aliada, no podría sostener su posición. De todos modos, no tenía bien claro cuál era el conflicto, pero le sorprendía que la joven Juliana no fuese una participante del todo complaciente en los ardides del duque. Dirigió a su primo un saludo burlón con la cabeza y pasó junto a él saliendo hacia el corredor.

-Lady Edgecombe tocará la campanilla si la necesita, Henny -dijo el duque en tono cortante, todavía sosteniendo la puerta abierta.

La mujer hizo una breve inclinación, recogió la bandeja con los restos del chocolate de Juliana y salió.

-Bueno, ¿puedo saber qué pasa aquí? -preguntó el duque, yendo hacia la cama.

-¿Pasa algo? -preguntó, a su vez. Juliana, con la misma sonrisa inocente-. Mi esposo vino a verme y estuvimos conversando.

-Ya entiendo -los ojos de Tarquín escudriñaron los suyos-. ¿Acaso me estás desafiando, Juliana?

-¿Por qué habría de hacer semejante cosa?

-No lo sé. Pero, si es eso lo que estás haciendo, debo advertirte que yo recogeré el guante.

-Poco sentido tendría que yo te desafiara, milord, si tú no... No hay nada de eso -agregó con dulzura.

Tarquín se quedó mirándola, ceñudo. De ella irradiaba picardía, emanaba una corriente de energía que la hacía vibrar, que hacía restallar su pelo, casi. El no imaginaba, siquiera, qué placer o qué sentido podría tener para ella cultivar la relación con Lucien, salvo que fuese para fastidiar al propio Tarquín. Llegó a la conclusión de que era preferible no continuar con el tema, y lo cambió, dirigiéndole una amable sonrisa.

-Anoche olvidé decirte que, quizá, recibas hoy por la mañana una visita de recién casada, de lady Lydia Melton y su madre.

-¿Ah, sí? Tu prometida es muy amable -dijo ella, en tono distante.

-No se trata de amabilidad hacer una visita a la nueva pariente de su novio que, da la casualidad, vive bajo su mismo techo.

-No, supongo que no -dijo Juliana, pensativa-. Me pregunto si ella estará enterada de que esta flamante pariente, además, está instalada en los aposentos del duque.

-No digas tonterías.

Juliana plegó el cobertor con dedos laboriosos.

-Deduzco que seré trasladada a otro lugar en cuanto sea celebrado tu matrimonio... ¿o acaso este arreglo concluirá cuando yo haya concebido un hijo tuyo?

-Esta mañana, por lo visto, estás decidida a pelear -comentó Tarquín-. Hace media hora, me he levantado con la sensación de haber sido tocado por la magia -su voz se hizo más honda, sus ojos brillaron, su boca se curvó en una sonrisa de placer sensual-. Tu recuerdo se quedó en mi piel, en mi sangre.

Se inclinó sobre ella y apoyó sus manos sobre la almohada a los lados de la cabeza de Juliana. Ella no podía apartar su mirada de los ojos de él, que en ese momento, tan cerca, la impulsaban a responder. Sentía su aliento tibio en la mejilla, su boca suspendida sobre la de ella... suspendida por una eternidad, hasta que ella, emitiendo un breve gemido de derrota, atrapó la cara de Tarquín con las manos y atrajo la boca de él hacia la suya. Lo besó con ardor, metiendo su lengua en la boca de él, aspirando su particular perfume hasta llenarse con él los pulmones. Él se mantenía inmóvil, dejándose explorar, cediéndole la iniciativa hasta que ella, sin aliento, le soltó la cara y apartó su boca.

-Éste es un saludo mucho más placentero -dijo Tarquín, sonriendo-. ¿Siempre estás de mal humor por las mañanas? ¿O es que acaso anoche no has dormido lo suficiente?

-Mis preguntas son perfectamente razonables -replicó Juliana, aunque con voz baja y dulce, su boca blanda y sus ojos resplandecientes.

Él se sentó en la cama, junto a ella.

-Tal vez debería haberte dicho que yo iba a casarme pero, en realidad, no me pareció importante. Sin importar cuáles sean nuestros acuerdos, en algún momento deberé casarme, querida. Y tampoco importa qué es lo que yo prefiera -añadió, con cierto pesar-. Tengo una responsabilidad familiar.

-¿Preferirías no casarte con lady Lydia?

Esa pregunta que la intrigaba hizo pasar a segundo plano las preocupaciones de la propia Juliana.

-Es un matrimonio de conveniencia -explicó él con calma-. En mi posición, uno no se casa por ningún otro motivo. Por diversión, por pasión, hasta por amor, uno mantiene a una querida. No creo que esto signifique una sorpresa para tí.

-No, creo que no. ¿Tienes otras queridas? Alguien... alguien a quien ames, tal vez

-insistió, con sus dedos más atareados que nunca sobre el cubrecama; no podía mirarlo.

Del semblante de Tarquín desapareció toda expresión; su rostro se volvió vacío, como despojado de facciones.

-El amor es un lujo del que un hombre de mi posición debe aprender a prescindir.

Ahora sí lo miró, asombrada de la amargura que percibió en ese tono aparentemente llano.

-¿Por qué debes aprender a prescindir de él?

-Qué muchacha tan curiosa eres -la miró un instante en silencio, y ella le devolvió la mirada con franca curiosidad-. Si un hombre tiene poder y riqueza, nunca puede confiar, realmente, en la sinceridad de quienes lo rodean. Tal vez sea necesaria una cierta dosis de confianza para poder amar -dijo él con sencillez.

-¡Qué retorcido! -exclamó Juliana, extendiendo una mano para tocar la de él que estaba posada sobre la cama-. ¿Eso significa que han habido personas que fingieron amarte y sólo les interesaba lo que podrían conseguir de tí?

El echó una mirada a la mano de Juliana y pensó que ella había hecho un gesto instintivo y generoso de consuelo. Aun así, Tarquín retiró su mano.

-Cuando yo era joven y tonto -dijo con ligereza-. Pero ya he aprendido la lección.

-Al menos, las personas fingían que tú les gustabas -dijo Juliana, pensativa-. A mí, ni siquiera fingían quererme. No sé qué es peor.

-Por supuesto que la gente te quería -protestó él, impresionado, aun a pesar de su propio cinismo, ante semejante queja de una persona tan joven y entrañable.

Juliana sacudió la cabeza.

-No -confirmó-. Yo no era como nadie quería que fuese, con la excepción de sir John, por supuesto. Estoy convencida de que a él, en verdad, yo le gustaba... o quizá no fuese más que lujuria. George decía que su padre era un viejo perverso, que iba detrás de las muchachas muy jóvenes.

Tarquín se inclinó hacia ella y puso un dedo en su barbilla, alzándola para mirarla, con firmeza a los ojos:

-A mí me gustas tú. Juliana.

Ella escudriñó su mirada, buscando alguna evidencia de una bondadosa mentira bajo

la superficie, pero no pudo hallarla. De hecho, sus ojos se habían tornado inescrutables de repente y brillaban con una extraña intensidad que la ponía incómoda. Recurrió a un desvío del tema, rompiendo el hechizo de esa mirada como si fuera un cristal quebrado por un rayo.

-Entonces, cuando Lydia se convierta en tu duquesa, ¿dónde tienes pensado ponerme?

Tarquín le soltó la barbilla y el extraño momento pasó.

-No había pensado ponerte en ningún sitio. Claro que si das un heredero a Edgecombe, te trasladarás a tus propias habitaciones, tanto en esta casa como en Redmayne Abbey. Quedará por completo en tus manos dónde elijas establecerte. Si quieres dejar esta casa y vivir en una propia, puedes hacerlo; sin embargo, el niño quedará aquí.

-¿Y si no tengo un hijo?

-Creí que ya habíamos hablado de esto con Copplethwaite -repuso él, ya impaciente.

-No se había mencionado la cuestión de tu matrimonio.

Él comenzó a enumerar con los dedos, adoptando un aire de sufrida tolerancia.

-Después de mi matrimonio... después de la muerte de tu esposo... tengas o no un hijo, estarás en libertad de fijar tu residencia en Edgecombe, como viuda del vizconde. El niño, en cambio, si es que nace, permanecerá bajo mi techo. Si no hay niño, el arreglo es bien claro. Si hay niño, y tú prefieres vivir en cualquier otro sitio, tendrás generoso acceso a él. Yo pensé que eso había quedado claro.

-Tal vez yo sea un tanto densa, Su Gracia.

-Sí, y la luna está hecha de queso.

Juliana libró una batalla silenciosa para disimular su resentimiento. Todos sus instintos se rebelaban contra esas disposiciones tan frías y racionales de sus derechos maternales. ¿Y si ella y el duque se separaban de manera irrevocable, si tenían una espantosa riña que no pudiera documentarse? ¿Cómo iba a continuar ella viviendo bajo su techo, en semejantes circunstancias? ¿Y cómo era posible que se marchara y abandonase a su hijo?

Era obvio que, para el duque de Redmayne, tanto ella como su hijo serían meras posesiones. Las mujeres se compraban y vendían en todos los niveles de la sociedad. Los hombres con hambre vendían a sus esposas en las plazas del mercado a cambio de pan. A las

princesas reales se las embarcaba hacia las cortes extranjeras como si fuesen ganado, para alimentar y cimentar las alianzas, para unir territorios, ejércitos y tesoros. Ella conocía todo eso desde que se había enterado que existía un mundo más allá del cuarto de los niños. Sin embargo, qué duro era verse a sí misma en ese comercio.

Tarquín la contemplaba con ceño intrigado. Al ver que ella seguía en silencio, él cambió de tema.

-¿Tienes planes para hoy?

La pregunta la sorprendió. Toda su vida. Juliana había sido manejada por otros, dominada y encerrada en una casa de la calle Russell. No se le había pasado por la cabeza que la libertad de hacer lo que se le antojara y de ir a donde tuviese ganas sería una de las recompensas de esta indirecta esclavitud.

-No lo había pensado.

-¿Te gusta cabalgar?

-Por supuesto. En invierno, en Hampshire, ése era el único modo de viajar cuando los caminos estaban enfangados.

-¿Quieres tener un caballo para montar?

-Pero, ¿dónde se puede cabalgar?

-En Hyde Park, para la variante tranquila. Pero en Richmond es más emocionante -el deleite y la sorpresa de la muchacha ante este giro de la conversación provocó en Tarquín un flechazo de placer. Qué fácil era complacerla. Se recordó a sí mismo que era igualmente fácil herirla, y se apresuró a suprimir ese pensamiento-. Si quieres, te conseguiré un caballo de Tattersalls esta misma mañana.

-Oh, ¿puedo ir yo también?

Hizo a un lado las mantas y saltó con energía de la cama, con su camisón flotando alrededor.

-Me temo que no. Las damas no frecuentan Tattersalls -su mirada se clavó en la curva de sus pechos con los picos más oscuros que se adivinaban bajo el fino corpino-. Pero puedes confiar en mí para cumplir esta misión -dijo lentamente-. Quítate el camisón.

Juliana se tocó los labios con su lengua.

-Podría entrar alguien.

-Quítatelo.

Aunque su voz fue casi cortante, a ella no se le escapó el matiz de pasión.

Desató los lazos del cuello y bajó lentamente la bata por su cuerpo, percibiendo que a él le daría placer que lo revelara con lentitud.

Cuando, al fin, lo desechó y se quedó desnuda, los ojos de él la devoraron, paseándose hambrientos por su cuerpo aunque sin que él hiciera todavía ademán de tocarla.

-Vuélvete.

Ella lo hizo, sin prisa, quedando de cara a la cama, sintiendo que su piel se acaloraba y se enrojecía con la contemplación de él, como si fuesen sus manos y no sus ojos las que la acariciaban.

Tarquín desató su bata con un solo tirón veloz en el lazo que hacía de cinturón y se acercó a ella por detrás. Deslizó sus manos por la cintura de ella, las ahuecó en torno a sus pechos y ella sintió que la carne turgente de él se apretaba contra sus nalgas. Luego, las manos de él se deslizaron hacia su vientre, recorrieron la curva de sus caderas, amasaron sus nalgas.

Juliana contuvo el aliento ante el contacto insinuante de los dedos de Tarquín que se deslizaban a lo largo de la hendedura entre las nalgas y los muslos, abriendo la húmeda y caliente abertura de su cuerpo. La lujuria se concentró allí, le tensó el vientre, hizo correr la sangre en sus venas. Ella se movió contra los dedos masculinos y sus manos se movieron hacia atrás para acariciar el miembro erecto hasta que pudo sentir el aliento, rápido y caliente, en la nuca.

-Apoya las manos en la cama.

Juliana obedeció la orden suave y perentoria sin percibir otra cosa que no fuese el cuerpo de él en su centro, dolorido de deseo, rogando el contacto que provocaría el cataclismo. Las manos de Tarquín pasaron con fuerza por su espalda curvada, recorriendo el contorno de su columna vertebral y luego aferraron sus nalgas al tiempo que la penetraba. Era una sensación diferente, alocada, maravillosamente distinta: el vientre duro de él que golpeaba sus nalgas al ritmo de sus poderosas embestidas, que iban introduciendo su carne cada vez más profundamente en ella.

Ella oía sus propios gemidos sollozantes; su cabeza caía sobre las sábanas arrugadas, su espalda descendía. Su boca se secaba, el torbellino se acercaba cada vez más... el momento en que su cuerpo se soltaría de sus ataduras. Los dedos de él se hincaban en la carne de sus caderas y el nombre de él estaba en sus labios, cada sílaba una afirmación y una declaración del placer de él.

Juliana cayó lenta, lentamente, como una pluma flotando hacia abajo, sostenida por una brisa primaveral. El vacío le salió al encuentro y ella se perdió en ese torbellino de maravillas. Cayó hacia delante sobre la cama, y Tarquín con ella, su cuerpo apretado contra la espalda de ella, sus manos ceñidas a su cintura, abrazándola apretadamente cuando su propio orgasmo lo derribó como un rayo. El rostro del hombre estaba hundido en el pelo rojo como una hoguera, en el cuello, y ella sentía su aliento cálido y húmedo sobre la piel. El vacío retrocedió y la tensión abandonó sus miembros poco a poco, y su cuerpo sintió el peso de él cuando las fuerzas lo abandonaban, junto con la oleada en retirada de su propio placer.

Pasó un largo rato antes de que Tarquín pudiera ponerse de nuevo sobre sus pies. Se cerró otra vez su bata y se inclinó para acariciar la espalda de Juliana.

-Vuelve, mignonne.

-No puedo. Estoy perdida -farfulló ella, en el cobertor-. Esto fue diferente.

Él se inclinó sobre ella y la hizo tenderse de espaldas. Le acarició la cara con la yema de un dedo; sus ojos estaban oscurecidos por los residuos de la pasión y por algo que se asemejaba mucho al desconcierto.

-No sé qué eres tú -dijo con sencillez.

La besó y luego, en silencio, la dejó.

Juliana se incorporó lentamente. Su cuerpo palpitaba. En ese momento, ella tampoco sabía qué era. ¿Una recién casada... una querida... una puta? ¿Una mujer, una niña? ¿Una persona o una posesión?

Y si no sabía qué era ella, menos aún sabía qué era el duque.

13

Ya era mediodía cuando Juliana salió de sus aposentos, vestida como para la actividad del día con un vestido de seda amarilla armado con un gran miriñaque, y que se abría sobre un fustán blanco con dibujos de pequeñas ramas verdes. Se sentía como una verdadera dama elegante al aparecer a esa hora tan tardía, vestida con tanta clase. Lady Forsett, firme partidaria de la industriosa doméstica, no lo habría aprobado en absoluto. Las señoras de su casa no se quitaban el delantal y sólo se vestían para las horas libres poco antes de la cena.

Ese pensamiento la hizo reír entre dientes; dio un pequeño brinco, recuperando su posición cuando captó la mirada de una criada que le dirigía una reverencia y que, sin duda, intentaba reprimir su sonrisa.

-Buenos días -dijo Juliana con un altivo cabeceo.

-Milady -murmuró la muchacha con respeto, manteniendo la reverencia hasta que lady Edgecombe hubo pasado junto a ella.

Juliana se detuvo en lo alto de la escalera, preguntándose adonde ir. El día anterior, ella había visto las habitaciones públicas de la mansión y la perturbaba un poco la idea de bajar por la escalinata en forma de herradura e ir a la biblioteca o a la sala. En términos estrictos, ella era la única huésped de la casa, si bien su posición era un tanto ambigua, desde cualquier perspectiva que lo considerase. En ese momento recordó que ella contaba con su propia sala privada.

Abrió la puerta de la pequeña sala de desayunar, con cierto temor de encontrarla cambiada, u ocupada, pero estaba vacía y seguía estando tal como ella la recordaba. Entró, cerró la puerta y comenzó a pensar en qué haría a continuación. Sería grato beber una taza de café. Era de suponer que ella tenía derecho a pedir lo que quisiera mientras estaba allí. Tiró de la cuerda de la campanilla que estaba junto a la chimenea y se sentó en la chaise longue, junto a la ventana, arreglando sus faldas con elegancia.

La llamada a la puerta fue tan inmediata que a Juliana le resultó difícil imaginar cómo habría hecho el criado que acudió al llamado de la campanilla para llegar desde la zona de la cocina con tanta rapidez. Sin embargo, el hombre tenía una apariencia inmaculada y parsimoniosa, con su peluca empolvada y su librea oscura, y la saludó con una reverencia:

-¿Llamó usted, milady?

-Sí, quisiera un poco de café, por favor -dijo, acompañando el pedido con una sonrisa, pero el semblante impasible no se inmutó.

-De inmediato, señora. ¿Algo más?

-Oh, quizás un poco de pan y mantequilla -dijo ella.

La comida sería a las tres; las actividades matinales le habían abierto el apetito.

El criado salió haciendo una nueva reverencia, y ella permaneció sentada con gran pompa en ese sofá de cabecera, pensando en qué haría con su tiempo hasta la hora de la comida. Sobre una mesa consola, bajo un espejo con marco dorado, contra la pared más alejada, había algunos periódicos y folletos; ella acababa de levantarse para hojearlos cuando se oyó otro suave golpe en la puerta.

-Entre, por favor.

-Buenos días, Juliana -era lord Quentin, que la saludaba con una inclinación de cabeza, desde la puerta, y luego entraba sonriendo, le tomaba la mano y se la llevaba a los labios-. He venido a preguntar por ti. ¿Hay algo que yo pueda hacer por ti... algo que necesites?

-Algo para hacer -respondió Juliana, riendo por lo bajo-. Estoy vestida como para mirar y ser mirada, pero no tengo adonde ir ni nada qué hacer.

Quentin se echó a reír.

-En un par de días, tendrás que devolver visitas y, según tengo entendido, Tarquín está buscando un caballo de montar para ti. Hasta entonces, puedes caminar por el parque, si aceptas mi compañía. Tal vez podrías visitar una biblioteca circulante o ir de tiendas. Hay un coche a tu disposición, además de la calesa. Pero, si prefieres caminar, un lacayo puede acompañarte.

-Ah -dijo Juliana con voz débil, un tanto abrumada por la variedad de opciones-. Me imagino que también puedo usar la biblioteca del duque.

-Desde luego -respondió Quentin-. Cualquiera de las cosas que está en esta casa se encuentra a tu disposición.

-¿Ha sido Su Gracia quien lo dispuso así?

Quentin sonrió:

-No, pero mi hermano es generoso hasta la exageración. Hasta cierto punto, todos

vivimos de su bondad; yo jamás he sabido que le negase algo a nadie, ni siquiera a Lucien.

A Juliana no le costaba creer en la generosidad del duque. Era un rasgo de él que no se originaba en su propio interés: ella estaba convencida de eso. Sintió un arranque de simpatía hacia él, pensando en lo doloroso que sería para él que abusaran de esa generosidad.

-¿Vives aquí, milord?

-Sólo cuando estoy de visita en Londres. En realidad vivo en la catedral de

Melchester, en Hertfordshíre, donde soy canónigo.

Juliana hizo un cabeceo pensativo, como señal de que estaba absorbiendo esa información Los canónigos eran importantes en la jerarquía eclesiástica. Cambió el curso de la conversación:

-¿Por qué vive aquí mi esposo? ¿No tiene su propia casa?

En ese momento, apareció el criado con el cafe, y Quentin esperó para responder. Juliana vio que había dos tazas en la bandeja. Era evidente que los sirvientes se ocupaban de saber en qué parte de la casa estaban sus amos.

-Fue parte del arreglo; Tarquín se empeñó en que fuese así -dijo Quentin cuando el criado se hubo marchado. Aceptó la taza que ella le ofrecía y la agradeció con un movimiento de cabeza-. Por tu bien. Es obvio que tú y tu esposo deberíais residir bajo el mismo techo. El hogar de Lucien es incómodo, por decirlo con delicadeza. Él está asediado por los acreedores. Por otra parte, si él está aquí, Tarquín puede vigilarlo.

-¿Para estar seguro de que no me molestará? -preguntó Juliana, arqueando una ceja.

Quentin se sonrojó intensamente.

-Si yo creyese que Tarquín no te protegería no participaría de este asunto.

-¿Tienes otra alternativa, acaso? -preguntó ella con suavidad-. Tu hermano es muy... muy persuasivo.

Quentin se sonrojó aún más.

-Sí, es verdad. Sin embargo, prefiero creer que no podría persuadirme de hacer algo que fuera en contra de mi conciencia.

-¿Y este manipulador proyecto no va en contra? -dijo Juliana en tono de franca incredulidad.

Tomó del plato un trozo de pan con mantequilla y se arrepintió de su última pregunta al ver hasta qué punto había perturbado a Quentin.

Ella no le guardaba ningún rencor... al contrario, percibía que, sin titubeos, él sería su amigo y protector si se lo pedía.

-¿Cómo podría decir lo contrario? -dijo él, apesadumbrado-. Es una idea abominable... sin embargo, ahorrará a la familia muchas situaciones embarazosas y muchas dificultades.

-Por supuesto, el interés familiar es el bien supremo.

-En su mayor parte, sí -dijo él con sencillez-. Yo soy un Courmey antes que ninguna otra cosa. En el caso de Tarquín, es lo mismo. Sin embargo, estoy seguro de que él procurará que tú no sufras por esto... además... -incómodo, hizo una pausa-. Perdóname, pero yo creo que tú podrías beneficiarte con este plan, siempre que Tarquín no te resulte desagradable.

Juliana era demasiado sincera para mentir. Dejó apoyada su taza, sabiendo que sus mejillas estaban encendidas.

-No -respondió-. Todo es muy confuso. En ocasiones, lo detesto; sin embargo, en otras...

Incapaz de definir mejor sus sentimientos, se alzó de hombros.

Quentin cabeceó, con aire grave, y también dejó su taza. La tomó de las manos con fuerza y dijo vehementemente:

-Tú debes entender que puedes contar conmigo, Juliana, en cualquier circunstancia. Yo ejerzo cierta influencia sobre mi hermano, aunque pareciera que nadie la tuviera.

Sus ojos grises, cuya mirada se posaba en el rostro de la muchacha, eran firmes; ella le dirigió una sonrisa agradecida y se sintió inmensamente reconfortada. Era la primera declaración de amistad real que había recibido en mucho tiempo.

Otro golpe en la puerta interrumpió el tenso silencio, y apareció el mayordomo.

-Lady Melton y lady Lydia, señora -anunció-. Me he tomado la libertad de hacerlas pasar a la sala.

-Gracias, Catlett -dijo Quentin de inmediato-. Lady Edgecombe bajará ahora mismo... No te preocupes -le dijo a Juliana con una inmediata sonrisa, cuando el criado se fue-. Yo te acompañaré para soportar la prueba.

-¿Acaso lo será?

Juliana estudió su imagen en el espejo y se acomodó el pelo con mano nerviosa.

-En absoluto. Lydia es la persona más dulce del mundo y lady Melton no es ninguna arpía.

-Tengo la impresión de que al duque no lo entusiasma mucho la idea de casarse con lady Lydia -dijo Juliana, humedeciéndose un dedo con saliva y alisándose una ceja-. Él me ha dicho que era un matrimonio por conveniencia -captó la expresión de Quentin en el espejo, tras ella, y su corazón dio un vuelco al notar la sombría frustración, patente en sus ojos.

Entonces, él se volvió y abrió la puerta para que ella pasara. Ahora, Juliana recordó su fingida indiferencia en el teatro, una indiferencia que, para ella, había ocultado una gran tensión.

Pero ése no era momento para reflexionar acerca de ese rompecabezas. Juliana lo reservó para otra ocasión y se dispuso a su primer encuentro social como lady Edgecombe. En el instante en que cruzaba el vestíbulo en dirección a la sala, se percató de que no disponía de ninguna versión que explicase su matrimonio con el vizconde. ¿Quién era ella? ¿De dónde

había venido? En el teatro, ¿el duque habría dicho algo a las Melton? Si así fuera, ¿qué les habría dicho?

Presa del pánico, se detuvo en seco en mitad del vestíbulo, aferrando la manga de seda negra de Quentin.

-¿Quién soy yo? -susurró.

Él frunció el entrecejo, desconcertado; luego, su ceño se despejó:

-Una prima lejana de los Courtney, de York. ¿No te ha dicho Tarquín...? Pero no, claro, no te lo ha dicho -concluyó, sacudiendo la cabeza.

-¡Quisiera cortarle la lengua! - exclamó Juliana en un susurro furioso-: ¡Es el más desconsiderado, insufrible, cobarde...!

-Mi querida Juliana -dijo la voz suave del duque, llegando desde la escalinata, a espaldas de ella-. ¿Será posible que estés refiriéndote a mí? -dijo, con ojos chispeantes.

Ella giró de cara a él y su tacón se enganchó en el dobladillo de su vestido. Se oyó un odioso rasguillo.

-¡Oh, por todos los diablos! -exclamó-. ¡Mira qué me has hecho hacer!

-Ve a pedir a Henny que lo sujete con un imperdible -dijo Tarquín, sin alterarse-. Quentin y yo iremos a entretener a tus visitas hasta que estés lista.

Juliana recogió las faldas y le dirigió una mirada que, esperaba, fuese del más absoluto desdén. En cambio, él le pellizcó la nariz con suavidad cuando pasaba hacia la escalera, y ella, a su vez, le sacó la lengua con una lamentable falta de dignidad. Las risas de los dos hombres la siguieron por la escalera.

Veinte minutos más tarde, cuando ella entró en la sala. Tarquín se adelantó de inmediato.

-Lady Edgecombe, le ruego me permita presentarle a lady Melton y a lady Lydia Melton.

La tomó de la mano y la condujo hacia el interior de la habitación. Las dos señoras, sentadas juntas en el sofá, hicieron una reverencia doblándose por la cintura, al tiempo que Juliana hacía lo propio. Ambas iban vestidas de negro; lady Melton, además, llevaba una cofia negra que cubría por completo su peinado. Su hija llevaba una cofia más modesta, de color gris oscuro. La impresión general, sin embargo, era de definida melancolía.

-Me siento honrada, señora -murmuró Juliana-. Os ruego que aceptéis mis condolencias por la pérdida que estáis viviendo.

Lady Melton esbozó una sonrisa fugaz.

-Lady Edgecombe, tengo entendido que usted ha llegado hace poco de York.

Juliana asintió y tomó asiento en la frágil silla dorada que Tarquín le acercaba. Lady Lydia sonreía, aunque casi no habló durante la visita, dejando la conversación en boca de su madre. A Juliana le interesaba mucho más la hija que la madre; observó que tenía rostro dulce aunque no demasiado expresivo, suaves ojos azules, actitud un tanto remota. El duque se mostraba formal y cortés con ambas... distante, le pareció a Juliana, a diferencia de su hermano, que era cálido y atento. También notó que la mayoría de las tímidas sonrisas de lady Lydia iban dirigidas a lord Quentin.

La visita duró quince minutos y Juliana comprobó, agradecida, que el duque de Redmayne la guiaba durante su transcurso. Él respondió la mayoría de las preguntas dirigidas a ella y lo hizo de tal modo que daba la impresión de que era ella quien contestaba. Él tuvo la delicadeza de introducir temas de conversación neutrales, superficiales, que los llevaron por caminos de pura charla social, libres de obstáculos y, además, mencionó temas que, sabía, serían familiares a Juliana. Cuando las damas se retiraron. Juliana se sintió lo bastante confiada como para pensar que sería capaz de manejar sola la siguiente visita.

Quentin y el duque acompañaron a las damas hasta su coche, y Juliana los observó desde la ventana de la sala. Quentin ayudó a que Lydia subiera al carruaje, mientras Tarquín hacía los honores a su madre... cosa extraña, en opinión de Juliana. Lydia sonrió a Quentin

mientras se acomodaba en su asiento y él, solícito, arregló los pliegues de la cola del vestido a los pies de ella.

En ese instante. Juliana recibió un impacto que la encegueció: si alguien le hubiese preguntado cuáles eran los novios, ella habría dicho Quentin y lady Lydia. Eso explicaría el extraño comportamiento de Quentin en el teatro y, sin duda, también la fiera, sombría expresión de su rostro cuando ella repitió, al descuido, lo que Tarquín le había dicho acerca de su inminente matrimonio. Con su acostumbrada torpeza, ella había pisado terreno inseguro.

Vio que Quentin echaba a andar por la calle tras el carruaje y que el duque, por su parte, regresaba a la casa. Oyó su voz en el vestíbulo y supuso que regresaría junto a ella, pero él no lo hizo. Esperaba una palabra de encomio... un rato de conversación después de la visita... algo, por lo menos. Contrariada, salió al vestíbulo.

-¿Dónde está Su Gracia, Catlett?

-Creo que está en la biblioteca, milady.

Ella giró por el corredor hacia la biblioteca, en la parte trasera de la casa. Golpeó la puerta y entró.

Tarquín alzó la vista de su periódico y compuso un semblante de sorpresa.

-¿Me he conducido de manera apropiada, milord duque? -dijo, haciendo una irónica inclinación.

Tarquín dejó su periódico y se reclinó en su silla.

-Me temo que he vuelto a ofenderte. Dime qué he hecho mal; tal vez pueda corregir mis errores.

Esta actitud de supuesta humildad era tan absurda que Juliana estalló en carcajadas.

-Me temo que eres un caso perdido, milord duque.

Antes de que pudieran proseguir la conversación, apareció el mayordomo en la puerta abierta, a espaldas de ella.

-Visitas para lady Edgecombe. Las he hecho pasar a su sala privada, señora.

Sorprendida, Juliana se volvió.

-Visitas. ¿Quiénes?

-Tres jóvenes damas, madame. La señorita Emma, la señorita Lilly y la señorita Rosamund. Pensé que estarían más cómodas en su sala -respondió el hombre, sin que una brizna de expresión asomara a su rostro.

¿Habría adivinado Catlett que las damas provenientes de la calle Russell eran de una categoría muy diferente a la de lady Melton y su hija? ¿O habría dado por cierto que ella recibiría a sus amigos en su propia sala?

-Discúlpeme, Su Gracia.

Tras una sonrisa y una inclinación, lo dejó y corrió escalera arriba, hacia su propia sala.

Al quedar solo. Tarquín arqueó una ceja y se encogió de hombros. La única mujer con la que había vivido alguna vez era su madre. Por lo visto, tendría bastante que aprender en sus relaciones con el bello sexo... y, al parecer. Juliana Courtney, vizcondesa de Edgecombe, sería quien le brindaría ese aprendizaje. Se preguntó, distraído, por qué no le fastidiaba la idea.

Juliana se apresuró a llegar a la sala, percibiendo una vaga sorpresa al comprobar lo ansiosa que estaba de ver a sus amigas de la calle Russell.

Aun cuando no había tenido demasiado tiempo para conocerlas, el hecho de vivir bajo un mismo techo, por breve que hubiera sido ese tiempo, había fomentado esa clase de camaradería fácil que nace de la risa y las angustias compartidas.

-Juliana, esta sala es muy elegante -afirmó Rosamund en cuanto la aludida entró.

-Por Dios, toda la mansión es de primera agua en cuanto a estilo y elegancia -exclamó Lilly, por su parte; parecía flotar en la habitación para ir a abrazar a Juliana-. Eres muy afortunada. ¡Y mira tu vestido! Qué bonito. Y apuesto a que llevas hebillas de plata auténtica en los zapatos.

Con ojos de experta, notó cada detalle del atuendo de Juliana.

-Te juro que me muero de envidia -se quejó Emma, abanicándose-. Aunque, sin duda, debe de haber algo desagradable aquí -su mirada se aguzó al observar a Juliana por encima de su abanico-. Debes pagar todo esto de alguna manera.

-Sí, cuéntanos acerca de ese aspecto -Rosamund enlazó su brazo en el de su anfitriona y la hizo sentarse junto a ella en el sofá-. A nosotras, puedes decirnos todo lo que quieras.

Juliana sintió la tentación de confiar todo a esas muchachas que, sentadas a su alrededor, irradiaban simpatía, complicidad y una atenta curiosidad. Pero, tras un instante de reflexión, reprimió ese peligroso impulso. Debía aprender a guardar sus secretos mejor de lo que lo había hecho hasta entonces. Si ella no hubiese cedido a esa debilidad y no hubiera contado su historia a la señora Dennison, no se hallaría ahora en semejante embrollo.

-No hay nada que contar -dijo-. Es exactamente como lo ven. Ayer me he casado con el vizconde de Edgecombe, y él y yo vivimos en la casa del duque de Redmayne.

-¿Eso significa que el duque no te ha comprado para él mismo? -insistió Emma, inclinándose hacia delante para ver mejor el semblante de Juliana.

-En cierto modo, se podría decir que sí -respondió Juliana, cautelosa.

-Por lo tanto, eres la amante de los dos.

Lilly alisó los guantes de seda en sus dedos, mientras sus ojos almendrados la escudriñaban con perspicacia.

-No exactamente.

-¡Vamos, Juliana, no seas tan misteriosa! - exclamó Emma-. Todas queremos saber cómo has hecho para tener una suerte tan asombrosa. No hay nada de raro en ser compartida... sobre todo cuando estás instalada aquí. Es así, ¿verdad?

-Sí -respondió Juliana, convencida de que sería más simple dejarles creer que era compartida por el duque y su primo más joven. En última instancia, no era del todo falso-. Estoy bien instalada; quizá, se podría decir que pertenezco al duque y al vizconde -se levantó e hizo sonar la campanilla-. ¿Tomaréis rosoli, jerez... o champán? - Añadió, con maliciosa inspiración-. ¿Os gustaría beber champán?

-¡Sí, qué maravilla! - Declaró Lilly-. ¿En esta casa puedes pedir lo que quieras?

-Cualquier cosa -repuso Juliana con cierta jactancia, al mismo tiempo que acudía el mayordomo a su llamada-. Catlett, tráiganos champán, por favor.

-Milady.

Catlett hizo una reverencia y se marchó sin parpadear.

- ¿Veis? - Dijo Juliana, con una sonrisa-. Tengo el derecho de ordenar lo que quiera.

-Qué envidiable -suspiró Rosamund-. Cuando pienso en la pobre Lucy Tibbet...

Sobre las tres visitas de Juliana se cernió una nube de pesadumbre, y los jóvenes rostros adquirieron un aire de cinismo y fatiga mundana, que se superpuso a los anteriores semblantes risueños.

-¿Lucy Tibbet? -dijo.

-Ella trabajaba en una de las tiendas de sombrerería de Haddock -dijo Emma, con cierta acritud en la voz, generalmente dulce-. Si aprecias tu vida, mantente alejada de Madre Haddock, Juliana.

-Ella es tan mala como Richard Haddock -agregó Rosamund-. Cuando él murió, nosotras pensábamos que sería más fácil trabajar con ella. Pero Elizabeth es tan malvada y cruel como lo fue siempre Richard.

La llegada de Catlett con el champán dio lugar a un melancólico silencio, que sólo quebró el estampido del corcho y el burbujeo del líquido de color pajizo cayendo en las copas. Catlett las distribuyó y se marchó, haciendo una inclinación.

- ¿Qué tiene de malo la tienda de sombreros?

Juliana bebió un sorbo de champán frunciendo la nariz, cuando las burbujas le cosquillearon el paladar.

-Es un prostíbulo, querida -respondió Lilly con cierto aire de compasión-. Están todos en Covent Garden... igual que las casas donde sirven chocolate y café. No es más que otro nombre para apaciguar a los policías de la zona. No podemos llamarlos prostíbulos, aunque todos sepan que lo son.

Las otras se echaron a reír ante la peculiar ignorancia de Juliana.

-Los Haddock alquilan tiendas y chabolas en la Piazza... en general, por tres guineas a la semana. Ellos pagan los impuestos y esperan recibir una participación en las ganancias.

-Aunque, en realidad, nunca hay ganancias -dijo Lilly-. Lucy gastó diez libras, la semana pasada, en la renta, en sábanas y vasos que tuvo que comprar a Madre Haddock, y sólo le quedó una moneda de seis peniques al finalizar la semana.

-Antes de que Richard muriese, ella le había dado un pagaré por cuarenta libras -siguió explicando Rosamund-. En una ocasión, él había pagado la fianza para sacarla de la cárcel de deudores, y ella tenía que devolverle todas las semanas. Pero, como no podía hacer eso con seis peniques, Madre Haddock reclamó su deuda y la metieron en Marshalsea.

-Nosotras estamos haciendo una colecta para ella -dijo Lilly-. Todas tratamos de ayudar, cuando podemos.

-Nunca se sabe cuándo podría tocarte a ti -agregó Rosamund, sombría.

-Algunas de las alcahuetas te dan un préstamo libre de interés si se encariñan con la muchacha que está en problemas -dijo Lilly-. Lo que sucede es que Lucy se ganó un montón de enemigos cuando le iba bien por su cuenta; ahora que le va mal, ninguna de las alcahuetas está dispuesta a levantar un dedo por ella.

-Y los carceleros de Marshalsea son verdaderamente crueles -dijo Emma, estremeciéndose-. Torturan a los prisioneros y no les dan alimentos ni carbón ni velas, salvo que puedan pagar sumas absurdas. Y Lucy no tiene ni un penique.

- ¿Y cuánto necesita? -preguntó Juliana, mientras su mente funcionaba a toda velocidad.

En su aún corta estadía en Londres, había visto lo suficiente para saber que el apuro por el que estaba pasando Lucy causaba consternación y era creíble, además. Después de todo, el duque se había tomado mucho trabajo para demostrarle a ella lo fácil que resultaba que una muchacha sin protección fuera a parar al arroyo. Y, una vez que caía allí, ya no se levantaba más.

-Ella necesita las cuarenta libras completas para librarse de Madre Haddock -respondió Rosamund-. Las chicas de la calle Russell han reunido diez libras, y esperamos que las otras casas también contribuyan.

-Esperadme aquí -Juliana se levantó de un salto y, al hacerlo, se salpicó el corpino con champán. Con gesto impaciente, sacudió las gotas-. Volveré en un instante.

Dejó su copa y salió de la sala.

Tarquín iba cruzando el vestíbulo, de camino hacia la puerta principal cuando la vio bajar corriendo la escalera, sujetándose las faldas para mantenerlas bien apartadas de los pies.

-Mi señor duque, necesito hablar contigo: es muy urgente.

El observó su impetuoso avance con una suave sonrisa. Los ojos de Juliana brillaban con el fuego de una fanática, y su tono era vehemente.

-Estoy a tus órdenes, querida mía -dijo él-. ¿Llevará mucho tiempo? ¿Convendrá que ordene al caballerizo que vuelva mi caballo al establo?

Juliana se detuvo en el último escalón.

-No creo que lleve mucho tiempo... aunque, tal vez podría ser -titubeó, frunciendo el entrecejo-. Depende de tu disposición, sir.

-Ah -exhaló él, comprendiendo-. Bueno, supongamos que mi actitud sea complaciente -se volvió hacia la biblioteca-. Catlett, diga a Toby que haga andar a mi caballo. Yo saldré pronto.

Juliana lo siguió hacia el interior de la biblioteca y cerró la puerta.

Sería más sencillo si iba directamente al meollo de la cuestión.

- ¿Tendré una asignación monetaria, sir?

Tarquín se sentó sobre el brazo del sofá.

-No lo había pensado pero, claro, debes tener algún dinero de mano.

- ¿Cuánto? -preguntó ella, sin rodeos.

-Bueno, veamos... -él se tironeó del lóbulo de la oreja derecha, y compuso una expresión pensativa-. Yo creo que ya tienes un guardarropa suficiente, ¿verdad? -quiso saber, arqueando una ceja.

-Sí, claro -dijo Juliana, esforzándose por contener su impaciencia-. Pero hay...

-Otras cosas -interrumpió él-. Eso lo entiendo. Si tú fueras a participar en la vida de la corte, doscientas libras al año serían escasas para tus necesidades personales pero, teniendo en cuenta que eso no va a suceder, yo diría que...

- ¿Quién asegura que eso no va a suceder? -preguntó Juliana, distraída por un instante de su propósito original.

Tarquín se mostró perplejo.

-Pensé que eso había quedado entendido. No querrás entrar en sociedad, ¿verdad?

-Quizá -repuso ella-. No veo por qué no habría de tener esa posibilidad.

La perplejidad de Tarquín creció. Él se había formado una idea muy clara del modo en que Juliana se comportaría bajo su techo, y no constituía parte de esa idea que ella se integrase a los exclusivos círculos de la corte. Recordó que, esa misma mañana, ella había alentado a Lucien a hacerle compañía: otra contingencia que él no había previsto. ¿Sería sólo una travesura de su parte? ¿O representaría para él muchos más inconvenientes de los que él había supuesto?

-Dejemos ese tema por ahora -dijo él-. Te propongo que la fijemos en cincuenta libras por quincena, de momento. Yo daré instrucciones a mis banqueros en ese sentido.

Se puso de pie y se encaminó hacia la puerta.

-Bueno, ¿podría tener cuarenta libras ahora mismo, por favor?

Juliana se interpuso en su camino hacia la puerta, sin advertir que estaba cuadrando sus hombros. Nunca había recibido dinero propio y, hasta entonces, jamás se había atrevido a pedirlo. Sin embargo, como ahora era vizcondesa, dedujo que tenía derecho a plantear ciertas exigencias.

-¿Para qué necesitas esa suma?

-¿Tengo que decirte en qué gastaré mi dinero menudo?

Él negó con la cabeza.

-No, supongo que no. ¿Estás metida en alguna dificultad?

-No -negó ella con la cabeza, vehemente-. Necesito cuarenta libras... bueno, creo que con treinta bastará... pero las necesito ahora mismo.

Todavía desconcertado. Tarquín fue hasta el escritorio y abrió l cajón superior. Sacó una caja fuerte, la abrió y sacó tres billetes de veinte libras.

-Aquí tienes, mignonne.

-Aquí hay sesenta libras -dijo ella, tomando los billetes.

-Tal vez necesites un poco de dinero extra -señaló él-. ¿Me das tu palabra de que no estás en dificultades?

-Claro que no, ¿cómo haría para meterme en dificultades? -repuso ella, metiendo los billetes en su escote-. Muchas gracias. Te estoy muy reconocida, mi señor duque.

Ella giró sobre sus talones y salió corriendo de la biblioteca, sujetándose las faldas igual que antes.

Tarquín permaneció ceñudo unos instantes. Ese pedido urgente, ¿tendría relación con sus visitantes de la calle Russell? Era probable. Muy probable, y él albergaba dudas con respecto a que fuese correcto que Juliana subsidiara a las prostitutas de Elizabeth Dennison. Aun así, ella tenía derecho a contar con cierta cantidad de dinero propio, y él no tenía derecho a decirle cómo debía gastarlo. Descubrió que había perdido el interés por salir a cabalgar, y se quedó en silencio, en medio de la habitación, frunciendo el entrecejo.

-Aquí están las cuarenta libras -Juliana dejó dos billetes sobre la mesa ante las miradas atónitas de sus amigas-. Así no tendrán que gastar su dinero para la fianza de Lucy. Vamos; no perdamos tiempo.

-Pero... pero éste es tu dinero. Juliana.

Hasta la práctica Lilly estaba estupefacta.

-Se podría decir que sí -respondió ella, airosa-. El duque me lo ha dado como parte de mí asignación. Yo no sabía, con seguridad, si iba a contar con ella o no, pero lord Quentin me había dicho que Su Gracia es en extremo generoso, y se me ocurrió que podía ponerlo a prueba. Bueno, aquí tienen -señaló las libras que había sobre la mesa con ademán grandilocuente pero estropeó el efecto cuando agregó-:

Después de todo, él puede permitírselo.

-Bueno, yo, por mi parte, no discuto tan buena suerte -dijo Lilly, metiendo los billetes en su manguito de seda adornado con cuentas-. Y sé que Lucy tampoco lo hará.

-En ese caso, vamos ahora mismo -Juliana se encaminó hacia la puerta con paso enérgico-. ¿Sabéis cómo llegar desde aquí? ¿Podemos ir andando? ¿O será mejor que pida el carruaje? -agregó, con otro gran gesto.

-No podemos ir solas -protestó Rosamund, alarmada-. Pero hay un lacayo abajo.

-Ese no es lugar para damas -explicó Emma-. Los carceleros son desagradables y groseros; pedirán toda clase de requisitos suplementarios para liberar a Lucy El señor Garston irá por nosotras; a él no podrán intimidarlo.

-A mí no podrán intimidarme -afirmó Juliana-. Venid, vamos. Conseguiremos un coche de alquiler, pues no hay un momento que perder. Sólo el Cielo sabe las desgracias que puede estar soportando Lucy.

Esta consideración abortó futuras objeciones, si bien sus compañeras seguían estando un poco dubitativas al bajar la escalera tras ella; abajo se reunieron con el lacayo de los Dennison, y Juliana, por su parte, dijo a Catlett que esperaba estar de regreso para la comida. Y salieron afuera, donde hacía una tarde tibia.

14

-¿Adonde va, lady Edgecombe? -preguntó Quentin, que subía los peldaños de entrada en el mismo momento en que ellas salían de la casa.

Hizo una cortés reverencia a sus compañeras.

-A Marshalsea -respondió Juliana, alegre-. A pagar la fianza para liberar a alguien.

-¿A Marshalsea? -Quentin la miró, boquiabierto-. No digas tonterías, muchacha.

-El criado nos acompañará -dijo ella, señalando al hombre que estaba tras ella.

-El puede acompañar a tus amigas, pero lady Edgecombe no debe ir a una prisión para deudores -afirmó Quentin.

-Es verdad; sería mejor pedir al señor Garston que vaya en lugar de nosotras. Juliana -intervino Emma, apoyando la mano en el brazo de Juliana.

-Tarquín me desollaría vivo si yo te lo permitiese -aseguró Quentin.

Juliana lo miró de frente.

-Yo supuse que era libre para ir a donde quisiera.

-No a Marshalsea.

-¿Y si tú me acompañaras?

-Juliana, yo no tengo el menor deseo de visitar una prisión para deudores.

-Pero tú eres clérigo. ¿No tienes, acaso, el deber de ayudar a tus semejantes en apuros?

Aunque su voz era dulce, su tono razonable y su sonrisa persuasiva, Quentin percibió una férrea decisión tras esa engañosa apariencia.

-¿Por qué no aceptas la sugerencia de tu amiga y pides a ese señor Garston que vaya en lugar de vosotras?

-Es que eso llevaría tiempo. Y no puede ser que esa pobre chica esté languideciendo en ese lugar ni un minuto más de lo necesario. He sabido que los carceleros torturan a sus presos para sacarles dinero, aunque sea imposible que tengan fondos ya que, si los tuvieran, no estarían allí -sus ojos chispeaban de indignación y sus mejillas estaban pálidas de ira, ya desvanecida toda pretensión de persuadirlo-. Tienes el deber de ayudar a los que están en dificultades, lord Quentin. ¿No es así?

-Sí, me agrada pensar eso -dijo Quentin con sequedad.

Se sintió incómodo al recordar, sin quererlo, que no había pasado mucho tiempo atendiendo a las necesidades de su rey, como canónigo de la Catedral de Melchester. Empezaba a preguntarse por qué había creído, alguna vez, que Juliana necesitaba protección y guía. En ese preciso momento, no parecía víctima de nadie.

-Nosotras tenemos el dinero -continuó Juliana-. Las cuarenta libras que debe Lucy. Y si los carceleros piden más, yo les diré que se vayan al infierno -añadió, con ojos relampagueantes-. Si les dejamos salirse con la suya y extorsionarnos, lo harán con todo el mundo.

-Estoy seguro de que tú los tendrás a raya -murmuró Quentin-. Compadezco al hombre que trate de interponerse en tu camino.

-Oh, hablas igual que el duque -dijo Juliana-. Tan altanero. Pero, te lo digo directamente, milord: no me harás desistir de esto.

-Estás en lo cierto al decir que tengo la obligación de ayudar a los que están en apuros -su boca dibujó una mueca irónica que lo hizo asemejarse más, todavía, a su medio hermano-. También, estoy obligado a ayudar a la gente a no meterse en problema. Y yo te aseguro, mi querida Juliana, que estarías metida hasta el cuello en dificultades si Tarquín llegara a descubrir que has estado cerca de una prisión para deudores.

Juliana estaba en el peldaño más alto, vuelta a medias hacia la puerta del frente. Con el rabillo del ojo, atisbo a Lucien, que atravesaba el vestíbulo con rumbo a la sala.

-Si mi marido no pone objeciones, no veo cómo podría hacerlo el duque -dijo ella, en un rapto de inspiración-. Te pido perdón por fastidiarte, lord Quentin. No debes preocuparte por esto ni un minuto más.

Le dirigió una radiante sonrisa y se volvió hacia las tres jóvenes.

-Regresaré en un instante. Esperadme aquí.

Entró rápidamente a la casa, y Quentin se quedó mirándola, inquieto, sin estar seguro de haberla oído bien.

-Oh, caramba -dijo Emma-. ¿Cree usted que quizá Juliana sea un poco impetuosa?

-Me temo que decir "un poco" es emplear una expresión pálida, señora -dijo Quentin-. No irá a solicitar el apoyo de Edgecombe, ¿verdad?

-Creo que sí, milord -dijo Rosamund, con unos ojos castaños grandes y serios en su rostro redondo.

-Disculpadme.

Quentin las saludó con un breve cabeceo y entró en la casa, en busca de Tarquín, dejando a las mujeres en la escalinata.

Juliana había ido detrás de Lucien a la sala y cerró la puerta después de entrar.

-Milord, necesito que me dé autorización para cumplir una diligencia -dijo sin hesitar.

-¡Por Dios! -exclamó Lucien-. ¿Qué es esto? ¿Tú me estás pidiendo permiso a mí?

-Desde luego, milord -aseguró Juliana, haciendo una reverencia-. Usted es mi esposo, ¿no es así?

Lucien lanzó un graznido de risa.

-Esa es una espléndida fantasía, querida. Sin embargo, yo diría que tiene su parte útil.

-Eso mismo -dijo ella-. Y, ya que es usted mi esposo, el único permiso que necesito para cumplir mi diligencia es el suyo.

Volvió a sonar la risa áspera de Lucien.

-Bueno, que me cuelguen, mi querida. Estás poniendo en marcha una rebelión contra Tarquín, ¿no es cierto? ¡Valiente muchacha!.

Abrió una caja de rapé esmaltada y tomó una generosa pulgarada; sus ojos relucían como ascuas en la gris palidez de su rostro.

-No estoy, precisamente, en rebeldía con Su Gracia -replicó Juliana, juiciosa-, puesto que no lo he consultado al respecto... más aun, no creo que este asunto le concierna. Pero estoy consultándolo a usted; quisiera su autorización.

-¿Para hacer qué? -preguntó él, curioso.

Juliana suspiró:

-Para ir a Marshalsea a pagar una fianza en favor de una amiga de mis amigas.

-¿Qué amigas?

-Muchachas de la casa donde yo estuve viviendo antes de venir aquí -dijo, con un rastro de impaciencia, deseando que el duque no fuese a aparecer, llamado por lord Quentin.

Lucien lanzó un violento estornudo y hundió su cara en un pañuelo. Transcurrieron varios segundos hasta que volvió a descubrirse, con las mejillas cubiertas de un febril rubor y los ojos llorosos.

-¡Por Dios, muchacha! ¡No me digas que Tarquín te ha sacado de un prostíbulo! -rió entre dientes, golpeándose el pecho con una mano mientras su aliento emitía un doloroso silbido-. Eso sí que es bueno. Mi primo, que es más papista que el Papa, consiguiendo para mí una esposa en una casa de citas, para salvar a la familia del escándalo.

¡Qué noción del honor familiar!

Juliana le dirigió una mirada de indisimulado disgusto.

-Puede creer usted lo que se le antoje, milord: yo no soy ni he sido jamás prostituta.

Lucien levantó una mano en ademán apaciguador.

-No me comas, mi querida. A mí no me importa lo que fuiste... o, en realidad, lo que eres. En lo que a mí me concierne, podrías haber servido a todo un regimiento antes de la comida.

Juliana sintió que hervía de cólera. Contrajo los labios y sus ojos arrojaron dardos envenenados al sujeto. Se dijo a sí misma, con firmeza, que el vizconde de Edgecombe no valía su enfado.

-¿Me dará usted permiso para ir a Marshalsea, milord? -apremió, impaciente.

-Oh, tienes licencia para hacer lo que desees siempre que eso irrite a Tarquín, milady- rió por lo bajo y estornudó-. No dejes de ir a la prisión de deudores. Como quiera que sea, escoge a tus amigas en los prostíbulos de Covent Garden. Por favor, ya que estás, haz algunos negocios en ese sentido, si eso te apetece. Tienes mi permiso incondicional para entregarte a todas las formas de la corrupción, que te sumerjas en las cloacas cada noche. Lo único que no quiero es que me pidas dinero. No tengo ni dos monedas de cobre para que suenen al moverlas.

Juliana palideció, y sus pecas se destacaron más en el puente de la nariz.

-Puede quedarse tranquilo, milord, que jamás volveré a pedirle algo -hizo una rígida reverencia-. Discúlpeme; me aguardan mis amigas.

-Espera un minuto -Lucien alzó una mano sin hacer caso de la cólera de la muchacha-. Quizá te acompañe en esta diligencia. Así, te daría un toque de respetabilidad... -sonrió y, al hacerlo, la piel se le estiró sobre el cráneo-. Si tu esposo te acompaña. Tarquín tendrá que rechinar sus dientes en silencio.

La perspectiva de soportar la compañía de su marido no hacía dichosa a Juliana. Pero, por otra parte, la posibilidad de irritar al duque, sin que pudiera decir nada, ejercía un atractivo irresistible: después de todo, él se lo había buscado.

-Está bien -murmuró Juliana.

-Muy bien; en marcha.

Ahora que tenía ante sí la perspectiva de sembrar cizaña, tomó un aspecto más saludable y se encaminó hacia la puerta con paso casi elástico. Juliana lo siguió, con los ojos brillantes de picardía.

En el preciso momento en que llegaban a la puerta principal Quentin y el duque salían de la biblioteca.

-¡Juliana! -exclamó el duque con voz aguda-. ¿Adonde diablos vas?

Ella se volvió e hizo una reverencia.

-A dar un paseo con mi marido, milord duque. Espero que no tenga objeciones al respecto.

La boca del duque se endureció y un músculo se contrajo, ominoso, en su mejilla.

-Lucien, no estarás alentando tú este plan escandaloso, ¿verdad?

-Mi esposa me ha pedido licencia para ayudar a una amiga, y yo le he ofrecido mi compañía a modo de apoyo, mi querido muchacho

-Lucien no podía ocultar su regocijo-. No estaría bien que lady Edgecombe fuera sola a Marshalsea... pero, si va en mi compañía, no podría haber ninguna objeción.

-No digas sandeces-replicó el duque-. Juliana, sube a tu sala privada. En un segundo iré a reunirme contigo.

La escueta orden hizo a Juliana fruncir el entrecejo.

-Perdóneme, milord duque, pero mi esposo ha exigido mi presencia. Y estoy segura de que sus órdenes deben prevalecer sobre las de usted.

Repitió la reverencia y salió de la casa antes de que Tarquín pudiera salir de su estupefacción y reaccionar.

Lucien sonrió, hizo una burlona reverencia a su primo y salió tras de su esposa.

-¡Grandísimo insolente! -estalló Tarquín-. ¿Quién demonios se cree ella que es?

-La vizcondesa de Edgecombe, a juzgar por las apariencias -dijo su hermano, sin poder ocultar una irónica sonrisa, pues no era frecuente ver a Tarquín mordiendo el polvo.

En silencio, el duque le disparó una mirada fulminante; a continuación, giró sobre sus talones y volvió a entrar en la biblioteca. Como había dejado la puerta entreabierta, tras un instante de vacilación, Quentin entró también.

-Si esa chiquilla cree que puede usar a Lucien para provocarme, será mejor que salga de su error -dijo el duque, con su boca convertida en una fina línea, sus ojos fríos y duros como ágatas-. ¿Qué espera ganar con semejante actitud?

-Venganza -respondió Quentin, encaramándose en el ancho alféizar-. Es una dama con cierto grado de valentía.

-¡Es una descarada!

El duque iba y venía por el cuarto a largas zancadas, manifestando su irritación.

-No les pasará nada -lo tranquilizó Quentin-. Lucien la...

-A ese borracho degenerado sólo le importa torcerme el brazo -interrumpió Tarquín-. Juliana no le interesa en absoluto.

-Bueno, nadie tiene por qué saberlo -replicó Quentin.

-¡Nadie tiene por qué saber, tampoco, que la vizcondesa de Edgecombe, en compañía de tres rameras, ha ido a rescatar a una buscona en Marshalsea! -exclamó Tarquín-. ¡Maldita sea, Quentin! Tal vez no reconozcan a Juliana pero, sin duda, reconocerán a Lucien.

-Si van en un coche cerrado, no -aventuró Quentin, aplacador.

Con un ademán despectivo. Tarquín demostró qué pensaba de esa posibilidad. Reanudó su ir y venir, con un crispado ceño en la frente. Lucien haría todo el daño que pudiera. Juliana no era más que una campesina inocente y no sabía con quién estaba tratando. Él tendría que encontrar el modo de poner fin a esa absurda alianza con Lucien.

George Ridge subió la escalera que ascendía desde el sótano de la casa que quedaba frente a la mansión del duque, en la calle Albemarle, y se quedó observando al grupo de cuatro mujeres y un hombre que, seguido por un lacayo, caminaba calle abajo. Permaneció de pie, con las piernas separadas, complacido de sí mismo, acomodando su chaleco de un tirón, la mano derecha apoyada sobre la empuñadura de la espada. Él había estado observando la casa de la calle Albemarle desde media mañana y no le había encontrado sentido a nada de lo que viera. La noche anterior, él había dado por supuesto que Juliana había sido comprada por una noche por los dos hombres que la habían llevado a la casa. Ahora, en cambio, tenía la impresión de que ella vivía allí. Lo primero que se le ocurrió fue que aquella casa era un prostíbulo y que los hombres la visitaban allí. Pero dos damas, de irreprochables atuendos oscuros, habían llegado en un coche con las armas de un conde en las portezuelas. Luego, los dos hombres que él había visto la noche anterior las habían acompañado hasta el coche con la mayor cortesía y deferencia.

Más tarde, habían llegado las tres mujeres jóvenes, acompañadas por un lacayo. George se convenció de que habría habido algún altercado entre Juliana y alguno de los dos hombres que, al parecer, vivían en la casa, y ahora ella estaba con el otro hombre, andando por la calle con las demás mujeres. Nada de eso tenía sentido. El vestido de Juliana era muy fino y no tenía la menor traza de ser ropa de prostituta, si bien sus actuales acompañantes tenían cierto aire que le daba la casi certeza de poder calificarlas como furcias. Furcias de alta calidad, por cierto, pero nada adecuadas como compañeras de una joven dama del nacimiento y la crianza que había tenido Juliana. ¿Y con respecto al hombre a cuyo brazo iba prendida?

A los ojos de George, una criatura de aspecto desagradable. Algo muy extraño estaba sucediendo, y cuanto antes llegara al fondo de la cuestión, tanto más pronto podría saber qué hacer a continuación.

Permaneció inmóvil unos minutos más, hasta que el grupo llegó al extremo de la calle, y después se dirigió hacia el establo que había en el fondo de la casa. Allí, alguien le diría a quién pertenecía esa casa: ése sería un modo de comenzar.

-¿No sería preferible que tomáramos un coche de alquiler, sir? -preguntó Juliana, cuando salieron al colmado paseo de Piccadilly.

-Todo a su debido tiempo... a su debido tiempo -respondió Lucien, calmoso-. He resuelto exhibirme ante el mundo en tan encantadora compañía. Es poco habitual verme a mí rodeado por una bandada de palomas de Venus. Es muy probable que nos encontremos con algunos de mis amigos... uno o dos conocidos. Quisiera presentarte a tí, mi querida esposa.... y, claro, a tus amigas... tus antiguas compañeras de trabajo -concluyó, riendo entre dientes.

Juliana apretó los labios. No estaba dispuesta a sacrificar su reputación sólo por fastidiar al duque; Lucien estaba llevando las cosas demasiado lejos.

Un coche de alquiler se bamboleaba por Piccadilly, en dirección a ellos y, con repentina resolución, ella lo llamó.

-Perdóneme, milord, pero no creo que tengamos tiempo para sus frivolidades sociales -se prendió de la manija de la portezuela en cuanto el coche se detuvo junto a ellos-. Creo que nosotras podemos acomodarnos dentro, si a usted no le importa ir en el pescante, señor.

Le dirigió una sonrisa tranquilizadora pero se alarmó al ver el relámpago de ira que encendía las ascuas de sus ojos.

-He dicho que caminaremos por Piccadilly, señora.

La sonrisa de Juliana no vaciló mientras sus tres amigas eran ayudadas por el lacayo para subir al coche.

-Tiene razón, milord, pero no podemos malgastar tiempo. La pobre Lucy podría estar muriéndose de inanición en ese sitio. No tenemos un minuto que perder -se volvió para seguir a sus compañeras al interior del coche. Se sentó y se asomó por la portezuela, aún abierta-. Si no desea usted ir en el pescante, puede seguirnos en otro coche.

Lucien la miró, ceñudo. Y Juliana lo animó:

-Venga, por favor, milord. Si voy sola, Su Gracia creerá que tiene motivos para sentirse ofendido conmigo. En cambio, como bien lo dijo usted, si me acompaña, él tendrá que morderse la lengua. Resultó. El vizconde, aún ceñudo, se trepó al pescante junto al cochero.

-A Marshalsea -gruñó.

El cochero hizo restallar el látigo y el coche partió, al tiempo que el lacayo trepaba de un salto al escalón y se sujetaba de la correa de cuero.

-¿Por qué estás tan empeñada en esto, Juliana? -preguntó Lilly, abanicándose en ese interior caldeado; su actitud lánguida contrastaba con la agudeza de su mirada-. Estoy segura de que en esto hay algo más que el aprieto de Lucy.

-Tal vez estés en lo cierto -dijo Juliana con serena sonrisa-. Sin embargo, mi principal interés es la situación de Lucy.

Rosamund guardaba silencio acurrucada en un rincón, con el cuello de muselina de su capa corta rodeándole las orejas como si estuviese ocultándose de algo. Empezó a hablar en voz ronca, en tono de incomodidad.

-Perdóname, Juliana, no quisiera ser entrometida pero... ¿Ese que nos acompaña es tu marido?

-Sí, por mi desgracia -repuso Juliana con un escalofrío.

Ya fuera de la presencia del vizconde, no pudo disimular su repugnancia.

-Ese hombre está enfermo -dijo Rosamund, titubeando-. No sé si...

-Tiene sífilis -afirmó Lilly sin rodeos-. No hay por qué andarse con rodeos, Rosamund; nosotras conocemos los síntomas. ¿Te has acostado con él, Juliana?

Juliana negó con la cabeza.

-No, y no lo haré. No forma parte del acuerdo.

-¡Bueno, qué alivio saberlo! -suspiró Emma, y se aflojó-. Yo no sabía qué decir... cómo advertírtelo.

-No es necesario. He tenido una buena advertencia -respondió Juliana, mirando por la ventanilla para que sus compañeras no viesen su expresión-. No corro peligro... al menos en ese sentido -agregó en voz baja, sin poder contenerse.

-Es de esperar que no nos contagiemos nada en Marshalsea -musitó Rosamund-. Está la fiebre de la prisión y toda una variedad de pestes en ese sitio. El solo hecho de aspirar ese aire puede contagiarte.

-Si es así, debes quedarte en el coche -dijo Juliana-. El vizconde y yo entraremos para conseguir la libertad de Lucy -No te quepa duda de que voy a entrar -dijo Lilly, haciendo gala de valor-. Tú no conoces a Lucy, y ella no confiaría en ti.

-No, es verdad; ya ha tenido demasiada mala suerte -coincidió Emma, suspirando-. Ella ya no sabe en quién confiar.

El coche se detuvo, traqueteando sobre los irregulares adoquines, ante un edificio de altos muros y aspecto amenazador. Había unos grandes portones de hierro que se abrían hacia la calle. Por él entraban, arrastrando los pies, seres desarrapados que exhalaban una especie de desesperada derrota.

-¿Quiénes son? -preguntó Juliana asomándose por la puerta, cuando el lacayo la abrió.

-Deudores -respondió Lilly bajando a la calle antes que ella.

-Pero, si no están encarcelados.

-No, salen bajo palabra desde el amanecer hasta el anochecer, para poder mendigar... o trabajar, si es que pueden encontrar algo -explicó Emma, siguiendo a Juliana-. Y, si tienen suerte, reciben visitantes que les llevan comida. Hay familias completas ahí dentro. Niños recién nacidos, infantes, viejos y mujeres.

Luden bajó torpemente del pescante, evidenciando que la maniobra le había costado cierto esfuerzo. Permaneció unos instantes estornudando, apoyado en el carruaje mientras de su frente pálida manaba el sudor.

-Debo de estar loco para haber aceptado este plan absurdo -farfulló, enjugándose la frente con un pañuelo-.Usted atienda a sus asuntos, señora esposa, que yo iré a poner a gusto mi pecho en aquella taberna -señaló con un gesto una construcción desvencijada, con su puerta torcida en el marco y celosías sueltas. Su identificación era ilegible y el letrero colgaba de un solo clavo encima de la puerta-. Pasa por el bar cuando hayas terminado tu piadosa tarea.

Juliana resolvió para sus adentros enviar al lacayo a que traspusiera esa puerta de aspecto atemorizador e hizo una sumisa reverencia a su esposo, con los ojos bajos, fija la mirada en los adoquines cubiertos de lodo.

Lucien ignoró su saludo y se alejó de prisa, atraído por el olor del coñac como un perro por un hueso.

-Oh, Dios, yo creía que el vizconde iba a negociar por nosotras -dijo Rosamund, abatida.

-Por el momento, no necesitamos al vizconde.

Juliana se levantó la falda y se encaminó hacia el portón, mirando con cautela dónde pisaba, eligiendo su camino entre los charcos donde pululaban las sabandijas rogando no enganchar su alto tacón en una piedra saliente.

El guardián de la puerta las observó con una mirada turbia cuando se detuvieron ante la garita. Sus ojillos tenían los bordes enrojecidos y estaban desenfocados, y él olía intensamente a ginebra. Dio un sorbo a la jarra que tenía sobre las piernas y, sólo entonces, se dignó responder a la pregunta de Juliana.

-¿Lucy Tibbet? -se limpió la boca con el dorso de mano-. Tibbet, ¿eh? Muy bien; ¿quién la ha puesto aquí?

-La señora Haddock -contestó Lilly.

-Ah, la alcahueta -el guardián echó la cabeza atrás y lanzó un rugido de risa, llenando el vaporoso aire estival de un miasma pestilente-. Por Lucifer, ésa sí que es dura. Peor que ese marido que tenía. Que el Señor me bendiga, el tal Richard sí que valía la pena, ¿eh?

-Si con eso quiere decir que se quedaba con todo lo que sus chicas ganaban, hasta la última moneda, estoy de acuerdo con usted -replicó Lilly con acritud.

No cabía duda de que ella estaba hecha de una materia más sólida que Rosamund y Emma, que se mantenían más atrás, sujetando la falda para que no rozara la suciedad y las verduras podridas que cubrían los adoquines.

-¿Usted es una de ellas, señorita? -el guardián compuso una expresión lasciva-. Quizá podríamos llegar a algún arreglo.

-Y quizás usted podría decirnos dónde encontraremos a la señorita Tibbet -repuso Juliana, adelantándose.

El guardián retrocedió sin quererlo, evitando las lenguas de fuego verde jade que despedían esos ojos, la línea dura de su boca, el cuerpo erguido. Esta señora, al parecer, no estaba habituada a enfrentar oposición alguna y su actitud era de una seguridad que, por lo general, a las rameras les faltaba.

-Bueno, quizá yo podría, milady …considerar eso -dijo el hombre, tironeándose la rala barba.

-Tengo cuarenta libras para pagar la deuda de ella -dijo Juliana, con rigidez-. Habrá una guinea para usted si nos facilita las cosas, mi buen hombre. De lo contrario, nos las arreglaremos solas.

-¡Ah... conque somos altaneras, eh! -el guardián se puso de pie, tambaleante-. Ahora, escúcheme, mi elegante señora. Para usted, yo soy el señor Cogg; le agradeceré que me trate con un poco de respeto.

-Y yo le agradeceré que cuide sus modales -repuso Juliana-. ¿Tiene interés en la guinea o no?

-Diez guineas serán para garantizar su liberación -dijo, entornando los ojos, socarrón.

-Cuarenta libras para pagar su deuda y una guinea para usted -dijo Juliana-. Si no, iré a ver al juez más cercano y arreglaré con él la libertad de la señorita Tibbet. Y usted perderá su guinea, Cogg.

El guardián se quedó atónito. No estaba acostumbrado a recibir a Jóvenes tan decididas en esa entrada que custodiaba. En general, las que acudían a liberar a amigos y parientes eran casi tan indigentes como los propios prisioneros. Se dirigían al señor Cogg llamándolo "sir", evitaban mirarlo y se escabullían en las sombras. No se sentían a sus anchas ante los magistrados y, por lo común, bastaba con una o dos palabras amenazadoras para que el guardián recibiera una sustanciosa suma.

Lilly se había acercado a Juliana y también miraba al guardián con hostilidad. Emma y Rosamund, que habían cobrado valor al ver la actitud de sus compañeras, miraban con fijeza al señor Cogg.

Después de un minuto, el guardián resopló y extendió la mano.

-Déme el dinero, entonces.

Juliana negó con la cabeza.

-No lo haré hasta que nos haya conducido donde está la señorita Tibbet.

-Antes, quiero ver el color de su dinero, milady.

Se irguió en toda su estatura y, aun así, sus ojos quedaban a la altura de los de Juliana, que lo miraba con el mismo desdén con que una amazona contemplaría a un pigmeo.

-Iré a buscar a un juez.

Ella se volvió, rogando que el alarde diese resultado. Podría llevar horas encontrar a un juez, y otras tantas para lograr la libertad de Lucy por esa vía. Y Juliana siempre había odiado cambiar sus planes. Una vez que se le había puesto en la cabeza salir de ese lugar con Lucy, aborrecía la idea de desistir.

-Espere, espere -refunfuñó el guardián. Sabía que si el juez ordenaba la libertad de la prisionera, él no obtendría ni un penique. Y una guinea de oro era mejor que nada. Bebió otro sorbo de ginebra y salió de su pequeña garita, sonándose la nariz con un manchado pañuelo rojo-. Por aquí.

Lo siguieron atravesando un patio colmado de personas. Dos niños pasaron a la carrera entre las piernas de la multitud y se chocaron con el guardián, que movió las manos de manera súbita, dándoles unos pescozones tras las orejas, sin dejar por ello de caminar. Los niños cayeron al suelo gimiendo y frotándose las orejas. Una mujer les gritó y se acercó corriendo a ellos empuñando un rodillo de cocina. Los niños se pusieron de pie y desaparecieron con tal velocidad que dieron la impresión de no haber estado nunca allí.

El guardián pasó por otro portón y entró en un patio interior tan atestado como el anterior. Había fogones allí y mujeres que fregaban la ropa en barricas con agua de lluvia. Sus cuerpos enjutos estaban cubiertos de harapos y los niños semidesnudos en su mayoría. La escena le recordó, a Juliana, los campamentos gitanos que había visto en New Forest, durante su infancia.

Dentro del edificio, en cambio, las cosas eran muy diferentes. Allí había enfermedad y desesperanza. Siluetas delgadas como estacas, encorvadas, estaban sentadas sobre los mugrientos peldaños de piedra, sus ojos vacíos, viendo aproximarse al guardián que subía resoplando, seguido por Juliana y sus compañeras. Juliana echó un vistazo a las habitaciones que había al llegar a cada rellano: cuartos sin muebles, con ventanas carentes de vidrios y con paja esparcida en el suelo. Y en esa paja yacían cuerpos acurrucados, arrugados como hojas de papel usado. El aire olía a muerte y a desolación. Esas personas estaban muriéndose allí.

Esos eran los que no tenían salvación. Los que no tenían a nadie en el mundo con dinero para procurar su liberación o, para garantizarles, al menos pan suficiente para mantener juntos alma y cuerpo.

Las tres compañeras de Juliana iban en silencio, sin mirar a los lados, evitando los horrores que se cernían en los bordes de su propia vida. Era inevitable que las putas viejas y enfermas de Covent Carden cayeran en esos horrores, si no tenían la astucia o la suerte suficiente para tomar providencias con vistas a un futuro incierto.

-Ella está aquí -el señor Cogg se detuvo ante una puerta abierta en lo alto de la última escalera. Respiraba pesadamente y le corría el sudor por su cara-. ¡Lucy Tibbet! -vociferó, en esa sala del ático pobremente iluminada-. Lucy Tibbet... ven aquí.

Desde el muro más alejado llegó un débil quejido; Lilly pasó junto al hombre y corrió hacia el interior del recinto, mientras su falda rosada se balanceaba con elegancia. Las otras la siguieron, con sus ropas azules y verde claro, y juntas se inclinaron sobre un cuerpo que yacía sobre la paja. Parecían mariposas estivales en un calabozo, pensó Juliana, mientras atravesaba el local para reunirse con ellas, frunciendo la nariz al percibir el olor pestilente que salía de un cubo de hojalata en un rincón.

Lucy yacía en la paja con los ojos semicerrados. Estaba sucia, su pelo apelmazado, descalza y cubierta con sólo una camisa desgarrada. El sonrojo enfermizo de la fiebre cubría sus flacas mejillas y su mano, .semejante a una garra, aleteó sobre la palma de Lilly

-Por todos los cielos, ¿qué te han hecho? -gritó Emma, cayendo de rodillas sobre la sucia paja-. ¿Dónde está tu ropa?

-El carcelero se la llevó-gruñó Lucy-. Para pagar el pan y el agua. Se llevó todo hasta que no quedó nada... -hizo rodar la cabeza sobre la paja y dos lágrimas brotaron de sus ojos, debajo de sus párpados cerrados-. Me quitaron mi mejor camisa y me dieron ésta en su lugar. Tal vez deba agradecer que no me hayan dejado desnuda.

-¡Oh, cuánta maldad! -dijo Rosamund, y sus lágrimas cayeron sobre la paja.

-Hemos venido a sacarte de aquí -dijo Juliana, deseosa de ponerse en acción para disimular su propia consternación-. Rosamund, si dejas tu capa a Lucy, la protegerá un poco hasta que podamos llevarla al coche.

De inmediato, Rosamund desabrochó su capa. Lilly levantó a Lucy y la envolvió con la suave prenda de seda. El contraste entre la reluciente seda y la mugre de la muchacha, su pelo apelmazado, sus mejillas enjutas y su enagua desgarrada era impresionante.

-¿Puedes andar? -preguntó Juliana, alzando a medias a Lucy para ayudarla a ponerse de pie; al ver que se tambaleaba, la sujetó.

-Me da vueltas la cabeza -dijo Lucy en voz débil y trémula-. Hace días que no me pongo de pie.

-En poco tiempo te sentirás más fuerte-dijo Emma, acariciando el brazo delgado de Lucy-. ¡Quisiera clavarle un cuchillo a Madre Haddock! --dijo, con feroz entonación-. Hace pocos días supimos que estabas aquí. La alcahueta había dicho a sus muchachas que guardaran silencio al respecto si no querían encontrarse en la misma situación que tú.

-Tiene que haber un modo de hacerle pagar esto -murmuró Lilly, mirando en torno como si viese el ático por primera vez-. Ella quería que tú murieras en este agujero.

-Después nos preocuparemos de eso -dijo Juliana, mientras pasaba un brazo por la cintura de Lucy para sostenerla-. Lilly, tú sujétala por el otro brazo.

El guardián aún estaba en la entrada, observando la escena con escaso interés. Sus ojos pequeños se enfocaron al ver a Lucy de pie.

-Eh, no saldrán de aquí hasta que yo no tenga mi dinero.

A una seña de Juliana con la cabeza, Lilly sacó los dos crujientes billetes de su manguito:

-Aquí está la suma que ella debe.

El señor Cogg estiró la mano para tomar los billetes, pero la muchacha los retuvo.

-¿Cómo habéis...?

-Calla, querida, no hables hasta que no estemos afuera y a salvo -dijo Rosamund, palmeando la mano de Lucy-. Entonces, te lo explicaremos todo.

-Déme el dinero, entonces -dijo el señor Cogg, chasqueando los dedos.

-Tiene que ser entregado a la señora Haddock -dijo Juliana-. No le daré el dinero hasta que no me dé un recibo por él.

El señor Cogg le lanzó una mirada de intenso disgusto.

-Para ser tan joven, ya usted sabe lo que tiene que hacer -gruñó, volviéndose hacia la escalera-. ¿Dónde fue criada, usted? ¿En casa de un prestamista?

Aunque la intención era insultante. Juliana se echó a reír, pensando que, en lo referido al dinero, el ejemplo de sir Brian Forsett poco tenía que envidiar al de un prestamista.

Ella misma escribió el recibo y se quedó junto al señor Cogg hasta que éste hubo puesto su marca en él. A continuación, depositó las cuarenta libras sobre la destartalada mesa de su choza.

-Yo tengo sólo un billete de veinte libras. ¿Alguna de vosotras tiene una guinea para este bondadoso caballero?

Rosamund sacó la moneda y salieron de Marshalsea, con Lucy andando descalza sobre los adoquines entre Juliana y Lilly. El lacayo y el coche de alquiler estaban aguardándolas donde los habían dejado; de Lucien no había noticias.

-Busque al vizconde Edgecombe en la taberna, por favor -indicó Juliana al criado, que contemplaba con indisimulada curiosidad al patético espantapájaros que estaban haciendo subir al carruaje.

Cuando Lucy se hundió sobre los cuarteados cojines de cuero se le escapó un quejido.

-¿Tienes hambre, querida? -preguntó Emma con ternura, sentándose junto a ella y tomando sus manos.

-Ya no la siento más -dijo Lucy, en voz todavía baja y débil-. La primera semana fue doloroso, pero ahora no siento nada.

-¿Dónde la llevaremos? -Lilly se sentó enfrente, y sus cejas estaban unidas en un ceño de preocupación-. No podemos llevarla de nuevo a la casa de Madre Haddock.

-¿Y si fuésemos a la de la señora Dennison? - propuso Juliana, buscando a su marido desde la ventana.

-No -dijo Rosamund-. Ella ya ha dicho que no ayudaría a Lucy.

-Lucy rechazó a un rico cliente que le había presentado la señora Dennison -informó Emma.

-Era un asqueroso perverso -dijo Lucy, con más fuerza de la que había mostrado hasta entonces-. Y, en aquel entonces, yo no los necesitaba a él ni a su dinero.

-Ella era la mantenida de lord Amhurst -dijo Lilly-. La señora Dennison había acordado el contrato y estaba convencida de que Lucy le debía un favor. Al parecer, era sólo por una noche.

-¡Una noche con ese desecho del arroyo!

Lucy se reclinó en el respaldo.

-De cualquier modo, ése es el motivo por el que la señora Dennison se niega a ayudarla -afirmó Rosamund.

-Ella puede venir conmigo -declaró Juliana, con más confianza de la que en realidad sentía.

Tal como estaban las cosas, el duque no estaba sobremanera complacido con ella. Si se negaba a concederle un favor como era alojar a la indigente Lucy en su actual estado, aunque estuviese en la más caritativa de las disposiciones, nadie podría reprochárselo.

-Bueno, entonces ya está resuelto -el tono de Lilly revelaba su alivio al dar por buena la propuesta de Juliana-. Y, mientras tú te mejoras, nosotras intentaremos convencer a la señora Dennison de que te tome cuando estés lista otra vez para trabajar, Lucy.

-En el fondo, ella tiene muy buen corazón -intervino Emma-. Más aún: los dos lo son, si sabes seguirles la corriente.

Se inició una discusión sobre el carácter de los Dennison, mientras Juliana seguía escudriñando por la ventanilla en dirección a la taberna. Por fin, apareció el lacayo y volvió trotando al coche. Iba solo.

-Le ruego me perdone, milady, pero su señoría dice que no está preparado para marcharse aún y que usted debe irse sin él.

-Maldición -musitó Juliana.

El vizconde no era un cómplice de fiar para hacer una fechoría.

Sin él para respaldarla, las cosas serían más duras para ella cuando regresaran a Albemarle, y ella no podría derivar las quejas de Tarquín hacia su marido, que era lo que había pensado hacer. Por un momento, pensó en ir ella misma a buscar a Lucien pero luego desistió.

Si él ya había bebido mucho coñac, ella no lograría otra cosa que ponerse en una situación incómoda.

-Está bien. Diga al cochero que regrese a la calle Albemarle -ordenó, retirando su cabeza de la ventanilla.

Lucy estaba acurrucada entre Lilly y Rosamund; era una figura pequeña, frágil, con su delgada camisa en contraste con el colorido de las otras mujeres. No parecía tener más de veinte años. ¿Qué clase de vida habría llevado hasta entonces para haber sido condenada tan joven a una suerte tan odiosa?

15

El coche se detuvo en la calle Albemarle y Juliana se apeó, estirándose para ayudar a Lucy, al tiempo que sus amigas la ayudaban desde arriba.

-¿Entramos contigo?

Juliana lo pensó unos instantes y negó con la cabeza.

-No, creo que es mejor que yo haga esto sola, Emma. Podría resultar un poco incómodo. Yo puedo arreglármelas para hacer subir a Lucy la escalera sin ayuda.

-Si estás segura... -dijo Rosamund, tratando de disimular su alivio pero sin lograrlo del todo.

-Tú emplearás mejor tu tiempo convenciendo a los Dennison de que acojan a Lucy cuando haya recuperado sus fuerzas -dijo Juliana, sosteniendo a Lucy con su brazo en la cintura de ella-. Mañana, yo iré a la casa de la calle Russell y os diré cómo está. Además -agregó, ceñuda-, tengo una idea que me gustaría conversar con vosotras. Y con las otras muchachas, si están interesadas.

-¿Interesadas en qué? -Lilly se inclinó hacia delante, con su mirada alerta.

-No puedo explicarlo aquí. Aún tengo que pensarlo bien -sonrió y levantó una mano a modo de saludo-. Hasta mañana.

Hubo un coro de saludos mientras ella ayudaba a Lucy a subir la escalinata del frente. Catlett abrió antes de que ella pudiese llamar y, por una vez, su expresión impasible se resquebrajó al ver a la persona que venía con Juliana. Ella no podía reprochárselo: Lucy ofrecía un espectáculo espantoso. La incongruente capa de Rosamund, de delicada muselina con volantes, acentuaba, por contraste, su estado de semidesnudez. Pero Juliana se limitó a saludar al mayordomo con un gesto mientras ayudaba a la muchacha a sentarse en una silla del vestíbulo.

Lucy cayó hacia atrás, su rostro más blanco que el papel, sus ojos cerrados, su corazón acelerado por el esfuerzo hecho para llegar hasta la silla. Juliana se quedó mirándola un momento, sin saber qué hacer. ¿Qué órdenes debía dar? Sin duda, habría habitaciones libres en la casa, pero se preguntaba si tendría derecho a disponer de una de ellas sin el permiso del duque. Llegó a la dudosa conclusión de que no pero, a decir verdad, no había muchas alternativas.

-Catlett, ¿quiere pedir al ama de llaves que me conduzca a...?

-Por todos los diablos, ¿qué está sucediendo aquí?

Al oír la voz del duque, Juliana giró en redondo. Era claro que no había recuperado el buen humor en su ausencia... aunque, en realidad, ella no esperaba que lo hubiese recuperado. Echó un vistazo a Quentin, que estaba detrás de él, como a la sombra de su hermano, no tanto por su altura sino por la fuerza de la mera presencia de Tarquín.

Juliana se aclaró la voz y comenzó a decir:

-Milord duque, ésta es la mujer que hemos traído de Marshalseay...

-Catlett, puede marcharse -interrumpió el duque con esa cortante orden al criado, que estaba contemplando la pálida y abatida figura de Lucy con la misma fascinación que si ella fuese una mujer de dos cabezas exhibida en una feria.

-Ahora puedes continuar -dijo Tarquín en cuanto Catlett se hubo confundido con las sombras que había detrás de la escalera.

Juliana inspiró con fuerza.

-Por favor, sir...

Lucy dejó oír un débil quejido, y Quentin, diciendo algo por lo bajo, pasó junto a su hermano y se inclinó junto a ella.

Juliana lo intentó otra vez:

-Ella está por morir de hambre -dijo, alzando la voz al pensar en el sufrimiento de Lucy-. No le daban de comer y estaban dejando que muriera en ese lugar inmundo. Necesita cuidados; yo he dicho que podía venir aquí.

-Es cierto. Tarquín, esta muchacha ha recibido un maltrato espantoso -Quentin se irguió, con expresión consternada-. Tenemos que traer a un médico no bien ella esté acostada en la cama.

El duque echó una mirada a Lucy y su expresión se suavizó un instante pero, cuando volvió a mirar a Juliana, su mirada se enfrió de nuevo.

-De momento puedes llevarla a la planta alta y confiarla a Henny.

Ella sabrá cuidarla. Después, me gustaría hablar contigo en mi estudio.

Juliana dio un paso atrás y le hizo una reverencia.

-Gracias, milord duque. Estoy a sus órdenes.

Bajó la vista fingiendo sumisión y, al hacerlo, se perdió la chispa de diversión que a su pesar brilló en los ojos del duque. Cuando ella alzó la vista, ya se había extinguido. Él le respondió con un escueto cabeceo y salió a grandes pasos, rumbo a su estudio.

-Ven, Juliana, te ayudaré a llevar arriba a esta pobre chica. Está casi inconsciente.

Quentin levantó a Lucy en sus brazos sin prestar atención a la ropa mugrienta y el pelo de la muchacha, que se aplastaba contra su inmaculada camisa blanca y su chaqueta de seda gris. La llevó escalera arriba, seguido por Juliana.

-La pondré en el dormitorio amarillo -dijo Quentin casi para sí y girando a la derecha al llegar a lo alto de la escalera-. Después, llamaremos a Henny.

Acostó a Lucy en la cama y extendió sobre ella el cobertor, con toda la ternura de una enfermera experimentada. Juliana tocó la campanilla llamando a Henny y luego se sentó en el borde de la cama, junto a Lucy.

-¿Cómo se atrevieron? -dijo Juliana en tono bajo pero feroz-. ¡Mírela! Y ese sitio... lleno de esqueletos... con niños pequeños... ¡Oh, es asqueroso!

-Ojalá fuese posible cambiar este tipo de cosas -dijo Quentin, incómodo.

-¡Pero vosotros podríais! -Juliana se levantó de golpe, con sus ojos relampagueando de cólera e indignación-. Usted, y la gente como ustedes. Vosotros sois ricos y poderosos, podéis modificar las cosas. Usted lo sabe.

Quentin se salvó de responder por la llegada de Henny, que se hizo cargo de la situación con fluida eficiencia, sin demostrar sorpresa por el estado de su paciente.

-Ven, dejemos que Henny la atienda -Quentin llevó a Juliana hacia la puerta-. Y tú debes acudir junto a Tarquín.

Juliana hizo una mueca:

-Parece muy enfadado.

-Se podría decir así -una sonrisa curvó la boca del hombre-. Pero si tú juegas bien tus naipes no seguirá estándolo. Lo creas o no, él es un hombre muy justo. De niño tenía muy buen carácter... salvo cuando veía una injusticia o ante una deliberada provocación -la sonrisa de Quentin se ensanchó-. En esas ocasiones, todos procurábamos apartarnos de su camino.

-Tengo la impresión de que yo no soy capaz de apartarme de su camino --dijo ella, encogiéndose de hombros en señal de impotencia- Si hubiese podido, ahora no estaría viviendo aquí.

Tarquín había intentado recuperar el control de los acontecimientos. No lograba entender cómo era que alguien que era prácticamente una chiquilla era capaz de provocar un efecto tan perturbador en el fluido devenir de su vida. Desde que la viera a través del agujero desnuda a la luz de la vela, ella había ejercido cierta clase de poder sobre él... un poder que se había intensificado desde que él la iniciara en los secretos de la pasión. Ella lo conmovía. Ya no sabía qué esperar... ni de ella ni de sí mismo. Y no era una sensación placentera; peor aun, lo asustaba mucho.

Cuando Juliana llamó a la puerta, él se arrojó sobre una silla, tras el macizo escritorio de caoba y tomó un fajo de papeles.

-Adelante -dijo cuando la puerta se abrió, sin levantar la vista de los papeles.

Juliana aguardaba en el vano, esperando a que él registrara su presencia. Pero él dijo, sin alzar la vista:

-Cierra la puerta.

Juliana lo obedeció y entró en la habitación con el mentón levantado. Si él tenía intenciones de humillarla con ese trato insultante, pronto advertiría que no le daba resultado. Sin esperar invitación, ella se sentó como al desgaire en una silla, con su amplia falda flotando a su alrededor, y tomó un ejemplar del MomingPostáe una mesa lateral.

Tarquín levantó la vista y, otra vez, brotó de sus ojos, a su pesar, Jun brillo risueño al ver la cabeza rojiza de ella inclinada sobre el periódico, la curva graciosa de su cuello, la resistencia que irradiaba de su figura quieta. La vizcondesa Edgecombe no cedía un milímetro.

Él dejó los papeles a un lado y dijo:

-No nos andemos con rodeos, mignonne. Por lo que yo entiendo, tú piensas formar una alianza con Lucien, ¿no es así?

Juliana arqueó las cejas.

-No sé qué quieres decir, señor. El vizconde es mi marido. Tengo una completa alianza con él ante la Iglesia y ante la ley.

Tarquín apretó los labios.

-Te lo diré sin ambages, Juliana: eso no lo toleraré. Además, de ahora en adelante, tú no tendrás nada que ver con las muchachas de la señora Dennison. Ellas no vendrán a visitarte aquí y tú tampoco las visitarás. No debes contaminarte en ese prostíbulo.

-¿Es que no estoy, ya, contaminada? ¿Qué soy yo, acaso, si no tu puta, comprada a una alcahueta por medio de un contrato?

-Tú eres mi querida, Juliana, lo cual no te convierte en una puta.

-Oh, vamos, mi señor duque -dijo ella, burlona-. Tú me compraste por trescientas libras, si mal no recuerdo. ¿O eran guineas? Me halaga pensar que tengo tanto valor para ti; y supongo que el aspecto de mi crianza me ha hecho más valiosa en lo que atañe a este arreglo. Tal vez yo sea ingenua pero sé que los hombres no compran a sus queridas. Pero compran rameras.

-En mi opinión, has dicho todo lo que se puede decir sobre ese tema -repuso el duque con frialdad-. Y lo has hecho repetidas veces, podría agregar. Ahora, yo repetiré algo que ya he dicho. No volverás a ponerte en contacto con las muchachas de la calle Russell. Henny cuidará de esa infortunada criatura hasta que esté lo suficientemente recuperada y pueda marcharse; en ese momento, yo le daré una suma de dinero que le permitirá establecerse sin necesidad de contar con un protector.

Quentin había dicho que el duque era exageradamente generoso.

Al parecer, era cierto; esta liberal benevolencia con respecto a una muchacha que él no conocía embotó el filo de la hostilidad de Juliana, hasta cierto punto. Aun así, como la prohibición de visitar la casa de la calle Russell contradecía sus planes, la batalla debería continuar.

-Eres muy bondadoso, sir -dijo, con aire formal-. Estoy segura de que Lucy te lo agradecerá como es debido.

-Por el amor de Dios, muchacha, no estoy pidiendo gratitud -estalló él-. Pido obediencia.

-Si me atengo a lo que yo sé, sólo debo obediencia a mi esposo, sir. -Tú debes obediencia al hombre que te mantiene -rectificó él, levantándose con un solo movimiento fluido.

Juliana se vio obligada a sostener su posición tal como estaba, forzada a mirar hacia arriba para verlo.

El se inclinó hacia delante con las manos apoyada? en el escritorio.

-Ya has caído en manos de Lucien, animándolo a que me pusiera en una situación incómoda. Sólo Dios sabe quién pudo haberte visto esta mañana o sabido adonde ibais vosotros. Quién podría decirlo. El te exhibió por las calles del Londres elegantes junto con un trío de furcias de categoría y te ha hecho quedar como a la tonta que has sido, muchacha. Estas ingenuas tramas de revancha te harán mucho más daño a ti que a mí.

Juliana palideció. Le dolía que él creyese que Lucien la había tomado por tonta. Estaba segura de que ella se merecía un crédito mejor.

-Hasta el momento, la conducta de tu primo no parece haber afectado tu lugar en la sociedad, sir -dijo ella con gélida calma-. Y no veo qué podría hacer su esposa para cambiar esa situación -hizo una reverencia-. Te pido licencia para retirarme, sir.

Tarquín salió de detrás del escritorio. Le tomó la barbilla y la obligó a levantarla.

-No hagas esto, Juliana -dijo en voz baja-. Por favor.

Ella lo escudriñó y vio sinceridad reflejada en sus ojos y en los duros planos de su rostro. Comprendió que él estaba ofreciéndole una vía para retroceder sin que su orgullo resultara dañado, pero su ira y su resentimiento eran demasiado profundos y ardorosos para desvanecerse con tanta facilidad.

-Milord, se cosecha lo que se siembra.

Las miradas de ambos se sostuvieron por largo rato; ella vio en la de él una confusión de emociones: enfado, perplejidad, resignación, pesar.

Y bajo todas ellas, ardía la antorcha del deseo.

-Que así sea -dijo él, al fin, marcando las palabras-. Pero no olvides que eso vale también para ti.

Inclinó la cabeza para besar la boca de ella. Este beso era una declaración de guerra; la sangre de ella entró en ebullición para ir al encuentro del poder y la pasión, de la perturbadora certeza de que ella podía luchar con uñas y dientes y, aun así, responder a la caricia, al contacto, al olor, al gusto de él, al ritmo de su cuerpo con voracidad desesperada.

Cuando él la soltó, siguió sosteniendo su mirada, absorbiendo con ella la plenitud de los labios rojos, el delicado rubor de deseo que se destacaba en la cremosa palidez de sus mejillas, la profundidad verde jade de sus ojos, la llama de su pelo. Pudo sentir la excitación de ella palpitando como un aura, y supo que la declaración de guerra la había excitado tanto como la pasión.

-Tienes permiso para irte -dijo él.

Juliana hizo una reverencia y salió cerrando con cuidado la puerta. Pasó ante un lacayo que no conocía mientras recorría el pasillo hacia el vestíbulo.

-¿Sabe usted si el vizconde ha regresado a la casa?

-No lo creo, milady.

El hombre mantuvo la vista clavada a media distancia, más allá de la cabeza de ella, y Juliana cayó en la cuenta de que los sirvientes de esa casa, con la excepción de Henny, tenían instrucciones de evitar el contacto visual con sus patrones.

-¿Me informará, por favor, cuando él llegue? -pidió ella con amabilidad-. Estaré en mi sala.

El lacayo hizo una reverencia y ella siguió su camino, con su mente hecha un torbellino y tratando de ordenar sus pensamientos. No podía alejar su mente del volcán en erupción que era su cuerpo. Con ese beso, el duque había puesto en marcha algo que no se extinguiría tan pronto. Se preguntó si él lo sabría... si a él le sucedería lo mismo. Con amarga ironía comprendió que él sabía lo que le había hecho pero que, al contrario que ella, él sí podía controlar sus propias reacciones.

En la planta alta, en el dormitorio amarillo, encontró a Lucy recostada sobre almohadas, y a Henny dándole caldo.

-Oh, tienes mucho mejor aspecto -dijo acercándose a la cama.

El pelo de Lucy estaba limpio, aunque sin brillo y ajado, y su rostro delgado ya no estaba cubierto de costras. Tenía puesto un camisón que le iba inmenso, pero sus ojos negros habían recuperado algo de vida.

Ella volvió la cara hacia Juliana y sonrió sin fuerzas.

-No sé quién eres ni dónde estoy, pero sé que te debo la vida.

Juliana sacudió la cabeza con vivacidad. Sólo había hecho lo que cualquier ser humano compasivo habría hecho en su lugar; la gratitud le sabía tan innecesaria como embarazosa.

-Mi nombre es Juliana -respondió, sentándose en el borde de la cama-. Y tú estás en la casa del duque de Redmayne. Yo soy la esposa de su primo, el vizconde de Edgecombe.

Lucy mostró más perplejidad todavía. Henny le ofreció otra cucharada de caldo y ella negó con la cabeza.

-Creo que no puedo más.

-Sí, yo diría que tu estómago no está habituado al alimento -dijo Henny en tono alegre, retirando el tazón-. Te dejaré con su señoría. Si me necesitas, bastará con que toques la campanilla.

Señaló el cordón que colgaba junto a la cama y se marchó.

-¿Cómo es que conoces a Lilly y a las otras? -preguntó Lucy, reclinándose sobre las almohadas.

-Ah, he ahí la cuestión -dijo Juliana con una sonrisa-. Pero, tengo la impresión de que necesitas dormir, de modo que te lo contaré más tarde, cuando estés más fuerte.

A Lucy se le cerraban los ojos y no protestó. Juliana corrió las cortinas que rodeaban la cama y salió del cuarto de puntillas. Fue a su sala y se quedó de pie junto a la ventana, mirando hacia el jardín con la frente crispada por sus pensamientos. Si bien Tarquín podía impedir que las amigas de Lucy la visitaran en su propia casa, a ella no se le ocurría cómo podía hacer para impedir que ella visitara la casa de la calle Russell, si contaba con el permiso de su marido. Él lo había dicho como si estuviera seguro de que podía hacerlo, pero, ¿cómo lo haría? Claro, Tarquín podía obligar a Lucien a negarle su permiso. Y eso lo lograría retirándole su apoyo financiero. En consecuencia, tenía que ponerse en contacto con Lucien antes de que lo hiciera el duque. Tenía que hallar un modo de persuadirlo de que se pusiera en contra de Tarquín cualquiera fuese la presión que se ejerciera. Tenía que poder. No tenía la impresión de que Lucien fuese demasiado inteligente. Aunque era vengativo, resentido y degenerado, no poseía un ingenio demasiado agudo. Ella tendría que poder engatusarlo, si daba con la motivación justa. Quentin salió al jardín y echó a andar por un sendero de lajas.

Llevaba podaderas y se detuvo ante un rosal de flores amarillas. Cortó media docena de rosas y luego agregó otras seis blancas del rosal vecino. Juliana lo vio arreglarlas en forma artística, en un ramo, y vio en su rostro una leve sonrisa. La sorprendía lo diferente que era de su medio hermano. Más aun, era asombroso lo profundo de las diferencías que existían entre los tres Courtney. Lucien era un ser vil. Juliana estaba convencida de que Tarquín, bajo esa apariencia dominadora, era un hombre decente. Ella no temía sufrir daño alguno estando bajo su protección. Sin embargo, carecía de la sensibilidad y la gentileza de su hermano.

Quentin volvió a entrar en la casa con su ramo de rosas y ella se preguntó para quién serían. ¿Para lady Lydia, quizá?

Fue un pensamiento que brotó en su cabeza. Ella había recibido la impresión de que esa unión sería como forjada en el cielo. Y, por lo que había visto, era una unión que ambos anhelaban. O hubiesen anhelado si pensaran que existía la posibilidad. Pero el duque de Redmayne se interponía entre ellos. Y el duque no tenía gran interés en tomar a lady Lydia por esposa: sólo estaría cumpliendo una obligación. Tal vez ella pudiera modificar eso. Era frecuente que las personas no supieran cómo librarse de sus propios embrollos. "Ahí estás tú misma", se dijo con amargura.

Se oyó un golpe en la puerta y, al responder ella, entró lord Quentin. Traía consigo las rosas y, por un minuto. Juliana creyó que eran para ella.

Pero él dijo, con presta sonrisa:

-Pensé que tu amiga se sentiría reconfortada al ver las flores.

Tienen un perfume exquisito y están tan frescas, tan llenas de vida... No quisiera entrar allí sin ser anunciado y me gustaría que tú me acompañaras a su habitación.

-Sí, claro -Juliana se puso de pie de un salto y su miriñaque se balanceó formando un amplio arco cuando ella se encaminó, presurosa, hacia la puerta. Una pequeña mesa redonda se tambaleó al impacto del miriñaque. Ella, en reacción automática, se detuvo a sostener la mesa y luego reanudó su ágil avance-. Cuando yo la dejé, ella tenía sueño, pero será encantador para ella ver las rosas cuando abra los ojos. ¿No son hermosas?

Quentin sonrió al verla hundir su nariz en el ramo.

-No tienes más que dar la orden para que los criados las corten y las pongan en tus aposentos.

Juliana levantó vivamente la vista, temerosa de que él le hubiese leído el pensamiento.

-Yo misma las recogeré -dijo-. Sin embargo, alguien ya ha puesto rosas en mi dormitorio y mi boudoir.

Caminó con él por el corredor hasta la habitación de Lucy deseando tener la habilidad de iniciar una conversación baladí para hacer olvidar su momento de incomodidad.

Abrió con sigilo la puerta de Lucy y entró de puntillas, espiando desde las cortinas de la cama. Lucy abrió los ojos y le dirigió una fatigada sonrisa.

-Lord Quentin te ha traído unas rosas -Juliana se hizo a un lado para que Quentin pudiese aproximarse al lecho de la enferma-. Llamaré a la criada para que las ponga en un vaso.

Ella tiró del cordón de la campanilla y se apartó, previendo que Quentin querría hablar a solas con Lucy. Tal vez quisiera cumplir con su deber pastoral. En cambio, la voz de Quentin sonaba alegre y más propia de un tío que de un clérigo. Le preguntó a Lucy cómo se sentía y dejó las rosas sobre una mesa de noche.

-La doncella se ocupará de ellas. Yo no quiero perturbar tu descanso.

-Gracias, señor -la sonrisa de Lucy era luminosa, teniendo en cuenta las circunstancias-. No sé qué he hecho yo para merecer tanta bondad.

-No tienes por qué merecerla -aseguró Juliana, con cierta indignación-. Alguien que ha sido tan maltratado tiene derecho a toda la compasión y el cuidado que sea capaz de ofrecer la gente decente. ¿No es así, lord Quentin?

-Desde luego -admitió él, preguntándose por qué le parecía una idea novedosa la apasionada declaración de ella.

Como hombre de la Iglesia, debería haber sido él mismo quien expusiera ese concepto pero, en cierto modo, hasta ese momento no se le había cruzado por su cabeza.

Los pobres eran una realidad de la vida.

La crueldad y la indiferencia eran cosa corriente en su vida. Si acaso alguna vez lo había pensado, se había conformado con considerarlo como uno de los pecados del mundo, simplemente. El hombre rico en su castillo, el hombre pobre a su puerta. Juliana le había abierto los ojos a una nueva visión.

Lucy mostró una expresión incrédula y él se alegró de no haber manifestado su sorpresa ante la revolucionaria teoría de Juliana.

- Te dejaré descansar -dijo el hombre-. En caso de que desees hablar conmigo, por favor, manda a buscarme.

Él saludó bajando la cabeza y salió del cuarto.

-¿De qué podría hablar con él? -preguntó Lucy, incorporándose con esfuerzo en las almohadas-. No me atrevería a pedirle que venga.

-Él es sacerdote -informó Juliana, sentándose en el borde de la cama-. Por eso, él estará disponible si tú quieres hablar de temas religiosos.

-Ah, ya comprendo -Lucy parecía menos conmocionada-. Cuéntame tu historia, Juliana. Ahora me siento más fuerte.

Juliana le contó todo lo que las otras chicas ya sabían, y se interrumpió cuando entró la criada para poner las rosas en agua. Unos miñutos después entró Henny, con una bebida caliente de leche cortada con vino, y Juliana se marchó pues debía cambiarse para la cena.

Ya en su dormitorio, se contempló en el espejo de cuerpo entero, frunciendo el ceño al ver su aspecto desarreglado. Sus actividades matinales en Marshalsea habían causado estragos en su elegancia. La desconcerró pensar que se había presentado ante el duque, para discutir, con esa apariencia de escolar desaliñada, aunque eso no había impedido que la besara. Ella sabía que no se había equivocado al descubrir el deseo en sus ojos, y estaba segura de que no podía haber fingido la pasión de ese beso. Quizá lo atrajesen las gitanas desaseadas. Bella, de la casa de la calle Russell, le había descrito, a su modo, las extravagantes fantasías de los hombres que iban allí de visita. Monjas y escolares... ¿quién podría asegurar que el duque no fuera como ellos?

Henny entró en ese momento, y ella dejó de lado esa interesante pregunta y se sometió a las manos diestras y veloces de su doncella personal, que le trenzó el pelo y le arregló los rizos en artísticos tirabuzones que enmarcaban su rostro. Sin pedirle la opinión de Juliana, eligió un vestido suelto de moaré violeta que se abría sobre un fustán verde oscuro. Le puso un chai de muselina en el cuello, acomodó los volantes de encaje en los codos, los pliegues de la falda sobre los aros del miriñaque, le entregó un abanico y unos guantes largos de seda y la mandó escalera abajo, azuzándola como una granjera a sus pollos. Para Juliana, ese trato era maravillosamente reconfortante. No tenía la más remota intención de desempeñar el papel de ama ni de discutir con la mujer.

-Ah, milady, nos hemos encontrado. ¿Bajamos juntos? -era Lucien, que salía de su habitación cuando ella pasaba. Su pronunciación era un tanto dificultosa, sus ojos estaban desenfocados y su andar era un tanto vacilante. Lo rodeaba un vaho de olor a coñac-. En general, no ceno en la mesa de mi primo. Es algo aburrido, aunque el vino es bueno y su chefuna. maravilla. Sin embargo, se me ocurrió que podría acompañar a mi esposa, ¿eh? -rió entre dientes, contenido, para no provocarse un ataque de tos-. Toma mi brazo, querida, Juliana aceptó su brazo enfundado en tafetán escarlata. Era inexcusable que ella fuera a cenar del brazo de su marido pero, ¡cómo fastidiaría eso al duque de Redmayne! Sonrió a Lucien.

-Después de la cena, quisiera hablar con usted en privado, mílord.

-Sólo si prometes no aburrirme.

-Oh, señor, puedo asegurarle que no lo aburriré.

Los ojos de Juliana quedaron al nivel de los de Lucien y de pronto se encontraron las miradas, la de él, súbitamente aguzada, observándola a ella. Después, él esbozó una sonrisa desdeñosa.

-En ese caso, milady, estaré encantado de concederte una fracción de mi tiempo.

Se hizo a un lado e hizo una inclinación, dejándola pasar a la sala.

16

George Ridge estaba sentado, con la vista clavada en la sopa de tortuga, con el semblante del hombre que ha sufrido un gran impacto.

A su alrededor, el ruido y el jolgorio de la taberna Shakespeare's Head subía de punto al ritmo que los parroquianos daban cuenta de su famosa sopa de tortuga, acompañada con abundantes vasos de clarete. En el centro del salón estaba actuando un grupo de Posture Molls, pero George casi no veía sus provocativas posiciones, que exponían las más íntimas partes del cuerpo a los clientes. El principio por el que se regían las Posture Molls era: "mírame y no me toques"; hacían subir a alturas inusitadas la excitación de los espectadores, aunque sin cumplir las promesas que surgían de su actuación.

Era un negocio lucrativo y presentaba menos riesgos de contagio que la prostitución convencional. George, sin embargo, permanecía impávido. Él era partidario de hacer rendir su dinero, y esta forma de entretenimiento le parecía un escamoteo y un engaño. Cuando las muchachas se arrastraron para recoger las monedas que hacía llover sobre ellas el público enardecido, él les dio la espalda en evidente gesto de desdén. Una de las mujeres se le acercó, con las enaguas levantadas hasta la cintura. Proyectó su pelvis hacia la cara del hombre y estiró una mano para acariciarle el pelo, pero él le apartó esa mano de una palmada, la insultó, y se irguió a medias en la silla en gesto amenazador.

-Pestilente hijo de puta -dijo la mujer, apretando los labios-.Tú miras pero no pagas. Maldito seas.

Escupió con desprecio en el serrín a los pies del hombre y se alejó, aún sujetándose las enaguas en la cintura, en busca de alguien en el público que la apreciara mejor.

George levantó el jarro de ponche, lo vació, se estiró para alcanzar el tazón que había en el medio de la mesa y volcó su fragante contenido en el jarro de peltre. Bebió la mitad, y luego volvió a ocuparse de la sopa de tortuga.

¡Juliana estaba casada con un vizconde! Dejó caer la cuchara, con un tintineo, en el cuenco de peltre y, por primera vez, ese hecho penetró realmente en su cerebro. Al principio, no habla podido creer lo que le decía el caballerizo que estaba empleado por el duque de Redmayne. George le había dado una descripción de los dos hombres que había visto con Juliana, y el mozo los había identificado como el duque y su hermano, lord Quentin. Una descripción del caballero de aspecto enfermizo que esa mañana había salido con las mujeres provocó una mueca de desdén y le brindó la información de que sería el vizconde Edgecombe, primo de Su Gracia. A continuación, la sorprendente noticia:

-Recién casado, ayer. ¡Ha traído a su esposa aquí... pobre criatura ¡Esposa! No era

posible, aunque el mozo había identificado con certeza a lady Edgecombe como una dama de llamativo pelo, inconfundible, y de una estatura mayor de lo común. No podía haber la menor duda.

George tomó de nuevo la cuchara. No tenía sentido desperdiciar una exquisitez tan costosa. Raspó el tazón con la cuchara y luego lo limpió con un trozo de pan. Al terminar, se reclinó y se quedó mirando, ceñudo, la pared mugrienta. A sus espaldas se oían estallidos de risas y aplausos. Miró a hurtadillas y, de inmediato, apartó la vista. Dos mujeres simulaban un acoplamiento sobre una mesa; a George le pareció un espectáculo sumamente ofensivo. En Winchester no se daba esa depravación, ni siquiera en Portsmouth, donde era posible ver a un marinero y una ramera formando la bestia de dos espaldas en cada banco del parque.

A estas alturas, estaba por abandonar la Shakespeare's Head pero, había pedido ganso para después de la sopa, ante la posibilidad de que una buena cena apaciguara el torbellino que giraba en su estómago. Si era cierto que juliana estaba casada con un vizconde, no podría casarse con George Ridge, salvo que fuera un casamiento de esos que se hacían en Fleet. Ese pensamiento le dio ciertas esperanzas y pudo encarar la fuente de ganso asado que nadaba en su propia grasa con más entusiasmo que el que habría manifestado en caso contrario.

Masticó con gusto y seriedad, trozando el ave con los dedos, ensartando las patatas con la punta del cuchillo, sin importarle la grasa que corría por su barbilla, al tiempo que bebía generosamente de la botella de clarete que el tabernero había depositado, con un golpe, junto a él. Ya no prestaba oídos al bullicio que reinaba a sus espaldas. Cada vez le parecía más probable que hubiese sido un casamiento falso. ¿Cómo era posible que Juliana se hubiese casado de verdad con el primo de un duque en tan pocos días? George no conocía mucho de las altas jerarquías de la aristocracia pero estaba seguro de que en ella no se casaban por capricho. Y no se casaban con mujeres de apellidos desconocidos, aun cuando fuesen de origen, como sin duda lo era Juliana. En consecuencia, habría sido algún arreglo económico. Era de suponer que la habían engañado con una ceremonia ¡legal. Eso sí tenia sentido, puesto que George era incapaz de imaginar a juliana vendiendo su cuerpo para ganarse el pan.

Se sintió inmensamente reanimado y, limpiándose la barbilla con la manga, pidió una botella de oporto y una fuente de lampreas. Juliana se sentiría agradecida ante la posibilidad del rescate, en cuanto comprendiera la falsedad de su actual posición. Y él se mostraría magnánimo, por supuesto. No había muchos hombres en el mundo dispuestos a casarse con una ramera. No debía olvidar señalar eso a Juliana. Si a eso le sumaba la promesa de borrar toda sospecha de que ella estuviese implicada en la muerte de su padre, obtendría de ella la más abyecta sumisión a todas sus fantasías.

En su rostro se dibujó una sonrisa feroz, clavó el tenedor en uno de esos pescados con apariencia de anguilas, llevándoselos a la boca sin pausa hasta vaciar la fuente; a continuación, se lanzó al ataque de un budín caliente, lleno de pasas de uva.

Dos horas más tarde, dominado por la somnolencia, tras haberse de que estaba sentado sobre su bolsa de dinero, dejó caer la cabeza sobre la mesa y pronto roncó ruidosamente, en medio de los restos de la cena. Nadie le prestó la menor atención. El vizconde Edgecombe bebió un sorbo de coñac y lanzó un graznido de risa al divisar a su esposa en su sala, después de la cena.

-Te haré conocer la ciudad, sin falta, mi querida -hipó y rió otra vez-.Yo puedo mostrarte unos buenos paisajes, te lo juro por Dios.

Vació la copa y volvió a reír.

Juliana dijo con calma:

-A Su Gracia no ha de agradarle.

-Ah, no; eso es verdad -Lucien trató de enfocar sus ojos inyectados en sangre, pero sólo consiguió bizquear-. Desde luego, él lo prohibirá -frunció el entrecejo-. Es capaz de ponerse un tanto pesado, ¿sabes?

-Pero, usted no está bajo su control, ¿no es así, señor? -ella abrió mucho sus ojos-. No imagino que usted se someta a las órdenes de nadie.

-Oh, por lo general, es así -admitió él, mientras volvía a llenar la copa con el botellón-. Pero, te lo diré sin rodeos: Tarquin retiene los cordones de la bolsa. No puedo negar que es

muy generoso, aunque preferirla no correr el riesgo de que me cierre esa bolsa. No podría decirte lo cara que está la vida últimamente.

-¿Por qué lo financia él?

Juliana aguardó a que remitiese el ataque de tos de Lucien, que se había atragantado con el coñac.

-Bueno, mi querida, eso fue a cambio de que yo aceptara este casamiento convenido -dijo, al fin, con un estornudo.

-En ese caso, usted podría amenazar con repudiarme como esposa si él no sigue financiándolo -sugirió Juliana, alisando, distraída, el damasco del sofá en el que estaba sentada.

Lucien, la miró fijamente:

-Por Dios, tú eres una criatura ingeniosa. ¿Por qué te resulta tan importante ganarle a Tarquin.

Juliana se encogió de hombros: era de suponer que Lucien no conocía todos los detalles de su contrato con el duque.

-Me niego a dejarme manipular de este modo.

Los ojos hundidos de Lucien adquirieron una expresión taimada.

-Ah -exclamó-. Y Tarquin ha dicho que tú harías lo que él te ordenase. Tiene algo contra ti, ¿verdad?

-Sólo la certeza de que no tengo amigos ni protección -respondió ella con calma-. En consecuencia, dependo de él.

-Si esto es así, ¿por qué quieres torcer su voluntad? -la expresión taimada perduraba en sus ojos.- Yo diría que eso no coincide con tus intereses.

-Cuento con un contrato legal del que él no puede renegar -repuso Juliana con fría sonrisa-. Fue redactado por un abogado y testificado por la señora Dennison. Él está obligado a mantenerme, pase lo que pase.

Al oírla, Lucien esbozó su sonrisa de esqueleto.

-Te aseguro, mi querida, que tendrías que madrugar mucho para superar a Tarquin.

-Tal vez sea cierto -repuso Juliana con cierta impaciencia-. Pero yo quiero ir a Covent Garden. Quiero ver cómo es, cómo vive la gente; en especial, las mujeres. Su primo no me llevaría a conocer esos sitios pero usted sí puede. Como, de todos modos, usted pasa su tiempo allí, según tengo entendido, llevarme no le causaría el menor inconveniente.

-Bueno, yo diría que no. Pero fastidiaría a Tarquin -bebió más coñac y examinó con ojo crítico el atuendo de ella-. Es cierto que las mujeres de sociedad frecuentan los baños. El Pobre Fred siempre lleva consigo a alguna dama de la corte.

- ¿El Pobre Fred?

-El príncipe de Gales. Todos lo llaman el Pobre Fred... el pobre diablo nunca puede hacer nada bueno, lleva una vida de perros. Su padre lo detesta. Lo humilla en público siempre que puede. No quisiera estar en su pellejo ni por todas las coronas de Europa.

-Entonces, ¿no hay nada que objetar acerca de que yo vaya con usted?

Él se ahogó de nuevo con el coñac.

-¡Nada que objetar! ¡Qué ingenua eres! -exclamó él-. Eso no es respetable, mi querida muchacha. Sin embargo, no hay nadie en la sociedad que sea tan almidonado como mi estimable primo -depositó su copa con un golpe-.Valdrá la pena, aunque sólo sea para ver la cara de Tarquin. Lo haremos, y si él amenaza con cerrar la bolsa, yo también lo amenazaré.

-Yo sabia que usted tenía valor -declaró Juliana con calidez, disimulando su repugnancia bajo una demostración de entusiasmo-. ¿Qué; vamos?

-Si quieres -Lucien volvió a examinarla críticamente, frunciendo el entrecejo-. No tendrás unos pantalones, ¿verdad?

-¿Pantalones? -Juliana se quedó estupefacta-.Tenía, pero...

-No importa –dijo él, interrumpiéndola con brusquedad-.Tienes demasiadas curvas para ocultarlas. Por mucho que lo intentes, no hay modo de que pases por un muchacho.

Por unos instantes, Juliana no supo qué decir. Recordó la expresión de repugnancia que había sorprendido en la mirada de él cuando la había visto en camisón, hasta que, al fin,

preguntó, marcando las palabras:

-¿Le gusta a usted que las mujeres se vistan como muchachos, señor?

Él hizo una mueca.

-En realidad, prefiero muchachos, querida. Pero, si tiene que ser mujer, me atraen más las flacas, las que pueden ponerse pantalones y pasar por un varón.

Dios querido, ¿qué otra cosa iría a saber de su marido? Había oído hablar de hombres a quienes les gustaban otros hombres, pero aquello era pecado capital; en la bucólica paz de Hampshire, esas preferencias eran consideradas cosa del diablo.

-¡Cuán inocentona eres! -se burló Lucien, adivinando sus pensamientos-. Será un placer para mí quitarte de encima una parte de esa ignorancia. Te presentaré las más insólitas diversiones que pueden gozarse en el Garden. Y, quién sabe, tal vez te atraigan. Ve a buscar una capa.

Juliana sufrió un instante de duda. ¿En qué estaba metiéndose? Estaba poniéndose en manos de este degenerado cruel, arruinado por la enfermedad... pero no, no era así. Ella tenía su propio dinero y podría regresar al hogar en cualquier momento, sin su compañía. Y, en verdad, quería ver con sus propios ojos cómo era la vida de las mujeres que se ganaban el pan en las calles de Covent Garden.

-Sólo tardaré un momento -fue hasta la puerta-. ¿Me aguardará aquí?

-Será un placer -dijo él inclinando la cabeza-. En tanto el botellón esté lleno...

Fue hasta la mesa y llenó su copa.

Juliana tomó de su guardarropa una capa oscura con capucha y se la sujetó en el cuello. No usaba joyas porque no las tenia, con excepción de la sortija de bodas, y la capa ocultaba la suntuosidad de su vestido. Eso la hizo sentirse más a gusto con respecto a esa expedición: casi como si fuera de incógnito.

Volvió de prisa a su sala, donde Lucien estaba desplomado en el sofá, hundido en sus ensueños mientras hacía girar el ambarino contenido de su copa. Cuando ella entró, él levantó la vista y pasaron unos instantes hasta que el reconocimiento se reflejó en sus ojos.

-Ah, estás aquí.

Se puso de pie, un tanto vacilante; Juliana notó que, durante los pocos minutos de su ausencia, su pronunciación se había vuelto más estropajosa.

-¿Está seguro de que se encuentra bastante bien como para salir?

-¡No seas tonta! -echando atrás la cabeza, apuró la copa en un solo trago-. Estoy perfectamente bien. Y no tengo intenciones de pasar la noche en este mausoleo.

Fue tambaleándose hacia ella, que lo esperaba en la entrada de la sala, y la empujó groseramente al pasar.

Juliana se puso ceñuda y salió de la casa tras él, para luego subir a un coche de alquiler que pasaba.

Cinco minutos después, Tarquin apareció en la sala. Había decidido ir a White's Chocolate, en la calle de St. James, a participar en una velada de discusión política y una partida de faraón. Recibió la capa y los guantes de manos del lacayo, le dijo que dejara la puerta principal a cargo del sereno nocturno puesto que pensaba regresar tarde. Luego salió al exterior, donde reinaba una noche balsámica. No se le cruzó por la cabeza la idea de preguntar dónde podría estar juliana: dio por seguro que estaría en su sala o sentada junto a la enferma, en el dormitorio amarillo.

Juliana, envuelta en su capa, estaba acurrucada en un rincón, contemplando la escena por la ventana del vehículo, que se detenía y arrancaba por las calles atestadas como si fuese plena mañana. Las calles principales estaban iluminadas con lámparas de aceite aunque, cuando giraron en una calle lateral, la única luz provenía de la linterna de un paje de hacha, acompañante de un par de caballeros que andaban con la mano apoyada en la empuñadura de la espada.

Covent Garden estaba tan animado como la noche anterior. Las puertas del teatro estaban cerradas pues la obra ya había comenzado; el coche los llevó hasta la escalinata de la iglesia de St. Paul y allí se detuvo. Juliana se apeó, arrebujándose en su capa. Lucien la siguió,

siempre un poco tambaleante, y arrojó una moneda al cochero quien, a juzgar por su ceño, no estaba satisfecho con la paga.

Una ruidosa multitud se habla reunido ante la escalinata de la iglesia; un hombre tocaba un pífano, que práctica-mente no se oía superado por el estrépito de los gritos soeces y las maldiciones de los borrachos de esa muchedumbre que se balanceaba y empujaba.

-¿Qué pasa allí?

Lucien se alzó de hombros.

-¿Cómo puedo saberlo? Ve a ver.

Juliana se abrió paso hasta el borde de la muchedumbre y se puso en puntas de pie para poder ver sobre las cabezas.

-Empuja para poder llegar al frente -le dijo Lucien, que estaba a su lado-. Con la cortesía no llegarás a ninguna parte en este sitio.

Él comenzó a empujar para abrirse paso entre la gente, y Juliana lo siguió, tratando de mantenerse pegada a sus talones antes de que el sendero abierto se cerrara tras él. Ella recordó a Tarquin y Quentin cuando hablan abierto paso para ella entre la multitud que se agolpaba ante el teatro; lo habían hecho como por arte de magia, sin subir la voz ni dar la impresión de empujar a nadie. Lucien lanzaba sucios insultos y usaba su delgado cuerpo a modo de ariete, recibiendo tantas maldiciones como las que lanzaba. De algún modo, habían llegado al frente de la muchedumbre.

Sobre los peldaños había un hombre cubierto con toscas ropas de trabajador y junto a él una mujer que llevaba un vestido de áspero lino, un delantal y el pelo oculto bajo un pañuelo. Tenía las manos atadas y una cuerda le rodeaba el cuello. Mantenía los ojos fijos en el suelo y los hombros caldos, como si quisiera volverse invisible. La gente lanzó un clamor de aprobación cuando el hombre la tomó por la barbilla y la obligó a levantar la vista.

-¿Qué estoy ofreciendo? -exclamó el hombre, en voz alta, para hacerse oír por encima del ruido-. Esta mujer es buena en las tareas domésticas. Robusta y sana... piernas buenas y fuertes, caderas anchas.

El subastador tocaba las partes que mencionaba, y la mujer se estremecía y trataba de echarse hacia atrás, pero el hombre tenía en su mano la cuerda y, dando un tirón, la obligaba a adelantarse otra vez.

Lucien reía junto con los demás espectadores. Juliana, en cambio, sacudida de horror, le echó una mirada y sintió náuseas al sorprender el desnudo y malévolo gozo que expresaba su semblante.

-¿Qué está sucediendo?

-Está subastando a su mujer. ¿No te das cuenta? -respondió Lucien, sin apartar la vista de la escena que se daba en los peldaños, donde el marido enumeraba los diversos puntos a favor de la desdichada mujer.

De súbito, una voz vociferó, por sobre el clamor de la multitud:

-Ya te has divertido bastante, Dick Begg. Venga, acaba de una vez con esto.

Un hombre vigoroso se abrió paso hasta los escalones y, d e un salto, se puso junto a la pareja. La mujer se sonrojó intensamente y trató de volverse, pero su marido tiró de nuevo de la cuerda, y ella sólo pudo girar la cabeza.

-Diez libras -ofreció el recién llegado-. Y, desde ahora, tú la dejas en paz.

-Hecho -anunció él.

Los dos hombres se escupieron las manos y las estrecharon para sellar el trato. El segundo hombre puso diez monedas en la mano del otro, mientras la muchedumbre rugía para expresar su aprobación otra vez, entonces, tomó la cuerda y se llevó a la mujer, ahora llorosa, alejándose de la muchedumbre, en dirección a la parte trasera de la iglesia.

Dick Begg se guardó las monedas en el bolsillo.

-¡Al fin me libré del mal trasto! -comentó, sonriendo-. De cualquier modo, nunca me he llevado bien con esa perra.

-¡Qué repugnante! -murmuró Juliana.

Aunque ella habla oído hablar de esas subastas, nunca las había visto hasta entonces.

Como ya había terminado el entretenimiento, el gentío comenzaba a dispersarse, hasta

que estalló una riña entre dos fornidos vendedores de fruta. Se golpeaban con los puños desnudos; pronto se formó alrededor de ellos un corro de gente que aullaba y vivaba.

Le tocó el turno a Lucien de disgustarse.

-Animales -dijo, apretando los labios.

Lucien se alejó a zancadas hacia la taberna de Green Man, sin molestarse en esperar a Juliana.

Ella entró tras él en el bar de la taberna de bajo cielo raso, y de inmediato empezó a lagrimear a causa del humo del tabaco que llenaba el local en forma de una espesa neblina azul.

-¡Ginebra! -gritó Lucien a un mozo de la posada que pasaba, luego retiró un banco que había junto a una mesa larga, y se sentó.

El banco estaba tan mugriento como las tablas del suelo, cubiertas de una costra de suciedad. Juliana pasó la mano, inútilmente, con la intención de quitar la suciedad y se sentó, resignada. Como llevaba una capa oscura, le protegería la mayor parte del vestido.

-No es demasiado agradable para tu gusto, supongo -dijo Lucien, con un resoplido desdeñoso.

-No mucho -respondió juliana, sin alterarse-. Este lugar parece una pocilga.

-Que no te oiga el posadero -dijo Lucien, riendo entre dientes-. Tom King está muy orgulloso de su establecimiento -de una palmada, depositó una moneda de seis peniques sobre la mesa, cuando apareció el mozo con una jarra de loza y dos picheles-. Llénalos.

El muchacho obedeció y después limpió las salpicaduras de la mesa con un dedo que lamió sin perder el tiempo. Sus manos estaban tan sucias como el delantal, y su pelo colgaba en lacios y grasientos mechones hasta sus hombros. Se guardó la moneda y desapareció entre la-gente, pues otra persona ya lo llamaba a gritos. Al parecer, no acudía con la suficiente rapidez, porque fue recibido con un poderoso pescozón, que lo proyectó girando contra la pared.

Juliana observaba la escena con horrorizada fascinación, parpadeando sus ojos lacrimosos. Lucien empujó un pichel hacia ella, instándole:

-Bebe.

Ella se lo llevó a los labios y bebió un gran trago sin mirar.

Sintió un fuego en la garganta y le ardieron las entrañas como si hubiese tragado ascuas. Se dobló sobre la mesa ahogada con los ojos llenos de lágrimas.

-¡Por Dios, qué debilucha eres! -dijo Lucien, dándole una palmada asombrosamente fuerte en la espalda-. ¡No toleras una gota de ginebra!

Sin embargo, Juliana captó su malicioso humor, mientras él seguía golpeándola en la espalda. Llegó a la conclusión de que ella estaba reaccionando tal como él lo había querido.

-¡Déjeme en paz! -estalló, furiosa, enderezándose y apartando su mano-. ¿Por qué no me lo ha advertido?

-¿Y arruinar mi diversión? -repuso él chasqueando la lengua.

Juliana apretó los labios y alejó el jarro todo lo que pudo. Quería beber un vaso de leche para quitarse ese sabor, pero la idea de pedir algo así en un sitio como ése era francamente absurda.

-¡Por Dios, es Edgecombe! -gritó una voz en medio de la nube de humo-. Eh, querido amigo, ¿qué te trae por aquí? He sabido que te han atrapado.

Tres hombres cruzaban el salón en dirección a ellos; cada uno llevaba un pichel. Iban con las pelucas torcidas, los rostros encendidos por la bebida y su andar era inseguro. Eran jóvenes, de poco más de veinte años, pero la disipación que se transparentaba en sus rostros arrebolados y en sus ojos hundidos e inyectados en sangre había desvanecido todo rastro de juventud.

Lucien alzó una mano a guisa de saludo.

-Venid a conocer a mi esposa, caballeros -se levantó e hizo una burlona inclinación, señalando a Juliana-. Lady Edgecombe, mis queridos amigos. Señora esposa, te ruego hagas una reverencia al capitán Frank Carson, al honorable Bertrand Peters y a Freddie Binkton, mi más querido amigo.

Pasó su brazo en torno del último de los nombrados, lo abrazó y lo besó con ruido.

Juliana se puso de pie e hizo una reverencia, sintiéndose ridícula en ese ambiente, pues no sabía cómo conducirse. Los tres hombres rieron francamente y devolvieron el saludo, si bien ella percibió la hostil curiosidad de sus expresiones, mientras todos ellos la escudriñaban a la escasa luz del salón.

-¿Por qué diablos te has casado, Lucien? -preguntó Frank, después de haber examinado a juliana a satisfacción-. Creo recordar que habías jurado quedarte soltero.

-Ah, las presiones familiares, mi querido -Lucien guiñó un ojo. y bebió otro sorbo de ginebra-. Mi primo pensó que así se evitarla el escándalo.

Los tres se echaron a reír otra vez, y Juliana se sentó. Ese grupo tenía algo decididamente horrible. Le daba escalofríos; ella sentía sus miradas disimuladas, aun cuando daban la impresión de ignorarla, absortos como estaban en un relato escandaloso que hacia el capitán. Ella echó una mirada hacia la puerta, donde permanecía de pie una elegante dama, con un lacayo tras ella, muy entretenida en su conversación con un grueso caballero que llevaba puesta una peluca rizada pasada de moda.

Bajo la observación de Juliana, el caballero estaba contando unas monedas, que iba depositando en las manos de la dama. Ella las pasaba, a su vez, al lacayo que las guardaba en el bolsillo; luego, ella pasó su brazo por el del caballero y los dos entraron en la taberna y subieron un par de destartalados escalones, en dirección a la parte de atrás del local. El lacayo se apoyó en la jamba de la puerta y, mientras observaba a los que pasaban, se limpiaba los dientes, distraído.

Juliana reflexionó que la mujer tenía una apariencia demasiado próspera para ofrecerse por la calle. Y, por cierto, demasiado bien vestida para llevar a sus clientes a una habitación del fondo, en ese sitio tan ruidoso. Debía recordar de pedir a Lilly que se lo explicara.

-Por Dios, señora, ¿no bebe usted nada? -preguntó el honorable Bertrand con fingido horror-. Lucien, Lucien, es una vergüenza el modo en que tratas a la dama.

Lucien sonrió.

-Le di a probar ginebra pero no le cayó bien. ¿Qué otra cosa podría ofrecerte, señora mía? ¿Cerveza, quizás? ¿Oporto?

-Ponche de leche, por favor, señor -dijo Juliana, con los nervios erizados al caer en la cuenta de que ellos querían burlarse de ella, de algún modo.

Miró alrededor, y vio que no podría esperar ayuda en medio de esa bulliciosa concurrencia. Dos parroquianos estaban rodando por el suelo, la mujer con las piernas al aire y la falda subida hasta la cabeza, dejando su cuerpo al descubierto hasta la cintura. Juliana se sintió asqueada. Apartó el banco y se puso de pie.

-Excúseme, milord; acabo de notar que me duele la cabeza. Tomaré un coche de alquiler afuera.

-Oh, no te excuso -dijo Lucien con dificultad, aserrándola de la mano y tirando de ella hacia él-. Debes obediencia a tu marido, señora, y tu esposo te ordena que le hagas compañía y bebas tu ponche de leche.

Juliana supo que no le seria difícil soltarse de Lucien, pero los ojos de los otros clavaban su mirada en ella con siniestra intensidad esperando ver qué haría ella. En ese lugar, nadie acudiría en su ayuda y ella sería completamente humillada. Además, Lucien lo disfrutarla sin reservas, como habla disfrutado el espectáculo de la subasta de la mujer. Presenciar la total degradación de la desgraciada lo habla hecho relamerse los labios, como una hiena ante una carroña.

Entonces, ella se sentó y ofreció una serena sonrisa.

-Como guste, milord.

Lucien pareció un tanto desilusionado; pero luego golpeó las manos y llamó a gritos al camarero de la taberna pidiéndole ponche de leche. Juliana permaneció inmóvil, esforzándose por conservar su serena sonrisa y su aire de despreocupado interés en lo que la rodeaba. La mujer que se revolcaba por el suelo con su pareja estaba ahora a gatas y, detrás de ella, el hombre le azotaba los flancos con la mano abierta, haciendo la mímica del coito para ruidoso regocijo de su público, que alzaba sus jarros y lanzaba estentóreos brindis. La mujer se reía

tanto como cualquiera, echando la cabeza atrás e impulsándose hacia atrás, como si saliera al encuentro de él, entregada a los goces del orgasmo.

Juliana trató de que no se reflejara el disgusto en su semblante. Notó que Lucien no tenía interés en la escena; en cambio, sus amigos participaban en la diversión general, golpeando sus picheles sobre la mesa y lanzando gritos de aliento.

-¿Le pagan a ella por eso? -preguntó Juliana, como al descuido.

La pregunta sorprendió a Lucien. Sus ojos turbios escudriñaron, suspicaces, el rostro de la muchacha, y ella le dirigió una suave sonrisa, como si nada de lo que sucediera en ese sitio pudiese perturbaría.

-Supongo que si -respondió él, encogiéndose de hombros-. Pero no es un entretenimiento de mi agrado -empujó hacia atrás el banco y se levantó-. Ven.

-¿Adónde iremos?

-Te mostraré otros entretenimientos que hay en este barrio tan saludable. Tú me has pedido que te hiciera conocer a la sociedad londinense... y tus deseos siempre son órdenes para mí, mi querida señora.

Hizo una irónica reverencia.

Juliana la devolvió, con la misma actitud, y lo tomó del brazo, resucita a no darle la satisfacción de verla horrorizada.

-Oh, ¿debemos marcharnos? -se lamentó el capitán, apurando su pichel-. No quisiera que se quedaran sin compañía en esta noche nupcial.

Tomó a Juliana por el otro brazo, y ella se vio conducida fuera del local, hacia la Piazza.

-¿Adónde vamos ahora? -preguntó Freddie, mirando alrededor con supuesto interés.

-A los baños -respondió Lucien-. Quiero mostrar a mi señora esposa lo que sucede en los salones de vapor.

-No creo que sea buena idea un baño de vapor -alegó Juliana-. ¿No se me estropeará el vestido?

-¡Por Dios, no, señora! -dijo el capitán, echándose a reír-. Le quitarán toda la ropa y le darán una toalla. Son sitios de- gente muy amistosa, los baños.

Por muy amistosos que fuesen allí, Juliana no pensaba ir a los baños. Siguió caminando en medio de sus dos escoltas, esperando el momento de soltarse. Habían llegado a la esquina de la Little Piazza; ella se detuvo ante el quiosco donde se vendían las láminas obscenas que había visto con el duque.

-¿Qué opináis de esto, caballeros? -preguntó, sonriendo.

Ellos se dejaron distraer y miraron hacia el quiosco. Entonces, juliana liberó los brazos y se volvió velozmente. Demasiado, pues sus pies resbalaron en una mancha de la innombrable asquerosidad que cubría los adoquines, y tuvo que asirse a lo que tenía más cerca para no caer. El capitán Frank resultó ser un asidero seguro, aunque echó a reír con ganas al verla en un aprieto. Cuando ella pudo estabilizarse de nuevo, su corazón latía violentamente, golpeando contra sus costillas y el capitán la sujetaba con tanta fuerza que le hacía daño; no se le ocurrió cómo podría escapar de los baños.

-Tengo ganas de ver una riña de gallos -anunció Bertrand, pasando su brazo por el de Lucien-. ¿Qué opinas, Lucien? Hace rato, ya, que no apostamos a esas aves.

-Por la gracia del diablo, es verdad -Lucien se entusiasmó de inmediato-. Estoy seguro de que mi señora esposa, aquí presente, lo disfrutará -dirigió a la aludida su sonrisa de esqueleto y ella vio que sus Ojos desbordaban de despachado regocijo-. ¿Qué prefieres? ¿El Reñidero Real o los baños, querida?

En el reñidero, al menos, no tendría que quitarse la ropa. Y si cerraba los ojos, seguramente podría soportar la crueldad del espectáculo.

-El reñidero, por favor, señor.

Logró dibujar otra sonrisa despreocupada y obtuvo cierta satisfacción al ver que su descuidada respuesta había desconcertado a su marido.

-¡Adelante, entonces! -Bertrand paró un coche de alquiler-. Después de usted, lady Edgecombe.

Ella se vio metida en el oscuro interior del coche, y los otros la siguieron, entre

abundantes risotadas. En esa alegría, sin embargo, había algo que la llenaba de temor.

-Al Reñidero Real, cochero -gritó Lucien asomándose por la ventanilla.

El cochero hizo restallar su látigo y los caballos partieron hacia St. Jame's Park.

17

Eran las tres de la madrugada cuando Tarquin regresó a su casa. Saludó con la cabeza al portero nocturno que lo hizo pasar y enfiló hacia la escalera. El criado volvió a echar el cerrojo y regresó a su cabina, bajo la escalinata.

El duque entró en sus aposentos y se quitó la chaqueta de brocado dorado. Su adormilado valet se levantó de un salto de la silla, junto al hogar vació, y se esforzó por reprimir un bostezo.

-Buenas noches, Su Gracia -se apresuró a tomar la chaqueta de manos de su patrón, la sacudió y la colgó en el armario-. Espero que haya tenido una velada placentera.

-Bastante placentera, gracias.

Tarquin echó un vistazo al armario, con su puerta oculta, pensando si Juliana estaría despierta. Era de suponer que ya se habría acostado hacía horas. Su valet lo ayudó a quitarse la ropa y le entregó la bata de estar por casa. El duque se sentó ante su tocador, se limó las uñas mientras el criado se desplazaba por el cuarto retirando las cortinas de la cama, y abriéndola.

-¿Necesita algo más, Su Gracia?

El duque negó con la cabeza y le permitió ir a acostarse. Luego, traspuso la puerta que había dentro del armario y entró, sigiloso, en la habitación contigua. En la cama no habla dormido nadie. Henny roncaba suavemente en la *chaise longue.* No había ni rastros de Juliana.

-¿Dónde diablos...?

-¡Oh, válgame Dios, señor! -al oír su voz, Henny se levantó de un salto. Sus desteñidos ojos azules estaban velados por el sueño-. Me ha dado usted un susto.

Se palmoteó el pecho con un movimiento rápido de la mano.

-¿Dónde está Juliana? -preguntó él, con tono cortante, brusco.

-Caramba, no lo sé, Su Gracia. Tengo entendido que ha salido con lord Edgecombe. Aún no han regresado. Pero su señoría nunca se acuesta antes del alba concluyó, alisándose el delantal y metiendo bajo la cofia un mechón gris de pelo que se habla escapado.

La primera reacción de Tarquin fue la furia, pero enseguida se mezcló con el temor. Lo más probable era que Juliana no tuviera idea de la clase de placeres que prefería Lucien y dónde los buscaba. Era demasiado ignorante de las costumbres de la ciudad para imaginar tales cosas. Y era precisamente esa ignorancia lo que la habría convertido en una buena herramienta para los planes de su primo. Y ahora, esa misma inocencia, mezclada con ese espíritu desafiante, estaba impulsándola hacia los horrores del mundo de Lucien. Tal vez, él debería haber elegido a una mujer que tuviera experiencia de las cosas de la vida, que hubiese firmado ese contrato comercial con los ojos bien abiertos. Pero una mujer de esas características no seria virgen. Y una ramera no podía ser la madre del heredero de Edgecombe.

Pero él ya había hecho su elección y tendría que soportar las consecuencias. Él había dado por cierto que podría poner fin a las picardías de Juliana y Lucien; sin embargo no había esperado que ella se moviera tan rápido. Tarquin aprendería bien la lección.

-¿Está todo bien, Su Gracia? -preguntó Henny, en tono preocupado, con sus ralas cejas unidas en un ceño de aflicción, al tiempo que escudriñaba el semblante lívido del duque-. ¿He hecho algo de malo?

-Por supuesto que no, buena mujer -dijo él con brusquedad-. Lady Edgecombe no está a su cargo. Y ahora, vaya a dormir. Esta noche, ella no la necesitará.

Henny manifestó cierta duda aunque, de todos modos, hizo una reverencia y salió de la habitación. Tarquin permaneció un minuto allí, tamborileando con las uñas sobre la mesa, con una mueca torva en su boca.

Giró sobre sí mismo y volvió a su habitación. Allí, se quitó la bata y se vistió rápidamente con sencillos pantalones de ante, botas y una chaqueta oscura. La espada que llevaba a la cintura era real, y su bastón era, en realidad, un estoque. Bajó de nuevo la escalera, y el confundido portero nocturno se apresuró a abrir la puerta principal.

-¿Sabe usted a qué hora partieron lord y lady Edgecombe?

-No, Su Gracia. De acuerdo con lo que me ha dicho Catlett, han salido muy temprano, antes que Su Gracia.

El duque maldijo su propia estupidez. ¿Por qué no habla ido a ver si ella estaba antes de marcharse? La había subestimado de forma grosera, había supuesto que su actitud de desafío era sólo la rebeldía de una estudiante reprimida.

Salió de la casa y llamó a un paje de hacha que estaba en la entrada de enfrente, con la lámpara de petróleo apagada a sus pies. El muchacho se sacudió para espabilarse y cruzó corriendo la calle.

-¿A dónde va, milord?

-A Covent Garden.

Lo más probable era que ésa fuese la última parada nocturna de Lucien.

El muchacho recortó con presteza la mecha de su lámpara y luego frotó la yesca con el pedernal. El resplandor amarillo abrió un sendero iluminado y el muchacho echó a trotar junto a Tarquin, tratando de acompañar sus largas e impacientes zancadas.

Juliana absorbió el aire fresco de St. Jame's Park, tratando de sacarse de su nariz el hedor de la sangre. Pero no pudo apartar las imágenes de su mente. Aun cuando había estado con los ojos cerrados la mayor parte del tiempo, las aves desgarradas y quebradas que yacían

inertes sobre la pista cubierta de serrín, rodeadas de plumas empapadas en sangre que parecían harapos sanguinolentos, persistían, torturantes, en su visión interior. Aún le parecía oír los rugidos ensordecedores que acompañaban las apuestas enloquecidas, cada vez más frenéticas con cada nueva pareja de gallos armados de púas de plata que era arrojada a la fosa. Bocas abiertas que lanzaban gritos de aliento y maldiciones, ojos de borrachos desbordantes de ávida crueldad, la increíble tozudez de los gallos que luchaban a muerte, todo eso estaba grabado en su mente de manera indeleble; por primera vez en su vida, ella había tenido miedo de desmayarse.

No sabia cómo había resistido, consciente de las fugaces miradas que le lanzaba Lucien viéndola mortalmente pálida y con los ojos cerrados. No le darla la satisfacción de derrumbarse ante ese horroroso espectáculo. Los ojos hundidos del vizconde, en sus oscuras órbitas, cobraban una expresión cada vez más resentida a medida que avanzaba el espantoso ritual. Juliana tuvo la vaga percepción de que él estaba perdiendo ingentes cantidades de dinero. Bertrand, al ver que Lucien lanzaba un juramento y daba vuelta sus bolsillos vacíos, le había entregado un puñado de monedas. Sin embargo, sólo cuando el cuarto par de aves hacia ya cuarenta y cinco minutos que estaba desgarrándose entre sí y la sangre y las plumas salpicaban al público, Lucien se levantó del banco cubierto de esteras y dijo que ya estaba harto de esa diversión insípida.

Juliana habla salido a los tumbos del salón circular y comprobado que hacía una noche tibia. Sintió deseos de arrastrarse hasta detrás de un arbusto y vomitar hasta el alma. Pero no podía dar ese placer a su odioso marido.

-Bueno, querida, espero que hayas disfrutado con tu primer acercamiento a los entretenimientos de Londres.

Lucien aspiró un poco de rapé mientras la observaba con irónica sonrisa.

-Ya lo creo, ha sido muy educativo, milord -respondió ella, tan sorprendida como agradecida de que su voz sonara clara y firme.

Lucien frunció el entrecejo, mirándola con hosquedad a la luz parpadeante de las antorchas que iluminaban el sendero desde el reñidero hasta la entrada. Esa mujer estaba resultando una decepción: él había abrigado la esperanza de que se quebrara un buen rato antes.

-Por Dios, hombre, tengo tanta sed como un camello reseco -afirmó Frank Carson, aflojando su arrugada corbata-. Vamos a Shakespeare's Head. Quiero jugar un poco a los dados.

-Si, buena idea -aprobó Fred, secando su frente sudada con un pañuelo bordeado de encaje-. ¿Vienes, Edgecombe?

-Ya lo creo -dijo el vizconde-. La noche recién ha comenzado. Ven, señora esposa

-aferró a Juliana por el codo y la arrastró junto a él, por el sendero, hacia la calle-. ¡Cochero! Eh, buen hombre. ¡Eh, usted, patán perezoso!

Hizo una agresiva sería al cochero de un cabriole, que fumaba apaciblemente en la parada de coches que aguardaban a los clientes a la salida del reñidero.

El cochero hizo restallar su látigo y condujo a su fatigado caballo hacia el otro lado de la calle.

-¿Adónde va, patrón?

-A Shakespeare's Head.

Lucien se trepó, y dejó que Juliana lo siguiera. Las enaguas de ella estaban sucias a causa de la mugre que había en las esteras del reñidero, sus delicadas sandalias estaban manchadas con algo que no podía identificar, si bien sabía que era asqueroso. Se arropó mejor en su capa, a pesar del calor de la noche y se acurrucó en el rincón más oscuro mientras los otros entraban en el vehículo en medio de un gran bullicio.

Estaba sobremanera fatigada y cada vez más asustada. En el comportamiento de su esposo había una especie de frenesí, un brillo atemorizador en sus ojos como ascuas. El color de su tez, si ello fuera posible, era peor que de costumbre y su respiración era sibilante. Juliana sabía, por instinto, que él estaba tratando de burlarse de ella. Y ella, por su parte, había cometido la tontería de aliarse con él para oponerse al duque. También habla sido una tontería

creer que habla descubierto el mejor motivo para obtener la cooperación de Edgecombe. Como una tonta, había creído que podría utilizarlo para sus propios fines. En cambio, él estaba utilizándola para divertirse. Y aún no había terminado.

Como la superaban en número, ella no podía más que vigilar, esperar y tratar de escapar. Era probable que se dejaran absorber hasta tal punto por el juego, que se aturdiesen tanto con la bebida que ella lograra escabullirse sin que lo notaran. Tal vez tuviera esa oportunidad si salía al excusado que estaba fuera de la taberna.

Covent Garden todavía estaba repleto de gente, y el grado de ebriedad de la muchedumbre habla alcanzado nuevas alturas. Las voces eran fuertes**,** la pronunciación confusa, y se oían entonaciones airadas y maldiciones con tanta frecuencia como las risotadas. Hombres y mujeres se tambaleaban, andando sobre los adoquines, llevando jarras de loza con ginebra, y Juliana vio a una mujer que se desplomaba, borracha, en la zanja y se volcaba toda la bebida encima. El hombre que estaba con ella cayó también, soltando un bramido, y le levantó la falda hasta la cabeza acompañado por los cánticos de aliento de los que pasaban.

Juliana apartó la vista. No podía saber si la mujer estaba participando por su propia voluntad o, simplemente, se encontraba insensible: no le parecía que estuviese forcejeando. Alguien gritó desde una de las chozas que había bajo las arcadas; era un chillido agudo como el de un cerdo en celo. Juliana se echó a temblar y se le erizó el cabello. Una mujer salió corriendo de la choza, cubierta sólo con una fina camisa, y un hombre la perseguía, blandiendo una vara. Tenía el rostro rojo de furia, mientras que el de la mujer estaba pálido de terror. Juliana esperaba que alguien interviniera pero nadie hizo el menor caso de la mujer, que corría serpenteando y esquivando a las personas, tratando de escapar de esa vara que no dejaba de agitarse.

-Sucia ramera... ya está otra vez con sus triquiñuelas -dijo Bertrand, sonriendo-. Esas trotonas creen que pueden cometer crímenes impunemente.

-¿Qué ha hecho? -preguntó Juliana, parpadeando bajo la luz anaranjada de antorchas y lámparas de petróleo.

Bertrand se encogió de hombros. -¿Cómo puedo saberlo?

-Lo más probable es que haya hecho trampa -dijo Frank-.Todas ellas hacen lo mismo: engañan a sus clientes, a sus chulos, a sus alcahuetas. A todas ellas les vendría bien una temporada en Bridwell, de vez en cuando. Eso las sacude.

Juliana tragó su rabia, pues no haría más que divertirles. Tenía que haber un modo de mejorar las condiciones en que esas mujeres se vendían. Ella comprendía que fuese el único modo de ganarse la vida que tenían a su alcance... lo entendía por su propia y amarga experiencia. Sin embargo, no tendrían por qué estar tan expuestas a la implacable avidez de quienes las explotaban.

Un brazo enérgico la impulsó hacia la taberna, cuya puerta estaba abierta de par en par; por esa puerta salían roncas voces de borrachos, además de la luz de las lámparas, envuelta en la espesa niebla del humo de las pipas.

Una mujer con el pecho desnudo se acercó tambaleándose a ellos llevando una bandeja cargada con jarras de cerveza que desbordaban.

-¿En qué puedo servirlos, milores?

Hizo un guiño y se tocó los labios con la lengua de un modo sugestivo.

-¡Cerveza, moza! -ordenó Bertrand, palmeándole el trasero con innecesario vigor, tanto que hizo temblar la bandeja y volcarse la cerveza-. Torpe buscona -dijo él, con gesto desdeñoso, al tiempo que sacaba un banco de abajo de una de las mesas largas.

Juliana se sentó junto con los demás. Estaba sedienta, y la perspectiva de beber cerveza era alentadora. En otra parte del salón, en medio del áspero parloteo y del clamor de las voces, oyó las apuestas proferidas a gritos entre insultos y exclamaciones, provocados por el rodar de los dados. El estrépito tenía un fuerte tono de acritud, un matiz belicoso que le erizaba el pelo en la nuca, a la expectativa de la violencia que bullía bajo esa superficie de aparente excitación y jocosidad.

Fue depositado ante ella, con un golpe, un jarro de cerveza. El líquido derramado goteó hasta su falda, pero ya hacía rato que había dejado de preocuparse por su ropa en esa

horrorosa velada. Si la peor consecuencia de todo ello era una enagua sucia y una mancha de cerveza en el vestido, se daría por afortunada. Bebió con ganas y gratitud.

Tras unos minutos, cuando tuvo la impresión de que sus compañeros estaban concentrados en apostar por las posibles dimensiones de la extensión de la cerveza derramada, se puso de pie y trató de escabullirse afuera sin ser notada.

La mano de Lucien salió disparada y le aferró la muñeca. Juliana clavó la vista en esos flacos dedos blancos y se sorprendió, vagamente, por lo fuertes que eran. Bajo la opresión de esos dedos, la sangre huyó de su piel.

-¿Adónde vas, señora esposa? -quiso saber él, hablando en tono agrio y con lengua estropajosa.

-Al excusado -respondió ella con calma-. Me haces daño. Él se echó a reír y le soltó su muñeca.

-Está afuera, en el fondo, pasando la cocina. No te demores.

Juliana avanzó por el salón. A cada paso la acosaba alguno de los borrachos juerguistas y jugadores de dados; ella se limitaba a evitar el contacto visual con ellos y a apartar, con aire desdeñoso, esas manos que se prendían de su brazo.

El excusado estaba en un patio cerrado; juliana no veía por dónde podría escapar. Forcejeó con sus faldas en la pestilente oscuridad, sintiendo dolor de cabeza provocado por el ruido y el humo y una fatiga que le llegaba hasta la médula de los huesos. ¿Cómo iba a salir? Lucien disfrutaría abortando cada uno de sus intentos, y sus amigos le brindarían su apoyo físico, gustosos. No valía la pena exponerse a la humillación de la derrota y a la malévola diversión de su esposo.

Se detuvo un momento en la entrada de la posada antes de volver a entrar en el salón de la taberna. Lucien estaba vigilando la puerta, esperando que ella volviese. La llamó con gesto imperativo y se levantó sobre sus piernas inseguras al verla aproximarse.

-Vamos a jugar -anunció, tomándola por el codo-. Tú tienes que estar a mi lado, señora esposa, y sonreír a los dados.

A Juliana no se le ocurrió ninguna alternativa y, obligándose a esbozar una sonrisa de alegre obediencia, lo acompañó a la mesa donde se jugaba a los dados. Fueron recibidos por miradas más bien adustas y les hicieron lugar con considerable renuencia. Juliana bostezó y se tambaleó de fatiga, mientras la excitación iba subiendo de punto a cada tiro de los dados. La pronunciación de Lucien cada vez se tornaba más confusa. Un enfermizo sonrojo cubría la verdosa palidez de su semblante y sus ojos brillaban con resplandor febril al compás del firme descenso del coñac en la botella que él sostenía.

Al principio, él ganó; eso le dio ánimos para empezar a apostar de manera cada vez más inmoderada. Pero, a medida que se excitaba más, perdía más. Había perdido todo su dinero en el reñidero de gallos y ahora, tras haber acabado con el préstamo de Bertrand, había apostado su reloj, una sortija y su caja de rapé antes de recurrir a los pagarés, que iba arrojando sobre la mesa con temeraria despreocupación. Aun a pesar de su somnolencia, Juliana veía que sus compañeros de juego no estaban muy satisfechos con esos trozos de papel garrapateados hasta que, al fin, uno de ellos declaró, irritado:

-Hombre, si no puedes jugar con objetos o dinero, yo no volveré a tirar. No acepto promesas.

-Claro, ¿de qué sirve una hoja de papel cuando uno quiere pagarse una cerveza?

El coro de protestas aumentó y las caras se aceraron a la mesa, con miradas airadas en dirección a Lucien.

-Que el diablo os lleve a todos vosotros -estalló él-. Quiero que sepáis que mis pagarés son tan válidos como el oro. Están refrendados por Su Gracia, el duque de Redmayne. Si los presentáis mañana por la mañana, en su casa de la calle Albemarle, él os los pagará con intereses.

-¿Quién quiere esperar hasta la mañana?

Se produjo un runrún en torno de la mesa y un hombre se incorporó a medias. Tenía unos puños macizos como martillos pilones, y un ojo desviado, que daba un toque amenazador a su mirada de ebrio.

-Págueme, milord -remarcó, con énfasis desdeñoso-, o le quitaré la chaqueta que lleva puesta.

Lucien buscó su espada con torpe tanteo pero, antes, el capitán Frank Carson había echado su silla hacia atrás y se había puesto de pie de un salto, blandiendo la suya.

-¡Cómo se atreve a insultar el honor de un caballero! -vociferó, haciendo girar los ojos en sus órbitas cuando intentaba enfocarlos-. ¡Tenga esto, señor!

Se lanzó hacia el otro lado de la mesa. El corpulento sujeto se desplazó de lado con asombrosa agilidad y la luz de la vela parpadeó, reflejada en la hoja de un alfanje. Una mujer gritó, y los presentes en la taberna se acercaron; algunos hasta se subieron a las sillas para ver mejor. Juliana estaba, ahora, bien despierta. Su mirada voló hacia la puerta, tentadoramente abierta. Pero los espectadores, ansiosos, se apretaron entre sí y ella quedó apresada contra el borde de la mesa. En el salón reinaba un ánimo peligroso. Lucien y sus amigos, blandiendo sus espadas, enfrentaban a un verdadero ejército de bellacos armados de cuchillos. Los dados estaban abandonados en medio de la mesa, y, de pronto, la brutal algarabía fue interrumpida por un momento de silencio expectante.

Fue Freddie Binkton el que rompió la amenazadora tensión. Ellos se veían superados en número y tenían obstruida la salida por los curiosos.

-Vamos, no nos precipitemos -dijo, entre nerviosas risillas-. Lucien, querido amigo, sin duda, habrás traído contigo algo que puedas poner como prenda de una apuesta. Nosotros también podemos contribuir.

Se palmeó los bolsillos como si pudiera materializar monedas en ellos.

-Yo pondría mi reloj -ofreció Bertrand, pesaroso-, pero lo aposté a ese maldito gallo rojo... que no tenía más valor que un corderillo. Se dejó vencer sin pelear... lo perdí... varia cincuenta guineas... lo perdí por una miserable apuesta de diez libras.

Su voz fue apagándose al ritmo de su dispersa atención y, al mismo tiempo, su mano, que blandía la espada, fue aflojándose.

Como si accedieran a una tregua, los rufianes bajaron sus cuchillos, cambiaron sus posturas agresivas y miraron, ceñudos, a Lucien aguardando una respuesta.

Lucien miró alrededor con la boca tensa, las sienes palpitantes y con el mismo sonrojo febril en su rostro, llamativo como el maquillaje de un payaso. Juliana, que estaba tan próxima a él, sentía la furia salvaje que emanaba de su piel, a través del olor agrio del miedo y del sudor. La mirada del hombre se posó sobre ella y ella se encogió, impulsada por el instinto a mezclarse con las personas que la rodeaban. De súbito, algo relampagueó en los pálidos ojos castaños del vizconde, y empezó una lenta sonrisa cargada de mortal amenaza.

-Bueno, creo que tengo algo para vender -dijo, casi sin mover sus labios.

-¡No! -susurró juliana, llevándose la mano a la garganta, pues había comprendido lo que pretendía-. ¡No, no puedes hacerlo!

-Oh, sí, ya lo creo que puedo, mi señora esposa -dijo él, altivo-. Las esposas son esclavas de sus maridos. Tú eres mía y yo puedo disponer de ti como me plazca -su mano hizo un repentino movimiento y le aferró otra vez la muñeca en un doloroso apretón-. Que alguien me traiga un trozo de cuerda. Haremos esto como es debido.

-Vamos, Lucien, eso no está bien -farfulló Frank, con cierto tono de disculpa.

Lanzó una inquieta mirada a Juliana, quien no atinó a hacer otra cosa que a devolverle la mirada, enceguecida por el espanto.

-No seas papanatas -dijo Lucien con expresión petulante y hosca-.Tú no tienes derecho a decir si está bien o no lo que yo hago con mi esposa. Venga, la cuerda -tomó la cuerda que le entregaba un sonriente palafrenero-. Aquí está, señora. Inclina la cabeza.

-¡No!

Juliana se apartó de él, tan aterrada por la maldad encarnada en esa especie de sonriente calavera como por su intención. Alguien le sujetó los brazos y se los forzó hacia atrás, de modo de inmovilizarla. Lucien, que conservaba su venenosa sonrisa, pasó con brusquedad el lazo por su cabeza. Juliana sintió que muchas manos tironeaban de ella, la empujaban y la aplastaban contra la mesa. Ahora que la rabia superaba en ella al temor, se debatió. Pateó, arañó y se despellejó las espinillas contra el borde de la mesa mientras la levantaban y

arrastraban hacia arriba. Pero, a pesar de sus forcejeos, lograron ponerla sobre la mesa y Lucien asió el extremo de la cuerda.

Juliana, enceguecida por una rabia salvaje, le lanzó una patada y le acertó debajo del mentón con la punta del zapato. Él salió disparado hacia atrás y soltó la cuerda. Ella intentó saltar de la mesa pero dos hombres la sujetaron por los tobillos inmovilizándola, hasta que Lucien se incorporó de nuevo con los ojos entrecerrados, tomándose el mentón con una mano.

-Perra -dijo en voz baja-. Pagarás por esto.

Si no le hubiesen estado sujetando con tanta fuerza los tobillos, ella habría vuelto a patearlo. Mareada, se tambaleó ahí, en la altura, sintiendo que las náuseas le subían a la garganta y que un sudor frío brotaba de su espalda. ¿Cómo se había metido en esta pesadilla? Ella no ignoraba que Lucien era cruel pero, ni en sus más siniestras fantasías lo habría creído capaz de semejante maldad. El duque sí lo sabía. Él siempre había sabido de lo que era capaz su primo. Y el hecho de saberlo no le habla impedido usar a juliana... exponerla a tanta vileza.

Lucien clamaba, en ebrio sonsonete:

-Y bien, ¿qué ofrecéis por esta espléndida pieza, caballeros? ¿Empezamos con veinte guineas?

El ambiente se llenó con un coro de respuestas. Juliana miró hacia abajo y vio que unos ojillos enrojecidos la examinaban con avidez, desnudándola con la mirada, violándola con sus sonrisas lascivas. Sus tobillos estaban tan apretadamente sujetos que ella no podía moverse, y Lucien tiraba de la cuerda hasta cortarle la piel de la nuca.

George Ridge despertó del sueño provocado por la comilona cuando, a su alrededor, los gritos empezaron a tornarse más estrepitosos aún. Levantó la cabeza y parpadeó, momentáneamente desorientado. Cuando vio que había estado durmiendo entre los restos de la cena, recordó dónde estaba. Soltó un ruidoso eructo y se llevó a sus labios la botella de oporto. Sólo quedaba un trago; chasqueó la lengua, dejó la botella sobre la mesa y se volvió para pedir otra.

Su vista se posó sobre la escena que se desarrollaba en el otro extremo del salón. Al principio, no pudo discernir qué estaba sucediendo, tan fuerte que era el ruido y tan apiñada estaba la multitud. Estaban apostando a algo, y las apuestas tenían una cualidad frenética que lo sacudió con fuerza. Parpadeó y sacudió la cabeza para despejar su cerebro de la somnolencia. Luego, repitió el parpadeo y se incorporó.

Juliana estaba de pie sobre una mesa. No podía equivocarse. Ninguna tenía esa cabellera de bosque en llamas, esos ojos verde jade que relampagueaban con furia desesperada, ese cuerpo alto y voluptuoso.

Por todos los diablos, ¿qué estaba sucediendo allí? Empujó la silla hacia atrás y se puso lentamente de pie, esforzándose por reconocer las palabras en medio del barullo generalizado. Oyó gritar a alguien:

-Cien guineas. Vamos, caballeros. Mi esposa vale eso, por lo menos.

¡Esposa! George se acercó hasta el borde del gentío. La subasta se hacía cada vez más animada. Ciento cincuenta, doscientos. Juliana parecía de piedra. El hombre que sujetaba la cuerda, el que había dicho ser su marido, excitaba al público a un creciente frenesí enumerando los atractivos de Juliana.

A George se le secó la boca. Tragó, tratando de juntar saliva. Parecía increíble; sin embargo, era una situación real. Empujó, abriéndose paso entre la gente, y se aclaró la voz:

-¡Quinientas guineas! -su voz sonó quebrada y débil; al comienzo, nadie dio señales de oírla. Lo intentó otra vez, gritando-: Doy quinientas guineas por ella.

Juliana oyó la voz de George que irrumpía en el trance al que había sido arrastrada, tratando de protegerse de la insoportable humillación, de las oleadas de terror que la inundaban. "No lo mires. No reacciones. “La orden pareció un grito resonando en su cerebro, atravesando su aturdimiento. Ella no tenla que reconocerlo. Si ella negaba conocerlo, él no podría demostrar su identidad. Ella seguía siendo la vizcondesa de Edgecombe. Aún se hallaba bajo la protección del duque de Redmayne. Dios querido, ¿lo estaría?

-Quinientas guineas -dijo Lucien, girando en dirección a George con una de sus enloquecidas sonrisas-. Caramba, señor; veo que usted juega fuerte. Es que ella es un artículo

de primera y usted tiene buen ojo.

George no dio señales de oírlo. Tenía su vista clavada en Juliana, como instándole a que lo mirase. Pero ella era como una estatua de piedra, con sus ojos fijos ante sí. Él estiró una mano para tocarle el tobillo y ella no se movió.

-¿Alguien que dé más de quinientas por mi querida esposa o debo entregarla a este caballero? -exclamó Lucien, en tono alegre-. Debo deciros que estoy a punto de cerrar trato.

-Hay ocasiones en que me sorprendes, incluso a mi, con la hondura de tu depravación, Edgecombe.

Una voz helada se impuso al estridente bullicio, y el duque de Redmayne atravesó el salón desde la puerta, donde habla estado los últimos minutos, sin ser notado.

La pesadilla habla atrapado a juliana en sus garras con tal fuerza que, por un momento, no reaccionó. Pero entonces, el claro tañido de la salvación perforó su estado de trance. Giró lentamente, y George quedó olvidado, en un torrente de increíble alivio. Él habla venido a rescatarla.

-Tarquin...

Era más un rezo que una afirmación, como si ella aún no se atreviese a creer que él estaba ahí.

-Aquí estoy -afirmó él.

Su voz fue como una caricia, el suave bálsamo restaurador para el alma torturada de Juliana. Sus ojos grises la abarcaron en una mirada que lo veía todo; entonces, el duque se volvió hacia Lucien.

Éste se encogió, retrocediendo hacia la mesa cuando los ojos helados de su primo lo paralizaron. En la mejilla del duque se estremecía un músculo aunque nada dijo y se limitó a golpear con el puño cerrado en la palma de la otra mano. A continuación, con suma lentitud, extendió el puño y tocó a Lucien en el borde del mentón... pareció de que apenas lo había rozado. El vizconde cayó entre la gente sin exhalar un sonido.

Un murmullo recorrió la turba cuando los ojos del duque recorrieron la ronda. De súbito, una hoja brilló en el extremo del estoque. Siguió callado, aun así, la gente fue retrocediendo y los dos hombres que sujetaban los tobillos de Juliana se alejaron de la mesa.

George Ridge se aclaró la voz. No sabía qué estaba sucediendo, aunque sí vela que su presa se le escapaba de las manos. El recién llegado giró en redondo al oír su carraspeo, y su mirada penetrante, helada y letal como la punta de una flecha, le hizo encogerse. George bajó su vista en gesto de involuntario sumisión ante esta fuerza desconocida pero infinitamente poderosa.

Tarquin giró de nuevo hacia Juliana. Alzó los brazos y la bajó al suelo. Le quitó la cuerda, que arrojó sobre la gente.

La mirada de sus ojos aún era la que habla posado en Lucien, fría y mortífera, pero ahora tocó el pelo de la muchacha, apartándole un mechón de su frente. Sus dedos largos rozaron la curva de la mejilla de Juliana.

-¿Te han hecho daño?

Ella negó con la cabeza y, en un susurro, logró decir con franqueza:

-Sólo en mi orgullo.

En los ojos de Tarquin se encendió la sorpresa, suavizando la implacable firmeza de su mirada. Cualquier otra mujer se habría deshecho en lágrimas y habría sufrido un ataque de histeria. Juliana, en cambio, era única.

¿Puedes andar?

Y aunque a ella le temblaban las rodillas de manera incontrolable, algo en el modo apreciativo en que él la examinaba le dio fuerzas como para decir:

-Por supuesto -aunque se aferró a su brazo para sostenerse.

De algún modo, ella logró poner un pie delante del otro al tiempo que la turba se apartaba. Salieron a la calle. Estaba amaneciendo y una extraña quietud se había apoderado de las arcadas y de la plaza. Había algunos cuerpos dormidos bajo los arcos, un par de mujeres desatinadas se habían sentado en un portal, bebiendo cerveza y bostezando. Desde la cafetería de Tom King llegó un grito y el ruido de algo que se estrellaba y un hombre salió lanzado por

la puerta yendo a parar a la zanja donde quedó tendido sin soltar una jarra de loza con ginebra.

El duque alzó un dedo y apareció un coche de alquiler, como por arte de magia. Tarquin empujó a juliana con una mano en su trasero y sin demasiada ceremonia, para que subiera, luego subió él, casi en un solo movimiento, cerrando después la portezuela con un golpe.

Por primera vez desde hacía horas, Juliana ya no se sentía aterrorizada. El penumbroso interior del vehículo era como un paraíso privado y protector. Una débil luz grisácea entraba por la ventana, permitiéndole observar el semblante del duque sentado frente a ella, en reflexivo silencio.

-¿En qué piensas? -preguntó ella; su voz sonó taciturna, como si los sucesos de esa noche la hubiesen despojado de todo su vigor.

-En muchas cosas -respondió él, pasándose las yemas de los dedos por los labios-. En que eres la moza más caprichosa, perversa y empecinada que he tenido jamás la desdicha de tratar... No, deja que termine de responder a tu pregunta -alzó una mano, reforzando el pedido, al ver que la boca de juliana se abría y que en su cara aparecía una expresión indignada-. Que la maldad de Lucien sobrepasó esta noche todas mis expectativas; sobre todo, que jamás debería haberte permitido que tus ojos lo vieran.

-¿Eso significa que estás arrepentido de haber urdido este plan demoníaco?

-No; no he dicho eso. Pero lamento profundamente haberte involucrado en él.

-¿Por qué?

Tarquin no respondió de inmediato. Estuvo a punto de decir que, sencillamente, ella no estaba hecha para ese papel, que no era lo bastante dócil. Así hubiese respondido hacía sólo unas horas. Pero algo le había sucedido al verla sobre esa mesa, expuesta a las lascivas miradas, a las manos sudorosas del bajo mundo londinense. Cuando vio la frescura y la franqueza de ella manoseadas mentalmente por esa turba vil, experimentó una rabia más fuerte que la que había sentido hasta entonces. Y, para su desasosiego y confusión, esa rabia iba dirigida a sí mismo tanto como a Lucien.

-¿Por qué? -repitió Juliana-. ¿No alcanzo suficiente valor en una subasta, milord duque? -su amargura iba creciendo en la misma medida en que se disipaba su terror. En cierto aspecto, Tarquin era tan culpable de esa odiosa violación como lo había sido Lucien-. Lamento haberte causado tanta incomodidad esta noche.

Enfadada, se arrancó una cutícula suelta del pulgar, tirando de la piel con sus dientes.

Tarquin se inclinó sobre ella y le quitó la mano de la boca. Apretó el pulgar maltratado en su mano tibia y miró con gravedad a la muchacha, a la luz creciente.

-Estoy dispuesto a atribuirme una buena parte de la culpa por los sucesos de esta noche, juliana, pero tú también tienes cierta responsabilidad. Tú decidiste darle alas a Edgecombe para tomar revancha contra mí. ¿Serías capaz de negarlo?

La sinceridad la obligó a negar con la cabeza.

-¿Qué esperabas que hiciera?

La irritada pregunta arrancó una risa desganada de los labios del duque.

-Oh, esperaba que fueses buena y obediente y que me concedieras que yo sabía qué era lo mejor para ti. Qué tonto fui, ¿no?

-Mucho.

Juliana intentó desasir su mano pero los dedos de él se cerraron con más fuerza sobre los suyos.

-Yo me ocuparé de que Lucien jamás vuelva a acercarse a ti. ¿Tú puedes asegurarme de que no lo buscarás?

-Yo aprendo de mis errores -replicó ella con agria dignidad.

-Yo procuraré aprender de los míos -dijo él con amargura, soltándole la mano al mismo tiempo que el coche se detenía ante la casa dé' la calle Albemarle-. Y, quizá, podamos entrever un futuro en armonía.

"Quizá", pensó Juliana, aunque sin mucho optimismo. Había acabado con Lucien pero, después de esa noche, estaba más decidida que nunca a ayudar a las mujeres de Covent Garden.

De repente, cuando bajó al pavimento, su cabeza empezó a darle vueltas. Se le aflojaron las rodillas a causa de una insuperable oleada de fatiga, y tanteó a ciegas buscando apoyo. Tarquin la sujetó contra su cuerpo, sosteniéndola con fuerza.

-Tranquila ahora, *mignonne.*

Su voz la ayudó a estabilizarse; ella se recostó en su tibieza y en la fuerza de su apoyo.

-Estoy muy floja -farfulló, como disculpándose, con la boca apoyada en la chaqueta de él-. No sé por qué.

Él rió quedamente.

-Yo sí. Ven, te llevaré a la cama -se agachó, apoyó el hombro en el vientre de ella y la levantó-. Perdóname lo poco digno de tu posición, cariño, pero es el modo más fácil de llevarte.

Juliana casi no lo oyó. Ya estaba casi dormida, con su cuerpo laxo y dócil, cuando él la entró en su habitación.

18

Cuando Tarquin despertó, el sol se filtraba por la trama de las cortinas de la cama. Las mantas habían sido apartadas y su cuerpo desnudo se estiró con deleite al sentir una húmeda caricia que aleteaba por sus ingles. Sintió la piel tibia de Juliana en contacto con la suya, el pelo de ella flotando sobre su vientre, su aliento soplando sobre la parte interna de sus muslos. Los dedos de juliana estaban tan ocupados como su boca; él cerró los ojos entregándose a la oleada de placer. Desplazó sus manos sobre el cuerpo encorvado de ella acariciándole la parte baja de la espalda, pasando por su trasero, haciendo caminar sus dedos por sus muslos. Sintió cómo se estremecía la piel de ella bajo sus dedos, y sonrió.

Él la había ayudado a desnudarse y la había tumbado sobre la cama, a la luz sonrosado

del alba; cuando él se hubo quitado la ropa y se dispuso a reunirse con ella, Juliana ya dormía como una niña agotada, con la mejilla apoyada en la mano. Él se había deslizado a su lado, sin saber por qué habla preferida compartir la cama de ella si la propia estaba aguardándolo en la habitación contigua. Invariablemente, él jamás había dormido con una amante, pero había algo que lo arrastraba hacia Juliana. Su respiración profunda y regular, la oscura medialuna de las pestañas sobre las mejillas pálidas, la salpicadura de pecas en el puente de la nariz, la curva del hombro desnudo sobre la almohada, la vibrante cascada de pelo escapándose del gorro de dormir bordeado de encaje. Incapaz de resistirse, se había acostado junto a ella y ella se habla removido y acurrucado contra él como un animalillo en busca de tibieza y consuelo.

Él se habla dormido sonriendo y despertó del mismo modo. Dio una leve palmada en el trasero de Juliana.

-*Mignonne,* ven aquí.

Juliana levantó la cabeza y, boca abajo, se volvió para mirarlo.

-¿Por qué? -preguntó, apartándose el pelo de la cara y sonriéndole, intrigada.

-Porque estás a punto de emascularme.

Juliana invirtió su posición y extendió su cuerpo sobre el del hombre, hozando en el hueco del cuello de él, ejecutando movimientos sinuosos con su pubis sobre el de él.

-¿Así está mejor? -murmuró, con la boca pegada al sitio donde latía el pulso de Tarquin.

Él realizó un lánguido giro con sus caderas y la penetró tal como estaba; vio asomar la sorpresa a los ojos de ella, y después un maravillado placer:

-¡Esto es diferente!

Él hizo un gesto afirmativo y añadió:

-Si te pones de rodillas, descubrirás que es más diferente aún.

Juliana se incorporó sobre las rodillas, y la sensación que experimentó la hizo jadear. Empezó a trazar círculos con su cuerpo, tomando como eje el duro miembro viril que la empalaba. Tocó los pezones masculinos erectos con suaves roces de las yemas de los dedos y contempló su rostro, alerta a su reacción, riendo entre dientes al oírlo gemir de placer.

-¿Te gusta cuando hago esto, mi señor?

Ella volvió a erguirse sobre las rodillas y entonces, con lentitud, se hundió de nuevo, al mismo tiempo que arqueaba la espalda y se aferraba los tobillos con las manos. La carne de él oprimía la vaina de su cuerpo y, de pronto, cuando una gloriosa oleada de sensaciones la inundó, ella perdió todo interés en la reacción de Tarquin. Soltó un grito, curvó el cuerpo como un arco y la casi insoportable tensión fue aumentando de punto en círculos cada vez más apretados.

Tarquin permaneció quieto, pues sabía que ella no necesitaba ayuda de él para llegar a la cúspide de su placer. La contempló por debajo de sus párpados entornados, gozando con el inocente candor de su alegría. Y, cuando ella gritó de nuevo, la asió por las caderas y la sujetó con fuerza, mientras ella se mecía sobre los muslos de él, al ritmo de las sucesivas oleadas de su orgasmo.

-Pero, ¿y qué te pasó a ti? -jadeó ella con lágrimas de gozo brillando en los ojos, cuando, por fin, pudo hablar-. ¿Te he dejado atrás?

-No será por mucho tiempo -prometió él en voz suave.

El cuerpo exquisitamente sensibilizado de la mujer quedó abierto a su merced, y él jugueteó con él, al tiempo que Juliana se movía sobre él, rotando, con su lengua apretada entre los dientes, concentrándose en el placer de su amante pues el suyo, si bien seguía estando presente, habla pasado a segundo plano. Aun así, cuando él realizó una embestida hacia arriba, con otro movimiento casi lánguido, ella volvió a sorprenderse al sentir una precipitada, ardiente marea de éxtasis que le dio la impresión de disolver sus músculos y sus articulaciones como mantequilla al sol.

Él la aferró por las caderas, hundiendo sus dedos en las lozanas curvas, asiéndola como si ella fuese su único lazo con la realidad en ese agitado mar de deleite sensual. Y, cuando terminó y cobró conciencia, nuevamente, de las líneas y contornos de su propio cuerpo sobre la cama, de las motas de polvo que bailoteaban en un rayo de sol que se filtraba por las cortinas, la hizo tenderse sobre él, acariciando con su mano la espalda húmeda y sintiendo

cómo disminuía el tamaño de su carne dentro de ella.

¿Qué tenla esta mujer que podía provocarle semejante transporte? Hacerle olvidar de todo lo que no fuera la gloria de esta unión. ¿Qué tenla que le daba ganas de protegerla, de hacerla feliz? Él tenia treinta y dos años, estaba comprometido desde la niñez con la pareja perfecta; una mujer que sería su esposa y que no pondría objeciones a que él tuviese queridas. Una mujer que conocía las reglas de la sociedad, que quería casarse. ¿Por qué, pues, de repente esa perspectiva se le antojaba opaca? Si pensaba en un futuro ordenado, se sentía aburrido, triste. Él y Lydia eran dos personas maduras; sabían qué podían esperar uno del otro. Su matrimonio se haría de acuerdo con las reglas de todas las relaciones bien avenidas. Él daba a las personas lo que ellas esperaban de su dinero, su posición y su influencia y él cuidaba de recibir, a su vez, lo que le era debido.

Hasta el momento, siempre había dado resultado pero ahora, con Juliana, no. Él estaba convencido de que otra mujer, en su situación, se habría abalanzado sobre la posibilidad de obtener un título y una confortable posición económica para el resto de su vida. Pero Juliana, no. A ella no le interesaba lo que él tenía para ofrecerle; ella quería algo más, sin duda. Quería algo de él. Algo más profundo que los meros dones materiales. Y al pensar en ello, él se sentía desbordado por una inquieta excitación, que era la que provocaba en él ese fastidio con su futuro cuidadosamente trazado.

Él comprendía en lo más profundo de su ser, abrazado a este cuerpo lujurioso, sintiendo sobre su rostro esa mirada verde jade, las hebras flamígeras cosquilleándole la nariz, que le faltaba algo esencial para su felicidad. Tenía entre sus brazos a ese algo pero no podía asirlo y hacerlo suyo: no sabía cómo. Se encarnaba en el espíritu poco común, tempestuoso y abierto de juliana; sin embargo, él no sabía cómo atraparlo. Él no comprendía las reglas de juliana.

Se incorporó de golpe y siguió reflexionando. Era novedoso para él tener a juliana así, durmiendo el breve sueño de la saciedad, apoyada sobre su pecho. Tarquin estaba confundiendo la fascinación que le provocaba esa novedad con algo más profundo y sin nombre. Ella era joven y fresca. Su ánimo lo divertía, su pasión lo enternecía. Su valor y su resolución lo conmovían. Si habla suerte, ella seria la madre de su hijo. En el mejor de los casos, ella seguirla siendo su amante después de haber concebido a su hijo. No habla lugar, ni motivo, para emociones más profundas y sin nombre.

Juliana se removió, abrió los ojos y, adormilado, lo besó en el cuello.

-He olvidado mencionarte que anoche, en la taberna, estaba George Ridge.

La mano de él cesó sus caricias en la espalda de la muchacha.

-¡Dios mío! En nombre del cielo, ¿cómo es posible que hayas olvidado algo así?

-Tenía demasiadas preocupaciones -dijo ella, incorporándose y apartándose el pelo de los ojos-. Y después, quedé toda floja y todo lo demás se borró de mi cabeza.

-En cierto modo, es comprensible -Él cubrió un pecho de ella con la mano y, con un dedo, fue trazando círculos en torno del pezón-. ¿Te vio él?

-Era imposible que él dejara de verme, teniendo en cuenta que yo estaba sobre una mesa con una cuerda al cuello -se apartó de la mano que la acariciaba, se echó a temblar y le dijo de súbito-: No siento deseo de que me toques.

Tarquin apartó de inmediato la mano y su expresión se tornó colérica.

-Lucien pagará muy caro por el daño que te ha hecho -aseguró con acento feroz-. Cuando vuelva a la casa, habrá de pagar.

Se levantó de repente, fue a zancadas hasta la ventana y se quedó mirando hacia fuera, donde reinaba una luminosa mañana.

Juliana observó su espalda rígida; la potente ira que él transmitía la hizo estremecerse. No tenla modo de saber en qué medida estaba dirigida contra si mismo.

-Lo superaré -dijo ella-. Fue sólo un momento -estaba sentada sobre la cama, encorvado, con los brazos cruzados sobre el pecho, a modo de protección-. Es que lo recordé todo: la riña de gallos, la venta de una esposa antes de eso, y la ginebra...

-¿Ginebra? -exclamó él, girando hacia el cuarto, olvidado ahora su amargo reproche a sí mismo-. ¿Lucien te ha permitido que bebieras ginebra?

-Me ha obligado a beberla. Yo no sabía qué bebida era -respondió ella, con los ojos

relampagueando, manifestando su temperamento siempre pronto a estallar.

Aunque no lo expresó en voz alta, Tarquin sumó eso a la factura que presentaría su primo; luego dijo con calma:

-Volvamos a George Ridge. ¿Él te ha reconocido?

Juliana asintió, reconociendo en el cambio de tema una especie de disculpa.

-Me ha reconocido tanto como para ofrecer quinientas libras por mí.

Tarquin frunció el entrecejo. Allí, junto a la cama, con las manos en las caderas, en actitud de seguridad en sí mismo, como si estuviese completamente vestido y no en toda la gloria de su desnudez.

-¿Qué hiciste tú?

-Nada -respondió ella, algo distraída.

Al contemplarlo, Juliana se distrajo del todo y su mirada se demoró en ese cuerpo esbelto, en el juego de los músculos, en esos muslos largos y nudosos. Y aunque su sexo estaba en reposo, los ojos de juliana se clavaron en él y, bajo su mirada acariciadora, la Carne blanda se agitó y se irguió como respondiendo a un deseo no expresado.

Tarquin no daba señales de notario.

-¿A qué te refieres con que no hiciste nada? Tienes que haber reaccionado de algún modo.

Juliana se adelantó para tocarlo, dejando asomar su lengua entre los labios, con el entrecejo un tanto fruncido a causa de la concentración.

Pero Tarquin dio un paso atrás y la observó con una sonrisa.

-Pienso que será mejor que me ponga una bata para que podamos tener una conversación sensata.

Se volvió para recoger la bata y Juliana se regodeó con su trasero esbelto, la mata de vello oscuro que tenla en la parte baja de la espalda y que bajaba, ahusándose, para desvanecerse en la línea de separación entre las duras nalgas. A ella le escocían los dedos por deslizarse entre los muslos de él; en otras circunstancias, habría saltado de la cama, pero él se envolvió los hombros con la bata, luego pasó los brazos por las mangas y giró hacia la cama mientras ataba con firmeza el cinturón.

Juliana no pudo disimular su desencanto, y Tarquin, por su parte, rió entre dientes.

-Me halagas, *mignonne.* Tú sí que sabes cómo hacerle un cumplido a uno.

-No era un halago -lo corrigió ella, exhalando un suspiro, retorciéndose bajo las mantas.

-Y bien, responde a mi pregunta: ¿cómo es eso de que no hiciste nada?

-Me pareció prudente comportarme como si no supiera quién era él -explico ella-. Y aunque yo no podía pensar con claridad, se me ocurrió que si me negaba a reconocerlo, a él le sería más difícil identificarme. Si yo niego ser Juliana Ridge, será su palabra contra la mía.

-No está mal -Tarquin se tironeó la barbilla-. Pensaste con rapidez, por cierto. Pero, a la larga, tus tutores podrían identificarte.

-Y yo podría seguir negándolo. Y tú podrías dar fe de que mi identidad era completamente diferente. ¿Quién desmentirla al duque de Redmayne?

Juliana manifestaba una conmovedora confianza en la capacidad de la aristocracia para burlar a la ley. Sin embargo, si bien Tarquin tal vez estuviese en condiciones de utilizar su rango y su influencia para intimidar a George Ridge, e incluso a los Forsett, de poco servirían ese rango y esa influencia ante el tribunal.

-Sería preferible que Ridge no volviera a verte -afirmó él después de un momento de reflexionar con el entrecejo fruncido-. Por el momento, mantente dentro de la casa, excepto que estés conmigo o, quizá, con Quentin.

Juliana puso cara larga. Si le obedecía, no podría encontrarse con sus amigas de la calle Russell.

-Yo no tengo miedo a George -protestó-. No puedo convertirme en una prisionera sólo porque ese idiota de George anda merodeando. Es tan torpe que no podría salir, por si mismo, de adentro de un saco. Otra cosa era cuando yo no tenía amigos ni protección. En cambio, ¿qué riesgo podría correr estando bajo la protección de Su poderosa Gracia, el duque de Redmayne? -le dirigió una dulce sonrisa y se subió la sábana hasta el mentón-. Sin duda, eres

rival de sobra para un patán rural, ¿no es así, milord duque?

-Ése es, precisamente, el motivo por el que no debes salir sin mi compañía o la de Quentin -replicó él, inclinándose para darle un beso suave-. Por una vez, haz lo más sensato y obedéceme.

Sus ojos grises estaban serenos, su voz, despojada de toda amenaza; sin embargo, juliana sabía que él estaba haciéndole una seria advertencia.

Una vez que Tarquin se hubo marchado, Juliana se bajó de la cama de un salto, tocó la campanilla llamando a Henny y empezó a organizar su jornada. Adoptaría todas las precauciones. Sólo se trasladaría en coches cerrados, y no mostraría su rostro en la calle a menos que fuese absolutamente necesario.

Cuando fue a visitar a Lucy, antes de ir a desayunar, la encontró durmiendo. Hasta dormida se notaba que la muchacha ya estaba comenzando a tener mejor aspecto. Era como si el espíritu hubiese vuelto a entrar en su cuerpo y ella hubiese vuelto a ocupar su lugar en el mundo.

Juliana salió de puntillas sin despertarla y bajó al salón de desayunar, donde encontró a Quentin haciendo lo propio. Él levantó la vista y la recorrió con una fugaz mirada, casi involuntario, que le hizo sentirse complacida con su vestido de muselina verde claro, que llevaba sobre un fustán rosado. Henny había obrado su magia habitual con el pelo de Juliana, convirtiendo en una virtud sus rebeldes tirabuzones, acomodándolos con gracia en torno de sus orejas.

Quentin se puso de pie y le hizo una reverencia, sonriendo al mismo tiempo.

-Desde que tú has venido a vivir con nosotros, la casa ha adquirido un aire diferente. ¿Quieres que corte un poco de jamón para ti?

-Sí, gracias -Juliana aceptó la silla que habla apartado para ella un atento lacayo. Crispó un poco el ceño mientras interpretaba lo que él había querido decir con eso del "aire diferente". Cuando las personas le decían cosas de ese tipo, solían decirlas con sentido de regaño, pero lord Quentin no daba la impresión de estar regañándola-. ¿Es más agradable ese aire, sir? -preguntó, insegura.

Quentin se echó a reír.

-Oh, ya lo creo que si. La casa parece más iluminada y alegre. Juliana sonrió.

-Espero que Su Gracia coincida contigo.

-¿Coincida en qué? -preguntó Tarquin, entrando en el comedor y sentándose en una silla a la cabecera de la mesa.

Echó un vistazo a la *Gazette,* que estaba junto a su plato.

-Lord Quentin ha tenido la amabilidad de decir que yo he traído alegría a la casa -Juliana tomó una rebanada de pan con mantequilla y confesó, alegre-: Yo no estoy acostumbrada a que digan esas cosas de mí. La mayoría de las personas dicen que yo les hago la vida difícil.

El duque mantuvo la boca cerrada mientras pensaba la respuesta.

-Tal vez, para algunas personas, ambas cosas signifiquen lo mismo.

-¡Qué poco galante, milord duque!

-Quizás a algunas personas les encante ir por toda la ciudad detrás de ti a las tres de la madrugada.

-¡Oh! ¡Cómo puedes hablar de eso ahora¡ -exclamó ella, con sus ojos relampagueando de indignación-. ¡Eso es muy poco caballeresco!

Tarquin dibujó una desganada sonrisa.

-Querida, como tú me dijiste una vez, con tanta precisión, “uno cosecha lo que siembra” -para alivio de Juliana, Tarquin se dirigió a Quentin, abordando otro tema-. ¿No tienes novedades con respecto a la fecha en que nos dejarás?

-No, al parecer el arzobispo está muy contento de tenerme en Londres, tascando el freno, mientras reflexiona con respecto a mi petición al obispo.

-Debo decirte que detestaría que te marcharas -dijo el duque en tono cortés-. Por lo tanto, espero que siga reflexionando durante un largo lapso.

Pronto, Juliana se despidió de los hermanos y los dejó prosiguiendo su desayuno. Le

pareció sensato esperar a que el duque se hubiese ido a cumplir sus asuntos antes de salir ella misma, por eso aguardó en el corredor de la planta alta prestando atención a las ¡das y venidas que se producían en el vestíbulo de abajo hasta que estuviese segura de que el duque se había marchado.

Él partió poco después de mediodía, después de haber pedido su caballo. Juliana corrió a su dormitorio y, mirando desde su ventana, vio que él se alejaba calle arriba, montado en un poderoso picazo. Sólo quedaba Quentin. Ella bajó corriendo la escalera y pidió a Catlett que dispusiera su calesín.

-Milady, ¿no preferiría usted llevar el vehículo de Su Gracia? -preguntó el mayordomo con aire de desaprobación.

Juliana recordó, entonces, que Quentin le había dicho que el coche del duque estaría a disposición de ella. Si lo usaba, estaría bajo la protección de los hombres del mismo Tarquin. Si, cuando ella regresaba, él la cuestionaba, siempre podría decir que había dado por cierto que sería igual que contar con la protección de él.

-Si, Catlett, gracias -le dijo, con dulce sonrisa-. Yo no sabía si Su Gracia iría a usarlo.

Un tanto aplacado, Catlett le hizo una reverencia y envió al muchacho encargado de las botas al establo, a pedir la silla de mano. Los porteadores llevaron la silla hasta el vestíbulo y, allí, Catlett ayudó a juliana a entrar en ella; luego, dio instrucciones a los porteadores:

-Eh, ahí, prestad atención. Y tened cuidado con su señoría. Nada de sacudidas -se inclinó hacia la silla y preguntó-: ¿Adónde deben ir, milady?

-A la calle Bond -dijo juliana, improvisando.

Más tarde, cuando estuviesen en la calle, les daría una nueva dirección.

Los hombres echaron a trotar con ella por la calle Albemarle, sin parar mientes en el sujeto que estaba de pie en la entrada de la casa de enfrente. Tampoco notaron que él iba tras ellos, manando abundante sudor por la frente a causa del esfuerzo, el chaleco tirante en la voluminosa cintura y su rostro, habitualmente rubicundo, moteado de manchas purpúreas.

Juliana esperó a que hubiesen doblado en la esquina, hacia Piccadilly y, entonces, golpeó con el abanico en el techo.

-He cambiado de idea. Llevadme a la calle Russell, por favor -ordenó con altivez.

El porteador puso cara de sorpresa. Los sitios de Covent Garden no eran para damas como lady Edgecombe. Aun así, comunicó a gritos el cambio de rumbo al compañero que llevaba las varas posteriores y enfilaron hacia la nueva dirección.

George detuvo a una silla de mano y encajó su cuerpo robusto en su interior.

-Siga a esa silla. La que tiene el escudo.

Los porteadores calzaron las varas sobre sus hombros musculosos e hicieron una mueca al sentir todo el peso de su pasajero. Echaron a andar tras la silla marcada con el escudo de armas del duque, a paso bastante más lento que el de su presa.

Juliana se apeó ante la puerta de la casa de los Dennison. Se alisó la falda y alzó la vista hacia la casa que, en otro tiempo, había sido su prisión. Primero, un refugio, luego una prisión. Pudo ver la ventana de la tercera planta, la de la habitación que ella misma había ocupado, donde había estado oyendo cada noche los ruidos que producían en su trabajo las otras ocupantes de la casa. ¿Qué le habría sucedido a ella si el posadero no hubiese enviado a buscar a Elizabeth Dennison? Nunca habría conocido a Tarquin, duque de Redmayne, seguramente. Se llevó la mano al vientre. ¿Llevarla ya en sus entrañas la simiente de él?

Desechó la idea con vivacidad y dijo a los porteadores:

-Mejor que me esperéis aquí.

El porteador de adelante inclinó su sombrero y se acomodó las almohadillas en los hombros, donde habla apoyado las varas. Su compañero subió los peldaños para golpear el aldabón. Juliana fue tras él, con el mismo aire altivo de antes, mientras para sus adentros los desafiaba a que cuestionaran qué era lo que ella podía estar haciendo en un sitio como ése.

El señor Garston abrió la puerta y, por un instante, pareció completamente atónito. Luego, hizo una inclinación más profunda de las que jamás le habla hecho a Juliana Ridge.

-Le ruego que pase, milady.

Juliana lo hizo.

-He venido a ver a la señorita Lilly y a las demás.

Golpeteó su abanico cerrado sobre la palma de la mano y miró en torno, como si encontrara defectos en el amueblamiento del vestíbulo. Para secreto deleite de Juliana, el señor Garston parecía un tanto intimidado, sin saber muy bien cómo tratarla. Eso constituía una pequeña venganza de la primera vez que se hablan visto, y de las ocasiones siguientes, cuando él le había impedido salir.

-¿Quiere esperar en el salón, milady?

Con paso majestuoso, se dirigió a la habitación que ella recordaba tan nítidamente y abrió de par en par las puertas dobles.

Aunque el salón había sido limpiado y lustrado y las ventanas estaban bien abiertas, persistían los olores del vino, del tabaco, del perfume de las chicas. Era una decadente mezcla de olores. Juliana fue hasta la ventana y, mirando hacia fuera, contempló la actividad que se desarrollaba abajo, en la calle. El sol amortiguaba un poco lo tétrico de la escena: el niño con una sola pierna que brincaba apoyado en una muleta y extendiendo la gorra pedía una moneda con quejumbroso cantinela; la mujer dormida o inconsciente, el arroyo, con una botella abrazada contra el pecho. Dos caballeros salieron de la librería de Thomas Davies, que estaba enfrente, en el número 8. Tenían aspecto de hombres cultos, con sus pelucas flotantes y sus deslustradas levitas negras. Ambos llevaban volúmenes encuadernados en cuero y conversaban animadamente. Pasaron por encima de la mujer sin mirarla siquiera, lo mismo pasó con el niño inválido, ignorando sus patéticas súplicas pese a que el muchacho los siguió por la calle. Las súplicas se convirtieron pronto en maldiciones cuando quedó en claro que ellos no depositarían ni un penique en su gorra.

Mientras veía al niño volver saltando a su puesto, a la sombra que había junto a la entrada de la librería, la perplejidad hizo fruncir el entrecejo a Juliana. Había algo que no cuadraba en ese muchacho. Se asomó por la ventana hacia la estrecha calleja y lo observó con atención. Y entonces lo vio: la pierna del niño estaba flexionada en la rodilla y atada con un cordel al muslo. No era cojo. Aun así, pensó ella cuando la compasión disipó el fugaz desagrado que le provocó el engaño, debía de sentirse sobremanera incómodo. Era de suponer que tenía un amo, y que éste habría pergeñado el fraude. Quizá fuese afortunado si no quedaba baldado para siempre.

Se alejó de la ventana, temblando, en el preciso momento en que la puerta se abría dejando entrar un excitado coro de voces.

-Juliana, ¿cómo está Lucy?

Rosamund, su bonito rostro crispado por la preocupación, fue la primera en entrar en el salón. Las otras la siguieron, en una alegre agitación de finas batas y gorras ribeteadas de encaje. Tal como juliana lo recordaba de su estadía allí, aún estaban en ropas de casa. Sólo vestirían formalmente antes de la cena.

-Dormía cuando yo salí. Creo que está recuperándose con mucha rapidez. Henny la cuida -Juliana se sentó sobre el brazo de un sofá tapizado de brocado-. Su Gracia no permite que ella reciba visitas porque necesita descansar -explicó, haciendo gala de tacto-. Por eso he tenido que venir a informaros.

Por fortuna, nadie cuestionó tan amable invención; Lilly se lanzó a realizar una descripción del modo en que habían reaccionado los Dennison ante la desdichada situación de Lucy y la petición de que pensaran en tomarla cuando ella estuviera otra vez en condiciones de trabajar.

-La señora Dennison tuvo el gusto de decir que, como Lucy parecía contar con el favor de Su Gracia, ellos la tendrían en cuenta -dijo Emma, sentándose en el sofá y palmeando el brazo de juliana en actitud confiada.

-Qué diferente es cuando tienes un patrón influyente -comentó Rosamund, suspirando y sacudiendo con vigor sus rizos.

-A decir verdad, no creo que tenga mucho que ver con el duque -dijo Lilly en tono agrio-. Lo que sucede es que a la señora Dennison le encantará fastidiar a Madre Haddock.

Esto provocó risillas ahogadas; a continuación, Lilly dijo:

-Y bien, Juliana, ¿cuál es tu plan?

-Bueno -inquieta, la aludida abría y cerraba su abanico-. He estado pensando que si nos uniéramos, podríamos cuidarnos entre nosotras. Protegernos para que no pudiera suceder otra vez lo que le pasó a Lucy.

-¿Cómo? -preguntó una de las chicas con una mata de rizos castaño oscuro y aguzado mentón.

-Si en todas las casas aceptan contribuir con una suma pequeña de sus ganancias cada semana, podríamos tener fondos de rescate. Podríamos pagar deudas como la de Lucy... sacar personas de la cárcel de deudores.

El círculo de caras la miraba en dudoso silencio, hasta que una dijo:

-Eso estaría muy bien para nosotras... y para todas las chicas que trabajan en las mejores casas pero la mayoría no ganan lo suficiente para mantener juntos cuerpo y alma, después de haber pagado a sus patronos las bebidas y las velas, el carbón, un vestido y la ropa de cama. Molly Higgins me ha dicho que, la semana pasada, tuvo que gastar cinco libras porque tenía que tener velas de cera para sus clientes y colocar cintas nuevas a su cofia de dormir: si quería atraer a los clientes de la mejor clase no podía tener un aspecto miserable. Y en esas cinco libras no se incluía el obsequio que debía hacerle a la dueña del burdel para conservar su favor.

-Pero si no tuvieran que comprar tantas cosas a sus amos, se las compondrían mucho mejor -señaló Juliana.

-Ésas son las condiciones en las que se ven obligadas a alquilar los sitios donde trabajan -justificó Emma, haciendo gala de paciencia, como si estuviese explicando una verdad evidente a una niña.

-Si todas os negarais a aceptar esas condiciones y si lográsemos reunir dinero suficiente y prestárselo para que comprasen todos los elementos necesarios, no dependerían de sus chulos y de sus alcahuetas.

-Si no entiendo mal, estás refiriéndote a una cantidad importante de dinero -dijo una muchacha morena, al tiempo que se rola una uña.

-El dinero es la clave de todo -repuso Rosamund con aire sombrío-. No veo cómo podríamos hacerlo, Juliana.

-No se trata tanto de dinero como de solidaridad -insistió la aludida-. Si todas aceptáis poner lo que podáis, os sorprenderéis de lo elevada que resultará la suma. Lo esencial es que todas participéis. Todas tenéis que aceptar apoyaros mutuamente. Si lo hacemos, nunca podremos enfrentarnos a las dueñas y los alcahuetes.

Una vez más, se produjo un silencio incierto y Juliana comprendió que su trabajo seria arduo. Estas mujeres estaban tan acostumbradas a ser explotadas y a sentirse impotentes que no podían captar la idea de tomar el control de su propia vida. Ella abrió su bolso y extrajo sus últimas veinte libras.

-Yo inicio el fondo con esto.

Puso el billete sobre la mesa que estaba ante ella.

-Pero, Juliana, ¿para qué quieres contribuir? -preguntó Lilly. Tú no eres una de las nuestras. Más aún: nunca lo has sido.

-Oh, claro que lo soy -replicó ella con firmeza-. Aunque mi posición sea un poco diferente, un poco más segura, sigo estando en una situación que yo no elegí porque estaba sola, sin amigos y, por eso, me encontraba vulnerable. Yo he sido tan explotada como cualquiera de vosotras. Y dependo tanto como vosotras de la buena voluntad de un hombre que no se calificaría a sí mismo de chulo pese a que, en esencia, es exactamente eso.

Al tiempo que lo decía, Juliana echó una mirada involuntario hacia la ventana, como temerosa de ver al duque de Redmayne. No se atrevía a imaginar, siquiera, cuál seria la reacción de él si llegaba a oír que ella lo describiría en esos términos. Claro que, él no era de esa clase de personas que apreciaran la verdad desnuda si se aplicaba a sus propias acciones.

-Deberíamos discutir esto con las muchachas de las otras casas -dijo Lilly-. Si no hay ninguna otra que quiera participar, no resultará. No podremos hacerlo todo nosotras solas.

-No -admitió Juliana-. Tiene que ser una genuina hermandad.

-¿Hermandad? -inquirió Rosamund-. Me gusta esa palabra. Me gusta lo que significa.

¿Vendrás con nosotras a hablar con las otras, Juliana? Tú eres tan convincente... tan aplomada. Además, fue idea tuya.

Juliana hizo una señal afirmativa.

-Pero hoy no.

No agregó que ya creía haber estado fuera de la casa demasiado tiempo. Si prolongaba su ausencia, sería inevitable que ésta llegara a oídos del duque y, en cambio, si tenla en cuenta el estado actual de acuerdo entre ellos, era difícil que una breve salida en su propia silla de paseo no arrancara de él otra cosa que un suspiro y una ceja arqueada.

-Lo mejor sería que pudiéramos reunimos todas -dijo Emma-. Debemos hacer circular un mensaje que ponga un lugar y una hora de encuentro.

-¿Dónde podríamos encontrarnos?

Todos los ojos se dirigieron hacia Lilly quien, al parecer, había asumido el papel de líder natural.

-En la Bedford Head -respondió ella de inmediato-. Pediremos a la señora Mitchell si nos presta el salón del fondo por una tarde. En ese horario, no lo tendrá ocupado.

Juliana habla visto la Bedford Head en el transcurso de su pesadillesca aventura con Lucien. Se trataba de una taberna en Covent Garden; no era un lugar que ella estuviese ansiosa por visitar. Pero la necesidad tiene cara de hereje; además sin duda, el ambiente del Garden debía de ser menos alocado por las mañanas.

Entró un lacayo con té y pasteles y un mensaje de la señora Dennison para lady Edgecombe, en el que le solicitaba que la acompañara en su salita cuando terminase la visita a las damiselas.

-Es una solicitud, no una orden -reflexionó Juliana en voz alta, con sonrisa amarga-. Qué novedad.

El comentario fue recibido con un coro de carcajadas y la reunión se despojó de su solemnidad. La conversación se tornó ligera y burbujeante como el champán, se llenó de risas y de meneo de abanicos. En una ocasión, juliana había dudado de que esa alegría fuese genuina, que no fuese más que una actuación destinada a ocultar sus verdaderos sentimientos, pero pronto se convenció de que era bien real. No permitían que nada, o casi nada, las perturbase. La causa debía de radicar en que si se detenían con mucha frecuencia a reflexionar y a mirar en derredor, nunca volverían a reír.

Hasta entonces, ella jamás habla podido disfrutar la compañía femenina. En Hampshire, debía elegir a sus amigas en el restringido círculo marcado por lady Forsett: las serias hijas del vicario; éstas miraban a Juliana como si fuese un peligroso espécimen del reino animal y se apartaban de ella cada vez que se encontraban a solas en su compañía. Claro que, al caer de un gran roble, a la entrada de Forsett Towers y romperse un brazo, ella había conquistado reputación de marimacho.Y si bien no había sido más que una travesura juvenil, la había desprestigiado entre las damas del condado. Por eso, la alegre y suelta camaradería de las mujeres en la calle Russell era una experiencia nueva y deliciosa para ella.

Afuera, George Ridge había entablado conversación casual con los porteadores del duque. Al principio, éstos habían mirado con desconfianza y desdén a ese joven robusto, sudoroso y embutido en una chaqueta de terciopelo escarlata de elegante corte. Después, no les llevó mucho tiempo entender que se trataba del proverbial mono vestido de seda y que trataba de parecer lo que no era. Entonces, la actitud de los hombres se tornó más abierta, pero no por ello menos desdeñosa.

-¿Y qué clase de casa es ésta? -preguntó George, señalando la puerta principal con el bastón.

-Una casa de putas, qué le parece -el porteador escupió en los adoquines y siguió escarbándose los dientes-. Aunque de clase alta, claro.

-Esa dama no parecía una puta -subrayó George como al descuido, mientras tanteaba en busca de su caja de rapé.

-¿Quién? ¿Lady Edgecombe? -el segundo porteador emitió un bufido de risa-. Buena pájara es ésa... o, al menos, eso dice su doncella. Su Gracia la vigila con bastante atención. Ha dicho a la señora Henny que ella necesitaba un poco de cuidados maternales. Él no quería que

la atendiese una de esas doncellas pomposas.

-¿Ah, sí? -dijo el primer porteador, interesado-. Claro, como la señora Henny es tu suegra, no es raro que te cuente estas cosas.

-Sí -admitió el otro, cabeceando en señal de confirmación-. Me cuenta casi todo -y añadió, con ceño de confusión-: Excepto lo que sucede con esa muchacha que Su Señoría ha llevado a la casa ayer. El señor Catlett dice que el señor no estaba muy complacido. Lord Quentin, en cambio, él le dijo que tenla un deber... o algo por el estilo -escupió otra vez y encorvó los hombros para protegerse de una súbita brisa que había soplado desde la esquina-. Que Dios se apiade, es imposible sacarle algo a Henny: su boca está cerrada como una trampa.

-¿Cómo es que lady Edgecombe está de visita en una casa de putas? -dijo George, como pensando en voz alta.

Ambos porteadores lo miraron con aire suspicaz.

-¿Y a usted qué le importa?

La pregunta fue formulada en tono beligerante y a George se le ocurrió pensar que, tal vez, ya no sacaría nada más de ellos. Se encogió de hombros.

-En realidad, nada. Sólo que me pareció verla anoche, en la Shakespeare's Head, con un grupo de hombres. ¿Quizá su marido...?

Los dos criados escupieron a una.

-El vizconde no es esposo para nadie. No me imagino qué es lo que lo convenció de tomar por esposa a esa pobrecilla tan joven. Él le dará una vida de perros.

-Sin embargo, Su Gracia está atento -recordó su compañero-. Vamos, hombre, los asuntos de las gentes de calidad no nos conciernen a nosotros. No podríamos entenderlos ni en un millón de años.

-Sí, tienes razón.

Los dos se entregaron a un silencio pensativo; por fin, George les hizo un breve saludo y se alejó andando. El misterio se hacía cada vez más profundo. ¿Sería verdad que juliana estaba casada con el vizconde, el mismo que la noche anterior había intentado subastarla? ¿O estaría enredada ella en alguna comedia propia de los ámbitos prostibularios? Lo más probable era esto último, puesto que era imposible imaginarse a la verdadera vizcondesa de Edgecombe como participante de la vergonzosa escena en la taberna. Un hombre con el origen del vizconde no expondría nunca a su esposa a una humillación tan desmesurada. A las prostitutas, en cambio, se les pagaba por participar en tales comedias. Aun así, si los criados del vizconde creían que ella estaba realmente casada con el vizconde, algo muy profundo estaba en vías de suceder. Uno de los detalles más convincentes del relato había sido la mujer, esa señora Henny, una antigua criada de la familia. Pero, ¿por qué participaría juliana en semejante farsa?

Por dinero, claro. Ella había huido de la casa de su esposo sin llevarse un cobre: ni siquiera sus ropas se había llevado. De algún modo, había caído bajo la influencia del duque, y él debía de exigirle que desempeñara su papel a cambio de ganarse un sustento. La noche anterior, él había ido a rescatarla de modo que debla de estar íntimamente involucrado. ¿Sabría él que esa buscona que había empleado estaba acusada de asesinato? Tal vez, alguien debía decírselo.

George entró en una taberna de la plaza y pidió cerveza. Quizás, él debería buscar una confrontación con juliana antes de descubrirla ante su protector. Era posible que, al verlo a él y al comprender el poder que él tenía sobre ella, se sintiera tan intimidada que se diera por derrotada sin protestar. En tanto no estuviese legalmente casada, nada se interponía ante la posibilidad de que George la poseyera. La noche pasada, ella no había dado señales de reconocerlo pero era preciso tener en cuenta que estaba bajo la influencia de una gran conmoción y, tal vez, no era consciente de nada de lo que transcurría a su alrededor próxima vez, él se aseguraría de que ella lo mirara de lleno a la cara y admitiese su poderío.

George vació su jarra de cerveza y pidió una botella de borgoña. Estaba empezando a sentir que pronto encontraría un sendero en medio de este embrollo y que saldría de él triunfante. Ahora, lo único que tenla que hacer era acorralar a juliana cuando estuviera sola y

sin salida fácil. Así, sería fácil convencerla de que se fijara de qué lado estaba la mantequilla en su rebanada de pan.

Llegó el borgoña pero, después de unos tragos, George se puso de pie y fue hacia la puerta de la taberna. La imagen de juliana en su cabeza lo atraía como un imán. Sus pies lo llevaron de vuelta a la calle Russell, como por su propia voluntad, y ahí se instaló, en el umbral de la librería simulando estar ocupado en sus propios asuntos.

Juliana se encontró con una señora Dennison amistosa y hospitalaria. La señora le ofreció asiento y la obligó, casi, a aceptar un vaso de jerez, tras lo cual también se sentó y dijo, con aire práctico y claro:

-¿Sabe usted si ya ha concebido?

Juliana estuvo a punto de ahogarse con el jerez, hasta que recordó que, en esa casa, no existían tabúes con respecto a los temas íntimos de la mujer.

-Aún es demasiado pronto para saberlo, señora -respondió, con encomiable aplomo.

La señora Dennison asintió con aire conocedor.

-Por supuesto, usted es capaz de reconocer los síntomas.

-Eso creo, señora. Aun así, será un placer para mi oír cualquier conocimiento que usted quiera transmitirme.

Sólo una vez la señora Forsett habla roto su reserva en relación con tales cuestiones; le había dicho a Juliana que si faltaba su hemorragia menstrual podría suponer que estaba embarazada. Juliana sospechaba que debla de haber mucho más para saber que ese hecho escueto, por eso agradecía el interés de Elizabeth.

Elizabeth se sirvió otro vaso de jerez y comenzó a describir los síntomas del embarazo y el método para calcular la fecha probable del nacimiento. Juliana la escuchaba, fascinada. La señora Dennison no escatimaba palabras y llamaba al pan, pan, y al vino, vino, sin dejar lugar para posibles confusiones.

-Eso es todo, muchacha. Espero que hayas entendido estas cosas.

-Oh, sí, señora, por completo -Juliana se levantó como para irse-. Le estoy muy agradecida por la información.

-Bueno, querida, debe recordar siempre que, cuando una chica se va de aquí para instalarse de un modo tan espléndido como usted, sigue siendo una de mis chicas. Aquí encontrará respuesta para cualquier pregunta que se le ocurra. Y, cuando llegue el momento, tendré gran alegría ayudándola en el nacimiento. Somos como una familia, debe entenderlo así.

Obsequió a juliana con una cálida sonrisa.

-Y yo espero que encuentre usted el modo de abrir su familia a Lucy Tibbet, señora -Juliana ejecutó una decorosa reverencia-. Su Gracia ha tenido la bondad de decir que él le dará una suma de dinero cuando ella deje su casa, de modo que pueda establecerse aunque, de todos modos, ella necesitará amigos. Lo mismo que yo -agregó.

La señora Dennison dio la impresión de haberse irritado un poco ante semejante presión pero dijo, con cierta rigidez:

-Como siempre, Su Gracia es la encarnación de la condescendencia, Juliana. Lucy es muy afortunada, quizá más de lo que merece serio. Es de esperar que haya aprendido una valiosa lección y que, en el futuro, sea más obediente.

Juliana bajó la vista para que Elizabeth no viera las lenguas de fuego que salían de sus ojos.

-Yo estoy convencida de que usted hará lo que considere mejor, señora.

-Sí, hija, por supuesto, siempre lo hago -Elizabeth acompañó sus palabras con un gracioso movimiento de la cabeza-. Y me atrevo a decir que si Lucy está de verdad arrepentida, el señor Dennison y yo encontraremos un modo de ayudarla.

-Señora -Juliana hizo otra reverencia y se volvió para salir del salón, pero su lengua

rebelde la traicionó. En su prisa, tropezó con la pata ahusada de una minúscula mesa y volcó la colección de delicados objetos artísticos que había sobre ella; los objetos salieron volando hacia las cuatro esquinas de la habitación-. Oh, le ruego me perdone.

Se inclinó para recoger el objeto que tenía más cerca y, al hacerlo, su miriñaque se bamboleó y volcó un candelabro de alabastro que había sobre una mesa baja.

-No tiene importancia, querida -Elizabeth se levantó con cierta prisa y tiró de la cuerda de la campanilla-. Una criada se ocupará de eso. Por favor, deje todo como está.

Juliana salió con cautela de la habitación, sabiendo que su intenso rubor no se debía a la vergüenza sino a su cólera oculta.

Fue hacia la escalera. Las mujeres se habían retirado a sus respectivas habitaciones para vestirse e iniciar la jornada laboral. Una doncella atravesó de prisa el vestíbulo con un jarrón con flores frescas para el salón. Juliana vio que un lacayo llenaba los botellones que había sobre una consola. Los clientes empezarían a llegar un par de horas después.

El señor Garston le dedicó una ceremoniosa reverencia y chasqueó los dedos en gesto imperioso a los ociosos porteadores.

-Eh, atención, aquí. Su Señoría está lista para que la llevéis.

Y si bien los porteadores mostraron los dientes a Garston, se pusieron alerta al ver que juliana bajaba los peldaños. Cuando ella giró para introducirse en la silla, vio a George observándola desde el umbral de la librería, en el número 8. Él le hizo una torpe reverencia y sus labios se crisparon en una sonrisa sin humor. Juliana frunció el entrecejo como si no lo reconociera, y dijo en voz alta:

-Porteador, ese hombre que está allí me mira de un modo muy particular. Me resulta ofensivo.

El primer conductor hizo un gesto de saludo.

-¿Quiere que le borre la sonrisa de la cara, milady?

-No -se apresuró a decir Juliana-. No es necesario. Simplemente, llévenme de regreso a la calle Albemarle.

George la maldijo, calificándola de arrogante trotacalles. ¿Cómo se atrevía a mirar a través de él, como si él no fuese más que algo asqueroso bajo su planta? ¿A qué creería ella que estaba jugando? Pero ahora que la había descubierto, ahora que él sabía que ella salía sola, podría trazar su plan de campaña. La siguiente vez que saliera sola de la calle Albemarle, se apoderaría de ella. Él la obligaría a demostrar el debido respeto al heredero de su difunto esposo. Volvió a su borgoña con renovada sed.

19

El duque aún no habla regresado cuando Juliana llegó a la casa: un enfrentamiento menos del que preocuparse, pensó con alegría. Cuanto más tiempo lograse mantenerlo en la ignorancia de sus excursiones a la calle Russell, más simple sería la vida. A pesar de todo, George era una condenada complicación. Si tenía intenciones de seguirle los pasos como un perro, ella no tendría más remedio que decírselo a Tarquin, lo cual equivalía a admitir sus vagabundeas. Sin saber muy bien por qué, ella guardaba una absoluta confianza en la capacidad del duque para librarse de George Ridge del modo más apropiado... y también tuvo la amarga premonición de que igualmente podría poner fin a sus actividades, si decidía hacerlo. Pero no debla apresurarse. Todo a su tiempo.

El día siguiente por la mañana, se sentó ante el secretaire que tenía en su sala privada y tomó una hoja de papel. Mojó la pluma en el tintero y comenzó a hacer una lista de los artículos que tendrían que cubrir los fondos de la Hermandad si ésta pretendía ser eficiente. Ellas sólo podrían apoyar a los miembros que hicieran sus aportes, aunque, eso dejase fuera a muchas de las mujeres más expuestas que trabajaban en la calle. Las que se vendían por un trago de gin contra la pared de la taberna o que se revolcaban en la zanja con cualquiera que les diese una moneda. Pero ella pensaba que las grandes empresas debían empezar con un paso pequeño.

Un criado interrumpió sus conjeturas con un mensaje de Su Gracia, que la esperaba ante la puerta principal. Intrigada, juliana siguió al criado que bajaba la escalera. La puerta del frente estaba abierta y, al acercarse, ella oyó a Tarquin que hablaba con Quentin.

-Ah, estás ahí, *mignonne* -dijo él en voz alta, al verla aparecer en el primer peldaño de la entrada-. Ven, y dime si te agrada.

Juliana se recogió la falda y bajó tropezando a causa de la prisa: Tarquin estaba junto a una yegua ruana de cabeza elegante y líneas aristocráticas.

-Oh, qué bonita es -dijo ella, acariciándole la aterciopelado nariz-.¿Puedo montarla?

-Es tuya.

-¿Mía? -Juliana se quedó mirándola, boquiabierta. Ella jamás había tenido su propio caballo y tenía que arreglárselas con cualquier animal que nadie quisiera montar entre los que había en el establo de sir Brian; viejos y temblorosos caballos de montar en su mayoría, que sólo estaban en condiciones de que los dejaran pastar tranquilos-. ¿Por qué quieres hacerme tan espléndido obsequio?

Apareció en su mirada una expresión suspicaz y, en forma casi inconsciente, se alejó del animal.

-Yo había prometido conseguirte una monta -dijo él sin inmutarse-. ¿Lo habías olvidado?

Prácticamente, él podía ver cómo las sospechas cabalgaban por la mente de ella persiguiéndose entre sí, reflejadas en su expresivo semblante. Ella debía de estar preguntándose qué pediría él a cambio.

-No, no lo he olvidado -dijo ella, cautelosa-. Pero, ¿por qué un animal tan magnífico?

-Bueno, no sé -dijo él, en tono grave-. Tal vez he pensado en ciertas cosas que me han dado un placer sin limites, *mignonne.*

Desbordaba de sus ojos una seductora sonrisa que dejaba en evidencia lo que quería decir; juliana sintió que se le encendían sus mejillas. Miró de reojo a Quentin, que parecía estar inspeccionando con desmesurado interés un seto de ligustro.

Juliana se mordió el labio inferior; luego se alzó de hombros y volvió a acercarse a la yegua. Había adoptado la decisión de no estropear el placer del regalo preocupándose por las exigencias que traería consigo. Si existían tales exigencias, las ignoraría. Tomó entre sus manos la cabeza de la yegua y le sopló con suavidad en los belfos.

-Bienvenida.

Tarquin se sintió embelesado, una vez más, con su ingenuo deleite. Lo llenaba de honda satisfacción comprobar el placer que a ella le proporcionaba su regalo; pero esa satisfacción no tenía nada que ver con su intención de mantenerla tan contenta y tan ocupada que no tuviese tiempo ni ganas de meterse en más problemas.

Quentin sonrió junto con su hermano, pensando que era imposible encontrar a dos mujeres más diferentes como Lydia Melton y Juliana Courtney. Una, tan tranquila y compuesta, con la pálida gravedad de un camafeo. La otra, criatura turbulenta, salvaje, impulsada por la pasión. La comparación le estrujó el corazón con ese ramalazo de dolor tan familiar cada vez que él pensaba en Lydia. De la injusticia de que Tarquin fuera a quedarse con ella sin quererla, en realidad, y que él tuviese que quedarse al margen, mirando, con el corazón retorcido de dolor por el amor y la pérdida. Pero tenía que agachar su cabeza ante la voluntad de Dios. No era conducta propia de un clérigo renegar contra los planes del Todopoderoso.

-¿Qué nombre le pondrás? -preguntó de pronto.

Juliana palmeó la sedosa curva del cuello del animal.

-Boadicea.

-¿Por qué ese nombre, en nombre del cielo? -preguntó Tarquin, arqueando mucho las cejas.

-Porque ella era una mujer fuerte y poderosa que hacía lo que creía que debía hacer -repuso Juliana con sonrisa pícara, aunque sus ojos jade estaban sombríos-. Un ejemplo para todos, sir.

Tarquin sonrió con resignado humor e indicó al hombre que sujetaba los caballos.

-Juliana, él es Ted. Es tu palafrenero y te acompañada dondequiera que tú vayas.

Juliana se alarmó: el hombre llevaba un jubón de cuero y pantalones, en lugar de librea. Tenia la nariz rota y su rostro tenía la apariencia desgraciada de haber estado en contacto con una diversidad de objetos contundentes durante años. Era muy alto y muy ancho; Juliana tuvo la impresión de que su robustez no estaba hecha de grasa sino de músculo. Sus manos eran enormes, con nudillos velludos y dedos gruesos.

El hombre la saludó con un taciturno cabeceo, sin que una sonrisa iluminara su expresión ni una chispa de humor o placer asomara en sus ojos.

-¿A cualquier sitio? -quiso saber ella.

-A cualquier lado -repitió Tarquin, ya sin rastros de sonrisa en su mirada.

-Pero yo no necesito un guardaespaldas -protestó Juliana, horrorizada al pensar en, lo que implicaba semejante restricción.

-Desde luego que lo necesitas -contradijo Tarquin-. Mientras yo no pueda confiar en la sensatez de tus propias precauciones, alguien tiene que tomarlas por ti -tomó con suavidad el mentón de la muchacha en su mano Sin Ted, no hay caballo, Juliana.

Era casi seguro que él se habla enterado de su expedición. Juliana suspiró.

-¿Cómo lo has descubierto? Yo no creí que tú hubieses regresado.

-Pocas cosas suceden- bajo mi techo sin que yo lo sepa -no le soltó el mentón, y su expresión era seria-. ¿Aceptas esta condición, Juliana?

Juliana miró de nuevo al huraño Ted: ¿sería él su espía, además de su protector? Era de suponer. ¿Cómo iba a arreglárselas ella para hacer su prometida visita a Bedford Head en tan adusta compañía? Bueno, ya encontrarla algún modo de esquivarlo. Volvió su atención a Boadicea y dijo a modo de respuesta:

-Me gustaría montarla ahora mismo.

-Sólo faltan diez minutos para la comida -dijo Quentin, divertido.

-Después de la comida, podrás cabalgar por el parque durante el paseo; Ted te escoltará -dijo Tarquin, disimulando su alivio ante la capitulación de ella-. Todos se preguntarán quién eres: provocarás bastante agitación.

Esto hizo reír a juliana, a quien esa idea no desagradaba en absoluto.

-Será mejor que me arregle para la comida.

Hizo una maliciosa reverencia a los hermanos y entró corriendo en la casa.

Quentin rió entre dientes, enlazando su brazo al de su hermano para regresar juntos.

-Si ella necesita protección, Ted es el mejor para eso.

Tarquin asintió:

-Es el mejor.

Ambos sonrieron, y cada uno evocó sus recuerdos de infancia relacionados con el taciturno guardabosque que les había enseñado a montar, a pescar truchas, a desollar conejos y a seguir el rastro de los ciervos. Ted Rougley estaba absolutamente consagrado a la familia Courtney -excepto Lucien- y su lealtad era inconmovible. Tarquin jamás le daba una orden pero si él le pedía algo, Ted lo cumplía al pie de la letra. Juliana encontrarla difícil dar un paso sin su custodia.

-Yo entiendo que juliana debe ser protegida de ese hijastro que tiene pero, ¿qué me dices de Lucien? -preguntó Quentin cuando entraban en el comedor.

Las aletas de la nariz de Tarquin se dilataron y su boca se apretó hasta hacerse casi invisible.

-Todavía no ha regresado a la casa; cuando lo haga, yo me encargaré de él.

Quentin hizo un gesto de entendimiento y abandonó el tema cuando Juliana entró en la habitación.

-Muy bien -dijo ella, como para iniciar la conversación, al mismo tiempo que se servía una cucharada de ragout de setas-. No deberé recibir visitas y sólo podré salir con ese guardaespaldas de aspecto hosco. ¿Así son las cosas?

-Querida, tú puedes recibir todas las visitas que desees...

-Salvo a mis amigas -dijo ella, interrumpiendo a Tarquin.

-Salvo las chicas de la señora Dennison -concluyó él sin exaltarse.

-Sospecho que me aburriré hasta las lágrimas -dijo ella en un tono que daba la extraña impresión de manifestar su alegría ante una perspectiva semejante.

-¡Que el Cielo nos ampare! -exclamó el duque alzando las manos en fingido horror-. No me atrevo a imaginar cómo sería una juliana aburrida, mi querida. Pero conocerás a muchas personas. Están los que vendrán a hacerte una visita de recién desposada. Puedes ir a Vauxhall, a Ranelagh, al teatro, a la ópera. Aquí serás presentada a distinta gente, y yo estoy seguro de que te invitarán a veladas, reuniones de juegos de azar y fiestas.

-Bueno; ahora me siento más aliviada -dijo Juliana, con el mismo tono alegre de antes, para luego meterse una patata asada en la boca.

Tarquin sonrió para sí. Quentin bebió un sorbo de vino, pensando que aparecía una extraña suavidad, una expresión indulgente en los Ojos de su hermano cada vez que se posaban en la muchacha, incluso cuando discutían.

Juliana los dejó solos cuando trajeron la botella de oporto, alegando que quería prepararse para la cabalgata; los hermanos permanecieron allí, sentados, en confortable silencio, sumidos en sus propios pensamientos.

Veinte minutos más tarde juliana asomó la cabeza por la puerta.

-¿Puedo volver a entrar sin incomodaras? -preguntó, por delicadeza.

Para comodidad de los caballeros, que pasaban largos ratos sentados bebiendo oporto, se guardaban los orinales en un aparador, por eso ella sabía que no debía entrar sin anunciarse.

-Entra, por favor -dijo Tarquin, arrellanado en su silla con las piernas estiradas, cruzadas en los tobillos.

Quentin observó que volvía a brillar en sus Ojos esa mirada cálida y divertida.

-Pensé que te gustaría ver cómo quedaba mi vestido de montar, teniendo en cuenta que tú lo has elegido -Juliana entró en la habitación-. Es muy hermoso -ella no podía ocultar su placer al exhibirse ante ellos, esperando ser admirada-. ¿No son detalles sabios el cuello y los puños de terciopelo? -estiró el cuello para mirarse en el espejo que había sobre la chimenea-. Destaca mis ojos y mi piel de una manera muy especial -con el entrecejo fruncido, modificó el ángulo de su sombrero negro con bordes dorados-. Nunca había tenido un sombrero tan elegante.

Tarquin sonrió sin querer. Si bien él se había divertido dando instrucciones para el guardarropa, su goce se multiplicaba por tres ante el obvio placer de juliana y ante el hecho de que su apreciación había sido correcta. La chaqueta y la falda de paño verde con chaleco de seda color crema con ribetes de terciopelo verde oscuro acentuaban el luminoso jade de sus ojos y el intenso color de su cabellera. La marcada cintura de la chaqueta y el vuelo gracioso de la falda realzaban al máximo las lozanas curvas de su cuerpo.

Ella les dedicó una reverencia, luego se incorporó y giró sobre sí, eufórica. La cola de la amplia falda se arremolinó y se enroscó en la pata de la mesa. Juliana ahogó una maldición y la soltó, antes de que causara algún daño.

-Estás encantadora -declaró Quentin-. Tarquin siempre ha tenido buen gusto con la ropa femenina.

-¿Tú empleas la misma cantidad de tiempo, para no mencionar el dinero, en el guardarropa de todas tus queridas? -preguntó Juliana, mientras daba un tirón a la nívea corbata de lino para alisar un pliegue.

Quentin volvió la cara para ocultar su sonrisa, viendo cómo Tarquin miraba, boquiabierto, a la fresca Juliana.

-¿Que si yo hago qué?

-Oh, ¿he sido indiscreta, acaso? -dijo, dirigiéndole una luminosa sonrisa-. No ha sido mi intención. Sólo sentía curiosidad. Según entiendo, es poco común que un hombre se interese tanto por la ropa femenina.

-Cambiemos de tema, ¿eh?

El duque se irguió y sus cejas se unieron en un ceño severo.

-Oh, está bien -ella se encogió de hombros-. Pero, ¿cuántas tienes?

-¿Cuántas qué? -preguntó él, sin poder contenerse.

-Queridas.

El semblante de Tarquin se oscureció y su indulgente ecuanimidad quedó destruida. Quentin se apresuró a intervenir; empujó su silla hacia atrás y se puso de pie.

-Juliana, querida, me parece que es preferible que salgas a cabalgar. Yo te acompañaré a las cocheras y te ayudaré a montar.

Mientras hablaba, había ido conduciéndola fuera del comedor para que ella no tuviese ocasión de hacer algún otro comentario devastador y para evitar que Tarquin pudiera dar rienda suelta a su hirviente cólera.

-No se podría decir que eres un modelo de tacto, ¿verdad? -comentó Quentin, cuando ya se encontraban en el patio.

-¿Cree que ha sido una pregunta poco delicada? -Preguntó Juliana, despreocupada, al tiempo que se subía al poyo para montar-. A mí me pareció sobremanera razonable.

Se acomodó sobre la montura y arregló decorosamente la falda dedicando a Quentin una maliciosa sonrisa que él no pudo menos que responder.

-Eres incorregible, Juliana.

Ted montó una fornida jaca e inspeccionó a Juliana muy seriamente.

-La ruana es nueva, señora. ¿Cree usted que puede manejarla sin recurrir al freno?

-Por supuesto -respondió juliana.

Ella tocó levemente los flancos de la yegua, y Boadicea se precipitó hacia la calle. Juliana, inmutable, tiró de las riendas e hizo frenar al animal.

-Tiene buena postura -comentó a Quentin con un gruñido acompañando sus palabras con un cabeceo afirmativo-. Creo que lo hará bien.

Quentin alzó una mano a modo de saludo al tiempo que los caballos salían del patio a paso tranquilo; entonces, volvió a la casa a buscar su sombrero y su bastón. Era una tarde hermosa y lo atraía la idea de dar un paseo por Hyde Park.

Juliana hizo algún intento para iniciar una conversación con su acompañante pero sólo recibió monosílabos como respuesta. No pasó mucho tiempo en darse por vencida, se dispuso entonces a gozar de su cabalgata ella sola. Estaba tan concentrada guiando a Boadicea y haciendo todo lo mejor posible que no vio que George salía de un portal al mismo tiempo que ellos avanzaban al paso sus caballos por la calle Albemarle. No lo vio siguiéndolos a firme ritmo y a distancia segura; ella estaba demasiado ocupada mirando a su alrededor, captando las reacciones de los otros jinetes ante su presencia. Era gratificante recibir miradas curiosas y admirativas, al contrario que en su hogar, donde se había acostumbrado a que no la mirasen más de una vez.

En cambio, Ted si había descubierto al perseguidor. Llevó a su custodiada hacia el parque siguiendo un rodeo por calles laterales y callejones, siempre a un ritmo que no dejara rezagado a un perseguidor decidido. El hombre no los perdió de vista.

George sintió que desbordaba de rabia impotente. Había estado esperando horas a que la joven saliera, imaginado cómo la abordarla, cómo se haría con ella, cómo se la llevaría. Pero ella seguía estando fuera de su alcance, acompañada como iba por ese sujeto de feo aspecto de quien trascendía la innegable impresión de que sabría desempeñarse en una pelea.

George estaba obsesionado. Había perdido todo el interés por los placeres carnales que brindaba Londres; sus sueños y su vigilia estaban llenos de juliana y lo corroía la impotencia de que teniéndola tan cerca, seguía estando tan lejos de ella. La había seguido a su regreso desde la calle Russell hasta la Albemarle, y habla ocupado su habitual puesto de observación en el umbral de enfrente. Había observado con ávida mirada de depredador, cuando ella

apareció en la entrada con los dos hombres y una yegua ruana. Y si bien no podía oír lo que decían, era obvio que se trataba de un tema agradable. La vio entrar en la casa, y sintió que se le retorcían las entrañas al observar, con amargura, que los dos hombres la trataban con la consideración debida a una esposa respetable y no a una ramera.

Ahora, ella se paseaba por Londres, vestida a la última moda, sobre una yegua de raza especial para una dama, acampanada por un palafrenero. Tenía que ponerle sus manos encima, obligarla a reconocerlo. Apretó los puños al evocar cómo lo había mirado ella sin verlo. Y lo habla hecho con tal convicción que él casi creyó que se había equivocado, que esta consentida muchacha vestida con elegancia no era Juliana Ridge, la descuidada muchacha campesina, carente de toda sofisticación, la asesina de su padre y la propietaria legal de una porción considerable de la herencia de George.

Sin embargo, el fuego que sentía entre sus piernas y el ritmo acelerado con que corría su sangre cada vez que la tenía cerca, le decían que no se equivocaba: ésa era Juliana. Su Juliana.

Su presa se internó en Hyde Park y, al ocultarse tras un árbol, vio cómo tiraban de las riendas de sus caballos discutiendo, al parecer, qué dirección tomar. A él no le serviría para nada seguirlos. No podía arrebatarla de encima de su caballo... ahí no... al menos en ese momento. A su debido tiempo, ellos volverían a la calle Albemarle; era preferible que él hiciera una exploración por allí mientras los aguardaba, pero no podía decidirse a dar la espalda a Juliana. Su visión lo arrastraba hacia la franja de arena oscura, a un costado del sendero, donde ellos hablan lanzado a sus cabalgaduras al trote, luego al galope, marchas demasiado veloces para que él pudiera seguir con los ojos.

O bien podía sentarse a esperar que terminaran de completar su vuelta o bien regresar a su puesto. Su estómago chilló, recordándole que, por estar tan sumido en su vigilancia, no habla comido. Decidió regresar al Gardener's Arm y ahogar sus frustraciones. Al día siguiente por la mañana regresaría a vigilar y a esperar su oportunidad. Y pese a que se trataba de una decisión sensata, tuvo que obligarse a alejarse.

Juliana se había situado al ritmo de la ruana. La yegua tenía un paso fluido y daba la impresión de disfrutar tanto del ejercicio como su jinete. El hosco Ted la seguía con su jaca.

Estaban dando la segunda vuelta cuando ella vio a Quentin caminando por el sendero; iba más adelante, acompañado de una dama vestida de tafetán negro. Juliana reconoció a lady Lydia a pesar del velo negro que le ocultaba el rostro. Tiró de las riendas al llegar junto a ellos.

-Buenos días, lady Lydia. Lord Quentin.

Ella vio, por un instante, el desconcierto en la mirada de Quentin y llegó a la conclusión de que su intrusión no era bienvenida; pero luego reapareció la habitual sonrisa serena del hombre.

-Desmonta y acompáñanos un trecho caminando -alzó una mano para ayudarla a apearse-. Ted se hará cargo de Boadicea.

-¿Boadicea? Qué nombre insólito para una dama tan bonita -comentó Lydia con su voz suave, respondiendo a la reverencia de Juliana aunque sin alzar su velo.

-Es bonita -admitió Juliana-, pero creo que tiene sus propias ideas -entregó las riendas a Ted y se tomó del brazo de Quentin, andando junto a ellos por el sendero-. Qué casualidad que nos encontrásemos todos aquí, de esta manera. Yo ignoraba que usted también estaría en el parque, lord Quentin.

-He seguido un impulso repentino -respondió él-. Es que hace una tarde tan hermosa...

-SI, es preciosa -coincidió Lydia-. Yo no podía soportar quedarme dentro ni un minuto más. Claro que aún guardamos estricto duelo, pero no creo que haya objeciones a que dé una caminata, teniendo en cuenta que uso el velo.

-No, por supuesto que no -aseguró Quentin con vehemencia.

-¿Le agrada Londres, lady Edgecombe?

-Oh, muchísimo, lady Lydia. Todo es muy nuevo para mí. Hampshire es tan apartado...

Quentin le dio un golpe en el tobillo al mismo tiempo que ella comprendía su error.

-¿Hampshire? -la sorpresa hizo que Lydia levantase el velo-. Pensé que su familia era

oriunda de York, en el norte.

_Oh, sí -dijo juliana, airosa-. He olvidado mencionar que solía visitar a unos parientes en Hampshire y que ese sitio me gustaba mucho más que York. Por eso siempre pienso en esa comarca como si fuera mi hogar.

-Ya entiendo -el velo de Lydia volvió a caer-. No sabía que hubiese ningún Courtney en Hampshire.

-Familiares de mi primo -aventuró Juliana-. Un primo muy lejano.

-Qué extraño que se sienta usted más apegada a un pariente lejano que a uno más cercano -reflexionó Lydia, perpleja.

-Lady Edgecombe tiene unos puntos de vista muy insólitos con respecto al mundo -dijo Quentin-. Sin duda, querrás continuar tu cabalgata, Juliana. Debe resultarte aburrido caminar sabiendo que tienes esa yegua tan bonita esperándote.

Juliana no estaba segura de que él quisiera librarse de ella por su bien o por el propio, aunque de todos modos, se dio por aludida e hizo una seña a Ted que cabalgaba a corta distancia, llevando de la rienda a Boadicea.

Lydia levantó de nuevo el velo para despedirse de ella.

-Espero que seamos como hermanas -dijo, besándola en la mejilla-. Será muy grato que haya otra mujer en la casa.

Juliana murmuró algo a modo de respuesta y devolvió el beso. Echó otra mirada a Quentin y vio que su semblante tenla una expresión fea. Ella se imaginaba que debía de estar pensando, igual que ella, que Tarquin, estaría alojando a dos familias bajo su techo. Que alojaría a la mujer que Quentin amaba como la madre de una de esas dos familias.

Juliana ya no albergaba la menor duda de que Quentin amaba a Lydia Melton, además sospechaba que el sentimiento era recíproco. Tarquin habla admitido que no amaba a Lydia; sin embargo, ella era su prometida. Tenía que existir una forma de salir de ese embrollo-. Si bien Quentin no era un partido tan magnífico como su hermano, era el hijo menor de un duque, tenía su propia fortuna, y era evidente que tenía ante sí una importante trayectoria en la Iglesia. Él seria un excelente esposo para Lydia... una vez que ella pudiese romper su compromiso con Tarquin.

Pero, entonces, Tarquin se quedaría sin esposa. Sin madre para sus legítimos herederos.

Ese problema era para otro día. Volvió a montar con ayuda de Ted, saludó alegremente con la mano a Quentin y a su dama y se alejó al trote.

-Ted, ¿hace mucho que conoce usted a la familia Courtney?

-Si.

-¿Desde que Su Gracia era niño?

-Desde que él nació.

Juliana pensó que ésa había sido una frase bastante larga; tal vez fuese una señal prometedora.

-¿También hace mucho tiempo que conoce usted a lady Lydia y a su familia?

-Sí.

-¿Desde siempre?

-Si.

-Eso significa que ellos y los Courtney se conocen de toda la vida, ¿cierto?

-Sí. Las tierras de los Melton tocan con las de los Courtney.

-Ah.

Eso explicaba muchas cosas, incluso un matrimonio de conveniencia. Tal vez, Ted resultara una valiosa fuente de información, si Juliana sabía elegir bien sus preguntas. Ahora sin embargo, él había apretado los labios firmemente; ella supuso que, de momento, los datos proporcionados serían los últimos.

Juliana desmontó ante la puerta principal, y Ted llevó los caballos a la caballeriza. Ella subió a la planta alta y, cuando enfilaba hacia sus aposentos, se encontró de manos a boca con Lucien. Su corazón dio un vuelco. Tarquin le había dicho que ella jamás tendría que volver a ver a ese vil sujeto que era su marido. Le había dicho que él se las arreglaría con su primo. Entonces, ¿dónde estaba Tarquin?

-Bueno, bueno, pero si es mi no tan pequeña esposa -Lucien le cortó el paso. Pese a lo estropajoso de su lengua, igual se notaba la malicia de su tono; sus ojos, en el fondo de las oscuras órbitas, ardían de odio. Tenía un morado en la barbilla-. Anoche te marchaste muy de prisa, querida. Deduzco que el entretenimiento no era de tu agrado.

-Déjame pasar, por favor -dijo ella en voz contenida, aunque sentía toda la piel erizada, los músculos tensos por la repugnancia y ascuas de ira ardiendo en su estómago.

-Ayer no estabas tan impaciente por librarte de mí -repuso él sujetándole la muñeca de un modo que renovó la oleada de miedo corriendo por su sangre.

Él le retorció la muñeca; ella lanzó un grito de dolor y soltó la fusta que llevaba. Él se la quitó de la mano laxa.

-Te has convertido en una esposa sumamente indócil, querida -atrapó un mechón de pelo que escapaba por debajo del ala del sombrero y le dio un cruel tirón, acercando a la joven hacia él-. Yo te aseguré que me las pagarías por la patada de anoche. Tengo la impresión de que por ser una putilla de la calle Russell estás dándote demasiados aires. Pienso que debo enseñarte a tener respeto.

Juliana vio con el rabillo del ojo un movimiento fugaz cuando él alzó la fusta. Entonces, gritó de susto, además de dolor, cuando sintió que la fusta estallaba sobre sus hombros, quemándola.

Al oírla, los ojos de Lucien ardieron de salvaje placer. Levantó otra vez el brazo y, al mismo tiempo, le dio otro tirón brutal en el pelo, como si quisiera arrancárselo de la cabeza. Pero habla subestimado a su victima. Una cosa era tomar a Juliana por sorpresa, y otra muy distinta atacarla cuando ya habla tenido tiempo de rehacerse. Y si bien, a lo largo de los años, ella había aprendido a controlar su temperamento, en estas circunstancias no hizo el menor esfuerzo por reprimirlo.

Lucien descubrió que tenía entre sus manos a una de las Furias. Él no soltó su pelo, pero ella no daba señales de sentir el dolor; levantó la rodilla y lo golpeó con letal precisión. El látigo cayó al suelo. A Lucien se le llenaron los ojos de lágrimas y jadeó de dolor. Antes de que atinara a protegerse, ella le dio varios puntapiés en las espinillas y ya se aprestaba a clavarle las uñas en los ojos. Por instinto, él se cubrió el rostro con las manos.

-¡Inmundo canalla... hijo de una perra del albañal! -siseó ella entre dientes, y le asestó un rodillazo en el vientre.

Él se dobló en dos y fue sacudido por un violento ataque de tos que parecía querer arrancarle las vísceras del cuerpo. Juliana recogió la fusta y levantó el brazo para descargarle un golpe en la espalda.

-Jesús, María y José! -la voz de Tarquin perforó el círculo rojo de su ira. Él le sujetó la muñeca y la obligó a bajar el brazo-. ¡Por todos los santos!, ¿qué pasa aquí?

Juliana se esforzó por recuperar el control. Su pecho se hinchaba, tenia las mejillas mortalmente pálidas, sus ojos lanzaban llamas y no veía otra cosa que la repugnante figura del hombre que se habla atrevido a levantar su mano contra ella y que ahora se retorcía de dolor.

-Desecho del arroyo -le dijo, con voz trémula de furia-. Inmundo hijo de perra. ¡Ojalá te pudras en la tumba, gusano verdoso y baboso!

Tarquin le quitó la fusta.

-Aspira profundamente, *mignonne.*

-¿Dónde estabas? -reclamó ella, con la voz aún temblorosa-. Me dijiste que no volverla a verlo jamás. Me prometiste que lo mantendrías lejos de mí.

Se tocó el dolorido cuero cabelludo e hizo una mueca, pues el movimiento habla crispado la franja dejada por el latigazo.

-Ahora mismo me entero de que él ha regresado -respondió Tarquin-. Si lo hubiese sabido, no habría permitido que se acercara a ti, créeme, Juliana -ella temblaba violentamente, y él le apoyó una mano en el brazo, con expresión cargada de cólera y de remordimientos-. Ve a tus aposentos y déjame esto a mí. Henny te curará. Yo iré de inmediato a reunirme contigo.

-Me azotó con esa maldita fusta -dijo Juliana, lanzando un sollozo al tratar de recuperar el aliento.

-Pagará por ello -dijo Tarquin con expresión torva. Le rozó la mejilla-. Ahora, haz lo

que te he dicho.

Juliana dirigió una última mirada de desprecio al todavía convulso Lucien y se alejó con un andar ya despojado de toda agilidad.

Tarquin dijo, en tono suave y salvaje:

-Quiero que desaparezcas de mi casa en una hora, Edgecombe.

Lucien levantó la vista y trató de respirar. Tenía los ojos inyectados en sangre, llenos de dolor aunque su lengua seguía destilando puro veneno.

-Bueno, bueno -dijo, arrastrando las palabras-. ¡Reniegas de nuestro acuerdo, querido primo! Qué vergüenza. Después de todo, el resplandeciente ejemplo de honor y deber también tiene pies de barro.

En la sien de Tarquin palpitó el pulso, pero habló en tono vacío de toda emoción:

-Fui un imbécil al creer en la posibilidad de un acuerdo honorable contigo. Considero nulo e inválido el contrato. Y ahora, fuera de mi casa.

-¿Te das por vencido conmigo, Tarquin? -Lucien se incorporó hasta quedar apoyado en la pared. De súbito, sus ojos hundidos chispearon-. Una vez, me prometiste que nunca te dejarías derrotar. Dijiste que siempre me apoyarías, aunque nadie más lo hiciera. Dijiste que los lazos de sangre eran los más fuertes. ¿Lo recuerdas?

Y si bien su voz era quejumbrosa, en sus ojos seguía brillando una extraña luz triunfal.

Tarquin lo miró con una expresión cargada de compasión y de desprecio.

-Sí, lo recuerdo -repuso-. Tú tenías doce años y eras mentiroso y ladrón; en mi ingenuidad, pensaba que la culpa no era tuya. Que necesitabas ser aceptado por la familia para convertirte en uno de nosotros...

-Tú nunca me aceptaste en el seno de la familia -interrumpió él, limpiándose la boca con el dorso de la mano-. Tú y Quentin me despreciaron desde la primera vez que me vieron.

-Eso no es verdad -replicó Tarquin con firmeza-. Te dimos el beneficio de la duda, pues conocíamos las desventajas de tu crianza.

-¡Desventajas! -repuso Lucien con despecho; sus magulladuras se destacaron en la verdosa palidez de su rostro-. Un padre demente y una madre que jamás dejaba la cama.

-Hicimos todo lo que pudimos -dijo Tarquin, aún sereno.

Pero, como siempre, incluso mientras lo decía, él se preguntó si sería cierto. Sin duda, era verdad que él y Quentin despreciaban a este primo débil, mentiroso y artero. Aunque habían intentado disimular su desprecio cuando Lucien fue a vivir con ellos y, después, cuando Tarquin se convirtió en su tutor, los dos habían intentado ejercer una influencia benigna sobre su retorcida naturaleza. Y no cabía duda de que habían fracasado en ese intento.

Sostuvo por un instante la mirada de su primo y ahí descubrió, inconfundible, la verdad desnuda y estéril de la relación que los unía. Entonces, Tarquin dijo en tono frío y deliberado:

-Fuera de mi casa, Edgecombe, y que no vuelva a verte. Desde ahora, me desentiendo de todo lo que te concierne.

La boca de Lucien se torció en una solapada sonrisa.

-¿Qué pensarán de eso? ¡Pocos días después de la bendición conyugal, marido y mujer viven separados!

-Me importa un comino lo que piensen. No quiero que Juliana y tú respiren el mismo aire.

Desdeñoso, Tarquin le dio la espalda.

-La repudiaré -replicó Lucien, en un resuello sibilante-. Me divorciaré de ella alegando que es una puta.

Tarquin se volvió con mucha lentitud.

-No eres digno de lustrar sus botas, siquiera -dijo él con acento enfático y voz suave-. Te lo advierto, Edgecombe, si de tu boca sale una sola palabra contra juliana, en público o en privado, te enviaré a la tumba antes de tiempo, más rápido todavía de lo que tú intentas.

Su mirada grabó a fuego esta verdad en el semblante fantasmal de su primo, tras lo cual, giró sobre sus talones y se alejó a grandes pasos.

-Lo lamentarás, Redmayne. Créeme que lo lamentarás.

Pero la promesa fue pronunciada casi en un susurro, y el duque no la oyó. Lucien se

quedó mirando, con miedo y odio, cómo él se alejaba. Luego, se arrastró por el pasillo que conducía a su propia habitación, consolando a su alma atormentada con la promesa de venganza.

20

Cuando acababa el crepúsculo, Lucien salió del Elysium de la señora Jenkins. Se percibía en el aire de satisfacción de quien que ha aliviado al mismo tiempo la mente y el cuerpo. La casa de flagelación de Jenkins resultó ser una buena válvula de escape para su rabia y su frustración. Las Posture Molls sabían, exactamente, cómo complacer a un hombre, cualquiera fuese el extremo del látigo que eligiera; él había dado rienda suelta a su necesidad de castigar a alguien por la humillación de su caída ante su esposa y la subsiguiente orden de expulsión de Tarquin.

En sus ojos relucía un brillo brutal, y su boca tenía un sesgo cruel, mientras subía andando por la calle Russell y llegaba a la plaza. Aun así, la realidad de su situación no demoró mucho en hacérsele presente. Había sido echado de la casa de su primo y se había cortado el maná incesante que había salido de su insondable y siempre abierta bolsa. Y la culpa era de esa maldita mujer.

Entró en la Shakespeare's Head sin responder a los saludos de sus conocidos y se sentó en sombrío silencio a una mesa que estaba en un rincón, aislado de todos. Ya iba por la segunda jarra de ginebra cuando se percató de un par de ojos que lo miraban fijamente, desde una mesa junto a la ventana. Lucien devolvió la mirada con el ceño crispado, a través de la neblina humosa de la taberna, hasta que sus ojos inyectados en sangre se enfocaron. Entonces, reconoció al hombre excedido de peso que daba la impresión de haberse ataviado tratan do de imitar a sus superiores, metido en las ropas de un campesino elegante, con el rostro rubicundo ya enrojecido por la bebida. Bajo la mirada de Lucien, el individuo se limpió del mentón una película de grasa con la manga y empujó su silla hacia atrás.

Con paso pesado e inseguro fue acercándose a Lucien entre las atestadas mesas y llegó al rincón.

-Le ruego me perdone, milord, pero sucede que he estado aquí anoche, cuando usted estaba vendiendo a su esposa -empezó diciendo George, como intimidado por la mirada como de muerto y la enfermiza palidez del otro como también por la profundidad de la malicia que trascendía de sus ojos hundidos.

-Lo recuerdo -dijo Lucien a desgana-. Usted ofreció quinientas libras por ella. Le había gustado, ¿eh?

-¿De verdad es su esposa, sir?

Al notar el apremio de la pregunta, que George no supo disimular, la mirada de Lucien se aguzó. Primero, hundió su nariz en el jarro, y luego dijo:

-¿Podría preguntarle qué diablos le importa eso a usted?

George tomó una silla para sentarse pero la expresión del vizconde lo contuvo y permaneció de pie, incómodo:

-Creo que la conozco- dijo.

-Ah, usted también; yo diría que medio Londres la conoce -respondió Lucien, encogiéndose de hombros-. Tengamos en cuenta que salió de un prostíbulo.

-Eso pensaba yo -la excitación aumentó el sonrojo de George-. Eso significa que ella no es en realidad, su esposa. ¿Un matrimonio fraguado, quizá?

-No tengo tanta suerte -repuso Lucien, con risa desagradable-. Yo le aseguro que ella es

la legítima lady Edgecombe; mi maldito primo se aseguró de que fuese así. ¡Maldita sea!

Levantó de nuevo su jarra.

George quedó desconcertado. Sintió una desilusión tan grande al enterarse de que Juliana estaba legalmente casada que no se le ocurrió qué podía decir. Él se había convencido de que no era posible que ella fuese lo que parecía ser, pero ahora todos sus planes se derrumbaban como el proverbial castillo de naipes.

-¿Y por qué está usted tan interesado en esa puta? -preguntó Lucien.

George se pasó la lengua por los labios resecos:

-Ella mató a mi padre.

-Ah, ¿conque eso hizo? -Lucien se incorporó y sus ojos adquirieron súbita vida-. Bueno, eso no me sorprende. Esta tarde ha estado a punto de matarme a mí. ¡Si por mí fuese, le atarla una piedra al cuello y la ahogarla en el mar!

George asintió, con sus ojillos chispeantes.

-Es una asesina. Yo no descansaré hasta verla ahorcada.

-Tome asiento, querido colega. -Lucien indicó una silla y gritó a un camarero-: ¡Tú, zángano; trae una botella de borgoña! -Se reclinó en su silla y observó a George con aire pensativo-. Al parecer, tenemos un deseo en común. Cuénteme la sórdida historia de mi querida esposa.

George se inclinó hacia adelante y bajó la voz hasta darle un tono confidencial. Lucien escuchó el relato con expresión inmutable, bebiendo sin cesar hasta llegar al fondo, olvidándose casi siempre de llenar la copa del otro. Él pudo descubrir sin dificultad la lujuria que se ocultaba tras el deseo de venganza de Ridge y se dio cuenta de que podría aprovecharlo para sus fines. Era un individuo sin sutileza, un patán rural. Aunque, sin la guía correcta, un hombre impulsado por los diablos gemelos de la lujuria y la venganza podría terminar siendo un enemigo invencible. Una herramienta muy valiosa.

Si Lucien lograba dejar a juliana al descubierto, si podía verla temblando en el patíbulo, esperando que se cumpliera su sentencia de muerte, la desgracia de Tarquin seria casi tan devastadora como la de la propia muchacha. El maldito orgullo de su primo caería al polvo hecho pedazos; se convertiría en el hazmerreír de Londres.

George acabó la historia y vació su copa.

-Yo pensaba decírselo antes al duque -dijo, contemplando con pesar la botella vacía-. Descubrir a juliana ante él y ver qué es lo que dice.

Lucien negó con la cabeza.

-Puede usted estar seguro de que él lo sabe todo.

George levantó la botella con gesto significativo y se sirvió la última gota.

-¿Cómo puede usted estar seguro?

-Porque él mismo me lo ha dicho -al fin, Lucien llamó al camarero para pedirle otra botella-. Me dijo que la buscona haría lo que él le dijera. Por eso pensé que sabría algo sobre ella, algo que podía esgrimir en su contra.

Si bien sus palabras se hacían cada vez más confusas, sus ojos mostraban un despecho cada vez más pronunciado.

-Si yo presentara una acusación contra ella -dijo George, ansioso-, si lo hiciera, ella tendría que responderla, aun cuando negase ser quien es. Pero si yo pudiera lograr que, además de mí, la identificaran sus tutores, estoy seguro de que convencería a los jueces.

La expresión de Lucien era de duda.

-El problema es que Tarquin conoce todas las tretas. Es necesario ser tan astuto como un zorro y escurridizo como una sanguijuela para superarlo.

-Ni aun el duque podría contrarrestar el testimonio de los tutores de juliana, pues ella vivió con ellos desde que tenía cuatro años de edad. Si ellos, al igual que yo, jurasen confirmando su identidad, eso tendría que bastar.

-Tal vez sí. Eso, siempre que Tarquin no se entere antes -Lucien clavó la vista en el contenido de su copa e hizo girar su rojo contenido-. Sería más fácil atacar a la ramera.

-Secuestrarla, quiere decir usted -los ojos de George brillaron-.Yo también he pensado en algo así. Yo no tardaría en arrancarle una confesión.

George miró a lo lejos. Sólo podría saciar esta ansia que lo consumía cuando tuviese a Juliana en sus manos. Sólo entonces estaría en paz y podría entrar en posesión de su legítima herencia. Ya no tenía interés en que fuera su esposa. Sabía, sin embargo, que no tendría descanso hasta que no hubiese satisfecho este deseo que le roía las entrañas, como los buitres devoraban las de Prometeo.

La boca de Lucien dibujó una sonrisa desdeñosa y fugaz. Podía adivinar los pensamientos de este hombre como si los hablara. Incontinente rústico, baboso... impaciente por poseer ese repelente cuerpo voluptuoso.

-En mi opinión, primero tenemos que intentar seguir por la vía legal -dijo con solemnidad, gozando de la evidente decepción de su compañero, reflejado en el alargamiento de su semblante-. Presentar la acusación contra ella con el apoyo de sus tutores. Si eso no resultara, entonces... -se alzó de hombros-. Entonces, ya veríamos.

George recorrió con un dedo extendido el contorno de una oscura mancha sobre la madera de la mesa: vino tinto o sangre, en ese lugar podía ser cualquiera de las dos cosas. En su mente confusa brotó la noción de que si Juliana estuviese presa él podría sobornar a sus guardianes. Podría poseerla todo el tiempo que quisiera. Cualquiera de los dos planes le daría la oportunidad que anhelaba.

Levantó la vista y asintió.

-Regresaré a Hampshire por la mañana y plantearé el asunto a los Forsett. ¿Dónde podré encontrarlo, milord?

Lucien se puso ceñudo, recordando que ahora estaba condenado a alojarse bajo su propio techo, sitiado e incómodo.

-Mi casa está en la calle Mount, pero éste es un sitio tan bueno como cualquier otro. Deje un mensaje a Gideon.

Indicó con su cabeza al hombre que llenaba las jarras de cerveza detrás de la barra, tras lo cual levantó de nuevo su vaso y se volvió a medias, en un gesto que George interpretó como una despedida. Empujó la silla hacia atrás y se puso de pie. Esta despedida le provocaba dudas. Le parecía poco concluyente marcharse sin una palabra más, pero la actitud del vizconde no le daba buenos indicios.

-Le deseo buenas noches, sir -dijo, al fin, sin recibir por respuesta ni siquiera un gruñido.

George se alejó, con la idea de volver a su anterior asiento pero desbordaba de inquieta energía, inundado de euforia ante la idea de que ya no estaba solo en la persecución. Salió afuera. Una joven harapienta se le acercó exhibiendo una sonrisa en la que casi no había dientes.

-¿Media guinea, honorable señor? -lo invitó, proyectando sus pechos hacia él y entornando sus ojos negros.

-Cinco chelines -replicó él.

Ella se alzó de hombros, lo tomó de la mano y lo condujo hacia los bultos que había debajo de los pesebres de los puestos del mercado. Por cinco chelines, no valla la pena llevarlo a su cuarto de la calle King, donde tendría que solventar el gasto de las velas y tal vez cambiar las sábanas.

“En Bedford Head, el miércoles por la tarde.”

La noticia voló por todas las casas de Covent Garden, penetró en los oídos de lánguidas mujeres reunidas en diversas salas que, con la escasa vestimenta de las mañanas y mientras bebían café intercambiaban comentarios con respecto a sus tareas de la noche y a las modas que aparecían en los últimos periódicos. La transmitieron las mujeres de la casa de los Dennison. Fue susurrada a cabezas unidas en círculo, atentas, que la recibieron con sigilo y curiosidad. Las palabras "hermandad" y "solidaridad" fueron pronunciadas por lenguas que tropezaban con un concepto novedoso. Y, desde la casa de la calle Russell, las mujeres fueron a la casa vecina, echando la semilla y dejándola germinar, utilizando el apuro de Lucy como fertilizante.

La señora Mitchell, de Bedford Head, hizo su propio recorrido consultando a sus colegas alcahuetas. Ninguna de ellas supo darle una explicación. Se decidió que, ese

miércoles, después de mediodía, la señora Mitchell se instalaría ante la mirilla que había en el cuarto del fondo. Que, con ayuda de un vaso apoyado en la pared, podría oír la conversación de las mujeres.

Juliana estaba atendiendo a Lucy cuando recibió un mensaje de Lilly en el que decía que la reunión había sido dispuesta para el miércoles, después de mediodía. Lucy ya estaba lo bastante recuperada como para levantarse de su cama. Estaba confortablemente instalada en una *chaise longue,* junto a la ventana. Juliana leyó la nota, que contenía una diversidad de mensajes para Lucy provenientes de la calle Russell; luego la entregó a su compañera.

Lucy levantó su vista de la nota:

-¿A qué se debe esta reunión, Juliana?

Ésta le explicó:

-Ya es hora de que hagamos algo -concluyó, con su característica vehemencia-. Si estas personas viven gracias a nosotras, ¿por qué tienen que salir impunes cuando nos tratan todo lo mal que se les antoja?

Lucy adoptó una expresión intrigada.

-Pero tú no, Juliana. Tú no tienes nada que ver con esto. ¿Quién está ganándose la vida a tu costa?

-El duque ha pagado por mi tres mil libras a la señora Dennison -respondió Juliana, sin vueltas-. Yo he sido comprada y vendida como una esclava por la sencilla razón de que no tenía protección ni dinero ni amigos ni un sitio adónde ir. Si la Hermandad hubiese existido en ese momento yo habría tenido un sitio y protección. Con unas pocas guineas, la diferencia habría sido inmensa. Imagínate lo que hubiésemos podido hacer por ti.

Lucy volvió a recostarse y la carta quedó abierta sobre su regazo.

-No sé si tú conoces el poder de las alcahuetas y los chulos, juliana.

-Lo conozco tanto como deseo conocerlo -repuso ésta-. Y sé que el poder que ellos tienen se lo concede esta actitud derrotista -oyó llamar a la puerta y se volvió, exclamando-: Entre -entonces advirtió que no estaba en su habitación sino en la de Lucy.

Tarquin entró en el cuarto. Lucy, que sólo habla visto a su anfitrión una vez cuando había llegado a esa casa, se esforzó por incorporarse.

-No se moleste -dijo Tarquin, acercándose a la *chaise longue-.* Sólo quería saber cómo se siente.

-Oh, mucho mejor, Su Gracia -farfulló Lucy, enrojeciendo y acomodándose la bata-. Yo... yo estoy segura de que podré marcharme mañana si...

-No es necesario que lo haga -se inclinó y tomó la carta que había caído al suelo, desde las piernas de Lucy. Puede quedarse aquí hasta que Henny considere que está en condiciones de marcharse.

Le devolvió la carta, y Juliana no supo si él había visto su contenido o no. No había dado la impresión de mirarla pero, con Tarquin, nunca podía saberse. Sus ojos estaban en todas partes en el mismo momento en que él parecía no estar interesado.

Tarquin tomó una pizca de rapé y miró alrededor.

-Espero que esté cómoda aquí, señora.

El sonrojo de Lucy se intensificó, tanto por la pregunta como por la cortesía del tratamiento.

-Oh, por supuesto que sí, Su Gracia. No tengo palabras para agradecer su bondad. Sin duda, no merezco semejante...

-¡Desde luego que lo mereces! -interrumpió Juliana con fiereza-. Tú mereces tanta bondad y consideración como cualquier otro ser humano. ¿No es así, milord duque?

Acompañó la pregunta con una mirada desafiante.

-Oh, Juliana, no debes decir esas cosas -protestó Lucy, sin fuerzas-. En realidad, no quisiera causar ninguna molestia.

-No las causas, ¿no es así, sir?

Tarquin hizo un gesto negativo con la cabeza y una irónica mueca de diversión, pero se resistió a dejarse arrastrar. Se apartó de la repisa de la chimenea, le hizo inclinar la cara y la besó en la boca.

-Cuando hayas acabado tu visita a Lucy, ven a verme a mi estudio.

Juliana, distraída por el beso, echó una mirada a Lucy que parecía concentrada en una nueva lectura de la carta. Claro que Lucy no prestaría mucha atención al coqueteo de un caballero con su querida.

-Que tenga una pronta recuperación, señora.

Tarquin hizo una reverencia a la sonrojada Lucy y se marchó.

-Oh, él es tan generoso- dijo Lucy, suspirando.

-Así parece -dijo Juliana, encrespada-. Sin embargo, no creo que él haga algo que no le venga bien. No creo que él se arriesgue por alguien. Es bueno sólo cuando la situación no le crea ningún inconveniente. Pero, con la misma facilidad, dejaría desangrarse a alguien a un lado del camino si él fuera en otra dirección o no tuviese tiempo para ayudar.

Aun mientras lo decía**,** Juliana recordó que él habla ido a rescatarla cuando Lucien estaba atormentándole y lo inmenso que había sido su alivio al verlo. Ahora, Lucien había sido echado de la casa porque le había hecho daño a ella. Y aunque las peleas en el seno de la familia constituían un terrible inconveniente, el duque había sacrificado su paz por proteger a Juliana. Claro que, para empezar, él la había expuesto al peligro que representaba Lucien, de modo que, en un sentido estricto, él tenía la responsabilidad de reparar ese daño.

Lucy la miró con una mezcla de reproche y comprensión, y juliana recordó que aún no había explicado el generoso ofrecimiento de Tarquin de ayudar a la muchacha para que volviese a ponerse en marcha. Por cierto que era un gesto bondadoso de su parte, pero de ningún modo habría de causarle inconvenientes. Su riqueza era tan grande que no notaria, siquiera, esa suma. Quentin habla afirmado que su hermano era sobremanera generoso pero, ¿seria auténtica esa generosidad que no exigía de él el menor sacrificio?

De cualquier forma, estaba obligada a escuchar la asombrada gratitud de Lucy, que elevaría al cielo sus alabanzas al duque cuando supiera su buena suerte.

Tarquin estaba sentado ante su escritorio, volviendo a escribir un discurso que su secretario habla redactado y que él pronunciarla en la Cámara de los Lores esa misma noche. Su secretario era un hombre digno de confianza pero aburrido; el duque estaba seguro de que el discurso haría dormir al que lo pronunciara, antes de llegar a la mitad, sin hablar de su audiencia. De todos modos, sus pares no prestaban mucha atención ni siquiera a los debates más excitantes. La mayoría de ellos roncarían, tras haber consumido una copiosa y bien regada cena.

Levantó la vista cuando oyó que Juliana llamaba a la puerta. Ella hizo una decorosa reverencia.

-¿Querías verme, milord duque?

Él echó atrás su silla y le hizo señas de que se acercara. Cuando ella estuvo más cerca, él la tomó de las manos y las dio vuelta, con las palmas hacia arriba. Para asombro de ella, las llevó a sus labios y le dio sendos besos en las palmas.

-¿Cómo están tus magulladuras, *mignonne?*

-Los hombros todavía me duelen, a pesar del calmante de árnica que me aplicó Henny -respondió ella, en, un extraño tono estrangulado.

El tibio aliento del duque sopló sobre sus manos, que él sujetaba unidas entre si junto a su boca. Tarquin fue besando la punta de cada uno de los dedos, dejando asomar la lengua como una víbora, entre sus dedos flexionados; cada una de esas húmedas e inesperadas pasadas le hacia erizar el vello de la nuca y le cosquilleaba la piel de excitación.

-¿Me has perdonado por no detener a Lucien a tiempo? -dijo, continuando con sus maliciosas caricias, rozando, ahora, con los labios el dorso de las manos, mordisqueando

suavemente su piel.

Juliana empezaba a perder contacto con la realidad. Casi no ola sus palabras. Removía los pies sobre la alfombra persa y contemplaba la coronilla de su cabeza inclinada, notando vagamente que su pelo se ondulaba desde su ancha frente hacia atrás. ¿Cómo podría decirle que no había perdonado nada, si bastaba con un toque amoroso para convertir su cuerpo en lava fundida?

Él alzó la vista, envolviendo las manos de ella entre las suyas. Sus Ojos sonreían pero su tono era grave:

-Hay tanto que disfrutar, *mignonne.* ¿No podríamos recorrer un sendero de placer, a partir de ahora?

Juliana no pudo hallar palabras. Su cuerpo decía una cosa y su mente, otra. ¿Cómo podría olvidar que ella aún estaba presa del plan de él? Todavía debía concebir un hijo para él, entregarlo a su control absoluto, vivir una vida de engaños, sufrir la dependencia emocional que significaba seguir gozando de su favor. Lo miró con una expresión desasosegada pero sin hablar.

Después de un largo silencio, Tarquin le soltó las manos. En sus Ojos se veía el arrepentimiento, pero dijo en tono normal:

-Ya sería tiempo de que devolvieras la visita a lady Melton. No se deben escatimar las cortesías.

-No -admitió Juliana, aferrándose con ansiedad al tema superficial como si fuese una cuerda salvavidas que la ayudaría a salir del laberinto de su confusión-. ¿Deberé ir sola?

-No, yo te llevaré en mi faetón -inspeccionó su apariencia con aire crítico-. No me gusta el ramillete que lleva la pechera de este vestido. Estropea la línea.

Juliana miró el pequeño ramo de orquídeas de seda que llevaba cosidas en el escote del vestido.

-A mí me parecen bonitas.

-Y lo son, pero a ti no te sientan. Son demasiado frívolas... melindrosas -hizo un ademán impaciente-. Tu pecho no necesita decoración.

-Oh -dijo Juliana.

-Cámbiate de vestido y di a Henny que quite las flores de éste antes de que vuelvas a ponértelo.

-Como usted ordene, milord duque -Juliana hizo una profunda reverencia-. ¿Tiene usted alguna otra instrucción para darme relacionada con mi indumentaria, sir?

-Por ahora, no -repuso él, sin hacer caso de su tono sarcástico-. Aunque todavía no te he visto con el de muselina rameada azul. Se usa sobre un fustán azul oscuro, si mal no recuerdo. Hay un echarpe de encaje que dará el recato suficiente para ir de visita a una casa por la mañana.

Juliana respondió con otra exagerada reverencia, y los ojos de Tarquin brillaron, divertidos.

-Puedes tomarte media hora.

Se sentó de nuevo ante su escritorio y tomó la pluma; aquello era una clara señal de despedida.

Juliana subió a cambiarse, para ponerse el vestido requerido. Constituía un alivio maravilloso sentir, simplemente, enfado por él. Gozaba de mucha mayor claridad en sus emociones si reaccionaba ante sus actitudes dictatoriales que cuando él la confundía con su suavidad y sus hechiceras caricias.

Él estaba aguardándola en el vestíbulo cuando ella bajó, a la media hora exacta, llevando sus guantes y su abanico. Se detuvo en el último escalón e inclinó la cabeza en gesto inquisitivo, como invitándolo a que la inspeccionara.

Tarquin la recorrió con la mirada, desde la cabeza hasta la punta de las sandalias de cabritilla. Hizo un círculo con el dedo índice, y juliana bajó hasta el vestíbulo y dio una lenta vuelta.

-SI, así está mucho mejor -se pronunció él-. Vamos. El faetón está en la puerta.

Él la ayudó a subir y luego se sentó junto a ella.

-No será necesario que pasemos más de quince minutos con lady Melton. Si ella no estuviese, podrías dejar tu tarjeta.

-Yo no tengo tarjeta.

-SI, la tienes -él metió la mano en el bolsillo del pecho y le entregó una crujiente tarjeta blanca donde una elegante escritura ponía: "Vizcondesa, lady Edgecombe"-. Mi secretario se ocupó en persona de hacerlas. Creo que coincidirás conmigo en que tiene buena letra.

-Mejor que la mía -respondió Juliana, dando vuelta la tarjeta entre los dedos.

Le otorgaba una sensación de pertenencia, como si ella empezara a sentirse, realmente, en el papel de lady Edgecombe. Como si nada pudiese desalojarla de esa extraordinaria cima.

Al llegar a la residencia de los Melton, Tarquin cedió las riendas a su palafrenero, que saltó del saliente trasero para recibirlas y luego bajó a la calle. Juliana se recogió la falda y se preparó para apearse, sujetándose con prudencia a un costado del carruaje mientras pisaba el peldaño de arriba.

-Me parece que será mucho más seguro si yo te bajo -dijo Tarquin, al observar tan prudentes precauciones.

La tomó por la cintura y la bajó hasta el suelo, sin soltarla hasta estar seguro de que estaba plantada con firmeza sobre los pies.

Sus manos duras y cálidas se demoraron una fracción de tiempo más de lo necesario y Juliana sintió que la anterior confusión volvía a ella. Pero él ya la conducía por la escalinata de entrada y ya transponían la puerta que un atento lacayo mantenía abierta y entraban en el vestíbulo. Entregó su tarjeta al lacayo e indicó a Juliana que hiciera lo mismo. Él criado hizo una inclinación y los hizo pasar al salón.

Juliana ya había recuperado sus sentidos; se dedicó a observar con interés lo que la rodeaba. Los muebles eran anticuados y pesados y, en su mayoría, estaban cubiertos con oscuras fundas de una tela basta de algodón. Las cortinas estaban corridas a medias sobre las largas ventanas y sumían a la habitación en la penumbra.

-Lady Melton sigue un duelo estricto -respondió Tarquin a su tácita pregunta.

Él tomó una pulgarada de rapé y se apoyó en la repisa, posando su mirada, ahora inescrutable, sobre Juliana.

-¿Esta mañana Lucy recibió una carta de sus amigas?

Juliana se sobresaltó; sus mejillas se cubrieron de un culpable rubor. ¿Habría leído el mensaje completo? Estaba segura de que no había tenido tiempo. Si lo había leído, eso significaba que estaba enterado del encuentro del miércoles después de mediodía. Y sabría entonces que ella tenía la intención de asistir.

-¿No te parece bien? -preguntó ella, refugiándose en el desafío, con la esperanza de que el enfado justificara su súbito sonrojo.

-En absoluto. ¿Por qué me parecería mal? -dijo él, mientras seguía mirándola del mismo modo.

-No habría ninguna razón. Pero, como no querías que sus amigas la visitaran, yo no estaba segura de que una hoja de papel escrito podría trasponer tu puerta.

La respuesta de Tarquin murió al nacer con el regreso del lacayo. Su señoría y lady Lydia tendrían sumo placer en recibirles en el salón de la familia.

Este salón no era mucho menos penumbroso que el otro, pero tenía el aspecto de ser usado. Las cortinas y las fundas de las sillas eran oscuras y pesadas, todos los retratos llevaban un borde negro, y no había flores en los floreros.

Lady Melton tendió su mano a Juliana, acompañando con un gracioso cabeceo y saludó al duque con sonrisa complaciente. Lydia se puso de pie y dio su mano a juliana, dedicándole una cálida sonrisa, y luego ofreció al duque una reverencia, con sus ojos bajos. Él la hizo levantarse saludándola con una palabra amable y llevándose su mano a los labios.

Quentin, que estaba sentado junto a Lydia, en el sofá, se levantó para saludar a juliana con un fraternal beso en la mejilla.

-Quentin, no sabía que pensabas visitar a lady Melton esta misma mañana -dijo Tarquin.

Juliana percibió, de inmediato, que Lydia se ponía un tanto rígida, pero Quentin dijo sin vacilar que como pasaba por allí se le habla ocurrido pedir opinión a lady Melton sobre un

sermón y que estaba a punto de marcharse. Hizo una reverencia a Su Señoría y luego besó la mano de Lydia.

-Debo recordar de traer el libro de jardines para mostrártelo la próxima vez que pase por aquí, Lydia. Los jardines de hierbas del siglo XIV son muy interesantes.

-Gracias, lord Quentin. Lo esperaré, impaciente.

Abandonó su mano en la de él por un momento y luego la retiró muy lentamente rozando apenas los dedos de él con los suyos.

Juliana echó una mirada a Tarquin, que pareció no haber notado nada pues su atención estaba concentrada en la anfitriona. Juliana arqueó una ceja al pensar en ello, y recordó aquel dicho de viejas comadres que decía que nadie era más ciego que aquel que no quería ver. Claro, al duque de Redmayne no se le cruzaría por la cabeza, siquiera, que algo tan frívolo e inconveniente como un amor equivocado de objeto pudiese perturbar sus planes.

-Siéntate a mi lado, Juliana -invitó Lydia con tierna sonrisa, palmeando el sofá junto a ella, tras lo cual recogió su bastidor de bordado.

Juliana se sentó y se dispuso a observar, al tiempo que mantenía una fluida conversación con Lydia, poniendo en ello la mitad de su atención. El duque permaneció junto a lady Melton, muy interesado en la conversación. A duras penas, intercambio más de un par de palabras con su prometida que no fuesen de cortesía, y Lydia no mostró signos de sentirse descuidada. Era de suponer que un matrimonio de conveniencia no exigía demasiada atención por parte de los futuros contrayentes.

La llegada de dos damas de formidable aspecto impidió que Juliana siguiera haciendo observaciones acerca de la pareja. Fue presentada y la interrogaron con respecto al paradero de su esposo.

-Tengo entendido que en la actualidad reside usted en la casa de Su Gracia -dijo la viuda duquesa de Mowbray.

-La casa de mi esposo necesita reparaciones -respondió Juliana-.Y Su Gracia ha tenido la gentileza de ofrecerle su hospitalidad hasta que la casa esté lista para recibirnos.

-Entiendo. ¿De modo que Edgecombe también está alojado en la calle Albemarle, Redmayne?

-Mi primo está ocupado con las renovaciones de su casa -dijo Tarquin, sin inmutarse-. Para él es más conveniente vivir allí mientras supervisa los trabajos.

Esta asombrosa invención obligó a Juliana a tragarse una carcajada. Nadie que conociera a Lucien podría creérselo. Observó con disimulo a los presentes para captar sus reacciones.

-¿Qué dices? -preguntó la compañera de la viuda, lady Briscow, inclinándose hacia delante y haciendo bocina con su mano en su oreja.

La viuda tomó de la mano de la dama una trompetilla y vociferó:

-Redmayne dice que Edgecombe está viviendo en su propia casa. La joven está alojada en la casa de Redmayne.

A lady Briscow le tomó un minuto captar esta información, que resonaba en todo el salón.

-Ah -dijo, al fin-. Bien, yo diría que es lo mejor -giró para observar a Juliana-. Es muy joven, ¿verdad?

-Tengo diecisiete años, señora -dijo Juliana, convencida de que ya era hora de que hablara por si misma.

-Demasiado joven para Edgecombe -afirmó la anciana, en voz alta-. Por otra parte, yo estaba segura de que no le agradaban las mujeres.

-Caramba, Cornelia, no es un tema apto para tratar ante jóvenes damas -protestó la duquesa.

-¿Qué dices? Yo pensé que a él sólo le gustaban los muchachos.

-¡Cornelia! -rogó la duquesa, gritando por la trompetilla-. Eso no es para oídos de damiselas.

-Bah! -exclamó lady Briscow-. La inocencia no le servirá para gran cosa a la muchacha con ese esposo que tiene.

-Tenemos que marcharnos, lady Melton.

Tarquin se levantó, con expresión tan serena como si no hubiese oído nada de la anterior conversación. Juliana se levantó con excesiva brusquedad e hizo caer un platillo de té que estaba apoyado sobre el brazo de un sillón. Manchas de té salpicaron la alfombra y la delicada taza rodó bajo las patas de la silla y se hizo añicos.

Ella lanzó una exclamación mortificada y se inclinó para recoger los trozos; Lydia se arrodilló junto a ella.

-Oh, lady Edgecombe, te ruego que no te preocupes.

Recogió los trozos con las mejillas en ascuas; Juliana se había divertido con la conversación, pero ella estaba muy perturbada. Seguramente, ella debía de ser tan inocente como lo era juliana en la noche de su boda con John Ridge. Esta última ya no podía imaginar semejante ingenuidad; sin embargo, habían transcurrido unas pocas semanas desde que ella fuese una virgen del campo, sin posibilidades a la vista de aventurarse más allá de Winchester o Portsmouth.

Se puso de pie, ofreciendo profusas disculpas por su torpeza, aunque su incidente había distraído a todos salvo a la propia lady Briscow que, evidentemente, no necesitaba distracción alguna.

Lady Melton se apresuró a decir:

-Era inevitable que sucediera: ese platillo estaba en un lugar por completo inadecuado. No entiendo por qué el criado lo ha puesto allí.

Juliana intentó disculpar al criado y culparse a sí misma, pero Tarquin dijo con frialdad:

-Vamos, mi querida lady Edgecombe; no ha sucedido ninguna desgracia y se está haciendo una montaña de un grano de arena.

La arrastró consigo hacia el vestíbulo.

-Ojalá no fuese tan condenadamente torpe -se lamentó Juliana cuando ya estaban instalados en el faetón-. Es muy embarazoso.

-Bueno, en esta ocasión tu torpeza nos proporcionó una buena excusa -dijo el duque, irónico-. Cornelia Briscow tiene una de las lenguas más ordinarias de Londres.

-¿Eso quiere decir que la... eh... predilección de mi esposo es conocida de todos?

-Por supuesto. Él ha provocado suficientes escándalos como para arruinar a docenas de familias. Pero, en general, no se lo considera un tema de conversación educada.

-Ni un tema que deba mencionarse ante la prometida de uno, antes de que llegue al altar -agregó ella con acritud.

Tarquin la miró de soslayo.

-No me imagino de qué te hubiese servido saberlo.

Hablaba con tanta seguridad que era endurecedor. ¿Acaso nunca se cuestionaba sus acciones o las consecuencias de éstas? Sin embargo, ella recordó que había demostrado remordimiento con relación a todo el episodio con Lucien; por eso llegó a la conclusión de que no ganaría nada si seguía pulsando esa cuerda.

-Me da la impresión de que la compañía de lady Lydia resulta grata a lord Quentin -observó ella, como al pasar, después de una pausa.

-Lo mismo le sucede a muchas personas -dijo el duque, un tanto sorprendido ante este giro de la conversación.

-Sí, claro -admitió Juliana-. Es una dama encantadora. Muy buena, según tengo entendido.

-Por cierto que lo es.

-Y, además, muy bonita. Pienso que a los hombres los atraen mucho las rubias pálidas.

-¿Y tú qué puedes saber al respecto? -preguntó Tarquin, mirándola con sonrisa divertida.

-Bueno, no sé cómo podría no ser cierto. Es verdad; lord Quentin da la impresión de hallar muy atractiva a lady Lydia.

-Son amigos desde hace mucho tiempo -dijo él con leve ceño-. Quentin y Lydia se conocen desde la infancia.

-Me pregunto cuándo se casará él -reflexionó juliana en voz alta-. Los canónigos se

casan, ¿no es así?

-Desde luego. También los obispos -condujo los caballos hacia las cocheras, al fondo de la casa-. Quentin encontrará la esposa perfecta para un obispo, una que adorne el palacio del obispado y que sea un ejemplo para las esposas de su grey, y tendrán un montón de hijos.

Arrojó las riendas a un caballerizo y bajó de un salto, pisando los adoquines.

-Ven.

Juliana tomó la mano que le tendía y saltó a su lado, haciendo balancear su miriñaque. Con el entrecejo fruncido, clavó la mirada en un barril de los que se usaban para recoger la lluvia; allí un escarabajo de aguas surcaba la superficie.

-Eh, una moneda por tus pensamientos -dijo Tarquin, levantándole el mentón.

Ella hizo un gesto negativo con la cabeza. No estaba dispuesta a decirle que intentaba pensar en una manera de plantar una minúscula semilla en el pétreo cerebro de él.

-Estaba pensando en que quizás a Lucy le gustaría dar un paseo en el birlocho para tomar un poco de aire.

-Hazlo, por favor -dijo él-. Pero te irás con Ted.

Juliana hizo una mueca pero no discutió. Le hizo una breve reverencia y entró en la casa por la puerta trasera.

Tarquin permaneció mirando cómo se alejaba. Ella no estaba pensando en Lucy ni mucho menos. Tras esos enormes ojos verdes había algo mucho más complicado.

Descubrió que deseaba conocer sus pensamientos, poder deslizarse tras esos ojos y sumergirse en el mundo interior de Juliana. Ella entregaba mucho de si, pero siempre había una pequeña porción que reservaba. Él querría conocerla como ella se conocía a si misma... quizá mejor aún de lo que ella se conocía. Y, en pos de esa necesidad, surgió otra: que ella llegara a conocerlo y comprenderlo como nadie lo había hecho nunca.

Sacudió la cabeza como para librarse de esas locas fantasías. Tonterías románticas que no tenían lugar en su esquema de la vida. Jamás hasta entonces lo habían inquietado ideas sentimentales como ésas. Tal vez tuviera un poco de fiebre. Se puso una mano en la frente pero la sintió fresca. Irritado, sacudió de nuevo la cabeza y entró en la casa siguiendo a Juliana.

21

-Ahí está ese horrible hombre –dijo lady Forsett, dando la espalda a la ventana de la sala; su nariz aquilina se frunció con desdén.

-¿A qué hombre horrible te refieres, querida? –preguntó sir Brian, alzando la vista de su periódico.

-El hijo de John Ridge. Es un rústico. ¿Qué querrá, ahora?

-Sin duda, debe de tener alguna relación con Juliana –dijo su marido con calma.

Amelia había olvidado, por su propia conveniencia, a la que fuera pupila de ambos. Él no recordaba que ella se hubiese referido a la muchacha ni una sola vez desde su desaparición.

Lady Amelia volvió a fruncir la nariz, como si hubiese detectado un olor muy desagradable.

-Esa chica nunca ha sido otra cosa que una molestia –declaró-. Sería muy propio de ella fastidiarnos con ese sujeto vulgar.

-Dudo de que Juliana haya alentado a George Ridge a que nos fastidiara –señalo sir Brian con blandura-. Yo me imagino, conociendo a Juliana, que puede haber mandado a su hijastro al diablo.

-Caramba, sir Brian, ¿tienes que utilizar ese lenguaje en mi presencia?

Lady Forsett abrió y cerró su abanico, haciéndolo chasquear como señal de desaprobación.

-Te ruego me disculpes, mi querida. Ah, Dawkins, haz pasar al caballero.

El lacayo, que había entrado para anunciar a una visita, se sorprendió al ver que se anticipaban a su anuncio.

-En mi sala de recibo, no –protesto Amelia-. Es probable que traiga estiércol en las botas. Llévalo al comedor pequeño.

El criado hizo una reverencia y se fue.

-Yo diría que no deseas ver a Ridge –dijo sir Brian, levantándose de mala gana-. Lo recibiré yo solo.

-Has adivinado, pero desearía saber a qué ha venido –declaro su esposa con firmeza-. Si tiene noticias de Juliana, quiero oírlas –fue hacia la puerta, acompañada por un crujir de tafetán almidonado-. Tú no crees que él la haya encontrado, ¿no es así?

Sus ojos desvaídos reflejaron la consternación que le causaba esa posibilidad.

-Espero que no, querida. Ese hombre no sería capaz de encontrar un roble en medio del patio. Yo diría que ha venido a solicitar la fianza de Juliana o algún desatino por el estilo.

Tras esta observación, sir Brian siguió a su señora, que se encaminaba hacia el comedor de desayuno.

George estaba de pie, incómodo, en medio de la reducida habitación. Tenía plena conciencia de su atavío londinense; cuando la puerta se abrió para dar paso a los dueños de casa, él dio un tirón a su chaleco de rayas rojas y verdes. Hizo una reverencia, en la esperanza de que se viera como un floreo londinense, resuelto a que estos altaneros vecinos reconocieran la pátina que él había adquirido en la pasada semana.

-Sir George.

Sir Brian le devolvió la reverencia. Lady Forsett, por su parte, sólo inclinó la cabeza, negándose a ofrecerle una reverencia. George se encrespó de manera evidente. La señora lo miraba como si él hubiese acudido a visitarlos con olor a estiércol y briznas de paja en el pelo.

-Sir Brian… señora –comenzó él, pomposo-. He venido con noticias que, en circunstancias más dichosas, les darían consuelo pero que, en las actuales, sólo pueden proporcionarles el más profundo disgusto.

Esperó una respuesta pero fue en vano. Sus anfitriones se limitaron a mirarlo con escaso interés. Él se pasó la lengua por los labios resecos y sin quererlo, se aflojó la corbata, endurecida de almidón. Estaba sediento y no había oído mencionar nada acerca de un refresco…un vaso de vino.

-Juliana –intentó de nuevo-. Se refiere a Juliana.

-Eso imaginé –dijo sir Brian, cortés-. Parece un poco acalorado, sir George. Supongo que es por el viaje.

-Endiabladamente acalorado… oh, le ruego me perdone, señora.

Se sonrojó y buscó un pañuelo para enjugarse la frente.

-Tal vez quiera usted un vaso de limonada –dijo Amelia tirando de la cuerda d la campanilla.

George echó a sir Brian una mirada afligida, y su anfitrión se compadeció.

-Yo diría que, en una tarde tan calurosa, el caballero preferiría un jarro de cerveza –dio la orden al criado que apareció en respuesta a su llamada y luego se volvió hacia George-. ¿Debo suponer que ha encontrado usted a Juliana, sir George?

-Oh, sí señor; ciertamente –ansioso, dio un paso adelante, a la vez que sir Brian lo daba hacia atrás-. Pero la he hallado en circunstancias muy inquietantes.

-¿Está pasando necesidades? –preguntó lady Forsett, helada.

-No… no; no lo creo, señora. La verdad es… bueno, la verdad es que no es algo propio para los oídos de una dama, sir –dijo George, dirigiendo un cabeceo significativo al dueño de casa.

-Yo puedo asegurarle que mis oídos no son tan remilgados –dijo Amelia-. Le ruego que vaya al meollo de la cuestión.

George aspiró una gran bocanada de aire y se lanzó a hacer su relato. Sus oyentes le concedieron toda la atención; sólo lo interrumpieron para entregarle un espumoso jarro de cerveza. Lady Forsett se sentó en una delicada silla dorada y permaneció inmóvil, las manos aferradas al abanico sobre el regazo. Sir Brian se golpeaba los dientes con el dedo índice; ésa era la única demostración de sus emociones.

Cuando George acabó su relato y empezó a beber su cerveza, sir Brian dijo:

-A ver si aclaramos esto, sir George. ¿Dice usted que Juliana es ahora la vizcondesa de Edgecombe y que reside en la casa del duque de Redmayne?

-Sí, señor –confirmó su interlocutor con un vigoroso cabeceo, mientras se limpiaba un bigote de espuma en el labio superior con el dorso de la mano.

-¿Legalmente casada?

-Al parecer, sí

-En ese caso, deberíamos felicitarla.

George manifestó su confusión.

-Se ha convertido en una ramera, sir. Creo que ya le había explicado esto.

-¿Pero ahora está casada con un respetable miembro de la nobleza? –sir Brian fruncía el entrecejo, desorientado-. No entiendo cómo pueden coexistir esas dos condiciones.

George empezó a sentir que el terreno cedía bajo sus pies.

-Ella niega ser quien es –dijo-. Me ignora… su mirada pasa de largo.

-Yo nunca he creído que tuviese mucha sensatez –murmuro Amelia.

-Señora, ella ha asesinado a su esposo… mi padre –insistió George, dando un golpe con el jarro vacío sobre la mesa.

-No tan enfático sir, no tan enfático –advirtió sir Brian-. No es necesario hacer exhibiciones de carácter.

-Pero yo debo llevarla ante la justicia, se lo aseguro.

-Sin duda, usted debe hacer lo que le parezca mejor –repuso sir Brian con calma-. Yo no me pondré en su camino, mi querido señor.

George se quedó consternado.

-Es que si ella se niega a reconocer su identidad y cuenta con la protección del duque, será muy difícil para mí desenmascararla; sin embargo, es preciso que lo haga si quiero presentar cargos contra ella. Necesito que vosotros confirméis mi identificación –explicó con fuerza, como si a sus oyentes se les hubiese pasado por alto una cuestión obvia.

Sir Brian arqueó mucho las cejas.

-Mi buen hombre, no estará insinuando que yo debo viajar a Londres. Detesto ese lugar.

-Si no es así, ¿cómo habrá de verla? –farfullo George.

-No tengo intenciones de verla. Si es cierto que está tan bien ubicada, le haría grave perjuicio.

-¿Usted no colaborará para presentarla ante la justicia?

A George parecían saltársele los ojos de sus órbitas.

-Me cuesta creer que Juliana sea responsable de la muerte de su padre –dijo sir Brian-. Reconozco que ha sido un suceso en extremo infortunado, pero no me parece que Juliana deba ser castigada por ello.

-Haré que la quemen en la hoguera, sir –George se encaminó hacia la puerta-. Con vuestra colaboración o sin ella.

-Desde luego, está en todo su derecho –repuso sir Brian.

Al llegar a la puerta, George se volvió, mostrando su semblante enrojecido por la rabia y la frustración.

-Y recuperaré mi herencia, sir Brian. No crea que ignoro por qué le conviene a usted que el crimen de ella quede impune.

Sir Brian alzó una ceja.

-Protesto, mi querido señor. Después de esto, sólo le quedará acusarme por haber garantizado su desaparición.

George salió, dando un portazo.

-Por favor, qué hombre espantoso –declaró sir Brian con acento aburrido.

Lady Forsett hizo chasquear el abanico entre los dedos.

-Si él ha hallado a Juliana y todo es tal como él asegura, nosotros no podemos reconocerla. Además del escándalo por la muerte de sir John, su actual situación es oprobiosa. Tal vez esté casada pero debe ser verdad que llegó al lecho del vizconde por vía de la prostitución; puedes estar seguro que debe de haber algo sumamente irregular en esa relación.

-Dudo de que Juliana quiera se reconocida por nosotros –observó su esposo con una sonrisa seca-. Yo propongo que le deseemos la mejor de las suertes y que nos desentendamos de la cuestión.

-¿Y si este patán se las ingenia para levarla ante los jueces con un cargo como éste?

-Bueno, en ese caso, mi querida, sencillamente la repudiaremos. Ella ha quedado fuera del alcance de nuestras manos desde el día de su boda. En mi opinión, no tenemos obligación de ayudarla ni de ponerle obstáculos.

-Es que si la descubren, en cualquier manera tú perderás el control sobre su fideicomiso.

Sir Brian alzó los hombros.

-Pues, mala suerte. Por otra parte, puedes estar segura de que le sacaré el mayor provecho posible mientras pueda hacerlo. En la actualidad, ese fondo está rindiendo una renta interesante. Además –añadió, con una nueva sonrisa sin humor-, es muy probable que ella esté esperando un hijo. En ese caso, su fideicomiso seguirá estando en mis manos si ella es declarada culpable de la muerte de su esposo. De la muerte de su primer esposo –se corrigió-. Se puede decir que ha estado sumamente atareada. Debo elogiar su industriosidad. Ella siempre ha tenido un exceso de energía.

Amelia desdeñó este último comentario con un ademán irritado.

-El fideicomiso sólo quedaría en tus manos si se demostrase que el niño es hijo de sir John.

-¿Cómo se demostraría lo contrario?

-Con el calendario –señaló Amelia-. El niño tendría que nacer dentro de los nueve meses de la muerte de sir John.

-Así es –coincidió su esposo, sin alterarse-. Veamos qué sucede, ¿te parece? Si la encuentran y la llevan ante la justicia, nosotros nos lavaremos las manos públicamente. Pero yo confío en que eso no ha de suceder. En realidad, no le deseo mal a Juliana, ¿y tú, querida?

Amelia lo pensó, frunciendo el entrecejo.

-No –contesto al fin-. Pienso que no. Si bien siempre ha sido un fastidio espantoso, en tanto no nos cause a nosotros más inconvenientes, puede casarse con un duque si le place, o irse al infierno con mis bendiciones.

Su esposo asintió.

-Un desapego benigno es lo más conveniente para todos, señora mía. Excepto para sir George, por supuesto.

-Juliana haría buena pareja con ese tonto –dictaminó lady Forsett.

-Y si no sucede eso, nosotros volveremos a considerar nuestra posición –sir Brian enfiló hacia la puerta-. Estaré en mi estudio hasta la cena.

Su esposa le hizo una inclinación y tocó la campanilla para decir a los criados que ventilasen el comedor pequeño. La pomada que usaba ese paleto había dejado un fuerte olor, casi peor que el sudor rancio que estaba destinada a disimular.

La señora Mitchell se encorvó cerca de la pared, con el vaso apretado a su oído. Le costaba creer lo que estaba oyendo. Esas ingratas busconas estaban quejándose del abuso, de sus condiciones de trabajo, se contaban unas a otras historias de malos tratos; ahora se proponían enfrentar a sus protectores. Estaban hablando de comprar sus propias provisiones de velas, vino, carbón. De contar con un fondo común para apoyar a las que tuvieran necesidad de apoyo de modo que no tuvieran que endeudarse con sus amas y sus chulos. Era algo inaudito, era la rebelión. Y todo se originaba en esa serpiente de boca de miel que Elizabeth Dennison había colocado con el duque de Redmayne. Era evidente que había progresado desde que fuera llevada al hogar de Su Gracia. ¿Acaso no sabía que debería agradecer de rodillas a la señora Dennison? Si ella creía que podía arrastrar a las otras, a esa señorita Juliana o como rayos se llamara, le esperaba una desagradable sorpresa. A todas ellas.

La señora Mitchell se obligó a seguir escuchando, contuvo el impulso de correr al encuentro de las otras alcahuetas, a revelarles la novedad de esa reunión de traidoras. Se alegró de su contención al oír que ellas planeaban volver a reunirse. Se produjeron algunas

discusiones en relación con el momento y el lugar, y se acordó que no debían utilizar dos veces el mismo sitio para no despertar sospechas. La señora Mitchell resopló con desdén al oír esto. Cualesquiera que fuesen las precauciones que adoptasen, ¿cómo era posible que esperaran llevar a cabo un plan de traición tan odioso, bajo las narices de quienes las administraban?

Se apretó más contra la pared pues el murmullo de las voces se había hecho más confuso. Entonces oyó mencionar a la Madre Cocksedge y sonrió torvamente. Se les podría preparar una desagradable sorpresa si se encontraban en casa de Cocksedge.

A juzgar por el ruido de sillas que se arrastraban, el susurro de faldas y el mayor volumen de las voces, dedujo que estaban preparándose para marcharse; ella desplazó su considerable corpachón bajando por la escalera trasera a encomiable velocidad y ya estaba en la taberna cuando ellas llegaron charlando.

-¿Han tenido una buena reunión, queriditas?

-Si, gracias, señora Mitchell.

Deborah le dirigió una cortés reverencia.

-¿Quién es la del cumpleaños?

Hubo un silencio muy fugaz, hasta que Lilly dijo, en tono firme:

-Yo, señora. Debo darle las gracias por su hospitalidad.

-No es nada, queridita, no es nada –la mujer sonrió y cabeceó afirmativamente, mientras lustraba una palmatoria de bronce con el delantal-. Cuando quieran, mis queridas.

Juliana fue la última en bajar la escalera. Se detuvo un instante y prestó atención a este diálogo, tratando de discernir qué era lo que tenía esta mujer que la inquietaba. Había algo falso en su bondadosa alegría, algo artificial en su sonrisa. Entonces, notó que su sonrisa no tocaba los ojos negros y penetrantes de la mujer, esos ojos que desplazaban su mirad por el salón sin dejar escapar nada, pero concentrándose en el grupo de mujeres.

-Ven, Juliana. ¿Caminarás con nosotros hasta la calle Rusell?

Lilly se volvió hacia ella, y Juliana se sacudió para librarse de su inquietud. Había sido una reunión muy alentadora. Sus propuestas habían sido recibidas con más entusiasmo que dudas, aunque había habido algunas escépticas en el grupo: las que no creían que una prostituta pudiera existir sin la protección y la explotación de un amo.

Salió con las demás y saludó a la señora Mitchell con la cabeza, observando que la sonrisa de la mujer dejaba al descubierto unos raigones ennegrecidos en su boca flácida. La alcahueta era de una clase diferente a la señora Dennison. La jerarquía social de este submundo estaba delimitada con tanta rigidez como en el mundo que ella habitaba ahora.

Caminaron, ella y Lilly, con los brazos enlazados, en dirección a la calle Rusell, mirando por encima del hombro; Juliana esperaba ver al imperturbable Ted siguiéndole las pisadas. Había logrado eludirlo con el simple recurso de salir de la casa por la escalera trasera y no decírselo a nadie. No tenía por qué confesar dónde había estado. El duque no había vuelto a mencionar la carta de Lucy; ella supuso que él no había leído el párrafo más importante.

Se volvió hacia Lilly, que estaba comentando su sorpresa al comprobar el entusiasmo que todas habían demostrado en la reunión y, de repente, Juliana volvió con brusquedad la cabeza hacia un lado. De inmediato se maldijo por no haber contenido ese acto reflejo: George estaba en la esquina de la calle Rusell, observándola. Él no la vio al darse vuelta pues, en ese caso, habría captado la chispa fugaz de sobresalto y reconocimiento en sus ojos, por muy rápido que ella la hubiese reprimido.

Ahora, Juliana ya no podía tomar una silla por su cuenta ya que, de ese modo, a George le resultara muy fácil seguirla, atacarla. En ese momento, ella habría dado cualquier cosa por ver al imperturbable Ted. Era consciente de la persecución de George por la calle. Él, por su parte, no hacía el menor intento de disimular su persecución; al contrario, su andar era casi garboso. Era como si estuviese burlándose de ella, desafiándola a que lo eludiese.

Cuando ellas llegaron a la casa, juliana entró junto con las demás y logró no mirar hacia atrás, pese a que sentía erizada la piel de la espalda.

-¿Hay una salida por atrás?

-¿Por qué? -preguntó Lilly, desconcertada.

Juliana frunció el entrecejo, preguntándose si podría confiarles su situación; al fin, decidió que contaría la historia a medias.

-Hay un hombre que está siguiéndome y yo no quiero hablar con él.

-¿Quién es, Juliana?

Todas se acercaron a ella; sus ojos brillaban de curiosidad.

-Un personaje del pasado -respondió ella, misteriosa-. Un ser odioso, que está fastidiándome desde hace varios días.

-Como aquel horrible capitán Waters -dijo Rosamund-. Estuvo siguiendo a Lilly durante meses; lo hacia incluso después de que el señor Garston le advirtió que la dejara.

-Dios, qué molesto y repugnante -Lilly se abanicó con vigor como si quisiera espantar el recuerdo-. Nunca pagaba la cuenta ni traía regalos, ni siquiera me dejaba algo para mí. Era lógico que el señor Dennison lo echara de la casa.

-Aun así, siguió merodeando y mirándote con ojos de carnero degollado -dijo Emma, riendo por lo bajo-. Te propuso casamiento, ¿no es cierto?

-¡Ja! Yo no me arruinaría arrojándome en brazos de un pobretón -declaró Lilly, disgustada-. Dejadme deciros que yo sé cuánto valgo.

En medio de esa reminiscencia, se desvaneció todo interés por el perseguidor de juliana; cuando ella volvió a pedir que le indicaran una salida por los fondos, Rosamund la llevó, sin más preguntas, hasta una puerta que se encontraba pasando a través de la cocina y que daba a un estrecho callejón lleno de basura.

George no podía creer en su suerte; Juliana estaba otra vez en el prostíbulo. Esta vez, ella no había llegado en la silla del duque y no habla ningún fornido empleado del duque para protegerla. Tampoco habla rastros del tipo de mala catadura que habla estado acompañándola últimamente. El campo estaba libre. Él ya había intentado la vía legal presentándose ante los Forsett. Ahora, haría lo que realmente tenía ganas de hacer. Se apoderaría de ella en la calle y la retendría consigo hasta que se hartase de ella. Entonces, la entregaría a los magistrados. No necesitaba la ayuda del borracho de Edgecombe. Esto podría hacerlo solo.

El problema era que ella lo habla visto. Él había visto la fugaz expresión de reconocimiento en su mirada. No iría a echarse en sus brazos. George desanduvo sus pasos, complacido con su propia astucia, y fue hacia los fondos de la casa. Juliana era una perra ingeniosa, era muy probable que intentara escapársele; sólo habla un modo de hacerlo.

Juliana salió al callejón y miró alrededor, sintiendo la seguridad de la puerta a sus espaldas. Un perro flaco olfateaba los desechos que había en la zanja; ése era el único movimiento que se veía en el callejón. Ella se aventuró a salir y se encaminó de prisa hacia la calle Charles' que se vela como un cuadro de luz al final del oscuro, fétido pasadizo empedrado. Salió a la calle poblada y miró alrededor, a ver si vela una silla o un coche de alquiler que pasara.

Entonces, sucedió. En un momento, estaba de pie en el sol y, en el siguiente, la envolvía una densa y sofocante negrura. Ella no había oído ni visto nada. Sus miembros estaban atrapados entre los gruesos pliegues de una tela. Una mano se apretaba con fuerza sobre su cara, ahogando sus gritos, Sintió que la levantaban, la envolvían como a un fardo y la metían por una estrecha abertura, golpeándole la cabeza tapada contra el borde de algo. Unos brazos como bandas de hierro la ciñeron, obligándola a estar callada y quieta. Se oyó el chasquido de un látigo, entonces comprendió que estaba en un vehículo. Éste se puso en marcha con una sacudida y los brazos que la sujetaban la ciñeron con más fuerza. Ella forcejeó y pateó, pero la mano apretó la tela sobre su boca y nariz hasta que ella comenzó a ver manchas negras que bailoteaban ante sus ojos y sus pulmones se quedaron sin aire. Se quedó quieta y, de inmediato, la presión se aflojó. Juliana solía verse a sí misma como una mujer de huesos

grandes, torpe y tan fuerte como para romper cualquier cosa que la sujetara, pero no podía luchar contra la falta de aire.

Con esfuerzo, logró permanecer quieta. La manta que la envolvía tenla un fuerte olor a caballo. Cuando su mente se aclaro, comprendió que estaba en manos de George. El sujeto que la había secuestrado era un hombre corpulento, como George; así, apretada contra él, ella sentía su blandura, la carne sobrante que formaba rollos en su cuerpo. La recorrió un temblor de repugnancia. ¿Qué iría a hacer con ella? Pregunta inútil porque ella conocía bien la respuesta. Evocó a George borracho, con sus ojillos reflejando su lascivia, sus labios flojos, mojados y hambrientos. Casi pudo sentir las grandes manos sobre su cuerpo tirando de su ropa, cayendo sobre ella, que yacía inmovilizado debajo de él, su aliento fétido sofocándola...

El pánico la inundó y empezó a debatirse otra vez, agitando las piernas con desesperación intentando librarse de los pliegues de la falda y de la manta que la movilizaban. Otra vez, la tela fue introducida en su boca y su nariz. Otra vez, sintió que perdía el aliento... de pronto, el vehículo se detuvo con otra sacudida. Se oyeron unos gritos confusos, golpes. Un violento tambo hizo bambolearse el coche, como si alguien hubiese bajado de un salto. De golpe, la presión se aflojó. Sus pulmones aspiraron el aire caliente y rancio, encerrado en medio de la manta que olía a musgo.

George vociferaba, sin soltarla pero sujetándola con menos fuerza que antes. Juliana renovó sus esfuerzos por librarse de la manta. No tenía idea de qué estaba sucediendo a su alrededor pero, fuera lo que fuese, le brindaba una mínima posibilidad de escapar.

De súbito, los brazos de George se aflojaron, y ella tropezó con su rodilla y cayó al fondo del coche. Rodó hasta quedar a gatas y se incorporó echando atrás la manta, para emerger enrojecida, sin aliento, sudorosa... encontrándose con George que estaba inconsciente, tendido sobre los cojines del coche de alquiler, y a Ted, con su mano aún convertida en un puño, mirándola con indisimulada irritación.

-Tengo cosas mejores que hacer que correr por toda la ciudad custodiándola -afirmó el hombre, luego abrió la portezuela y gritó, en dirección al pescante-: ¡Eh... cochero! Ayúdeme a deshacerme de este cabrón.

El cochero apareció ante la puerta abierta y miró con calma al inconsciente George.

-¿Quién me pagará el viaje, entonces?

Ted no respondió. Tomó a George de los hombros.

-Venga, tómelo de las piernas.

El cochero obedeció. Se habla reunido un pequeño corro en torno de ellos, aunque nadie demostró extrañeza al ver que los dos hombres sacaban a George del coche y lo depositaban en el suelo, al lado de la pared de una taberna.

-Bueno -dijo Ted, sacudiéndose las manos-. Ahora, a la calle Albemarle, cochero.

-¿Y usted pagará también el viaje del tipo, además del suyo? -preguntó el cochero, suspicaz.

-Se le pagará -repuso Ted, impaciente, subiendo al vehículo con asombrosa agilidad por tratarse de un hombre tan corpulento.

Juliana cayó en la cuenta de que el sacudón que habla sentido antes debió ser la entrada sorpresivo de Ted en el coche.

-Ya lo creo -el conductor subió al pescante, silbando alegremente-. A dondequiera que vaya, haga lo que haga, ése es Joe Hogg, a sus órdenes. Siempre que yo reciba mi paga. Todo está dentro de mi jornada de trabajo.

Juliana empujó la olorosa manta con el pie, debajo del asiento. Supuso que el obsequioso cochero se la habla prestado a George. Después de haber visto lo que había visto en las calles de Londres, desde que llegara a la ciudad, no la sorprendía que George hubiese podido raptarla sin que nadie interviniese.

Ted estaba arrellanado en un rincón y la observaba en hosco silencio.

-¿Cómo supo usted dónde buscarme? -preguntó Juliana, vacilante.

-Su Gracia tuvo la sospecha.

De modo que él habla leído la carta. ¿Por qué, entonces, no habla dicho nada... ni hecho nada para impedir que ella escapase de Ted? Aunque, quizá no hubiese habido tal cosa.

-¿Ha estado usted siguiéndome toda la mañana?

Ted gruñó una respuesta afirmativa.

-Eso significa que nunca corrí verdadero peligro a manos de George -dedujo juliana, sintiendo que el alivio era reemplazado por la rabia.

Ted la habla dejado caer adrede en la emboscada de George.

Ted no respondió. El coche se detuvo en la calle Albemarle, y juliana saltó al suelo después de Ted. Lo dejó regateando con el cochero, subió la escalinata y entró en la casa.

-Catlett, ¿donde está Su Gracia?

-Aquí -contestó el duque desde la puerta de la biblioteca, antes de que Catlett pudiese responder. Sus ojos grises miraban fríos como un cielo invernal, su boca apretada-. Vamos a su dormitorio, lady Edgecombe.

Le indicó, con un gesto, que lo precediera escalera arriba.

Juliana vaciló, pero luego obedeció, pensando que no podía dar rienda suelta a su indignación delante del mayordomo. Quizás el duque considerase que tenía motivos para el enfado, pero ella también los tenía.

Subió la escalera y abrió con fuerza la puerta de su dormitorio, dándose vuelta para quedar de cara a él, en el mismo momento en que él entraba. Él cerró la puerta de un golpe antes de que ella pudiese abrir la boca, la tomó por los hombros y la sacudió.

-Mírate, Juliana. Tienes un aspecto como si te hubiesen arrastrado por la calle. Eres un espectáculo lamentable -la empujó hacia el espejo de cuerpo entero-. ¡Échate un vistazo! ¡Cualquiera diría que has estado revolcándote en una zanja con un granjero!

Juliana quedó tan perpleja con este ataque basado en cuestiones sin importancia que, durante un minuto no pudo hablar. Clavó la vista a su imagen en el espejo. Su pelo estaba revuelto sobre los hombros y se le adherían a los rizos copos de pelusa y lo que parecían briznas de paja. Su vestido estaba cubierto de polvo, de hebras de lana y lo que, sin duda, eran crines de caballo. Su rostro estaba sucio de tierra.

Por fin, pudo hablar.

-¿Qué aspecto esperabas que tuviese después de haber sido maltratada por ese patán, envuelta en esa pestilente manta de caballo y medio sofocada? ¿De quién es la culpa, quisiera saber? Tú dejaste que yo fuera a caer en esa trampa -su voz temblaba de ira-. ¡Eres un hijo de perra sin remedio!

Se pasó el costado de la mano por la boca, tratando de sacar de la lengua y de los labios los hilos de la manta que aún llevaba adheridos.

-¡Así que George es el responsable de tu estado! ¡Dios querido, eres una chiquilla incorregible! -exclamó Tarquin-.Él ha hecho lo que ha estado amenazando hacerte durante semanas, porque tú lo invitaste a hacerlo, prácticamente, y después te atreves a culparme a mí de tu temeraria estupidez.

-Sí, te culpo -gritó ella-. Ted estuvo siguiéndome toda la mañana. Tú leíste la carta de Lucy y sabías adónde iría yo; tú dijiste a Ted que permitiese que George me raptara.

-¡Oh, no, espera un minuto! -de nuevo, le apretó los hombros-. Muérdete la lengua y escúchame. Tú te expusiste en forma deliberada a un peligro que ya conocías. Decidiste eludir la protección de la que yo te había provisto. Lo mismo habías hecho con Lucien; si bien, en ese caso, estoy dispuesto a aceptar parte de la culpa, ¡no pienso cargar con la responsabilidad de lo que ha sucedido esta mañanas ¿Me has oído?

La sacudió con énfasis.

-Es probable que yo haya subestimado a George, pero tú lo has ayudado e incitado -afirmó juliana, consciente de que empezaba a lagrimear, cosa que la enfurecía-. ¡Eres un canalla traicionero! -se sorbió la nariz y se tapó los ojos con la mano-. Cómo pudiste hacer algo tan despiadado, cruel, despreciable... Me dejaste caer en la trampa de George. Permitiste que me asustara y me maltratara. Que me creyese en peligro cuando no lo estaba.

-No sé de qué estás hablando -dijo él, impaciente-. Yo no tenía idea de que George había aparecido en escena esta mañana. Yo sólo sabía que tú estabas planeando cierta expedición con las chicas de los Dennison. No te había dicho que lo sabía porque tenía la esperanza de que prevaleciera tu sensatez. Al ver que no era así, envié a Ted detrás de ti.

Jamás he dicho a Ted cómo debe hacer su tarea. Él tenla instrucciones de asegurarse de que no te hicieran daño y de traerte de regreso, momento en el que yo pensaba darte a conocer mis sentimientos en términos muy claros. El modo de cumplir mi encargo era asunto suyo.

Juliana tragó saliva, sintiendo que su furia se apagaba como el fuego con un cubo de agua.

-¿No le habías dicho que dejara que me secuestrasen?

-No, claro que no. Es evidente que, en su opinión, tú necesitabas una lección. Ted no toma a bien cuando alguien quiere superarlo en astucia.

-Ah.

Bastante abatida, Juliana se limpió la nariz con el dorso de la mano.

Tarquin le soltó los hombros, extrajo un pañuelo de su bolsillo y le limpió la nariz y los ojos.

-Llorar no va a mejorar tu apariencia.

-Estoy llorando porque estoy enfadada -dijo-. O al menos lo estaba. Sin embargo, sigo sin entender cómo puedes decir que mis acciones no tienen nada que ver contigo. Si no me hubieses prohibido ver a mis amigas, yo no habría intentado ir sola. Tú tienes derecho a prohibir que las reciba aquí en tu casa, pero no puedes impedirme que las visite en su casa.

-Nosotros tenemos un contrato -afirmó él, categórico-. Y en una de sus cláusulas indica que tú debes comportarte de un modo acorde con el rango de vizcondesa de Edgecombe. Pasearse por las calles con el aspecto de una gavilla de heno no es un comportamiento adecuado. Por ende, no debes hacerlo.

Juliana dio la espalda a su reflejo en el cristal, puesto que daba demasiado peso al argumento del duque. No pensaba renunciar a su derecho de elegir a sus amigas. Sin embargo, no ganarla nada diciéndolo en ese momento.

-Tú hablas de un contrato, milord duque. ¿Puede ser legítimo un contrato si una de las partes ha sido chantajeada para obligarla a firmar?

-Tú firmaste a cambio de mi protección, de la seguridad y la comodidad de mi hogar, de la certeza de que nunca pasarás necesidades. A mi modo de ver, es una extraña clase de chantaje -dijo él, en voz helada.

-Y si yo no hubiera firmado, tú me habrías denunciado –le espetó ella con amargura.

-¿Acaso dije eso alguna vez?

Juliana se quedó boquiabierta de estupefacción.

-No, pero... pero lo insinuaste.

Él se encogió de hombros.

-No soy responsable del modo en que tú decidas interpretar mis palabras.

-¿Cómo puedes decir eso? -lo miró fijo, incrédula-. ¡Qué reptil traicionero, escurridizo! ¡Oh, vete y déjame en paz!

Se volvió otra vez, con un movimiento que manifestaba enfado y trató de controlar sus lágrimas.

Ceñudo y en silencio, Tarquin contempló su espalda vuelta y se pasó las yemas de los dedos por los labios, mientras reflexionaba. Él jamás la habría denunciado ante la ley, pero era imposible que Juliana pudiera saberlo. Sin embargo era cierto que la habla salvado de una vida miserable en las calles y quizá de una desdichada muerte prematura. Y eso era verdad aunque lo hubiese hecho persiguiendo sus propios fines. ¿Por qué no aceptaba ella, sencillamente, la situación? Él no entendía qué podía objetar ella de su vida actual. Disfrutaba de la pasión que ambos compartían. Estaba a salvo de Lucien. Tenla asegurada su situación económica para el resto de su vida. Entonces, ¿qué placer obtenía al desafiarlo? Era la criatura más perversa con la que él hubiese tenido trato. Si él hubiera sabido que iba a causarle tantos problemas, cuando la espió a través del orificio en la casa de la señora Dennison, habría buscado en cualquier otro lugar el medio para controlar a Lucien.

-¡Vete! -repitió Juliana, irritada-. Ya has afianzado tu punto de vista. No tienes por qué jactarte.

Jactarse! Él estuvo a punto de soltar una carcajada. Si alguien estaba jactándose, ésa era Juliana. Tarquin giró sobre sus talones y la dejó llorando de rabia.

22

-Diría que tú conoces a lady Lydia de toda la vida -dijo Juliana a lord Quentin, unas mañanas después, cuando él volvió a su sala después de haber acompañado a las visitas de ella hasta sus coches.

-¿Por qué dices eso? -preguntó él, yendo hacia la ventana que daba al jardín, donde se quedó mirando para que ella no pudiera verle el rostro.

-Porque he visto que parecíais muy a gusto los dos juntos. Como antiguos amigos.

Ella, en actitud despreocupada, volvió a llenarle la taza de café.

Durante los últimos días, lady Lydia había visitado con frecuencia a lady Edgecombe. De algún modo, sus visitas coincidían con la presencia, aparentemente casual, de lord Quentin en la sala privada de Juliana. Lady Lydia nunca acudía sola; siempre iba con alguna amiga o conocida de su madre que la acompañaba, alguna dama ansiosa por hacerle una visita a la recién desposada. Pero a Juliana, al menos, le resultaba evidente que esas compañías no eran más que una pantalla. Detrás de la presencia de estas personas, lady Lydia y lord Quentin podían conversar, sonreírse, rozar sus manos fugazmente, sentados juntos en un sofá, con sus cabezas juntas, mirando algún libro de ilustraciones.

-Somos antiguos amigos.

Quentin giró de espaldas a la ventana y tomó la taza llena; en sus Ojos se veía aquella misma expresión desdichada y angustiosa.

-Vosotros sentís algo más que una vieja amistad.

La propia Juliana se sorprendió al comprender que había tomado el toro por las astas sin habérselo propuesto. Se había dejado dominar por sus impulsos; quizás, en este caso, diese buenos resultados.

Durante unos instantes, Quentin no dijo nada; bebió el café y luego dijo:

-¿Tan obvio es?

-Para mi, si.

-Hago duros esfuerzos para controlarlo, Juliana -Quentin hablaba con voz baja y angustiada; resonaba en ella la misma desdicha que se veía en sus ojos-. No soporto la idea de que ella se case con Tarquin. De que se case con cualquier otro que no sea yo

-empezó a pasearse por la habitación, de la ventana a la puerta, y sus palabras brotaban como si Juliana hubiese destapado un surtidor-. Yo debería regresar a Melchester enseguida, alejarme de la tentación. Pero no puedo.

-¿Has acabado los asuntos del arzobispado?

Quentin negó con la cabeza.

-Si así fuera, yo no tendría excusas para quedarme... para traicionar a Tarquin cada instante que estoy junto a Lydia.

-Eres demasiado duro contigo mismo -dijo Juliana con aire práctico-. Tú no estás traicionando al duque cuando te sientas junto a Lydia...

-¡Es que yo la deseo! -interrumpió él, desesperado-. Que Dios me perdone, juliana, pues deseo a la mujer de otro hombre.

-Ella no es su esposa todavía -señaló la joven.

-No hiles tan fino -se sentó y apoyó la cabeza en las manos-. Es un pecado mortal. Yo lo sé; sin embargo, no puedo impedirlo.

-Ella siente lo mismo por ti.

Quentin levantó la cabeza; su rostro estaba demacrado.

-Ella me lo ha dicho. Que Dios me perdone, pero yo se lo he preguntado. La he obligado a reconocer su propio pecado.

Otra vez dejó caer la cabeza en el hueco de las manos y lanzó un suave gemido.

Juliana se pasó un rizo rebelde por detrás de la oreja. Dedujo que toda esa cháchara relacionada con el pecado era de esperar en un clérigo, pero como le parecía imposible que Quentin hubiese llevado su devoción a Lydia hasta el punto de la consumación, a su juicio estaba exagerando con esa autoflagelación.

-¿Por qué no pides al duque que la libere de su compromiso?

En su opinión, era la solución más sencilla.

Quentin soltó una risa breve y amarga.

-A veces, olvido lo poco mundana que eres. La familia de Lydia jamás aceptaría una unión conmigo, puesto que su hija está destinada a ser una duquesa. En nuestro ambiente, las cosas son así, mi querida.

Juliana no se dio por satisfecha con esos argumentos.

-No creo que Lydia sea tan interesada.

-¡Lydia! ¡Cielos, no! ¡Lydia es un ángel!

-Sí, lo es. Por ende, si a ella no le importa convertirse en duquesa, sin duda podría decir a sus padres que ama a otro.

Quentin negó con la cabeza, casi divertido por ese ingenuo pragmatismo.

-Lord y lady Melton jamás desistirían de una unión tan ventajosa para su hija.

-¿Y si el mismo duque propusiera liberar a Lydia del compromiso? -sugirió-. Es probable que él lo haga, por tu bien, si pudiera comprender tus sentimientos... los sentimientos de Lydia.

-Mi querida muchacha, eso sería lo mismo que dejarla plantada, y Tarquin jamás haría una cosa así... ni a ella ni a su familia. Por otra parte -agregó, con un suspiro de pesar- yo no podría pedir a Tarquin semejante sacrificio. Él desea esta unión. Él ha hecho mucho por mí durante años, y yo sería incapaz de arruinar su vida.

-¡Bah! -exclamó Juliana, irritada-. No arruinarías su vida. Muy pronto lo superaría. Él no está enamorado de ella. Y, en lo que se refiere a dejarla abandonada, nadie tiene por qué opinar acerca de un acuerdo privado que modifique el anterior. En el peor de los casos, los comentarios durarían apenas unos días.

Quentin pensó que tal vez ella tuviera razón; por un instante, se alzó la esperanza en él pero murió tan rápidamente como había nacido.

-Lydia ha sido educada para ser la esposa de Tarquin. Ella aportará las tierras de los Melton, que se sumarán a las de él. Ella sabe cuál es su deber y sabe qué puede esperar. Será una buena esposa y la madre de sus hijos; en compensación, no espera más que cortesía y consideración de parte de él. No le preocuparían las otras mujeres que pueda haber en la vida de él porque sabe que las mujeres de su clase social no se casan por amor. Ella sabe que su esposo buscará su placer fuera del lecho matrimonial -otra vez resonaba la amargura en su voz-. Tarquin no quiere saber nada de sentimentalismos, Juliana. Y el amor entra dentro de esa categoría.

-Supongo que es así.

Los dedos inquietos de Juliana manoseaban una rosa deshojada que había en un cuenco, junto a su silla. Los pétalos cayeron en forma de lluvia. Ella y Tarquin no hablan tenido una conversación a solas desde su último enfrentamiento. Él habla estado cortés y distante, y no había ido a su cama. Ella pensó que quizás estuviese esperando una invitación. Después de todo, ella le habla dicho que la dejara en paz.

-¿No crees que él puede cambiar, Quentin?

Pellizcó un pétalo de rosa entre los dedos sin alzar la vista mientras formulaba la pregunta.

-Ya ha cambiado un poco -respondió él, pensativo-. Yo creo que has ejercido un efecto suavizante sobre él.

Juliana, súbita-mente sonrojada, levantó la vista. -¿Tú crees?

-Ah, sí. Es que tú, mi querida, eres una joven muy poco común -se puso de pie, le tomó la mano y se la llevó a los labios-. Poco común y muy perspicaz. No hubiese querido cargarte con mis aflicciones.

El placer hizo sonrojarse aún más a Juliana.

-Tú no me has cargado con nada. Me has honrado con tus confidencias.

Él sonrió de nuevo, se inclinó y le dio un beso en la mejilla.

-Al menos, me has permitido ver con claridad otra vez. Si para ti es tan obvio lo que sentimos Lydia y yo, podría tornarse obvio, también, para Tarquin. Y no quiero que suceda eso.

-¿Qué harás?

-Escribiré a mi obispo pidiéndole que me ordene regresar antes de que termine mi misión.

A Juliana le pareció que era una solución triste, más bien patética, pero se limitó a asentir como si estuviese de acuerdo, y él se marchó.

Ella se reclinó en su silla y cerró los ojos un instante. Se llevó la mano al vientre. ¿Habría concebido un hijo? Habían transcurrido cinco semanas desde su última regla. Pero ella no se sentía diferente, no había detectado ninguno de los síntomas que con tanto trabajo le había descrito la señora Dennison. Aun así, en lo más profundo de su ser ella estaba segura de que algo diferente estaba sucediendo dentro de ella. No podía expresarle en palabras pero era una firme convicción, que no estaba en su cabeza sino en su sangre.

Claro que aguardaría a estar segura antes de contárselo al duque. Lo más probable era que, tal como estaba en ese momento su relación, él se sintiera encantado de no tener que hacer más el amor con ella. Ella también debería estar dichosa, pero Juliana era demasiado sincera para fingir que esa idea le provocaba otra cosa que un hueco dolor. Odiaba la presente situación de extrañamiento, pero una veta de obstinación le impedía dar el primer paso. Al duque le tocaba dar ese paso, si él quería.

-Se ha alojado en el Gardener's Arm, en Cheapside, Su Gracia.

Ted bebió un trago de cerveza. Seguir el rastro de George Ridge a través de Londres lo había dejado acalorado y sediento.

El duque estaba sentado en el borde de su escritorio con una copa de clarete en la mano; su chaqueta de seda de color canario y sus pantalones formaban un intenso contraste con los toscos pantalones de cuero y el jubón de tela doméstica de su acompañante. Aun así, cualquiera que entrase en la habitación, vería que habla una evidente, igualdad en la relación entre el duque de Redmayne y el fornido Ted Rougley.

-¿Se ha recuperado de tu pequeña intervención?

Ted sonrió.

-Si, él es un granuja grande y desagradable.

Vació el jarro y chasqueó los labios.

Tarquin asintió, y señaló con un gesto el jarro que estaba sobre una bandeja de plata, en el otro extremo del escritorio. Ted se sirvió y dio las gracias con un gruñido.

-Y hay algo más que usted debe saber, Su Gracia -si bien el tono de Ted era un tanto reflexivo, vibraba en él una nota de cierta gravedad. Cuando vio que el duque le prestaba toda su atención, prosiguió-: Según la dueña del Gardener's, él ha estado recibiendo una visita. Casi cada día.

-¿Ah, si?

Tarquin alzó las cejas.

-Un caballero de aspecto enfermizo, dice ella. Dicen que él le produce dentera. Que es pálido, verdoso, con ojos como de muerto.

-Qué forma tan colorida de hablar -comentó Tarquin-. ¿Debemos llegar a la conclusión de que Lucien y George han formado una alianza impía?

Sacó una pizca de rapé de su caja y, durante unos instantes, estuvo golpeteando una uña manicurada sobre el esmalte de la caja. Recordaba que George había estado en la Shakespeare's Head la noche en que Lucien había puesto en subasta a juliana. Juliana le había dicho que él había hecho una oferta por ella. Era plausible que esos dos, ambos resentidos contra Juliana, y en el caso de Lucien, con un odio abrumador hacia su primo, hubiesen forjado una sociedad endemoniada.

Ted no respondió, pues sabía que se trataba de una pregunta retórica, y se limitó a mirar, inmutable, a su patrón por encima del pichel.

-Ante todo encararemos lo que se refiere a George -dijo Tarquin-. Esta noche, haremos una breve visita al Gardener's Arm... cuando el patán haya regresado, seguramente, de su esparcimiento en el Garden. Lleva un látigo. Debemos estar seguros de dejar en claro nuestro punto de vista.

-Tiene razón, Su Gracia.

Ted depositó su jarro vacío sobre la bandeja, saludó con un brusco cabeceo y se marchó.

El duque, con la vista clavada en el vacío y las cejas fruncidas, hacía girar el delicado pie de su copa entre el pulgar y el índice. Él había pensado en acabar con las payasadas de George en cuanto Ted habla vuelto a encontrar su rastro, después del intento de secuestro, pero si Ridge habla unido sus fuerzas con las de Lucien la situación era mucho más peligrosa. Lucien era impredecible y capaz de una sutil malevolencia. Ridge, en cambio, como ya lo había demostrado, se basaba en la fuerza bruta. Entre los dos hacían una formidable combinación.

Se incorporó de súbito, impulsado por una fuerza contra la que había estado luchando los últimos días: quería a Juliana. Esta distancia le desgarraba las entrañas. Ya se le era casi imposible mantener esa fachada de frío y distancia. Cada día, la miraba desde el otro lado de la mesa, contemplando su pelo vibrante, sus luminosos ojos, las suntuosas curvas de su cuerpo. Él se mantenía lejos de ella, y Juliana, la muy condenada, le pagaba con la misma moneda. Su mirada era tan gélida como la de él, su voz igual de monocorde, su conversación nunca iba más allá de la superficialidad de una charla entre desconocidos. Él sentía, al mismo tiempo, deseos de estrangularla y de calmar ese doloroso anhelo por ese cuerpo predispuesto, que se entregaba con ansias.

Hasta entonces, nunca había sentido algo así, como si las hebras cuidadosamente entrelazadas de su personalidad estuviesen enredadas, como si su vida fuese un rompecabezas

desparramando en el suelo. Y todo por una chiquilla de diecisiete años, que no sabia qué le convenía. ¿Qué más quería de él, por el amor de Dios?

Soltó un taco en voz baja y salió del estudio, bajando la escalera de dos en dos. Entró sin llamar en la sala de recibir de Juliana, cerró la puerta tras de si y se apoyo en ella, contemplando a la moradora en sombrío silencio.

Juliana estaba escribiendo una nota para Lilly. Debían encontrarse todas las muchachas esa medianoche, en el establecimiento de Madre Cocksedge. Juliana había trazado con cuidado el plan. Iría a la ópera con un grupo reunido por una de las conocidas de lady Melton. Sería fácil escabullirse antes de la cena. Podría poner como pretexto un dolor de cabeza, insistir en que regresaría sola en un coche de alquiler, e ir a Covent Garden. En el remoto caso de que el duque regresara de su salida antes que ella, él supondría que ella se había quedado, con su grupo, de sobremesa.

En su carta, explicaba a Lilly, que llegaría a Cocksedge poco después de la medianoche cuando Tarquin irrumpió en la habitación. Juliana supo que se sonrojaba. En forma automática, empujó la hoja hacia el fondo de su secretaire.

-Mi... milord. Qué sorpresa -pudo decir, al fin, probando el tono frío que había estado ensayando los últimos tiempos.

-¡Te echo de menos, maldita sea! -exclamó él, alejándose de la puerta-. Maldita seas, juliana. No puedo seguir así. No sé qué me has hecho.

La obligó a levantarse de su silla. Le sostuvo la cara entre las manos y la besó con una urgencia que venía de lo más hondo. Sus manos subieron y comenzaron a quitarle las hebillas del pelo, sus dedos impacientes recorrían la cabeza de Juliana a medida que lo soltaban; entre tanto, su lengua sondeaba, hambrienta, la boca de la mujer.

Durante un minuto, Juliana se quedó tan desconcertada que no pudo responder. Luego, sintió que un ramalazo de triunfo salvaje, casi primitivo, se disparaba en sus venas. Ella ejercía ese poder sobre él: el poder de una mujer. Un poder que él no había conocido antes, estaba segura. Se apretó a él, contenta de poder, al fin, después de tantos días de privación, dar salida a la inextinguible fuente de pasión que burbujeaba dentro de ella. Su lengua jugó con la de él, su cuerpo se apretó contra el de él frotándose, presionando, moviéndose de manera sinuosa y tentadora; ella sintió la dura y urgente erección en el vientre.

Tarquin la llevó al sofá y ella cayó en medio de un revuelo de faldas, hundiéndose en el brillante tafetán. Sin abandonar su boca, él le levantó la falda hasta la cintura, liberó su dolorida vara y la penetró profundamente. Ella ciñó con sus piernas la espalda de él y su cuerpo comenzó a moverse con toda la urgencia de una pasión que tenía muchas raíces pero sólo una salida. La rabia, el dolor, la desconfianza, el deseo: todo se consumía en sus llamas.

Él llevó las piernas de ella hacia sus hombros, recorrió con sus manos las firmes pantorrillas, la suave carne de sus muslos por encima de las ligas y ahuecó sus manos en las nalgas. Con los ojos cerrados, sosteniéndola con las manos, hundió más y más su carne en las oscuras y aterciopeladas honduras del cuerpo de la mujer. Cuando las breves ondulaciones del orgasmo de ella incitaron su carne, él abrió los ojos y la contempló. Ella tenía los ojos muy abiertos, relucientes de dicha, sin rastros de dudas ni reservas bajo su superficie de color jade. Se entregaba a él como si jamás se hubiese pronunciado una palabra de duda entre los dos; él se dio cuenta de que, en ese momento, esa entrega era la auténtica expresión de su alma.

En el mismo instante, comprendió qué era lo que ella quería de él. Una entrega sin reservas. El don de si mismo. Él tenía debajo de sí el cuerpo de ella, que lo contenía al mismo tiempo que él la poseía, la posibilidad de un amor perdurable. De una compañera de su corazón y de su alma.

Juliana extendió la mano y le tocó la cara, con una expresión de embeleso en sus ojos. Él estaba transformado. A ella se le cortó la respiración cuando comprendió el mensaje que traslucía la intensidad de la mirada de Tarquin. Él había dejado de ser el hombre que no creía en la existencia real del amor.

23

George Ridge arrojó los dados, éstos rodaron por la mesa despejada de los restos de la comida, y se detuvieron en un charco de cerveza. Un seis y un uno. Desconforme, escupió en el serrín del suelo, inclinó la botella de oporto sobre la boca y le dio un fuerte beso. Sus guineas se apilaban con brillo alegre junto a su rival de juego, quien se escupió dos veces la mano, pasó los dados de una mano a la otra, murmuró una plegaria blasfema y los arrojó. Del corro reunido en torno de la mesa se elevó un gemido cuando se vieron los números. El capitán tuerto había tenido una suerte endiablada toda la noche.

George echó atrás la silla. Había seguido jugando más allá de su límite y tenía la sensación de que sus pérdidas serían mayores de lo que él imaginaba. Su cerebro estaba demasiado confuso a consecuencia de la cerveza y el oporto y le costaba mucho hacer un cálculo preciso pero, llegando ya la luz fría de la mañana, él se vio obligado a enfrentar la realidad.

En el momento en que se incorporaba con esfuerzo, una mano cayó sobre su hombro y una voz le habló quedamente al oído. Era una voz helada como un viento invernal, una voz que le produjo escalofríos en la espalda, como si estuviese a punto de sumergirse en un mar helado.

-¿Va a algún sitio, Ridge?

Con esa mano sobre su hombro, George se volvió y su mirada se topó con la de unos ojos grises sin expresión, en medio de un rostro delgado y elegante. La boca fina se curvaba en la más leve de las sonrisas, una sonrisa tan fría y despiadada como la voz. Lo reconoció de inmediato. Sus ojos recorrieron todo el salón en busca de apoyo, pero nadie prestaba atención. Los ojos inyectados en sangre de los parroquianos se concentraban en el juego.

-Quizá seria más conveniente que nuestra pequeña discusión se desarrollara en el patio del establo -dijo el duque de Redmayne.

Retiró la mano del hombro de George y, de pronto, éste se encontró inmovilizado por un par de manos que aferraron sus codos desde atrás con la fuerza de los tentáculos de un pulpo.

-Por aquí, muchacho -dijo una voz en su oreja, animándolo.

George se vio impulsado a través de la concurrencia que atestaba la taberna, en dirección al patio que estaba en la parte de atrás de la posada; sus pies resbalaban en el suelo.

Era una noche cálida. Dos palafreneros que fumaban sus pipas sentados en sendos barriles de agua invertidos y conversaban sin mucha ilación, miraron al trío que había ingresado en el patio, sin demasiado interés, al principio. Cuando observaron mejor al curioso grupo, sus ojos se agrandaron. Vieron a un caballero enfundado en seda negra bordada de oro, con aire de haber salido hacia instantes del palacio St. James; un segundo caballero, fornido y de rostro rubicundo, embutido en un traje de tafetán escarlata, con chaleco de rayas amarillas; un tercero, de toscos pantalones de cuero y jubón de artesano. El segundo empezaba a protestar y trataba de librarse de las garras del último. El caballero elegante se apoyó, como al descuido, en un murete de piedra. Llevaba una larga fusta que serpenteaba alrededor de sus zapatos de cuero rojo adornados con hebillas de plata.

-¡Quíteme las manos de encima! -gritaba, encolerizado.

Por fin, logró ver al hombre que lo sujetaba por detrás. Tuvo un recuerdo vago y confuso de su irrupción en el coche de alquiler, hasta que había perdido la conciencia; veía algo horriblemente familiar en ese sujeto. Forcejeó con renovada violencia.

-Sólo quiero que hablemos una o dos palabras -dijo el duque sin énfasis, haciendo juguetear el látigo en el suelo.

Los ojos de George se clavaron en el suelo. La fina lonja de cuero tenía algo de amenazador y deliberado, agitándose y bailoteando sobre los adoquines. Ted apretó con más fuerza sus manos y, aunque lo hizo como quien no se percatara de ello, George supo al instante que era inútil cualquier intento de librarse de él.

-Escuche a Su Gracia, le conviene -aconsejó Ted-. Escuche bien, muchacho.

Tarquin sometió a George Ridge a un calmoso escrutinio y luego dijo:

-Quizá quiera usted explicarme por qué hizo a lady Edgecombe una invitación tan apremiante. Por lo que la dama me ha dado a entender, ella no tenía la menor inclinación por subir al coche que usted había alquilado.

Ted miró al sujeto sin curiosidad y apretó aún más sus manos, tirando los brazos de George hacia atrás.

George se pasó la lengua por unos labios súbitamente resecos.

-Tiene usted a una asesina bajo su techo, Su Gracia. La asesina de mi padre, el difunto esposo de Juliana Ridge.

Intentó dar a su denuncia un acento vigoroso, desbordante de aplomo y de justiciera indignación, pero su voz salió ahogada e inconexa.

-¿Quién es la tal Juliana Ridge, si tiene la amabilidad? -preguntó el duque en tono aburrido, al tiempo que extraía la caja de rapé del bolsillo de su chaqueta.

Abrió la tapa y tomó una pizca, todo con ademanes demorados, mientras George se esforzaba por entender qué sucedía. El vizconde de Edgecombe había expresado su convicción de que el duque conocía todos los secretos de Juliana.

George inspiró profundamente.

-La mujer que vive en su casa, la misma que se hace llamar vizcondesa de Edgecombe. Ella estuvo casada con mi padre, sir John Ridge, de la aldea de Ashford, en el condado de Hampshire.

Hizo una, pausa y miró al duque con expresión ansiosa. La expresión de Su Gracia no había cambiado: parecía cortés y aburrido.

George, ya desesperado, continuó:

-Estoy seguro, Su Gracia, de que cuando usted la encontró en el prostíbulo, ignoraba por completo la historia de ella... pero...

Su voz fue apagándose bajo la mirada del duque, que ahora lo quemaba.

-Tengo la impresión de que no está usted en sus cabales, sir -dijo el duque en voz baja, enrollando el látigo en la mano-. De lo contrario, no insultara el nombre de una mujer casada con mi primo, de una mujer que vive bajo mi techo y mi protección. ¿No es verdad?

La última pregunta fue dicha en golpes cortos y secos y, tras ella, el duque dio un paso hacia George, a quien impedía moverse el hombre que estaba detrás, sujetándole los brazos como en una prensa.

-Milord duque -dijo, George sin poder ya disimular la desesperación que se le escapaba por los ojos y la voz-. Yo le aseguro que sé quién es ella. Esa mujer lo ha embaucado; debe ser llevada ante la justicia. Su esposo tiene intenciones de repudiarla en cuanto ella sea presentada ante el juez y...

-Me parece que ya he oído suficiente -interrumpió el duque.

Él no había alzado la voz, pero los dos palafreneros se irguieron y prestaron atención.

El duque incrustó el reluciente cabo de madera del látigo bajo el mentón de George y dijo en tono casi tierno, aunque su interlocutor sentía la dolorosa presión:

-La dama que vive bajo mi techo es una prima lejana mía, procedente de York. Haría usted bien en verificar sus informaciones antes de calumniar a personas de bien.

Los ojos grises taladraron a George como un carámbano en la nieve. Él sabía que el duque estaba mintiendo. Que sabía la verdad acerca de Juliana. Sin embargo, ante una afirmación tan tajante, bajo esa mirada despectiva que parecía desafiarlo a que lo desmintiera, George quedó anonadado.

El duque aguardó largo rato, sosteniendo la mirada perpleja de George hasta que, al fin, dijo con indiferencia:

-No quiero volver a ver su rostro a menos de un kilómetro de lady Edgecombe.

Sacó el látigo y se lo arrojó a Ted, que lo apresó limpiamente con una mano.

El duque contempló en silencio a George unos segundos que a éste le parecieron una eternidad; después, le hizo una breve seña a Ted, giró sobre sí y salió del patio.

-Muy bien, muchacho -dijo Ted en tono jovial-. Vamos a ver si llegamos a un acuerdo, ¿eh?

Levantó el brazo que blandía el látigo. George vio con horror que el látigo trazaba un círculo en el aire y entonces bramó como un toro enloquecido al comprender, por fin, qué iba a suceder.

Juliana descubrió que le resultaba imposible concentrarse en la ópera, en parte porque su mente estaba en el encuentro en Covent Garden, y en parte porque, a su alrededor, todos charlaban como si los cantantes que estaban sobre el escenario no estuviesen poniendo el corazón y el alma en el estreno de la última obra de Pergolesi.

Durante toda la función, el Teatro de la Opera Italiana del Haymarket estuvo profusamente iluminado con arañas y antorchas distribuidas por el escenario. El rey George II se encontraba en el palco real, en compañía de la reina Carolina; para Juliana, la presencia real era más interesante que los incomprensibles versos en italiano que llegaban desde el escenario. Sin duda, nunca estaría más cerca de Sus Majestades.

George II era un hombre de aspecto vulgar, de rostro rojizo, con una desordenada peluca blanca encaramada sobre una cabeza en forma de bala. Tenía expresión desagradable y ceñuda, y dirigía la mirada a sus acompañantes vociferando comentarios críticos durante la función, con un inglés de fuerte acento, que se hacían oír sin inconvenientes por encima del murmullo general.

Después del primer intermedio, Juliana juzgó que ya era hora de empezar a actuar. Comenzó a abanicarse con creciente fervor y, cada tanto, suspiraba un poco y se pasaba la mano por la frente.

-¿Tiene algún problema, Juliana? -la pregunta provenía de la hija mayor de los Bowen, lady Sarah Fordham, que se inclinó hacia ella con expresión ansiosa-. ¿Se siente usted bien?

-La jaqueca -dijo Juliana, con sonrisa débil-. Cada tanto las sufro. Me ataca de repente.

-Pobre niña -la simpatía de Sarah fue instantánea. Se dirigió a su madre, que estaba junto a ella-. Lady Edgecombe no se siente bien, mamá. Tiene un fuerte dolor de cabeza.

-Pruebe esto, querida.

Lady Bowen le dio un pequeño frasco de sales, y Juliana lo recibió con una sonrisa desmayada. Olió con delicadeza, y sus ojos comenzaron a lagrimear y se le entrecortó el aliento al sentir una quemazón en la nariz. Se reclinó, cerró los ojos y suspiró, desdichada, cerrando el abanico con la escasa fuerza de una inválida. Tendría que modificar su plan anterior, que consistía en salir de la ópera e ir a Covent Garden en un coche de alquiler. Tarquin había insistido en que llevara a su propio cochero de modo de que no tuviera que depender de lady Bowen para su traslado. Y si bien la intención de él era evitarle inconvenientes, para ella era un terrible fastidio. Ahora, tendría que ver cómo se libraría de John Coachman.

-Temo que voy a desmayarme, señora -murmuró-. Si pudiera tomar un poco de aire fresco unos minutos...

-Cedric la acompañará -lady Bowen chasqueó los dedos para llamar la atención de lord Cedric, un joven caballero delgado como un junco, de aspecto enfermizo a quien, casualmente, le gustaba la ópera, si bien no tenía muchas posibilidades de escucharla en el ruidoso ambiente que reinaba en el palco de su madre-. Lleva a lady Edgecombe a tomar un poco de aire, Cedric.

A desgana, el joven desistió de escuchar el aria a dúo del tenor y la soprano que él intentaba disfrutar. Hizo una reverencia y ofreció su brazo a Juliana, que se puso de pie, tambaleante, lanzando otro breve gemido y apretándose la mano en la frente.

Una vez afuera, sobre la escalinata del teatro, ella respiró el aire bochornoso y exhaló un patético suspiro.

-En realidad, creo que debo volver a casa -dijo con voz débil-. Si pudiera usted presentarle mis excusas a su madre y llamar a mi cochero, no tendría que retenerlo a usted, ni privarlo de la música un minuto más.

-No hay problema, señora... ningún problema -tartamudeó el joven, aunque sin la menor convicción.

Dejó a juliana en lo alto de la escalinata, bajó corriendo a la calle y mandó a un pilluelo a buscar el carruaje del duque de Redmayne. El coche apareció cinco minutos después. Juliana se instaló dentro, el cochero recibió instrucciones de regresar a toda velocidad a la calle Albemarle, y Cedric Bowen se apresuró a volver a su música.

Juliana dio un golpe en el techo del coche cuando estaba a punto de girar a la derecha, hacia Pall Mall. El cochero tiró de las riendas y se inclinó desde el pescante.

-Lléveme a Covent Garden -ordenó lady Edgecombe en su tono más imperioso-. Esta mañana he dejado mi abanico en una cafetería. Quiero ver si aún está allí.

El cochero no tenía motivos para desobedecer las órdenes de Su Señoría. Se enderezó, hizo girar a sus caballos y los condujo hacia Covent Garden. Juliana trató de controlar su temor, que estaba mezclado con una extraña excitación, como si estuviera embarcándose en una gran aventura. Tenía la esperanza de que algunas de las mujeres de la calle también acudieran al encuentro, además de las cortesanas mejor ubicadas. A ellas les convendría interrumpir una hora su trabajo y entrar en la taberna de Cocksedge; allí Juliana pensaba convencerlas de que una modesta inversión de confianza y solidaridad podría producir un enorme cambio favorable en sus condiciones de trabajo. Algunas de las Grandes Impuras no podrían salir de sus establecimientos para asistir, pero muchas estaban en condiciones de dar alguna excusa, como visitar a clientes fuera de la casa; Lilly había decidido alegar en las primeras horas de la noche que estaba enferma para poder escapar de la calle Russell.

Juliana sabia que con el apoyo de sus amigas o sin él, el éxito del plan en ciernes dependía de su capacidad de persuasión, de su energía y de su compromiso. Ella tendría que lograr que vieran las cosas desde su punto de vista y que imaginaran entre todas el modo de hacerlas realidad.

Golpeó de nuevo el techo del coche cuando llegaron a la iglesia de St. Paul.

-Espéreme aquí -ordenó, abriendo la puerta del carruaje y apeándose.

Se las ingenió para eludir un montón de hojas de calabaza podridas que parecían estar esperando que algún desprevenido las pisara. Se recogió la falda y fue hacia el

establecimiento de Madre Cocksedge, sorteando los desechos del mercado. En el reloj de la iglesia sonó la medianoche.

Por la puerta abierta de la chocolatería regenteada por Madre Cocksedge se derramaban los ruidos: voces de borrachos, risas estrepitosas, la aguda estridencia de una gaita.

Juliana traspuso la puerta y parpadeó, mientras sus ojos se adaptaban a la penumbra. Las escenas comenzaban a hacérsele familiares: prostitutas en distintos grados de desnudez se tambaleaban, borrachas, tratando de pescar algún diente o satisfaciendo a alguno de ellos. Dos perros se disputaban restos de comida en el centro del salón, acompañados por los gritos de un circulo de apostadores, jóvenes caballeros ataviados con las galas de los cortesanos; llevaban las corbatas sueltas, las pelucas desordenadas, las medias torcidas. Las mujeres se arracimaban en torno de ellos tocándolos, acariciándolos, palmeándolos y, a cambio, recibían besos y ocasionales palmadas, mientras los muchachos bebían ginebra en picheles y gritaban obscenidades a grandes voces.

-Eh, ¿dónde te habías metido, guapa? -un joven la sujetó por el brazo y le dedicó una sonrisa insulsa-. No te he visto antes por aquí.

-Suéltame -dijo Juliana con frialdad, sacudiendo el brazo para soltarse.

-¡Ahá! Conque aquí tenemos a una dama altanera -vociferó otro joven de ojos pequeños y enrojecidos en un rostro redondo casi infantil. Danos un beso, querida, y te dejaremos pasar.

Se precipitó hacia ella, mirándola con aire malicioso.

Juliana le dio un empujón y él se tambaleó hacia atrás, yendo a dar contra una mesa entre chillidos de risa. Antes de que pudiera recuperarse, ella ya se había abierto paso hacia el fondo del salón.

-¡Juliana! -el premioso susurro de Lilly llegó a ella en el momento en que se detenía, pensando adónde ir y a quién preguntar. La joven la llamaba desde una puerta-. Rápido. Ellos no saben que estamos aquí; si lo descubren, armarán un buen alboroto -tiró de Juliana haciéndola entrar en una habitación y después cerró la puerta con fuerza-. Es una desgracia: no tenemos la llave de esta puerta. Y los muchachos más jóvenes son los peores. Son capaces de empezar una pelea por una nadería; antes de que nos enteráramos, estaríamos en medio de una riña.

-No puedo creerlo -dijo Juliana, sombría, sacudiendo los pliegues de su vestido, que se había arrugado cuando ella trataba de pasar por el salón-. Pequeñas bestias malvadas.

-Son nuestro sustento -dijo una mujer desde una mesa, tras lo cual se llevó a los labios un jarro de cerveza-. Aunque no es así para las que son como usted, milady -le dirigió una sonrisa irónica-. Está muy bien eso de tener grandes planes cuando tu sustento no está en peligro.

-Vamos, Tina, no seas tan ácida. Deja que ella nos diga lo que ha pensado -la que había hablado era una mujer mayor, enfundada en un llamativo vestido amarillo, que sonrió a juliana con mucha más benevolencia-. Vamos, queridita. No hagas caso de Tina, que está resentida porque un caballero que era cliente de ella acaba de morir y no ha podido sacarle ni un penique.

Juliana miró a su alrededor y reconoció, entre las numerosas asistentes, varios rostros que ya había visto en el encuentro anterior. Había mujeres sentadas a la mesa, apoyadas en el ancho alféizar, encaramadas en sofás, a ambos lados de la chimenea. Todas estaban bebiendo, hasta las de la calle Russell, y casi todas las que Juliana no conocía la miraron con escepticismo cuando ella se presentó.

-Bueno, veamos qué nos quieres decir -dijo Tina, todavía en actitud hostil-. No podemos pasar toda la noche. Algunas de nosotras tenemos que ganarnos la vida.

Juliana llegó a la conclusión de que no tenía sentido justificar su posición. Que creyeran de ella lo que quisieran. Había cuestiones mucho más importantes en las que debla concentrarse. Las mujeres de la calle tenían rostros delgados y atormentados, y sus ropas eran galas harapientas que, sospechaba, habrían cubierto antes a otras. Comparadas con ellas, las chicas de la calle Russell y de las casas similares parecían consentidas y pudientes, pero todas tenían algo en común: una desconfianza, acorralado recelo en sus miradas, un cierto aire de resignación ante los caprichos del destino, como si la seguridad que tenían hoy se habría

acabado mañana, y ellas no podrían hacer nada para remediarlo. Por contraste, la seguridad y la permanencia de su situación debla de parecerles un paraíso. Y éstas no eran las desgraciadas más pobres que había. Existían mujeres y muchachas, poco más que niñas, que se ofrecían entre las pilas de mercancías, en invierno o en verano, a cualquiera que les diese un mendrugo de pan o un trago de ginebra.

Juliana empezó a explicar su idea con lentitud y sencillez, pero pronto se apoderaron de ella las imágenes que había visto, lo que sabia acerca de la vida de estas mujeres, la profunda convicción de que ella misma había escapado a esa vida por un pelo, y su voz fue tornándose apasionada, cargada de convicción.

-No es inevitable que estemos obligadas a vivir como lo dictan las alcahuetas y los chulos. No es inevitable que nuestras ganancias desaparezcan en los bolsillos de amos codiciosos. No es inevitable que vivamos con el temor de ser encarceladas por la menor ofensa, por la mínima palabra fuera de tono. Nada de esto es inevitable, si nos apoyamos entre nosotras.

Había usado el "nosotras" durante todo su discurso llevada por el instinto. Si no se identificaba con ellas, daría la impresión de ser una predicadora, distante en su púlpito. Por otra parte, era cierto que se identificaba con ellas, aun cuando su situación fuese muy diferente.

Hizo una pausa para tomar aliento, y Lilly, con los ojos llenos de lágrimas, aprovechó la ocasión para intervenir.

-Es preciso que tengamos un fondo, como dice Juliana. Todas pondremos allí lo que podamos permitirnos...

-¡Permitirnos! -exclamó Tina tosiendo y cubriéndose con un pañuelo-. Eso sí que está bueno. Eso está bien para vosotras, que vivas en una casa decente y tenéis todo resuelto. Pero, nosotras... que sólo tenemos entre nuestra alma y el diablo, apenas unas monedas de vez en cuando, si tenemos suerte...

-De eso se trata, precisamente -dijo Juliana, vehemente-. Escuchad, si no tuvieseis que pagar todos esos gastos, podrías contribuir con el fondo de la Hermandad. Las que tenemos más, pondremos más como corresponde. Y el resto aportará lo que pueda. Pero entonces podremos tener nuestros propios proveedores de carbón, velas, comida y vino. Estoy segura de que si podemos asegurar cierto volumen de compras, encontraremos algunos comerciantes dispuestos a vendernos lo que necesitemos. Hasta nos darían crédito para empezar.

-Por el amor de Dios, querida, ¿quién nos daría crédito a nosotros? -replicó una mujer sentada en un sofá, con acento sibilante, riendo ante lo absurdo de semejante idea.

-A la vizcondesa de Edgecombe le darán crédito -insistió Juliana, terca.

Esta última afirmación produjo un reflexivo silencio. Juliana esperó, sintiendo que encendía su sangre la desesperación tratando de convencerlas de que, en verdad, podrían tomar el control de sus vidas. Tenía que ser posible.

-¿Estarías dispuesta a poner tu nombre, entonces?

Tina la miró con cierto respeto.

-Sí -respondió, acompañando con un enfático asentimiento-. Yo aportaré mi dinero todas las semanas, igual que cualquier otra, y me encargaré de encontrar comerciantes dispuestos a tratar con nosotras.

-Pero, Juliana, ellos no van a hacer negocios contigo -argumentó Deborah-. Tú no necesitas comprar mercancías para llevar adelante tu propio negocio.

Juliana se encogió de hombros.

-Yo no veo la diferencia.

-Bueno, si no la ves, nosotras te agradeceremos fervorosamente por tu ayuda -afirmó Tina-. ¿No es así, señoras?

-Sí -respondió un coro afirmativo pero algo vacilante, y juliana estaba a punto de embarcarse en mayores explicaciones acerca de su plan cuando un agudo silbato ahogó sus palabras.

Se oyó un crujido, una exclamación, gritos, más silbidos que llegaban desde el salón. Los muchachos estaban gritando con voces agudas y excitadas, los muebles eran estrellados contra el piso, retumbaban puñetazos.

-Oh, Dios mío, es una riña -dijo Emma, y su rostro se puso más blanco que un papel-. Son los alguaciles.

Las mujeres corrieron como una marejada hacia el fondo de la habitación, buscando otra puerta. Algunas se treparon al marco de la ventana y saltaron por la abertura. Juliana sólo atinó a permanecer ahí, aturdida, sin saber a qué obedecía el pánico. El disturbio estaba produciéndose en el salón vecino. Si ellas se quedaban en silencio, nadie entraría. Ellas no habían hecho nada. No estaban haciendo nada que perturbase la tranquilidad.

De repente, por la ventana abierta entró una voz que tronaba:

-No, mujer. No te escaparás de mí. Muy bien, guapas; ahora cálmense. El señor juez Fielding está aguardándolas.

Deborah emitió un gemido desesperado. Juliana contempló, estupefacta, el semblante colérico de un alguacil en la ventana con su porra levantada con gesto amenazador. Detrás de él, otros dos forcejeaban con una de las mujeres que habían logrado salir por la ventana. Entonces, la puerta se abrió de golpe. Ella logró ver un fragmento del salón, la escena del caos, una masa de rostros sonrientes y violentos, a la vez, que se confundían en una frenética orgía de destrucción. Luego, vio a la señora Mitchell junto a otra mujer de vestido estampado y cofia. Ambas hablaban con un policía, mientras sus compañeros irrumpían en la habitación donde, ahora, las mujeres se acurrucaban. Los funcionarios blandían sus bastones a diestra y siniestra, atrapaban a las mujeres y las empujaban hacia la puerta.

Juliana fue apresada junto con las demás. Tuvo la satisfacción de haber lanzado un puñetazo y un puntapié y de que dieran en el blanco, por más que no le sirvió de gran cosa. Se vio sacada a empellones y empujones por los oficiosos y nada amables policías. Miró por encima del hombro y vio a la señora Mitchell que sonreía triunfal.

Habían sido traicionadas; no era difícil saber quién las había denunciado. Las alcahuetas de Covent Garden no admitirían que sus ninfas escaparan al yugo sin presentar pelea.

24

El cochero del duque estaba sentado en un banco ante una taberna bajo las arcadas de la plaza, aguardando el regreso de su pasajera. Desde donde estaba, podía ver el carruaje y al pilluelo que cuidaba los caballos, pero no podía ver mucho más, pues un mar de cuerpos se arremolinaban en la plaza. Oyó el bullicio proveniente de la taberna de Cocksedge, que llegaba a él como un ingrediente más del estrépito general, y pidió otra jarra de cerveza.

-Los alguaciles están registrando algún establecimiento -comentó una harapienta mujer que estaba sentada en el banco, junto a él-. Seguro que son esos bribones de la zona elegante de la ciudad, que están alborotando. Sin duda, deben de estar rompiendo cabezas, borrachos como lores... claro, la mayoría de ellos lo son -lanzó un graznido de risa y bebió un trago de cerveza-.Y sir John hará la vista gorda ante las tropelías de esa gente. Las que van a sufrir son las mujeres, como siempre.

Se quedó un minuto contemplando su pichel vacío y luego se puso de pie, lanzando un suspiro.

-Esta cerveza se mete en el cuerpo como algo crónico.

Se alejó a los tumbos hacia la calle y, con un ademán imperativo, llamó a un preparador de moscas para cebo que estaba a unos metros de allí con su cubo y su voluminosa y reveladora capa. El hombre se acercó trotando y ella le dio un penique. Él dejó el cubo sobre los adoquines, extendió la capa a modo de biombo ante la mujer, y ella se ocultó detrás para aliviarse con cierta intimidad.

John Coachman no prestó demasiada atención a un espectáculo que podía verse en cada esquina de la ciudad. Echó un vistazo al coche, por si acaso los disturbios daban señales de extenderse en esa dirección. Se oían rumores de pasos que corrían, gritos y juramentos, en especial, de voces femeninas. El cochero soltó un gruñido, se puso de pie y trepó torpemente al pescante del coche para poder mirar por encima de las cabezas el tumulto que había en el otro lado de la plaza.

Poco pudo divisar, sólo un grupo de policías que arreaban a un montón de mujeres hacia la calle Bow, sin duda para llevarlas ante sir John Fielding, juez del distrito. Apareció, alrededor del conjunto que formaban los policías y sus prisioneras, otro grupo de mujeres rabiosas que arrojaban fruta podrida a los funcionarios y los insultaban con fluida vehemencia. Los policías esquivaron los proyectiles, ignoraron los insultos y siguieron avanzando con sus prisioneras, a las que instaban a andar con sus porras. Los jóvenes parroquianos de Cocksedge, como movidos por un impulso común, rugían y se tambaleaban, ebrios; igual de pronto se volvieron y entraron otra vez en Cocksedge. Al tumulto general se sumó un estrépito de cristales rotos y muebles aplastados aunque, por encima de todo, se oían los denuestos de Madre Cocksedge.

John Coachman empezó a inquietarse un poco. En medio de ese caos, ¿dónde estaría lady Edgecombe? Se suponía que él debía haberla acompañado a cumplir su cometido pero, en realidad, ella no le había dado oportunidad de ofrecerle su compañía. Le corrió por la espalda un fugaz escalofrío al imaginar la posible reacción del duque ante tal descuido de su deber.

De pie sobre el pescante, escudriñó atentamente a la turba. El grupo de mujeres y policías estaba llegando a la esquina de la calle Russell. El cochero alcanzó a divisar parte de una cabellera roja en medio del grupo, y su corazón dio un vuelco. Se dejó caer en el asiento, con ruido sordo. No era posible que lady Edgecombe estuviese dentro de un grupo de prostitutas arrestadas. Lo más probable era que ella estuviese esperando a que pasara el tumulto antes de regresar al coche. Él no podía alejarse de los caballos para ir a buscarla, aun cuando supiera en qué parte de ese infierno podría encontrarla. Si ella regresaba y no lo encontraba allí, estarían en peor situación de la que ya estaban. Bostezó, soñoliento a causa de la abundante cerveza que había bebido y se acomodó en el pescante, de brazos cruzados, a esperar el regreso de lady Edgecombe.

Juliana seguía forcejeando y protestando mientras la conducían fuera del Covent Garden, hacia la calle Bow. Del grupo de la calle Russell, sólo veía a Lilly y Rosamund;

abrigó la esperanza de que las otras hubiesen escapado. Era imposible que los alguaciles arrestaran a todas las asistentes a la reunión; ella tenía la impresión de que habían seleccionado con cierto criterio a las que estaban arreando por la calle. Notó que, a varias de las mujeres que se hallaban en la periferia del grupo, se les permitía alejarse furtivamente y se escabullían por las bocas oscuras de los callejones por los que pasaban. Ella, en cambio, no tenía esa posibilidad. Había un policía sólo para ella, que la sujetaba por los codos, llevándola casi en el aire.

Rosamund sollozaba; Lilly, por su parte, insultaba a sus apresadores con todo el vigor de una pescadora de Billingsgate. Su rostro estaba tenso y cerrado, y Juliana estaba segura de que ella no se quebrarla.

-¿Adónde nos llevan? -le preguntó.

-Ante el juez Fielding -contestó Lilly sin desperdiciar palabras, con los labios apretados-. Y después, a Bridwell, supongo.

Juliana tragó saliva.

-¿Bridwell? ¿Para qué?

-Es un correccional para mujeres de mala vida -explicó Lilly, con la misma concisión-. No serás tan ingenua como para no saberlo.

-Sí, lo sé. Pero, nosotras no estábamos haciendo nada.

Juliana trataba de contener su cólera pues sabía que la irritación de Lilly era impulsada por el temor.

-Estábamos en medio de una batahola: no hace falta nada más. Juliana se mordió el labio.

-La señora Mitchell estaba allí, junto con una persona de aspecto torvo que supongo seria la Madre Cocksedge.

-Yo la vi.

-¿Tú crees que ella nos ha denunciado a la policía?

- Por supuesto -Lilly se volvió hacia juliana, sus ojos revelaban con claridad el miedo que sentía-. Nosotras intentamos hacerte entender que no se puede escapar al dominio de las alcahuetas -dijo, sombría-. Fui una tonta en dejarme llevar por tu elocuencia, Juliana. Hoy, hubo un momento en que yo creí que era posible. Nosotras compraríamos lo que necesitamos, nos cuidaríamos unas a otras en momentos de enfermedad o de mala suerte, les haríamos una higa a esos canallas -sacudió la cabeza, enfadada y exasperada-. Tontas... fuimos todas unas tontas.

Juliana no dijo nada más. En ese momento, no podía decir nada que mejorase la situación y necesitaba concentrarse en su propia apurada situación. Ella no podría admitir su identidad ante los jueces. Tendría que mantener el apellido Courtney a salvo, aunque su persona cayera en desgracia. Por muy taimado que fuese el duque, no se merecía que la esposa de su primo fuese llevada a Bridwell.

¿La llevaran andando o en un carro? Se le congeló la sangre y le brotó un sudor frío en las manos y la frente. ¿La trasladarían a Bridwell en la parte trasera de un carro? ¿La pasearan por las calles de Londres mientras le daban latigazos?

Le subió a la garganta una oleada de bilis. Ella sabía que era el castigo habitual para las alcahuetas. Pero ellas no eran alcahuetas: eran esclavas de aquéllas. Sin duda, a la vista de sir John Fielding, ésa debla de ser una ofensa menor.

Hablan llegado a una elevada casa de la calle Bow; uno de los policías golpeó la puerta con su bastón. Atendió un adormilado lacayo.

-Hemos traído unas rameras que deben ser presentadas ante sir John -anunció el funcionario con aire solemne-. Por provocar un tumulto... corrupción... hacer reclamos... incitar a la gresca.

El lacayo miró a las mujeres por encima de la cabeza del funcionario y su cara se abrió en una sonrisa lasciva al ver el estado de desorden en las ropas de ellas. Incluso las que estaban bien vestidas habían sufrido tironeos durante el arresto, y ahora intentaban sostener corpiños desgarrados y mangas arrancadas.

-Iré a despertar a sir John -dijo el criado, y dio un paso atrás para abrir del todo la puerta-. Si usted las conduce a la recepción del frente, donde sir John atiende sus asuntos, yo iré a buscarlo.

Los alguaciles arrearon a su pequeño rebaño al interior de la casa y entraron con él en una gran habitación de paredes revestidas con paneles de madera, a la izquierda del vestíbulo. El mobiliario era escaso: sólo había una gran mesa y, tras ella, una enorme silla que parecía un trono. Empujaron a las mujeres de modo que formasen un semicírculo en torno de la mesa y, entre tanto, otro lacayo, entre uno y otro bostezo, fue encendiendo velas y lámparas de aceite que arrojaron escasa luz en la despojada habitación.

Entonces se hizo silencio, un silencio tan profundo como el de una cripta y no se oyó ni el roce de una falda ni el arrastrarse de un pie sobre el suelo desnudo. Se diría que las mujeres temían moverse pues si lo hacían, tal vez empeorasen su situación. Los policías estaban callados, como impresionados por el ambiente. Sólo Juliana miraba alrededor, notando detalles de las molduras del cielo raso, los paneles tallados, los suelos de roble lustrado. Estaba tan asustada como las demás, pero no lo manifestaba en su semblante; entre tanto, se esforzaba tratando de pensar en un modo de escapar de esta desdichada situación.

Después de unos eternos quince minutos, se abrieron las puertas dobles, y una voz canturreó:

-Poneos de pie; entra Su Señoría, sir John Fielding.

"Como si tuviésemos otra alternativa", pensó Juliana en un valeroso intento de tomar con humor la situación, pero sin poder ignorar el escalofrío que estremeció a sus compañeras.

Sir John Fielding, enfundado en una bata suelta de brocado, puesta sobre unos pantalones y una camisa, con su peluca torcida por haber sido colocada con demasiada prisa, tomó asiento detrás de la mesa. Contempló a las mujeres con mirada firme y reprobatoria.

-¿Cuáles son los cargos?

-Conducta desordenada, sir John -respondió el policía al mando, en tono pomposo-. Incitación a la gresca... corrupción... daño a la propiedad.

-¿Quién presenta los cargos?

-Madre Cocksedge y la señora Mitchell, Su Señoría.

-¿Están ellas aquí?

-Sí, Su Señoría, esperan ser llamadas por usted.

El policía golpeó con su bastón en el suelo y frunció la nariz, dándose aires de mucha importancia.

-Llámelas, pues.

Juliana giró la cabeza hacia la puerta. Las dos mujeres entraron de prisa. La señora Mitchell parecía una respetable ama de casa, con su vestido estampado y su cofia; Madre Cocksedge se cubría la cabeza con el delantal y daba la sensación de sentirse muy afectada por algo: sacudían los hombros y grandes sollozos salían de abajo del delantal.

-Deje de lloriquear, mujer, y diga a Su Señoría cuál es su queja -ordenó uno de los policías.

-Oh, Su Señoría, estoy arruinada, bien arruinada -se lamentó la aludida, desde abajo de su delantal-. Y todo por culpa de esas chicas malvadas... ellas incitaron a los jóvenes a romper mi casa. Los provocaron, los hicieron excitarse y luego no los complacieron. Y ellas tres... -apartó el delantal y, con gesto dramático, señaló a Juliana, Lilly y Rosamund-. Ellas tres, que deberían saber cómo son las cosas, eran las que instaban a las otras, pobrecillas, que no tienen ni la mitad de sus ventajas, a usar mi establecimiento con fines inmorales.

Juliana lanzó una exclamación:

-¡Vieja...!

-¡Silencio! -la encarnación de la justicia miró a Juliana con severidad-. Mujer, si abres la boca una vez más, serás exhibida en un carro entre la iglesia de St. Paul y Drury Lane, ida y vuelta.

Juliana cerró la boca, indignada de tener que oír las mentiras que urdían esas dos mujeres. La señora Mitchell, por su parte, se presentó como una persona de natural bondadoso, cuyos sentimientos habían sido heridos y alguien de quien se han aprovechado

por haber tenido la generosidad de permitir que algunas muchachas usaran su mejor sala para celebrar una fiesta de cumpleaños, pero ellas, en lugar de hacer eso, estaban organizando un tumulto que pensaban provocar en la respetable chocolatería de Madre Cocksedge. Como tenían un motivo de agravio contra ella, tenían la intención de vengarse haciendo que un grupo de jóvenes enardecidos destrozara su casa.

Eran malvadas, eran mujeres corrompidas, sin moral, que habían echado a andar por las sendas de la perversión, intervino la Madre Cocksedge, tapándose de nuevo con su delantal.

-Pero yo y la señora Mitchell, aquí presente, no queremos que todas sean castigadas; sólo las que empujaron a las otras al mal. Las tres de la calle Russell.

La señora Mitchell se encrespó y apoyo con un digno cabeceo de asentimiento.

Sir John Fielding observó a las dos acusadoras con expresión de desagrado. Él conocía más que nadie la verdadera naturaleza del comercio que ejercían esas dos mujeres. Sin embargo, en esta ocasión, no estaban ante él por ese motivo; por otra parte, sus quejas eran bastante legítimas.

Giró lentamente la cabeza, observando el semicírculo de acusadas, y su mirada se detuvo en las tres principales malhechoras.

Lilly y Rosamund bajaron de inmediato la vista, pero la pelirroja de expresión audaz enfrentó la mirada del juez y sus ojos verdes le lanzaron un desafío.

-¿Nombre? -preguntó el juez.

-Juliana Beresford -respondió ella con claridad, sin hacer reverencias ni saludos.

Lilly y Rosamund, por su parte, se doblaron en profundas reverencias y, cuando les preguntaron sus nombres, los dijeron en un murmullo, agregando inmediatamente “Si place a Su Señoría”.

-¿Tiene algo que alegar sobre los cargos? -preguntó el juez a Juliana.

-Lo único que puedo decir es que son mentiras descaradas -repuso ella, con calma.

-¿No estaban ustedes reunidas en la chocolatería de esta mujer?

Las tupidas cejas del juez se unieron en un arco blanco.

-Sí; eso es verdad, pero....

-¿No estaban acaso reunidas a puertas cerradas? -interrumpió. -si, pero....

El juez golpeó el puño sobre la mesa, haciéndola callar de nuevo.

-Eso es todo lo que quería saber. Está contra la ley que las personas se reúnan con el propósito de incitar a la violencia y al tumulto. Os sentencio, a usted y a sus dos compañeras, a pasar tres meses en Tothill Bridwell. Aquellas a quienes vosotras habéis corrompido, quedarán libres tras el pago de una fianza de cinco chelines.

Así concluyó el juez, luego empujó su silla hacia atrás y se levantó, bostezando.

-Anoche estuve despierto hasta muy tarde, y haber sido levantado de mi cama tan temprano para lidiar con un trío de exaltadas rameras alborotadoras es más de lo que un hombre puede soportar -comentó en voz alta a un sujeto de traje oscuro que había estado de pie detrás del juez durante toda la audiencia y que, ahora, salió con él de la sala.

-Aprenderéis a respetar un poco más a vuestros superiores, después de haber pasado tres meses batiendo cáñamo -afirmó Madre Cocksedge, acercándose a las tres jóvenes con expresión taimada en sus ojillos rosados-. No creo que la señora Dennison y su marido quieran volver a recibimos, después. En el Garden no nos agradan las alborotadoras, no lo olvide, señoritingo -concluyó, clavando un dedo el pecho de Juliana.

Si el policía no hubiese estado sujetándola con tanta firmeza, Juliana le habría devuelto el favor. Sentía un deseo casi abrumador de escupir en la cara a esa mujer pero, de algún modo, logró contenerse y apartar la mirada de esa odiosa sonrisa triunfal.

-Rosamund no podrá sobrevivir a Bridwell -susurró Lilly a Juliana-. Yo podré y tú también, pero Rosamund es frágil. No aguantará más de una semana.

-No tendrá necesidad de aguantar -afirmó Juliana con una confianza que estaba lejos de sentir.

Estaban atándole las manos por delante con una tosca cuerda; cada nudo, cada vuelta la unía más firmemente a la cadena de las desposeídas.

Lilly la miró con despecho como si dijera, “Enfrenta la realidad” y soportó con los labios apretados que le amarrasen las manos. Rosamund, por su parte, siguió sollozando por lo bajo mientras la ataban. Las otras mujeres hablan sido sacadas de la sala y las oyeron declamar su arrepentimiento y gratitud a las dos alcahuetas que pagaban su fianza mientras atravesaban el vestíbulo. Acababan de recibir una lección: ahora sabían de qué lado estaba la mantequilla en el pan; podría congelarse el infierno antes de que ellas volviesen a pensar en buscar su autonomía.

-Venid conmigo, guapas mías -un policía les sonrió e hizo la mamola a Rosamund-. No es bueno para sus bonitos ojos derramar tantas lágrimas, señorita. Yo le aconsejarla que las guarde para Bridwell.

Una franca carcajada respondió a esa broma; Juliana, Lilly y Rosamund fueron casi arrastradas, empujadas hasta la salida de la casa y obligadas a montar en un carro abierto que aguardaba fuera.

Sumida en un espantoso temor, juliana esperaba que les ataran las manos a una cuerda sujeta al carro y que les bajasen la parte superior del vestido hasta la cintura. Pero sólo las subieron al carro a empellones; eso proporcionó a Juliana un alivio tan grande que, por primera vez desde que había empezado esa penosa experiencia, creyó que iba a desmayarse. Rodeó a Rosamund con un brazo y apretó con fuerza la mano de Lilly, y así viajaron en ese carro sin bancos, balanceándose y sacudiéndose sobre las piedras.

Estaba rompiendo el alba y las calles de la ciudad iban llenándose de vendedores ambulantes, basureros, carreteros, criados de toda laya que apresuraban su marcha hacia el mercado. Se había apagado el bullicio nocturno de Covent Garden, reemplazado ahora por los ásperos gritos de los vendedores del mercado, el traqueteo de las ruedas y el golpeteo de los cascos de los caballos. Al paso del carro que llevaba a las tres mujeres amarradas, las gentes se burlaban y les arrojaban pellas de lodo y trozos de fruta podrida; unos pequeñuelos corrían junto al carro canturreando coplas obscenas.

Juliana se imaginó ardiendo en la pira. Se vio atada a la picota, ante una muchedumbre que se mofaba de ella. Imaginó la cuerda en torno de su cuello que se apretaba y la dejaba piadosamente inconsciente antes de que encendieran los haces de leña. Imaginó esa pesadilla y eso le sirvió para derrotar a la horrorosa realidad de ese viaje humillante.

John Coachman se había quedado dormido sobre el pescante. Su intención había sido la de dormitar un par de minutos pero, cuando despertó, era casi pleno día. Se apeó de un salto del coche, lanzando una maldición, todavía aturdido por el sueño; el miedo hacía latir con fuerza su corazón. Dejó abandonados a los caballos y se precipitó a través de Covent Garden esquivando a la gente del mercado, que instalaba sus puestos. Había visto desaparecer a lady Edgecombe en esa dirección pero, ¿a dónde habría ido? Miró en derredor, desesperado, como si así fuese a verla sentada muy tranquila bajo las arcadas. Él sabia que algo malo habla pasado y que mientras aquello sucedía él dormía. El duque le arrancaría el pellejo y lo echarla a la calle para que se muriese de hambre.

-¿Ha perdido algo, compañero? -preguntó un amistoso cargador, deteniéndose con una cesta lleno de coles, que equilibraba sobre su cabeza.

John Coachman lo miró, angustiado.

-A mi señora -balbuceó-. He perdido a mi señora.

El cargador rió entre dientes:

-Covent Garden es el mejor sitio para perder a una dama, compañero. Hay muchas para reemplazarla.

El cochero no se molestó en explicarle algo que ni él mismo entendía. Su mayor temor era que lady Edgecombe hubiese sido secuestrada: ¡una dama tan fina en ese antro de iniquidad! No sería la primera vez que sucediera. Y habría ocurrido una hora atrás, por lo

menos. Ella podría estar en cualquier parte de esa laberíntica ciudad, con sus estrechas calles y sus oscuras y húmedas callejuelas.

-¿Se enteró de lo que pasó anoche en el Cocksedge? -preguntó el cargador, mientras sacaba de su bolsillo una pipa de barro, sin que se moviera su cesta por más que él se moviese.

Frotó mecha y pedernal y encendió un tabaco de olor picante.

El cochero casi no lo oía. Seguía mirando alrededor, frenético, mientras intentaba pensar qué podía hacer a continuación.

-Un grupo de esas ninfas de categoría fueron apresadas por los alguaciles en Cocksedge -disparó el informado cargador, entre nubes de humo de pipa-. Por incitar a la gresca, o algo así, dijo la vieja alcahueta. Seguro que tenía algo en contra de ellas. Ésa tiene el mal de ojo, sin duda.

Poco a poco, sus palabras se abrieron paso en la conciencia del cochero. John recordó la escena que había presenciado antes. Apareció en su memoria el recuerdo de esa cabellera roja.

-¿Qué dice?

El cargador repitió, en tono alegre:

-Las llevaron ante el juez Fielding, por lo que he oído, pero...

Se quedó mirando al cochero, que había salido corriendo hacia su coche, con sus impacientes e inquietos caballos.

John Coachman trepó al pescante, hizo restallar su látigo acompañando con un fuerte grito de ánimo, y los caballos se lanzaron a un buen trote casi de inmediato, haciendo balancear el coche. Rozaron uno de los puestos y el dueño corrió tras ellos, gritando maldiciones. Una mujer sacó de un tirón a un niño, justo a tiempo, de abajo de los cascos que golpeaban el suelo. Un perro huesudo se zambulló entre las ruedas del carruaje y emergió milagrosamente indemne del otro lado.

Ante la casa del magistrado, en la calle Bow, el cochero sofrenó a sus sudorosos caballos y, con manos trémulas, bajó a la calle, subió corriendo la escalera de entrada e hizo sonar el llamador. El lacayo que le abrió era altanero y parecía poco dispuesto, hasta que vio la corona ducal en las portezuelas del coche. En ese momento, se volvió todo afabilidad. Dijo que sí, que un grupo de rameras había sido llevado ante sir John hacía una hora, poco más o menos. Tres de ellas habían sido enviadas a Tothill Bridwell, y las otras fueron dejadas en libertad previo pago de una fianza que solventaron sus alcahuetas. Sí, una de las mujeres enviadas a Tothill era una pelirroja alta, de ojos verdes. Recordaba, vagamente, haberla visto con un vestido verde oscuro.

John Coachman le dio las gracias y regresó a su coche. Tenía la sensación de que su mundo se había vuelto patas arriba. Lady Edgecombe confundida con una ramera y llevada a Tothill Bridwell. Pero no habla otra explicación para la desaparición de Su Señoría.

Hizo girar sus caballos en dirección a la calle Albemarle, con su mente hecha un caos. Entre la servidumbre se decía que había algo turbio en el modo en que lady Edgecombe habla llegado a la casa. Todo el asunto del matrimonio del vizconde olía fatal. Para colmo, ella estaba alojada en la habitación contigua a la del duque; además, su flamante esposo había abandonado la casa.

Con todo, él sabía que esas conclusiones no le servirían para nada cuando tuviese que enfrentar la cólera del duque. Con el corazón transido, condujo el vehículo a la cochera, entregó los caballos al palafrenero y entró en la casa por la puerta trasera.

En la casa reinaba el acostumbrado y silencioso ajetreo matinal: se pasaba cera, se lustraba, se cepillaba, se quitaba el polvo. En la cocina se sentía el sabroso aroma del tocino y la morcilla, el encargado de los zapatos y la ayudante de cocina transportaban jarras humeantes al vestíbulo de la servidumbre. El cochero sabía que tendría que confiar en Catlett para poder hablar con el duque. Y sabía que debería hablar con el duque sin más demoras.

Se aproximó al augusto Catlett, que estaba sentado a la cabecera de una larga mesa, probando su cerveza y examinando con mirada crítica los platos que un criado ponía ante él. Al muchacho se le hizo la boca agua viendo desplazarse los platos sobre la mesa. Él y la

ayudante de cocina deberían esperar a que todos hubiesen comido; sólo entonces se les permitiría desayunar con lo que quedara.

-Eh, John Coachman, ¿cómo estás en esta hermosa mañana? -dijo Catlett, cordial, pinchando un trozo de morcilla con la punta de su cuchillo.

-Quisiera hablar unas palabras con usted en privado, por favor, señor Catlett.

Con sus ojos llenos de ansiedad, el cochero hacía girar su sombrero entre las manos.

-¿Qué? ¿En mitad del desayuno?

-Es muy urgente, señor Catlett. Está relacionado con Su Señoría y con Su Gracia.

Con un movimiento irritado, Catlett echó atrás su silla.

-En ese caso, es mejor que vayamos a mi despensa. Tú, muchacho, pon ese plato sobre el horno para que se mantenga caliente. Te sacudiré el polvo si hay una pizca de menos.

Se limpió la boca con una servilleta y abrió la marcha hacia la despensa.

-¿De qué se trata?

Sus ojos fueron dilatándose a medida que el cochero le narraba lo sucedido esa noche y la ausencia de lady Edgecombe.

-¿Ha sido confundida con una prostituta? -Catlett sacudió la cabeza, sin poder creerlo-. ¿Cómo es posible?

-No lo sé. Supongo que es por accidente. Fue a buscar un abanico y quedó atrapada en el tumulto -dijo John, chasqueando los dedos.

-Sir John no seria capaz de enviar a lady Edgecombe a Tothill Bridwell -afirmó Catlett-. Por lo tanto, ella no debe de haberle dicho quién es.

-Sí, pero, ¿por qué?

-No es asunto nuestro -sentenció Catlett-. Lo que sí debemos hacer es decírselo de inmediato a Su Gracia. Será mejor que me acompañes a su habitación. Ha vuelto hace sólo un par de horas.

El cochero fue tras de Catlett hacia la zona delantera de la casa y ambos subieron la escalera. Una doncella que estaba lustrando la balaustrada lo miró con curiosidad y luego dejó caer la vista de inmediato cuando Catlett le dio un pescozón detrás de la oreja.

-Hija mía, ¿no tienes nada mejor que hacer, que observar a tus superiores?

-Sí, señor... señor Catlett... no, señor -balbuceó la muchacha.

Ante la puerta del dormitorio del duque, Catlett dijo:

-Espérame aquí.

Abrió la puerta y entró en la oscura habitación. Las cortinas de la cama estaban echadas. El señor Catlett las corrió y tosió con fuerza.

Al parecer, el duque estaba profundamente dormido, con un brazo flexionado sobre la cabeza; en reposo, su rostro tenía una extraña apariencia juvenil, con la boca relajada y casi sonriente.

Catlett tosió de nuevo pero, al ver que no tenia respuesta, fue a abrir las cortinas de las ventanas para que la habitación se llenara de luz.

-¿Qué diablos...?

Tarquin abrió los ojos.

-Le ruego que me perdone, Su Gracia, pero se trata de un asunto de suma urgencia.

Catlett volvió junto a la cama, hablando con el práctico tono propio de su trabajo, preciso y bien modulado.

Tarquin se incorporó sobre un codo y parpadeó.

-¿Por qué me despierta usted, Catlett, y no mi valet?

Catlett carraspeo.

Pensé que usted preferiría que hubiera la menor cantidad posible de personas enteradas de esta situación, Su Gracia.

Instantáneamente despejado, Tarquin se sentó y su mirada voló hacia el armario donde estaba la puerta oculta. Juliana. Antes, cuando él habla llegado, ella aún no había regresado, pero eso no le había despertado ninguna inquietud. Estaba con su cochero, y acompañada por la formidable y muy respetable lady Bowen.

-Dígame de que se trata.

-Afuera está esperando John Coachman, Su Gracia. Tal vez sea mejor que él se lo diga en sus propias palabras -dijo Catlett, e hizo una reverencia.

-Llámelo.

Temblando de modo evidente, el cochero se acercó a la cama del duque. Seguía retorciendo el sombrero entre las manos; sus mejillas se cubrieron de rojo mientras hacia su balbuciente relato. El duque lo escuchó sin dejar entrever la menor perturbación en su impasividad, con sus ojos inexpresivos, su boca apretada.

Cuando el cochero hubo terminado el relato y permaneció allí, tironeando del ala de su sombrero, con los ojos bajos, el duque apartó la ropa de cama y se levantó.

-Más tarde, arreglaré cuentas con usted -dijo, sombrío-. Fuera de mi vista.

El cochero se escurrió fuera. Catlett fue a tirar de la cuerda de la campanilla.

-Necesitará usted a su valet, Su Gracia.

-No -Tarquin lo despidió con un gesto-. Soy perfectamente capaz de vestirme solo. Haga traer de inmediato mi faetón.

Se quitó el camisón y extrajo del armario unos pantalones de ante.

Catlett salió después de hacer una reverencia, Tarquin se vistió, mientras su mente funcionaba a toda velocidad. No se le ocurría ninguna explicación racional para el aprieto en que se hallaba Juliana. Pero recordó que ella no necesitaba ninguna razón lógica para meterse en problemas. Sabía que George Ridge no estaría involucrado en lo sucedido porque estaba ocupado en otro lugar. Por cierto, era la clase de venganza que podría complacer a Lucien, aunque no tenía la paciencia suficiente para orquestar un plan tan sofisticado. Era un individuo que actuaba al impulso de su crueldad. En el nombre de Dios, ¿qué habría llevado a Juliana a Covent Garden, en contra de sus órdenes expresas, y a pesar de sus propias experiencias, en lo más álgido de la corrupción nocturna?

¿Simple travesura? ¿Pura maldad? ¿Otra demostración de que se negaba a someterse a su autoridad? En cierto modo, él no creía que fuese tan sencillo. Juliana no era infantil... temeraria, sí pero, por otra parte, asombrosamente madura para su edad, cosa que sin duda debía a su infancia sin cariño. Era más probable que se hubiese metido en otra descaminada misión, como aquella que la habla llevado a terminar en Marshalsea. Por alguna razón, las mujeres de la calle Russell ejercían sobre ella una curiosa fascinación.

Encolerizado, pensó que debería dejarla unos días en Bridwell, mientras metía una gruesa billetera en el bolsillo de sus pantalones. Así pronto aprendería lo peligrosa que era aquella fascinación.

Sin embargo, él sabía que lo pensaba llevado por el miedo más que por el enfado. Un penetrante temor enturbiaba la pureza de su ira. No podía soportar la idea de que Juliana resultara lastimada, asustada. Era como si una parte de sí mismo estuviese sufriendo y él no lograra tomar distancia de ese dolor.

No sólo era inexplicable sino que constituía una maldita complicación. Salió a grandes pasos de su dormitorio, cerró de un portazo y enfiló corriendo hacia la escalera.

-Buen día, Tarquin. ¿A dónde vas tan temprano?

La voz de Quentin desde la biblioteca lo detuvo cuando cruzaba el vestíbulo. Quentin, que acostumbraba levantarse temprano, estaba fresco y sereno.

-Juliana ha hecho méritos suficientes como para que la envíen a Bridwell -dijo a Quentin, sin rodeos-. Contra mi propio sentido común, me dispongo a procurar que la liberen antes de que sufra demasiado daño en ese infierno.

Quentin se quedó boquiabierto, estupefacto.

-¿Por la misericordia del Señor; cómo ha .... ?

-No tengo idea -interrumpió Tarquin-. Esa chiquilla temperamental es un peligro. ¡Y te juro por Dios que en adelante la tendré bien sujeta!

-Te acompañaré.

Quentin dejó sobre una mesa el libro de plegarias que estaba leyendo.

-No es necesario. Yo puedo arreglármelas solo con Juliana.

-Con toda seguridad -Quentin salió afuera tras él; allí reinaba una mañana luminosa-. De todos modos, tal vez necesites apoyo. Tú no sabes con qué podrías encontrarte.

Tarquin le disparó una mirada sombría y los ojos de ambos se encontraron un instante. Ambos sabían que Quentin no habla hecho ese comentario a la ligera. Por fin, el duque trepó con un salto ágil al faetón que lo aguardaba, seguido por su hermano.

Quentin percibió que Tarquin trataba e relajarse en el momento en que tomó las riendas. Observó su perfil y vio que había ocultado cualquier emoción que pudiera reflejarse en su semblante. Pero a él no lo engañaba ese exterior de aparente calma. Ya hacía tiempo que él estaba convencido de que el despreocupado afecto que Tarquin demostraba por su *mignonne* ocultaba un sentimiento mucho más profundo.

Tarquin fustigó los caballos. Ésa fue la única señal de su angustia. Mientras tanto, luchaba por borrar las imágenes de lo que podría estar sufriendo Juliana en ese momento. Ella era tan intratable, tan audaz y desafiante que no pasaría mucho tiempo hasta que provocase a sus carceleros, y éstos intentarían quebrarla. Por cierto, ellos contaban con métodos groseros pero eficaces para lograrlo.

25

Un fuerte empujón de su escolta proyectó dando tumbos a Juliana a través de una puerta y la obligó a avanzar en una larga, estrecha y sucia habitación. Tras ella se cerró con estrépito una puerta de hierro con rejas. Hacía un par de minutos, el carro se habla detenido en un patio hediondo rodeado por un alto muro. Las tres mujeres fueron bajadas del carro por dos hombres armados de garrotes y arreadas como ganado en dirección a un edificio bajo. Rosamund se había tropezado con una piedra suelta y, al no poder equilibrarse por las manos atadas, había caído de rodillas. Uno de los carceleros la había golpeado en los hombros, sin miramientos con su garrote e insultando cruelmente. Ella logró levantarse y seguir andando, a tropezones y sin dejar de sollozar.

Ahora, las tres mujeres estaban allí, con las manos atadas, ante un mar de miradas hostiles, ávidas de las mujeres que las observaban en ese ámbito pobremente iluminado evaluando la calidad de sus ropas. Los muros eran de ladrillo a la vista y brillaban, pegajosas, rezumando humedad; el aire era rancio y hediondo; la única luz provenía de una diminuta ventana situada en lo alto de la pared más distante, bajo las vigas del techo. Estaba demasiado alta para llegar a ella desde el suelo y era demasiado estrecha para dejar pasar incluso a un niño pequeño que fuera capaz de trepar.

Las mujeres que en su mayoría estaban cubiertas sólo con fustanes desgarrados, bastas medias y zuecos, estaban ante hileras de macizos trozos de tronco de árbol y azotaban sobre ellos madejas de cáñamo con pesados mazos de madera. Horrorizada, juliana vio que muchas de ellas llevaban en las piernas grilletes de hierro que las sujetaban a los trozos de tronco. El sordo golpeteo rítmico rebotaba contra los muros de piedra. Una mujer de nariz hendida graznó de risa cuando Rosamund soltó un gemido y se tambaleó.

-Es la primera vez que estáis aquí, ¿eh, reinas?

La mujer soltó el mazo y se acercó a ellas. Tenía las manos despellejadas y sangrantes de manipular el cáñamo. Juliana se preguntó qué crimen le habría deparado su nariz hendida aunque, al mismo tiempo, la inequívoca malicia que veía en los ojos de la mujer le hizo dar un paso atrás. La mujer tendió la mano hacia el chal de muselina de Rosamund.

-Lleváis elegantes chucherías, ¿eh? Habrán costado unas buenas monedas, sin duda -dijo.

-Déjela en paz -ordenó Juliana.

Los ojos de la mujer se entrecerraron, amenazadores, al mismo tiempo, arrancó el chal del cuello trémulo de Rosamund.

-Quiero sus ropas y las tuyas también, señorita. Apenas acabe la jornada. Y si no cuida la lengua, le arrancaremos la corbata. Nosotros sabemos cómo domesticar un espíritu orgulloso. ¿No es así, muchachas?

Se oyó un coro de afirmaciones y los ojos dieron la impresión de acercarse, aunque las mujeres permanecieron en sus puestos. Juliana se volvió involuntariamente hacia los carceleros en busca de protección. Pero el hombre se limitó a reír.

-No moleste a Maggie; ella le arrancaría los ojos en cuanto pudiese. Aquí, su palabra es ley. No es asunto mío cuanto sucede aquí después de que se cierra la puerta -se puso delante de ellas y cortó sus ataduras con un cuchillo-.Y ahora, a trabajar. En esos tres troncos que están ahí.

Señaló tres puestos de trabajo desocupados con sus respectivos mazos encima.

Maggie las siguió y se quedó observando con los brazos en jarras cómo el carcelero sacaba de un cesto que había junto a la pared, tres gruesas madejas de cáñamo y las arrojaba sobre los troncos. La mujer se acercó y tocó la mano de Rosamund, que trataba de retirarla.

-Ésta no durará mucho -observó la reclusa, dando la vuelta a la pequeña mano blanca sobre la palma de su mano, con costras de mugre y manchada de sangre-. No te doy más de una hora para que tus manos estén sangrando tanto que no podrás ni tocar la maza.

Soltó un cacareo de risa y una oleada de carcajadas recorrió el recinto, provenientes de las otras reclusas que se habían tomado un descanso en sus labores para observar la iniciación.

El carcelero sonrió con malicia.

-Las que no quieran trabajar irán a la picota.

Rosamund estaba aturdida por el miedo y lloraba fuerte; no entendía nada. En cambio, Juliana y Lilly miraron hacia donde señalaba el dedo del hombre. Una picota en el muro, con sus huecos tan altos como para que la víctima' tuviera que estar apoyada sobre los dedos de los pies, lo cual obligaba a un intolerable esfuerzo con los hombros. Sobre ella habla una leyenda que decía: “Es mejor trabajar que estar de pie, aquí”.

Juliana tomó la maza y golpeó el cáñamo con un balanceo de fuerza prodigiosa. Aunque el peso de la herramienta le resultó asombroso, no vio que produjera el menor efecto en el cáñamo. Era preciso golpear ese material hasta que las fibras del centro se abriesen y fuera posible separarlas de la gruesa corteza fibrosa. Al tercer golpe, le dolían las muñecas, la piel de las palmas empezaba a escocer y el cáñamo no presentaba más que un leve aplastamiento. Echó un vistazo a Rosamund y vio que golpeaba sin fuerza, que seguía llorando y que no causaba el menor daño a la fibra. Lilly, en cambio, con los labios apretados, el rostro blanco, revoleaba el mazo por encima del hombro y golpeaba con decidida violencia. Aprensiva, Juliana pensó que en pocos minutos estaría agotada. Y si se fatigaba, no podría continuar.

Miró de nuevo el cáñamo de Rosamund y entonces, con rápidos movimientos, cambió su fibra por la de su amiga, casi intacta. Lilly le lanzó una breve mirada de aprobación y susurró:

-Entre las dos, podremos ayudarla.

-Eh, dejad ya de parlotear por ahí -el carcelero se encaminó hacia ellas balanceando su palo-. No hay tiempo para charlar. Si no tenéis seis de estos hechos cuando llegue el mediodía, iréis a dar al poste de los azotes.

Juliana cayó en las garras de una helada desesperación. No veía cómo salir de su presente situación. No había a quién recurrir. Estaban prisioneras en esa cueva fétida, tan lejos

de la civilización que hasta podrían borrarlas de la faz de la tierra gracias a la falta de contacto con el mundo exterior. Aun así, no cabía duda de que alguien estaría preguntándose dónde estaba ella. El cochero estaría buscándola. Alguien sabría qué había sucedido.

Sin embargo, ¿por qué habrían de hacer algo por ayudarla? ¿Qué derecho tenía ella a esperar ayuda? El duque debla pensar que ella se lo merecía. Para hacerla liberar, él tendría que reconocer su relación con una prostituta convicta, presa en un correccional. A ella no se le ocurrió qué motivos podría tener cualquiera menos aún el duque de Redmayne, para hacer semejante cosa.

Salvo para proteger su inversión, claro. Balanceó con furia el mazo, sin hacer caso del dolor en las manos, sin hacer caso de las gotas de sangre que empezaban a caer sobre el tocón y volvían resbaladizo el mango de la herramienta. Aceptó, agradecida, el dolor porque ahuyentaba la espantosa desesperación que era su peor enemigo: su instinto se lo decía.

Ella y Lilly debían aporrear sus seis madejas y compartir las de Rosamund para mantenerla a salvo de la picota... o peor, del poste de azotes. En ese infierno habitado por los desechos de la humanidad, el débil iba a la picota. Juliana sabía que ella seria capaz de hacer frente al carcelero y a la vil Maggie siempre que conservara sus fuerzas y combatiera esa temible sensación de impotencia. Tampoco Lilly sería fácil de quebrar. Pero Rosamund no tenía ninguna posibilidad. Ya tenía su espíritu quebrado; para las degradadas mujeres que las rodeaban seria una alegre diversión presenciar su completa desintegración.

Sir John Fielding observó a sus visitantes con cortesía pero, al mismo tiempo, con estupefacción.

-¿Que lady Edgecombe se encontraba entre las prostitutas que yo he mandado a Tothill Bridwell? Mi querido señor, estoy seguro de que debe estar usted equivocado.

-No lo creo -dijo Tarquin; su boca estaba tan tensa y apretada que era casi invisible- Pelirroja de ojos verdes. Alta.

-Sí, la recuerdo bien. Una moza atrevida -opinó el magistrado, acariciándose el mentón-. Ahora que lo dice, ella no daba la impresión de ser como las otras busconas. Pero, ¿por qué no se identificó? ¿Cómo es posible que se haya dejado apresar...?

-Perdone mi interrupción -dijo Quentin, adelantándose-. Según creo, es posible que esté relacionado con el interés que siente Juliana por la vida de las mujeres de la calle -tosió con discreción-. Ella se sintió muy afectada por las penurias de Lucy, ¿lo recuerdas, Tarquin? Insistió en sacarla de Marshalsea. Yo creo que sería muy propio de ella que... que quisiera ampliar su campo de operaciones, si me entiendes.

Tarquin asintió, sin alterarse.

-Desde luego, que sería muy propio de ella.

-¿Qué está tratando de decir, Su Señoría? -el semblante de sir John manifestaba su desconcierto-. No le entiendo bien. ¿Qué interés podría tener una dama en la vida de las prostitutas?

-Creo saber que lo injusto de su situación aflige sobremanera a lady Edgecombe -explicó Quentin con seriedad.

-Bueno, que me condenen. Es partidaria de la reforma, ¿no es así?

El juez levantó su pocillo y bebió con deleite un sorbo de café.

-Probablemente, no se trate de la reforma, sir John -repuso Quentin, después de beber un sorbo de café-. Juliana tiene una mentalidad con inclinaciones prácticas.

-Salvo en lo que toca a su propia protección -afirmó Tarquin, irritado.

-Bueno, si es verdad que ella ha estado interfiriendo en las ganancias de personas como Mitchell y Cocksedge, no me extraña que haya despertado las iras de los demonios -comentó sir John-. Que el diablo me lleve, señores, pero creo que Su Señoría debería tener mejor sujeta a su esposa.

-Oh, créame, sir John, de ahora en adelante, el trato será de rienda muy corta y freno muy duro -aseguró Tarquin, dejando a un lado su taza de café y poniéndose de pie con un movimiento brusco-. Si me da usted la orden para liberarla, señor, nos pondremos en marcha.

Sí, Su Gracia. Ahora mismo -el juez llamó a su secretario, el del oscuro traje, que había estado escuchando la conversación con oído alerta-. Escriba esto, Hanson: libertad inmediata de lady Edgecombe.

-Creo que Su Señoría se presentó como Juliana Beresford, señor -le recordó el secretario-. Así está registrada en la prisión.

-Estoy seguro de que no dio su verdadera identidad por temor a crearte una situación embarazosa -dijo Quentin a su hermano en un murmullo.

-Juliana siempre es un modelo de consideración -replicó Tarquin.

Esperaron a que el secretario escribiese, trabajosamente la nota; Tarquin apenas podía contener su impaciencia. Casi arrebató la nota de la mano del secretario y la metió en el bolsillo de la chaqueta, dando un conciso gracias por encima del hombro a sir John, al tiempo que salía a grandes zancadas de la sala, seguido de cerca por Quentin.

-¿Puedes calcular cuánto tiempo ha estado ella allí, Quentin?

La voz de Tarquin era tensa y su rostro una máscara; fustigó los caballos hasta que tomaron una velocidad vertiginosa por las calles que iban poblándose rápidamente.

Quentin echó un vistazo a su reloj de cadena: eran las nueve en punto.

-Estuvieron en casa de Fielding poco antes del amanecer. Habrán llegado a Bridwell unas dos horas después.

-Eso sería a las siete. Dos horas -ahora vibró una nota de alivio en su voz: haría falta más tiempo que ése para quebrar a Juliana-. ¿Ha comentado contigo esa obsesión que tiene por las rameras?

Intentó que no se trasluciera en su voz cuánto lo enfadaba que no hubiese confiado en él, pero ese enfado estaba dirigido más contra sí mismo que contra Juliana. Él no le había preguntado qué había estado haciendo en su última excursión a Covent Garden, aquélla en que George habla intentado secuestrarla. Él había supuesto, sencillamente, que ella se había encontrado con sus amigas porque eso la divertía. Ahora vela que había sido mucho más que eso.

-Un poco. Casi siempre, mientras velábamos a Lucy. En mi opinión, las experiencias que ha vivido juliana la han sensibilizado en relación a la situación de las mujeres. La explotación, como la denomina ella.

-¡Muerte y condenación! -Tarquin alcanzó a un pesado carretón en esa estrecha calle y pasó tan cerca que raspó el barniz del faetón-. ¡Explotación! ¿Quién diablos la ha explotado a ella?

-Tú.

La expresión de Tarquin sé ensombreció y en sus ojos brilló el chisporroteo de la ira. Pero no dijo nada, y Quentin tuvo la prudencia de guardar silencio.

El imponente edificio de Tothill Bridwell se alzaba ante ellos. Tarquin paró los caballos ante el sólido portón de hierro. Se abrió la portezuela del portón y salió por allí un mal entrazado guardián. Observó el carruaje y la altanera impaciencia del conductor. Hizo una especie de saludo militar, no muy entusiasta.

-¿No habrán venido al sitio equivocado, mis buenos señores? Tarquín se apeó de un salto.

-Tome las riendas -ordenó al atónito agente, al tiempo que se las arrojaba-. ¿Dónde puedo encontrar al jefe de este lugar?

-Bueno, Su Señoría está desayunando, sin duda -alarmado, el guardia echó una mirada a los dos caballos que coceaban y que ahora estaban a su cuidado-. En su casa -agregó, voluntarioso.

-¿Y dónde está eso? -preguntó Quentin enseguida, percibiendo que Tarquín estaba por estrangular al guardia.

-Cruzando el patio, a la izquierda. La casa que está separada.

-Gracias -Quentin sacó una pieza de un soberano-. Por las molestias que podamos haberle causado. Habrá otro cuando regresemos.

Echó a andar en pos de Tarquín, que ya había desaparecido por la portezuela.

El patio estaba rodeado de altos muros. Un poste de azotes se elevaba en el centro; a su lado, algunos cepos y una picota. A un costado, giraba un molino de rueda, chirriando a cada vuelta. Un grupo de mujeres con las camisas subidas hasta las rodillas, descalzas, caminaban alrededor mientras un carcelero con un látigo de larga fusta las instaba a esforzarse más, andando junto a ellas.

A los dos hermanos les bastó una mirada para comprobar que Juliana no había sido uncida a ese bárbaro instrumento. Tarquín aporreó la puerta de una casa muy baja, que se hallaba separada del edificio largo, angosto, de tejados de poca pendiente, donde se alojaban las prisioneras de Bridwell.

-Está bien... está bien... ya voy.

Se abrió la puerta y una mujer asomó la cabeza. Quizá fuera bonita en otros tiempos, de mejillas tersas, alegres ojos azules y pelo dorado. Ahora, en cambio, su rostro estaba marcado por la viruela, sus ojos nublados por el resentimiento, por la aceptación de una existencia estéril, y su pelo veteado de gris colgaba en lacios bucles sobre unos hombros flacos. Al ver a sus visitantes, sus ojos se dilataron.

-Quisiera hablar con el jefe de este lugar -dijo Tarquín con brusquedad-. Vaya a buscarlo, buena mujer.

-Está desayunando, milord -hizo una reverencia-. Pero, si a usted no le molesta, pase por aquí.

Indicó con un gesto un sucio y maloliente pasadizo a sus espaldas.

Tarquin aceptó la invitación, y Quentin lo siguió. El pasaje conducía a una habitación cuadrada, que apestaba a cebolla frita rancia y bacalao hervido. Un sujeto que llevaba un chaleco mugriento, con el cuello desabotonado y las mangas enrolladas, estaba metiendo un bocado de callos hervidos en la boca, valiéndose de la hoja de un cuchillo.

Cuando se abrió la puerta, el hombre levantó la vista.

-Agnes, te he dicho que no quería ser molestado... -su voz se apago al ver a sus visitantes, y en sus ojos apareció una expresión taimada. Se limpió la barbilla grasienta con el dorso de la mano y dijo, en tono adulador-: ¿Qué puede hacer por ustedes Jeremiah Bloggs, mis buenos señores?

Tarquin supo que ya estaba calculando qué suma podría extraer de la situación, cualquiera que ella fuese. Los guardianes de las prisiones no ganaban salario alguno, pero tenían autorización para extorsionar y cobrar una “fianza”, tanto de los prisioneros como de sus visitantes, por cualquier cosa que pudieran pedirle.

-Traigo una orden para la liberación de una mujer que ha sido traída aquí, por error, esta mañana -dijo él, al tiempo que depositaba el documento en una esquina de la mesa pringosa-. Tenga usted la bondad de mandar a buscarla.

La expresión taimada se intensificó; Bloggs se acarició el flojo labio inferior con la punta del pulgar.

-Bueno, no será tan fácil, mi honorable señor.

-Desde luego que lo es -replicó el duque-. En este documento se ordena que sea liberada de inmediato la prisionera Juliana Beresford. Sin estorbo ni obstáculo. Mi buen hombre, si usted tiene dificultades para desempeñar su tarea, yo me encargaré de que sea reemplazado por alguien que no las tenga.

La expresión taimada se convirtió en otra cargada de malevolencia.

-No sé dónde puede estar, Su Señoría -repuso el sujeto en tono quejumbroso-. Hay como una docena de pabellones, incluyendo el de las lunáticas. Tal vez prefieran ustedes mirar por sí mismos. Además, sería más rápido.

-Sin duda. Pero usted nos acompañara.

El guardián dejó abandonado su desayuno, mascullando maldiciones, vació su jarro de ginebra, recogió un pesado llavero y salió al patio delante de ellos.

En cuanto se abrió la puerta que franqueaba la entrada al edificio, los asaltó el hedor de los excrementos. Quentin se ahogó. Tarquin sacó un pañuelo del bolsillo y se lo llevó a la nariz, con expresión más lúgubre, si cabía, que antes. Al guardián, en cambio, no le molestaba la pestilencia. Movía su robusto cuerpo por el pasillo y se detenía ante las rejas de cada pabellón, abría la cerradura y, haciendo un hosco gesto, los invitaba a mirar dentro.

Mujeres flacas, de ojos turbios les devolvían la mirada sin interrumpir el rítmico aporreo de sus mazos. Las ratas correteaban entre la paja sucia que ellas pisaban; los carceleros se sentaban, muy relajados, en taburetes arrimados a la pared y, de vez en cuando, amenazaban con sus garrotes si consideraban que alguien estaba flaqueando.

Quentin no podía disimular el horror que revelaba su rostro. Siempre había sabido que existían lugares como ése y había dado por cierto que las casas de corrección eran necesarias para el buen desenvolvimiento de la sociedad. Pero, teniendo ante sus ojos esa indecible, hedionda miseria, no pudo menos que cuestionarse sus certezas. Echó una mirada a su hermano. El semblante de Tarquin se mantenía impasible, señal segura del torbellino que bullía dentro de él.

Al llegar al sexto pabellón, se detuvieron ante una puerta de hierro. El señor Bloggs metió la llave.

-Señores, si ella no está aquí, no me imagino dónde podrá estar. A menos que se halle ya con las lunáticas o que la hayan puesto en la rueda del molino. Es de esperar que no, pues veo que se trata de un error, ¿no? -Soltó una especie de risa al imaginar que una inocente podría haber sido víctima de un error como ése-. No me imagino cómo es posible que sir John pueda haber cometido semejante equivocación.

Abrió la puerta y se hizo a un lado.

Juliana estaba sumida en el ritmo del mazo. Sólo fijaba su vista en el cáñamo que tenía ante si. Las fibras comenzaban a separarse; una torva satisfacción la inundaba. No pensaba en otra cosa que en machacar el cáñamo. Los golpes resonaban en sus oídos, en su sangre, el estado de sus manos era una remota tortura en la que no debía concentrarse: eso lo sabía por instinto. A su lado, Lilly también aporreaba la fibra. Sin mirarse, siquiera, pasaron el lamentable trabajo de Rosamund de un tronco a otro pero, pese a sus esfuerzos, las manos de Rosamund estaban ensangrentadas y heridas después de la primera hora, tal como había presagiado Maggie, y sus lágrimas se mezclaban con la sangre que cala sobre el cáñamo.

No había modo de salir de esta pesadilla. El cerebro de juliana estaba embotado por el constante ruido y el efecto entumecedor de la fatiga. Hacía veinticuatro horas que no dormía, y lo más probable era que esa tarea continuase hasta el anochecer. Era imposible pensar, hacer nada que no fuera obligar a su cuerpo a repetir los movimientos y a vigilar el estado del cáñamo.

En el momento en que se abría la puerta, Rosamund gritó. El mazo cayó y rebotó contra el tronco. Ella se miraba fijamente las manos y sus ojos se abrían cada vez más, horrorizados. Alzó la vista y miró alrededor, enloquecida, como si tomara conciencia por primera vez de lo que la rodeaba; entonces, lanzó otro grito y se desplomó sobre la paja sucia.

Juliana y Lilly se arrodillaron a su lado. No hicieron caso de lo que pasaba junto a la puerta. Lilly levantó la cabeza de Rosamund y la apoyó en su regazo. Juliana quiso frotarle las manos pero no se atrevió a tocarlas. Ahora que había interrumpido su concentración, sus manos también ardían de manera despiadada; se conformó con acariciar una de las mejillas mortalmente pálidas de Rosamund.

-¡Consiga un poco de amoniaco y agua, hombre! -ordeno por encima del hombro, gritando en la dirección donde había visto por última vez al carcelero.

Maggie cacareó:

-Amoníaco y agua. ¿No querrá sales, también, milady? ¿O una pluma quemada, tal vez?

Juliana se puso de pie de un solo salto. Giró hacia la sonriente mujer, los ojos echando chispas de rabia, levantadas las manos ensangrentadas. Al ver a esa furia pelirroja avanzando hacia ella, Maggie retrocedió.

-¡Juliana! No empeores las cosas más de lo que están.

Ella giró hacia la puerta al oír esa voz serena que atravesaba el velo rojo de su ira. La voz de él era serena pero sus ojos quemaban como la lava y había una especie de sombra pálida en torno de su boca tensa y un músculo que palpitaba en su mejilla. Juliana no vio más que la ira; ni una señal de la angustia que había vivido él durante la última hora, ni un atisbo de la oleada de alivio que sintió al verla entera y sin señal de que hubiese sufrido algún daño grave.

-¿Qué haces tú aquí?

Ella misma se sorprendió al oír las petulantes palabras que surgían de sus labios. Quiso precipitarse a sus brazos, refugiarse en la fuerza de su cuerpo, sentirse segura contando con su protección. Quiso que él la consolara y la acunara, quiso oír suaves palabras de amor en sus labios. Ella hubiese preferido creer que si había ido a rescatarla era porque convenía a sus propósitos y no porque deseara hacerlo. Pero, al verlo allí, exudando tan temible cólera por cada uno de sus músculos tensos, sintió la decepción más profunda que hubiese sentido alguna vez.

Posó su mirada en Quentin, que estaba detrás del duque con su rostro crispado por un rictus de horror. Quentin era capaz de comprender qué la había impulsado a hacer lo que habla hecho. Él vería lo que su hermano no vela: su debilidad y su inimaginable alivio de que todo hubiese terminado.

-Yo podría preguntarte a ti lo mismo -repuso el duque, acercándose a ella.

Le tomó las manos en las suyas, tibias y fuertes, y las dio vuelta. Al ver su estado, su cólera no conoció límites y tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no acariciar esa carne desgarrada, lastimada, y aliviar el dolor con el bálsamo de sus besos. Supo que no era el momento. Ella estaba a salvo, y él tenía que sacarla de ese sucio antro de terror antes que ninguna otra cosa.

-Ven -dijo, en un tono que la ansiedad volvía cortante.

Se volvió hacia la puerta.

Juliana soltó sus manos de un tirón y le pareció que el dolor no era nada comparado con esa oleada de indignación incrédula. ¿Acaso esperaba él que ella saliera y abandonara a sus amigas?

-No me iré de aquí sin Lilly y Rosamund -recogió de nuevo su mazo-. Ellas están aquí por mi culpa. Ellas tienen tanto motivo para estar aquí como yo. Esos engendras de una perra de albañal nos delataron; yo no dejaré a mis amigas en este infierno. No necesito ni deseo tu intervención.

Alzó el mazo con ambas manos ensangrentadas y lo bajó de nuevo, reprimiendo con todos sus músculos el deseo de gritar de dolor por su carne desgarrada.

Tarquin giró con brusquedad hacia ella exclamando incrédulo: -¿Qué dices?

Quentin contuvo una sonrisa al ver tan confundido a su inmutable hermano.

Juliana ignoró la pregunta y Tarquin, con un ceño feroz, echó una mirada al patético cuerpo de la muchacha que yacía en el suelo, el pálido y desesperado rostro de la otra muchacha y, de pronto, se sintió avergonzado.

No estaba acostumbrado a ese sentimiento. Impaciente, arrebató el mazo de manos de Juliana y lo arrojó al suelo.

-Quentin, llévasela de aquí mientras yo arreglo lo necesario con relación a las otras.

La levantó en sus brazos y la entregó a su hermano, que la recibió y la sostuvo contra su pecho.

-¡No me marcharte sin ellas! -protestó juliana, ahogándose su voz contra el chaleco negro de Quentin.

-Juliana, por una vez en tu breve vida, haz lo que se te dice -dijo Tarquin en tono amenazador.

-Ven -murmuró Quentin-. Tarquin negociará la libertad de tus amigas.

Juliana pasó la mirada de un hermano al otro y lo único que vio en sus ojos fue sinceridad y confianza.

-Rosamund no puede andar -dijo, con aire práctico-. Debemos conseguir una camilla para ella.

-Deja que yo me ocupe de eso. Y ahora, sal de esta atmósfera infecta. No se puede saber qué clase de infección acecha aquí. Bloggs, quiero decirle una palabra.

Hizo una seña al guardián, cuyos ojos chispeaban: no creía equivocarse si imaginaba que estaba por recibir un suculento soborno. Se acercó al duque, quien se retiró hasta el rincón más alejado del pabellón.

Juliana se dejó llevar por Quentin. Cuando llegaron al patio soleado, aspiró el aire a grandes bocanadas.

-¿Sabías que existían sitios como éste, Quentin?

-Sí -respondió él-. Pero, hasta ahora, no había entrado en ninguno de ellos.

El horror de lo que había visto perduraba en sus ojos. La llevó hasta la portezuela del portón, ansioso por dejar atrás los últimos vestigios de ese infierno.

-No me daré por vencida -dijo ella, en voz baja y decidida al salir a la calle junto a él-. No dejaré que esas malvadas mujeres me ganen.

-¡En nombre de Dios, Juliana! No puedes cargar tú sola con todo el mundo del vicio.

Para alivio del portero, lo relevó del cuidado de los caballos y le dio otra moneda.

-No lo haré sola -replicó ella con acento apasionado-. Me ayudarán las personas como tú. Personas como tú que tengan el poder de enfrentar la explotación y la miseria. De ese modo, las cosas cambiarían.

Conmovido por su fervor, Quentin se abstuvo de empañar los sueños de la muchacha con su cinismo.

-Ahí viene Tarquin -dijo, aliviado.

El duque apareció en la portezuela con Rosamund en sus brazos y Lilly a un par de pasos más atrás. Jeremiah Bloggs venia a su lado con una sonrisa beatífica en el rostro pues estaba contando otra vez el fajo de billetes que habla obtenido por la liberación de las mujeres. El duque ni siquiera había regateado, discutiendo los términos; se habla limitado a sacar los billetes con expresión de disgusto y desprecio, desprecio y disgusto que hablan resbalado sobre el guardián como el agua sobre un pato.

Juliana corrió hacia ellos.

-Tenemos que llevar a Rosamund a que la vea un médico... aunque no; Henny podrá cuidarla mejor que cualquier médico. Ellas no pueden regresar a la casa de los Dennison hasta que no averigüemos si la señora Dennison tiene o no algo que ver con el complot.

Una vez más, Juliana estaba convirtiendo la casa de Tarquin en la sede de una misión de rescate y casa de convalecencia para rameras maltratadas. Él se sorprendió a sí mismo esbozando una sonrisa irónica. Subió a Rosamund al faetón y se abstuvo de hacer comentarios. Tenía un interés: hacer que Juliana se desnudara, se lavara a fondo y se metiera en la cama sin un instante más de demora.

Quentin subió al carruaje y sentó a Rosamund en su regazo, abrazándola con fuerza. Lilly, silenciosa, pálida y temblando violentamente tras haber escapado del infierno de manera tan inesperada, se sentó a su lado.

-No hay lugar para mí -dijo Juliana-. Tomaré un coche de alquiler... Ah, pero no tengo dinero, milord duque, ¿tú podrías...?

-¡No, no podría! -cortó él-. Si te imaginas que voy a perderte de vista otra vez, estás muy equivocada, hija mía -la remolcó, casi, hasta el peldaño, puso una mano en su trasero con su acostumbrada familiaridad y la empujó hacia arriba-. Nos apretaremos.

-Por mí, no hay inconveniente, pero está el miriñaque. Juliana forcejeó para sentarse en el escaso espacio que quedaba entre Lilly y el asiento del conductor.

-Quítatelo.

-¿Aquí? -preguntó ella, mirando de reojo hacia la calle.

-Sí, aquí -confirmó él, sin dudar-. Bájate de nuevo.

Estiró los brazos y la puso en el suelo.

-Date vuelta y levántate las faldas.

Juliana vaciló un instante y luego, se encogió de hombros y obedeció. Después de todo lo que había ocurrido, quitarse el miriñaque ante las miradas curiosas de los que pasaban apenas era un inconveniente menor. Sin embargo, advirtió que Quentin tenía la discreción de

desviar sus ojos cuando ella se levantó la falda dejando al descubierto sus espumosas enaguas, ahora sucias.

Tarquin desató con destreza las cintas que encontró en la cintura y soltó los aros de barba de ballena. Tiró de ellos y los arrojó a un costado de la calle, y luego volvió a izar a juliana al faetón, trepando tras ella.

Juliana recogió los blandos pliegues de su vestido y sus enaguas junto a su cuerpo y se empequeñeció todo lo que pudo. El muslo de Tarquin quedó apretado contra el suyo cuando él ocupó el sitio que quedaba y dio a los caballos la señal de partir. Juliana tocó la mano de Lilly, tanto para reconfortarla a ella como para consolarse ella misma. Lilly la recompensó con una sonrisa desmayada, y ambas miraron a Rosamund, ceñida por los brazos de Quentin. En su rostro muy pálido, sus ojos abiertos clavaban su mirada, sin ver, en el cielo. Al parecer, se hallaba en estado de conmoción, sin moverse ni percibir cuanto la rodeaba.

Rosamund no estaba hecha para la vida que le habla tocado: eso fue lo que pensó Juliana. Lilly, por su parte, era capaz de componérselas para vivir sin perderse a si misma. La mayoría de las chicas de la calle Russell extraían placer del destino que les habla tocado. Tenían mucho de qué reírse; compartían una estrecha camaradería. No sufrían carencias y siempre existía la posibilidad de un futuro grandioso y sólido, si la suerte les sonreía. Pero, también existía siempre la posibilidad de caer en Bridwell. O en Marshalsea. De tener que acostarse entre los puestos del mercado de Covent Garden por media hogaza de pan. Aun así, ellas preferían no lamentarse de las consecuencias de su mala suerte, y era fácil entenderlas.

Juliana reconoció pesarosa, que ella sola no podría obrar milagros. Miró al duque de reojo y vio que su rostro estaba inescrutable. Él podría ser un poderoso abogado si pudiera ser persuadido de que ejerciera su influencia. Pero ésa era una esperanza vana.

A menos que... Se llevó la dolorida mano al vientre. Pronto contaría a Tarquin que había concebido un hijo. Lo más probable era que él se sintiera encantado. Quizá, tan encantado que estuviera de ánimo para aceptar la proposición. Que, por una vez, ejerciera su influencia en bien del interés ajeno. Sin embargo, también era probable que él acentuara su actitud protectora hacia ella, de que se pusiera más ansioso aún ante la posibilidad de que ella quedara contaminada por el contacto con la vida de Covent Garden. Era posible que quisiera tenerla más confinada, para proteger a su hijo aún no nacido. Después de todo, ella y ese hijo eran su inversión. Y él era un hombre que cuidaba sus inversiones.

26

George Ridge salió de la silla de paseo haciendo una mueca cuando el movimiento le hizo doler la piel lacerada por el látigo. Con el ceño crispado, contempló la fachada de piedra de la casa del vizconde de Edgecombe, en la calle Mount. El edificio tenía un aspecto de deterioro, de abandono, con los bronces de la puerta sin pulir, las ventanas sucias, la pintura desconchada. Pese a lo temprana de la hora, grupos de hombres a los que George reconoció de inmediato como alguaciles, tanto por sus vestimentas como por sus modales, estaban reunidos, apoyados en las barandillas de hierro que había al pie de la escalinata, ante la puerta principal. Cuando se acercó a la escalera, la actitud de aburrida espera de esos hombres se disipó y fue reemplazada por un repentino alerta.

-¿Tiene usted asuntos que tratar con Su Señoría, señor? -quiso saber uno de ellos mientras se limpiaba los dientes con una uña sucia.

-¿A usted qué le importa? -replicó George, haciéndolo a un lado y pasando de largo.

-Sólo quería decirle que si Su Señoría llega a abrirle la puerta a usted, es más afortunado que nosotros -dijo el hombre con desdén-. Está escondido ahí dentro, más apretado que el culo de una gallina.

George no le hizo caso y golpeó el llamador. No hubo respuesta. Dio un paso atrás y, al contemplar la inescrutable fachada, alcanzó a divisar un rostro en una de las ventanas de la planta alta, que espiaba por entre la suciedad. Golpeó de nuevo y, esta vez, después de unos minutos, oyó que corrían los cerrojos. Los otros lo oyeron y subieron los escalones. La puerta se entreabrió, apenas. Una mano desencarnada aferró la manga de George y lo arrastró por la abertura. La puerta se cerró con fuerza sobre el pie de un alguacil. Afuera resonó un bramido de indignación, el violento martilleo del aldabón, y una polvorienta figulina de porcelana que había en una mesa tembló sobre su pedestal.

-El vizconde está arriba -el cuerpo al que pertenecía la mano era esquelético, el rostro flaco se asemejaba al de una comadreja y exhibía un par de incisivos que sobresalían de los labios delgados. El hombre indicó la escalera con la cabeza-. La primera puerta a la izquierda.

Dicho esto, desapareció en las sombras.

George, más ceñudo aun, marchó hacia la escalera, que estaba cubierta con una gruesa capa de polvo. Sus ojos estaban enrojecidos por la bebida y ardían con una rabia tan temible que era casi inhumana.

George Ridge era como un toro enardecido al que sólo movía una única idea y un único propósito. Vengarse del hombre que había dado la orden de que lo azotaran como a un siervo. Y esa venganza la llevaría a cabo a través de Juliana. El duque de Redmayne había dado palmarias muestras de que la salud, la reputación y el bienestar general de Juliana eran de vital importancia para él. Juliana ardería en la pira, en la plaza del mercado de Winchester. Y antes de que eso sucediera, su hijastro la poseería... revolcaría en el fango su arrogante desprecio. Él la vería humillada y a su protector, impotente para protegerla. Además, después de que ella fuera condenada, él recuperaría su herencia.

Abrió la puerta que estaba a la izquierda de la escalera. Ésta chilló sobre sus goznes sin aceitar y dejó ver una habitación escasamente amueblada; ni siquiera su aspecto de descuido general era capaz de disimular sus generosas proporciones y las complicadas molduras en el cielo raso.

Lucien estaba apoyado sobre un codo, ante un hogar desbordante de cenizas del invierno anterior. A sus pies había una botella de coñac y otra, vacía, estaba sobre la alfombra deshilachada. Un vaso colgaba de sus dedos.

Se irguió de golpe al ver a George.

-Dick, pedazo de canalla, ya te he dicho que... oh -miró a su visitante con irónica interrogación-. ¿A qué debo el placer?

-Tú me ayudarás -aseveró George.

Se inclinó para levantar la botella de coñac, la llevó a sus labios y bebió un largo trago.

Lucien enfocó su vista. Algo muy interesante había ocurrido para que sir George perdiera su aire de torpe e inepto.

-Bebe, querido muchacho -invitó Lucien, sin saber que el ávido interés que se leía en sus ojos desmentía su tono lánguido-. Hay más de eso. Al menos, creo que hay.

-Gracias.

George bebió otra vez, y su garganta dio paso al ardiente líquido que bajó por el gaznate para ir a añadir combustible al fuego que ardía en su estómago.

-¿En qué puedo serte útil? -Lucien recuperó la botella y la inclinó sobre su boca-. ¡Maldición, está vacía! Haz sonar la campanilla para que venga Dick, querido camarada.

Señaló con un ademán el deshilachado cordón de la campanilla que estaba junto a la puerta.

George tiró de él pensando que se le quedaría en la mano, pero desde lejos, desde las entrañas de la casa, llegó el tintineo de la campanilla.

-Me apoderaré de Juliana -dijo, paseándose por la habitación.

Cada movimiento le provocaba un doloroso aguijonazo, que le recordaba con odiosa claridad la humillación sufrida a manos del palafrenero del duque-. Y esta vez, nadie me detendrá.

-¿Ah, no?

Lucien se incorporó; en sus ojos se intensificó una luz de malévola curiosidad.

-Pienso raptarla mañana -dijo, sin inflexiones, como si estuviese recitando una lección bien aprendida-. Tendré preparado un coche cerrado y la llevaremos de inmediato a Winchester. Los Forsett se verán obligados a identificarla si los jueces lo piden. Y en el vecindario hay muchas otras personas que la reconocerían. Ella no contará con ese demonio para correr hacia él y cuando esté encerrada en la cárcel de Winchester él no podrá hacer nada para salvarla.

Lucien se tironeó del lóbulo de la oreja derecha.

-Algo debe de haber sucedido para incitarte, mi querido muchacho... Ah, Dick, trae otra botella de ese coñac que quema las entrañas.

-No sé si queda alguna -masculló el malhumorado sirviente.

-¡Entonces, ve a comprar algunas!

-¿Con qué, milord? -preguntó el hombre con burlona reverencia.

-Ten.

George sacó un billete del bolsillo y se lo dio.

-¡Ah, buen hombre! -aprobó Lucien-. Venga; muévete, bribón perezoso.

Dick se sorbió la nariz, guardó el billete en el bolsillo y desapareció.

-Desvergonzado tunante -comentó George-. Sólo se queda porque hace seis meses que no le pago y sabe que si se va antes de que yo esté muerto, no verá un penique. Veamos -continuó, echando a su visita otra mirada perspicaz-, ¿por qué es tan urgente ese rapto?

George no pensaba revelarle a su malicioso socio lo que el duque le había hecho. Se encogió de hombros, contuvo una mueca y dijo:

-Tengo que regresar a mi propiedad. No puedo continuar aquí más tiempo. Pero necesito tu ayuda.

Lucien hizo un gesto afirmativo.

-¿Y qué incentivo ofreces, querido muchacho?

George se sorprendió. Él tenía la certeza de que el deseo de venganza de Lucien era suficiente incentivo.

-La tendrás en tus manos -dijo-. Podrás tenerla tú primero... todo el tiempo que desees.

Se quedó estupefacto al ver la expresión de repugnancia que apareció en el semblante del vizconde.

-Yo quiero librarme de ella, no poseerla -rectificó Lucien, disgustado-. Pensé que habías entendido eso. Tú puedes presentar cargos contra ella; yo puedo repudiarla. Tarquín queda impotente y mortificado. La muchacha, arruinada. Por lo tanto, vuelvo a preguntarte, ¿qué incentivo ofreces para contar con mi ayuda?

Entornó los ojos. El desconcierto de George aumentó.

-¿No te basta con eso?

Lucien prorrumpió en alegres cloqueos.

-Por Dios; no, hombre. Mira; me darás mil guineas. A mi juicio, es una remuneración razonable. Claro que eso depende de lo que tengas en mente.

Se reclinó en el respaldo, cruzó las piernas y sonrió, despreocupado.

George se debatió consigo mismo un instante. Si bien podía conseguir un millar de guineas, odiaba derrocharlas en este odioso y sonriente reptil. Pero necesitaba la ayuda del vizconde.

-Necesito que me ayudes a sacarla de la casa -dijo-. Tenemos que entrar y sacarla de allí.

-¡Dios mío! -Lucien lo miró, atónito, y por primera vez dejó de lado su indolencia y su cínico humor-. ¿Qué plan tienes para hacer semejante cosa?

-En medio de la noche entramos en el cuarto de ella. La dominamos mientras está dormida y la sacamos de allí -George hablaba con la llana confianza de un hombre comprometido-. Tú sabes dónde está su cuarto, y también sabes cómo salir de la casa sin ser visto.

-¿Qué te hace pensar que yo puedo obrar tales milagros? -preguntó Lucien, arqueando una ceja.

-Yo sé que puedes -respondió George, terco-. Tú has vivido en la casa; es probable que tengas una llave.

Lucien reanudó el suave tironeo del lóbulo de la oreja. En efecto, tenía una llave de la puerta lateral. Había hecho hacer una copia hacía varios años, cuando aún era un muchacho. Como Tarquín era un tutor de exasperante severidad y ejercía una obstinada vigilancia, Lucien había recurrido con frecuencia a ella para eludir las reglas del duque y su control.

-Quizá la tenga -admitió, al cabo de un minuto-. Tal vez no sea tan difícil entrar, pero volver a salir con ese marimacho chillando y forcejeando es un asunto muy diferente.

-Ella no hará el menor ruido -aseguró George, en el mismo tono.

-¿Ah, no? -se asombró Lucien, inclinando la cabeza en actitud interrogante.

-Yo me aseguraré de eso.

Lucien observó su expresión unos instantes y luego asintió lentamente.

-Te creo. Siento compasión por mi señora esposa. Me pregunto qué puede haber sucedido para suscitar en tu pecho un apremio tan cruel, mi querido muchacho.

Por más que aguardó, no hubo ninguna explicación. La reticencia de Ridge no hizo más que aumentar su curiosidad, aunque estaba dispuesto a darle tiempo.

-Existe otra pequeña dificultad -continuó, en tono reflexivo-. La habitación de mi estimado primo se encuentra junto a la de nuestra presa. Estoy seguro de que esa proximidad es conveniente para él.

-¿Tú sabes, con certeza, que Juliana es su amante? -preguntó George en voz ronca.

Aunque él lo sabía, necesitaba esa confirmación.

-¿Qué otra razón podría tener mi primo para interesarse de esa forma por una muchacha? -razonó Lucien; se alzó de hombros-. Por otra parte, jamás he sabido que haya llevado a vivir a una mujer con él -sonrió-. Creo que puedo arreglármelas para hacer salir a mi

primo mañana de la casa. Será mejor que él esté en otra parte mientras nosotros raptamos a su putilla... Ah, por fin... Dick, con el alcohol que reanima.

Haremos un brindis por el éxito de esta empresa. Déjala ahí, hombre. No es necesario servirlo. Yo tengo suficientes energías para eso.

George recibió el vaso manchado que le tendía su anfitrión. Bebió y, por un instante, su mirada se volvió hacia dentro, hacia su venganza. Era un individuo en las garras de la locura. Cuando el duque de Redmayne se propuso someter a sír George Ridge había dejado en libertad los demonios.

El duque sofrenó a sus caballos al llegar a la casa de la calle Albemarle. Apareció Ted, como conjurado por un brujo, bajando la escalinata con una ligereza asombrosa para un hombre de su tamaño. Había oído el relato del cochero, igual que el resto de la servidumbre, y ahora miraba a Juliana con severidad, como si su tenebrosa aventura fuese, para él, una ofensa personal.

-Hazte cargo de los caballos, Ted.

Tarquín saltó al suelo, ayudó a bajar a Juliana y por fin a Lilly.

Quentin entregó a Rosamund para poder bajar sin problemas y después volvió a tomar el cuerpo lacio. El duque abrió la marcha del grupo para entrar en la casa.

-Catlett, haz venir al ama de llaves y mira que acompañen a estas dos jóvenes a un dormitorio. Envía a una doncella para que las atienda.

Y pide a Henny que vaya de inmediato a los aposentos de lady Edgecombe.

-¡Oh, no! -exclamó Juliana-. No... yo no necesito a Henny: ella tiene que atender a Rosamund. De verdad, yo puedo cuidarme sola; Rosamund necesita una mano experta.

Él le tomó las manos y volvió las palmas hacia arriba.

-Con las manos en este estado, tú no puedes hacer nada por ti misma. Si no quieres que te atienda Henny, lo haré yo mismo.

-No es preciso que te molestes, sir -dijo, en tono rígido-. No necesito una enfermera.

En la mirada de Tarquín explotó la irritación. Suspiró con fuerza y dijo:

-O aceptas que te atienda Henny o me aceptas a mí: elige.

-Entonces, tú -respondió ella, al comprobar que no tenía alternativa.

Rosamund necesitaba de las habilidades de Henny.

-Muy bien -él asintió brevemente y dijo a Catlett-: Quiero que lleven un baño, agua caliente, ungüento, vendas y jabón de lejía a la habitación de lady Edgecombe, de inmediato... Quentin, ¿puedes ocuparte tú de que las otras dos queden instaladas?

-Desde luego.

-Ven, Juliana -dijo el duque, aferrando la muñeca de la aludida como con un grillete y arrancando hacia la escalera.

De mal grado, Juliana lo siguió.

Su dormitorio estaba inundado de sol; todos los días renovaban las rosas en sus cuencos, el ambiente estaba cargado con su fragancia. La cama, con las sábanas crujientes, perfumadas de lavanda, la tentadora invitación del colchón y las mullidas almohadas de plumas, la atraían como si el familiar confort del hogar difuminase las imágenes de pesadilla de Bridweil.

El hogar. ¿Era éste su hogar? Lo sentía como si lo fuese. Su propio lugar. La voz del duque interrumpió sus reflexiones.

-La cama tendrá que aguardar, Juliana. Es imposible saber qué puedes haber pillado en ese agujero inmundo. Piojos, infecciones...

-¿Piojos?

Se llevó las manos a la enredada cabellera, y el disgusto dilató sus ojos. Por eso él había pedido jabón de lejía.

-No te muevas. Prefiero tocar tu ropa lo menos posible, de modo que voy a cortarlas para quitártelas.

Fue hasta el tocador y tomó una tijera que Henny guardaba allí para hacer arreglos menores en la ropa de Juliana.

Juliana permaneció de pie, rígida de asco. Recordó a aquella mujer, Maggie, cuando había tocado su vestido y había desgarrado el chal de Rosamund con sus manos retorcidas, mugrientas, sangrantes que manchaban todo lo que tocaban y acariciaban. Entonces, subió a su garganta una violenta náusea. Apartó a Tarquín, que se acercaba con las tijeras, al mismo tiempo que lanzaba una exclamación inarticulada y se precipitaba en busca del orinal.

Tarquín dejó la tijera y se acercó a ella. Juliana sintió en el cuello su mano tibia que le acariciaba la nuca. Él cayó en la cuenta de que si alguien le hubiese dicho unas semanas atrás que ayudaría sin titubear a una mujer que vomitaba, se habría echado a reír. Eso fue antes de que Juliana irrumpiese en su vida.

-Te pido perdón -jadeó ella cuando cesaron los espasmos-. No sé qué me ha pasado.

Envidió la presencia serena y atenta de Henny junto a Rosamund. Era una desdichada mortificación vomitar ante un hombre, aun cuando fuese su amante, especialmente si era su amante; ella no quiso ni imaginar qué estaría pensando él. A pesar de todo, la mano de él en su espalda había significado un inefable consuelo.

-No tienes por qué pedirlo -repuso Tarquín con suavidad, mientras humedecía un paño en el agua de la palangana.

El le limpió la boca y la frente, con una actitud atenta y práctica y, cuando ella le escudriñó el rostro, no vio en él ni rastros de la ira que había visto antes. Al contrario, había en sus ojos una expresión perpleja, y su boca estaba relajada. El dejó la esponja, recogió la tijera y cortó sin vacilaciones los lazos del corpiño.

En pocos minutos, Tarquín la dejó desnuda moviendo sus manos con diestra eficiencia, cortando fustanes, enaguas, tajando ligas. Ella se quitó las medias y las arrojó al lío de ropa descartada. Luego, se irguió, incómoda e insegura, deseando que estuviera Henny ahí, sin saber dónde poner las manos, sintiendo el absurdo deseo de taparse con ellas como si nunca hubiese compartido con este hombre tan gloriosa intimidad; como si él no hubiese tocado y explorado cada centímetro de su piel, cada rincón de su cuerpo; como si su lengua no hubiese saboreado su esencia; como si su dura carne no hubiese tomado y poseído su fragilidad; como si ella no le hubiera entregado los más recónditos secretos de su cuerpo y poseído, a la vez, los de él.

El la miraba de un modo totalmente despojado de deseo; más aun, daba la impresión de encarar todo el asunto desde un punto de vista práctico. Para ella, en cambio, esto no hacía más que aumentar su confusión. Cuánto deseaba la presencia de Henny. Una mujer; una enfermera. Una persona que le brindase una atención directa y sin complicaciones, que ella pudiera recibir con el mismo espíritu.

Un golpe en la puerta la sacó de sus reflexiones. Presa del pánico, miró a Tarquín; éste se limitó a darle una bata y a indicarle con un ademán que se refugiara a la sombra de las cortinas que cubrían la cabecera de la cama. Juliana retrocedió hacia allí envolviéndose con la bata de muselina y oyó a dos lacayos que entraban llevando una bañera de asiento de porcelana, jarras de cobre llenas de agua caliente; los seguía una criada con vendas, ungüento, jabón de lejía de picante olor, y una enorme pila de gruesas toallas.

Ninguno habló. Nadie echó una mirada hacia donde Juliana se había ocultado. El duque permaneció encaramado al alféizar, con los brazos cruzados, observando los preparativos. Por fin, los criados se marcharon, cerrando la puerta. Entonces, Juliana salió de su escondite.

-Primero, te vendaré las manos.

Vertió agua en la palangana del tocador.

-No podré lavarme con las manos vendadas -objetó Juliana.

-No lo harás, *mignonne*. Yo te lavaré.

Una leve sonrisa jugueteaba en su boca; Juliana recordó con nitidez la última vez que habían hecho el amor, ese instante cuando él la había mirado, cuando la mirada había llegado hasta el fondo de su alma con tal expresión de maravilla, con tanta calidez. ¿Dónde habría desaparecido la ira de Tarquín? Juliana se zambulló otra vez en el caos de sus sentimientos. ¿Qué sentía él?

Tarquín indicó con un ademán el taburete del tocador.

-Siéntate y dame las manos.

Con la destreza y suavidad de una enfermera experta, él lavó las zonas en carne viva, esparció el ungüento, luego la vendó, desgarrando una punta de la venda para poder hacer un nudo. Él estaba tan asombrado como Juliana por esta habilidad recién descubierta y su sonrisa se hizo más ancha por el inesperado placer y la satisfacción.

Juliana se mordió el labio inferior.

-¿Te preocupaste por mí cuando supiste dónde estaba?

La pregunta había sido una especie de prueba y sólo cuando la formuló supo que no había tenido intenciones de hacerlo.

-Siéntate en la bañera -respondió él-. Y deja las manos fuera del agua.

-¿Te preocupaste? -insistió ella, con un pie levantado como para meterse en la bañera.

De pronto, sintió que esa pregunta era la más importante de su vida.

-Yo no dejaría en ese sitio ni a mi peor enemigo -dijo él con aire petulante-. ¿Vas a sentarte por tu propia voluntad?

Juliana se apresuró a meterse en el agua. La respuesta de él no la satisfacía. Bajó su vista hacía el agua.

Tarquín le tomó el mentón y le alzó la cara.

-Nunca, en mi vida, he estado tan preocupado -afirmó con llaneza; su expresión y su tono no guardaban el menor rastro de petulancia-. Me has dado un susto de muerte, Juliana. Y si alguna vez vuelves a asustarme de ese modo, te aseguro que lamentarás el día en que naciste.

El le soltó el mentón y echó agua caliente sobre el pelo de Juliana, ella resopló y apartó, impaciente, su masa de rizos mojados para poder verle el rostro de nuevo. En los ojos de él relucía esa misma luz, a pesar de su convincente amenaza. Sin entender por qué, a Juliana le agradaron tanto la amenaza como el resplandor. Ya satisfecha, inclinó la cabeza entregándola a los fuertes dedos de él.

Juliana hizo una mueca al sentir el olor de la lejía del jabón con que él le frotaba vigorosamente el pelo enredado. Le recordaba al estiércol de las ovejas. Y peor aun fue cuando él le restregó el cuerpo con el paño de lavar, sin olvidar un solo centímetro cuadrado de su piel. No lo hacía con rudeza pero sí con meticulosidad y, cuando le enjabonó los pechos, ella tuvo que contenerse para no crisparse puesto que estaban sensibles como nunca.

Tarquín captó la casi imperceptible crispación, y se preguntó cuánto tiempo dejaría pasar ella aún antes de decirle que estaba embarazada.

Era evidente que a ella no se le había ocurrido que él podría adivinarlo.

Tenía algo de conmovedoramente ingenuo el hecho de que ella no se percatase de que él estuviera tan sintonizado con sus ciclos orgánicos como ella misma. Sonrió para sí aunque sin dejar traslucir sus pensamientos; ella se lo diría cuando se sintiera dispuesta a decírselo.

-Pienso que ya estás limpia -anunció él, por fin-. No he podido encontrar ningún piojo. Es de suponer que no has estado allí el tiempo suficiente para pescar una infección. Sal del agua.

El tomó una toalla grande.

Juliana permaneció quieta mientras él la secaba con tanta delicadeza como si fuese una muñeca de porcelana, dedicándose a sus partes más íntimas con minucioso cuidado que seguía siendo deliberadamente práctico. Por último, le pasó el camisón por la cabeza.

-Y ahora, puedes meterte en la cama y explicarme qué vuelo de la imaginación te condujo a este último desastre.

-¡Vuelo de la imaginación! ¿Así lo llamas? -Juliana olvidó un instante su fatiga y su confusión y lo miró enfadada, con el pelo mojado revoloteando en torno de su cabeza-. ¡Yo trato de ayudar a esas mujeres para que encuentren el modo de tener cierto poder sobre su propia vida y tú lo llamas vuelo de la fantasía! -había en sus ojos tal fuego que lo quemó-. Ahí fuera hay un mundo de esclavas... esclavas de cuyos cuerpos tú disfrutas, por supuesto, por eso tienes interés en que sigan esclavizadas.

Juliana se volvió, con un fugaz gesto de derrota y se metió en la cama.

-No tienes compasión, no tienes alma, milord duque. Eres igual que los demás de tu clase. Si tú hablaras... tú, y lord Quentin, y los otros... la gente os escucharía. Si tú insistieras en que trataran bien a esas mujeres cuyos cuerpos utilizas, eso podría cambiar.

Atrajo las mantas hacia ella y se volvió, de espaldas a él.

Tarquín se quedó mirando la curva de su cuerpo bajo las mantas. Distraído, se mesó los cabellos en un gesto de desasosiego impropio de él. Hasta ese momento, nadie le había hablado jamás con tan furioso desdén ni tampoco lo había mirado así. Pero, en vez de reaccionar con enfado, lo único que él sentía era pesar. Una chicuela de diecisiete años lo acusaba por la despiadada indiferencia de su modo de vida, de su visión del mundo, y él se quedaba ahí, pensando que quizás ella tuviera razón.

Ella estaba empujándolo al límite de la locura. Si no lo aterrorizaba con sus aventureras cruzadas, desenrollaba cada una de las hebras que constituían la trama de su vida, obligándolo a mirar, a ver cosas que antes jamás le habían preocupado. Muchas de esas revelaciones eran de su incumbencia, y no se sentía nada cómodo con ellas.

Dio un paso hacia la cama y luego, con un meneo de su cabeza, salió de la habitación cerrando sigilosamente la puerta tras de sí.

Al oír que se cerraba la puerta. Juliana se volvió y quedó acostada de espaldas. Detuvo su mirada en un tiesto con flores, la vista fija, sin ver, en una rama de hiedra. Cerró los párpados para contener las lágrimas que nublaban sus ojos y trató de convencerse de que lloraba de puro cansancio. En reacción a lo que había soportado.

27

-Que Dios me perdone, no sé adonde irá a parar el mundo si unas jovencitas como vosotras estáis en este estado -dijo Henny, a la mañana siguiente, sacudiendo su cabeza mientras quitaba las vendas de las manos lastimadas de Juliana.

-¿Cómo está Rosamund?

Juliana se sentía laxa, llena de una profunda e inusitada languidez. Había dormido todo el día y toda la noche; aun así no podía despertar del todo, por más que se esforzara. La lluvia tamborileaba en el cristal de la ventana, y su habitación estaba iluminada con velas, lo cual no contribuía a mejorar las cosas.

-Se pondrá bien. Ha sufrido una horrible sacudida pero está recuperándose bien. Esa tal señora Dennison ha venido para llevarse a las dos a su casa.

-¿Ya? -Juliana hizo una mueca cuando se despegó la venda de la herida abierta-. ¿Por qué nadie me lo ha dicho?

-Porque estaba durmiendo, y Su Gracia dio la orden de que no se la molestara hasta que llamase -Henny mojó un paño en un tazón con agua tibia-. Quiere que vaya a verlo a la biblioteca en cuanto esté vestida. Eso, si se encuentra bien, claro.

Limpió las palmas de las manos de Juliana y las secó con cuidado antes de aplicarle una nueva capa de ungüento.

Juliana cerró los ojos y pensó que quizás había ingerido sin saberlo un brebaje que le provocaba sueño. No lograba recordar nada desde que Tarquín se había ido, el día anterior, con la luz de la mañana. ¿Quién habría informado a la señora Dennison que Lilly y Rosamund estaban allí? ¿Guardaría resentimiento contra ellas? Al parecer no, puesto que las había acogido otra vez de inmediato en su seno. Tarquín debía de saberlo.

La depresión la aplastó cuando recordó que él se había ido enfadado, sin responder ni una palabra a sus amargas acusaciones. Ella había sofocado cualquier sentimiento cálido que él pudiera albergar hacia ella. No lamentaba lo que había dicho, puesto que cada una de sus palabras era cierta, aunque ahora sentía que había sido algo malvado atacarlo inmediatamente después de que él le diera tantos cuidados.

-Pienso que es mejor que vuelva a la cama, pequeña --cloqueó Henny, volviendo a vendarla-. Haré saber a Su Gracia que todavía no está en condiciones de bajar.

-No... no, nada de eso; ya estoy bien -Juliana abrió con esfuerzo sus ojos. No podía eludirlo durante más tiempo; además, quería que él respondiese sus interrogantes-. Me lavaré la cara y beberé un poco de café; pronto estaré bien despejada. Lo que sucede es que está lloviendo y aquí está muy cerrado.

Henny chasqueó la lengua pero no discutió más; media hora más tarde, Juliana se contemplaba, desanimada, en el espejo. Su pelo estaba especialmente rebelde esa mañana, contrastando con su rostro, más pálido que de costumbre. Sus ojos, con oscuras ojeras, parecían muy grandes y ella concluyó que le daban una apariencia muy interesante. Misteriosa y torturada. Esa caprichosa noción la reanimó un poco. Era difícil encontrar a alguien menos misterioso que ella, con sus grandes pies y su torpeza. La muselina de color lavanda pálido y sus manos vendadas le daban un aire más delicado que lo habitual.

-Vaya, pues. Pero no se quede mucho tiempo. Tiene que descansar antes de la cena.

-Es usted tan buena conmigo... -dijo Juliana-. Hasta ahora, nadie me había cuidado ni se había preocupado tanto por mí.

Se dejó llevar por un impulso y dio a Henny un beso que hizo sonreír de placer a la mujer, que la echó con un:

-Vamos, fuera, milady.

Al principio, cuando entró en la biblioteca, Juliana no vio al visitante de Tarquín, ansiosa como estaba por hacerle las preguntas que se escapaban de sus labios incluso antes de trasponer la entrada.

-¿La señora Dennison estaba enfadada con Lilly y Rosamund? ¿Cómo se enteró de que estaban aquí? ¿Estás seguro de que no las tratará mal?

-No. Yo se lo he dicho. Sí -respondió Tarquín, al tiempo que se levantaba de la silla-. Haz una inspiración profunda, mignonne, y saluda como es debido al señor Bonnell Thornton.

Juliana hizo la inspiración. Vio, con sorpresa, que el duque le sonreía y que perduraba en sus ojos esa cálida luz. No había rastros de la frialdad que ella esperaba.

-¿Juliana? -la instó él, señalando a su acompañante, al ver que ella no se movía de inmediato.

-Le ruego me perdone, señor -Juliana se recobró y dirigió una reverencia al caballero alto y delgado que llevaba puesto un asombroso traje de satén rosado.

-Estoy encantado de conocerla, señora -saludó el caballero-. Su Gracia me ha relatado sus desventuras y la causa de ellas.

Juliana lanzó una mirada interrogante a Tarquín, sin saber cómo tomar esa afirmación, y él le alcanzó un periódico:

-Si lees esto -digo-, comenzarás a comprender que no eres la única defensora de esta causa, Juliana.

Hasta el momento, ella no se había topado con el Drury Lane Journal. En cuanto comenzó a leer, comprendió la razón del subtítulo:

"Al ataque". Era un periódico chismoso, grosero, cargado de insinuaciones y crónicas supuestamente veraces de los escándalos ocurridos del mundo elegante y de la política de Londres. Era tan perverso como divertido. Sin embargo, Juliana aún no percibía adonde quería llegar Tarquín. Miró rápidamente comentarios y críticas de obras de teatro y óperas; luego levantó la vista:

-Es muy divertido, pero no entiendo qué...

-En las páginas centrales, hallará usted un artículo de una tal Roxanna Termagant -señaló el señor Thornton.

Ella encontró el artículo indicado, y su boca dibujó una muda "O". La señorita Termagant daba una descripción precisa del, así llamado, tumulto en Cocksedge y acusaba sin rodeos a Mitchell y Cocksedge de orquestar dicho tumulto y el subsiguiente registro policial con el propósito de lograr la detención de cuatro mujeres, una de las cuales no era una prostituta sino la esposa de un vizconde. Al relato seguía una enardecida crítica a las autoridades que habían servido a los malignos propósitos de las alcahuetas y habían apresado a mujeres inocentes, que sólo se habían reunido para discutir, apaciblemente la manera de mejorar sus condiciones de vida y de trabajo.

-¿Quién es esta señora?

El señor Thornton hizo una pomposa reverencia.

-La tiene usted ante sus ojos, señora -respondió, con maliciosa sonrisa.

Quizá fuera ése el motivo del satén rosado. De todos modos, seguía confundida.

-¿Acaso fue milord duque quien le contó todo esto?

-No es una historia poco frecuente, milady. Cualquier intento de las mujeres de exigir que sus patronas, por llamarlas así, respeten sus derechos básicos siempre es derrotado. Sin embargo... -tomó la hoja que ella tenía en sus manos y la señaló con el dedo- podemos fastidiarles la vida exponiéndolas al ridículo y a la indignación de la gente. Por desgracia, yo no puedo descubrir todos los horrores que están ocurriendo. Por ejemplo, yo no conocía el caso de la señorita LucyTibbet. Por lo tanto, quiero hacerle una proposición, lady Edgecombe.

Juliana se sentó en el brazo del sofá. Lanzó una mirada a Tarquín, que estaba muy tranquilo en su silla con los dedos apoyados en la boca y los ojos puestos en ella.

-No todos en nuestra sociedad cerramos los ojos a la injusticia, mignonne. El señor Thornton tiene una voz que se hace oír en Covent Garden. A mi juicio, sus métodos son más eficaces, tampoco necesita incitar a las rameras a la rebelión e ir a dar a Bridweil.

-De modo que... ¿tú quieres ayudar, también? -preguntó, incrédula, frunciendo el entrecejo.

Aunque le parecía increíble, ¿a qué otra cosa podría estar refiriéndose?

-Digamos que tú me has abierto los ojos -respondió él, irónico.

Juliana quedó tan estupefacta que por un momento no advirtió que el señor Thornton estaba hablando de nuevo. El hombre carraspeó para llamarle la atención y continuó.

-Como iba diciendo, lady Edgecombe, según entiendo, usted tiene amigas en Covent Carden. Mujeres que cuentan con la posibilidad de saber qué sucede allí. Si consigue que ellas confíen en usted, me dará material para hacer la guerra.

-¿Se refiere a que actúe como espía?

-Como informante -rectificó Tarquín.

-Además, guardaré todos los fondos que puedan reunir -prosiguió el señor Thornton- y asumiré la responsabilidad de distribuirlo entre las mujeres que los necesiten. Tal vez sus patronas se irriten ante mi aparente filantropía, pero no tendrán excusas para vengarse en las mujeres; así, nadie tendrá que temer represalias -concluyó, con un enfático asentimiento.

-Yo prefiero estar haciendo cosas -dijo Juliana-. Limitarme a contar historias me suena un poco patético.

-Es que cuando haces cosas te metes de cabeza en problemas -subrayó el duque.

Bonnell Thornton rió entre dientes, y Juliana se sonrojó pero no se atrevió a negar la verdad.

-Tu error consiste en sobreestimar tu capacidad de cambiar al mundo, mignonne -siguió diciendo Tarquín-. Eso no puedes hacerlo sin ayuda.

-Eso te dije ayer.

-Y, como puedes ver, yo lo he tomado a pecho.

-Sí -admitió ella. Aún le costaba creer que sus palabras hubiesen surtido tal efecto. Se volvió otra vez hacía Bonnell Thornton-. Bueno, si usted piensa que esto dará resultado, por supuesto ayudaré de cualquier modo que pueda, señor Thornton.

-Está bien. Ya verá que, poco a poco, iremos impulsando cambios... Bueno, ahora tengo que irme. Su Gracia... -hizo una reverencia en dirección al duque quien se levantó cortésmente y lo acompañó hasta la puerta. Juliana saludó al visitante con una inclinación, y éste tomó su mano vendada y le dio un leve beso en las yemas de los dedos-. Buenos días, lady Edgecombe. Estoy impaciente por comenzar nuestra tarea en común.

Cuando él se hubo marchado, Tarquín cerró la puerta y regresó junto a Juliana.

-Sé que lo consideras un trabajo de escaso valor, querida, pero créeme que es lo mejor que puedes hacer.

Juliana no estaba muy convencida de eso. Se le ocurrían muchos modos en que podría colaborar con las actividades del señor Bonnell Thornton. Pero no sería prudente mencionarlos en ese momento.

-No puedo hacer el trabajo para el señor Thornton sin visitar a mis amigas -subrayó.

-Es verdad -admitió él, mientras iba hasta el aparador para servirse una copa de jerez-. Pero, permitirás que Ted vaya contigo, ¿verdad?

Juliana negó con la cabeza.

-¿Por qué has cambiado de idea?

El dejó la botella y fue hacia ella. Encerró su rostro entre ambas manos y le rozó los párpados con los labios.

-Tú obras la más extraña de las magias, mignonne. Yo creo que si te lo propusieras, podrías derretir un corazón de mármol -le pasó el pulgar por la boca con una sonrisa triste-. No puedo decir que me agrade ser el objeto de tu celo reformista -la besó, mientras ella aún estaba pensando una respuesta-. Y ahora, vete arriba. Pareces agotada.

De súbito, ella sintió náuseas y una enorme somnolencia. Su cerebro no podía interpretar las palabras de él. ¿Constituirían cierto tipo de declaración? ¿Una especie de promesa? Intentó buscar una respuesta pero algo en la mirada de él la convenció de que Tarquín no le diría nada más.

El le apoyó las manos sobre los hombros y la hizo girar hacia la puerta.

-Ve con Henny, Juliana.

Y ella se fue sin agregar palabra.

Se tendió en la chaise longue, junto a la ventana de su dormitorio, mientras Henny le quitaba los zapatos y le desataba el corpino. Juliana se llevó la mano al vientre. Este niño sólo contaría con un tutor y un tío. Jamás conocería a su padre; toda la ternura del mundo podría suavizar esa realidad. En el instante en que Tarquín supiera que ella llevaba a un hijo suyo en el vientre, ya no sería exclusivamente de ella, ni siquiera estando en su matriz. ¿Cuánto tiempo podría reservarlo para sí?

-Henny dice que Juliana no podía despertarse, hoy -dijo Quentin, preocupado. Estaba junto al fuego del hogar de la biblioteca, que habían encendido para contrarrestar el frío y la humedad de ese día lluvioso-. ¿Es posible que ella haya sufrido más de lo que suponemos?

-No lo creo -Tarquín siguió bebiendo un sorbo de oporto-. Yo creo que hay algo más detrás de eso.

-¿Qué cosa? -preguntó Quentin tomando su copa de la repisa.

Tarquín bostezó.

-Eso debe decirlo Juliana. Yo estoy seguro de que ella me lo dirá cuando esté dispuesta a hacerlo -estiró las piernas hacia el fuego-. Hay ocasiones en que es delicioso pasar una velada en casa.

-Sobre todo, cuando se oye eso -Quentin señaló con un gesto la ventana, donde la lluvia tamborileaba, monótona-. Fuera hace una noche horrible.

-Sí; además, es muy reconfortante pensar que mi temeraria *mignonne* está metida en su cama, sana y salva -dijo Tarquín, volviendo a bostezar.

Quentin fijó la vista en su copa.

-¿Ocultarás esta relación a Lydia cuando ella sea tu esposa? -preguntó en voz tensa y la mirada atenta.

Tarquín alzó la vista y esa somnolienta indolencia desapareció de su expresión.

-¿Qué quieres decir, Quentin?

-¿Tú que piensas? -se levantó de un salto; ya no soportaba más el dolor de su frustración-. Tanto Juliana como Lydia estarán en tu casa. ¿Ocultarás a Lydia tu verdadera relación con Juliana?

Tarquín se quedó mirándolo, estupefacto. El rostro de Quentin estaba pálido y sus labios exangües.

-¡No puedo soportarlo, Tarquín! No puedo soportar la idea de que vayas a tratar a Lydia de esa manera. Que Dios me ampare: yo la amo. Y no pienso quedarme aquí viendo cómo tú arruinas la vida de ambos; la de ella y la mía.

Mientras hablaba, retorcía las manos con desesperación y sus ojos grises eran ardientes hoyos en su rostro blanco.

-¿Tú... tú y Lydia? -tartamudeó Tarquín-. ¿Tú y Lydia?

-Sí.

-¿Lydia... Lydia sabe lo que sientes?

Él seguía sin poder captar el sentido de todo eso.

-Sí.

-¿Y ella corresponde a esos sentimientos?

Quentin asintió.

-¡Dios mío! -exclamó Tarquín, mesándose los cabellos-. ¿Tú y Lydia se aman? Sé que siempre has sentido un cariño especial por ella, pero...

-¡Hay ocasiones en que eres tan ciego que no ves tu propia nariz, Tarquín! -declaró Quentin, sintiéndose repentinamente aliviado, como si se hubiese quitado un gran peso de encima-. A Juliana le bastaron cinco minutos para ver...

-¡Juliana! -ahora recordó sus insinuaciones-. Jesús, María y José! -murmuró.

-No me quedaré tan fresco viendo cómo ofendes a Lydia, conservando a tu querida en la misma casa -reiteró Quentin, ahora en voz más fuerte.

Tarquín no dijo nada, y siguió con la vista clavada en el fuego: estaba pensando que tampoco se imaginaba ofendiendo a Juliana de ese modo. Por todos los diablos, ¿qué estaba sucediéndole?

-¿Me has oído, Tarquín?

El aludido alzó la vista y sacudió la cabeza lanzando una breve carcajada de resignación e incredulidad.

-Oh, desde luego que te he oído, hermano. Te he oído con tanta claridad como si hablara yo mismo.

Quentin aguardó a que él siguiera hablando, pero su hermano se volvió de nuevo hacia el fuego, haciendo girar entre los dedos la copa de oporto. Fue como si hubiese erigido un muro a su alrededor. El silencio se alargó hasta que al fin Quentin salió de la habitación y cerró suavemente la puerta tras de sí. Aunque no se había resuelto nada, él había hecho su descargo. La verdad había salido a la luz y él sentía un alivio sobrecogedor.

Tarquín permaneció inmóvil largo rato. En un momento dado, se levantó para llenar otra vez la copa. Su mirada se posó sobre un retrato en miniatura de Lydia Melton: seria, compuesta, digna. La esposa perfecta para un obispo.

De repente, se echó a reír con fuerza. Qué simple era todo si uno contemplaba el mundo a través de los ojos de Juliana.

Aún reía cuando se oyó llamar a la puerta y entró Catlett con una nota sobre una bandeja de plata.

-Disculpe, Su Gracia, un mensajero acaba de traer esto. Dice que es muy urgente.

Con el entrecejo fruncido. Tarquín tomó el papel lacrado. Leyó su mal redactado y mal escrito contenido y su expresión se ensombreció.

-¡Maldito sea ese degenerado y libertino! -estrujó el papel y lo arrojó al fuego-. Haz que preparen mi coche.

-¿Piensa salir, Su Gracia? -preguntó Catlett, echando una mirada hacia la ventana oscurecida por la lluvia.

-Eso puedes deducir de mi orden -replicó el duque con acritud-. Di a mi valet que traiga mi capa y mi bastón.

¡Maldito Lucien! Enfermo, moribundo, encerrado en una cárcel para deudores. La nota provenía del administrador de la cárcel, a instancias de Lucien, sin duda. Era preciso pagar una deuda de quinientas libras para sacarlo de allí. Hasta tanto esto se concretase, él decaería en ese sitio frío y húmedo, tosiendo hasta morir, sin remedios ni alimento ni abrigo.

Tarquín no cuestionó la situación. No era la primera vez que sucedía en los últimos cinco años. No se le cruzó por la mente abandonar a Lucien a su destino, a pesar de haberlo echado, precisamente, con ese propósito. Él sabía, tanto como lo sabía el propio Lucien que, en última instancia, siempre acudiría en su auxilio. Por muy vil y despreciable que se hubiese vuelto. Tarquín no podía librarse de las cadenas de la responsabilidad.

Abrió la caja fuerte que había en su oficina y sacó quinientas libras. Era una parte mínima del total de la deuda de Lucien, por lo tanto, habría sido denunciado por alguno de sus acreedores menores. Sin duda, un sastre o un sombrerero.

El valet le alcanzó una abrigada capa con caperuza y su estoque.

Tarquín levantó el alto cuello, se puso unos guantes y salió a la lluvia. El cochero temblaba en el pescante.

-Ludgate Hill.

Tarquín dio la orden sin mirarlo siquiera y trepó al interior del carruaje.

El cochero hizo restallar su látigo. Como había entrado hacía poco al servicio del duque, estaba ansioso por causar buena impresión y no pensaba quejarse por haber tenido que salir en mitad de una noche tan mala.

Una vez que el coche desapareció en la lluvia torrencial, George y Lucien emergieron de los escalones del sótano de enfrente.

-Por todos los diablos -refunfuñó Lucien, mientras el agua chorreaba del ala de su sombrero-. ¿Por qué tenía que ser precisamente en una noche como ésta? Hacía un mes que no llovía.

George se precipitó hacia el otro lado de la calle con la cabeza baja para protegerse de la cortina de agua. No percibía la lluvia puesto que el ardor de la venganza le caldeaba la sangre

hasta lo más hondo. Ya estaba cerca. Corrió rodeando el costado de la casa y se metió en el callejón que conducía a las cocheras, donde se detuvo apoyándose en una pared, resollando.

Lucien apareció a su lado; junto a la corpulencia de su compañero, parecía una ruina empapada.

-Me debes otras quinientas por esto -dijo, tosiendo dentro de su manga.

George se limitó a hacer un gesto impaciente en dirección a la puerta.

-¿Estarán despiertos los criados?

-A esta hora, no... salvo que aún esté merodeando Catlett -Lucien inspeccionó la calle con la vista-. El guardia nocturno debe de estar en su caseta, bajo la escalera, pero nosotros no nos acercaremos a la parte de adelante de la casa.

-¿Qué me dices de ese Catlett?

-Estará en su despensa, si es que no está acostado. Conozco sus hábitos -Lucien metió la llave en la cerradura, la hizo girar y la puerta se abrió sin un chirrido-. Esta sí que es una casa bien cuidada -comentó, irónico, al tiempo que entraba en un estrecho vestíbulo-. Y ahora, manten la boca cerrada y no hagas ruido al caminar.

Abrió otra puerta, que daba a una escalera embutida en la pared. La oscuridad era completa pues no había velas en los soportes; sin embargo, Lucien subió con el paso seguro de quien puede encontrar el camino aun en la penumbra. George iba tanteando detrás de él, conteniendo la respiración, consciente de su jadeo excitado, de cierta pesadez en su genitales que, hasta ese momento, sólo había relacionado con el placer carnal.

Lucien abrió otra puerta en lo alto de la escalera y espió alrededor. El corredor estaba mal iluminado con unos candelabros dispuestos a grandes intervalos a lo largo de la pared. No se oía ningún ruido. Se escabulló por ese corredor con George acechando detrás y su sombra, inmensa, proyectada en la pared delante de ellos.

Cuando llegaron ante la puerta de Juliana la casa estaba silenciosa como un sepulcro. Lucien dio un paso atrás y se apretó contra la pared. -Ella está ahí dentro. Tú encontrarás la salida. Yo iré a buscar un coche de alquiler y lo traeré hasta la esquina.

George asintió y sus ojos brillaron en la cara cerosa y sudada. Sus labios estaban húmedos. Puso una mano en el tirador mientras Lucien huía hacia la seguridad. El vizconde no tenía deseo alguno de estar cerca cuando se produjera el rapto.

George empujó la puerta, que se abrió sin ruido. El cuarto estaba a oscuras; sólo se veían el débil resplandor de las ascuas en el hogar. Las cortinas no estaban corridas en torno de la cama, y él podía distinguir con claridad la figura de la durmiente. La observó durante un minuto.

Vio que la sábana se levantaba sobre su busto al compás de su regular respiración. Vio el pelo que se extendía como un suntuoso manto en contraste con el blanco lino de la almohada. Frunció el entrecejo al ver sus manos vendadas pero se alzó de hombros. Para lo que él tenía en mente, ella no necesitaría sus manos.

Se inclinó sobre ella con sus manos grandes, pesadas, de dedos fuertes como los de un jornalero. Esos dedos rodearon el cuello de Juliana y apretaron.

Ella abrió los ojos de golpe, unos ojos cargados de sueño y de terror; sus manos vendadas trataron de asir esos dedos que le apretaban la garganta. Abrió la boca para gritar pero no salió un solo sonido. Estaba ahogándose, asfixiándose y su cerebro confuso no podía discernir si aquello era una pesadilla o era real. Ese rostro que pendía sobre ella, tan obsesivo, tan concentrado en sus fines, le resultaba familiar y, sin embargo, no lo era. Era una máscara... una máscara amenazadora... la máscara de una pesadilla. Sin duda, no era más que una pesadilla. Por favor, Dios querido, que sólo fuera una pesadilla. Pero no podía respirar. Trató de despertar. Sentía que los ojos se le escapaban de las órbitas. Su pecho se hundía. Una ola negra la envolvió.

George la soltó al sentir que ella caía, laxa, sobre las almohadas y sus párpados se cerraban sobre unos ojos aterrorizados. Las marcas que habían dejado sus dedos eran como sombras en la oscuridad, destacándose sobre la blancura del cuello. Él le puso una mano sobre

la boca y percibió que aún alentaba, aunque su respiración era leve y superficial. Sacó del bolsillo un grueso chai y se lo ató cubriendo la boca, anudándolo en la nuca. Luego, apartó la ropa de cama, dejando al descubierto el cuerpo inconsciente, donde cada curva y cada hueco se destacaba bajo la fina tela de la camisa.

Arrancó su mirada de ella sabiendo que los minutos pasaban y abrió el armario. Sacó una gruesa capa y, revolviendo los cajones del tocador, encontró un par de medias de seda.

Se inclinó sobre la mujer, le ató los tobillos juntos con una de las medias y las muñecas con la otra; luego, envolvió el cuerpo inmóvil con la capa subiendo la caperuza sobre la cabeza. La respiración seguía siendo superficial pero regular. La cargó sobre un hombro, dio una última mirada en torno y fue hacia la puerta. Estaba tan excitado que le costaba moverse con lentitud y precaución por el corredor desierto. Esperaba que, en cualquier momento, se abriera una puerta y estallara un grito de indignación. Pero llegó sin novedades a la puerta que daba a la escalera interna.

Se escurrió en la oscuridad cerrando la puerta tras de sí. La casa estaba completamente oscura y no tenía a Lucien para guiarlo. Esperó, con el corazón martilleándole y las manos transpiradas, hasta serenarse lo suficiente para bajar ese empinado y estrecho tramo, rodeando su carga con un brazo. Sentía el contorno de ella, el olor de su pelo y de su piel, sentía su aliento tibio en la nuca.

Al llegar al pie de la escalera, entró en el pequeño vestíbulo. La puerta lateral estaba entreabierta; el corazón le dio un vuelco: estaba a un paso del éxito. Traspuso la puerta y salió al callejón.

Un agudo silbido lo sobresaltó. Pero era Lucien que lo llamaba desde el extremo del callejón. George emprendió una torpe carrera, con la cabeza de Juliana rebotando sobre su espalda. En la calle esperaba un coche de alquiler y dentro ya se encontraba Lucien, temblando de frío y mojado.

-Maldita sea; pillaré una fiebre después esta faena -se quejó, mientras George se inclinaba para dejar caer a Juliana en un banco y luego trepaba al vehículo-. De modo que ya la tienes -contempló el cuerpo de su esposa inconsciente con liviana curiosidad-. ¿Qué le has hecho? No está muerta, ¿eh?

George aflojó la capa, echó atrás la caperuza y la cabeza de Juliana cayó sobre los manchados cojines de cuero. Lucien arqueó una ceja al ver la mordaza y después se acercó para tocar, apenas, los hematomas en el cuello, comentando como al pasar:

-Caramba, eres bastante rudo, ¿no es cierto, mi querido muchacho?

-No quería correr riesgos -replicó George, sentándose junto a Lucien, desde donde podía ver a su víctima que se balanceaba sobre los almohadones a cada sacudida que daban las ruedas de hierro sobre el empedrado.

Sonrió y se acarició el mentón.

Lucien le castañeteaban los dientes; tanteó en su bolsillo buscando el frasco de coñac. Se estremeció, se llevó el cuello del frasco a la boca y volcó el contenido en su gaznate.

-Por Dios, estoy aterido.

Bebió de nuevo, desesperado por aliviar el helado vacío que sentía en su estómago. Tenía los pies y las manos insensibilizados, los dedos azules, como si la sangre hubiese dejado de correr. Maldijo de nuevo cuando su pecho resolló y lo sacudió un violento espasmo de tos.

George no había visto nunca a nadie toser con tanta fuerza. Lucien tomó un pañuelo y se lo puso en la boca, su compañero vio que la tela blanca se manchaba de sangre. El instinto impulsó a George a alejarse un poco de él por temor al contagio. Metió la mano en el bolsillo y sacó una pequeña redoma de sales.

Lucien siguió tosiendo y el esfuerzo inyectó en sangre sus ojos hundidos. Pese a todo, en medio de sus convulsiones, vio que su acompañante destapaba el frasco, se inclinaba y lo acercaba a la nariz de Juliana.

-¿Para qué quieres despertarla? -graznó Lucien-. Espera a que lleguemos, grandísimo tonto. No querrás que monte un escándalo aquí, ¿eh?

-No lo hará -dijo George, enfurruñado.

Sin embargo, se irguió de nuevo en su asiento y guardó el frasco en el bolsillo. Quería estar presente cuando ella volviera en sí. Quería ver sus ojos abiertos. Quería que ella supiera qué le había sucedido. Quería que sus ojos se posaran en él y supiera que estaba inmovilizada, que sintiera las ataduras en las muñecas y los tobillos, la mordaza en la boca. Esperaría. Giró la cabeza para contemplar la negra noche de afuera; así se perdió el instante en que los párpados de Juliana aletearon, ella abrió los ojos y volvió a cerrarlos.

Le dolía la garganta. Tragar era un tormento. No podía moverse. No podía abrir la boca. Aún perduraba en su nariz el olor punzante de las sales aromáticas. Dejó los ojos cerrados. ¿Qué habría sucedido? Recordó la aterradora pesadilla. Las manos en la garganta. El rostro de George, hinchado, grasicnto, triunfal.

No había sido una pesadilla.

Se quedó quieta, esforzándose por entender por qué no podía moverse; su cerebro aturdido tardó una eternidad en llegar a la conclusión de que estaba atada y amordazada.

-Estamos llegando a Bell.

¡La voz de Lucien: Dios querido, tendría que vérselas con los dos!

Sintió que brotaba en su espalda un sudor frío. ¿Cómo habían podido sacarla de la casa sin que nadie lo notase? ¿Dónde estaría Tarquín? ¿Por qué no había estado presente? Le escocían las lágrimas detrás de los párpados, y ella trató de contenerlas. Le dolía mucho la garganta, pero no soportaba la idea de que las lágrimas resbalasen por su cara y cayeran en la mordaza, tampoco podía mover las manos para enjugárselas.

El cochero paró el coche con una sacudida. Se oyeron ruidos. Pies que corrían, gritos. Una luz brilló sobre sus párpados cerrados, y alguien la levantó y la sacó del carruaje, todavía envuelta apretadamente con la capa. George la llevaba otra vez sobre el hombro. Juliana se arriesgó a abrir los ojos y vio que estaban en el conocido patio de la Bell de Cheapside. Ante la puerta había una silla de postas con los caballos enganchados y porteadores que se refugiaban de la lluvia bajo los aleros de la posada.

Sintió que George atravesaba el patio con ella a cuestas. Después la arrojó en el interior del coche y cerró la puerta de un golpe.

-La señora está enferma -dijo a los porteadores-. Está dormida así que, no la molestéis. Nosotros regresaremos en un minuto -y a Lucien-: Vamos a comer algo. Estoy mojado como una gallina ahogada y reseco por dentro como un desierto.

Lucien echó una mirada a la portezuela del coche, se alzó de hombros y entró en la taberna detrás de George.

-¿Qué pasará si alguien mira dentro?

-Ese asunto es sólo mío -gruñó George, con la boca apoyada en la de una botella de coñac-. Además, ella no hará el menor ruido.

No puede moverse. ¿Quién va a mirar dentro?

Lucien pensó que no era asunto suyo y se estremeció por ese frío que lo calaba hasta los huesos. Él no era el responsable de ese secuestro. Bebió ávidamente el coñac pero rechazó con un ademán el pastel de carne, el pan y el queso que George estaba engullendo con entusiasmo. Se sentía mal y, por experiencia, sabía que ese frío en los huesos preanunciaba uno de sus graves episodios de fiebre. Tal vez fuera mejor que tomase una habitación y se acostara, para sudar hasta que se le pasara.

Pero quería sus mil guineas y no estaba dispuesto a dejar a George hasta que las tuviese en la mano, bien sujetas. Comprendía que el otro no podría hacerse con ese dinero hasta que no llegara a su casa; en consecuencia, Lucien tendría que acompañarlo. Por otra parte, sería divertido ver la reacción de su esposa cuando recuperara el sentido.

Juliana estaba tendida en la silla, tal como la habían dejado, a medias sobre el asiento. Le pareció que quizá podría incorporarse en el asiento pero, si lo hacía, sabrían que se había

movido. El instinto le indicaba que debía mantener su ficción de inconsciencia hasta que llegaran a destino, cualquiera fuese éste. Llegaría el momento en que tendrían que desatarla. Su incomodidad era intensa, tal como estaba, con sus músculos retorcidos y que parecían gritar pidiendo alivio. Intentó apartar su mente de su incomodidad y se preguntó qué hora sería. Cuánto faltaría para el amanecer. ¿A qué hora la habrían raptado? Y, por piedad, adonde la llevarían.

George necesitaba que ella estuviese muerta o condenada para poder reclamar su fideicomiso. ¿Cuál de las dos alternativas tendría en mente? Ninguna de las dos era muy atractiva.

Ellos regresaron. Juliana sintió el olor del coñac cuando ellos entraron pesadamente en ese espacio cerrado y se dejaron caer en el banco de enfrente. Lucien tosía roncamente, arrasado. Ella mantuvo los ojos bien cerrados cuando unas manos pasaron por debajo de sus piernas y la depositaron sobre el asiento. Agradeció la pequeña merced. Se oyó el resonar de un látigo y el coche traqueteó sobre el empedrado. Por misericordia, ¿adonde la llevarían?

Tarquín estaba de pie bajo la lluvia contemplando con expresión incrédula el edificio de Ludgate Hill. Era una ruina... se había incendiado hacía meses. Era un cascarón ennegrecido sin techo. Él estaba seguro de que tenía la dirección, correcta. Aquí no había ninguna cárcel de deudores.

Lucien lo había engañado. Había querido sacarlo de la casa.

Giró sobre sus talones.

-¡A casa! -gritó al empapado cochero-. Y vaya rápido.

Subió de un salto al coche y cerró la puerta de un golpe cuando los caballos echaron a andar de inmediato espoleados por el cochero.

La cabeza de Tarquín era un hervidero. Cualquiera fuese el motivo que Lucien tuviera para alejarlo de su casa, estaba relacionado con Juliana. Pero, ¿cuál sería? Hacer planes no era propio del vicioso e impulsivo Lucien.

Saltó del carruaje antes de que se hubiera detenido.

-Espéreme aquí. Es probable que vuelva a necesitarlo.

Desolado, el cochero asintió y bajó un poco más el ala de su sombrero.

El portero nocturno abrió la puerta al oír los fuertes golpes del duque.

-¿Quién ha estado aquí en mi ausencia? -exclamó.

El hombre, alarmado, se puso a la defensiva como si lo hubiesen acusado de algo.

-Nadie, Su Gracia. He estado sentado aquí desde que usted se marchó. No salió ni entró un alma, se lo juro.

Tarquín no respondió y corrió hacia la escalera, que subió de dos en dos. Abrió de par en par la puerta de Juliana, sabiendo qué iba a encontrar; aun así, esperaba equivocarse.

Se quedó mirando, boquiabierto, la cama vacía. No había signos de lucha. La puerta del armario estaba abierta, los cajones del tocador también, aunque su contenido estaba volcado. Tiró una y otra vez de la cuerda de la campanilla hasta que sintió unos pasos que llegaban corriendo por el pasillo. Catlett, que se abotonaba la librea y Henny, con sus ojos enrojecidos, Quentin, en camisón y una expresión de alarma en sus ojos.

-Lady Edgecombe no está en la casa -dijo el duque en voz ronca-. Henny, mire qué falta de su ropa. Catlett, pregunte a los criados si oyeron algo... si vieron algo insólito en las últimas dos horas.

Quentin miraba la cama vacía con expresión alelada.

-¿Adonde habrá ido en una noche como ésta?

-Por su propia voluntad, a ningún sitio -dijo Tarquín en tono lúgubre-. Lucien tiene algo que ver con esto pero, en nombre de Dios, ¿cómo se las habrá arreglado para sacarla de aquí? Ella es más fuerte que él. Y, aun cuando hubiese logrado dominarla, no es posible que haya podido bajarla por la escalera.

-¿Por qué habría de hacerlo?

-¿Por qué trama Lucien cada una de sus maldades? ¿Y bien? -preguntó a Henny, que había terminado de examinar el ropero y el tocador.

-Sólo su capa de abrigo. Su Gracia, y un par de medias -dijo-. No veo que falte nada más.

-¿No faltan zapatos?

Henny negó con la cabeza.

-Aparentemente, solo llevaba enaguas al marcharse, señor.

-George -murmuró Tarquín casi como para sí-. George Ridge.

Había subestimado groseramente la mala entraña del sujeto. En lugar de intimidarlo, había conseguido acicatear al demonio en él. Lucien habría facilitado los medios para llegar hasta ella, y George había utilizado su fuerza bruta para sacarla de allí.

-¿Qué dices? -preguntó Quentin, demasiado sacudido, aún, para entender la situación.

-George y Lucien, una alianza diabólica -respondió Tarquín con amargura-. Dios, qué imbécil he sido -se volvió al ver que se acercaba Catlett, con la librea en orden, la peluca en su sitio¿Y bien? ¿Ha averiguado algo?

-No, Su Gracia. La servidumbre estaba en la cama desde antes de que usted saliera. Yo, por mi parte, me quedé levantado un rato más en mi despensa, pero me retiré poco después de que usted se marchara.

Tarquín asintió y tamborileó en los labios con los dedos mientras pensaba. Todos lo observaban, pendientes de cada cambio en su expresión.

-Tendremos que adivinar -dijo, al fin-. Y que Dios nos ayude si nos equivocamos. Henny, prepare un bolso con ropa para lady Edgecombe. Sólo lo más esencial... su traje de montar, una botas. Usted sabe lo que ella necesita. Catlett, diga al cochero que enganche los dos tordos en mi faetón y lo traiga. Quentin, ¿quieres acompañarme?

-Por supuesto. Iré a vestirme.

Quentin no preguntó adonde iban; pronto lo sabría. Un paseo en un faetón abierto bajo la lluvia no era una propuesta muy atractiva, pero sin duda la rapidez era fundamental y ese ligero vehículo era capaz de hacer cualquier trayecto en mucho menos tiempo que un coche.

28

Cambiaron de caballos tres veces antes del alba. Juliana no se movió, ni siquiera cuando un mechón de pelo le cosquilleó la nariz y ella creyó que iba a estornudar. Lucien tosía y

temblaba en general, guardaba silencio dando frecuentes tragos a su frasco de coñac. George miraba con fijeza el bulto que hacía ella tendida sobre el banco de enfrente.

Aclaró un día gris; el cielo parecía sollozar una fina llovizna. Entraron traqueteando en la posada de Red Lion, en Winchester, con los caballos casi reventados. El cochero los había castigado con dureza pues esperaba recibir una sustanciosa recompensa si lograba recorrer esos ciento diez kilómetros en siete horas. Esa velocidad era el doble de la de una diligencia. George asomó la cabeza por la ventana.

-Cambie los caballos. Sólo nos detendremos para eso.

-El frasco está vacío -masculló Lucien entre dientes-. Hazlo llenar.

Se inclinó hacia la portezuela abierta y lo atacó otra convulsión que le hizo doblarse en dos, con el enrojecido pañuelo apretado contra la boca.

-Vamos, dámelo -impaciente, George arrebató el frasco de su mano laxa. Se apeó y cruzó corriendo el patio hasta la taberna-. Llene esto y déme tres botellas más.

Al ritmo que Lucien estaba bebiendo, calculaba que tres botellas le bastarían para el resto del día.

Regresó al vehículo y reanudó la vigilancia de Juliana. No entendía cómo era posible que aún no hubiese recuperado la conciencia. Ella respiraba. Cierto que su rostro tenía una palidez mortal, pero siempre había tenido un cutís muy blanco en contraste con la llamarada de su cabellera. Se inclinó sobre ella y le tocó la mejilla: estaba tibia.

Juliana sabía que no podría sostener la ficción durante mucho más tiempo. Sus músculos exigían alivio y, lo peor de todo, tenía una necesidad urgente de ir al excusado. Ignoraba cómo haría para hacer saber sus necesidades así amordazada, pero si veía que demoraban en detenerse, tendría que hacer algún tipo de esfuerzo para comunicarse.

Durante los cambios, no había recibido indicio alguno del destino que llevaban pero, por lo que sabía de George, deducía que estaba llevándola a su propia casa. A la escena del crimen. ¿Iría a llevarla de inmediato ante los jueces? ¿O tendría un plan aún más retorcido? La silla dio un violento tumbo en un pozo del camino y la incomodidad de Juliana alcanzó nuevas alturas. Cerró la mente al dolor y se obligó a recordar, uno por uno, los cuartos de la casa. A visualizar las ventanas, las puertas, las construcciones externas, el prado que se extendía detrás del establo. La silla entró en el sendero que iba hasta la achaparrada casa de ladrillos rojos de los Ridge y se detuvo ante la puerta principal. George bajó de un salto, se asomó para tomar a Juliana y la sacó arrastrándola por los pies. Su cabeza rebotó en el suelo y ella abrió los ojos.

-Ah, mi bella durmiente, eso te ha despertado -dijo él, satisfecho, echándosela al hombro-. Estoy seguro de que vamos a divertirnos.

La llevó hasta la puerta que se abrió cuando él llegó. Una anciana ama de llaves lo saludó con una reverencia y adoptó una expresión de asombro.

-Oh, sir George, no lo esperábamos.

Él se limitó a gruñir y pasó junto a ella, empujándola a un lado. Lucien lo siguió, encorvado, tratando de aliviar el profundo frío que estremecía su cuerpo. Sus dientes castañeteaban y le temblaban los miembros.

-Ocúpate de mi invitado, Dolly -ordenó George, al tiempo que iba hacia la escalera-. Necesita fuego, agua caliente y una cama.

-Y coñac -agregó Lucien con voz débil, llevándose el frasco a los labios.

La mujer le echó una mirada de horror: se dio cuenta de que estaba viendo a un moribundo.

-Por aquí, señor -dijo, tomándolo del brazo, pero él se sacudió para librarse de la mano y lanzó una maldición.

-Usted limítese a traerme el coñac y agua caliente, mujer.

Lucien entró, dando tumbos, en un cuarto que había a un lado del vestíbulo, el pañuelo apretado en la boca para recibir la flema sanguinolenta que soltaban sus pulmones.

Juliana oía todo esto y, al oírlo, sentía alentar una brizna de esperanza. Era evidente que Lucien estaba demasiado enfermo para poder ejercer alguna violencia. Así, sólo quedaba George. Pero así, liada como estaba, George era bastante difícil de enfrentar.

George abrió una puerta de un puntapié y arrojó a Juliana sobre una cama.

-¿Recuerdas esta habitación, querida? Tu dormitorio nupcial.

Aflojó la capa y, al sacársela, ella quedó tendida boca abajo.

Juliana supo que la camisa no le cubría los muslos cuando sintió el fresco del aire en la parte de atrás de las piernas. Hizo una torsión brusca y quedó tendida de espaldas, tratando de bajar la camisa con las manos atadas y vendadas.

George rió por lo bajo y la subió otra vez.

-Me agrada más así.

Ella se llevó las manos a la boca y trató de quitarse la mordaza, haciendo frenéticas señales con sus ojos. A esas alturas, sólo pensaba en una cosa.

-¿Quieres decir algo? -El sonrió-. Pronto hablarás hasta por los codos, mi querida madrastra. Harás una confesión completa de tu asesinato. La escribirás para mí; después, visitaremos a los magistrados y también podrás contar todo a ellos.

Juliana pasó las piernas por encima del borde de la cama y bajó los pies, tanteando con ellos debajo en busca del orinal. Por un minuto, George pareció confundido, luego sonrió otra vez.

-Ah, ya entiendo. Deja que te ayude.

Se agachó, sacó el orinal y lo empujó con el pie hasta el centro de la habitación.

-Ahí lo tienes -dijo, solícito-. Espero que puedas arreglártelas. Yo regresaré después de haber desayunado.

Los ojos de Juliana lanzaban un fuego verde. Bueno, al menos él la había dejado forcejeando sola. Además, tenía las manos amarradas delante y no detrás. Siempre había algo por lo cual estar agradecida, pensó con ironía, mientras se ponía de pie y atravesaba, saltando, la habitación hacia el orinal.

Por fin lo logró y, con pequeños empujones, también se las ingenió para volver a poner el recipiente debajo de la cama; luego, fue saltando hasta la ventana y evaluó la situación. La mordaza le apretaba la boca de tal manera que ella no podría soltarla con las manos atadas, tampoco podría desatar el nudo que tenía en la nuca. Las amarras de seda de las medias estaban apretadas y ella no podría deslizar por ellas sus manos vendadas.

Sus ojos vagaron por el cuarto y vio el asentador de la navaja de sirjohn colgando de la pared, junto al lavamanos. Si había un asentador también tendría que haber una navaja. Fue saltando hasta el lavamanos: la afilada hoja descansaba al lado de la jofaina y la jarra, como si estuviera esperando a sir John, como cada mañana de su vida adulta. Nadie había tocado esa habitación desde su muerte.

Recogió la hoja con los dedos y trató de ponerla en equilibrio sobre el canto, con el filo hacia arriba. Hizo resbalar las manos hacia arriba hasta que la seda que ligaba sus muñecas quedó directamente sobre la hoja y pasó la tela por el filo. Estaba un poco romo, necesitaba ser asentado, pero ella estaba demasiado impaciente para intentar afilarlo. La navaja cayó hacia un lado. Con cuidado, volvió a ponerla en posición y la sujetó con la tensión de la propia seda. Empezó de nuevo. Poco a poco, la seda delgada y fuerte comenzó a deshilacharse. La hoja cayó dos veces de costado cuando se aflojó la tensión de la seda. Con paciencia, ella volvió a colocarla, sintiendo que su corazón palpitaba con fuerza; aguzó los oídos tratando de sorprender cualquier ruido de pasos o el crujir de una tabla. La garganta le dolía tanto que no sabía si podría hablar aunque le quitaran la mordaza. Entonces, la tela se cortó y la navaja cayó con ruido sobre la mesa del lavatorio.

Juliana sacudió las muñecas, sintiendo que los calambres recorrían sus brazos, le agarrotaban los dedos. Forcejeó con la mordaza y consiguió tener la boca libre. La lana de había quedado pegada a la lengua y a los labios, recordándole la dura lección de Ted cuando

la dejó correr los peligros que había en las calles de Londres. Mientras cortaba con la navaja las ataduras en los tobillos, se le ocurrió que dormir en su propia cama era más peligroso que cualquier otra cosa.

Estaba libre. Un ramalazo de euforia le hizo olvidar sus dolores. Había oído que George cerraba con llave la puerta al marcharse. Fue corriendo hasta la ventana. Había un largo salto hasta abajo, hasta la tierra blanda de un cantero con flores. Pero la hiedra era fuerte o al menos eso parecía. Quedaba por ver si resistiría su peso. No tenía otra alternativa.

Levantó la hoja de la ventana. Soplaba un viento frío y húmedo, que le aplastaba la fina camisa contra la piel, pero ella lo ignoró. Se volvió de lado y se descolgó desde el alféizar, aferrándose del borde con los dedos, sin hacer caso del dolor que sentía en las manos lastimadas.

Tanteó con los pies buscando el sostén de la enredadera. Encontró un apoyo en un ladrillo. Con el corazón en la boca, soltó una mano del alféizar y la deslizó hacia abajo para agarrarse de la planta trepadora. Cuando soltó la otra mano, todo su peso quedó sostenido por la enredadera y el ladrillo saliente. Fue descendiendo poco a poco, asando una mano sobre la otra, sintiendo que la hiedra se desprendía del muro. Sin embargo, logró desplazar las manos y los pies a otro punto, antes de que la enredadera cediese.

Estaba tan concentrada en su aventurado descenso que no oyó el ruido de pasos en el cuarto, arriba de su cabeza. Pero oyó el salvaje bramido de George. Cuando levantó la vista, vio su rostro enrojecido por la cólera, mirándola fijamente. Se soltó y cayó los últimos tres metros hasta el suelo. Aterrizó torpemente, torciéndose un tobillo. Durante un minuto o dos, permaneció sentada en el suelo, jadeando de dolor. Entonces, oyó de nuevo el grito de George y supo que él estaría bajando la escalera a todo escape y que saldría por la puerta de la cocina. Se levantó y, corriendo bajo la llovizna, sin prestar atención al dolor del tobillo, enfiló en dirección al sendero que rodeaba la casa. Buscaba instintivamente salir a un sitio abierto, donde pudiera haber otros ojos que fuesen testigos de su situación.

Ya oía a George corriendo tras ella, oía su respiración jadeante, y hasta le parecía sentirla en la nuca. En circunstancias normales, podría haberlo dejado atrás sin problemas, pero estaba descalza y las piedrecillas eran cortantes. Se le torcía el tobillo a cada paso, haciéndole saltar las lágrimas. Dobló por un costado de la casa. Si pudiera llegar al camino vecinal, tal vez pasara algún cartero, algún granjero... alguien, cualquiera. George reducía la distancia que los separaba. Su aliento rugía en su pecho agitado, su gran barriga se balanceaba, sus manazas se habían convertido en puños; estaba alcanzándola. La carrera de Juliana se hacía cada vez más lenta porque los pies no la ayudaban. Por fin la alcanzó, aferró el borde de su camisa y tiró de la prenda hacia él, mientras ella forcejeaba, pateaba, arañaba, con el pelo revoloteando en el viento.

De algún modo ella logró soltarse y oyó que se desgarraba la fina tela de la camisa cuando se abalanzó hacia el portón que daba al camino... tan cercano... faltaban tres pasos...

Sintió el aliento de George en la nuca, sus manos que la tocaban. Oyó el ruido de unas ruedas de hierro sobre el callejón, traqueteando en la irregular superficie empedrada... Con un último jadeo, Juliana saltó hasta el camino, delante de la carreta cargada de heno.

El carretero tiró de las riendas, y se quedó mirando, estupefacto, la figura de la frenética mujer que se había parado delante de sus caballos.

-Por favor.. -Juliana reunió aire suficiente para poder hablar-. Por favor... ayúdeme... Yo....

No pudo seguir. George la había atrapado por detrás, le tapaba la boca con una mano y le retorcía el pelo enroscado en la otra, inmovilizándole la cabeza. Y habló con voz calma y sensata. No era su voz de siempre la que explicaba al atónito carretero que ella estaba loca, que él la mantenía encerrada por su propia seguridad. Que había escapado de su habitación atacando a la criada que le llevaba la comida. Que era violenta y peligrosa.

El trabajador miró a la mujer medio desnuda, de cabellera revuelta, forcejeando desesperada en manos de un hombre que, sin la menor duda, estaba en plena posesión de sus

facultades, y que hablaba con absoluta racionalidad y confianza en sí mismo. La muchacha lo miraba con tan desesperada, casi primitiva expresión, que el hombre se estremeció, musitó una plegaria y apartó su vista de la peligrosa mirada de una lunática. Sacudió las riendas en cuanto George apartó a la loca y se alejó espoleando sus caballos para que aumentaran la velocidad.

Juliana hincó con fuerza los dientes en la mano de George. Él gritó y estrelló su mano abierta en un costado de la cabeza de Juliana, aturdiéndola. Luego, la puso sobre un hombro antes de que el zumbido en los oídos de Juliana hubiese cesado y la llevó de nuevo a la casa.

Lucien salió a los tumbos de la sala, con una copa en la mano al oír que la puerta de adelante se sacudía con la patada de George.

-Buen Dios -exclamó-. ¿Qué pasó?

-Creyó que podría escapar... la muy tramposa-informó George.

Pasó junto a Lucien, entró en la sala y tiró a Juliana sobre una silla.

Ella permaneció quieta, desplomada en las mullidas profundidades, aturdida por el golpe. Por el momento, estaba derrotada.

George se sirvió una copa de coñac, la bebió y se sirvió otra.

-Cuanto antes esté encerrada en la cárcel de Winchester, tanto mejor será -trasegó su segunda copa-. Vamos.

-¿Adonde? -preguntó Lucien, recostado en el marco de la puerta.

Sus ojos ardían de fiebre, los temblores sacudían todo su cuerpo, y aferraba la copa de coñac como si fuera su único lazo con la vida.

-A la casa de los Forsett -respondió George, arrojando lejos su copa-. Ellos identificarán a esta puta ante el juez, y tú la identificarás como tu esposa y dirás cómo y cuándo se convirtió en tu mujer. Ellos la procesarán y la encerrarán. Y, entonces... -se limpió la boca con la mano en un gesto lento, lascivo-. Y entonces, mi querida madrastra... haré algunas visitas a tu celda.

Juliana siguió callada. Sentía agotada su fuerza física; sabía que no podría volver a huir de George. Al menos allí y en ese momento. Quizá los Forsett le brindasen cierta protección... aunque sabía que ésa era una esperanza irrisoria. No querrían que los alcanzara ningún escándalo provocado por la pupila que tanto habían detestado y hacia quien albergaban tanto resentimiento. La repudiarían en cuanto la viesen.

-Ven, Edgecombe -dijo George con brusquedad-. Iremos a caballo. Yo llevaré a esta ramera conmigo.

Lucien negó con la cabeza, abrió la boca para hablar y lo atacó el peor espasmo de tos que Juliana hubiese presenciado. Cuando por fin pudo hablar, resolló:

-No puedo, mi querido muchacho. No podría montar a caballo en estas condiciones. Me quedo aquí.... a hacer un poco de reposo... tú ve a atender tus asuntos.

Bebió un sorbo de coñac.

-Ah, no -dijo George, con suave vehemencia-. Tú te vienes conmigo, Edgecombe. Te necesito. No verás un solo penique hasta que no hayas hecho lo que yo necesito.

Lucien lo miró, perplejo; en sus ojos se reflejaba la comprensión de que no podría oponerse a este hombre... a este palurdo al que él había despreciado, al que creía haber usado para ejercer su propia venganza.

Lucien no estaba utilizando a Ridge, más bien estaba siendo utilizado; ahora, George tenía la actitud fría, calculadora y firme de un poseso.

George dio un paso hacia él con expresión amenazadora, sus grandes manos preparadas para golpear. Lucien se encogió, y toda la fuerza de su malicia se disolvió ante esa amenaza, dejando sólo a un ser débil y tímido como cualquier cobarde frente a un bruto.

-Está bien -gruñó, apretando el pañuelo ensangrentado contra su boca-. Está bien, iré.

George hizo un brusco gesto afirmativo y se volvió hacia la figura desmadejada de Juliana. Ella tenía los ojos cerrados, pues era el modo más fácil de alejarse de lo que estaba sucediendo. El la obligó a levantarse y, sujetándole el mentón, enroscó en la otra mano un grueso mechón de pelo.

-No quieres que te haga daño, ¿no es así, querida?

Ella negó con la cabeza, sin abrir sus ojos todavía.

-Entonces, harás lo que te ordene, ¿no es cierto?

Ella asintió con la cabeza y entonces sintió la boca de él sobre la suya, dura, lastimándola, apretándole los labios contra los dientes. El introdujo a la fuerza la lengua en su boca y ella pudo sentir el alcohólico sabor del coñac. Le dieron arcadas y, de súbito, se aflojó.

George se echó atrás y contempló ese rostro blanco, cerrado. El la sostenía por el pelo y ella se desplomaba sobre él. El hombre sonrió.

-Ya no eres la misma, ¿eh, lady Edgecombe? -la provocó-. Ya verás cuando hayas pasado una semana o dos en esa celda... -rió entre dientes y la hizo girar de cara a la puerta-. Andando.

Se detuvo en el vestíbulo para sacar de un gancho en la pared una pesada capa de montar y envolvió a Juliana con gruesos y malolientes pliegues. Ella caminaba como en trance, empujada por él hacia la salida de la casa, luego hacia el establo, con Lucien tambaleándose detrás. Seguía soplando un viento frío y húmedo desde el mar; Juliana sintió un patético agradecimiento por tener la capa, aunque sabía que no se la había puesto para disminuir su miseria sino para que no llamase la atención. Lucien se estremecía y temblaba; ya no le quedaban fuerzas ni para toser.

Un palafrenero trajo dos caballos del establo y los ensilló mientras miraba con curiosidad al grupo, aunque sabía que no le convenía decir nada delante de su amo. Ayudó a montar a Lucien que se desplomó en la silla como un saco de patatas, asiendo las riendas con mano débil y la cabeza colgando.

George levantó a Juliana, la instaló sobre su caballo y montó tras ella, apretándola contra él mientras tomaba las riendas. Juliana trató de mantenerse apartada de ese caliente, sudoroso cuerpo masculino pero él la acercó con brusquedad y ella se rindió para no animarlo a hacer algo peor.

Salieron del patio al trote y echaron por el camino que llevaba a Forsett Towers.

Tarquín detuvo el coche en el patio de la posada Rose and Crown, en Winchester. Quentin se apeó del faetón y estiró sus miembros entumecidos en el aire húmedo de la mañana.

-¿Adonde vamos, ahora?

Tarquín, que estaba dando instrucciones al palafrenero para que cambiase los caballos, se volvió hacia él.

-Todavía no lo sé. Primero desayunaremos, después haremos algunas averiguaciones.

Quentin entró tras él en la posada. Unos minutos después, estaban refugiados en una sala privada, y una criada acercaba lumbre a la leña del hogar.

-¿Un pichel de cerveza negra para combatir el frío, milord? -sugirió el posadero, mientras inspeccionaba con ojo crítico la habitación para comprobar la existencia de una mota de polvo o una mancha en un utensilio de cobre o en el cristal de la ventana.

-Si es tan amable -respondió Tarquín, quitándose los guantes-. Y café, lomo y huevos - fue a la ventana y miró hacia la calle-. ¿Dónde está el juez más cercano?

-En la calle Castie, milord.

-¿Puede llamar a alguien? Necesito hacer un recado.

El patrón saludó y salió.

-¿Y bien?

Quentin se acercó al fuego frotándose las manos. El agua de lluvia goteaba de su capa empapada.

-Vamos a ver si Ridge la llevó directamente ante el juez -dijo Tarquín, quitándose la capa mojada-. Ah, gracias; Agradeció a la muchacha que había dejado sobre la mesa dos jarros de peltre con cerveza.

-¿Usted necesitaba un mandadero, sir? -preguntó una voz alegre desde la puerta.

Era la voz de un muchacho de mejillas sonrosadas, cubierto con un delantal de cuero, con el pelo tan erizado que parecía resistir la disciplina del agua y el cepillo.

Tarquín le dio instrucciones. Debía ir a casa del magistrado y averiguar si habían llevado allí a una mujer en las últimas horas.

-¿Y si no? -preguntó Quentin, bebiendo un trago de cerveza.

-Deduciremos que la ha llevado a su casa.

-¿Y si no?

Quentin arrojó su capa sobre un sillón; el calor del fuego pronto hizo subir de ella un suave vapor.

-Forsett Towers -Tarquín también bebió de su jarro, y dijo en tono llano-: Si estoy equivocado, pues... no sé qué haremos.

Se alzó de hombros, aunque su aparente despreocupación no alcanzó a ocultar su profunda ansiedad.

Llegó el desayuno y comieron en silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos. Volvió el recadero. El juez aún no se había levantado y había pasado la noche sin ser molestado.

Tarquín asintió, le dio una moneda y llamó al patrón.

-¿Conoce usted la propiedad Ridge?

-Sí, señor. A unos dieciséis kilómetros hacia el sur -el hombre les dio indicaciones precisas-: Tiene un gran portón con postes de piedra medio ruinosos, milord. No tiene pérdida.

-¿Estás listo, Quentin?

-Te sigo, hermano.

Quentin dejó su jarro y bajó la escalera siguiendo a Tarquín hasta el patio. Había cesado la pertinaz llovizna y una débil luz iluminaba el cielo. Tarquín pagó los desayunos mientras enganchaban caballos de refresco al faetón.

Cuando traspusieron los ruinosos postes del portón, un tímido rayo de sol asomaba entre las nubes. Los caballos chapaleaban en los charcos del camino vecinal donde Juliana había corrido tan desesperada hacía una hora.

El ama de llaves acudió al furioso llamado de la campanilla y abrió con expresión alarmada; su cabello gris asomaba por debajo de la cofia. Les hizo una reverencia, y sus ojos parecían los de un conejo asustado. Esa mañana, su apacible rutina había sido rota por demasiadas alarmas y corridas.

-¿Sir George... está en casa?

Dolly contempló la espléndida figura envuelta en la capa de viaje.

Su voz era fría y altanera, sus ojos eran más fríos aún y en ellos había una temible amenaza.

-No, señor... no... El salió... hace poco. El y sus visitantes.

-¿Visitantes? -preguntó Tarquín alzando una ceja.

-Sí... sí, señor, por cierto. Un caballero... estaba muy enfermo.

Le daban unos ataques de tos como para despertar a un muerto... y una muchacha... una mujer joven... enferma, también. Sir George la llevó arriba en sus brazos. Después, todos ellos se marcharon.

Su mirada asustada se fijó en la cara más tranquilizadora de Quentin. Al parecer, cobró coraje, y sus dedos soltaron el delantal que habían estado plegando y frunciendo, en su ansiedad.

-¿Sabe a dónde se dirigían? -preguntó Quentin con suavidad.

Ella movió su cabeza.

-No, señor. Iban a caballo. Los tres en dos caballos. Por eso, no pueden haber ido muy lejos.

-¿Cuál es el camino de Forsett Towers? -preguntó Tarquín, sin dejar traslucir su agitación.

Ahora sabía que tenía a Juliana al alcance de su mano y su cólera se había hecho fría y mortífera. George y Lucien tenían que haberla golpeado para obligarla a ir tan lejos. Y lo pagarían. Rechazó las imágenes del daño que podían haberle hecho y las reemplazó por la helada certeza de que serían castigados.

Lucien cayó del caballo en el preciso momento en que giraban hacia el sendero de grava que llevaba hasta la mansión de piedra gris de Forsett Towers. Casi no había estado consciente durante toda la cabalgata, desplomado sobre el cuello del caballo, las riendas flojas entre sus dedos. Su cuerpo era sacudido por fuertes espasmos cada pocos minutos, y se estremecía y tosía en el pañuelo, manchado de rojo. Cuando su caballo tropezó en un hoyo del camino, Lucien resbaló por un costado. El caballo, asustado, echó a trotar de pronto y su jinete cayó de la montura.

Horrorizada, Juliana vio que el caballo desorientado aceleraba el paso y Lucien, que aún tenía un pie enganchado en el estribo, era arrastrado por la grava. El no intentaba soltar el pie y sólo colgaba inerte, hasta que George logró sujetar las riendas del animal y tirar de ellas hasta hacerlo detenerse.

George desmontó, llevando a Juliana con él. Sin soltarle la muñeca, liberó el pie de Lucien y luego observó la inmóvil figura tendida sobre el suelo. Lucien se había golpeado la cabeza con algo agudo y la sangre manaba de una herida en la frente. Tenía los ojos cerrados y apenas respiraba.

-¡Que se vaya al infierno! -exclamó George y, por primera vez desde que la había atrapado en el callejón, su fachada serena y controlada pareció romperse.

Llevó a la rastra a Juliana hasta el caballo, la subió a la montura y montó tras ella otra vez.

-No puedes dejarlo así -dijo Juliana, recuperada su voz, al fin.

Con gusto, ella habría mandado a Lucien al infierno, pero la idea de dejarlo abandonado, inconsciente y sangrando, era insoportable.

-En ese estado, ya no me sirve.

George tomó las riendas del caballo de Lucien, golpeó brutalmente con los talones los flancos del suyo y echó a trotar otra vez hacia la casa, llevando a la reata al animal sin jinete.

Juliana se torció para mirar el cuerpo, tirado sobre el camino.

-Tendríamos que llevarlo a la casa.

-Eso puede hacerlo cualquier otro. ¡Y ahora, cierra la boca!

Para subrayar sus palabras, le dio un cruel tirón de pelo; ella guardó silencio otra vez. Ella siempre había sabido que George era un bruto y un patán, pero nunca había imaginado hasta qué punto podía ser brutal.

Al llegar a la casa, George se apeó de un salto arrastrando a Juliana consigo. La sujetaba por los cabellos de la nuca, haciéndole subir los peldaños a empellones hasta la puerta principal, donde golpeó el aldabón como si estuviese haciendo sonar la última trompa. Un lacayo abrió la puerta, tan indignado como alarmado ante un modo tan poco civilizado de llamar. Miró a Juliana estupefacto, como si no diera crédito a sus ojos.

-Caramba, señorita Juliana...

George lo hizo a un lado y pasó, empujando a Juliana hacia la entrada de la biblioteca. Antes de que llegara, la puerta se abrió y sir Brian lo miró con expresión de profundo desagrado.

-Ya veo que la ha encontrado -dijo con voz irritada.

-Sí... y la veré arder ante la cárcel de Winchester -afirmó George mientras empujaba a la joven hacia la biblioteca. Dirigió una mirada malévola y triunfal a sir Brian, mientras sujetaba a Juliana por el cuello-. Y usted y su señora esposa la identificarán hoy mismo ante el juez, señor.

-Dios mío, ¿qué está sucediendo? -dijo desde la puerta la voz irritada de Amelia-. Juliana, ¿qué haces aquí?

-Nada que pueda hacer por propia voluntad, señora -respondió la aludida, recuperando cierto ánimo en ese ambiente que le era tristemente familiar-. Hay un hombre malherido en el camino. ¿Puede usted enviar a alguien para traerlo aquí?

Amelia pasó su mirada del sudoroso, ceñudo y triunfante George a su pálida prisionera.

-Nunca fuiste otra cosa que un problema -afirmó la mujer-. Primero, trajiste a este rufián a mi casa... ahora quieres que haga entrar al hombre herido. ¿Quién es?

-Mi esposo, señora. El vizconde de Edgecombe.

Juliana sintió que una burbuja de risa histérica comenzaba a bullir en su pecho. Era increíble que ellos siguieran reaccionando con la misma exasperación hacia ella como cuando era una niña. Estaba por ser acusada de asesinato. Estaba medio desnuda, golpeada y magullada, en las garras de un bruto vicioso, su marido yacía moribundo en un charco del camino, y lo único que hacían esos dos era culparla por perturbar su paz, como si ella hubiese entrado en la casa con los pies embarrados o roto una vasija valiosa.

Amelia suspiró y se volvió hacia el cochero que aguardaba.

-Dawkins, lleve a algunos hombres y ocúpese de eso, por favor.

-Sí, milady.

-Y envíe a alguien a la casa del juez más cercano -exigió George, beligerante-. Dígale que se trata de un caso de asesinato y que debe venir de inmediato.

Dawkins miró de soslayo a su amo, y sir Brian dijo:

-Puede ignorar a este señor, Dawkins. Si sir George quiere ver a un juez, puede ir a buscarlo él mismo... y llevar a su prisionera con él -añadió con frialdad.

-¿Obstruirá usted a la justicia, señor? -el rostro sudado de George se puso rojo-. Se lo diré sin rodeos, señor, pienso presentar cargos contra usted por obstaculizar el proceso...

-Oh, cierre la boca, hombre -interrumpió Amelia con acritud-. ¿Acaso cree que tenemos deseos de oír toda su chachara? Si tiene usted algún motivo para sentir rencor contra Juliana, puede hacer lo que se le ocurra, pero no espere nada de nosotros.

Juliana se sorprendió un poco pues, si bien era cierto que no asumían su defensa, tampoco apoyaban a George.

-¡Rencor! -exclamó éste-. ¿Así es como califica al asesinato deliberado de mi padre... su esposo? Traición criminal, eso es; yo le aseguro...

-Usted no nos asegurará nada -cortó sir Brian y, volviéndose hacia su antigua pupila, le preguntó con calma-: Juliana, dime, ¿has asesinado a tu marido?

-No.

-Eso era lo que nosotros habíamos pensado. Sin duda, habrá sido otra de tus infortunadas torpezas.

-Por cierto, fue una torpeza que huyeras -la reprendió Amelia-. No entiendo cómo se te pudo haber ocurrido...

-Acostadlo en ese sofá.. con cuidado. Enviad a traer un médico.

El tono cortante del duque de Redmayne entró por la puerta abierta del vestíbulo. Amelia se interrumpió en mitad de una oración. George hizo una profunda inspiración. Juliana giró la cabeza haciendo caso omiso del salvaje tirón en el pelo. Su corazón latía con tanta fuerza que era imposible que sólo ella lo oyera. Clavó su vista en la puerta.

29

-Os doy los buenos días, señora, sir Brian -el duque entró en la biblioteca-. Os pido disculpas por la molestia. Por nada del mundo hubiese querido que la sufriesen.

-¿Quién es usted, señor?

-Redmayne -dijo Tarquín, con una cortés reverencia-. Lady Edgecombe está a mi cargo mientras dure la indisposición de su esposo. ¿Me permitís que os presente a mi hermano, lord Quentin Courtney?

Indicó con un ademán a Quentin, que estaba detras de él. Este hizo su reverencia y murmuró un saludo cortés.

Juliana se preguntó si alguien iba a notar su presencia mientras guardaba silencio y George aún la tenía sujeta por el pelo. La escena, con ese intercambio de saludos corteses, parecía una farsa teatral en medio de la cerrada formalidad de la biblioteca.

Entonces, Tarquín se acercó a ella.

-Quítele las manos de encima -dijo en voz baja.

George se recobró:

-No me dé órdenes, Redmayne. Ella es mi prisionera y la acusaré de traición menor ante un magistrado.

Tarquín negó con la cabeza.

-No -dijo-. Nada de eso. ¡Quítele las manos de encima!

Las manos de George cayeron a los lados. No era capaz de enfrentar la serena fiereza de esa orden como tampoco hubiese podido cambiar la dirección del viento.

-Esta vez yo no tuve la culpa - gruñó Juliana, con su garganta inflamada-. Yo no me metí en este problema; al contrario, él me buscó a mí. Yo estaba durmiendo tranquilamente en mi cama...

-Lo sé -interrumpió el duque, tomándole las manos-. ¿Estás herida?

-Sólo me duele la garganta y me he torcido un tobillo -informó con voz ronca, deseando que él la tomara en sus bazos, deseando que no la mirase con esos ojos extrañamente desapegados.

Tarquín vio las marcas en su cuello y un fuego blanco disipó el desapego de su expresión.

-¿El te ha hecho esto?

Juliana asintió y su piel pareció revivir bajo el suave roce de sus dedos. Sin duda, ahora la tomaría en sus brazos. Pero no lo hizo. Se volvió hacia George y su expresión era otra vez inescrutable.

-Salga afuera. No quiero manchar con su sangre la alfombra de lady Forsett -el mismo tono frío, imperturbable. Sus ojos grises eran tan inmisericordes e implacables como si estuviese en el Juicio Final. No prestó más atención a Juliana pues cada fibra de su ser estaba concentrada en la aniquilación de George Ridge. De repente, una temible hoja saltó del extremo del bastón que él tenía en la mano-. Salga afuera, señor.

La hoja pasó entre los gordos muslos de George, que se llevó las manos a los genitales. Se le aflojaron las rodillas. Los ojos implacables del duque sostenían su mirada, se burlaban de su terror. Echó a andar a los tumbos hacia la puerta. Quentin se hizo a un lado. Tarquín salió afuera tras George, sin dejar de amenazar con la punta de su arma la trémula virilidad del palurdo.

-¿Y Lucien? -preguntó Juliana, sacudiendo la cabeza para librarse de esa especie de trance-. ¿Está bien, Quentin?

Quentin no respondió. Se acercó a ella y aferró sus manos en un fuerte apretón.

-Mi pobre niña -dijo-. Cómo debes haber sufrido.

-No tanto -se esforzó por sonreír-. Me alegro mucho de verte.

-¿No imaginabas que Tarquín vendría por tí? -dijo Quentin, casi en tono de reproche.

-Tu esposo se está muriendo en mi vestíbulo -anunció Amelia antes de que la joven tuviera tiempo de responder-. Pienso que, en verdad, es muy desconsiderado de tu parte el habernos impuesto la presencia de estas personas.

-No creo que pueda culparse de esto a Juliana, señora -dijo Quentin-. Si me disculpa, iré donde está mi primo a esperar al médico.

Juliana fue con él hasta donde estaba Lucien tendido sobre un sofá, su cuerpo laxo, su rostro cerúleo. Sangre coagulada se había juntado en la herida de su frente y manchaba sus labios azulados. No se notaba su respiración. Juliana le puso una mano sobre la boca y sintió la débil exhalación de aire.

-Todavía está vivo.

Dejó su mano ahí y se sintió desbordada de una perversa compasión por el hombre que la había atormentado. Al levantar la vista, vio la misma emoción reflejada en los ojos de Quentin.

Fuera, George estaba aplastado contra la pared del establo con un trozo de madera atravesado en la garganta. No sabía cómo había ocurrido pero él estaba de pie y, al minuto siguiente, un golpe lo había hecho caer de espaldas. Su agresor lo había alzado y lo había aplastado contra la pared del establo. El duque apretó más la madera.

-Creo que no debe ser una sensación agradable -dijo con frialdad.

Soltó la madera y clavó otra vez su estoque en los rollizos muslos de George. Éste puso los ojos en blanco.

-Ahora, amigo mío, escúcheme con atención. Irá usted, a decirle al juez más cercano que Juliana no puede ser responsable de la muerte de su padre. Dirá que su padre estaba viejo,

tenía el corazón débil, había estado bebiendo en abundancia. Le dirá que no tiene la menor duda de que murió a causa de la excitación y del excesivo esfuerzo, dejando a su joven esposa sola y aterrorizada, y sin culpa alguna.

Los ojos de George giraron en sus órbitas. Trató de mover la cabeza, de hablar, pero sólo logró emitir un quejido que se convirtió en chillido cuando la hoja subió con fuerza y él la sintió, afilada como una navaja, en su temblorosa blandura.

-Le diré por qué lo hará, cabrón.

Tarquín hizo una pausa y miró por encima del hombro a un palafrenero que había entrado en el patio y contemplaba la escena. Sin tomarlo en cuenta, el duque se volvió otra vez hacia sir George.

-Lo hará porque si dice cualquier otra cosa, yo lo acusaré de ataque con intento de asesinato contra lady Edgecombe. Presentaré cargos de acecho, secuestro, invasión de morada y de robo. Tengo testigos de cada una de sus acciones. Diré que está obsesionado por lady Edgecombe, que cree que es la viuda de su padre. Yo demostraré, más allá de toda duda, que lady Edgecombe no es la viuda de sir John Ridge.

Diré que usted está resentido conmigo porque yo lo hice azotar en razón de que había intentado irrumpir en mi casa. Créame que puedo hacer todo eso. ¿A quién piensa que va a creer el juez? ¿Al duque de Redmayne o a un tosco e ignorante terrateniente?

George clavó su mirada en esos ojos grises y supo que había perdido. No tenía defensa contra esas acusaciones. Sabía que el duque podría presentar testigos que juraran sin vacilar que él era culpable. Sabía que él se mostraría balbuciente e inarticulado, y que el duque y sus abogados lo envolverían con facilidad. Restarían valor a cualquier cosa que dijese un criminal convicto contra la vizcondesa de Edgecombe, prima del duque de Redmayne por matrimonio. Lo colgarían... si era afortunado, lo deportarían.

-Claro que, si mis palabras no han sido lo suficientemente persuasivas, hay otros métodos -dijo el duque. La espada volvió a subir y a George se le aflojaron los intestinos; abrió la boca para soltar un grito de temor pero no articuló ningún sonido-. Es muy tentador -murmuró Tarquín-. La castración me resulta un castigo muy apropiado, ¿sabe usted?

George sintió que la punta del estoque pinchaba la parte interior de su muslo. No podía creer que eso fuese posible, sin embargo, podría creer cualquier cosa de parte de este demonio vengador de ojos helados. La espada pinchó en el otro muslo, y George gimió de terror, sintiendo que una bilis amarga le llenaba la boca. No pudo evitar algunas arcadas.

Tarquín se apartó de él con una mueca de asco.

-Es usted un imbécil -dijo con desprecio-. Tal vez habría logrado intimidar a Juliana si ella no hubiera contado con mi protección. Todavía es inocente... una niña en muchos sentidos. Pero usted cometió el mayor error de su tosca vida cuando me desafió, amigo.

Si alguna vez se acerca a menos de diez kilómetros de Juliana, lo castraré. Le aconsejo que me crea.

Giró sobre sus talones y dejó a George desplomado contra la pared, vomitando su desayuno.

En el vestíbulo. Juliana y Quentin estaban aún junto a Lucien. No había rastros de sir Brian y de su esposa. Tarquín se acercó al sofá. Juliana aún tenía la mano sobre la boca de Lucien, pero ya no sabía por qué. Miró a Tarquín:

-Se está muriendo.

-Hace mucho tiempo que se está muriendo -repuso él-. ¿Qué le ha sucedido?

Juliana empezó a contarle pero luego se interrumpió, al ver que Lucien abría los ojos. Los miró a todos y ella retrocedió ante la desnuda malicia que desbordaba de esos ojos que iban velándose rápidamente.

-¡Que Dios os pudra a todos! -dijo Lucien.

Su cabeza cayó de costado y sus ojos sin vida se clavaron en la pared.

Juliana dio un paso atrás, sintiendo un súbito hilo invisible que unía a Tarquín y a Quentin. En el momento en que ella se escurría hacia la biblioteca. Tarquín estaba cerrando los ojos de Lucien. Quentin le puso las manos sobre el pecho. Permanecieron de pie, en silencio, contemplando al muerto.

-Murió -dijo Juliana al entrar en la biblioteca.

-¿Quién? ¿Tu esposo o ese patán de Ridge? -preguntó sir Brian, con distante curiosidad.

-Edgecombe.

-Bueno, yo no conocí a ese hombre, pero si tenía alguna semejanza con ese grosero buey, el mundo está mejor ahora que se ha librado de él -afirmó lady Forsett-. Pero me parece del peor gusto ir a morir en el vestíbulo de un extraño.

-Nadie podría acusar jamás a Edgecombe de tener buen gusto, señora -dijo Tarquín desde la puerta, con acento irónico-. Vuelvo a disculparme por los inconvenientes causados. Ha sido muy desconsiderado de su parte mancillar vuestra casa de ese modo.

-Bueno, yo no diría que usted tiene la culpa -concedió sir Brian-. Fue ese torpe de Ridge quien lo trajo aquí, según tengo entendido. ¿O acaso fue Juliana?

-Yo no he traído a nadie aquí -dijo Juliana, ya harta-. Yo fui arrastrada hasta aquí contra mi voluntad. Puedo asegurarle que yo jamás la habría molestado a sabiendas.

-Bueno ahora que eres viuda otra vez, ¿qué será de tí?

-Después de un apropiado período de duelo, Juliana se convertirá en mi esposa.

La fría afirmación del duque generó un atónito silencio. Sir Brian parpadeó; Amelia miró a Juliana como si no pudiera creer que sucediera tal cosa al patito feo. Juliana y Quentin sólo atinaron a mirar fijamente al duque.

-Pero.. pero, Lydia... -farfulló al fin Quentin.

-Ella se fugará contigo, querido mío -Tarquín se apoyó en la repisa y en su rostro apareció una sonrisa enigmática. Era evidente que estaba disfrutando del efecto causado-. Es la única solución posible. Tú y Lydia se fugarán. Yo me portaré como un caballero. Me mostraré debidamente conmocionado por haber recibido calabazas y también muy noble cediendo a mi prometida al hombre de su corazón. Lord y lady Melton no tendrán otra alternativa que poner buena cara a la situación. No se puede decir que sea un mal matrimonio, mi querido muchacho.

-Pero... ¡pero, una fuga! Me expulsarán de la Iglesia.

Quentin seguía boquiabierto ante esa increíble perspectiva.

-Nada de eso -contestó Tarquín con vivacidad-. La gente sólo sabrá que se ha realizado un matrimonio privado, con la bendición de los padres de Lydia. Tendrá que hacerse con discreción a causa del luto.

Yo tendré la elegancia de dar mi bendición. Tu obispo celebrará que hayas elegido una excelente esposa y todo irá suave como la seda.

Esas increíbles palabras penetraron en el cerebro de Quentin como diamantes de agudos filos y luminosa claridad. Parecía muy fácil. Miró a Juliana y vio el resplandor que encendía sus pálidas mejillas, la luz en su mirada. Miró a Tarquín, que sonreía suavemente con sus ojos puestos en Juliana. Entonces, Quentin tuvo claro que era el único paso que podían dar.

-¿Quieres casarte conmigo? -pudo decir Juliana, al fin.

Todavía apretaba la vieja capa sobre los hombros.

-Eso parece.

-Siempre me ha dejado estupefacto tu energía. Juliana, pero tres maridos en un año es una industriosidad increíble -comentó sir Brian con sequedad.

-Tengo la impresión de que te ha ido muy bien -observó Amelia-. Jamás hubiese creído que pudieras convertirte en duquesa.

-Será una duquesa ejemplar, señora -dijo Quentin, manifestando uno de sus poco frecuentes estallidos-. Juliana es una persona muy especial.

Amelia se sorprendió.

-¿En verdad lo cree? Para nosotros, siempre fue una tribulación.

-Cuan infortunados y cuan ciegos, lady Forsett -Tarquín se acercó a Juliana y le tomó las manos-. Los que la conocemos sólo hemos visto en ella una fuente de deleite.

Juliana se sonrió y sus dedos se agitaron en la mano del hombre.

-¿De verdad?

-De verdad.

Se inclinó y le dio un ligero beso.

-Tengo algo que decirte.

-No es necesario.

La mano de él se posó sobre el vientre de ella.

-¿Lo adivinaste?

-Sí, querida. No fue difícil -se rió al ver su expresión desilusionada-. Hace ya varias semanas que sé que eres mi corazón y mi alma, *mignonne.* No puedes tener secretos conmigo.

-No hay secretos que yo quiera ocultarte -afirmó ella, perdida en su mirada, en el éxtasis que siguió de cerca a la más honda desesperación.

No se percató de la discreta salida de Quentin, que hizo salir también a sus anfitriones del cuarto. Tampoco percibió nada que no fuese la dulzura de su boca en la de ella, el súbito ardor que el cuerpo de él encendía en el suyo. La absoluta certeza del amor.

Fin